

BIBLIOTECA NACIONAL



0369752



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra.....

1

Sala en que se encuentra.....

9

Tabla en que se halla.....

191

Orden que en ella tiene.....

8

9(191-8)



Juan Marsella

JUAN MARSELLA

GÜELFOS y GIBELINOS

Amaos unos á otros

DOCTRINA DE JESÚS DE NAZARETH



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

BANDERA, 73

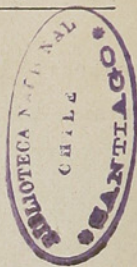
1894



No se ha hecho
el depósito.

Laval

Es propiedad del editor.
Queda hecho el depósito exi-
gido por la lei.

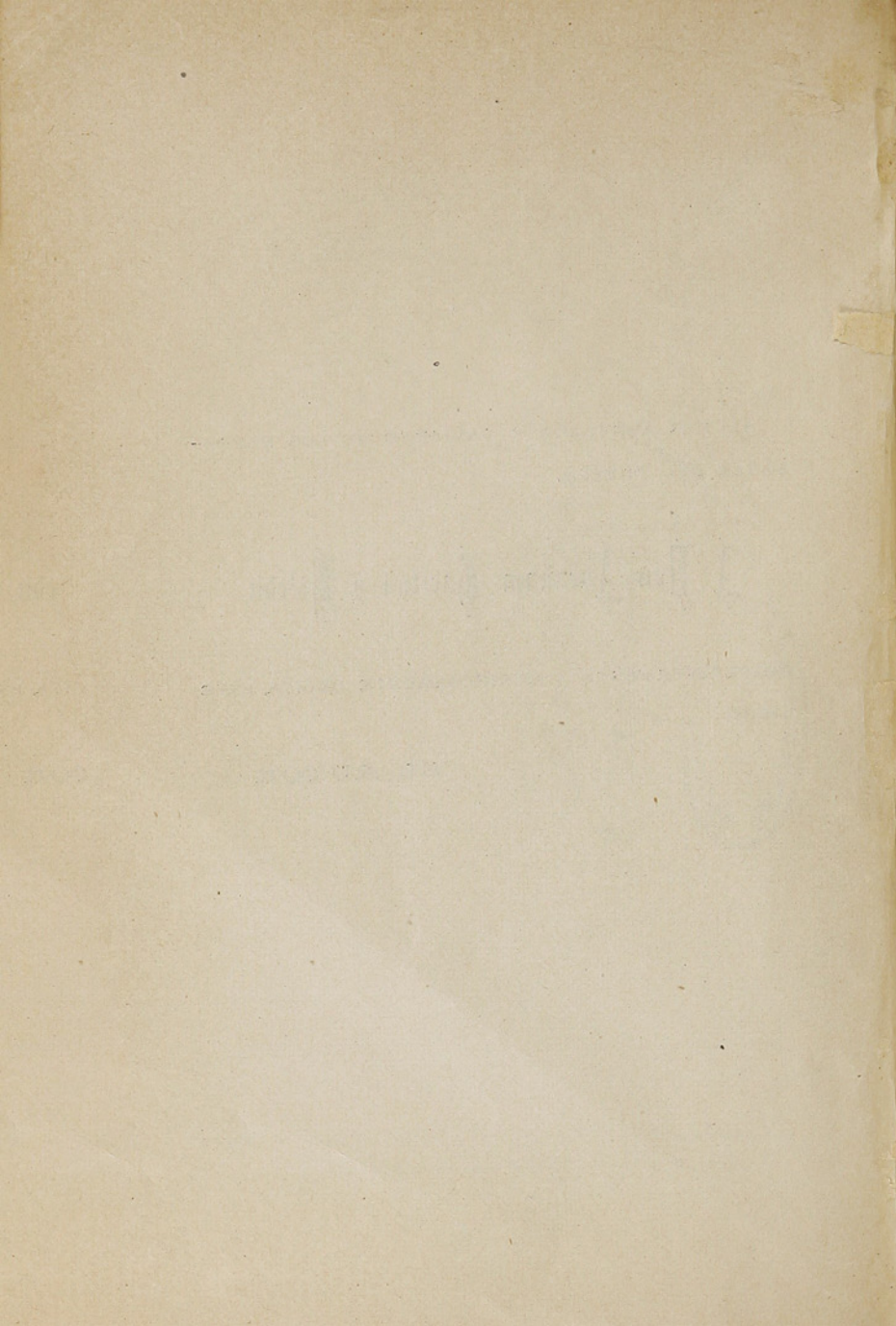


AL MÁS ABNEGADO Y VALIENTE DE LOS DEFEN-
SORES DEL PUEBLO,

A Don Abraham Gacitúa y Briebe

RESPECTUOSAMENTE Y CARIÑOSAMENTE DEDICA ESTE
LIBRO

EL AUTOR





CAPÍTULO PRIMERO

Un juez del crimen

Góngora, el juez del crimen de turno, estaba de mal humor, ese día. Poco antes de la audiencia, un municipal, amigo suyo, Elías Cobos, lo había interpelado en la calle:

—¿Ya sabrás la noticia? ¡Qué escándalo! Ese Malrasca no tiene pizca de vergüenza. ¡Oponerse á tu candidatura para apoyar la de uno de sus parientes!

Él, Góngora, no sabía nada de nuevo. Su promoción era un hecho indiscutible. ¿No se la había prometido el Presidente de la República, del modo más formal?—"Góngora, á la primera vacante, usted será Ministro de Corte."

El mismo Malrasca, el Consejero de Estado de tanto influjo, adverso al principio, le había afirmado que no se opondría á sus deseos.

¡Y ahora salían con esas! No podía ser, salvo que mintiese la palabra oficial, hipótesis inaceptable.

La nueva le había dado mala espina, con todo. Iría á ver al Presidente, le preguntaría si aquello era una burla.

Y había llegado al cuartel de policía murmurando maldiciones contra los personajes en candelero.

El portero había perdido la llave de la puerta privada del juzgado. Góngora no se felicitó de este incidente, por cierto: tuvo que dar la vuelta por la antesala de espera. No pasaba nunca por ese cuarto nada pulcro, húmedo y pestilente, exhibición perpetua de las miserias del pobre pueblo.

Había atravesado la sala, grave, majestuoso, digno, con la mirada recta, inmóvil. Pero había visto, adivinado las caras famélicas de los querellantes, sentados unos encima de otros en los bancos arrimados á la pared. Se había fijado muy bien donde pisaba, evitando las pozas de esputos estancadas en las ondulaciones del asfalto. ¡Qué manía de escupir, la de esas gentes! Y, del ambiente pesado, turbio, la fetidez insoportable, que hería el cerebro como un bofetón! Á la entrada del pasadizo que conducía á su despacho, había algo escrito para el juez, una indecencia en letras

gordas. Él no había hecho el menor gesto: un magistrado no repara en semejantes inmundicias. Pero en el fondo de su ser había aumentado el ansia por salir de ese cautiverio; su alma suspiraba por la tierra prometida, el Canaán de sus aspiraciones: el asiento de ministro, bajo el dosel de paño oscuro, allá en la penumbra misteriosa del tribunal colegiado. Llevaba seis años de galeras, de trabajo forzoso en el servicio del país. Francamente, ya debía haber sonado la hora del indulto. Y habría sonado, sin ese maldito Malrasca, que se le atravesaba en el camino, retrasándole el nombramiento, agravándole la pena.

El secretario del juzgado empezaba á dar cuenta de las querellas pendientes:

—Paula Benalcázar contra Daniel Joveillanos, por golpes é injurias.

—Que pasen los interesados, ordenó el juez.

Dos querellantes se presentaron á la barra: un mozo de veinticinco á treinta años y una muchacha de dieciséis ó más, ambos inquilinos de un hormiguero de la calle del Huemul.

—A ver tú, chica, ¿qué tienes que declarar? preguntó el magistrado, volviéndose familiar y tosco, para ponerse al nivel de su parroquia.

La Benalcázar tartamudeó una explicación confusa. Ella estaba sacando agua de la tinaja, en su cántaro; Daniel la había visto, se había acercado á molestarla, so pretexto de sacar agua primero. Era muy bromista, muy cargoso, andaba siempre

trajinando en sus polleras, y... en esto se había roto el cántaro.

Jovellanos observaba una actitud insolente, con los brazos en jarras, la pierna izquierda ligeramente torcida, mientras la derecha describía hacia atrás una curva elegante, abultando la cadera. Era un guapo, un guapo de arrabal, de mirada viciosa y sonrisa preñada de ironía. Habría sido buen mozo, hasta simpático, sin el pelo de vivo colorín, tieso como cerdas, que le nacía casi á raíz de las cejas.

—Y tú ¿qué respondes? le gritó el magistrado, terminada la declaración de la otra.

Pues nada, todo eso era falso.

—Absolutamente farso, usía; eya fué la que empezó, dándome una parmá en er cachete. Yo me queé muy sereno. El cántalo se rompió, no fué culpa mía.

—¿Sí? interpoló sarcásticamente la Benalcázar. Y ¿por qué fué la cachetá? Porque me fartaba, usía. Siemprecito hace lo mesmo con las niñas del conventillo: creerá que too se le permite por su linda cara...

—Porque uno es pobre ¿no puée sel ocsequioso? replicó Daniel, cínico, risueño, encogiendo los hombros. ¿Pa qué te metís cormigo, pus? agregó después de una pausa, enojado.

—Veamos ¿cuánto vale tu cántaro, chica, interrogó el juez, á quien esas escenas ya no divertían.

Á una voz:

—¡Un peso! exclamó la Paula.

Y Jovellanos:

—¡Dos riales!

El juez dió su sentencia: Jovellanos debía pagar á la Benalcázar setenta y cinco centavos por el cántaro roto, y abstenerse, en adelante, de ilícitos trapicheos.

—Hay cincuenta centavos de notificación, observó el secretario.

—Los pagaremos en medias, insinuó Daniel, arrogante: es lo justo. Y viendo que su contraria no se movía, agregó, persuasivo: ¡hágalo por vía suya, ña Paulita!

La muchacha accedió, risueña. Había ganado el pleito y quería parecer indulgente.

—¡Ah, pícaros! murmuró el juez.

El secretario pasó á otra causa:

—Gertrudis Canseco contra Manuela Olivares, por hurto de un pollo...

Se abrió la puerta que daba á la antesala, y, en vez de los litigantes, se presentó un guardián del orden: traía un pliego cerrado para el juez.

—Se suspende la audiencia hasta la una, dijo éste, después de haber recorrido el oficio.

Se había cometido un asesinato en la calle de San Diego, afuera: el subdelegado del Matadero mandaba llamar á Góngora para iniciar el sumario.

El juez del crimen volvió á atravesar la antesala de espera, grave otra vez, majestuoso, digno,

abriéndose paso por entre los querellantes, más numerosos ahora, disgustados por el contratiempo que interrumpía la audiencia. Algunos habían sentado allí sus reales desde semanas atrás, esperando ser oídos; aguardaban con rabiosa resignación que se les llamara, en medio de esa atmósfera infecta que habría podido cortarse con cuchillo y mascarse.

Cerca de la puerta de salida, Jovellanos y la Benalcázar estaban comiéndose un racimo de uvas, amistosamente; el guapo mantenía el racimo en el aire, y cada cual picaba ahí á su arbitrio. Los dedos de ambos se encontraban á veces, se disputaban un grano; eso les daba risa. El que cogía el grano se lo arrojaba al otro en la cara; cuando nó, el orujo servía de proyectil, escupido con fuerza.

El juez estuvo por decirles: "Lárguense de aquí, puercos;" pero le pareció indecoroso darse por entendido de la zalagarda. Y, al fin, no estaba vedado retozar al rededor de un racimo de uvas.

El magistrado y su secretario tomaron el primer coche que pasó vacío, y dispararon con dirección al teatro del crimen, allá en el fondo de la calle de San Diego.

La calle de San Diego Viejo, como dicen los ancianos del barrio, se prolonga, más allá del Camino de Cintura, entre dos hileras de habitaciones humildes, lóbregas covachas destartalladas,

donde vive, se agita, ó más propiamente, bulle una población de figoneros y menestrales, mata-chines, sobre todo, que subsisten á expensas de ese cuerno de abundancia, el Matadero Público.

La marea de la civilizacion ha elevado el nivel de la calzada, dejando una parte de las casuchas medio sepultadas en su primitivo solar. Las hay como antros, techadas de totora, que exhalan por su único respiradero, la puerta, emanaciones de cloaca, un hálito pestilente de boca sucia. Las casas, lo mismo que los seres humanos, tienen su aspecto físico y su fisonomía moral; así se explica que haya casas tuertas y casas ciegas, casas discretas y casas bulliciosas. Entre las analogías que no se discuten, está la del hombre con su morada.

El barrio del Matadero, comercial, industrial, animado, podría proporcionarse palacios, si el espíritu especulador de los dueños del suelo no estuviera indefinidamente aplazando la hora de las enajenaciones progresistas, que la cultura de la metrópoli pide á gritos.

Es verdad que la regeneración empieze: acá y acullá se alzan, sobre cimientos sólidos, edificios que revelan cierto estilo, que tratan de realizar una aspiración generosa, la de subir un peldaño en su propia escala social.

Mientras el juez Góngora y su secretario ruedan á todo escape, arrullados por la ingrata armonía de resortes que crujen, desvencijados y

mohosos, la gente del barrio se agolpa en las inmediaciones de una de esas casas de moderno aspecto, una construcción de dos pisos, tachonado el frontis de excéntricos adornos, rosetones, calados, columnas estriadas de madera, pintadas á imitación de mármol blanco, sobre fondo liso color chocolate.

Á los lados de la puerta principal, sendos agentes de policía defienden la entrada contra la invasión de los mirones. Pero ya han subido muchos por la escalera cuyos balaústres torneados se divisan en el fondo del portal. Algunas personas bajan, salen, satisfecha su curiosidad de ver al muerto.

Un hombre con trazas de bracero, pequeño, regordete, los ojos legañosos, la nariz de remolacha, abierta la camisa que deja ver un retazo de pecho velludo, se aparece entre los dos polizontes, hace muecas de desdén. Viene de adentro, ha visto la cosa, se permite perorar á la muchedumbre.

¿Para qué se apuraban tanto? Un hombre despachado al otro mundo ¿no sabían lo que era eso? ¡Vaya con la novedad!

Serían como las diez de la mañana, hora de gran movimiento en el barrio. Los tranvías pasaban á toda velocidad, cual meteoros, repletos de pasajeros. De cuando en cuando, un wagón rojo, cerrado por todas partes, conducido por hombres ensangrenados.

A la pasada, de la imperial de los tranvías salían voces preguntonas:

—¿Qué hay hó, que pasa hó?

—¡No es náa, hó: un particular que se ha éido á la inglesa, sin despedirse, hó!

Y se oían carcajadas grasientas, porque, en fin, el caso era de los más irrisorios.

—¡El juez! exclamó alguien: ¡ahí viene el juez!

Un caballero muy orondo, pelirrubio, vestido de claro, con chistera plomo de galón negro, hendía gravemente la multitud, seguido de un mozalbote flacucho y relamido, verdadero muñeco automático.

—El juez... el juez, cuchicheaba el populocho, y el murmullo corría como un estremecimiento por todas las bocas.

—¡Qué ha de ser! rectificó, por último, un sujeto ataviado con cierta decencia: El juez Góngora es delgado como una espiga, y morenito... bién morenito.

—¡No es el juez, no es él! corrió la voz en sentido contrario.

Pero ya el sombrero plomo de galón negro y su acólito habían desaparecido tras de las impasibles siluetas de los corchetes. Con su facha habían forzado la entrada.

—¿No ven ustedes? dijo de repente el quídam que conocía al juez: Ahí viene Góngora con su secretario Moscoso.

Efectivamente, el magistrado y su compañero

se habían apeado del coche, á poca distancia, y se acercaban á pie.

—Dejen que pase el "mocoso", murmuraban los pilluelos.

Entretanto, la multitud abría calle al magistrado, empujándose unos á otros sin miramientos.

Un vendedor de empanadas, mal inspirado, se había puesto á contemplar, boquiabierto, la casa color chocolate, por la conocida razón de que siempre interesa ver un muro detrás del cual se presume que algo ha ocurrido. La ola humana, al agitarse para dar paso al juez, encontró al pobre industrial indefenso: su cajón, con empanadas, brasero, parrilla y todo, fué á buscar junto á las piedras el equilibrio perdido.

—¡Hijos de perra! vociferó el infeliz, mientras los granujas recogían las empanadas revolcadas en polvo y acto seguido les hincaban el diente. ¡Hijos de perra! seguía ruiendo, encolerizado, el menestral, y daba voces para que la policía acudiese en su auxilio: ¡Qué todos vayan presos! que me paguen, esos hijos de perra!

El incidente movió un tole tole tumultuoso, provocó risas despiadadas.

—La policía no está pa bromas, hó, dijo uno de los pilluelos favorecidos por la catástrofe: ¡cuando el otro está allá arriba, tieso como un poste, con así tanto áujero en la guata!

Al penetrar en esa masa viviente, Góngora

había sentido de nuevo, como un puñetazo en el fondo de la nariz, ese olor contundente, macizo, multiforme, ese olor de humanidad miserable é inmundada, que lo perseguía por todas partes, como una obsesión cruel. Y no se atrevía á hacer un gesto, por temor de deprimir el decoro de la magistratura.

Había sido muy delicado de salud cuando joven; entonces no podía sentir el perfume de una flor sin sufrir horribles jaquucas. Y ahora, por un sarcasmo del destino, se veía obligado á vivir diariamente en medio de olores mefíticos. Pero, también, su estómago se había puesto frágil como cristal caliente. Se veía privado de cierta clase de alimentos: con sólo mirar ciertas comidas se le avinagraban los jugos gástricos.

Si su familia hubiese sido tan rica como era esclarecida y honorable, seguramente él no habría elegido esa profesión. Pero sus padres habían gastado lo que no tenían para darle una educación esmerada, y, una vez recibido de su diploma de abogado, la carrera judicial se le había presentado como una ofrenda de la Providencia. Y se había embarcado en ella, con valor y esperanza. Se habría considerado satisfecho, sin esos malditos turnos en el cuartel de policía. Con frecuencia se le oía renegar del Gobierno, que no creaba jueces especiales para entenderse con los vagos y los pillos. Era desdoloroso para un juez de letras eso de dirimir contiendas motivadas

por cántaros rotos y pollos robados. El Gobierno se hacía el sordo, tenía especulaciones más trascendentales que atender: las exigencias de la alta política, la solución de árdulos problemas administrativos.

Góngora encogía los hombros: era pura farsa todo eso. Él estaba por la política humanitaria, la que estudia el pueblo de cerca, para conocer sus necesidades y satisfacerlas cuerdamente, sin cometer los desatinos de costumbre. Sólo así era posible restringir la criminalidad, incrementar el número de los ciudadanos honrados. A fuerza de barajar delincuentes, se había convencido de que había muy pocos hombres buenos en la comunidad, *rari nantes in gurgite vasto*. Esa idea le había agriado el carácter; de índole naturalmente bondadosa, trataba con dureza á los que se le acercaban.

Por eso, cuando los polizontes, plantados como estafermos en la puerta de la casa del crimen, quisieron impedirle el tránsito—no lo conocían—él los fulminó con una mirada terrible, acompañada de una interjección no muy forense, pero absolutamente eficaz.

Seguido de su secretario, penetró en el zaguán y subió á pasos lentos la escalera, que crujía bajo sus pies. Arriba, un sujeto le dijo amablemente:

—Por aquí, usía, indicándole el rumbo.

El magistrado tomó esa dirección y, á poco trecho, después de atravesar un pasadizo sombrío,

entró en una estancia atestada de gente y llena de humo: muchos de los circunstantes tenían el cigarrillo en la boca.

—Vamos despejando el campo, mandó el juez: no hay necesidad de tantos testigos.

Junto al dintel, un agente de policía dormía despierto, despreocupado, indiferente. Tenía más hambre y sueño que curiosidad.

Con la lentitud y apatía características de los de su oficio, se puso á cumplir la orden del magistrado. Á medida que expulsaba á un intruso, otro se colaba al cuarto por detrás; había un deseo malsano de presenciar las primeras indagaciones, para tener algo que contar más tarde, entre dos vasos de aguardiente, entre el aperitivo y la sopa, porque en medio de la concurrencia brillaban unas cuantas casacas y levitas, algunos sombreros de seda lustrosos.

—Que salgan los que no tengan alguna declaración que hacer, exclamó el juez del crimen, impaciente.

Los hombres del pueblo, respetuosos de la ley, cuando la ven armada, se escurrieron rápida, silenciosamente.

Las levitas y los sombreros de copa se quedaron: para ellos la orden no regía.

Era su opinión, pero no la del juez.

—¿Tiene usted algo que declarar? preguntó Góngora á uno de los rezagados, sin parar mientes en su caballeresco talante.

El otro balbuceó algunas palabras ininteligibles, se puso colorado y tomó la puerta, henchido de resentimiento.

Disponíase el juez á interpelar á un jovencito enjuto, que le volvía en ese momento las espaldas y cuya nuca desaparecía bajo un cuello monumental, cuando el jovencito dió media vuelta y, con esa urbanidad empalagosa, afectada, estúpida, que prodigan los petimetres en los salones y que se parece tanto á la verdadera cortesía como un adoquín á un brillante, le dijo, doblando el cuerpo, ostentando el trasero y extendiendo el brazo derecho en semicírculo:

—¿Cómo está Góngora? ¿está usted bueno?

El juez se mordió los labios. ¡Habíase visto importuno tal! De buena gana le hubiera dado un puntapié. Pero se contuvo; el mozalbete era un Malrasca, hijo del consejero de Estado.

—Bien, Jacobito, contestó, afable; y su papá ¿cómo lo pasa?

Se vió ridículo, después de dar esa respuesta insulsa. Sin embargo ¿qué otra cabía, dada su situación de aspirante á un alto puesto, obligado á adular á los que podían desbaratar el logro de sus esperanzas? Al través de la escuálida é insignificante figura de Jacobito, Góngora había divisado la fisonomía austera del poderoso consejero, de ese Malrasca *senior*, de quien dependía su promoción á la Corte.

El magistrado había hecho un esfuerzo para no

dar con sus más caras expectativas al traste. Se sintió profundamente herido de tener que gastar consideraciones pueriles, para alcanzar ese ascenso que creía debido á su suficiencia y á sus dilatados servicios. Y sólo el recuerdo de sus largos años de cadena lo hacía doblegarse ahora, humillarse para vencer.

Quedaban en la estancia otras personas, entre ellas dos representantes de la prensa, un estudiante del sexto año de medicina y un joven á quien Jacobito Malrasca, mostrando humos de agente oficioso, había querido echar para afuera, y que había permanecido ahí autorizado por el juez. Ese joven había sido de los primeros que descubrieran el crimen, y sus declaraciones podían tener importancia. Había aseverado que la cara del muerto no le era desconocida, si bien no recordaba dónde la había visto.

Restablecido el orden en el cuarto, el juez pidió al estudiante de medicina que examinase el cadáver. Ya era tiempo; hasta entonces nadie se había preocupado del occiso. Entretanto, Moscoso, el secretario, recogía todos los indicios que pudiesen servir á la pesquisa.

El teatro de esta escena era un aposento cuadrado, de reducidas dimensiones, con ventana á la calle y una puerta doble que lo comunicaba con el pasadizo oscuro. Había ahí una cama, dos sillas, una mesa sobre la cual descansaba una máquina de coser. De una percha colocada en una

esquina colgaba un vestido de estameña, y en un baúl, que tenía puesta la llave, se encontraron dos ó tres prendas de ropa blanca.

— Hay una hembra en el asunto, susurró Finlaya, el gacetillero de *El Noticioso*, al oído de Sincorta, su colega de *Los Ecos de Provincia*, señalándole esas piezas de vestidura femenil.

— ¡*Cherchez la femme!* repuso en voz baja el interpelado, sonriendo. Era muy adicto á leer novelas francesas; le encantaban los dramas judiciales narrados por Montepin y Gaboriau.

Terminado el inventario en unos pocos minutos, Moscoso sacó del bolsillo un mamotreto, un tintero y una pluma, arrimó una silla á la mesa y se dispuso á levantar el acta que debía servir de cabeza de proceso.

Toda la atención de los circunstantes se concentraba ahora en ese cuerpo inerte, que guardaba tal vez la misma postura en que lo había dejado, al huir, el asesino. Era el cuerpo de un mozo joven, robusto, bien formado; todavía, en la tumefacción de la faz amoratada se descubrían facciones regulares, un semblante que debió de ser simpático cuando la energía vital lo animaba.

— ¿Qué dice usted, doctor? preguntó el juez al estudiante de medicina.

— La muerte ha sido instantánea, repuso éste: no hay duda de que la ha producido una bala de revólver disparada á quema ropa. La bala, penetrando en la región cardíaca, ha perforado la

aorta y ha ido á alojarse probablemente debajo del omoplato. Será preciso hacer la autopsia, porque la sonda no alcanza á dar con el proyectil.

—Y ¿no sería posible calcular el tiempo transcurrido?

—Es difícil precisar el momento de la muerte. Aun cuando subsiste la rigidez cadavérica, (lo que autoriza presumir un intervalo de doce horas más ó menos) dada la variedad de los casos análogos, sería mucho pretender, querer fijar el instante fisiológico con una aproximación menor de cuatro ó cinco horas.

—¿No se ha encontrado ninguna arma, preguntó Góngora á Moscoso, ningún objeto que permita establecer el cuerpo del delito?

Nó, nada se había hallado que permitiese fundar presunciones graves, precisas y concordantes. Aquello podía ser asesinato, suicidio ó accidente. Una indagación en la vecindad no produjo resultado. El dueño de la casa, un tal Chupinza, se apareció, compungido, tembloroso, triste, lamentándose del descrédito que caía sobre la propiedad. ¿Quién se la iba á alquilar ahora, después de lo acontecido? Pero no lo habían llamado para hacer el papel de Jeremías.

—Yo también lo siento mucho, señor, le había dicho el juez; pero ahora, sólo nos importa lo pertinente á la causa.

El propietario sabía muy poco. Tres semanas antes, una señora le había tomado la casa en

arriendo para una joven costurera á quien protegía. La señora se llamaba Dorotea Lince; la joven... un nombre raro, Márgara, Marta, no recordaba bien.

—¿No tenía amigos esa... Marta? interrogó el magistrado; ¿no venía nadie á verla?

—Sí... la señora Lince, una ó dos veces, me consta.

—¿Ningún hombre?

Bien podía ser, aunque él lo ignoraba.

La niña parecía muy ordenada, prudente, laboriosa; ya se ve ¡engañaban tanto las apariencias! Quién sabe si la chica no pertenecía al gremio... pues... al gremio de... en fin, ya le entendían.

—¿Sabe usted donde vive la señora Dorotea?

—Nó, usía; ella misma se ofreció para venir á pagarme el canon todos los meses; hasta me anticipó dos mensualidades...

—Claro está, observó Sicorta; es un negocio de faldas.

—Usted me afirmó que conocía al difunto, dijo el juez, en tono seco, al joven que había prometido declaraciones: ¿Qué hace usted que no se explica?

—Aguardaba que usía me interrogase.

—Tiene razón. ¿Cómo se llama usted?

—Sancta-Cœli.

—¿Santos Celis?

En ese mismo instante, Jacobito Malrasca exclamaba, lleno de júbilo:

—¡Hé encontrado la llave del enigma, una prueba fenomenal!... Aquí está, Góngora, el cuerpo del delito.

Y agitaba en la mano un pequeño trozo de papel, escrito al lápiz por uno de sus lados.

Tomó el juez el papel y se lo pasó á Moscoso.

El secretario leyó:

«Malva, al apoyar en mi pecho el arma homicida, no es mi voluntad la que dirige mi brazo, sino la tuya, pérfida, ingrata; caiga mi sangre sobre tu cabeza.»

—No hay firma, concluyó Moscoso.

—Se me había puesto que era un suicidio, dijo Malrasca, soberbio, y ahí está la prueba de que no me engañaba. ¡Si tengo un olfato!

La satisfacción de ese descubrimiento portentoso no le cabía en el pecho. Evidentemente era un grande hombre en ciernes, llamado á los más esplendorosos destinos.

Una observación de Sancta-Cœli cayó como hachazo sobre la gloria de Carlitos.

¿No sería apócrifa la carta? No era ese el estilo de un artesano, y el difunto tenía trazas de tal. Por otra parte, el papel trascendía á esencia de rosas, aroma poco usado entre la gente pobre.

—Es verdad, dijo Góngora, la esencia de pobre es más fuerte, pero no tan agradable.

En esta materia, su opinión era decisiva.

—Ademas, agregó Sancta-Cœli, no se ha encontrado el revolver. . .

—De modo que usted, don Santos, cree en un delito; es esa su impresión personal. . .

—Puede haberlo, puede no haberlo, replicó el interpelado, sin reparar en el error de nombre: en estas circunstancias es cosa grave aventurar opinión. Me atrevo, con todo, á sostener que no hay suicidio. Y ahora recuerdo que he visto á ese pobre mozo en una asamblea de la sociedad «Unión Fraternal», hace ocho días, durante la elección de directorio. Sí, lo recuerdo perfectamente; era como yo, miembro de esa sociedad; he olvidado su nombre, pero será fácil identificarlo.

—Bueno, señor Celis. . . dijo Góngora, que iba cobrando á su interlocutor irresistible y profunda simpatía.

Era este un mozo bajo todos conceptos distinguido, y su modesto traje no hacía más que realzar la nobleza de su persona. En sus palabras y sus modales se revelaba el hombre educado, de casta superior. Tendría veintiséis años y era alto, de proporciones perfectas. De sus grandes ojos azules salía una mirada franca, á la vez dulce é imperiosa, y su tez, ligeramente morena, resplandecía, sin embargo, por el contraste con el pelo negro, sedoso, que coronaba su alta frente de revueltos rizos. La cabeza era pequeña, fina; y el semblante inspirado, imperceptiblemente risueño, anunciaba inteligencia, mansedumbre y bondad.

Entre la índole de Sancta-Cœli y la de Malrasca, el antagonismo era absoluto y notorio, como el que mediaba entre el aspecto físico de ambos. Todo fué ver á Sancta-Cœli, para que Jacobito, aun antes de oír el sonido de su voz, le tomase una aversión instintiva.

Y esa aversión subía de punto á medida que el joven de los grandes ojos azules y franca mirada iba ganando influencia en el ánimo del juez, á medida que él, Jacobito, iba convenciéndose de ser un ridículo muñeco, mientras que el otro era todo un hombre.

—Bueno, señor Celis, dé usted su dirección al secretario, había dicho Góngora. Se le citará oportunamente; usted puede sernos muy útil en la investigación. Antes de poner fin á estos preliminares, convendría identificar al occiso.

—Si usía se sirve aguardar diez minutos, voy á la secretaría de la "Unión" por el nombre y otros datos que puedan ilustrar á la justicia. Estoy seguro de hallarlos ahí.

Góngora accedió: ese mozo lo había conquistado completamente.

Jacobito Malrasca se había puesto furioso; no lo disimulaba.

—¿Quién es ese pije? preguntó, con un ademán de desprecio, al redactor de *Los Ecos de Provincia*, á quien conocía.

—¿Ese pije? ... repuso Sicorta. Pues... amigo, un pije... como hay tantos.

Y le volvió las espaldas.

—¡Chinchoso! balbuceó el muñeco.

Su vanidad de hijo de un figurón de gobierno se sentía amagada por el prestigio que, en la investigación del crimen, iba adquiriendo Sancta Coeli, ese desconocido, ese cualquiera. El mozallete aspiraba, muy serio, á desempeñar el oficio de la mosca en las astas del buey, para poder decir después á los suyos, con descoco: ¡Hemos arado!

Malrasca se puso á rondar por el aposento, meditabundo, con las manos en los bolsillos, y el sombrero, demasiado chico, calado en la corona de la cabeza. ¿Cómo se vengaría de *ese pije*? Era el tema de sus cavilaciones.

Tuvo una idea sublime. El otro andaba ausente, bien podía él hablar sin tapujo. Se acercó al juez, y, misterioso, pensativo:

—¿Sabe usted, Góngora, lo que se me ocurre? murmuró.

—¿Qué se le ocurre á usted, Jacobito?

—Ese sujeto, Celis... ¿no será un... cómplice?

Góngora experimentó un sobresalto. El hijo del consejero no reparaba en pelillos. Como no era el momento de chancearse, repuso con voz resuelta, intencionada:

—Vamos á ver, amigo, ¿en qué funda usted su presunción? Advierta que la situación es grave: todo en la justicia tiene su importancia.

El muñeco se puso como una amapola. Era una idea, una suposición que se le había metido en el cerebro repentinamente; á fe, no tenía en qué fundarla.

—Pero... ¿quien será ese pije?

Ahora dirigía la pregunta á un caballero ya entrado en años, que había presenciado esas escenas, silencioso.

El caballero lo miró, impasible, por espacio de unos pocos segundos, y apostrofando en seguida á un amigo que lo acompañaba:

—¿Este señor Celis es ingeniero, me parece?

—Ingeniero... arquitecto, algo así.

—Es un joven muy apreciable.

—Despierto, sagaz.

Jacobito se mordió las uñas. Quería hacer á su enemigo mala atmósfera, y sólo obtenía que le quemaran incienso. Iba á hacer la estrafalaria pregunta al mismo juez, cuando entró Sancta Cœli, jadeante. Había hecho las diligencias en menos de un cuarto de hora.

—Es Arnaldo afirmó, José Arnaldo, el que yo pensaba, aprendiz en la fundición del Progreso; vive en la calle de Duarte, número 230, con su madre.

—Hay que prevenirla, opinó Jacobito; así matamos dos pájaros de una pedrada.

—Sus metáforas son inoportunas, Malrasca, observó Góngora con suavidad. Estos momentos son realmente penosos.

—Yo he encontrado el famoso papel, protestó el muñeco, picado; me parece que tengo tanto derecho como el... señor... Celis... para hacer proposiciones útiles.

—Jacobito, insinuó el juez, todavía con más entereza; aquí no hay derechos que reivindicar, sino deberes que cumplir, y esos deberes son míos, á mí no más me incumben.

Y dirigiéndose á Moscoso: Vaya en el acto á la calle de Duarte, número 230, á llamar á la madre de este pobre muchacho... El careo es indispensable...

—Perdone mi atrevimiento, señor juez, intercaló Sancta-Coeli, pero yo debo oponerme á ese careo. Si la misión de la justicia es matar muchos pájaros de un disparo, tiene razón el... señor (y señalaba con un movimiento de cabeza á Malrasca). Supongamos que el... señor, persona de posición culminante, fuese el occiso: ¿se mandaría llamar á su señora madre para hacer una confrontación dolorosa? Claro está que nó. Pues ante la justicia y la ley, prosiguió el joven con energía, no existen las distinciones sociales, y la más elemental humanidad y prudencia aconsejan proceder con tino en estos careos. ¡Quien sabe si por andar tan bruscamente no conseguiríamos sino matar á la madre, lo que ningun provecho traería á la justicia!

Góngora se sentía perplejo. La intromisión de personas extrañas á la magistratura, en las pri-

meras indagaciones del crimen, no había producido otro efecto que el de involucrar las cosas. Él consideraba necesario el careo; la justicia no podía obedecer, en sus actos, al falso sentimentalismo de Sancta-Cœli ni á ninguna consideración de esa clase.

—Pues bien, exclamó el jóven irritado, es inútil la diligencia. Acabo de hablar con la madre de José Arnaldo; le he anunciado un accidente, el riesgo de un desenlace fatal; le he dicho que su hijo será trasladado á mi casa, donde hay más comodidades para atenderlo, y le he ordenado que allá nos aguarde. ¡La justicia, terminó con acento imponente, la justicia no puede estar reñida con la caridad!

—Pero, señor... pero, señor, protestó el juez disgustado, dominado á pesar suyo por la actitud magnánima de Sancta-Cœli... Pero señor, ¿usted atropella los fueros de la magistratura!

—¿Es ó nó igual para todos la balanza de la justicia? interrogó el jóven. Yo pregunto á usía, si en caso de ser el... señor... Marlasca el occiso...

—¡Según y cómo! interrumpió el muñeco, atrozmente enconado contra su rival; según y cómo: ¡no es lo mismo un caballero que un pobre diablo!

Esta enormidad hizo salir de quicio al juez del crimen:

—No sea usted badulaque, hombre, dijo, con desprecio y cachaza

Y como no había más que hacer ahí, ordenó que el cadáver fuese trasladado al hospital para la autopsia.

Sancta-Cœli se interpuso. Ese infeliz tenía un hogar, el de su madre; tenía otro hogar, el de sus compañeros de la "Unión". Si interesaba á la justicia la indagación del homicidio perpetrado en la persona de José Arnaldo, no le interesaba menos á la Sociedad de que éste, en vida, había sido miembro. Efectivamente, Arnaldo legaba á su madre derecho á una renta vitalicia, siempre que no se tratase de un suicidio. En los Estatutos estaba previsto el caso. Además él, Sancta-Cœli, reclamaba formalmente, en nombre de la institución, el cadáver de José Arnaldo.

Góngora no tenía argumento serio que oponer á la petición del joven. Autorizó, con las precauciones que la justicia exige, que Sancta-Cœli se encargase del cuerpo del difunto.

El joven dió, conmovido, las gracias al magistrado. Y al despedirse le dijo:

—Espero poder auxiliar á usía eficazmente en la instrucción de este proceso.

En la calle, la muchedumbre se había desvanecido; unos cuantos ociosos miraban hacia arriba, interrogando las ventanas, sin resultado.

Las pocas personas que se habían quedado con los agentes de la justicia, salieron y se dispersaron en distintas direcciones.

—¡Caramba con el mozo listo! dijo el perio-

dista Finlaya á su colega Sicorta, que se retiraba en compañía suya.

—¿Santos Celis? Harto habil que es, replicó el de *Los Ecos*. Yo voy á escribir un relato de rechupete: dos columnas enteras de pormenores, precedidas de un título á la yankee. ¡*Drama sensacional!*—*Una víctima del amor y del despecho*.—*Se suicida de un tiro de revólver*.—*El billete póstumo*... Á mi público le gustan las narraciones novelescas.

—¡Bah! dijo Finlaya, todo eso no da para diez renglones de gacetilla. Yo tengo escrito mi suelto; ¿quieres que te lo lea?

—Te escucho.

—"*Ayer mañana*...

—¿Cómo, *ayer mañana*?

—Estilo elíptico; es el que gusta á mi público. Continuo: *Ayer mañana se encontró suicidado en su aposento*...

—Se *encontró suicidado*... ¿estilo elíptico, también?

—Precisamente.

—Sospecho que tu frase no es castellana, sino chinesca.

—Mi público me entiende. Además, los redactores de *El Noticioso* tenemos la obligación de condensar nuestras ideas, para dejar espacio á los anuncios. Prosigo, y no me vuelvas á interrumpir, te lo ruego: "*Ayer mañana se encontró suicidado en su habitación*..."

—*Cuarto*, hijo; cuarto es una habitación elíptica... condensada.

—¡Oh, cuatro-letras más ó menos!

—En cuatro letras cabe un anuncio.

—Quito habitación y pongo *cuarto*. "... *se encontró suicidado en su cuarto*...

—...*el mecánico José Arnaldo*. Así estará el suelto en rimas asonantes. Solo te observaré que tu período es ambiguo. Da á entender que el mecánico se encontró á sí mismo, suicidado.

—Suicidado á sí mismo, ¡evidente!

—¡Qué animales son estos redactores de *El Noticioso*! pensó Sicorta.

Y Finlaya:

—¡Qué ilusos son estos pendolistas de *Los Ecos*!

Con este pensamiento de recíproca estima y de confraternidad profesional, los colegas se separaron.

Entretanto, por otra calle, Jacobito Malrasca y el señor rubio de la chistera plomo caminaban lentamente, comentando el suceso del día.

—¿Ese es el famoso juez Góngora? decía el de la chistera, ¿el que aspira á Ministro de Corte?

—¡Ministro!... ¡Mi-nis-tro! gruñó el vengativo Malrasca: ¡todavía no lo es! Acabas de observar su conducta funcionaria (Jacobito se creía obligado á emplear, en esta ocasión, la jerga gubernativa); ¿habías visto un bolonio igual?

—Es un buen hombre, aventuró el del sombrero de copa plomo.

—No seas cándido, Eugenio, ese juez no ha nacido para Ministro; se lo voy á decir á papá.

—Para que lo posterguen.... Tú serías un excelente juez, Jacobo, dijo el llamado Eugenio, con sorna.

—¡Claro, claro! rugió el chico Malrasca, echando espuma. Y, accionando con ámbas manos, lleno de corage: pero... ¿quién será ese pije?





CAPÍTULO II

La Unión Fraternal

— El señor Solís tiene la palabra. . .

Cesaron los murmullos, las risas, los cuchicheos; hubo un rumor de sillas movidas precipitadamente; después el silencio, atento, respetuoso. La concurrencia femenina ocupaba las primeras filas de asientos, los hombres, las de atrás, dispuestas, como aquéllas, paralelamente á la batería del proscenio que se alzaba en el fondo del salón.

Ruperto del Carmen Solís era una figura eminente, la más popular y querida en el gremio de los artesanos. Presidente de la "Fraternal" durante seis períodos consecutivos, á él se debía en gran parte, la situación próspera de la Sociedad,

el mantenimiento inflexible de los principios que la gobernaban, de los ideales generosos cuya realización perseguía.

De los nueve directores que ocupaban en la escena, el lado, vecino al foro, de una mesa en forma de herradura, era el único que vestía frac. Ataviado con esa prenda de superlativa elegancia, sintetizaba el porvenir de ese pequeño mundo que le había confiado sus destinos: era el artesano en el pináculo de sus esperanzas satisfechas, que señalaba á sus compañeros la ruta gloriosa allá en el extremo de la áspera senda del trabajo.

Era todo un caballero, rico, magnánimo, desprendido; trataba sobre un pie de igualdad social con la gente de copete; propios y extraños lo estimaban porque era honorable, lo amaban porque era extraordinariamente simpático.

Poco antes, en el vestíbulo convertido en jardín, poblado de macetas de helechos, naranjos del Japón, pinos enanos y palmeras, se le había visto secundar al bastonero, multiplicando sus atenciones para con las familias que llegaban, diciendo á las niñas flores y galanteos, jovial, gracioso, verde aún, á pesar de sus cincuenta otoños cumplidos. Y ellas habían contestado con palabritas amables, confusas, fugitivas; la postergación del concierto, motivada por la muerte de José Arnaldo, había aguzado su impaciencia, su apetito de sanos placeres; querían penetrar cuanto

antes en ese templo de la alegría franca y retozona, que ¡guay! sólo en raras ocasiones les abría sus puertas.

Al entrar, habían proferido exclamaciones de admiración. ¡Qué lindo, qué precioso era todo aquello! Los organizadores de la fiesta, para indemnizar á las niñas del retraso, no habían escatimado esfuerzos, habían agotado los recursos del arte. Los ordinarios rayos de cintas tricolores que iban del rosetón central hasta el cimacio de la cornisa, habían sido reemplazados por guirnaldas de flores vivas multicoloras. De flores reboaban también los caprichosos canastillos dorados que pendían del cielo de la sala, como arañas en una iglesia.

En el saloncito del tocador, junto al proscenio, nuevo entusiasmo para las hermosas: las aguas de olor, los polvos aromáticos y sutiles que aterciopelan la mejilla, hasta los alfileres y las agujas enhebradas, listas para reparar cualquier desastre en el vestido, habían sido objeto de particular atención.

Otras innovaciones: la mesa semi-circular, de nogal macizo, con patas primorosamente esculpidas, destinada al Consejo; el piano flamante, los sillones tapizados de cuero marroquí, reservados á las señoras viejas ó encintas, que no faltaban á las tertulias, aun cuando más no fuera para deleitarse el oído y bailar con los ojos.

De pie, en medio de sus colegas del directo-

rio, Ruperto del Carmen Solís paseaba lentamente la vista por la concurrencia, se acariciaba la barba, tosía, sonreía para su foro íntimo, porque en ese puesto de respeto, ya no era el ameno introductor de hacía poco, sino el grave presidente de la Sociedad.

El aspecto de aquel conjunto le pareció más satisfactorio que la última vez: había más cuidado en la ornamentación, mejor gusto en los trajes, más compostura en las personas, un progreso evidente en todo sentido. Quedaban, sin duda, en esa heterogénea multitud, bastantes reformas por hacer: no todos los talles eran esbeltos, ni blancas todas las caras; modestas chaquetas reñían ahí con levitas de primera tijera, y entre los trajes femeninos había divergencias chillonas. Pero el adelanto era sensible.—Roma no se construyó en el espacio de una mañana. Era el empeño vigoroso de un embrión de cultura que aspiraba á desarrollarse á toda costa, venciendo los más porfiados contratiempos.

Mientras se apagaban los rumores del recinto, Solís se hacía estas reflexiones á manera de exordio *in petto*; no podía decir todo lo que pensaba, porque mucho habría sido á la vez hiriente y lisonjero; no podía decir que del contacto de las muchachas elegantes y discretas con las más torpes y más feas resultaba para unas y otras beneficio, al contrario de lo que pasaba en la alta sociedad, donde la delicadeza se empañaba

al rozarse con la grosería. Allá eran aguas cristalinhas que se volvían turbias, acá aguas turbias que se esforzaban por tornarse cristalinas. Con este fin, las reglas de la institución eran severas, se hacían cumplir con la mayor estrictez, y todo elemento perturbador ó discordante era eliminado sin demora.

—¡Hem, hem!...

El presidente Solís tenía la palabra.

Era chiquito, barrigudo, cachetudo, blanco de tez, agradable de aspecto. Llevaba el frac con donairoso desenfado, lo cual incrementaba el prestigio de su persona y de su autoridad. No embar-gante, había subido la escala de la fortuna desde sus ínfimos peldaños, por más que presumiera de abolengo antiguo. Sostenía, y nadie se lo negaba, que era descendiente del Cronista, en línea recta. La mezcla de sangre indígena, de buena clase, eso sí, procedía de las mujeres; pero no había desmejorado la raza, antes bien la había robustecido con cualidades nuevas.

—¡Hem, hem!...

Reinaba un gran silencio.

Solís era orador para los suyos, y eso bastaba á su gloria. Cuando terminaba su oración con un "He dicho" en notas bajas, á nadie se le ocurría criticar sus deslices gramaticales, su elocución á veces incorrecta, menos que la del común de la gente medianamente culta. Era orador, porque poseía el fuego sacro de la inspiración y del sen-

timiento, y porque gastaba ese fuego en defensa de la verdad. No era de los que sacrificaban la esencia de la justicia en aras de los artificios del lenguaje. Un porte digno sin jactancia, una dialéctica sencilla, no vulgar, un tono serio, pausado, tranquilo, eran los elementos capitales de su idiosincracia de tribuno.

El presidente tenía la palabra...

No sacó un voluminoso legajo, ni consultó anotaciones á fin de expresarse con acierto. Para dar cuenta de sus tareas, de sus impresiones personales, confiaba en su memoria y en su corazón.

Al empezar su discurso, se sentía conmovido, como siempre en igual coyuntura.

Dijo que le era muy grato dejar constancia de los beneficios visibles que la institución producía, de un modo lento, gradual, seguro. Ese halagüeño resultado no nacía de una improvisación, ni de las veleidades del acaso: era el fruto de una labor concienzuda, constante, desesperada á veces, jamás ingrata. Suspendida entre la multitud zafia y viciosa, y el egoísmo de los grandes, la «Unión Fraternal» seguía su rumbo, impertérrita, derribando obstáculos, desafiando tempestades. Ella era el peldaño medianero, puesto entre los dos extremos, igualmente peligrosos, de la gradería social. Arrancar al pueblo de su ignorancia y miseria, dura esclavitud en que lo mantenían los de arriba, y contrarrestar el influjo de los de arriba para independizar el carácter y la

voluntad del pueblo, esa era la obra, ese el ideal de los estatutos de la "Unión".

¿Verdad que el amor al trabajo, á ese trabajo que ennoblece y diviniza casi; un hogar decente, una vida holgada, modales honestos, el gusto por el arte, la aspiración hacia lo bueno y lo bello, eran inestimables tesoros?

La Sociedad no obedecía á fines políticos; campeaba por sus respetos en una esfera de acción más elevada. Con todo, ¡qué impetuosas corrientes no había que combatir para purificar los hábitos de las masas! La codicia de los ignorantes, la audacia de los poderosos, el tráfico infame del sufragio, que encumbraba hasta los cargos electivos á los representantes del individualismo avariento, llaga fatal de la República, ¡ávida sanguijuela en el brazo de la actividad nacional! ¡Y las sugerencias desdorosas, las promesas falaces encaminadas á empujar á la "Unión" fuera de la senda del deber! Nó señores y señoras, la "Unión" no se vendía; á Dios gracias, ni uno solo de sus consejeros había prestado oído complaciente á los pérfidos halagos! Ese era el objeto de la política: dividir, desmenuzar los pareceres, para dominar mejor á los hombres. Otros eran los fines de la "Unión Fraternal": ilustrar al hermano menos favorecido por la suerte, morigerar sus costumbres, inculcarle principios, unificar las voluntades activas en un solo propósito ideal. Y esos fines eran vastos como las fronteras de la patria,

inmensos como el insondable azul del cielo. Y tenía que ser mañana un espectáculo conmovedor y grandioso, ese del pueblo instruído, educado, perfeccionado por su propio irresistible impulso, empeñado en pacífica campaña social, apercibiéndose para regir por sí mismo sus destinos. Pues bien, á ellas, á las madres, á las hermanas, á esa interesante juventud femenina que escuchaba su débil voz, estaba reservado un papel envidiable y delicioso: embellecer la conquista con la irradiación de su talento, con el delicado perfume de sus virtudes domésticas...

El presidente Solis habló cerca de media hora. Tuvo el tacto de poner punto final á su discurso en el preciso instante en que dos ó tres bonitas doncellas empezaban á dar leves muestras de fastidio. No hubo aplausos ni gritos, sino un murmullo de aprobación, ¡muy bien! ¡muy bien! que repercutía en el recinto como tenue zumbido.

El consejero de la derecha se incorporó á medias, dió un apretón de manos á Solís y dijo:

—Señoritas, caballeros, va á empezar el concierto.

El programa, bien elegido, comprendía varios números musicales, dos dramáticos.

La pequeña orquesta, formada de *dilettanti* de la misma Sociedad, ejecutó magistralmente la Novena Sinfonía de Beethoven, y en seguida dos muchachas tocaron, acompañándose en sendos pianos, unas danzas húngaras de Brahms. Esas

muchachas eran bien distintas. La una desempeñaba su parte sin libro, de memoria: era una soberbia criatura de alba frente, sonrosados carrillos, ojos negros, rasgados, pelo abundoso, encendido como brasa. De cuando en cuando volvía la cabeza, sonreía al público, mientras sus dedos continuaban recorriendo el teclado, realizando prodigios de agilidad y destreza. Se llamaba Clara de la Tordoya; sus padres se habían hecho ricos fundiendo hierro, y la habían educado como una señorita copetuda.

Dentro del elemento femenino, era la perla de la Institución; sus compañeras la miraban con un cariño y un respeto no del todo exentos de envidia. Realmente era una persona notable; la Providencia la había colmado de favores, había reunido en ella cualidades para diez mujeres.

Golpeaba el marfil sensible con una valentía genial, matizando la armonía con maravilloso instinto. Su acompañante, menos agraciada, una morenita de pocas carnes, no fea, sin embargo, la secundaba sin brillo, machacando los acordes, estropeando las notas, falseando á veces el compás. La otra reparaba el daño diestramente, acelerando ó retardando el movimiento, tocando *fortissimo* en las frases escabrosas. La perla de la Sociedad se impacientaba, martirizaba las teclas, y eso producía un efecto extraño, sorprendente.

Terminada la pieza, las jóvenes se dirigieron á sus asientos.

—¡Admirable, exquisito! aplaudió un mozo muy comedido.

Clara protestó: la Rosa lo había echado todo á perder con sus timideces y vacilaciones; en el ensayo lo había hecho mejor que ella.

—No es dado á cualquiera poseer tus bríos, Clarita, observó, agraviada, una matrona venerable, la madre de Rosa.

La perla hizo un ademán de disgusto, volvió la cabeza. Su mirada se cruzó con la de su madre, sentada más lejos. La señora de la Tordoya la llamó por medio de una señal imperceptible.

—No seas vanidosa, chiquilla; Dios castiga la soberbia.

Había en su entonación un caudal de indulgencia para la hija mimada.

Realmente era aquella una sociedad que empezaba á pulirse. La cultura superficial de las altas clases iba infiltrándose poco á poco en ese círculo modesto, prometía dar frutos de superior calidad.

Se había anunciado el número siguiente del programa. Era un monólogo chistoso: *Mi paraguas*, que debía recitar su autor, mozo muy ducho en los papeles de gracejo. En medio de frecuentes risotadas, el auditorio escuchó la narración de una aventura, de la cual el mismo narrador había sido héroe, el invierno pasado. Había ido al gallinero del Municipal á oír *La Judía*, y al salir la función, llovía á cántaros. Él estaba seguro de

haberse provisto de paraguas, porque, desde la tarde, el cielo amenazaba lluvia. Al bajar los escalones de piedra, había echado de menos el mueble protector: claro estaba, se lo habían robado. Para dar con la prenda, había movido toda la baraunda imaginable, recibiendo en pago mojicones y denuestos.—¿No será ese, señor?, le había dicho por fin una alma caritativa, señalándole un tipo de aspecto sospechoso que acababa de abrir un paraguas demasiado bueno.—¿Cuál?—Allá, señor, en la acera de enfrente.—Claro, ese era el paraguas. Y había echado á correr en pos del bellaco, amigo de lo ajeno. Lo siguió por la calle de San Antonio, por la Alameda, hasta la calle del Dieciocho. El ladrón apuraba el paso, se sentía perseguido, sin duda. Inútil pedir auxilio á los serenos; se sabe que estos señores no pierden nunca su serenidad: lo mejor era hacerse justicia por sí mismo. Frente á la estatua de Buenos Aires, había acometido al ladrón, le había quitado el paraguas. Pero el otro se había puesto á gritar:—¡Que me matan, asesino, socorro! Acudió un oficial de policía á caballo: ¿Qué significaba esa gresca?—Un ladrón que me ha robado el paraguas.—¡Habrá descaró! cuando es él quien acaba de despojarme brutalmente!—Irán presos los dos, entonces, había sentenciado el de policía. Y como se suscitara querella acerca de quién usaría del paralluvias durante el trayecto:—Lo llevaré yo, había dicho el oficial, que harto

lo necesitaba. En la cárcel, el ayudante de servicio, muy chusco, había querido hacer justicia salomónica: la mitad para cada uno. — Yo lo quiero entero. Yo también. El juez improvisado había dispuesto que cargaría con la prenda el que mejor la describiese. — ¡Vaya si lo conocía él, su paraguas, un regalo de Itaspe, la más reciente de sus catorce novias! El contendor había declarado:—Mango de plata falsa, con dos mayúsculas, F. M., en el extremo. Y él:—Lo mismo, con las iniciales K. K. — ¡Demonios! el otro tenía razón! Había debido presentarle excusas, ofrecer un frasco de pisco, una gira de copas á toda la compañía, para quedar libre. Lo peor había sido el regreso. En una calle atravesada le habían salido unos facinerosos, que lo despojaron de todo, salvo los calzoncillos y los zapatos de goma. Calado hasta los huesos había llegado á su casa, con una pulmonía en gérmen. Y lo primero que ve, en un rincón de su cuarto, ¡el bendito paraguas!

Las señoras habían encontrado el monólogo muy divertido.

Las niñas opinaron que Pantoja, su autor y actor, era un títere.

Después de un intermedio, se representó el sainete *Los Dos Sordos*, con Clara en el papel femenino. Ella era un comodín, se prestaba á todo lo que exigía habilidad y gracia. Había nacido con el alma de artista; su corazón era apasionado y vehemente.

Á poco de comenzada la comedia, se había iluminado su semblante; alguien entraba á la sala, y ella le dirigía un afectuoso, discreto saludo. Eso no estaba en su papel: algunas muchachas lo advirtieron.

—¡Cuanto se alegra la Clarita, porque ha llegado su arquitecto!

—¡*Su arquitecto!* ¡Qué original! ¿Fabio de Sancta-Cœli es el arquitecto de Clarita?

—Todo el mundo lo sabe; pero mientras ella padece insomnios, él se ríe, ¡qué le va á hacer caso!

—¡Infeliz perdiz!

—Niñas, niñas, ¡el undécimo no murmurar!

Las muchachas se rieron *sotto voce*, tapándose la boca con el pañuelo. ¡Cómo conocía don Ruperto del Carmen los mandamientos de la ley de Dios!

El presidente añadió, en tono semi-serio:

—Conviene imitar á la alta sociedad en las buenas maneras, no en sus vicios y extravíos.

La representación finalizó sin tropiezo: el bastonero organizó las primeras cuadrillas. Se eliminaron los asientos que estorbaban, arrimándolos á la pared, para abrir espacio.

Clara buscaba con la vista á Sancta-Cœli, á quien había saludado desde la escena, poco antes. El joven se aproximaba, distribuyendo apretones de mano, á un lado y otro.

—¿Por qué no vino á oír el *dúo* de pianos? Yo tocaba, le dijo ella.

Fabio se excusó. Había prometido un diseño para esa misma noche; lo había terminado á las diez, á toda prisa.

—Mi música no puede interesarle mucho, suspiró la niña, bajando los ojos, mientras sus dedos jugueteaban con el abanico.

—Al contrario, señorita. . .

La joven alzó la vista, y, con viveza:

—¿Por qué me dice usted "señorita"? Llámeme Clara, es mi nombre. ¿Acaso lo llamo yo á usted "señor de Sancta-Coeli"? Albemar, á secas, como se estila entre amigos de confianza.

—Prefiero Fabio; Albemar es uno de mis apellidos.

—Pues yo prefiero Albemar. . . Y agregó, sonrojándose ligeramente: Todos lo llaman á usted Fabio, y á mí, . . . usted sabe que soy caprichosa, . . . me gusta singularizarme.

—Y lo consigue con la sola manifestación de su talento.

—Usted se burla; la mejor prueba de que no lo poseo está en que . . . nadie me quiere.

—¿Ni yo? murmuró el joven dulcemente, persuasivamente.

¿Qué mágica virtud encerraba esa breve pregunta para transfigurar, como lo hizo, el rostro de la gentil criatura?

Clara se irguió, en sus pupilas brilló una llama intensa; mirando fijamente á su amigo, exhaló todo el amor de su pecho, en esta exclamación casi inconsciente:

—¿De veras?

Fabio comprendió que había cometido un disparate; su devaneo podía costarle caro. Él quería á la niña como amigo; por ahora no pensaba ir más allá. Quiso retirár la mano que había alargado tan distraidamente, y repuso:

—De veras, Clara; yo siento por usted mucha estima, mucha amistad, un sincero deseo de verla feliz...

La joven cayó de inmensa altura. Fabio parecía retractarse; eso se advertía en el tono de su voz más que en el sentido de sus palabras.

—Nó, dijo, meneando la cabeza, nadie me quiere con sinceridad y bondad.

Evidentemente, Clara pretendía arrastrar al arquitecto á un coloquio amoroso. Ella lo amaba con delirio, con fe ciega, porque se creía digna de él. Fabio había notado esa pasión hacía tiempo, la había visto crecer y robustecerse, y nada había hecho para contrarrestar su desarrollo. La había estimulado, más bien, con su entusiasmo de artista por esa obra maestra de la creación.

En efecto, era una fascinadora mujer, esa Clara de la Tordoya, un encanto de la imaginación y de los ojos. Fabio se estremecía al contemplarla, le hervía la sangre. Sin duda ella abrigaba

propósitos honestos; él, por ahora, no aspiraba al matrimonio. Más de una vez había dicho, para su foro interno: Sancta-Cœli, amigo mío, haces mal en trastornar el seso á esa muchacha; una negativa perentoria evitaría muchos desagradados ... ¡salvo que la deseases como ... querida!

Eso nó, ¡jamás!, era demasiado caballero. Repugnaba á su alma generosa hacer el papel de lobo en el redil. Esa niña pertenecía á un hogar de honrados industriales; las aventuras galantes se buscaban ó mucho más arriba ó mucho más abajo. Él era amigo de Clara porque era miembro de la "Unión", y era miembro de la "Unión" porque se había tenido confianza en la pureza de sus costumbres, una fe profunda en su honor de gentilhombre. Ahí, más que en ninguna parte, le correspondía ser circunspecto, escrupuloso y leal.

En más de una ocasión, había examinado con calma la contingencia de casarse con la hermosa joven.

¿Y por qué nó? Clara era un dechado de virtudes prácticas; una criatura incomparable. En lo físico, una escultura de Fidias, en lo moral é intelectual, una ahijada de Vénus y Minerva.

Una vez había pensado seriamente en esa alianza: fué cuando la "Unión Fraternal" quiso llevar á su presidente Solís al municipio. Entonces había germinado en la mente del joven la idea de unificar todas las fuerzas productoras del país, para convertirlas en elementos de go-

bierno. Su matrimonio con Clara, al par que habría satisfecho sus aspiraciones de hombre, le habría dado en la Sociedad cierta preponderancia política. Pero sus hermosas utopías se habían desvanecido completamente, después de las elecciones populares; había tenido que desechar como imposible la realización inmediata de su ideal. Solís había sido derrotado en las urnas, á pesar de sus fuerzas numerosas y bien instruidas; no hubo juego limpio, y sí, deplorables defecciones. Él había vuelto á sus escuadras y planos de arquitectura, resignándose al papel de soldado raso en la lucha por la civilización.

—¡Qué silencioso está usted, Albemar, dijo Clara.

—Estaba pensando....

—En cualquier cosa menos en mí, replicó bruscamente la niña... Y, con displicencia: ¡Quién va á fijarse, añadió, en una muchacha tonta y fea!

Esta observación de mal gusto, impropia de los lindos labios que la proferían, desagradó á Sancta-Cœli.

—Usted no es tonta, ni fea, repuso, indiferente.

—No me ha dicho en qué estaba pensando...

—En usted; ya vé usted que se engañaba. Pensaba que yo no merecía, en cierto sentido, el aprecio que usted me tributa.

Fabio no era del todo injénuo al expresarse así. Sabía que la joven lo amaba inmensamente, y que ese amor nada tenía de ilógico ó insen-

sato. No podía ocultársele que ella y él habrían formado una bonita pareja, perfectamente adecuada. Mediaba entre los dos, socialmente hablando, cierta distancia, pero ¡tan pequeña! Esa distancia era harto menor que la que la separaba á ella de los otros jóvenes de la Sociedad que aspiraban á su mano. Á él no se le ocurría, por ejemplo, que Clara pudiese llegar á ser la esposa de Pantoja, el hombre del monólogo. Hay ciertas cosas que se conciben, se sienten, pero que no es fácil definir.

Fabio de Sancta-Cœli no era orgulloso; sus propensiones republicanas eran el fruto de la reflexión y del estudio. El no comprendía el concepto filosófico que envuelven las palabras *posición social*, especialmente en un país tan positivista como el nuestro. Por cualquier lado que se la contemplase, era imposible establecer en la sociedad clasificaciones racionales. La riqueza, la virtud, el genio, los antecedentes de familia se hallaban distribuídos de un modo tan extravagante en la comunidad, que habría sido absurdo poner en el mismo nivel mundano á entidades de igual categoría. En otros países había el lustre inherente al linaje, la gloria que acompaña al talento, el respeto que inspira la virtud, para subordinar el prestigio que comunica por sí solo el dinero; aquí no existía nada de eso. La idea de posición social era, por lo tanto, una ficción; á lo menos, el pueblo no la conocía. Fabio recordaba

la respuesta de uno de sus albañiles, á un altanero personaje que lo había interpelado así:—«¡Mira, gagnápiro!...» El albañil había contestado con arrogancia:—«Yo soy tan bueno como usted, valgo tanto como usted, y no soy ni más ni menos gagnápiro que usted!» Es de advertir que el artesano llevaba uno de los grandes nombres de Castilla, y el personaje se llamaba, del modo más plebeyo, Pandeavena. Con todo, ese era el sentimiento general. En vano la fantasmagoría del oro y de la falsa fama abría abismos entre un ciudadano y otro ciudadano, en vano el abuso del poder y la tiranía de la fuerza pretendían fundar dos clases sociales bien definidas, la de los amos y la de los siervos; la conciencia popular estaba ahí, para decir cuando la oportunidad se ofrecía: ¡Todos somos iguales!

La única servidumbre que oprimía al pueblo era la de su propio vicio y miseria propia...

Sancta-Coeli miraba de soslayo á su donosa vecina. No, no podía invocar diferencias de casta, argumentos de posición social para rechazar esa mano fina, sonrosada, suave, que se le ofrecía tan ingenua, tan confiada, tan espontáneamente! ¿Por qué la rechazaba entonces?

¡Era un misterio de su corazón!

Ella aguardaba una confesión decisiva; la solicitaba con el ávido mirar de sus ojos negros. Él rehuía la explicación final, temeroso de causar pesadumbre... ¡Quién sabe! Esa mujer era capaz

de todo, un carácter entero y bien templado. Era de la arcilla con que había hecho Dios á una Margarita de Borgoña, á una Juana de Nápoles, á una Catalina de Médicis, y antes, en la Grecia de Alcibíades, á una Aspasia.

Muchos socios de la "Unión" cortejaban á Clara de la Tordoya. Fabio acudió á un expediente no muy nuevo.

—Clarita, dijo, chanceándose, ¿no teme usted que sus atenciones para conmigo ofusquen á su pretendiente, Silvela? Es el novio de usted, según me han dicho; ó casi...

La joven le echó una mirada en que el amor y la ira campeaban con iguales fuerzas.

Á sus labios iba á asomar una palabra dura.

Sancta-Cœli le advirtió, muy á tiempo, que estaban perturbando la armonía de las cuadrillas con sus continuas distracciones.

En efecto, la conversación entre Fabio y Clara se seguía en voz baja, en los intervalos de las figuras. Las demás parejas observaban rigurosamente el compás; había simultaneidad perfecta en la cadencia de los movimientos y el ritmo de la música. No habría sido posible hallar, en ningún salón del mundo, el placer de la danza más admirablemente disciplinado.

—Estamos llamando la atención, Clarita; más adelante charlaremos á gusto.

La joven calló; tenía el corazón lacerado. Las mujeres poseen un instinto prodigioso: Clara

comprendió que Fabio nunca la querría como ella á él.

Hasta entonces no se le había ocurrido que *su arquitecto* pudiera amar á otra. ¿Y si eso fuese?

—¡Una rival! pensó la niña con espanto: ¡Ay de ella si existel...

Terminadas las cuadrillas, Solís se acercó á Sancta-Cœli.

—¿Como está, amigazo? Se conoce que usted no es inglés, siempre llega á la cola.

—Alcancé á participar del primer baile.

—Muy bien hecho; y ahora vamos á refocilar-nos con una copita de cualquier líquido... tenemos que hablar... ¿Usted permite, señorita Clara?

Ella estaba dispuesta á permitirlo todo, hasta que la hicieran trizas.

Mientras se tocaba un valse, sobrevino un incidente desgraciado.

Sicorta, el periodista, había llegado momentos ántes, acompañado de Jacobito Malrasca. El muñeco era un zángano; como no tenía nada que hacer, se llevaba metido en la oficina de redacción de los *Ecos de Provincia*, so pretexto de que su señor padre era dueño de acciones de la empresa del periódico. Se había pegado esa noche á los talones de Sicorta; quería ver de cerca un sarao democrático, cuestión de divertirse, de encanallarse un poco. Y á fe que el zángano se divertía, pellizcando las piernas de las jóvenes que

pasaban cerca de él, arrastradas en el raudó giro de la danza. El bastonero había descubierto la maniobra, una, dos, tres veces. ¡Canastos con el muchacho atrevido! ¡Eso ya no era tolerable! Había señalado la puerta al muy truhán; que se resistía. Se había formado un ligero alboroto: Solís y Sancta-Cœli se aproximaron. El presidente intimó al intruso que tomara el portante, que se fuera al infierno con su música. ¿Qué se había figurado el mequetrefe?

El otro protestaba, indignado. ¡Tratársele así, á él, á un hijo de figurón de gobierno!

—Á estas horas, rugió Solís, los gandules como usted deben estar en un pesebre, no en un salón de gente educada.

Jacobito se irguió, ¿no sabían acaso quién era?

—Ni ganas tampoco, replicó el presidente, y lárguese usted con viento fresco...

Jacobito se retiró refunfuñando.

Sancta-Cœli había querido endilgarlo hasta la puerta. Era benévolo y compasivo, le inspiró lástima ese infeliz, á quien por segunda vez veía colocado en situación indecorosa.

—Señor, le dijo, cortésmente, cuando se vieron los dos solos, en la puerta de calle: Señor, la lección ha sido dura, confiese usted que la merecía. En nuestra sociedad no se es quisquilloso; pero se pide cierta dosis de urbanidad y de respeto.

—¡Vaya! exclamó con desdén Jacobito, echan-

do á andar; ¡en nuestra sociedad no se es tan exigente!

Solís hizo amargos reproches á Sicorta por haber introducido á un sujeto tan grosero.

El periodista pidió mil perdones; ignoraba que su amigo pretendiese abusar de la hospitalidad que se le concedía; deploró mucho lo ocurrido, que él no había podido prever, después de haber recomendado tanto, al otro, la moderación y la prudencia:

—Vendría algo calamocano, quizá, el amigo Malrasca...

—Al dar cuenta de nuestra velada en los *Ecos*, me hará usted el servicio de aludir á este incidente... Oh, de un modo general, discreto; conviene que la cosa no se repita.

Sicorta prometió eso, y mucho más. Pidió el programa del concierto, se proponía comentarlo extensamente. Ya verían qué trozo magistral iba á producirles. El director de los *Ecos* le había ordenado redactar un suelto interesante sobre un matrimonio *de tono*, ¡vaya una pamplina! Escribiría cuatro renglones sobre la ceremonia, é insertaría después la lista completa de los asistentes; eso hacía bulto, y, al cabo, los *de tono* querían tan sólo ver su nombre impreso... tener la gloria de haber figurado en una solemnidad de primera clase, aun cuando más no fuera, en medio de la comparsa.

—Dos líneas no más, señor Sicorta, interrump-

pía de cuando en cuando Solís: somos modestos.

Nó, señor, ¡toda la columna! ¡Al diantre con los matrimonios *de tono!* Además, eso era cuestión de tijeras, el molde estaba hecho, todos se asemejaban. El joven... de los más distinguidos y principales, gallardo, hermoso, un abismo de sabiduría, no tenía Lucifer por donde cogerlo. Ella, distinguida también y principal, dotada de todas las virtudes, linda como un sol. Todo eso no tenía novedad alguna, ni gracia; el público debía de estar empalagado con tanta distinción. En cambio, los bailes de la "Unión Fraternal", ¡hábleme usted de eso! Eso sí que tenía importancia nacional y artística, moral y sociológica. Representaban una gran zancada en la carrera ascendente de las clases trabajadoras, para ponerse al nivel de las... de los... de las...

—De las clases distinguidas, terminó Sancta-Coeli.

Sicorta, pedante y gárrulo, se preparaba á amplificar su disertación, á aducir aforismos todavía más trascendentes.

—Bueno, don Sótero, interpuso Ruperto del Carmen, está usted perdonado.

El periodista abrió tamaños ojos, había olvidado completamente lo que tenía que hacerse perdonar.



CAPÍTULO III

Simple charla

—Mientras la juventud se divierte, vamos á conversar un rato, dijo Solís.

Él y Fabio abandonaron el salón de baile, tomaron por un estrecho pasadizo sin luz. Al extremo del pasadizo había un patio pequeño, vagamente iluminado por los destellos de las lámparas de una habitación vecina.

Era el comedor.

Ahí estaban reunidos los consejeros, departiendo con otras personas, presidentes de sociedades de provincia, delegados á la fiesta de la "Unión Fraternal."

Fabio fué presentado á estos últimos, pues no los conocía.

La charla continuó, animada, acalorada á veces.

—Un sorbo de cualquier cosa, Sancta-Coeli...

—Gracias, Solís, ya sabe usted que no bebo licores: soy abstemio como mi cuasi compatriota Silvio Pellico.

Se discurría sobre un proyecto de federación solidaria de todas las asociaciones populares del país, una idea piramidal, asombrosa.

Un delegado de Talca había desarrollado el plan en sus grandes líneas. Descansaba éste en la absoluta libertad de iniciativa de cada grupo, para constituirse i reglamentar sus tareas, i en la perfecta unidad de miras en cuanto á las cuestiones de interés común.

—Porque, concluyó el orador, ya ha sonado la hora en que los pueblos deben emanciparse de sus eternos opresores. Es menester que la nación empiece á gobernarse por sí misma, ¡qué demonios! está en su casa, es la dueña, ¿no le parece á usted, señor Sancta-Coeli?

Fabio repuso modestamente que no entendía de política. Vivía de su oficio, la arquitectura, no había tenido tiempo de profundizar aquel difícil estudio.

El otro replicó amostazado. Era hoy día una obligación de patriotismo preocuparse de la cosa pública, abandonada en manos de especuladores y barateros que explotaban al país con los instrumentos del poder.

El arquitecto observó que la política era ciencia muy interesante, pero abstrusa; se requería

para su cultivo una vocación, una preparación especial. Admitía, con todo, el reproche, lamentaba de veras no ser perito en negocio de tanta trascendencia.

Su interlocutor no se dió por vencido. La política se aprendía discutiendo, emitiendo cada cual su opinión; para ello, cualquier momento era oportuno. La suya era ésta: el país estaba hastiado de sus hombres públicos, que, á fuerza de no contemplar más que su provecho propio, habían introducido en la fortuna común el más completo desbarajuste, preludio de un espantoso desgobernio. ¿Qué laya de hombres eran esos, oligarcas ó demagogos? ¿Quién diablos los había puesto ahí?

¿El pueblo? ¡Vil calumnia! El pueblo no podía cargar con responsabilidad semejante.

Y exaltándose por grados: ¿querían saber una cosa? ¡Los estadistas en ejercicio eran incapaces de gobernar! Si él fuera senador ó diputado, pediría la palabra, miraría de frente á sus colegas, les diría sin rodeos, muy cortés: Señores, ¡ustedes son unos priscos!... Eso no sería mui parlamentario; pero la verdad tendría que decirse, una vez por todas. ¡Siquiera fuesen priscos de talento! El talento provoca la admiración, deslumbra. Había muy pocos de esa calaña. Los demás, una retahíla de ambiciosos vulgares, sin escrúpulos. No poseían ni la fuerza que impele, ni el patriotismo, que inspira, ni la ciencia que alumbra, ni la vir-

tud que modera, ni el espíritu de abnegación y sacrificio que es la única excusa del poder. Los ciudadanos ejercían la licencia, carecían de libertades; tenían pan, pero no principios. ¿Qué era en este país la noción de Estado? La de un espléndido y reducido techo que cobijaba á unos pocos felices, los mantenía en la ostentación y la holganza, mientras millares de ciudadanos vivían de privaciones, entregados á la inclemencia del tiempo. Y bien podían esos dichosos cometer los más estupendos desatinos, el pueblo ruin, despreciable, esclavo, todo lo miraba con indiferencia. ¿Acaso le interesaban esas cosas, acaso le afectaban de manera alguna? Sólo sabía que para él, como para el ganado lanar el esquileo, había de llegar periódicamente la hora de la trata del voto, ¡esa ignominia inmerecida que pesaba como un remordimiento sobre el honor republicano!

Y don Cleodoro Bustillos (era el nombre del delegado de Talca) dió con ambas manos un fuerte estirón á su chaleco, que se había arrugado, y miró á los circunstantes como diciéndoles: ¿Que tal?

—El señor tal vez exagera, aventuró Sancta-Cœli, que, en medio de esas apreciaciones, despojadas de su ropaje enfático, descubriría cierto asomo de verdad. Él también abrigaba ideales políticos; poseía demasiado la historia para ignorar los errores de todos los gobiernos. Desconfiaba especialmente de los trastornos bruscos, que sólo

traían la reacción y el retroceso; y no dejaba de experimentar cierta inquietud oyendo las declamaciones de ese artesano inteligente, que resumían, quizás el sentimiento de las multitudes. Se estremecía ante la idea de una lucha armada entre el gobierno y el pueblo, lucha fatal que sólo podía producir dos resultados: el servilismo ó la anarquía. Ciertó que los hombres del poder eran en su mayor parte incapaces, que constituían una administración costosa, no tanto por el gasto ostensible como por el derroche clandestino, pero ¿dónde estaban las cabezas sólidas, los corazones puros que pudieran reemplazarlos con ventaja?

Miraba hacia abajo, veía una muchedumbre ignorante, sierva de sus arrastrados apetitos, desprovista de ideales nobles: eso no podía gobernar, habría sido absurdo pretenderlo. Y en un grado más alto, ¿contaba el artesano con la preparación suficiente para ejercer la autoridad? Sólo era una excepción, y ¡extraña inconsecuencia! cuando el presidente de la "Fraternal" quiso pertenecer á la municipalidad santiaguina, muchos de los suyos habían desertado su bandera. ¿Luego el pueblo no tenía fe en sus iguales, en los que sa-
lían de sus entrañas para ocupar una alta situación? Había homogeneidad en las aspiraciones, pero faltaba cohesión en las voluntades; los más entusiastas se dispersaban en el momento de ejecutar la obra. ¿Qué aconsejaba entonces la cordura, en medio de esas ambiciones impotentes, de

esas debilidades incomprensibles? Disipar la ignorancia, educar la voluntad i el carácter, enseñar á los hombres á gobernarse á sí mismos antes de entregarles las riendas del gobierno de los demás. Empresa que tenía que ser paulatina, paciente, silenciosa; que el pueblo debía organizar y dirigir por sí propio, sin esperar el auxilio de los grandes.

—El señor tal vez exagera, había observado Sancta-Cœli, con calma. Si no fuese el temor de parecer petulante, me atrevería á refutar algunas de sus afirmaciones.

—Eso no es óbice, dijo Bustillos; de la discusión sale la luz.

—Por de pronto, advirtió Solís, yo me adhiero al parecer de mi amigo Fabio.

—Y yo al de mi compadre Cleodoro, insinuó Quesada, un hombrecito barrigudo, más chico y barrigudo que el presidente de la "Unión". Ruperto del Carmen se ponía contento cuando Quesada estaba ahí; entonces él no era el más pequeño del corrillo.

—Pues bien, empezó Fabio, yo sostengo, en primer lugar, que hay personas muy dignas y muy idóneas en la administración de la cosa pública...

—Es preciso entendernos, interrumpió Bustillos ¿Qué llama usted persona digna? ¿Un padre de familia indulgente? ¿un amigo leal? ¿un abogado integérrimo en el ejercicio de su profesión? En tal caso, concedido, hay hombres dignos en el go-

bierno. Pero estoy dispuesto á jugar mi cabeza á que no hay diez estadistas que, en calidad de tales, no hayan explotado su posición pública, burlando así la confianza que en ellos depositara la nación.

Sancta-Cœli protestó, citó unos cuantos nombres que él creía sin tacha. Tuvo que hacer frente á un fuego graneado de rectificaciones. Todos hablaban á la vez. Solís mismo, tan circunspecto, meneaba la cabeza; la defensa era débil por ese lado...

—Pero, en fin, decía el arquitecto, no me negarán ustedes que el ministro tal...

¡Oh, oh, oh! el de los ferrocarriles del Norte, ¡bonita pieza! ¡El país le había pagado, sin quererlo, dos millones por sus escasos servicios.

—¿El senador cuál...?

¡Un excelente patriota, á no dudarlo! ¡Qué lástima que en una cuestión rentística hubiese vendido su voto en cien mil pesos! De balde, por lo visto. ¡El país pagaba poco por lo bien que se le servía!

—Señores, señores, gemía Sancta-Cœli, es imposible que tengan ustedes algo que sacarle al diputado Piedraseca... ¡el hacha de los abusos administrativos!

Bah, ¡un mastuerzo que hacía la guerra al gobierno por venganza!...

—Pero ¡sirve á su país!, exclamó Fabio, triunfante.

—Por carambola, objetó Bustillos. Si á uno de sus parientes le hubiesen dado, con doce mil pesos anuales, la inspección de bosques de la provincia de Atacama, Piedraseca no sería opositor.

—No sabía que hubiese bosques en Atacama, observó el arquitecto, incrédulo.

—Por eso es succulenta la prebenda, repuso Quesada, con malicia: ¿se puede desempeñar el puesto sin moverse de Santiago!

Y la revista continuó, una verdadera inspección de ropa sucia. Fabio estaba aterrado: ¡ni una sola conciencia sin mancha en toda la jerarquía! No, aquello no era posible, ¡no era verosímil! El despecho de los de abajo se cebaba en las reputaciones de los de arriba; la mala fama, como la buena, era las más de las veces usurpada. Pero había un grave peligro nacional en desacreditar á las grandes figuras del Estado. El respeto y la admiración del pueblo hacían á los hombres públicos más altos que su estatura natural: ¿qué conveniencia había en presentarlos al país como despreciables pigmeos? Ninguna. En cambio, podía haber ahí una causa de desmoralización política y de estragamiento de las costumbres, ya demasiado relajadas. Por otra parte, ¿no era indecoroso para un pueblo libre ser gobernado por explotadores y villanos? Y, si los creía tales ¿por qué los elegía? Ó era villano él también?

— El pueblo no elige á sus mandatarios,

advirtió Bustillos; eso lo sabe usted perfectamente.

—No querrá elegirlos.

—Le faltan los medios de ejecutar su voluntad con eficacia.

—Que los busque: el que quiere puede.

—En Chile, insinuó Quesada, no hay más que un hombre en esas condiciones: el Presidente de la República.

¡Eso no más faltaba!, que se pusiera en tela de juicio la cabeza visible de la Nación!

Felizmente el Jefe del Estado tuvo defensores. Solís lo conocía: era un buen sujeto, de corazón sensible, bondadoso; tenía sus malas partes, ¿y quién nó?, la vanidad, la sed de gloria de un monarca absoluto, que aspira á realizar grandes cosas, para que la posteridad lo venere y admire. Á veces cometía locuras con tal de aparecer magnífico. El mayor de sus defectos era su aversión á la plutocracia, á la burguesía, dueña de la riqueza del país. Sin embargo, en ese núcleo tenía que reclutar sus ministros; de ahí los conflictos frecuentes, la inestabilidad de los ministerios. El Jefe Supremo, con cualidades efectivas, era un presidente imposible. Y la voz general: que no terminaría en paz su período. Se discutía mucho, se administraba poco, la nave del gobierno se iba al garete. En medio de esa babilonia, la alta banca, el feudalismo agrícola, el agiotaje insolente hacían negocios estupendos. Se impro-

visaban colosales fortunas; el pueblo vivía cada día en mayor estrechez. Y á medida que la moneda corriente iba perdiendo de su valor intrínseco, y la riqueza nacional acumulándose en unos pocos bolsillos, los estragos del vicio y de la pobreza iban cundiendo entre las masas...

—El Presidente favorece la industria y los trabajos públicos, afirmó Fabio; eso proporciona ocupación á los brazos indigentes.

Solís no era ahora del mismo parecer; las reservas fiscales podían tener mejor empleo.

—¿Cuál?, preguntó Santa-Cœli.

—El rescate del papel-moneda, promesa que se nos viene haciendo desde años atrás, y que no se cumple. Á la sombra del régimen fiduciario han nacido intereses opuestos á la ventura pública.

Solís desarrolló su idea. Nunca se había visto, como ahora, ese desenfrenado deseo de levantar fortuna sin esfuerzo, esa sed de lucro, de pompa externa, de goces materiales, estimulada de una manera insensata por el desarrollo desproporcionado del comercio de importación. Ese frenesí de lujo y de placeres, de que daba el ejemplo la sociedad burguesa, se extendía, por el espíritu de imitación servil, propio de nuestra raza, hasta las capas sociales inferiores, como una lepra. ¡Y allá en el extremo norte, el extranjero—no el que venía al país á fundar casa y familia, á contribuir al progreso de este suelo hospitalario, nó—el ex-

tranjero que vivía lejos de Chile, que apenas lo conocía de nombre, y lo esquilmaba, sin embargo, por medio de sus agentes, sin devolverle nada en retorno!

—Tarapacá tiene la culpa, expuso Fabio; ha sido para nuestro país un presente griego.

—La caja de Pandora, amplificó Bustillos, muy entendido en mitología.

—Y esa caja de Pandora es la caja de fondos del Estado, observó Solís; cuando ella se agote nos quedaremos frescos.

Sancta Coeli recordó que el Presidente de la República había hecho algunas tentativas para nacionalizar la industria salitrera.

—¡Inútil intentona! exclamó Quesada. La omnipotencia presidencial ha ido a estrellarse contra la omnipotencia del inglés.

—Que tiene en Chile mismo partidarios resueltos, añadió Bustillos.

Solís dijo que era una tutela escandalosa, la que sobre nosotros ejercía la Gran Bretaña. Francamente, había que convenir con don Cleodoro en que la situación del país no era buena:

—¡Hemos sido derrotados, amigo Sancta-Coeli!

—Pero, objetó el arquitecto, en nuestra tierra nadie se muere de hambre...

—¡De hambre! prorrumpió el delegado de Talca: ¡no se muere únicamente por falta de pan! ¿Y el abandono, y la miseria, y el vicio, y las

epidemias inconcebibles que se descargan como el rayo sobre el hogar pobre y lo aniquilan? Y el frío de las cárceles, y el puñal artero, y la crueldad de los más fuertes? ...

Nó, nó, nó; era forzoso reconocer el malestar social y público, y, lo que afectaba más de cerca á la "Unión Fraternal," el abatimiento de la industria, merced á la plétora de importación extranjera. El oropel y el trapo hacían enloquecer á las mujeres; los maridos fundían en la copa y el juego el dinero penosamente ganado. El europeo astuto nos enviaba su miserable pacotilla en cambio de nuestros productos nobles, que tasaba á su antojo. Y era una humillación, una vergüenza ver que éramos nosotros los que le quedábamos debiendo, pues él ponía precio á nuestro trabajo y sudor. Habían rebajado el valor de nuestra moneda, que era como rebajar el valor de todas las medidas. Estaba visto: ¡éramos una raza liliputiense, y nos daban medidas proporcionadas á nuestra pequeñez!

— Quiero admitir que no vivimos en el mejor de los mundos imaginables, dijo Fabio; pero permítaseme rechazar el concepto demasiado sombrío que ustedes se forman de los hombres de la administración. No creo que sean tan malos como algunos los pintan; tengo la certidumbre de que es inmoral y pernicioso envolverlos en una atmósfera de desprestigio. Hay cosas que es lícito pensar, y que no es prudente decir.

— Estamos entre amigos, ¿no es verdad, compadre? . . . exclamó el de Talca.

— Cierto, compadre, repuso Quesada con gravedad.

— Yo, cada vez que diviso á uno de esos prohombres de la política, le saco así tanto sombrero. . . ¡Ya ven ustedes que aparento ser más diablo que lo que soy! . . . Pero, confiesen, aquí, entre cuatro ojos, confiesen que somos un pueblo de patanes, de hotentotes! En vez de oro y plata como moneda, nos dan unas fichas de papel impreso; á mi nadie me saca del meollo que los billetes de Estado ó de los bancos son simples fichas. . . Y yo me pregunto entonces ¿dónde está la caja de metálico que responde por ellas? No la hay: he ahí la burla y el escarnio. . .

— La prensa ha pedido constantemente que se ponga en circulación la moneda de oro.

— La única moneda cristiana, Fabio, agregó Solís, completando el pensamiento de su amigo. Cuando se habla de moneda, todo lo que no es oro y plata, ó su genuino representante, es salvajismo y barbarie.

— Se ha mentado la prensa, continuó Bustillos, alumbrado por una sucesión de copitas; pues bien, la prensa es una cortesana que brinda sus favores al más jeneroso. La prensa independiente no existe; la que hay, ó pertenece á un partido, ó á una creencia religiosa, á una secta dogmática, en fin; y lo que es dogmático no

admite la controversia que aclara y fija los principios. ¿Qué dice la prensa, la prensa burguesa, porque nosotros no la tenemos? Dice hoy blanco, como ayer dijo azul, como antes había dicho negro, con un desparpajo que á uno lo confunde. Nunca censura lo malo ni aplaude lo bueno intrínsecamente ¿Es amigo el que cometió una barbaridad? Esa barbaridad es una cosa admirable. ¿Es enemigo el que realizó una hermosa obra? Esa obra es un absurdo. Así el periodista gasta su ingenio en pampiroladas de índole estrecha, exclusivamente personales. No hablo de las divagaciones políticas, económicas ó especulativas porque nadie las entiende, ni los mismos que las escriben. Pero díganme ustedes con toda franqueza, ¿qué le importa al país que el Ministro de la Guerra esté con romadizo y, por esta razón, emporque al día seis docenas de pañuelos *á cuadros*? Ni qué le importara que *X*, *Y* ó *Z* se disputen el cargo vacante de visitador perpetuo de monumentos públicos? Si le preguntaran a la nación cuál de los tres prefiere ¿qué contestaría? Que no los conoce, que lo único que le interesa es ver en el puesto á un hombre honrado, aunque se llame simplemente *Pí*, aunque no tenga nombre ninguno... Pues nó señor, el nombre es lo primordial, y se suscitan acaloradas polémicas acerca del valor relativo de los aspirantes. Se trata, por ejemplo, de la Secretaría de Hacienda: ¡No hay como Tirabeque: usa guantes color ca-

nela, ha compuesto una oda *Á la elegancia*, y es hijo del eminente jurisconsulto don Roque! — ¡Pues yo sostengo que el hombre es Camela, porque toca muy bien el violín y es hijo de... su padre! De todo lo cual resulta un gatuperio!

—Cierto, cierto, aprobó Altamira, uno de los presentes, que todavía no había abierto el pico. Había escuchado con suma atención las observaciones de don Cleodoro; no las comprendía muy bien, pero las encontraba luminosas.

Aparentemente, Fabio de Sancta-Cœli había sido derrotado. Mas, unos pocos minutos de reflexión le hicieron descubrir el lado flaco de la argumentación de sus contradictores. Toda ella descansaba sobre un concepto erróneo: la confusión de la cuestión política con la cuestión social, y la identificación de la política militante con la índole trapacera de ciertos hombres de Estado. Había que hacer sus distingos, por más que eso trascendiera á casuística. En todos los tiempos, en todos los países, los gobiernos habían tenido análogas tendencias de absorción y predominio; siempre había habido mercaderes en el templo, y Jesucristo no había venido sino una vez á la tierra.

En el fondo, Fabio abrigaba ciertas ideas de sus contrarios. Le habían referido, había leído cosas atroces sobre el feudalismo territorial chileno, infinitamente más bárbaro que el que oprimía á la vieja Inglaterra: infelices inquilinos

atados á un árbol, azotados sin misericordia en castigo de nimias faltas; modestos propietarios despojados de su patrimonio por la rapacidad de poderosos vecinos; y la relajación de las costumbres campestres, el derecho de pernada ejercido con todo su rigor, ese derecho que enjendraba una clase de desheredados anónimos, destinados al bandolerismo ó al martirio. ¡Gran Dios! ¡qué diferencia existía entre el régimen presente y el de los siglos de tutela política! ¡Francamente era de renegar de la revolución de 1810! Como en los nefastos tiempos de la colonia, el pueblo vivía, trabajaba, iba á la guerra ¿para qué? para que dos ó trescientas familias, la milésima parte de la población, gozaran en santa paz de las conquistas de las armas y del progreso, disfrutaran de la sutilizada cultura del Viejo Mundo, ¡como si para ellas solas, y con el exclusivo fin de hacerlas felices, hubiese luchado la humanidad millares de años!

—Cuando el pueblo se convenza de que los ricos son sus más encarnizados adversarios, irá derechamente al socialismo, opinó Quesada.

—Es muy posible, replicó Fabio, porque un absurdo engendra otro absurdo. De falsas premisas se infieren falsas conclusiones. Si se admite como verdadero que la riqueza es enemiga del trabajo, y de la felicidad única fuente, se puede sostener que el socialismo es la mejor solución del problema humano. Pero, como ustedes saben,

el socialismo es un círculo vicioso: su reinado sería efímero como el de todas las instituciones que tienen un fundamento artificial. Distribuída por iguales partes la riqueza entre todos los habitantes de la tierra, necesariamente surgiría otra faz del conflicto: el mantener á cada hombre en el goce de la porción congrua adquirida. Y como no todas las inteligencias, no todos los brazos, no todos los caracteres, no todas las suertes son iguales, como hay hombres avisados y hombres necios, como hay sanos y hay enfermos, activos y perezosos, pródigos y mezquinos, tendríamos que estar constantemente cercenando el caudal de los más emprendedores y afortunados para nivelar el de los más inútiles é inmorales; y, como al fin los hombres prudentes se aburrirían de trabajar para el ocio ajeno, reducirían sus esfuerzos á conservar su hacienda sin aumentarla. Resultado: que nadie prosperaría; y desde que todos consumen, el empobrecimiento sería fatal. Salvo que el socialismo consignara en sus leyes el principio de que una vez efectuada la primera distribución, cada cual, como vulgarmente se dice, se agarrase con sus uñas: los de uña larga se irían arriba, los de uña corta, al abismo, y el mundo no habría adquirido en el ensayo sino la triste experiencia de que las cosas son porque son, y no pueden ser de otra manera. Esto, refiriéndome tan sólo al orden material; en el orden moral, para qué decir que el trastorno sería no menos violento.....

... Ahora ¿es efectivo que la riqueza sea enemiga del trabajo y la base exclusiva de toda felicidad? El trabajo, acompañado de ciertos requisitos que la mayoría de los hombres pueden voluntariamente satisfacer, es el medio más natural, más noble y más seguro de conseguir la fortuna. Y ésta es un gran bien cuando se la emplea con discernimiento y largueza.

—Es que hay muchos que la emplean mal, protestó Quesada.

—He ahí el peligro. Felizmente,—y ejemplos tenemos muy cerca,—de hombres que la emplean en debida forma... Dígame, amigo Solís, con toda la sinceridad de su alma, ¿cuál es la mayor, la única felicidad que le ha procurado la fortuna?

El presidente se sonrojó un poco.

—La de poder ayudar á los compañeros, repuso, con no fingida modestia.

—¡No ven ustedes! dijo Fabio. ¡Luego la principal ventura que proporciona el dinero es la de poder desprenderse de él en obsequio del semejante necesitado... Otra pregunta, si no soy indiscreto: En un sentido general ¿es usted, Solís, más dichoso ahora que cuando salía por la mañana con sus herramientas bajo el brazo á ganarse alegremente el pan del día, para no quedarse sin comer?

—Nó, contestó Ruperto del Carmen; francamente, aun cuando debo á la Providencia muchos favores, confieso que en aquellos días de escasez y

penuria tuve momentos de felicidad como no volveré á conocer en lo que me resta de vida.

—¿De veras? interrogó con incredulidad Bustillos. Le parecía imposible ser feliz sin blanca en la faltriquera.

—Un sábado, prosiguió el presidente, había recibido yo quince pesos del director de una faena, arquitecto como usted, Sancti-Cœli. Volví á mi chiribitil hecho unas pascuas, cuando en la puerta de una casucha vecina á la mía divisó á una pobre mujer que lloraba, rodeada de cinco mocuoselos. ¿Qué la aflige, señora?, le pregunté, como lo habría hecho cualquiera al ser testigo de ese dolor tan grande. Supe que el dueño de la casucha, un ricacho empedernido, iba á embargarle sus harapos por los arriendos atrasados, una miseria de ocho pesos... No reflexioné un instante; como algo natural é ineludible, metí la mano al bolsillo, saqué diez pesos, se los pasé á la pobre madre y me quedé con cinco pesos para vegetar ocho días. ¡Hoy daría lo que no tengo para volverlos á vivir! Consciente de haber ejecutado una obra buena, encontraba un sabor exquisito al humilde plato cotidiano que me servía de sustento. Epílogo de esta anécdota: el propietario acaudalado y orgulloso que iba á ejecutar á esa desgraciada mujer es, hoy un pordiosero, ¡he tenido la gloria de sacarlo más de una vez de apuros!

—¡Luego, dijo con vehemencia Sancta-Cœli,

que había escuchado conmovido la narración de Solís, luego se puede ser dichoso en todas las condiciones de la existencia, porque en todas ellas se puede hacer el bien! En otras palabras, ¡la sola felicidad que es dado al hombre alcanzar es la que tiene la suerte de poder ofrecer al prójimo!

—Para hacer el bien se necesita mucho dinero, observó Bustillos.

—Error, protestó Sancta-Coeli. El ejemplo de Solís, cuando era simple carpintero, su mismo ejemplo, ahora que es hombre rico y...

—Ea, ea, amigo Fabio, interrumpió Ruperto del Carmen, basta de personalismo, no caigamos en el defecto nacional.

Los argumentos *ad hominem* del arquitecto hacían confundirse al digno presidente de la "Unión".

—Discúlpeme, Solís; yo quiero convencer á estos caballeros, y la prueba que aduzco es decisiva. ¿Cuántos millonarios producen al país los beneficios que nuestro querido y respetado jefe? Ni uno solo. Sin embargo, él no es propiamente un hombre de extraordinario caudal...

—¡Qué gracia! interpoló Bustillos, en este país no se llega á millonario favoreciendo al prójimo, sino estrujándole hasta la médula de los huesos.

—¿Y á ese innoble extremo pretenden ustedes arribar? dijo Fabio, volviendo contra sus contrincantes las armas que ellos mismos esgrimían.

—Con todo, la excesiva riqueza, objetó el de

Talca, origina castas privilegiadas que oprimen al pueblo.

—Nó, replicó el arquitecto, no hay en todo el orbe más casta privilegiada que la de la inteligencia y el corazón. ¡Solís y sus iguales, he ahí la aristocracia legítima y verdadera!

—Pero entonces, según usted, insinuó Quesada, advirtiendo que Fabio había desviado la discusión de su primitivo cauce, pero entonces, según usted, debemos contemplar impasibles las miserias que usted mismo ha descrito, ¡crúzarnos de brazos y dejar que los más bribones nos manduquen!

—De ninguna manera, contestó Sancta-Cœli: yo he señalado el mal, he señalado también el remedio.

—Bonito remedio, ¡aguantar el yugo!

—No hay más que uno, la ignorancia inerte.

—Pero es preciso sacudirlo.

—Como los primeros cristianos sacudieron la tiranía de los emperadores latinos. Ah, mi señor don Cleodoro Bustillos, usted que conoce la historia ¿se imagina que esas lóbregas cavernas que se llaman las catacumbas de Roma se convirtieron en un abrir y cerrar de ojos en portentosas catedrales, porque los apóstoles de Jesucristo, á imitación de Simón Pedro, cortaron las orejas á sus opresores? Se equivoca mucho, amigo mío. Sépase usted que los fieles de la iglesia primitiva tuvieron que vivir en esos húmedos subterráneos

regar los circos con la sangre de sus mártires, para fecundar el terreno de la fe. ¡Y la fe se esparció por el mundo porque la virtud de unos pocos seres ignorados fué más poderosa que las legiones del César! Del propio modo ha de verificarse el triunfo de la democracia. ¿Ó se figura usted que con calumniar á unos cuantos hombres de gobierno, se habrá salvado la nación? ¡Póngase usted en su lugar, señor Bustillos, y veremos en qué sátrapa se convierte!

Don Cleodoro hizo un gesto: Sancta-Cœli era el mismo demonio.

—¿Qué son los hombres? prosiguió el arquitecto, javes de paso que no dejan huellas! Lo que importa es el hombre, el hombre tal como lo describe el Evangelio, dotado de perfectibilidad, encargado de una misión divina.

—Usted es conservador, don Fabio, dijo Quesada; ya lo estaba maliciando.

—Lo sería en el gobierno, repuso el joven; todos los gobiernos lo son.

—¿Y fuera del gobierno?

—Republicano como Jesucristo.

—¿Y en política?

—Hombre honrado, nada más.

—Pero ¿de qué partido?

—Los hay en todos, así como en todos, los que no lo son, abundan.

—Si usted no es ni liberal, ni radical, ni conservador en política, ¿aceptará, con todo, el gobier-

no del pueblo por el pueblo? preguntó el delegado de Talca.

—Permítame, señor Bustillos, yo no acepto el gobierno de la canalla, sea dorada ó andrajosa; no hago distinción entre ellas.

—Nadie habla de eso, replicó don Cleodoro, disgustado: se entiende que nos referimos á los hombres morales.

—Con ellos estoy yo.

—Con nosotros, entonces...

—Precisamente. Yo vería con gusto á Solís de Presidente de la República; pero díganme ustedes ¿dónde engancharía sus ministros, cuál sería la composición de su parlamento, de su magistratura judicial?

—Se buscarían hombres...

—Y se encontrarían ambiciosos. No, amigo Bustillos, no piquemos tan alto, no pretendamos al gobierno. Lo que es yo, desisto de la empresa. Me considero feliz de formar en las filas de la "Unión Fraternal", escuela de buenas costumbres, ejemplo viviente de lo que pueden la honradez y el trabajo. Difundamos tranquilamente la instrucción práctica y provechosa, enseñemos al pueblo á vivir como Dios manda y tendremos por último un gobierno bueno... ¡él vendrá por sí solo!

—Muy bien, aplaudió Solís.

Los demás lo imitaron.

—Nuestro amigo Fabio, añadió el presidente, es un republicano de la antigua Roma.

—¡Un verdadero liberal! exclamó don Cleodoro, quien, por su parte, era una de las columnas del radicalismo talquino.

—El señor Sancta-Cœli es conservador, rectificó don Pablo de la Tordoya, que hasta ese momento había permanecido callado.

El padre de Clara era conservador, y de los mas teñidos. Le halagaba mucho la idea de que su futuro yerno, — para él no había duda de que Fabio tarde ó temprano lo sería, — militase con él bajo la misma bandera.

Se promovió una ligera disputa, que Sancta-Cœli presenció impasible. Y por último, como una ducha de agua fría, dejó caer las siguientes palabras:

—¡En Chile no hay conservadores ni liberales, no hay más que güelfos y gibelinos!

—¿Cómo, cómo? vociferó Quesada, ¿otros nombres, otros bandos? qué no tenemos bastantes ya?

Don Cleodoro, más sereno, opinó que debía concederse la palabra á Fabio, para que explicase esas denominaciones estrambóticas.

—Allá voy señores, dijo el arquitecto, y perdonen mi falta de modestia, si me atrevo á darles una pequeña lección de historia; uno de los principios de la «Union Fraternal» es la instrucción recíproca. Yo no soy más sabio que ustedes. . .

—Lo es, lo es, interrumpió el presidente, y escucharemos con el mayor gusto la lección. Siéntense, caballeros.

Todos se sentaron; Fabio reanudó su discurso.

—Digo que no soy más perito que ustedes en numerosas materias; pero me parece que ustedes no han meditado suficientemente ese episodio de los anales de la humanidad que se llama la lucha entre los emperadores y los papas, ó sea entre los gibelinos y los güelfos...

La verdad era que no lo habían meditado ni poco ni mucho.

—No me anima la pretensión, prosiguió el joven, de narrarles circunstanciadamente ese gran conflicto; mi propósito es tan sólo establecer ciertas analogías históricas que saltarán á la vista de ustedes, y probarles la proposición que sentaba hace rato: que en Chile no hay liberales ni conservadores, sino gibelinos y güelfos.

—Yo estoy por los gibelinos, dijo Quesada.

—Yo por los güelfos, gruñó don Pablo de la Tordoya.

—Debe de ser muy interesante esa narración, observó Solís. Continúe, Sancta-Cœli.

—Y cavile que veinte orejas penden de sus labios, agregó Bustillos.

Hubo un momento de silencio, vagamente interrumpido por la armonía cadenciosa de la música que llegaba amortiguada y soñolienta á los oídos de Sancta-Cœli y sus compañeros.

En el salón florido, el baile estaba en su apogeo: las niñas giraban como peonzas, sudorosas y sofocadas, á són de piano y orquesta. Sólo Clarita de la Tordoya, torturada por el amor y el despecho, no participaba de la alegría común. Aislada en un asiento apartado, despedía con rabia á los importunos, esperando que viniese á quitarle la pena el ingrato que la despreciaba.

Y el ingrato no pensaba en Clarita, sino que tosía dos veces y empezaba su relación así:





CAPÍTULO IV

El poder por el poder

—En más de un caso habrán oído ustedes afirmar, señores, que la república es la mejor forma de gobierno...

—Sin duda, interrumpió Quesada, ¿quien lo niega?

—Yo, replicó Fabio, y por la más sencilla de todas las razones: porque la república no es una forma de gobierno, sino la cosa misma gobernada.

—El catecismo cívico de don Pedro León Soplete, que se estudia en las escuelas, dice lo contrario, objetó Bustillos.

—Soplete es una opinión muy respetable, respondió el arquitecto; más yo prefiero la mía.

—Entre Soplete y usted, permítanos estar por Soplete, repuso el delegado de Talca.

—Permitido; pero observen ustedes que don Pedro León no prueba, y yo pruebo. ¿Supongo que usted posee el latín, señor Bustillos?

—Dos ó tres palabras, contestó don Cleodoro, modestamente: *Dóminos obispo e cun spírito tuo.*

—Algo es algo. Ya que conoce el latín, no ignorará que república significa cosa pública, en otros términos, hacienda común.

—Es muy posible, insinuó el de Talca.

—Y si república, señores, quiere decir hacienda común ¿cómo puede ser una forma de gobierno?

—Cuestión de nombres, dijo Solís.

—Pues amigo, cuando los nombres se adulteran, también se adulteran las ideas. La república ó comunidad, he ahí la voz propia, puede ser regida por un monarca constitucional como en Inglaterra, ó por un presidente como en los Estados Unidos. La antigua república de Roma fué gobernada alternativamente por reyes, cónsules y emperadores, sin que, por esa sola razón, se modificara su esencia. Vamos á ver, señor Quesada, usted habrá comido pescado muchas veces, ¿no es cierto?

—Un plato particular, cuando lo aderezan debidamente.

—Le gustará frito, cocido, con salsa picante, ó de alcaparras, ó *bechamel*...

—¡Cáspita, me está usted abriendo un apetito!

—Pues bien, la forma de gobierno es al pueblo

lo que el aderezo ó la salsa al pescado. Y cuando la ley llama al pueblo á elegir los poderes públicos que han de custodiar los intereses generales, ese llamamiento debe entenderse de esta guisa: Señor pueblo, ¿diga usted con qué salsa prefiere usted ser comido? Desearía usted ser presentado á la mesa frito en manteca liberal, o simplemente pasado por agua conservadora?

— ¡Bravo! exclamó Solís.

— ¡Y el señor que se hacía el ignorante en política! observó el delegado de Talca, entre risueño y formal.

— Aquí lo cacé, amigo Sancta-Cæli, dijo el presidente de la "Unión". ¡Usted nos declaró que era republicano como Jesucristo!

— Yo no he sostenido que el Salvador preconizase tal ó cual forma de gobierno. Le levantan un falso testimonio los que le atribuyen doctrinas que nunca profesó. Es efectivo que respondiendo á la insidiosa pregunta de los herodianos, dijo "Dad al César lo que es del César"; pero noten ustedes que la moneda ostentaba la efigie del emperador de Roma. Si el sello de la moneda hubiese sido otro, un emblema republicano, por ejemplo, no admite duda que Jesús habría dicho: "Dad al tesoro común lo que le pertenece." Luego *César* en el evangélico aforismo, debe entenderse *gobierno*, en el sentido más absoluto. ¡Nó, señores, Jesucristo no inventó la salsa imperial ni ninguna otra, para comerse al pueblo-pep! Y ahí tienen us-

tedes reducida á la nada la famosa teoría del derecho divino.

—Perdone, usted, caballero, replicó Bustillos, el más erudito de la reunión: el derecho divino viene de Saúl, á quien Dios ungió con sus propias manos.

—Después de haber tratado de disuadir á los israelitas, que, por boca del profeta Samuel, le pedían rey á gritos. Pero usted sabe, mi señor don Cleodoro, que el profeta Samuel y su amiga, la bruja de Endor, eran dos aviesos intrigantes que querían comerse al pueblo judío con salsa real. Usted recordará que, en ese mismo momento, los atenienses, que no eran ni menos queridos de Dios, ni menos civilizados que los hebreos, después de la muerte de Codro, abolían la monarquía. Ahora, ¿cuál fué la suerte de Saúl, el ungido del Señor? ¡Un suicidio miserable! . . . Ah, mi amigo don Cleodoro, me parece que lo he derrotado á usted completamente ¡como á Saúl los filisteos en la llanura de Gelboé!

—Me confieso derrotado, dijo Bustillos. Usted sabe mucho.

—Poco, muy poco, escasamente para el consumo cotidiano. Y ahora ¿quieren ustedes un ejemplo ilustrativo de lo que constituye la forma de un gobierno? Escuchen este apólogo. Las ranas vivían en sus charcos como moros sin señor, lo que equivale á decir que se comían unas á otras. En un intervalo de patriotismo pidieron á Júpi-

ter un rey. El dios les suministró para ese oficio una grulla muy glotona, que se engullía diariamente á sus súbditos por docenas. Éstos se quejaron, como cualquiera lo adivina. Júpiter les mandó entonces un leño, rey pasivo cual ninguno, pues dormía las veinticuatro horas del cuadrante, con la mitad del cuerpo en el agua y la otra mitad en la ribera. Las ranas se encaramaban en el lomo de su soberano, y algunas, muy audaces, hacían ahí encima toda su digestión. En otro instante de sensatez patriótica, la comunidad suplicó á Jove que le diese un monarca más decente, y Jove, lleno de enojo, les volvió á mandar la grulla, diciéndoles, con su laconismo de costumbre: ¡Si chillan, seco el pantano!

—¿Y la moraleja del cuento?, interrogó Quesada.

—Que en materia de gobierno, el pueblo debe elegir entre la grulla y la viga.

—Todo esto nos aleja de su historia, Fabio, dijo Solís.

—La de los güelfos y los gibelinos... Esta vez sí que empiezo de veras. Las denominaciones güelfos y gibelinos no son propiamente italianas, sino germánicas en su origen, y correspondían á los partidarios respectivos de dos casas principescas que se disputaban el imperio de Carlomagno. Los estados de este gran monarca comprendían, como ustedes lo han leído, toda la parte oeste de la Europa continental. El empe-

rador, al morir, distribuyó sus dominios entre sus hijos, quienes vivieron en bastante buena inteligencia unos con otros; pero sus sucesores, disgustados con la participación desigual que se les daba en las tierras y dignidades del imperio, iniciaron una larga y porfiada lucha que tuvo su desarrollo ulterior en la península transalpina, clásico campo de batalla de las rivalidades de los vecinos reinos. La casa de los Welfen —de donde viene la palabra güelfo,—poseía el ducado de Baviera; la de Hohenstaufen —cuya residencia principal era un castillo llamado Weiblingen, fuente de la voz gibelino—el ducado de Suabia. Lotario, hijo de Carlomagno, invistió de la dignidad imperial, para sucederle, á su yerno Enrique, duque de Baviera. Pero, muerto Lotario, los príncipes electores designaron como emperador á Conradinõ III, duque de Franconia y representante de la casa de Suabia, por ende, gibelino. Como ustedes ven, el emperador de Alemania no era ni más ni menos que un presidente de república de nuestros días. Aquella preferencia motivó una guerra cruenta entre los gibelinos y los güelfos. Enrique de Baviera había fallecido; heredó su odio y sus pretensiones su hermano Altorf, quien disputó á Conradino III la imperial corona que éste ceñía. Los gibelinos triunfaron en un lugar denominado Weinsberg, y ahí se oyeron por primera vez los gritos de ¡Aquí los güelfos! ¡Aquí los gibelinos!... Hasta

este momento ustedes no vislumbran la significación política de los dos partidos beligerantes; por lo tanto no podrían decidir cuál de los dos tenía razón. Y á fe que la riña de los príncipes alemanes para apoderarse de la corona imperial, no explica cómo aquellos dos partidos pasaron á Italia y llenaron la península de discordia. Hay que buscar esa explicación en sucesos de mayor importancia. Ninguno de ustedes ignora que la Europa de los siglos medios era la babel política más confusa que la historia registre en sus anales. Para cada trono, para cada provincia, para cada ciudad, había numerosos pretendientes al mando, los unos, hijos de reyes, los otros, dignatarios de la Iglesia, los más, simples caudillos vulgares. De ahí que, apenas sentado en el gobierno uno de ellos, su competidor le buscara pependencia; y como los grandes ambiciosos siempre encuentran prosélitos en ambiciosos menudos que aspiran á medrar á su sombra...

—Bien pensado, prorrumpió Solís: ¡eso lo estamos viendo aquí todos los días!

—... se armaban calamitosas reyertas, en las cuales lo que menos se ventilaba era la ventura de las poblaciones...

—¡Siempre lo mismo!, intercaló Quesada.

—... y lo único, la conveniencia personal de los aspirantes al poder.

—No se progresa en ese ramo, suspiró Bustillos, meneando la cabeza.

—No mucho, en efecto, replicó Sancta-Cœli. En medio de ese maremagnum de bastardas codicias, Roma con su Papa era otro pequeño foco de tendencias al predominio universal. Era una diminuta monarquía, con su rey, como cualquiera otra, y cuya influencia apenas alcanzaba á algunas cortes, de un modo debilitado. Pero, mucho antes de las querellas de los güelfos y gibelinos de Alemania, subió á la sede pontificia un monge llamado Hildebrando, que gobernó la Iglesia bajo el nombre de Gregorio VII. Fué éste un hombre de genio vasto y de extraordinario carácter, que inició y llevó á efecto con indomable energía la reforma de las instituciones eclesiásticas, sometidas, á la sazón, al gobierno omnipotente y caprichoso de atrabiliarios preladados. Y no podía ser de otro modo, desde que los emperadores alemanes, que eran soberanos de Italia, en cierto sentido, se arrogaban el derecho de nombrar obispos, crear dignidades apostólicas, las cuales obtenían la privanza imperial de una manera ignominiosa, mediante empeños é influjos...

—¡Ya estaban inventados!, exclamó Quesada. ¡Decididamente, nuestros gobiernos son simples plagiarios!

—Al amparo de intrigas y procaces artificios, se designaban cardenales de siete años de edad, se instituían fabulosas prebendas á favor de infantiles cabezas, con propósitos que cada cual

puede imaginarse. Ya divisan ustedes, desde aquí, el escándalo y la corrupción de aquellos tenebrosos tiempos.

—Ahora tenemos gobernadores que no saben firmar, y oficinistas que ignoran los misterios del silabario, observó don Cleodoro, ¡que es como si fueran niños grandes!

—El hecho es que Gregorio VII puso valientemente atajo á esos incalificables abusos; declaró so pena de anatema que sólo el Papa ó sus delegados legítimos podían investir á los dignatarios de la Iglesia, ordenó el celibato de los clérigos, reforma importante, que concluyó con otra fuente de inmoralidad.

—Y sin duda suprimiría la intervención del clero en la política, añadió el delegado de Talca, que era, como se sabe, una columna del radicalismo.

—Pronto se tocará ese punto, dijo Fabio. Los emperadores de Alemania, con Enrique IV á la cabeza, no acataron gustosos las innovaciones de Gregorio, que despojaban al poder imperial de envidiables atribuciones y daban á la Iglesia un prestigio inmenso, no solamente en lo espiritual, sino también en lo temporal. Puede, por lo tanto, sostenerse que Gregorio VII fué el iniciador involuntario de la prolongada y ardorosa lucha entre los papas y los emperadores alemanes, lucha que concluyó por aniquilar la libertad individual y municipal, ó sea el régimen republi-

cano, que antes prevalecía en toda la Italia. La contienda entre güelfos y gibelinos fué exclusivamente una contienda por el poder, en la cual se hizo constantemente caso omiso hasta de las necesidades más elementales de la vida del pueblo.

—¡Las cosas no han cambiado!, murmuró Quesada, siguiendo una asociación de ideas.

— Los emperadores de la casa de Hohenstaufen, ó sea los jefes del partido gibelino, fueron los más tenaces en su resistencia contra Roma. Federico I, que se parecía á usted, don Pablo, en el colorín de la barba, cometió todas las atrocidades que pudo en la Ciudad Eterna y el resto de la península. He dicho que los emperadores eran gibelinos; sus secuaces en Italia llevaron el mismo apodo, y por contradicción se llamaron güelfos los amigos del Papa y de la supuesta emancipación política del país.

— Los güelfos desempeñaban el más bonito papel, advirtió Ruperto del Carmen. Esos gibelinos, que solicitaban la ayuda extranjera para tiranizar á su patria, eran unos criminales.

— ¡No hay que juzgar por las apariencias! dijo sentenciosamente el arquitecto... Si los sucesores de Gregorio VII hubiesen poseído su talento y logrado consolidar la obra por el glorioso papa emprendida, el papado habría visto á sus plantas á todos los reyes y soberanos de la tierra. Desgraciadamente, y á consecuencia, tal vez, de las

circunstancias mismas de aquellos revueltos tiempos, los jefes de la Iglesia se preocuparon menos del brillo y el influjo de su soberanía espiritual, que de la firmeza y extensión de su predominio político. De esa manera, rebajados hasta el nivel de un emperador ó de un rey, hubieron de sostener contra éstos sangrientas campañas, que nunca se habrían iniciado contra una autoridad capaz de abrir ó de cerrar á los hombres las puertas del cielo. Y ahí tiene usted, señor Bustillos, como los curas se metían en política. Si los güelfos pretendían lidiar por la independencia política de Italia, ese mismo era el aparente ideal de la bandera gibelina. El desenvolvimiento de los sucesos manifestó hasta la evidencia que ninguno de los dos partidos aspiraba de buena fe á redimir á su patria del yugo extranjero. Lo que querían alcanzar unos y otros era el poder, por el poder; pero como el pueblo es un niño cándido á quien se engatusa fácilmente con las grandes palabras de libertad, igualdad, fraternidad que nada significan, cada partido declamaba j emancipación, franquicias, garantías!... para obtener soldados y dinero...

—El procedimiento, por lo visto, es viejo, interpuso Quesada, que escuchaba con vivo interés la narración de Sancta-Coeli.

—Viejísimo. Justo es advertir que ni los gibelinos ni los güelfos abrigaban una noción clara y concreta de un gobierno nacional. Éstos parecían

anhelar la continuación de los millares de municipios independientes en que entonces se dividía la Italia, y que formaban un verdadero caos político, por cuanto el único uso que esas comunidades hacían de su autonomía era vendérsela al caudillo más generoso, fuese militar ó eclesiástico. Y como dichos caudillos no soñaban sino con guerras de conquista, para crearse un reino, tener una corte lujosa, y llevar una existencia de placeres, los pobres comuneros vivían cual ovejas guardadas por el lobo; eran diezmados en tiempo de guerra, y agobiados de impuestos en tiempo de paz. El ideal gibelino era más sensato, una república unitaria regida por un monarca aunque fuese extranjero. Los emperadores alemanes gozaban de derechos soberanos sobre la península itálica; además los príncipes de la casa de Hohenstaufen eran simpáticos al pueblo, que conocía sus grandes rasgos de clemencia y su hidalguía proverbial. Tenemos, pues, por un lado á los güelfos con su república comunal aristocrática, especie de parodia de muchas pequeñas monarquías, con sus reyes, que eran otros tantos insoportables tiranuelos...

—Si no me engaño, eso se llama oligarquía, observó Bustillos.

—La peor de todas las salsas... quiero decir, formas de gobierno, contestó Fabio.

—¡Pero señor! exclamó de repente Quesada, al parecer, muy contrariado: ¡usted nos está contan-

do la historia de nuestro propio país! ¡Es una fábula eso de los güelfos y los gibelinos!

El hombrecito creía seriamente que el joven arquitecto inventaba lo que les venía refiriendo.

—Con toda sinceridad le aseguro que mi relación no es una fábula, protestó Sancta-Cœli: es historia pura y verídica que Ud. puede leer cuando quiera.

—¡Si parece cuento alegórico!

—Deje que prosiga el orador, compadre, insinuó Bustillos, que veía con gusto que entre esos gibelinos y güelfos no figuraba ningún radical.

Fabio reanudó su discurso:

—Por el otro lado, tenemos á los gibelinos, con su república unitaria bajo una soberanía extranjera. De lo que llevo dicho, ustedes con su claro ingenio inducen, que cualquiera de los dos regímenes habría realizado la felicidad de la península, si sus promotores hubieran sido sinceros. Los papas con los güelfos habrían organizado una confederación estable, y los emperadores, con sus partidarios gibelinos, una república verdaderamente popular y democrática. Pero los pueblos acabaron por desconfiar de sus demasiado celosos salvadores, y no fué posible unificarlos en un gran pensamiento nacional. Tendría que extenderme mucho si hubiera de referirles con todos sus pormenores las peripecias de la riña, cómo intentaron los güelfos hacer elegir un emperador adicto á su causa, y cómo trataron

sus rivales de sentar en el trono de San Pedro á un pontífice gibelino; cómo se formó la liga Lombarda, y cómo Federico Barbarroja, derrotado en la batalla de Lignano, hubo de reconocer la independenciam de los municipios y la supremacía de la Santa Sede. Dejo en el tintero la desastrosa rivalidad de dos papas, Gregorio IX é Inocencio IV, con Federico II, un emperador filósofo que presenta más de un punto de analogía con uno de nuestros presidentes, y llega á la época del papa Urbano IV. Este pontífice, enemigo acérrimo de la casa de Hohenstaufen, ó sea de los gibelinos, empezó por predicar una cruzada contra Manfredo, príncipe alemán que había usurpado la corona de Sicilia á su sobrino Conradino de Suabia. Para desalojar á Manfredo de las posesiones que ocupaba, Urbano solicitó la ayuda de Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, Luís IX, canonizado después. El de Anjou deshizo completamente á Manfredo en la famosa batalla de Benevento. Carlos usó en esa ocasión de una estratagema vedada por las leyes de la caballería: ordenó á sus ginetes que dirigieran las puntas de las lanzas á los pechos de los caballos enemigos. Los soldados de Manfredo, obligados á combatir á pié, agobiados por su pesada armadura, fueron vencidos fácilmente. Apoyado por todos los güelfos de Italia y por el papa, el duque de Anjou ocupó el trono de las dos Sicilias, y confiscó los bienes de los gibli-

nos, persiguiendo á éstos á muerte. Conradino de Suabia, legítimo heredero de la corona usurpada por el duque, se presentó á combatirlo; pero fué derrotado en Taglia-Cozzo, apresado á traición, y á pesar de ser un niño, decapitado en una plaza pública de Nápoles. Entonces empezó un régimen de gobierno despótico y atroz. Carlos de Anjou despojó á los pueblos de sus jueces y autoridades naturales, puso en su lugar á criaturas aborrecibles, permitiéndoles como cosa lícita, el robo, el pillaje, el merodeo, la violación de mujeres y doncellas, cuanta barbaridad pueden ustedes concebir. La más leve falta de sus contrarios, era, en cambio, castigada con horribles suplicios. Era la ley del embudo aplicada con el más excesivo rigor. . .

—Es una ley que no ha sido aún derogada, interrumpió maliciosamente Bustillos.

—Por fortuna, repuso Fabio, la civilización ha abolido el tormento, la rueda, la flagelación y otras iniquidades que deshonoraban al género humano.

—¿Le parece á usted que la flagelación ha sido abolida? preguntó Quesada, de un modo singular.

—En todos los pueblos cristianos, replicó el arquitecto. Sólo subsiste en la China y en otros pueblos del Asia.

—¡Y en algunos de América! exclamó el hombrecito con indignación.

—Ahora es usted quien me engaña, dijo Fabio, soltando la risa. En fin, suponiendo que tal ó

cual país del Nuevo Mundo mantenga todavía en vigencia la tortura, ello no hablaría muy alto en favor de su civilización y progreso. Los pueblos son pacientes, prosiguió el joven; los sicilianos soportaron con una longanimidad admirable el funesto régimen que los oprimía. Pero una noche, la del 31 de mayo de 1288, aburridos de tanto sufrimiento y de tanta humillación, los habitantes de Palermo se rebelaron contra sus opresores y los degollaron sin misericordia. La revolución cundió pronto por toda la isla, y después por todo el reino. La dominación extranjera se prolongó sin embargo en Italia durante siglos, porque Gregorio VII no tuvo sucesores dignos de él, capaces de realizar la unidad italiana. ¡Y pensar que habría sido tan sencillo cumplir ese gran propósito, seiscientos años antes que Víctor Manuel y el conde de Cavour! Pero el personalismo político se atravesó de por medio, y cuando los pueblos buscan hombres y no ideales, por fuerza deben escalar ese doloroso calvario!... Pues bien, señores, después de la sucinta relación histórica que acaban ustedes de oír, y abstracción hecha de las crueldades de aquellos tiempos, díganme francamente si en nuestro país se mueven los hombres públicos en pro del gran pensamiento nacional á que poco ha me refería, ó si lo único que vemos en ellos es la lucha por el poder, la lucha de los emperadores contra los papas, ¡la de los güelfos contra los gibelinos!

—La cosa merece meditar, opinó Solís. Es evidente que, al igual de la Italia del siglo décimotercio, nosotros tenemos nuestros güelfos y nuestros gibelinos. . .

—Paciencia, dijo Bustillos, la democracia nivelará todo eso. El programa radical contiene el remedio de los males que nos aquejan; por eso digo yo ¡paciencia! porque tengo esperanza y fe en mi programa.

—Yo quisiera saber, dijo don Pablo de la Tor-doya, en qué se distingue el programa radical del conservador.

—En esto: ustedes predicán la libertad, nosotros la practicamos.

—La practican entre sí, pero no á favor de los demás.

—Lo propio harían ustedes si fueran gobierno. La bondad para los amigos, para los enemigos justicia seca: es la doctrina de Confucio.

—¿El profeta del radicalismo?

—Cabal.

—¡Usted dice disparates, don Cleodoro!

—¡Y usted me ofende, don Pablo de la Tor-doya!

—Vamos, no haya disputa, exclamó Ruperto del Cármen, nuestros estatutos prohíben las discusiones políticas.

—Creo, observó Fabio, que estos señores han demostrado prácticamente que en nuestro país hay güelfos y gibelinos.

—Lo que está probado, está probado, opinó Quesada. Es indudable que mi compadre es gibelino y don Pablo güelfo. Propongo formalmente que se den esas denominaciones á los partidos militantes.

—Acordado, dijo Bustillos, tanto más cuanto que güelfos y gibelinos han apelado al extranjero para dominarnos.

—¿Cómo es eso? interrogó Solís, que encontraba piramidal la aseveración del irascible delegado.

—Ello es obvio á todas luces, respondió el de Talca. Hay dos maneras de tiranizar al hombre libre: amenazando su vida y amenazando su bolsillo. En los tiempos bárbaros se le mataba, ahora se le arruina. Y si no, ¿cómo se dan ustedes cuenta de que, en un país maravillosamente rico como el nuestro, seamos casi todos los ciudadanos más pobres que ratas de sacristía?

—¡Vaya! prorrumpió Ruperto del Carmen, porque no tenemos industria, pues.

—Ahí está el quid, como dice el eminente orador radical Prendoste; no tenemos industria y gastamos lujo. Y los que nos gobiernan, que apenas ven más allá de la punta de su nariz, exclaman: ¡qué próspera está la nación! porque ven á sus hijas vestidas á la parisiense. ¡Y no es cierto, caballeros, que las señoritas parisienses vistan de esa manera! Un gabacho que vende comesti-

bles en Talca me ha afirmado que el gran tono, en Europa, consiste en vestirse modestamente. ¡Qué próspera está la nación! Vean, señores, yo también he estudiado un poco de política trascendental, como nuestro insigne compañero Sancta-Cœli.

—Compañero, sin "insigne", protestó Fabio.

—Cuestión relativa; usted es insigne para nosotros, convengo en que no lo sería al lado de las ilustraciones que nos gobiernan. Decía que yo algo había estudiado y algo aprendido. He llegado á convencerme de que los europeos nos tratan lo mismo que tratan á los negros africanos. Llegan allá con sus cargamentos de cuentas y vidrios de color que no valen un comino, y deslumbran á los infelices indígenas, los cuales les dan, en cambio, diamantes y polvos de oro. Y los estadistas canacas deben de exclamar también, llenos de júbilo: ¡qué próspera está la nación! cuando ven á su alta sociedad cuajada de abalorios y de falsa joyería! Señores, las entrañas de nuestro suelo también encierran oro y piedras preciosas, y el cultivo de las materias textiles, desde la seda fina hasta el cáñamo más burdo, podría hacerse aquí, casi sin trabajo. Pues no, señores, preferimos importar hasta el modo de ponernos la camisa, para no ser menos que los parisienses. Y no nos fijamos en que siempre seremos inferiores á ellos, porque ellos producen el lujo que los enriquece, mientras que nosotros consumimos el lujo que nos aniquila. Y ahí me planto, señores, y venga

la física y la metafísica, la química y la matemática, no hay nadie que me desaloje. Se habla de nuestro patriotismo, como si el patriotismo fuera un traje que uno se pone sólo para matar al enemigo en la guerra. Yo sostengo que más patriotismo que nosotros tienen los ingleses, cuando dicen: lo inglés es lo bueno, lo extranjero lo malo. Y así ven levantarse y prosperar fábricas de cuantos artículos necesitan para su satisfacción. ¿Qué decimos nosotros? Lo extranjero es lo bueno, lo chileno lo malo: ¡bonito patriotismo! Nuestras hijas se consideran deshonradas cuando usan un artículo elaborado en el país. ¡Es hechizo! Hemos inventado hasta un término ignominioso y salvaje para denigrar nuestra propia obra. Y es lo mismo en todo. ¿La industria nacional? No sirve, ¡es hechiza! ¿El arte nacional? No sirve, ¡es hechizo! ¿Las letras nacionales? ¡Buena porquería! hechizas también! Una cosa se escapa del escarnio general: nuestros hombres públicos. ¡Ah! esos no son hechizos. Son pozos de ciencia, prodigios de inteligencia, dechados de magnanimidad, verdaderos oráculos. ¿Y cómo adquirieron esas cualidades? De golpe, al ser nombrados para tal ó cual puesto. Pero en fin, señores, los hombres públicos son una parte del país, no todo el país, y me parecería justo hacer algo por los que no pueden ir á una oficina administrativa á desasnararse. Y esto me hace recordar un chascarrillo oportuno. Preguntaba yo al secretario de un personaje

oficial muy celebrado, (pero que nunca había dado motivo para ello):—¿Qué prendas adornan á su patrón, amigo mío, para que lo admiren, lo soliciten, lo busquen tanto? Y la respuesta:—¿Mi patrón? ¡ah! ¡oh! ¿Don Cirilo? ¡oh! ¡ah! ¡un hombre!... ¡ah! ¡ah! que *tiene para los amigos un coñac muy rrrrico!*

Los circunstantes soltaron la carcajada. Don Cleodoro ponderaba la cosa, no cabía duda; en sus ratos de expansión, el delegado radical era muy bromista.

—El cerebro de don Cleodoro Bustillos, dijo Sancta-Coeli, es un almácigo de ideas fosforescentes...

El delegado de Talca hizo un gesto, ¿se querían reir de él?

—... pero no encuentro razón al honorable delegado cuando echa á los hombres de gobierno toda la culpa de nuestra precaria situación rentística. Si nuestros grandes personajes imitan al extranjero en lo que no debieran, y, vice-versa, no lo imitan en lo verdaderamente útil y provechoso, nosotros, el pueblo, también hacemos obra de micos: ¿no imitamos por fuerza á los grandes en sus costumbres? Realizamos así una imitación á la segunda potencia, y necesariamente tiene que salir chabacana. Si, al revés de lo que hacen nuestros directores, imitásemos al europeo, al francés, por ejemplo, en su industria i espíritu de ahorro, seríamos una comunidad invencible en

cualquier terreno de la actividad humana. El pueblo no conoce su fuerza.

—¡Si no tiene ninguna! dijo Quesada.

—Voy á demostrar lo contrario. Somos en Chile cincuenta mil industriales y artesanos que forzosamente acariciamos el mismo ideal político: el desarrollo de la riqueza material y moral de la nación. Supongamos que cada uno de esos hombres, término medio, ahorra veinte centavos al día, y que hay doscientos días hábiles de trabajo en el año: ¡Á la vuelta de tres años tendríamos una caja común con seis millones de pesos!

—¡Seis millones! exclamó Quesada, ¿quién se lo había de figurar?

—Seis millones, caballeros... No hay ningún capitalista, ninguna sociedad anónima de Chile que posea esa renta.

—Y con ella, observó Bustillos, se podría comprar todo el cuerpo electoral de la República.

—Nó, rectificó Sancta-Cœli; pero se podría impedir que se vendiese. Es lo que sucede en Francia. Allá no van banqueros ni millonarios al Parlamento, ¿por qué? Porque no hay banquero, ni millonario, ni institución, ni sociedad alguna, capaz de poner en fila los diez números que representan el ahorro anual del pueblo francés; fíjense ustedes, señores: ¡mil quinientos millones de francos!

—¡Es un guarismo! prorrumpió, entusiasmado, el presidente de la "Unión".

—Sin embargo, aventuró don Cleodoro, es imposible que no haya grandes fortunas en las cámaras de Francia.

—Muy pocas, y he aquí la razón. Cuando sale elegido diputado ó senador un importante capitalista, el parlamento empieza por desconfiar de él...

—¡Prudente desconfianza! interpuso Bustillos.

—... y somete á una seria investigación el origen de su fortuna, sus costumbres, su honorabilidad, la manera cómo ha sido elegido. Si descubre la menor falla, le señala la puerta, con toda cortesía.

—Eso será la excepción, advirtió el presidente.

—La regla. En las elecciones pasadas, casi anulan la de un opulento comerciante, cuarenta y tantas veces millonario, porque algunos años atras había costado un hospital á su circunscripción. La comisión informante opinó que ese caballero había cohechado á sus electores. Tuvo él que probar que su dádiva había sido enteramente desinteresada.

—¡Esos países son muy grandes! exclamó Solís.

—Nosotros también podemos serlo, ahorrando esa *chaucha* al día... Así llevaremos al Congreso una fuerza nacional considerable, que impondrá leyes distributivas de la riqueza, impidiendo, por medio de ellas, la acumulación de grandes feudos y fortunas en pocas manos. Lo que al país le

conviene es que haya muchos modestos capitales, y sólo en la industria manufacturera debe permitir que los haya enormes. El hombre, para vivir holgadamente, y hasta con lujo, no necesita sino de una cantidad de dinero relativamente pequeña; y á menos de disolver perlas en su bebida, como Cleopatra, ó de gastar caprichos de insensato, el millonario no puede invertir en su comodidad propia toda su renta. Por lo tanto, tendrá un exceso de entradas, anualmente. Ahora bien, ese exceso de entradas puede ser para el país un precioso beneficio ó la mayor de las calamidades; beneficio, si el millonario es patriota, si invierte el superavit de su caudal en fundar instituciones de enseñanza, talleres industriales ó cualquiera obra de interés público; ó, si es más egoísta, en fomentar las industrias fabriles —yo admito con aplauso, que un fabricante de jabón y velas, por ejemplo, acumule una fortuna de cien millones. De esa manera, el capitalista se enriquece á sí propio, enriqueciendo proporcionalmente á los demás. Pero un exceso de renta en un hombre es perjudicial á la nación, cuando ese exceso no redundo directamente en bien del público bajo las dos formas que he indicado. El que tiene más que lo que necesita para vivir, y no lo devuelve á su patria de un modo inteligente y progresista, es un individuo peligroso, porque contribuye á la aglomeración de la propiedad, en vez de propender á su repartición

equitativa, único fin que ennoblece la actividad de los hombres y de los gobiernos. En Francia hay leyes sabias que impiden la concentración de la tierra y de la fortuna. Y ¿qué han hecho entonces los ambiciosos? Se han ido á la industria. Y ha sido una hábil maniobra, porque ahí la ley no los molesta sino que los protege. Ustedes conocen el resultado de esa organización admirable: á la vuelta de tres años, la Francia pudo pagar á la Prusia cinco mil millones de francos...

—¡Jesús, qué cifra! prorrumpió don Pablo de la Tordoya, con asombro.

—Ó, lo mejor... ¡que después del pago quedó más rica que nunca!

—Allá hay mucho oro, dijo Solís.

—En 1871 no había más que billetes del Banco...

—Y el cambio ¿a cómo estaba? preguntó don Cleodoro, riéndose.

—El billete sufría un descuento de dos á tres por ciento, lo que se consideraba una desgracia pública.

—¡Voto á bríos! gritó el delegado radical, ¿qué habrían hecho los franceses con el cambio á veinticuatro peniques?

—¿Qué habrían hecho? repuso Fabio... Si su billete hubiese llegado á soportar un descuento de sólo veinte por ciento... habrían prendido fuego á París por las cuatro esquinas, y no habrían dejado piedra sobre piedra... ¡eso habrían hecho!

—Yo creo que la ley de inconvertibilidad nos ha acarreado muchos males, observó Quesada, en el tono más cándido del mundo.

—¿No dicen que fué la salvación del país? replicó irónicamente Bustillos. He oído declamar eso muchas veces, por algunos de los que la votaron.

El presidente Solís notó que la charla seguía una pendiente resbaladiza; creyó oportuno darle otro giro.

—Señores, dijo, la cuestión de inconvertibilidad será resuelta por el pueblo algún día; no es cuerdo anticiparse á su fallo. Nosotros no estamos en condición de decidir si los que aprobaron esa ley ejecutaron un acto heroico, ó perpetraron un gran delito: el proceso está pendiente, la sentencia corresponde á la posteridad.

—Eso se llama hablar como hombre honrado y como patriota, opinó Sancta-Coeli. Las cuestiones graves que afectan la responsabilidad histórica de los hombres públicos, deben dilucidarse con una elevación de sentimientos que no es posible suponer en sus contemporáneos.

—Este joven, pensó Bustillos, es demasiado idealista; la vida le reserva buenos chascos. Y en voz alta, embriagado de intransigencia, echó otra retahila de recriminaciones.

Si el país estuviera seguro de que los hombres que aspiraban al poder, al Congreso, no tenían más propósito que el de gastar su fortuna,

su salud, su inteligencia, su tiempo en pro del pueblo, semejante ambición rayaría en heroísmo, y se bendeciría con igual gratitud á los vencedores de las urnas y á los vencidos. Pero la misma prensa política se encargaba de proclamar á todos los vientos que el candidato triunfante debía su elección al fraude y á la intriga. Ese entusiasmo por servir al país, ¿no era entonces de buena ley? Y ¿qué significaba la gratuidad de las funciones legislativas? ¿Era eso democrático, republicano? No señores, eso era oligarquía pura; era excluir del parlamento á la ciencia, la inteligencia y la honradez, que, era bien notorio, no tenían nunca un cristo. Y ¿qué hacían los oligarcas? Administrar á Chile como una casa de comercio, en provecho de los administradores. Ese orden de cosas debía cesar, al fin, ó el pueblo era un borrico. Cuando pensaba él en tales miserias, le daban ganas de destrozarlo todo, de verlo todo derribado y hundido, una catástrofe general que concluyera con todo lo existente, él mismo inclusive...

Don Cleodoro se detuvo, sofocado por un acceso de tos. Fabio aprovechó la oportunidad para decirle, intencionadamente:

—Señor Bustillos, el día que usted quiera ser Presidente de la República, tenga usted por cierto que yo... ¡no le daré mi voto!

—¿Porqué, señor? dijo el de Talca, descontento. ¿Me creería usted incapaz...?

—De destrozarlo todo, si, absolutamente incapaz; tanto como de volverlo á construir. La democracia es una planta, don Cleodoro, que se cultiva regando el solar que la sustenta, abonándolo con acierto; ¡usted la haría prosperar lindamente, con su rayo y su granizo!

—Señores, observó Solís, ya se aproxima la hora de la cena; podríamos suspender la conversación, é ir á saludar á las niñas...

—Me desvivo por ellas, insinuó galantemente Bustillos: me harían cometer cualquier barbaridad.

—Al salón, entonces, repuso el presidente.

Todos salieron, menos él y Fabio. Solís había dicho á éste: ¡Quédese! Y después:

—Estos provincianos son muy exaltados, amigo mío.

—Tienen inspiración y patriotismo, les falta la moderación, replicó el joven. Nosotros necesitamos hombres prudentes, dispuestos á morir por su causa, si es preciso; pero sin ruido, sin destruir, sin derribar nada. El gobierno del mundo pertenece á los mansos, á los que saben esperar. *Chi dura vince*, dice un proverbio italiano.

—El que aguanta, triunfa.

—Eso es.

—Y, pasando á otra cosa, ¿en qué estado se halla el sumario?

—Avanza poco. Tengo la certidumbre de que José Arnaldo no ha cometido suicidio, y fuer-

tes sospechas de que su matador no es un ente vulgar.

—Un güelfo, tal vez, ó un gibelino. Cuénteme usted lo que sepa, Fabio, con toda confianza.

El arquitecto había sido designado por la "Unión Fraternal" para hacerse parte en el proceso, con motivo del derecho á una renta vitalicia que heredaba la madre del occiso.

—La prensa ha disfrazado mucho la verdad, empezó Fabio...

—¿Y cuándo no es pascua?

—De manera que si usted no tiene otros informes...

—Ningún otro.

—... no sabe nada. No le referiré los incidentes del entierro, usted lo presencié. Tampoco le pintaré la desesperación de la madre, frente al cadáver de su hijo: esas cosas se sienten, no se describen. La pobre mujer parecía aniquilada. Al verla sin medios de subsistencia, sin recursos, creí natural ofrecerle mi domicilio: —Señora, yo le haré las veces del pobre hijo muerto. La desdichada no quería abandonar su zaquizamí, donde cada objeto evocaba la memoria del difunto. Con verdadera emoción pude comprobar cuánta delicadeza suele ocultarse en esos humildes pechos.

—La gente pobre es así; tiene un orgullo sentimental que sorprende.

—Por último aceptó...

—Usted es la bondad misma, Fabio.

—He procedido como habría procedido usted, en iguales circunstancias. La buena señora me ha dado á conocer las costumbres, la índole de su hijo; era un mozo muy cumplido en su condición modesta, y parece que estaba enamorado.

—¡He ahí el argumento de la tragedia!

—Lo propio me imaginé desde el primer instante. Por eso comprendí cuán esencial era descubrir á la Dorotea Lince, y á esa joven Malva, la novia ó amante de Arnaldo, sin duda alguna. He recorrido los barrios excéntricos, interrogando discretamente á los moradores; nada he conseguido por ese lado. Estoy por creer que uno de esos dos nombres es fingido, lo que aumentaría la dificultad.

—¿Supone usted que la Dorotea es cómplice del delincuente?

—Según lo que se entienda por cómplice. Para mí esa mujer es una simple alcahueta; yo no conocía la especie, me han dicho que existe. Ahora, hay también el dueño de la casa del crimen, quien busca á la Dorotea, para cobrarle indemnización de perjuicios: puede ser un auxiliar poderoso.

—¿Qué dice el juez?

—Ha proseguido la investigación con cierta actividad, no mucha; usted conoce la lentitud de los procedimientos judiciales. Góngora está preocupado de su ascenso, aspira á ser ministro de la Corte, y entiendo que encuentra oposición. Yo

me alegraré de que lo promuevan, por él; y me alegraré de que nó, por la causa. Me he hecho muy su amigo.

—¿Ha dictado alguna providencia importante?

—Algunos decretos incidentales, que permiten, con todo, desechar la idea de suicidio. El juez no la abriga... por ahora, á lo menos. En mi opinión, podría servírsele su renta á la madre de Arnaldo.

—Los estatutos exigen sentencia definitiva.

—¡Quien sabe cuándo se dará! Si, como lo vislumbro, el culpable es persona caracterizada, tocará muchos resortes para entorpecer el proceso. Además...

—¿Además?

—¿Usted es la discrección hecha hombre, Solís? dijo Fabio, cambiando de tono.

—Nadie debe ponerlo en duda.

—Puedo... hablar entonces sin reserva... Amigo Ruperto, si yo fuera juez, descubriría al asesino en veinticuatro horas.

Solís abrió los ojos tamaños.

—Escuche, continuó el arquitecto. En medio de la confusión motivada por el descubrimiento del cadáver, la justicia no logró reunir antecedentes, pruebas materiales, sobre todo, que pudieran servir de punto de partida infalible al sumario que se estaba iniciando. Usted sabe que se encontró un papel escrito al lápiz...

—Sí, sí, ¡una grotesca superchería!

—Sin embargo, hubo que cotejar la letra con la de Arnaldo; inútilmente, se concibe: no tenían entre sí el menor punto de semejanza. Pues amigo, yo estoy en posesión de una prueba notable, y esa prueba es... ¡un botón! Y ese botón es para mí más elocuente que todos los oradores del Congreso reunidos! Mire usted, los artesanos no gastan este lujo.

Solís cogió el pequeño objeto que Fabio le pasaba. No participó de la convicción del joven; podía ser una casualidad.

—Este botón, Ruperto, es elocuente, porque otras circunstancias lo acompañan, replicó Fabio. Merced á él yo he reconstituído, salvo la identidad de dos de los personajes, toda la escena de la calle de San Diego, como si la hubiese visto con mis propios ojos. Arnaldo y su matador iban á esa casa por la chica...

—Eso parece bastante claro.

—En un momento, á las diez ú once de la noche tres personas se encontraban en el cuarto de Malva: ésta, José y el asesino. Surgen varias preguntas, que originan otras tantas deducciones. ¿Quién llegó primero? ¿Quién provocó? ¿Hubo lucha ó alevosía? ¿Ó fué simplemente, de parte del victimario, un acto de legítima defensa?

—¿De suerte que usted acepta como posible la presunción de inculpabilidad?

—La acepto relativamente. Sería preciso determinar los derechos que tenía el matador sobre

Malva. Los de José parecen obvios: en un medallón, que pendía de la cadena de su reloj y que está en el juzgado, había el retrato de una muchacha bastante bonita, á fe, Malva, según todas las probabilidades.

—¿La madre de Arnaldo no la reconoció?

—Nunca había visto esa fisonomía. Se han sacado copias del retrato, que han sido enviadas á las principales ciudades, con instrucciones para la policía local.

—Usted me observaba que, á ser juez, descubriría en el acto al asesino.

—Góngora es demasiado inteligente para haber admitido un segundo que se tratase de un suicidio; pero, ó me engaño de polo á polo, ó la cosa va á terminar con un sobreseimiento, fundado en una muerte voluntaria.

—¿Cómo así? exclamó Ruperto del Carmen, estupefacto.

—La cosa va á prolongarse, replicó el joven: Góngora subirá á la Corte, y el nuevo juez tendrá que aceptar las conclusiones del secretario Moscoso. Pues bien, Moscoso opina por un suicidio, quiere absolutamente que lo sea.

—¡Raro, muy raro!

—Sancta-Cœli miró á Ruperto del Carmen, sonriendo, y, después de una pausa, dijo:

—¿No divisa usted el ardid?

—Moscoso estaría en connivencia con el delincuente. . .

—¡Y el suicidio lo abonaría todo!

—La suposición es temeraria. . .

—Se había tomado preso á un individuo á quien se creía culpable del crimen. Era operario de la fundición donde servía Arnaldo, y se les había visto trabar una disputa, al retirarse los dos á sus casas, la víspera del suceso. El individuo sospechoso no pudo ó no quiso probar la coartada, y llegó á establecerse su culpabilidad sobre presunciones vehementes. Pero, tres días después, Góngora recibía un billetito anónimo que decía estas palabras. . .

Fabio sacó un papel doblado, de su bolsillo, lo abrió y leyó: "Mateo Obregosa no es el criminal que se busca. La justicia se extravía si cree que en la muerte de José Arnaldo hay delito, y por lo tanto, uno ó más culpables."—Lo más curioso fué que nadie supo quien había llevado el billete. El secretario dijo que lo había descubierto sobre su mesa, donde alguien lo habría depositado misteriosamente. Yo no soy un niño para creer en brujerías, y Moscoso puso una cara extraña cuando le manifesté mis dudas acerca de la autenticidad del milagro. Ese Moscoso me mira mal, me pone toda clase de tropiezos cuando quiero acercarme al juez. . . Es un secretario que gasta un celo excesivo, y ¡hay que desconfiar siempre, RuPERTO, de los funcionarios demasiado celosos! Me costó un trabajo infinito obtener una copia del

fantástico billete; el secretario se negó, de la manera mas rotunda, á hacerla él mismo. ¿Por qué? ¡Porque su letra i la del billete eran, por lo menos, primas hermanas! El palurdo no se fijó en que su negativa alimentaba mi desconfianza y en que su caligrafía, al cabo, no era una cosa tan rara como el fénix.

—El secretario le tiene á usted mala voluntad.

—Una malquerencia notoria.

—En tal caso cabe otra hipótesis: Moscoso ha forjado el billete para librarse de la importunidad de usted, y nada más.

—Aunque inverosímil, la he tomado en cuenta. Moscoso sostiene que el anónimo es de la muchacha comprometida en el drama, y que es una prueba del suicidio.

—El juez no hará caso de tal opinión.

—Lo que yo temo, le repito, es que Góngora abandone el juzgado, y venga un juez que dependa de Moscoso. Usted no se imagina la omnipotencia de este personaje: es el árbitro de la suerte de los reos. Cuando quiere, tramita sus causas, cuando quiere las posterga; se hace pagar derechos escandalosos por cualquiera actuación, esquilma á los infelices que van á reclamar justicia. ¡No sería extraño que, el día menos pensado, lo viésemos figurar como juez de letras, en algún departamento de tercer orden!

—Si se ha confabulado Moscoso con el asesino, éste debe de ser persona prestigiosa ó de mu-

cha fortuna. ¡No se confían secretos tan enormes cuando no se está seguro de la impunidad!

—Aun en ese supuesto, no podemos afirmar la existencia de un crimen. No es lo común y corriente que una persona rica y de cierto influjo social ó político, se meta en tan lúgubres calaveradas.

—No es lo corriente; pero, tampoco, un imposible.

—El tiempo hablará, concluyó Fabio. Ha llegado la hora de la cena, y esas señoritas tendrán deseos de matar la gazuza.

—Hay una que no probará bocado si no la sirve usted, amigo mío.

—Si no es más que eso, la hermosa comerá, contestó el joven; puede usted decírselo, Solís... Mas no, mejor no le diga nada, ¡no vaya á figurarse que es una declaración de amor!





CAPÍTULO V

Quién era "ese pije"

Después de la cena se organizaron nuevos bailes, y Fabio se aprovechó de la confusión que esto producía para retirarse discretamente. Había querido despedirse de Clara y de su madre, pero no pudo verlas; sin duda se habían recogido antes que él. En el momento de salvar la puerta de calle, una voz muy conocida llegó á sus oídos:

—¡Buenas noches, caballero!

El joven volvió la cabeza. Sentada en un taburete, medio oculta entre dos enormes tiestos de plantas, Clarita de la Tordoya se estaba echando aire, con movimientos de muñeca bruscos y nerviosos, que hacían crujir las varillas de nácar del abanico.

—¡Sola... aquí! murmuró Fabio de Sancta-Cœli, en tono cariñoso.

—Mas vale estar sola que mal acompañada, repuso la niña tercamente. Y, sin mudar de acento: ¿ya se va usted?, añadió.

—Sí, señorita; yo no hago falta al esplendor de la fiesta.

—¡Qué vanidoso es usted! Nadie hace falta, particularmente; pero, si todos dijeran lo mismo, no habría ni esplendor, ni fiesta, ni alegría, ni cosa alguna.

—Oh, protestó Fabio, sin usted nada de eso sería posible. Me han contado maravillas de su desempeño en distintos números del programa, y aunque mis felicitaciones son tardías, acéptelas como muy sinceras.

—¡Sus felicitaciones! Mil gracias. Todos me abruman de felicitaciones, de flores y de obsequios; ya se ve, me pagan en la moneda que valgo, ¡en moneda de comedianta! Para eso no más sirvo, ¡para distraer á los necios!

—¿Y la admiración que usted despierta, y el placer que proporciona á sus amigos?

—Es el agradecimiento del estómago, Albe-mar, del estómago que ha comido bien. El corazón nada tiene que ver con eso.

—No blasfeme, hermosa niña; siempre la he visto rodeada de adoradores.

—Que no me gustan; usted sabe que lo que no agrada, fastidia. Además, cada una tiene, su ideal,

—El suyo será fantástico, inmenso, inasequible, un conjunto de cualidades como jamás se encuentran acumuladas en un solo hombre.

—Inmenso, inasequible, tal vez, fantástico no; es un ideal de carne i hueso.

—Le hablaba hace poco de Silvela; es un arrogante mancebo.

—¿Se mofa usted de mí? prorrumpió la niña con enojo. Ese muchacho me... me...

—Le... ¿qué?

—Me... ¡revienta! Discúlpeme la palabra, no he hallado otra que mejor traduzca mi pensamiento.

Fabio comprendió que debía dar á la jóven una explicación definitiva. No era posible continuar en esa situación, para ambos incierta y penosa. La ocasión era propicia, el arquitecto resolvió ser explícito.

—Clarita, usted es mi amiga, ¿verdad? le dijo con dulzura.

—Demasiado lo sabe usted. Pero, al fin, ¿qué le importa?

—Mucho; á una amiga probada y fiel se le pueden confiar secretos.

Clara sintió una extraña emoción, mezcla de curiosidad y de inquietud. La curiosidad fué más poderosa. Con plácido semblante preguntó:

—¿Y qué secretos son esos?

Fabio contestó con otra pregunta:

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

—Á mí me parece que lo he conocido á usted desde mi infancia, replicó ingenuamente la joven.

—Sin lisonja... tres años, si no me equivoco.

—Pues bien, hace tres años... ya tenía yo un ideal, de carne y hueso, como usted dice.

Clara se estremeció, le pareció que su corazón dejaba de latir, que la vida la abandonaba. Reaccionó enérgicamente contra esa manifestación de debilidad cobarde y, borrando, por un esfuerzo heroico, toda señal externa de dolor, repuso con voz tranquila y segura:

—Es muy natural, y, créame usted, ya me lo figuraba. Ahora que oigo la confirmación de mis... suposiciones, me toca, á mi vez, felicitarlo sinceramente.

—Yo debo darle las gracias, querida amiga, aunque me felicita de bien poca cosa, ¡nunca he dirigido la palabra a ese... ideal!

—Y ¿se puede saber su nombre? interrogó la niña, sofocando á duras penas una excitación que empezaba á humedecer sus lindos ojos.

Fabio vaciló un instante.

—¡Se va usted á reir de mí, dijo por último, cuando le confiese que lo ignoro!

—No tengo ganas de reirme, observó ella con seriedad. Por cierto, no se trata de una persona de nuestro círculo...

—Nunca la he visto en los bailes de la "Unión", repuso Fabio, eludiendo la respuesta directa.

Clara era suspicaz, con ella era inútil el disi-

mulo. Sin transición, la joven prosiguió de esta manera:

—Le hacía la pregunta, no para obtener una contestación ambigua, sino para poder decirle que ninguna de nosotras merece ser tomada en cuenta por usted. Tengo el convencimiento de que el... ideal de usted es una señorita de empuinado coturno, de gran familia—creo que son esos los términos consagrados—y entre ellas y las maritornes de la "Fraternal", un hombre como usted no puede quedarse perplejo. No soy tan cándida que acepte como evangélicas verdades las fanfarronadas de nuestro amigo Solís, aunque respete mucho el buen propósito que las inspira. La alta sociedad existe, un mundo nos separa de ella, y, por más que hagamos, la distancia será siempre igual. ¿Quiere usted una prueba de lo que sostengo? Ahí tiene al mismo Solís: es amigo de muchos personajes, con algunos tiene intimidad, se tutea, pero no los visita, ni ellos á él. ¿Por qué motivo? Porque las distinciones sociales no se fundan ni en la fortuna, ni en el mérito personal, ni en nada que tenga un valor aparente, sino en cierto no sé qué, absolutamente inexplicable...

—Usted abriga ideas raras, Clarita, interpoló Sancta-Coeli, sorprendido, sin embargo, de encontrar tanta cordura en una muchacha sin experiencia. Esas ideas eran también, hasta cierto

punto, las suyas propias, sólo que á él lo conducían á diversas conclusiones.

—¡Y usted, Albemar! continuó la niña, ¡usted, con todo su cariño por nuestra sociedad de artesanos, con todos los desvelos que se impone por ella, no es un individuo de nuestra clase, la diferencia se nota á la simple vista! Un artesano, concluyó la joven, no llegará nunca á ser burgués, ¡y usted es un burgués, señor de Sancta-Cœli!

—Yo no soy burgués, señorita, dijo Fabio, casi altanero; si lo fuera no me vería usted en este lugar. Nó, Clara, nó; por familia, por educación, por inclinación natural, soy enemigo de la burguesía, como casta, se entiende, porque reconozco que hay en ella personas muy honorables y muy buenas.

—Con todo, objetó Clara, la persona que usted... distingue, pertenece á la burguesía.

—No lo sé; á lo menos, puedo asegurarle que no me he fijado en ella por eso.

—Sea como fuere, en la burguesía tendrá usted que buscar á su futura esposa.

—La buscaré donde está, sin parar mientes en el medio en que vive.

—Permítame que lo dude.

—¿Usted duda? Le voy á dar un testimonio de mi sinceridad. ¿Por qué me ve usted gastar tanto empeño en descubrir al asesino de José Arnaldo?

—De puro Quijote que es usted, replicó Clara, soltando la risa.

—Algo de eso habrá, no lo niego; mas, observe que la «Unión» me ha nombrado su representante en ese juicio, y debo desempeñar mi misión cumplidamente. Por otra parte—ya ve usted que confío en su discreción, sin solicitarla—por otra parte, sospecho que el matador de nuestro compañero es un ... burgués, en el sentido que usted da á este vocablo. Siendo así, la investigación se hará difícil. No que yo desconfíe de la magistratura: los jueces son, en general, muy íntegros, y especialmente por Góngora yo metería la mano al fuego; pero los menudos agentes de la justicia, que tanto influyen en la sustanciación de los procesos, no me inspiran la misma confianza. Lo que yo quiero es que ese crimen, si hay un criminal, no quede impune.

Clara siguió riéndose algo afectadamente, y después, poniéndose grave:

—Yo poseo un don, dijo, que usted no me conoce, el don de la profecía.

—¿Es posible? Y ¿lo ha sometido usted á prueba?

—Muchas veces; jamás me ha traicionado.

—¿Ahora querría usted ejercitarlo conmigo?

—Sí, respondió la joven; no sé por qué, en este instante me creo iluminada.

—La escucho, Clarita, dijo Fabio, que sentía su corazón aliviado de un gran peso, después de la confidencia hecha á su interlocutora.

—Usted descubrirá al asesino de Arnaldo.

—Predicciones de esa clase también hago yo, repuso el arquitecto jovialmente.

—Y el asesino será un burgués.

—Yo se lo he dicho.

—Ese burgués le dará á usted miedo. . .

—Nunca he tenido miedo sino á dos cosas, protestó Sancta-Cœli: á causar un daño voluntario á mi semejante, y á ver caer una mancha sobre mi honor de caballero.

—¿Y no teme usted á Dios, siendo tan ejemplar cristiano?

—Porque temo á Dios, temo esas dos cosas: es lo mismo.

—Amigo mío, usted no hará condenar al matador de José Arnaldo. . . ¡Usted lo salvará!

—Sería ponerme en contradicción con mis principios, objetó tranquilamente el arquitecto: eso es imposible.

—¡Sí! Vendrán las influencias, las lágrimas de alguna mujer; ¡hay lágrimas de mujer que pueden mucho, Albemar! y entonces . . . usted habrá de ceder fatalmente.

—Imposible, Clarita, imposible, repito. Puedo anticiparle que su vaticinio se equivoca.

—¡Lo salvará! exclamó la niña, golpeando el suelo con el pie.

—Pues bien, dijo Fabio, si eso sucediera . . .

—¡Ah! si eso sucediera . . .

El arquitecto vió una amenaza en la entonación de la joven.

—Usted me castigaría, ¿no es así? interrogó.

Clara de la Tordoya inclinó la cabeza, en señal de asentimiento.

—Vea usted, continuó Fabio, si alguna vez el cielo me castiga por haber yo cometido una acción censurable, quiero que se me aplique la pena por las hermosas manos de usted.

—¡Convenido! replicó la joven: en ese caso yo seré su verdugo.

—Doy á usted las buenas noches, preciosa, dijo el arquitecto, dispuesto ya á retirarse.

—¡Muy buenas noches, don Fabio Albemar de Santa-Cœli! contestó solemnemente Clara.

Él notó que ella no le alargaba la mano.

—Esta mujer es una enigma, pensó, una enigma indescifrable.

Y echó á andar con dirección á la calle de San Francisco, donde tenía su casa.

De la calle de Nataniel, donde estaba la "Unión Fraternal", hasta la de San Francisco, el trayecto era relativamente corto, por las vías atravesadas. Fabio prefirió tomar la de las Delicias, para evitar, no tanto á los ladrones, como á los borrachos, y la porquería que cubre esas callejuelas.

La noche estaba fresca, una noche poética y apacible, inundada de claridad por la luna llena, que, en el hermoso paseo, hacía dibujar á los árboles abigarradas sombras.

El joven se sentía contento, gozoso de existir, como es de suponer que lo está siempre el que

disfruta de salud y tiene la conciencia en paz. En su mente bullían mil encontrados pensamientos, el recuerdo de sus más recientes impresiones, el baile de la "Unión", la charla con los consejeros y delegados, la extraña actitud de Clara, el famoso proceso. Poco á poco se fueron despejando sus ideas: pensó en sus trabajos del día siguiente, y, resuelto este punto, su imaginación se echó á viajar por los dilatados campos de la fantasía, en busca de visiones risueñas que le hicieran olvidar, por algunos momentos, la insípida prosa del vivir. Sin embargo, para él, nunca la existencia había sido madrastra, nunca había encontrado su voluntad obstáculos porfiados desde que era dueño de su albedrío. Hacía tres años que amaba á una joven desconocida; no había hecho esfuerzo alguno para acercarse á ella. Apenas le constaba su nombre de pila, Mercedes. Mercedes ¿qué? La había encontrado por primera vez en la Quinta Normal, acompañada de una señora todavía joven, su madre según todas las apariencias. Sólo dos años más tarde, al terminar la misa de una, en el templo de San Agustín, la había oído llamar "Mercedes", por la misma señora de otro tiempo. La encontraba con frecuencia en los paseos, en el barrio comercial; estaba casi seguro de que ella lo conocía de vista, ¡quién sabe si no comenzaba á interesarse por él! Un domingo, á la salida de la iglesia, lo había mirado con una expresión de simpatía, había vuelto la cabeza vivamente y bajado,

en seguida, los ojos. En lo físico, Mercedes era la antítesis de Clara: con su semblante pálido, sus facciones finas, su estatura mediana, su cuerpo esbelto, casi sin contornos, parecía un espíritu apenas vestido de ropaje material; mientras que la otra era la exuberancia de la materia inteligente, que hablaba á los sentidos con una elocuencia irresistible.

—Soy un enamorado ridículo, pensaba Fabio; al paso que voy llegaré á tratar á mi prenda de cerca cuando ella peine canas, ó por lo menos, cuando algún prójimo más listo que yo, si bien no tan idealista, se haya casado con ella, y le haya plantado media docena de chiquillos: ¡que horror!

Sancta-Cœli visitaba poco; apenas conocía de fama á la sociedad elegante. Le habían afirmado que, para introducirse ahí, era preciso mucho dinero, y él carecía de ese mágico talisman. Se exponía, pues, á ser toda la vida un amante vaporoso, según sus propias palabras, si no hacía una tentativa para conseguir triunfos más positivos. Había oído decir, también, que era muy difícil alcanzar la mano de una señorita de elevada condición, y Mercedes parecía serlo. Si los padres eran ricos, exigirían un caudal; los méritos individuales no eran moneda corriente en ese mercado. Y si padecían de ínfulas nobiliarias, pedirían pergaminos, auténticos ó postizos. Por este lado no le faltaban al joven arquitecto razones para

estar sin inquietudes, aunque se había hecho á sí mismo formal juramento de no invocar, en ningún caso, bajo ningún pretexto, el nombre de sus antepasados. Hacer valer la prosapia cuando se tenían merecimientos propios, era vestirse con ajenas plumas, como el grajo de la fábula. Y cuando algo se valía, eso era "aspirar á ser menos", como dice el poeta. Evidentemente, Fabio, de esos informes pesimistas, se había formado un concepto erróneo acerca de la sociedad santiaguina, la que —bien pronto iba á tener ocasión de comprobarlo— estaba muy distante de ser el formidable, inaccesible reducto que le habían hecho imaginar.

En medio de estas cavilaciones, había llegado el joven á la puerta de su casa.

En ese mismo instante pasaba por ahí el carro de los muertos, cuyo rodar pesado y lúgubre solía él sentir desde su cuarto, á altas horas de la noche. No lo había visto nunca, se había formado del triste vehículo una idea muy distinta de la realidad. Llegó á dudar; se figuró que era un carretón de basura, é interrogó al carretero, movido por un extraño impulso. Sí, era basura lo que el carro conducía, ¡basura humana para la fosa común! El joven habría podido filosofar tranquilamente sobre los contrastes de la existencia, si ese encuentro fatídico no le hubiese hecho recordar la muerte de José Arnaldo y el compromiso que había él contraído de descubrir al matador. Por una lógica correlación de ideas,

acudió á su cerebro ese diálogo singular sostenido con Clara; le pareció que no había dicho á la joven todo lo que debía; recapitulando sus réplicas, encontraba en ellas un vacío. Había prometido encontrar y castigar al victimario, incondicionalmente. ¿Y si no era culpable? Había olvidado esta restricción, obvia, capital, sin embargo. En su primera entrevista con la joven, repararía la inadvertencia. Sin saber por qué, experimentó cierta zozobra, hubiese querido volver á la «Unión Fraternal», dejar bien establecido que su promesa estaba sometida á las leyes estrictas de la justicia, que su intención no era perseguir á un inocente.

—¡Bah! exclamó por fin, tiempo habrá para salvar la omisión; sería curioso que diera importancia á semejante niñería.

Y entró resueltamente.

Con todo, estas impresiones le habían quitado el sueño; no sentía el menor cansancio. Serían las dos de la mañana; se acordó que días atrás había empezado á escribir una carta á un tío suyo, residente en Italia.

—La terminaré, dijo para sí Sancta-Coeli: tengo una buena hora disponible.

Diez minutos después, sentado junto á una mesa iluminada por una lámpara de aceite que despedía claridad á la vez brillante y suave, hacía crujir la pluma sobre cuartillas de papel de orillas negras.

Esa carta comenzaba así:

SIGNOR DUCA D'ASPROMONTE E DI CASTELFIDARDO

Roma

Eccellenza, Carissimo zio:

Algunos meses antes, Fabio había recibido la noticia de la muerte de su primo Arrigo, hijo único del viejo duque de Aspromonte, y la carta inconclusa que ahora se proponía terminar, era la segunda que escribía á su tío después del fúnebre suceso. En la primera, se había limitado á dar el pésame á su pariente, omitiendo, por inoportuna, toda alusión al conflicto de familia causado por la muerte de Arrigo. El duque había vuelto á escribir sobre este grave asunto, y Fabio ya no podía excusar una respuesta conveniente. El joven redactaba su carta con mucha lentitud, no encontraba la espresión genuina de sus ideas y sentimientos. Y era que esas ideas y esos sentimientos habían de ocasionar mucho disgusto al anciano tío, un disgusto casi tan hondo como el provocado por la muerte de su heredero directo y natural. Fabio tenía ante sí una doble, enojosa, contradictoria tarea: consolar al duque de su desgracia y convencerlo de que él, Fabio, no estaba dispuesto á recoger la sucesión de su primo Arrigo. Esto le daba pena, porque amaba de veras á ese pariente tan cercano, á quien debía toda la gratitud de su corazón. El duque de Aspromonte, en verdad, no había profesado nunca grande

afecto á su hermano menor, Massimo di Sancta-Cœli, padre de Fabio. Era Massimo uno de esos hombres que, con Poerio y el duque de Castromediano, habían preparado el *Risorgimento* de la Italia moderna, mucho antes que Víctor Manuel con Cavour, y Garibaldi con sus famosos Mil. Los instintos liberales y democráticos de este hermano eran la barrera indestructible que los alejaba uno de otro. Amenazado de prisión por los partidarios del absolutismo, Massimo di Sancta-Cœli se había escapado milagrosamente, y, más feliz que algunos de sus compañeros, había podido realizar su fortuna, escasa por lo demás, comprar una fragata mercante y poner dos mares y un continente entre él y sus perseguidores. Establecido en Valparaíso como simple comerciante, había adquirido, en breve tiempo, una regular posición. Su espíritu independiente, un tanto audaz y aventurero, hermanado de original manera con una excesiva finura de modales y un trato caballeresco nada común, le habían conquistado la amistad de un gran número de familias porteñas, y una popularidad que no se extinguió sino muchos años después de su trágica muerte. Se había casado con una señorita muy apreciable, casi totalmente desprovista de parentela,—lo cual, á los ojos del patriota italiano, fué una de sus más admirables virtudes,—y de ese matrimonio había nacido un hijo, el Fabio de esta narración. Un año después de dicho acontecimiento, Massimo di Sanc-

ta-Cœli tuvo que hacer, por negocio, un viaje en su fragata á las costas del sur. En medio de la travesía se amotinaron los tripulantes, acaudillados por el piloto, mataron al patrón y le robaron treinta mil pesos en oro, que él destinaba á la compra de cereales. En los fastos judiciales de Valparaíso ha quedado el recuerdo de la célebre causa que se siguió á los bandidos, capturados pocos meses después del crimen, merced á la declaración de uno de ellos, descontento con la parte que le había cabido en el botín. La madre de Fabio se hallaba en cinta, y murió de pesadumbre. El niño quedó algún tiempo en poder de un tutor, hasta que el duque de Aspromonte, su tío, lo reclamó para educarlo, y fué enviado á Italia.

Fabio y su primo Arrigo asistieron juntos al colegio, y á los quince años—eran más ó menos de la misma edad—se matricularon en la Escuela de Arquitectura é Ingeniería Hidráulica de Génova. Arrigo alcanzó á estar apenas un semestre en ese instituto; indisciplinado y orgulloso, encontraba más agradables que las abstracciones de la ciencia, los bastidores de los teatritos mal reputados; y las conversaciones de las artistas, más amenas que los arcanos del cálculo diferencial. Los estudiantes de la Escuela de Ingeniería eran casi todos republicanos y liberales; más de una vez, Fabio había tomado parte en procesiones patrióticas, y gritado desaforadamente por las calles, como sus condiscípulos: *¡Viva Italia irredenta!*

Arrigo, un mocito enclenque, que, á los dieciocho años, andaba con las siete plagas de Egipto metidas en el cuerpo, no figuraba en esas manifestaciones de juvenil civismo; era absolutista como su padre. El anciano duque pasaba muy malos ratos; su sobrino y su hijo, por distintos medios, lo irritaban profundamente, el uno con su *irredentismo* y el otro con su disipación.

Á pesar de la reserva gastada por el duque y su familia, Fabio había llegado á saber, de boca de algunos jóvenes chilenos admitidos en la alta sociedad romana, que él era nacido en Chile y que su padre había sido asesinado alevosamente. Cuando el cónsul de Chile en Roma, refiriéndole los incidentes del dramático suceso, le había dicho que los asesinos de Massimo di Sancta-Cœli habían sido todos italianos, Fabio había exclamado, lleno de indignación:

—¡Jamás seré el compatriota de semejantes monstruos; jamás un hijo de la tierra que ha podido engendrarlos!

Sabedor el duque de Aspromonte de esta orgullosa respuesta, reprendió en términos muy duros á su sobrino, le preguntó si estaba loco, para juzgar de una nación por la conducta de unos cuantos miserables. Fabio se mantuvo firme en su resolución; era chileno y republicano, y volvería á su patria, á pesar de todos los obstáculos que quisieran sembrar en su camino. El mismo día en que cumplió veintiún años—ya había ren-

dido satisfactoriamente sus exámenes finales,— escribió al ministro de Chile en París, enviándole copia de su fe de bautismo y una declaración autorizada de su opción por la nacionalidad chilena.

El duque de Aspromonte por poco no sufrió un ataque de apoplejía, cuando tuvo conocimiento de estas gestiones. Y al anunciarle Fabio que pensaba tomar el vapor más próximo para dirigirse á América, el primer movimiento del iracundo patricio había sido llamar á la policía para poner preso al sobrino recalcitrante. Mas, Fabio estaba protegido por las leyes, y el de Aspromonte hubo de digerir su cólera de cualquier modo. Más tarde trató de detener al joven por medio de la persuasión y la benignidad.

— Pero, *caro mio*, le dijo, ¿qué demonios vas tú á hacer allá, en ese país de salvajes? ¿quieres sentar plaza de misionero para ir á convertir á esos pieles rojas?

Fabio protestó, muy irritado. Su tío decía eso para ofenderlo; bien sabía que los chilenos eran un pueblo tan culto como el de Europa.

— Muchacho, prosiguió el tío, tú no tienes un ápice de patriotismo.

— Porque lo tengo me marchó, *Eccellenza*.

— ¡*Per bacco! tu sei italiano, ed io non ti lascio partire; è la mia volontà, ecco!*

— El representante de mi país me defenderá, me reclamará, observó el joven.

—Yo me río del *rappresentante* de tu *paese*, contestó el duque, en tono de befa. Será algún patagón con la nariz y los labios atravesados de argollas.

—Parece una broma, *carissimo* tío, dijo irónicamente el sobrino, que usted sea miembro de la Real Sociedad de Geografía y Etnografía!

Fabio devolvía burla por burla.

—*¡Sei un asinaccio, sai, ragazzo!* vociferó el de Aspromote, fuera de sí. Y viendo que Fabio permanecía impasible, incontrastable, se enterneció, lo llamó ingrato.

—Sí, muy ingrato, *piccolo*. Sabes que Arrigo me ocasiona muchas amarguras. Ese bachiller ha perdido el seso, me va á matar con sus calaveradas. Ah, Fabio mío, ¡la juventud patricia se va perdiendo! ¿Crearás que Arrigo está ahora con una bailarina del *Apolo*, que le cuesta diez mil liras mensuales?

El pobre viejo había dicho esto en voz baja, lloriqueando, conmovido.

—Y lo peor, agregó, lo peor es que los jóvenes de la nobleza envidian su suerte, y las damas de la aristocracia lo aplauden y lo celebran. ¡Qué corrupción, *carino!*

—Si usted no usa de su autoridad de padre, interpuso Fabio, Arrigo se va á morir uno de estos días!

—*¡Ecco!* es lo que me espanta.

—No lo permita Dios, sin embargo, exclamó el sobrino, sería una desgracia inmensa para la dinastía de Aspromonte.

—Si tú te vas, me quedo sin heredero...

—Yo no puedo ser su heredero, tío; soy demócrata como mi padre.

—*L'hai detto!* prorrumpió el duque, *come tuo padre! un pazzo! uno stupido!*

—¡Tío! protestó el joven con mucha dignidad.

El irascible patricio continuó:

—Sí, un estúpido, á quien ofrecí el condado de Saluccia con medio millón de liras, y que prefirió ser mercachifle en un país de bárbaros! ¡Un hombre así se llama estúpido en cualquier idioma!

Fabio guardó silencio; la veneración que profesaba á la memoria de su padre lo obligaba á despreciar esos injustos reproches, ya que no podía tapar la boca al que los hacía.

El duque, viendo la inanidad de sus esfuerzos, quiso tocar en el corazón del joven la cuerda de la vanidad.

—Chico, tu olvidas con demasiada frecuencia que eres nieto de *Fabiús Cunctator*; cuando uno tiene tradiciones, se debe por entero á la memoria de sus antepasados.

—Pero, tío, el *Cunctator* era republicano; yo respeto la tradición.

—¡Republicano! ¡Re-pu-bli-ca-no!, rugió el

de Aspromonte, revolviendo unos ojos terribles, como un barba de zarzuela: ¡Republicano, un descendiente de Hércules y Cenesta!

—Ya ve usted á donde van á parar los descendientes de semi-dioses, dijo Fabio, ¡al camarín de la signorina Laura Betti, primadonna que canta con los pies!

—He ahí mi infortunio, chico. ¿Quiéres que te diga una cosa? Arrigo no tiene nada de nuestros nobles abuelos. Parece que en el siglo décimo tercio ó cuarto, hubo una alianza plebeya en nuestra familia: Arrigo posee los instintos del vulgo.

—Se equivoca, señor, posee instintos nobilísimos; derrochar el oro, cultivar caballos y queridas, aborrecer el estudio, encanallarse á cada paso ¿no es esa la filiación de la moderna caballería?

—¡Porqué no es Arrigo como tú! exclamó el viejo gentilhomme. Tú sí que te pareces á Fabio Máximo Quinto, ¡hasta en la verruga del labio superior, ¿sabes? esa famosa verruga de donde le vino el apodo de *verrucosus*!

—*Eccellenza*, protestó Fabio, sonriendo, ¡yo no llevo ninguna verruga en la cara!

—Bueno, es un lunar, la diferencia no es sensible. La verruga habrá cambiado de forma en las evoluciones del tiempo y las transmigraciones de la sangre. Pero llevas el *aire de familia*, de un modo sorprendente.

—¡Qué ocurrencia, tío! ¡Quién sabe cuál era el aspecto de *Fabius Verrucosus*!

—¿Y ese retrato? preguntó el duque, señalándole una pintura antigua que colgaba de la pared del salón; ¿crees tú que no es verdadero?

—Ese retrato fué pintado en el siglo quince, tío.

—Eres un ignorante, ¿no ves que se trata de una copia?

—Peor, entonces.

—Copia de un mosaico antiquísimo; Polibio habla de él en sus *Anales Romanos*, ¿qué más quieres? En fin, los nombres de nuestros abuelos están inscritos en las tablas del Capitolio, y salvo que fueras un hereje, no tendrías la audacia de recusar ese documento venerable.

—Yo no recuso nada, *Eccellenza*, y me halaga mucho la idea de descender del ilustre cónsul. Pero debo observarle que *Fabius Maximus*, habiendo perdido á su hijo mayor, adoptó el de Paulo Emilio.

—¡Pues el hijo mayor del *Cunctator* dejó un hijo legítimo, que, á la muerte de su abuelo, fué repuesto en su dignidad por un *senatus-consultus* del año 883 de la fundación de Roma! De él procedemos. ¡Si tú sabes mejor que yo la geografía, en historia te llevo inmensa ventaja, chico!

—¿Quiere que le hable con franqueza, tío? Toda esa brillante genealogía no me da ni frío ni calor. Yo no soy un descendiente de la Roma antigua, sino un ciudadano de la Roma nueva.

—¡Un partidario de la monarquía constitucional! gritó el duque, escandalizado.

Fabio soltó la risa. Su tío había interpretado mal su pensamiento.

—¡Qué me importa la monarquía constitucional! dijo el joven: ¡es una ridiculez!

—¡Una insolencia! bramó el de Aspromonte.

—Voy á explicarle mi idea, señor. Usted ha estado en el teatro de la Ópera, ha admirado la esplendidez del auditorio, la belleza de todas esas mujeres cubiertas de blondas y diamantes; y en la escena, la grandiosidad de los templos magníficos, de esas columnatas interminables que se pierden, á lo lejos, en una perspectiva ideal. Es una ilusión que enloquece y fascina: ahí tiene usted la fiel imagen de la monarquía absoluta. La monarquía constitucional es el mismo espectáculo, pero visto por la mañana, cuando en las mejillas de las mujeres se ha derretido el colorete, se han ajado las blondas del traje y se han apagado los fuegos de la falsa pedrería; cuando las decoraciones aparecen como ordinarias telas, groseramente embadurnadas á escoba con barros de distintos matices,—todo eso iluminado por la lívida claridad que filtran las lumbreras del friso: ¡la ilusión se ha desvanecido!

El duque aprobaba con el ademán; era muy enemigo de la monarquía de reciente cuño, que lo había despojado de sus prerrogativas, aun cuando le dejara, como inútil adorno, sus títulos

de príncipe romano y de barón del Santo Imperio.

—Tal vez tengas razón, *piccolo*; pero ¿de qué Roma nueva hablas tú?

—De la Roma americana, ¡pardiez! De Chile, esa república modelo, donde mandan los más hábiles y mejores, donde la equidad y la justicia presiden todos los actos de la vida privada y de la vida común! Ahí, tío, se premia al mérito verdadero, se venera á la virtud, se honra á la ciencia; ahí se castiga á los malos sin crueldad, en razón estricta de la magnitud de su delito. ¡Ese es el país de mis ensueños, y allá me voy!

—*Sei un pazzo, mio caro*. En fin, haz lo que quieras; ten entendido que me causas gran pesadumbre.

—Que se le quitará cuando vea usted ilustrado mi nombre en el nuevo mundo. Oh, tío, yo también abrigo ambiciones vastas, ¡desearía ser un notable, un famoso ingeniero!

—¡Ojala! exclamó el tío, meneando tristemente la cabeza.

El duque había tenido que ceder. Acompañó á su sobrino hasta Burdeos, y al despedirse le dijo:

—Toma, *carino*, toma este viático; al llegar á tu país no tendrás recursos, en los primeros momentos.

—Yo no necesito nada, señor; llevo lo preciso.

—Acepta, *ragazzo*, acepta mi pobre ofrenda

Quién sabe si no te arrepientes, á poco de haber llegado allá, y te entren ganas de volverte á mi lado: ¡quiero que el dinero no te falte para el regreso!

El joven recibió el cofrecillo que le presentaba su pariente: contenía veinte mil liras en oro, y un legajo manuscrito provisto de numerosos sellos. Era el expediente genealógico de la familia de Fabio.

—¿Para que quiero esto, tío? preguntó el joven, al ver el legajo: mis conocimientos y mi laboriosidad serán mis mejores, mis únicos títulos al general aprecio.

—Ah, sobrino, ¡cuán poca es tu experiencia! replicó el duque, ¡cuán poco sabes de la naturaleza del hombre! Á donde quiera que vayas, te honrarán, te estimarán, te buscarán menos por tus cualidades genuinas que por tus atributos postizos, y lo que más hará valer tu persona, será precisamente aquello que no puedes jactarte de haber adquirido por tu propia virtud. Llegará un día en que quizá te convenga recordar tu esclarecida estirpe, y entonces será justo que la recuerdes. Además, ¿qué nombre usarías en Chile? Porque tienes muchos y ninguno. Puedes llamarle Fabio, Máximo, Quinto, Emiliano, Fabiano, ¿qué se yo? Pero ¿el apellido? Por tu padre eres Ruspoli y Martinelli; por una abuela de tu padre, una princesa sarracena del tiempo del emperador Federico II, eres Al-Bemar, ó sea Rayo

de Luz: es menester que tengas un nombre determinado, por razones que creo inoficioso expresarte.

—Yo me llamaré Fabio Máximo Albemar de Sancta-Cœli, repuso el joven, ó simplemente Fabio de Sancta-Cœli. Usted sabe que soy cristiano y católico, por lo cual estimo en mucho el título que el papa Inocencio IV dió á nuestro abuelo Monacci, con motivo de la canonización de una parienta, *Santa Chiara de' Misteri*.

—Príncipe romano, republicano chileno, demócrata universal, católico, apostólico... ¡confiesa, *piccolo*, que hay en tu cuerpo una curiosa mezcla!

—Eso le pasa á todos los hombres, replicó Fabio. ¿Quién no es un compuesto de los ingredientes que han servido para formar doscientas generaciones?...

Fabio llegó á Chile con un enorme bagaje de proyectos y esperanzas, de los cuales cinco años después no conservaba ni el recuerdo.

Muy agasajado, al principio, por la sociedad porteña, que aplaudía su noble conducta, tuvo, una vez agotados sus recursos, que buscar trabajo remunerado. Ofreció sus servicios al gobierno como ingeniero naval; pero su calidad de compatriota le perjudicó inmensamente. Era cosa generalmente aceptada que los chilenos que iban á Europa á hacer estudios, volvían más ignorantes y más torpes; desesperado, el joven se refugió en

la arquitectura, que había aprendido más bien como un adorno intelectual, que no como profesión definitiva. Se trasladó á Santiago, que ofrecía más porvenir á esa carrera, y, efectivamente, encontró en su ejercicio la independencia y el bienestar. Hubo de experimentar sus cuitas y sinsabores, sobre todo cuando trabajaba para gente opulenta; los pagos eran irregulares, le costaba un triunfo conseguir el dinero que se le debía. En cambio se hizo querer de los artesanos que ocupaba en sus faenas, por su trato bondadoso y su generosidad inagotable. Merced á ese comportamiento, nunca le faltaron brazos dispuestos á trabajar bajo sus órdenes. Entretanto, sus ideales habían cambiado. Ya no aspiraba á ser un ingeniero célebre, sino á contribuir, en la medida de sus facultades, al progreso de la clase obrera, según él, muy digna de ser ilustrada y protegida. El joven no había engañado á Clara, cuando le había manifestado ser hostil á la burguesía enriquecida, que pretendía dominar al mundo con la inteligencia de la panza, de lo alto de sus sacos repletos de oro. Como la Italia, Chile necesitaba su *Risorgimento*, y éste no podía hallarse sino en la regeneración industrial y artística, en la modificación de las costumbres en el sentido del trabajo, de la economía y de la higiene.

En la carta que escribía al viejo duque, hacía referencia á estos nuevos ideales, que lo ataban á la tierra de su predilección. Sentía mucho la muer-

te de su primo Arrigo; sentía también tener que rehusar la herencia que éste dejaba. No, ahora menos que nunca quería ser príncipe romano, barón del Santo Imperio, duque de Aspromonte y *tutti quanti*; su decisión era inquebrantable como una roca de granito.

De la muralla, frente á él, pendía el retrato de Fabio el Contemporizador, que su tío le había enviado desde Roma. Realmente había entre el personaje reproducido en la tela y el joven arquitecto, rasgos de fisonomía comunes, sobre todo esa histórica verruga transformada en lunar, que el joven ostentaba, cabalmente, encima del labio superior.

La carta de Fabio tomaba, á veces, un giro picaresco.

"*Cuntactor* está ahí, tío; lo interrogo, y la tela sin vida me apunta la respuesta, aprueba mi determinación. ¿Aceptarías tú, oh héroe insigne, que aparejaran tu épico nombre con un título de duque ó de marqués? ¿serías tú de buen grado barón del Santo Imperio? El retrato sonríc, me observa que ello sería tan grotesco como poner la enjalma de un burro á un potro de noble raza. Usted me advierte que el ducado de Aspromonte, el marquesado de Mentana, el condado de Saluccia se irán á un cuerno si yo no los recojo. Y ¿por qué habrían de irse á un cuerno, vamos á ver? ¿No tenemos parientes relativamente cercanos? Los Vercellis, los Colonna, los Pallavicini, que hacen co-

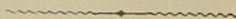
lección de títulos? Diríjase á ellos y será usted bien recibido. Desde que Napoleón el Grande, de un figonero hizo un monarca, las magestades han perdido su tradicional prestigio, ¿qué será entonces del de los duques y marqueses? Y qué valen los títulos de nobleza, después que Magliani los ha vendido á destajo y á vil precio, para librar á su país de la plaga del curso forzoso? Las dos ó tres familias chilenas que pueden, con alguna justicia, reivindicar un origen patricio, pertenecen á la democracia más pura. Ciertó que hay otras que se dicen descendientes del muslo de Júpiter; pero usted comprende que eso no es serio, y se presta á lo más, á la invención de anécdotas como la que me refería, días pasados, un amigo. Comía yo en su casa, y al preguntarle yo quién era un arrogante militar, que nos miraba desde un hermoso cuadro que exornaba el comedor, me dijo que era un abuelo suyo, el *marqués de la Ventolera*.—No conozco mucho la heráldica española, le repliqué.—Entonces él me contó la más divertida historia que usted pueda imaginarse. Los monarcas de Castilla eran muy pródigos de cartas de nobleza; las otorgaban, sin discernimiento, á los más rústicos patanes, con tal de que apoyaran su petición en un regular saco de doblones. Así, hubo ridículos marquesados de la Donosura, ducados de la Perspicacia y condados de la Liberalidad. Sé de un barón de la Buena Cepa, que obtuvo sus credenciales después de un regalo de vino tinto enviado á la

Majestad de Carlos III. El que introdujo en Chile un juego que daba á la corona importantes regalías, fué creado vizconde del Palitroque. Pero, vuelvo á mi historia. Mi amigo me contó que uno de sus abuelos, campesino tan afortunado como anónimo—pues era conocido por el apodo de Juan Viento—había hecho un viaje á España, llevando al rey un obsequio de cuatro mil onzas de oro. El maes'ro de ceremonias presentó á su Majestad el regalo, antes de introducir al portador de él, y la primera pregunta del monarca, cuyo tesoro andaba muy escueto, fué: —¿Qué buen viento nos trae esta oportuna ofrenda? El maestro de ceremonias, hombre de algún ingenio, replicó al punto: —Majestad, un viento muy favorable, á quien llamaron Juan, en la pila de bautismo. —Que sea introducido, ordenó el rey. En el acto fué traído á su presencia el súbdito generoso, y toda la corte prorrumpió en una discreta carcajada cuando oyó pronunciar el nombre de Juan Viento. El soberano mismo no pudo disimular la risa; pero, recordando su tranquila dignidad, preguntó al de las cuatro mil onzas qué gracia deseaba obtener.—Un titulitu, Mahestá, repuso el capitalista ultramarino, que era de origen gallego.—¡Ea, exclamó el rey, que se le extienda sin demora una cédula nobiliaria y se le aplique el título de marqués de la Ventolera!... Ya ve usted, tío, el caso que se hace aquí de toda esa fantasmagoría! Al terminar su historia, mi amigo me advirtió que el marqués

no había sido nunca militar, pero que era costumbre, entre las familias notables, tener retratos de ascendientes más ó menos efectivos, en traje de general de la Independencia, con algún documento en la mano, cuyo título debía ser bien notorio, y estar trazado en gruesas letras tipográficas: *La Declaración de 1810 ó Constitución Política*, ó cualquier leyenda de la misma índole. Posteriormente he podido comprobar esta aserción, que me había parecido una graciosa chanza. . .

.
.

Yo soy gentilhombre, tío, concluía el joven arquitecto: jeso no me lo ha dado ningún rey, ni puede quitármelo nadie, sino Dios!





CAPÍTULO VI

Esperanzas y conflictos

Sicorta había cumplido su promesa: en la gaceta de los *Ecos* aparecía una reseña minuciosa de la última velada de la "Unión Fraternal". Para los casos excepcionales, el periodista poseía una reserva de lugares comunes escogidos, así es que, al hablar de la señorita Clara de la Tordoya, no omitía referirse á "su regia hermosura, su incomparable talento"; la llamaba "estrella del arte, dechado de gracia, de lozanía y de esplendor."

El director del periódico había encontrado eso "un poco fuerte", había recomendado á su subalterno que fuera, en otra ocasión, menos difuso, y sobre todo, menos ponderativo.

—Usted no tiene sentido común, don Sótero, había dicho el jefe: ¡usted sufre errores de óptica!

¡Cómo! Para describir un sarao popular evoca usted giros felices, locuciones de una exquisita elegancia, y, al dar cuenta de un matrimonio brillante, no halla su pluma sino los rípios de costumbre! Que el novio es hijo del conocido capitalista y filántropo, ¡lo sabemos, señor! Que la novia pertenece á uno de los más prestigiosos hogares, ¡también lo sabemos! Ahora, en la lista de los invitados debe de haber equivocación no me cabe duda. La gente decente no se llama, en Chile, Belgrano, ni Mitre, ni Rivadavia—esos son apellidos de la buena sociedad argentina, que aquí sólo se usan en el gremio de los quirope-distas y flebótomos...

La amonestación era justa. Ese diante de Sicorta le había metido tijera á un suelto de *La Nación* de Buenos Aires, le había cambiado el título y unos cuantos nombres propios, y lo había dado á la estampa como la relación original de un gran matrimonio santiaguino.

Mientras el gacetillero recibía de su superior jerárquico estos merecidos reproches, uno de los testigos de la ceremonia civil, cuyo nombre no figuraba en la lista impresa, se había presentado á reclamar de esa omisión.

—Se reparará el olvido en el número siguiente, había contestado el director, muy afable.

El otro había dado las gracias, se había retirado haciendo reverencias. Á los pocos segundos había vuelto.

—Si aluden ustedes á mi profesión, no pongan ustedes abogado, sino *jurisconsulto*—soy autor de varios textos clásicos. Y, en cuanto á calificativos, prefiero "eminente" á cualquiera otro; aunque más valdría no colocarme ninguno; ¡se ha abusado tanto de esos epítetos que ya no imprimen dignidad!...

Fabio de Sancta-Coeli leía los *Ecos*, todas las mañanas, antes de levantarse. Ese día gozó mucho con las ocurrencias de Sicorta, y no dejó de llamarle la atención el estilo seco y desabrido del párrafo que llevaba el presuntuoso epígrafe: *Bodas aristocráticas*. El *Boletín Judicial* lo sorprendió, más adelante, con una noticia inesperada que hizo decaer su alegría. Góngora, el juez del crimen, había mandado sobrescer temporalmente en la causa de José Arnaldo, y pedido licencia de dos meses "por motivos de salud." Dado el interés que manifestaba el arquitecto por la pronta resolución de ese juicio, ninguna nueva podía serle más desagradable. ¡Un sobreseimiento temporal! ¡dos meses de licencia! ¡Eso equivalía á un abandono casi definitivo de la investigación! Faltaban poco menos de sesenta días para el feriado de los tribunales, y la retirada de Góngora importaba cerca de cuatro meses de retraso.

El joven adoptó una decisión rápida. Se vistió precipitadamente, y absorbido que hubo, á toda prisa, una taza de té, se fué á golpear á la casa del magistrado.

Góngora preparaba sus maletas, se dirigía á los baños de Cauquenes por el tren más próximo.

— Dos palabras, señor, —había suplicado Fabio. —¿Qué ocurre, qué pasa?

— Que me voy, para no volver...

— ¿Y el proceso Arnaldo?

— Queda pendiente.

— ¡Ah, señor, yo que esperaba ver concluído este asunto antes de las vacaciones!

— Pero, nada se ha perdido, observó el juez. Emplee sus medios de indagación, descubra á esas dos mujeres comprometidas en el crimen y cuyas declaraciones son indispensables. Después, en marzo hablaremos. Supongo, añadió, que, para esa fecha, me habré restablecido completamente.

— ¿Está usted enfermo... de veras? interrogó Sancta-Cœli, sin reparar en la candidez de su pregunta.

Góngora lo miró, sin demostrar enojo:

— ¿Cree usted que es un pretexto? dijo simplemente.

— Nó, señor, de ninguna manera, protestó Fabio, ruborizándose un poco. Sin embargo... ¿me permite usted expresarle todo lo que pienso?

— Como nó, señor mío, use usted y abuse de la libertad de la palabra. Á estas horas ya no soy juez, sino un particular aquejado de reuma, y que va en busca de alivio para sus achaques.

- Señor Góngora, ¡usted tiene motivos para no estar satisfecho!

—¡Sabe usted que me gusta la franqueza! exclamó, benévolo, el magistrado. ¡Satisfecho, un infeliz cuyas piernas rugen de dolor!

—Eso es muy sensible, replicó Fabio; mas, yo me refiero á sus expectativas de ser nombrado ministro de la Corte.

—Frustradas, amigo mío; he vuelto á hablar con el Presidente;... ¡evasivas y más evasivas!

—¿Se retracta?

—Nó, respondió Góngora con vehemencia: él mantiene su ofrecimiento. La desgracia está en la situación política; la mayoría del Consejo de Estado reposa en un sólo voto, el de Malrasca. E Presidente me explicó eso muy bien; si se disgusta con Malrasca, queda reducido á la impotencia. Me indicó otro temperamento, eliminar á un consejero de oposición, nombrado por él en virtud de sus facultades exclusivas, y reemplazarlo por otro más complaciente. Ambos convinimos en que el proceder, aunque legal, no era correcto. Á mi me pareció un subterfugio indecoroso; preferiría podrirme en el asiento de juez inferior, á ganar un ascenso por caminos torcidos...

—¡Indudablemente! aprobó Fabio.

—Es preciso aguardar, repuso Góngora, ¡con la paciencia se logra el cielo!

—Entonces, hasta marzo, dijo el joven, y ¡buen viaje!

—Gracias, amigo; hasta marzo.

—¡Ah! exclamó el arquitecto, me había olvidado preguntarle dónde vive Moscoso.

—Hombre, no lo sé; mi secretario es como los escitas, muda de residencia constantemente.

Fabio se retiró. En resumen, las cosas no tomaban un giro tan desfavorable como él antes lo temiera. Góngora no renunciaba, eso le parecía lo principal. La suspensión del sumario, por otra parte, le daba tiempo suficiente para reunir pruebas é informaciones, y buscar á esas dos mujeres cuyo testimonio era imprescindible.

Dos, ó tres días después de su entrevista con Góngora, al caer la tarde, Fabio había divisado á Moscoso en la Alameda; el secretario iba conversando distraídamente con un sujeto de catadura indecisa, uno de esos individuos del reino animal que no pertenecen á ninguna clasificación. Á la altura de la iglesia del Carmen, los dos hombres tomaron la calle de la derecha, anduvieron unas cuatro cuadras, y penetraron en una casita baja, pintada, al temple, de azul muy vivo. Todos los actos de Moscoso despertaban la suspicacia del arquitecto; éste iba á saber, por fin, dónde vivía el secretario, ó, por lo menos, dónde tenía amistades. Lo había seguido á distancia prudente, y seguro ya de no equivocarse las señas, regresó á su casa, dispuesto á averiguar, en el primer momento oportuno, lo que iba á hacer Moscoso á esa casita pintada de azul chillón.

Al día siguiente, después de almuerzo, Sancta-

Coeli se dirigió á la calle del Carmen, animado por un secreto instinto que le decía que, esta vez, sus esfuerzos no serían infructuosos. La puerta de la casita azul estaba cerrada, lo que, á los ojos del joven, le dió cierta apariencia de misterio.

Golpeó resueltamente: una criada vino á abrir.

—¿Está la señora Dorotea? preguntó, obediendo á un plan que había preparado.

—¿Qué Dorotea?

—La señora Lince; me han dicho que esta es su casa. . . Sí, agregó, echando una mirada al dintel de la puerta: este es el número, no puedo engañarme.

—Voy á decirle á la señorita. . .

—¿Cómo se llama tu señorita?

—Misiá Pancha Peralillo.

Misiá Pancha no conocía á la señora Lince; jamás la había oído nombrar.

Fabio oyó perfectamente una voz que, desde adentro, decía en tono regañón:

—Aquí no vive ninguna Dorotea, es inútil que vengan á buscarla á esta casa.

La criada transmitía la respuesta, Fabio la interrumpió: sus sospechas se robustecían.

—Estoy seguro de que la señora Dorotea Lince vive ó ha vivido aquí. En el barrio deben de conocerla, y yo tengo mucho interés en descubrirla. Conque, hija, me harás el servicio de informarte, y si, uno de estos días, cuando yo vuelva á pasar, me comunicas datos ciertos, te recom-

pensaré bonitamente. Toma, entretanto, estos cinco pesos; son un anticipo. Ahora, respóndeme, ¿suele venir á visitar á tu ama un señor Moscoso, secretario del juzgado del crimen?

—Antes venía raras veces; desde hace dos ó tres semanas viene con frecuencia.

—¿Quiénes más visitan á tu patrona?

—Don Severico...

—Y el apellido de ese don "Severico"...

—Villuca.

—¿El que estuvo ayer con Moscoso?

—El mismo.

—Muy bien. Ya sabes que hay para tí una propina gorda, si me das noticias exactas de doña Dorotea Lince. Adiós.

Mientras se encaminaba hacia la Alameda, bastante satisfecho del resultado de su pesquisa, Fabio se acordó del propietario de la casa del crimen. ¡Pues claro, don Amaranto Chupinza había visto á la Dorotea, la reconocería en el acto que la viese! ¿Cómo no se le había ocurrido este medio de identificación, tan natural? Don Amaranto creía firmemente en la culpabilidad de esa mujer: ella había tendido un lazo al pobre Arnaldo, y había elegido la casa de la calle de San Diego, á fin de ejecutar su horrible designio. Pensaba, también, hacerse parte civil en el proceso, para reclamar una indemnización.

Fabio calculó que hallaría en Chupinza un auxiliar entusiasta. Iría á verlo inmediatamente.

El propietario no estaba en su casa; había salido al campo con todos los suyos. Este contratiempo modificó las resoluciones de Sancta-Coeli. Estaba visto que durante el feriado, no había esperanza alguna de dar á la investigación un impulso vigoroso. Lo mas cuerdo era aguardar el mes de marzo, sin perjuicio de aprovechar el receso de los tribunales en diligencias útiles á la causa.

El verano se anunciaba cálido, abrumador, sofocante. El joven arquitecto era muy sensible á los calores santiaguinos, y, de ordinario, se trasladaba á Valparaíso desde mediados de Diciembre. Esta vez decidió anticipar su salida; se había propuesto visitar las regiones meridionales de Chile. Dejó en buenas manos la dirección de las distintas empresas que tenía iniciadas, y anunció á doña Dolores su proyectado viaje.

Fabio de Sancta-Coeli se había acostumbrado á la vida de familia, desde que doña Dolores ocupaba un puesto en su hogar. Él se congratulaba de la feliz inspiración que lo había movido á atraer á su casa á la madre de Arnaldo. En otro tiempo, viviendo fuera de su domicilio la mayor parte del día, comiendo en la fonda, recogiendo tarde, entregado su régimen doméstico á manos mercenarias é interesadas, el joven no solamente gastaba más dinero y estaba más mal servido, sino que, también, se iba resintiendo su robusta salud de la alimentación vistosa y sin

sustancia de los comedores públicos. Doña Dolores, ahora, lo rodeaba de solícitas atenciones, cuidaba de su ropa, vigilaba su comida, sobria, pero delicada.

En la extensa casa, que antes ocupaba solo, por ese gusto de gran señor que le hacía buscar el aire y el espacio, reinaban el orden y la más exquisita limpieza; todo ahí era tranquilo y severo, de una severidad antigua, que se revelaba en la ornamentación de las estancias, en el clasicismo de los muebles, en los ínfimos pormenores, en la misma atmósfera ambiente.

Fabio había asignado una pequeña renta á su dueña de casa, para sus gastos personales. Al principio, doña Dolores había protestado; pero él le había afirmado que procedía en esto como tesorero de la «Unión Fraternal» que no se trataba de una donación generosa, sino del pago legítimo de la pensión legada por José. Fabio esperaba que este piadoso embuste sólo sería pasajero, y que la «Unión» ratificaría muy pronto lo que él estaba haciendo en su nombre.

La buena mujer le hablaba frecuentemente del hijo muerto, recordaba con melancólica complacencia sus filiales virtudes. ¡Qué lástima que tan buenas y necesarias personas desapareciesen de la escena de la vida, así, de un modo repentino y prematuro, cuando había en la tierra tantos hombres malos, tantos entes perjudiciales!

El joven arquitecto la acompañaba en sus que-

jas, le prometía rehabilitar la memoria de su hijo, el castigo del infame matador.

—¡Eso no lo hará resucitar! suspiraba la pobre señora.

Por lo demás, Fabio rehuía toda conversación sobre este doloroso tema. Quería llevar la investigación silenciosamente, sin meter ruido, sin dar pasto á la sospecha de que él tuviese interés en el éxito del proceso.

Hasta donde era posible sacar una certidumbre de meras inducciones, fundadas en circunstancias de interpretación ambigua, Fabio abrigaba la convicción de que Moscoso conocía al asesino y estaba en connivencia con él; de que éste, además, era un hombre bastante rico y de influjo para entorpecer eficazmente la acción de la justicia. Le alentaba, con todo, la esperanza de que, á vuelta de vacaciones, se encontraría en situación de atar muchos cabos y de llegar sin demora al pleno esclarecimiento de la verdad.

Por de pronto le había parecido buena táctica, hacer lo que se llama en estrategia una retirada fingida. Había ido al juzgado, se había visto con Moscoso, le había manifestado estar conforme con la más reciente providencia del juez. Desistía, por ahora, de emprender nuevas diligencias, y, para no preocuparse más de ese enojoso asunto, se proponía hacer una excursión de recreo al vergel de Chile, el fértil territorio de la Araucanía.

—Muy bien acordado, había dicho Moscoso,

sin disimular su regocijo: obra usted perfectamente desentendiéndose de una causa que nada tiene de interesante ó extraordinario. Si fuéramos á tomar á pechos cuantos crímenes se cometen en la República, sería cuento de nunca acabar. La justicia cumple con su deber; si es impotente ¡qué vamos á hacerle!

El arquitecto escuchó, sin pestañear, estas hipócritas observaciones. Le convenía adormecer la vigilancia del astuto secretario.

Justamente, ese día, por la tarde, doña Dolores anunció á Fabio que ella había recibido una visita inesperada: la señora de la Tordoya con su hija, "una apuesta y rozagante moza."

Al joven le sorprendió un poco esta insólita manifestación de cortesía; pero como era muy fino en sus maneras, y dueño de lo que podría denominarse la inteligencia del corazón, replicó á su dueña de casa que esa visita debía atribuirse á los más generosos móviles. Miembros de la Sociedad á que su hijo José pertenecía, las señoras de la Tordoya le pagaban una deuda de compañerismo y caridad.

—Yo les he hablado mucho de usted, concluyó Fabio, y no es raro que le muestren alguna simpatía, en atención á su tremenda, inmerecida desgracia.

—Son personas muy apreciables, observó doña Dolores: también ellas me hablaron de usted, muy afectuosamente.

—¡Ah!

—Sí,... que era usted un caballero perfecto. Como esa opinión es la mía, claro está que no la contradije. La señora me preguntó por qué usted no... se casaba

—¡Cuánto interés! prorrumpió Sancta-Cœli: esas damas son muy políticas y atentas.

—La joven, sobre todo, parece profesar á usted una amistad que raya en un sentimiento más dulce...

Fabio hizo un ademán brusco.

—Ha oído usted mal, Dolores, exclamó: la señorita Clara es así, muy indulgente con todos sus amigos... Por otra parte, ella cultiva sus preferencias.

—Yo sé dónde, insinuó la anciana, tratando de sonreír.

—Señora, repuso el arquitecto: Fabio de Sancta-Cœli no es un novio disponible, tiene compromisos sagrados y los respeta.

—¡Dios me asista! gimió la señora Dolores: ¡yo les he dicho que usted era libre como el aire, que no le conocía compromiso alguno!

—Ya ve usted, observó Fabio, cuán imprudente es inmiscuirse en asuntos del corazón ajeno. Por lo demás, agregó el joven, notando un ligerísimo rubor en las desteñidas mejillas de su dueña de casa: usted ha dicho la verdad, cuando afirmó que no me conocía relaciones amorosas. Propiamente no las tengo; el compromiso no existe

sino en un acuerdo tácito de mi corazón y mi conciencia.

La conversación terminó ahí. Fabio se había quedado pensativo, doña Dolores confusa. Con la mejor intención, ella había enterado á las señoras de la Tordoya de las costumbres de Fabio; les había mostrado las habitaciones, desde el salón hasta la cocina, sin omitir los dormitorios. La pobre mujer ignoraba la etiqueta; sentía que procuraba así, á sus visitas, un verdadero placer. Clara, especialmente, manifestaba una curiosidad infantil por verlo todo, y ella, la dueña de casa, gozaba con la admiración de la joven, la estimulaba, la azuzaba, inconsciente de lo que hacía:— ¡Mire usted esto, vea usted aquello!... La señora de la Tordoya no se extasiaba mucho, encontraba los colores opacos, el recinto triste.

Cierto que los matices eran tiernos, apagados; pero Clara miraba las cosas con otros ojos.

—Vaya, mamá, exclamó, de repente, en un arranque de poesía: ¡cuando en estos muebles y estas colgaduras parece que está bailando el sol!...

Ahora doña Dolores se arrepentía de haberlas tratado con tanta confianza, demasiada para una primera entrevista. ¡Y si él llegase á saber! ¡Qué conflicto, Dios mío!

Fabio había dispuesto su viaje para el día siguiente. Después de cavilar sobre la extraña visita de las señoras de la Tordoya, resolvió postergarlo uno ó dos días. Se le presentaba un

pretexto para volver á hablar con Clara, definir, una vez por todas, su situación frente á ella, y sentar explícitamente las condiciones del compromiso contraído, de encontrar al matador de José Arnaldo. Fabio creyó que debía pagar la visita hecha á doña Dolores, y mientras más pronto, mejor. El joven arquitecto poseía un alma delicada, un corazón extremadamente bondadoso. La susceptibilidad ajena le parecía cosa muy digna de respeto, y de todas sus amistades, ninguna más susceptible que Clara de la Tordoya. Le convenía, por muchas buenas razones, estar bien con la perla de la «Unión Fraternal». Su mayor inquietud era que Clara llegase á ser su enemiga, y no se le ocultaba que él habría de gastar mucha destreza y mucho tino, para impedir que eso sucediera.

Los italianos han descollado siempre en la diplomacia; Fabio, bajo este punto de vista, era digno nieto de sus abuelos. Sin trazarse él una línea de conducta especial, mostrándose, como de costumbre, caballeroso y deferente, Clara no tendría por dónde atacarlo. Además, él podía hacerse pequeño, humilde, para que ella apareciese grande. Eso halagaría el orgullo de la niña, y, una vez adquirido el hábito de sentirse admirada y adulada, no sería ella la que provocase un rompimiento.

—Clara me agradecerá esa actitud, cavilaba Fabio, y, á menos que no sea buena é inteligente,

como yo me la imagino, es imposible que siga guardándome rencor. Me interesa, sobre todo, desvanecer en ella esta idea: que yo rehuse su afecto por altivez ó consideraciones de casta. . .

Evidentemente Fabio, al raciocinar de esta suerte, daba pruebas de no conocer el corazón humano en general, y el de Clara en particular. Cuando se presentó á la casa de la familia Tordoya, salió á recibirlo, no la Clara altanera, ceñuda, amenazadora, cuyo recuerdo conservaba desde la fiesta de la "Unión", sino una Clara alegre, cariñosa, modestísima, que acogía su visita como una honra excepcional.

Venir á verla, él, ¡qué feliz inspiración! Era preciso que fuese un hombre muy superior á todas las preocupaciones, para dar semejante paso. Él no hallaba qué contestar, atónito, confundido. Pensaba que esa muchacha era una potencia, por el intelecto y la sagacidad. Ella se empequeñecía para engrandecerlo, hacía resaltar el inmenso favor que le significaba esa visita. Y esos no eran vanos cumplidos. Por poco que conociese él á Clara, sabía que no era el disimulo su cualidad dominante.

—Si hay contienda, ella me vencerá, pensó el arquitecto.

Fué una impresión fujitiva; claro estaba que él se creía el más poderoso, ya había dicho que nada temía en este mundo.

Por ahora no se trataba de contienda ni de cosa que se le pareciese, sino de prodigar al amigo agasajos y atenciones. Le ofrecieron refrescos, dulces, él aceptó sin dificultad, sólo por el deseo de dar gusto, pues era poco aficionado á las golosinas.

—Vengo, en nombre de mi dueña de casa, la señora Arnaldo...

Esta observación produjo mal efecto. ¿Es decir que de otra manera no habría venido?

Él borró la sensación desagradable con la galanura que le era propia. ¿No veían ellas que eso era un pretexto? Se habría él precipitado tanto, si no hubiese tenido el mayor placer en aprovecharse del subterfugio?

La conversación continuó, en confianza, amena, muy íntima, á veces.

Por qué no se casaba, preguntó repentinamente á Fabio la señora de la Tordoya.

¡Qué insistencia! Él se imaginó cosas estrañalarias, un complot, forjado por la madre, la hija y esa pobre, inocente señora Dolores, para pescarlo, como en una red.

¿Qué no había disipado toda incertidumbre la franca explicación de la otra noche?

Sancta-Cœli sintió un malestar moral, semejante al malestar físico que experimentan las complexiones nerviosas, cuando se descompone el tiempo.

-- Señora mía, repuso con cachaza: no me caso, porque el matrimonio es una especulación buena para los ricos, y yo no lo soy.

—¡Oh! protestó Clara: usted no dice lo que piensa, sus atributos individuales bastan y sobran...

—No todas las jóvenes poseen esa elevación de sentimientos, señorita.

—Para usted, la poseen á lo menos dos, señor Albemar: su humilde servidora — ya que usted lo ha afirmado — ¡y esa... linda desconocida!

—Usted no sabe guardar secretos, Clarita, dijo Fabio, en tono de amable reproche

—¿Se refiere á mamá?... Es mi hija mayor, ¡discreta como una tumba!... Pero, confiese usted que es muy... curioso, enamorarse de una esfinge; eso no se ve sino en las novelas, en... algunas novelas. ¡Será usted muy romántico, Albemar!

—¡Por qué no la conocí á usted antes! Le aseguro á usted, Clarita, que no habría vacilado.

—¡Bah! la situación sería la misma. ¿Sabe usted quién es esa joven? ¿Cómo se llama? ¿Cuál es su corazón, su inteligencia, su carácter?... Está usted enamorado de una sombra, y esa sombra vale, á los ojos de usted, mucho más... ¡qué una mujer real y positiva!

¡Demasiado real y positiva! Clara se presentaba á su mente, en el campo de las conjeturas, como una posible esposa tiránica y avasalladora, que querría ser el ídolo de su dueño, su mundo, su universo, su todo. Esa mujer, desde el primer

instante, se entregaría á su marido en cuerpo y alma, ¡le ofrecería el regio tesoro de su pasión espiritual y sensual, en un delirante arrebató de magnífico impudor! Él, naturaleza refinada y tranquila, antagónica á todo exceso, no aspiraba á tanto, ni á tan poco. Soñaba con la dicha permanente, al lado de una mujer dócil, tierna y abnegada, lo menos material posible; un corazón que él pudiese explorar día á día, como una selva vírgen, impregnada de perfumes siempre variados, animada por armonías siempre nuevas...

—Tiene usted razón, querida amiga, soy algo romántico, y tal vez por eso mi corazón se incline hacia la sombra y el misterio...

—¡Y desdeñe la realidad! interrumpió Clara.

—No, dijo Fabio: desdeñe no es la idea exacta; en los corazones generosos caben muchos sentimientos grandes.

—En el corazón de la mujer, advirtió la joven, no cabe más sentimiento que el amor...

—Ó el odio.

—El odio es el amor... al revés.

—Y ¿sería usted capaz de quererme... al revés? preguntó, chanceándose, el arquitecto.

Ella, en un tono muy distinto, en tono casi de desafío, respondió:

—¡Quién sabe!

—¡Extraordinaria criatura! caviló Sancta-Cœli.

Por una sencilla asociación de conceptos, recordó que tenía que fijar los términos de su sin-

gular compromiso con la joven, de esa promesa de descubrir y castigar al asesino de Arnaldo. Mientras buscaba un modo natural de conducir el diálogo por ese rumbo, la puerta del saloncito donde lo habían recibido, se abrió para dar entrada á un nuevo personaje, el propio don Castorín Silvela, el más porfiado de los adoradores de Clara.

Este incidente vino á destruir toda intimidad. Fabio no supo si debía felicitarse ó condolerse de la llegada de Silvela. Si, por un lado, perdía la oportunidad de aclarar una cuestión de conciencia, por el otro, se le ofrecía una coyuntura para retirarse honorablemente, sin parecer abandonar el campo por temor á la derrota. La cuestión de conciencia era demasiado nimia—á lo menos, así se le antojaba á Sancta-Cœli—para originarle serias inquietudes. Lo que intrigaba verdaderamente al joven era el carácter de Clara, su actitud imcomprensible. Verdad que la niña le había dicho:—En el corazón de la mujer no cabe sino un sentimiento, el amor. Pero eso era precisamente lo que él no comprendía. No podía suponer que Clara lo aborreciese, por el solo hecho de no estar él á sus plantas, como rendido y fervoroso amante. Habría sido una injusticia, de que él creía á la preciosa muchacha incapaz. Sin embargo, Sancta-Cœli vislumbraba una cosa: que jamás habría composición sincera, jamás juego limpio entre esa criatura y él... Más tarde

cuando se retiraba á su casa, contrariado y perplejo, á pesar de los juramentos de amistad y aprecio mutuo cambiados con las señoras de la Tordoya, en una súbita evocación del porvenir, tuvo esta visión funesta: Clara, convertida en su ángel malo.

Castorín Silvela, al entrar, había fruncido el entrecejo. Era un mozo de buena traza, de índole sombría y recelosa; sin este último defecto, habría sido una especie de Fabio, de calidad inferior. Poseía, como Sancta-Cœli, una inteligencia aguda, y agradaba á las mujeres por el lado plástico. Sus compañeros lo consideraban muy afortunado en amoríos, y referían de él proezas audaces, realizadas en altísimas esferas. Ejercía el oficio de tapicero; su buena conducta y su trabajo le habían permitido organizar un taller y dotarlo de regular número de aprendices. No era, pues, verdadera, la voz corriente que imputaba su rápido progreso á los favores de una amistad femenina.

Silvela presumía de rival de Fabio, y esa rivalidad supuesta, si bien contraria á sus anhelos de pretendiente, lisonjeaba su amor propio, que era excesivo. Pero Clara de la Tordoya no podía soportar á Castorín, en primer lugar porque ella adoraba á Sancta-Cœli, y segundamente, con motivo de esas mismas eróticas aventuras, que tanto acreditaban, entre sus iguales, al tapicero seductor. La niña amaba la pulcritud como los gatos,

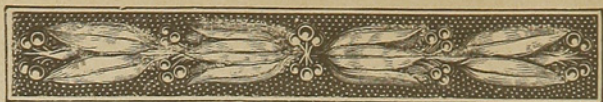
por afición y por instinto; la sola insinuación de las hazañas de Silvela le daban náuseas, le hacían pronunciar palabras duras. Ella sabía de la vida lo que le convenía saber, para salvaguardia de su pureza, y no vacilaba en calificar de porquería y podredumbre, todo lo que andaba reñido con la castidad. De su propensión innata á la limpieza del cuerpo, sacaba ella una fuerza invencible, y en una mujer tan apasionada y ardiente, eso ofrecía una sublimidad salvaje.

Si Fabio hubiese sabido hasta qué punto era en ella notable esa virtud, de fijo le habría cobrado mayor estima. Pero, él no veía el hermoso vaso de amor sino por fuera; ignoraba en qué proporción estaban dentro de él mezclados el espíritu del bien y del mal. Ella, en cambio, lo conocía á él como si hubiese vivido á su lado desde la cuna, y no había sido vana lisonja esa su frase: — Me parece haber conocido á usted desde mi infancia. Y, porque lo conocía mucho, lo amaba mucho; porque sabía que era limpio de alma y de cuerpo, como ella. El lo revelaba con su aspecto exterior; en ella, las apariencias eran engañosas. Por eso no podía haber acuerdo entre ambos. Ella se lo figuraba así, á lo menos; y aun sin conocer á esa rival, condenada ya ante el tribunal de su pasión, la sospechaba fina, pálida, vaporosa, apenas vestida de carnal ropaje, tal cual era.

Fabio, con todas sus cualidades y su entereza, no era campeón para Clara de la Tordoya. Si

algún día se suscitaba la lucha, no era dudoso cual de los dos estaría destinado á sucumbir. Entretanto, la lucha no se iniciaba todavía. Clara no aprontaría sus armas sino cuando se hubiese convencido de que la conquista de Fabio era imposible. Y Fabio no había de saber cuán formidable antagonista tenía en ella, sino en el instante mismo de verse, por obra de ella, destruidas sus ilusiones, y aniquilado su ideal.





CAPÍTULO VII

La misión de Fabio

Las personas decentes —de nuestra jerigonza— viajan en primera clase; las de mediana condición —que pueden ser, hablando en castizo, muy decentes— en segunda. Al tomar el tren ordinario que debía conducirlo al sur de Chile, Sancta-Cœli había elegido un departamento de segunda clase, no por motivos de decencia ó indecencia, sino porque la gente de mediana condición es muy comunicativa, y él deseaba aprovechar toda circunstancia favorable al desempeño de la misión que se había impuesto.

Los viajeros de primera no se dejan interrogar fácilmente; á lo sumo ofrecen un fósforo, rara vez el cigarro, dicen que el tiempo está bonito—cues

tión relativa, sobre todo para el que acaba de perder un ser querido—y llegan hasta á afirmar que faltan tantos ó cuantos kilómetros para la próxima estación.

En segunda, hay más confianza. El vecino del lado, el de enfrente, le dicen á uno, sin pregunta previa, que los garbanzos están á quince, y los quesos á veintitrés; que la cosecha de don Pantaleón dará el catorce, y el diez la de don Jenaro—informaciones muy interesantes para el que conoce á esos señores, y posee algunos rudimentos de economía rural.

El wagón que ocupaba Fabio estaba lleno de pasajeros; á él le tocó sentarse frente á una señora rechoncha, ni vieja ni fea, muy pintada y emperijilada, provista de numeroso equipaje: un hacina-
miento de balijas, canastos y paquetes, coronado por la jaula de un loro. El simpático animalito llamó, al punto, la atención del arquitecto, por la gracia sin igual con que decía, a cada rato: *Abróchate, Pepe, que no te déntre frío*. No era ese todo su repertorio. Un movimiento brusco del wagón derribó la jaula; Fabio la recogió, la volvió á poner en su sitio, mientras el papagayo, asustado por lo que él creía, sin duda, una catástrofe, gritaba: *¡Consolatrix afflictorum! ¡Refugium peccatorum!* con entonación devota.

—Este loro es un prodigio, observó Sancta-Cœli, dirigiéndose á la dueña de la jaula.

—Así es, señor; sabe todas las letanías. Miento:

tal como usted lo ve, es un pícaro de muy mal genio; no ha querido aprender la *Turris eburnea* y la *Domus aurea*, á pesar de toda mi paciencia.

—Es mucha erudición para un pobre bruto. El *abróchate Pepe* será alguna alusión profana; entiendo que eso no está en las letanías. . .

—¡No me diga nada, caballero! replicó la mujer rechoncha, con disgusto: es una temeridad que le han enseñado las sirvientas, y que me ha sido imposible corregir. Lo peor es que, en medio de las letanías, cuando las rezamos en casa, el muy pillo sale con su adefesio, lo cual, como usted concibe, perturba la solemnidad de la oración.

—Hay que perdonar al animalito sus deslices, insinuó Fabio, en atención á sus méritos, al entretenimiento que proporciona.

—Cierto, señor, repuso la dueña del loro, con indulgente sonrisa: en el campo, las diversiones escasean.

—¿Usted vive siempre en el campo, señora?

—Sí, tengo una chacra y un terrenito á unas seis leguas de Rancagua. ¿Y usted, señor?

—Soy santiaguino, es decir, menos afortunado que usted.

—Se cuenta que en Santiago hay muchos ladrones.

—No miente la fama; el gremio de las aves de rapiña es una de las curiosidades de la capital.

—Y se agrega que, por un veinte, matan allá á un cristiano.

—Gratis también. ¿No ha oído usted hablar del crimen de la calle de San Diego, de ese acontecimiento horrible que ha conmovido á la ciudad y sus suburbios?

Ella no tenía noticia del suceso; no leía los periódicos. La verdad era que no le preocupaba mayormente lo que en Santiago ocurría.

—Ha sido un drama espeluznante, prosiguió Fabio. Figúrese usted un mancebo joven, robusto, lleno de vida, único sostén de una madre anciana, inmolado una noche en la habitación de su novia, por algún rival celoso, ¡por algún libertino quizá!

—¡Virgen santa! prorrumpió la viajera, juntando las manos. ¿Y la justicia no ha castigado al delincuente?

—Aun no lo ha descubierto.

—Y esa niña, la novia, ¡pobrecita, cómo quedaría!

—Pues ahí tiene usted el lado original de la tragedia: ¡esa niña ha desaparecido!

Algunos pasajeros abandonaban sus asientos, se acercaban al de Sancta-Coeli, atraídos por el interés de la narración. El joven había provocado su curiosidad, hablando en voz recia, dando á sus palabras un colorido trágico.

—¿Cómo fué eso, señor? interrogó tímidamente uno de los que se acercaban: tengo idea de haber leído algo sobre el particular. . .

Fabio refirió los incidentes del crimen, los que

la justicia conocía; aun faltaba que averiguar muchos otros. Y cuando hubo concluído:

— Es verdaderamente incomprensible, dijo, que nadie haya podido descubrir donde se oculta esa joven, Malva, la clave del misterio. . . ¿Ninguno de ustedes, preguntó, después de una pausa, ninguno ha oído mentar ese nombre?

— Yo viajo con frecuencia entre Curicó y Santiago, expuso uno del corro: nunca lo he oído pronunciar.

— El conductor es un buzón de noticias, advirtió otro viajero: lo interrogaremos cuando pase.

Alguien observó que la niña había podido tomar el tren de Valparaíso; Fabio destruyó esta suposición, diciendo que, en ese caso, ya la habría capturado la policía.

El conductor pasó; no sabía nada, excepto aquello que era del dominio público. En cuanto á la joven comprometida en el crimen, no podía dar referencia alguna, á no ser el vago recuerdo de una muchacha á quien, tres meses antes, había permitido viajar sin billete desde San Bernardo hasta el Parral. Ella le había afirmado que tenía en esta ciudad una parienta enferma, y que carecía de recursos. Posteriormente, él había pensado que quizá era esa misma persona la que buscaba la justicia.

Dominado por cierta emoción, al tomar nota de ese frágil indicio, Fabio preguntó al empleado:

—¿Y está usted seguro de que la muchacha esa se apeó en el Parral?

Nó, él no estaba seguro de haberla visto bajarse ahí. Pero una de dos: ó era esa la consagrada persona, y en tal caso parecía difícil que hubiese permanecido en el Parral—la parienta enferma pudo haber sido un pretexto,—ó era una infeliz cualquiera, que había dicho la verdad tocante al motivo de su viaje.

Por débiles que fuesen las indicaciones suministradas por el conductor, Sancta-Cœli creyó haber dado un gran paso en su oficiosa pesquisa. Era, para él, mucho conseguir, que el campo de investigación se hallase virtualmente circunscrito á las poblaciones de la línea del sur.

El tren se detuvo algunos momentos en Rancagua. La señora rechoncha, auxiliada por Fabio, se apeó con sus innumerables trastos y su loro; dió infinitas gracias al joven por el servicio, se despidió de él con palabras efusivas, prometiendo escribirle en la primera oportunidad.

Cuando volvió Sancta-Cœli á ocupar su asiento, vió, arrellanado en el que acababa de abandonar su compañera de viaje, á un prójimo de manta listada y chambergo de Guayaquil, hombre muy campechano que debía ser, pues hizo al joven un saludo con la cabeza, y, sin más preámbulo, mientras se enjugaba el rostro con el pañuelo, lo apostrofó de esta suerte:

—¿Qué me dice usted del calorcito, he? Aprie-

ta, he? Con tal de que no achicharre los trigos, he?

Fabio presumió que su vecino de asiento sería algun hacendado de buena pasta, de esos que se familiarizan por costumbre y apechugan con todo bicho viviente. Él no esperó sacar gran ventaja de la conversación de ese amable guaso. Contestó, empero, muy político, la interpelación relativa á la temperatura; convino en que el sol se manifestaba descortés.

—Que nos tueste el pellejo, replicó el campesino, eso no importa; pero ¡que no nos vaya á tostar el grano en espiga!

—¿Cree usted que hay peligro, señor? interrogó Sancta-Cœli, casi inquieto. El «grano en espiga» le originaba sensaciones nuevas.

—Y muy eminente, señor, afirmó el otro, con grave acento: don Ciriaco acaba de perder una siembra, por configuración despontánida...

—¿Es algún propietario de la comarca? preguntó el arquitecto, sin detenerse á saborear la terminología del guaso.

—¿Don Ciriaco? ¿No lo conoce? ¡Vaya si lo conoce! El dueño de la empresa, pues.

—¿Del fundo *La Empresa*?

—De la empresa de coches... un matrero más conocido que la sarna—con perdón de lo presente.

—Ahora caigo, exclamó Sancta-Cœli, divertido: usted alude á don Ciriaco... Mardones.

—¡Ve! repuso el de la manta listada; usted bien sabe que don Ciriaco Mardones se llama Ulogio!... El apellido no es Mardones, tampoco, sino Galdames... Y, haciendo una guiñada llena de malicia:—¿Cree usted cierto lo que corren? murmuró.

—Las apariencias son reveladoras, respondió Fabio, muy formal.

Aunque su interlocutor le hablaba en griego, él quería darse por entendido, encontraba la charla muy de su agrado.

El otro continuó, en voz queda, cabalística:

—Pues mire usted, las apariencias engañan... doña Jesús se queja de puro veleidosa... ¡don Ulogio no es hijo espúrido de don Ciriaco!

—¡Ah, conque... don Eulogio... no es...! ¡Lo que son las cosas! prorrumpió Sancta-Coeli, en tono convencido: bien dicen que la calumnia se parece á un vientecillo sutil...

—¡Á un ventarrón! amplificó el de la manta, con vehemencia: á un ventarrón que derriba las reputaciones más sólidas y embarra las más puras.

—Muy bien dicho; sobre todo, muy bien pensado. Pero... ¿quiere usted que le confiese la verdad, don... ¿don?

—Atractivo Castañeda, su servidor, sin modestia ni arrogancia...

—Gracias... Don Atractivo, ¡yo debo declararle que no conozco á ninguna de las personas que usted me ha citado!

El guaso encogió los hombros, se sonrió picarescamente; después, más serio:

—¡No me la pega, amigo! contestó.

Fabio tuvo que entrar en una profusa demostración, á fin de probarle que en su vida había oído hablar de don Ciriaco y de su empresa, de don Eulogio y las murmuraciones de que era víctima. Don Atractivo era un lince, la perspicacia hecha hombre. Le bastaba que su contrincante hubiera aludido —ó casi, y por mera casualidad —á uno de aquellos sujetos, para saber á qué atenerse.

—En fin, dijo, en tono conciliador: yo me opongo á lo que usted asegura, y créame que, con ello, hago un sacrificio de conciencia.

Fabio se rió; comprendió, ya que no las palabras de Castañeda, su pensamiento, y repuso:

—Yo no me opongo á que usted se oponga, mi señor don Atractivo; pero advierta que nos hemos apartado bastante del asunto de nuestra conversación.

—¿De qué hablábamos?

—De una siembra perdida... no sé por qué causa.

—Por configuración espontánea, señor.

—Usted quiere decir que estaba expuesta hacia el norte...

—Yo quiero decir que se quemó... ¡sola!

—¡Y eso llama usted configuración! exclamó el

joven, sin poder reprimir una carcajada que le hacía estallar el pecho.

Tanto se reía Sancta-Cœli que don Atractivo, después de pasar por los diversos matices del asombro, de la inquietud y del enojo, concluyó por reirse al unísono con su jovial vecino, y la risa fué contaminando á los demás viajeros, de banco en banco, hasta el último extremo del wagón.

Estos alegres incidentes habían hecho olvidar al arquitecto su misión de justicia, ó, más exactamente, de policía. Cuando hubo cesado la risa, se hizo á sí mismo esta pregunta: si interrogaría ó no á Castañeda acerca del paradero de Malva.

Mientras pesaba el pro y el contra, el guaso lo interpeló:

—Y usted, amigo, ¿á dónde dirige sus pasos?

—Á todas partes y á ninguna, fué la respuesta: viajo por gusto.

—Yo voy á Talcaguano, y viajo por negocios.

—¿Ha estado usted ahí en otra ocasión?

—¿Sí he estado ahí? ¡Á quien se lo pregunta! He hecho ese viaje cien veces desde guaina, desde antes de la columutora; me parece que sé el camino, ¡vaya si lo sé!

—Lo que significa que, de Rancagua al sur, usted conoce á todo el mundo.

—Y todos á mí, por lo consiguiente...

En el ánimo de Fabio, la figura moral de don Atractivo iba creciendo.

—Bajo una mala capa, pensó el joven, suele esconderse un buen bebedor; tras de esa fisonomía estólida puede disimularse un ingenio avisado y fecundo. Es preciso que yo sonsaque lo que se oculta en esa cabeza de tacho. Y, socarronamente, empezó así: - Usted, don Atractivo, tan relacionado en todo el valle central, sería un magnífico agente de policía. . .

—¡Bah! interpuso el guaso, lo bueno sobra: no digo de que no.

—Pienso, como usted, que lo bueno sobra, y por lo mismo, hace falta, porque no está en su lugar. Una niña, comprometida en un crimen cometido en Santiago, en la calle de San Diego, se escapa, al día siguiente, por el camino que vamos recorriendo; el conductor del tren le concede pasaje gratuito, muchas personas la ven, hablan con ella, ¡la policía ignora hasta la dirección que ha tomado! Yo lo pongo á usted, don Atractivo, en la policía de ferrocarriles, ¡de fijo que esa muchacha no se le habría escabullido entre los dedos!

—¡Á mí no se me va ninguna! exclamó Castañeda, jactancioso: tengo un ojo muy certero para los bribones.

—Usted ha oído hablar de ese crimen, por supuesto. . .

—Cuanto ha, lo leí en un periódico.

—Quién sabe si no ha tropezado, en alguno de sus viajes, con esa joven perdida. . .

—Como nó, repuso con desfachatez el campesi-

no: soy amigazo de su padre... Y añadió, celebrando anticipadamente su ocurrencia.—¡Si usted me dice como se llama, le indicaré dónde vive!

—Hágase usted cuenta de que nada hemos hablado, don Atractivo, dijo el arquitecto, secamente: con usted no se puede sostener una conversación en tono serio.

—No se amostace, patrón, dijo el otro, meneando la cabeza: ¡yo no me he enojado cuando usted quiso burlarse de mí!

—Tiene usted razón, replicó el joven, seducido á pesar suyo por la fisonomía bonachona de su compañero de viaje. Le ruego, sí, añadió, que hablemos con toda formalidad; se trata de encontrar á una muchacha que es como la hebra de un ovillo muy enmarañado.

—¿Y cuál es el nombre de la hebra... ó la hembra? dijo don Atractivo, risueño, consciente de haber inventado un retruécano feliz.

—Repito que nada de bromas, caballero, protestó Fabio, echando sobre su interlocutor la límpida, tranquila, imperiosa mirada de sus soberbios ojos azules. La joven que busca la policía por su lado, y, se lo confieso francamente, yo por el mío—he apostado mil pesos á que la descubro—lleva este nombre: Malva

—¡Malva! prorrumpió Castañeda, frunciendo el entrecejo, cual si esas dos sílabas encontraran un eco en su memoria. ¿Y el apellido?

—Lo mismo podría preguntarle yo, dijo Fabio.

—Es que, vea usted, hace un momento yo lo decía por diablura, y en realidad he conocido á una niña que se llamaba así; no á ella, precisamente, sino á su padre. . .

El arquitecto creyó ser víctima de una alucinación: ¡quien sabe si ese don Atractivo no era un emisario de la Providencia!

—Prosiga usted, amigo mío, insistió el joven: su amena plática me da muchísimo placer. ¿Cómo se llamaba el padre de la Malva que usted ha conocido?

— Se llamaba. . .

El guaso cortó su frase de repente y clavó en su interlocutor una mirada escudriñadora. ¿Quién era ese mozo? ¿No sería algún agente de la policía? Y él, ¿á qué iba á meterse en honduras, revelando un nombre? Si su información resultaba exacta ¿no lo llamarían á declarar como testigo?

En el cerebro de Castañeda empezaban á despertar la desconfianza y la astucia. El campesino profesaba un horror santo á las cosas de la policía, y la ocasión le parecía propicia para quedarse callado como un pez. Á lo menos, así nada arriesgaba, mientras que, abriendo la boca, su tranquilidad podía correr un peligro, por remoto que fuese.

Fabio, con esa especie de intuición que suelen dar las circunstancias decisivas, leía en el espíritu de Castañeda como en un libro. Y empezaba á sentirse inquieto: los guasos son porfiados. Para

salir de esa incertidumbre, se anticipó á las objeciones que, bien lo comprendía, el otro formulaba mentalmente.

—Señor, dijo el joven, con mucha dignidad; usted cree ver en mí á un funcionario público; le declaro, bajo mi palabra de caballero, que se equivoca.

Don Atractivo experimentó cierto despecho, al ver adivinadas sus íntimas cavilaciones.

—¿Y cómo me lo prueba usted?

Sancta-Cœli mostró una de sus tarjetas.

El guaso no se dió por satisfecho; una tarjeta no abonaba nada, ni siquiera la efectividad del nombre en ella estampado.

El joven vació sus bolsillos, mostró todos los documentos que podían contribuir á establecer su identidad. Empero, por un fenómeno psicológico que se observa en todas las inteligencias incultas, el campesino se manifestaba más y más rehacio al convencimiento, á medida que el arquitecto acumulaba testimonios fehacientes de la veracidad de sus palabras.

Fabio empezaba á exasperarse. Se hallaba en la situación de un individuo que se ahoga y que, viendo flotar una tabla de salvación, la aleja de sus manos, en vez de cogerla, por el ímpetu mismo, la desesperada violencia de sus deseos.

—Soy un tonto, dijo para sí: he mostrado á este hombre demasiado interés por su secreto, y su secreto no tiene más valor que el que le co-

munica mi interés... ¡Pues me he lucido, ¡yo, que me creía un diplomático de irresistibles recursos!

Se sintió avergonzado de su propia conducta. ¿Para qué demonios había gastado tanto ahinco en recoger una información que acaso resultaría estéril? Se había estado riendo de la rusticidad de Castañeda, pero, ¡vive Dios! Castañeda era un gigante al lado suyo.

Y ahora iba á ser sumamente difícil extorcar al otro una revelación cuyo precio ya conocía. En el cerebro de Castañeda, una campana de alarma había sonado: ¡no por condescender con la curiosidad de un desconocido iba él á 'comprometer su querida, su rutinaria tranquilidad!

No le quedaba al joven, para lograr su intento, sino un supremo expediente, el que nunca usó sin repugnancia: la fuerza. Posteriormente se acostumbró á esa *ultima ratio* de los hombres y de los pueblos, llamada así, tal vez por ser la primera de que unos y otros, casi siempre, echan mano. La empleó, no por gusto, ni para ahorrarse fatigas, sino porque es la sola razón que entienden los imbéciles... y los imbéciles abundan.

Fabio dejó, pues, á un lado, la diplomacia y armó sus mejores baterías. En tono muy resuelto empezó:

—Señor Castañeda, si usted en algo estima su quietud y el buen giro de sus negocios, su existencia libre de toda contrariëdad ó contratiempo, dígame sin vacilación el nombre de ese amigo suyo

que tenía una hija llamada Malva... No hay tal vez en Chile tres mujeres que se denominen de ese modo, y nada tendría de raro que las señas que usted va á darme fuesen las que yo necesito... Señor Castañeda, en este gravísimo proceso yo soy algo más que un humilde agente de policía, ¡soy árbitro, soy juez!

El de la manta listada dió un brinco en su asiento.

—¡Usted es el señor juez del crimen! murmuró, quitándose el chambergo de ancha ala é inclinandose reverente.

Fabio lo desengañó sin demora. Le pareció indigno de su carácter atribuirse una representación que no tenía, aunque ello fuese con el propósito más sano. Su anhelo de saber era, sin duda, grande; su delicadeza, aun mayor.

—No soy el juez del crimen, don Atractivo; pero, en cambio, una persona harto más interesada que él en el esclarecimiento de ese delito; una persona que no retrocederá ante ningún medio justo, ¡penétrese usted de mis palabras! ante ningún medio justo, por extremado que sea, para conseguir su objeto... Conque, si usted aprecia su reposo, si no le gusta trabar relaciones con gentes de policía ó de justicia ¡dígame el nombre de ese señor que tenía una hija llamada Malva!

—Usted tiene el aspecto y el trato de un caballero, contestó don Atractivo, en tono humilde:

deme usted su palabra de honor de que no se me molestará si confieso. . .

—Se la doy, amigo, interpuso Fabio, con noble altivez; y tenga por cierto que nunca de humanos labios salió palabra más honrada.

—Pues bien, señor, prosiguió Castañeda: yo he cultivado amistad en Talcaguano con un don Pedro Logrosán, que fué bodeguero de los señores Merluza y Compañía, y tenía una hijita llamada Malva. Se me ha quedado el nombre, por lo raro, efectivamente.

—¿Logrosán vive todavía en Talcaguano?

—Supe que se había salido de la casa de los Merluzas; ignoro si ha abandonado aquel puerto.

—¿Era hombre rico?

El guaso se sonrió. Tal vez le pareció extraña la pregunta.

—No era rico, repuso sencillamente.

—Usted recordará la fisonomía de la señorita Malva Logrosán, dijo Fabio.

El del chambergo guayaquileño replicó:

—Imposible; mi amistad con don Pedro era una amistad de negociantes. Creo que á||la niña no la he visto sino una vez, y declaro que no sé si era rubia ó morena, ni de qué color tenía los ojos.

El arquitecto andaba trayendo en la cartera una reproducción del retrato de Malva, sacada del medallón de Arnaldo; era una copia muy imperfecta, que no era raro que hubiese sido de

escasa ayuda en las investigaciones de la policía. Ese retrato no evocó ninguna idea concreta en la mente de don Atractivo.

De todos modos, Sancta-Coeli acababa de obtener un dato importantísimo. La voz de los secretos presentimientos le decía que la Malva implicada en el asesinato de José Arnaldo, era Malva Logrosán. Consignó por escrito, prolijamente, los pormenores que le había dado Castañeda, y llegó á Talcaguano persuadido de que el hallar á la perdida joven no era ya una cuestión de mucho tiempo, sino de pocas horas.

En Talcaguano, Sancta-Coeli permaneció dos semanas, dos siglos, devorado mañana y tarde por el aburrimiento, por las pulgas y las chinches durante la noche. Al día siguiente de su llegada, había ido á las bodegas de Merluza y Compañía; le habían avisado que don Fernando, el patrón, andaba ausente en Temuco, en una de las sucursales de la casa.

—¿Y cuando ha de volver? había dicho, desalentado por esta pequeña contrariedad.

—Quién sabe, había sido la respuesta: se lleva yendo y viniendo.

—¡Como una péndola, entonces!

El arquitecto había hecho esta reflexión por haberle parecido superlativamente estúpida la cara del dependiente que le daba esos informes. El dependiente era, con todo, menos estúpido que su cara. Fabio hubo de confesar que no carecía

de chispa, cuando le oyó observar que la casa de Merluza y Compañía andaba como un reloj, y que de ese reloj don Fernando era, en efecto, la péndola. Fabio se habría privado gustoso de la entrevista con el ponderado negociante; pero todos los empleados de éste eran nuevos, ninguno había conocido á Pedro Logrosán.

Aguardó, pues, con angelical paciencia, en medio de mortificaciones de todo linaje, la vuelta del jefe de la casa Merluza y Compañía, que se había anunciado seis y ocho veces para "mañana", y otras tantas había faltado á su compromiso. Sólo el forastero que, por precisión, ha debido vivir quince días en Talcaguano, sería capaz de comprender los sufrimientos de Fabio. El joven mataba las horas visitando el famoso dique, discutiendo con los ingenieros y operarios, dando su opinión, modesta pero franca, siempre en tono amistoso, sobre los trabajos hechos ó por hacer.

—Aquí no habrá nunca un dique seco, había afirmado una vez Sancta-Cœli, después de haber practicado varios sondajes.

La discordancia de la estratificación submarina, había agregado, se alzaba como obstáculo invencible ante la obstinación de la ciencia y la petulancia del dinero. Á fuerza de millones, se llegaría, quizás, á construir una obra deleznable, á hacer unas inútiles murallas de oro macizo, sobre cimientos de barro fofo. ¡Era preciso que los go-

biernos fueran unos insensatos para emprender ahí semejante aventura, cuando había en Chile tantos puertos naturales, á cual más adecuado á la construcción de un dique dársena!

Fabio hacía á los hombres de profesión, ocupados en las faenas del dique, demostraciones técnicas que los dejaban absortos. Positivamente, ese joven sabía mucho. Y agotados los argumentos defensivos, acorralados los ingenieros entre la ciencia y el sentido común, apelaban á la eterna excusa de todas las barbaridades administrativas: la conveniencia política. El país podía arruinarse, pero el dique había de hacerse ahí, "contra viento y marea". Y la expresión, en este caso, era de muchísimo colorido.

Sancta-Coeli no entendía de conveniencias políticas, sólo sabía una cosa: que no eran lo mismo que las conveniencias nacionales. El dique de Talcaguano, una extravagancia, lo estaba manifestando.

El apetecido Merluza llegó por fin. Fabio se miró ese día en un espejo, para saber si no le habían salido canas azules. Don Fernando recibió al joven con la amabilidad *sui generis* y el estilo hiperbólicamente purista de los habitantes del sur. Pronunciaba las bees como pees, y hablaba con pausa, después de haber masticado bien su frase. El arquitecto se le dió á conocer sin reticencias y le expuso claramente el objeto de su visita. Le mostró el retrato de Malva, y don Fer-

nando, al verlo, se quedó boquiabierto. Observó en seguida que la lúgubre nueva lo llenaba de estupor; que había tratado mucho á Malva Logrosán, una criatura muy "ponita" y muy "puena". Lástima que hubiese tenido un padre de tan poco seso. Pedro Logrosán habría levantado fortuna en la casa, pero era un soñador, un iluso, que andaba siempre viajando en el país de las quimeras. Y había muerto pobre, porque las quimeras arruinaban la salud y no daban para comer. Malva había desaparecido enseguida, sin dejar rastro, después de haber, rehusado la generosa protección que él, Merluza, le brindase.

Fabio no le preguntó á qué precio él le había ofrecido ese tutelar apoyo; se limitó á observar que era probablemente el destino de esa desdichada criatura, verse siempre perseguida por el infortunio ó por los hombres, y desaparecer sin dejar huellas.

Dos meses más tarde, Fabio de Sancta-Coeli regresaba á Santiago, sin Malva. Había explorado la mitad de Chile. Había estado en la antigua, clásica tierra de Arauco, admirado sus feraces lomas y praderas, sus impenetrables bosques, sus magestuosos ríos. En ese teatro de inmortales campañas, la civilización de la raza invasora había borrado todo vestigio de la heroica resistencia secular. Unos cuantos indios embrutecidos, revueltos con la población exótica de los bien cultivados campos, de las ciudades relucientes, limpias

como monedas recién acuñadas: he ahí la posteridad que había visto Sancta-Coeli, de los Cau-policanes y de los Lautaros, de esos Cincinatos y Manlios Capitolinos de la primera independencia de su país. Los invictos abuelos habían presentado pecho duro á las balas de los conquistadores; sus descendientes, pecho blando al veneno del alcohol.

Durante el viaje de vuelta, Fabio se detuvo también, por breve espacio, en algunas ciudades del trayecto; recogió informaciones, prometió gratificar á los que le enviaran indicios seguros del paradero de Malva.

El joven experimentó una sensación de bienestar, al recorrer de nuevo, camino de su domicilio, las calles de Santiago. Las impresiones que traía de provincia no eran, en general, desagradables. Pero, observador atento, ojo sensible á todos los contrastes, había debido reconocer que, fuera de Santiago, no había existencia para un hombre de gusto. Del Mapocho al Bío-Bío, las ciudades del valle central, salvo dos ó tres excepciones, eran meros campamentos, cubiertos de polvo, desprovistos de gracia, sin presente, sin porvenir, como sin pasado. Y Fabio de Sancta Coeli pensaba que, en este suelo, un espíritu maléfico había presidido la distribución de la riqueza, contrariando las leyes naturales, desviando las corrientes del progreso de su legítima ruta Y pensó más: que la democracia tenía aquí mucho que hacer, mucho que construir,

que demoler, que cambiar. Había que empezar modificando los principios mismos que regían nuestro desarrollo en todos los órdenes de la actividad humana: esos principios, en virtud de los cuales nuestro país, tan rico, tan privilegiado y tan hermoso, iba enflaqueciéndose, perdiendo sus nervios y su sangre por una enfermedad insidiosa, cuya diagnóstico se sustraía á la ciencia de los más sabios doctores, y que, sin embargo, bastaba abrir los ojos para comprender y describir. Nuestra dolencia: el individualismo egoísta, que no ve en el prójimo, en el conciudadano, sino un medio de acrecentar la propia dicha y fortuna, y que lo desprecia cuando para eso ya no sirve; el individualismo que no contempla en el suelo de la patria, la madre generosa que le da vida y alimento y á la cual hay que devolver con creces sus beneficios, sino la veta de oro que se explota con avidez, para abandonarla, cuando se haya agotado. El individualismo, sí, esa era la enfermedad chilena, el obstáculo único al desenvolvimiento de una nación que debería ser tan opulenta y próspera, tan feliz y productora, como la que más, de todo el orbe.

¡Para curar á Chile de esa enfermedad que amenazaba consumirlo, era preciso variar de rumbo, irse de un polo al otro polo: pasar del régimen del individualismo que mata al régimen de la vivificante mutualidad!





CAPÍTULO VIII

El hilo del ovillo

Medio recostado en el sofá de su gabinete de estudio, Fabio recorría una á una las cartas que, en un paquetito primorosamente atado con balduque, le había entregado, á su llegada, doña Dolores. Lucas Benavides, el arquitecto, lo invitaba á asociarse con él en la construcción de un edificio para el Fisco, "brillante negocio, utilidad segura de diez mil pesos por barba, y sobre todo, la certidumbre de obtener la preferencia oficial en las propuestas." Benavides le daba á entender que tenía tomadas todas sus medidas con el fin de evitar que la "breva fuese á parar á otras manos." Concluía pidiéndole prestados veinte pesos "con

cargo á la cuenta de beneficios futuros.» Á los ojos de Sancta-Cœli, lo pintoresco del lenguaje no cohonestaba la inmoralidad del designio, así es que puso, al lápiz, en una esquina de la carta de su colega: *Contestar que no entro en especulaciones de esa especie.*

Una esquelita firmada *su Pamela*, lo hizo sonreír. La ortografía era deliciosa, el tono agreste, el estilo, ingenuamente familiar. Á las pocas líneas, Fabio había reconocido á aquella su compañera de viaje, la señora rechoncha, propietaria del loro habilísimo que rezaba las letanías. *Su Pamela* sentía en el alma no poderle dar pormenores acerca de la «niña perdida»; como compensación, le enviaba, por el expreso, un «pavo gordo en punto de asar»—la boleta iba incluso en la esquila—y, además, tenía la satisfacción de comunicarle que «Perucho» había aprendido, no solamente la *Turris eburnea* y la *Domus aurea*, sino también esta frase amistosa: *Recuerdos á Fabio*, que ella la enviaba en la posdata, á nombre del discreto animalito.

Sancta-Cœli anotó, al canto: *Enviar agradecimientos*, y siguió imponiéndose de las demás piezas de su correspondencia. Leídas seis ú ocho cartas desprovistas de interés, el joven abrió una, cuyas primeras frases le hicieron palpar el corazón. Concluído que hubo su lectura, no le cabía en el pecho el inmenso júbilo, un regocijo mezclado de incredulidad y asombro, el sentimiento

complejo que debe de experimentar el sabio, al descubrir la solución de un problema considerado hasta entonces irresoluble. Para abrir una válvula á su emoción repentina, quiso participar el motivo de ella á algún ser amigo; llamó á doña Dolores, su fiel dueña de casa. La señora Arnaldo acudió presurosa, abriendo tamaños ojos preguntones. ¿Qué significaba esa algazara, qué sucedía? Él contestó, presa de un entusiasmo. Era una gran noticia, una verdadera victoria: Malva Logrosán encontrada, en lugar cierto, la pesquisa judicial encaminada, al fin, por un rumbo fijo.

Doña Dolores se regocijó con él; se había identificado á sus gustos, á sus pesares y alegrías.

—¡Alabado sea Dios! exclamó ella, juntando las manos: ¡alabado sea Dios, y su milagroso sirvo San Antonio!

El arquitecto afirmó que San Antonio era un gran santo, que había merecido un cirio de seis libras, por su eficaz ayuda. Y leyó, en voz alta, la carta, fechada de Curicó, en que ese corresponsal oficioso y atento, Anacleto Quintaverde, le avisaba que Malva estaba ahí, le pedía que fuese por ella, sin demora. No era posible poner en duda la autenticidad, la exactitud de esos informes.

—No hay tiempo que perder, dijo, por último, Sancta-Cœli: prepáreme usted una balijilla con todo lo necesario para dos días de viaje. Pasado mañana estaré de vuelta con esa criatura. Entretanto, usted arreglará convenientemente la hábi-

tación destinada á los alojados, y nos aguardará á comer, con el pavo de la señora Pamela.

—¿Pa... mela? ¿El pavo? No entiendo, advirtió modestamente doña Dolores.

Fabio se rió de su propia inadvertencia, y repuso:

—Tome, señora, tome usted esta boleta, mande al mozo á la estación de los ferrocarriles; una amiga de Rancagua, cuyo apellido ignoro, pero que seguramente se llama Pamela, nos envía un pavo gordo en punto de asar.

—¡Jesús! prorrumpió la señora Arnaldo, espantada, ¡bueno estará el pavo para dentro de dos días!

—¡Exquisito! afirmó el arquitecto. Consulte usted cualquier texto de arte culinaria, y verá que esas aves no deben comerse sino cuarenta y ocho horas después de muertas...

Al día siguiente, después de una breve permanencia en Santiago, Fabio de Sancta-Coeli volvía á tomar el tren del sur. Había elegido un departamento independiente, en un wagón de primera clase, para estar solo. Aislado, más bien. El joven no estaba nunca solo; acompañábanlo sus pensamientos, sus recuerdos, su inteligencia siempre despierta, su corazón sensible á todas las emociones. Ya no necesitaba importunar á los viajeros con sus preguntas, en desempeño de su papel de auxiliar de la justicia: llevaba la certeza del próximo triunfo de sus afanes, y quería sabo-

rearlo anticipadamente, sin testigos. Tenía, también, mucho que reflexionar, le era preciso coordinar sus ideas; el inesperado descubrimiento de Malva introducía alguna perturbación en sus facultades.

Por primera vez, colocándose frente á frente de sí mismo, se complacía en analizar los móviles que lo habían inducido á entrometerse en una empresa del todo extraña á su profesión, á su índole, á su educación, á sus costumbres. Y esos móviles debían de ser bien singulares, por cierto. Hasta entonces, no se le había ocurrido criticar la conducta propia. El momento era oportuno para hacer un examen de conciencia; dentro de poco, no le sería permitido volver atrás. Iba á ver á Malva, y, con su ayuda, á desvanecer el misterio del crimen que había costado la vida á José Arnaldo. Reconocía, con satisfacción no exenta de orgullo, que sus esfuerzos no habían sido del todo estériles. Pero ¿de dónde le venía ese apasionamiento por una causa ajena á su habitual modo de ser, ese anhelo por salir airoso en una investigación de carácter mezquino, sin expectativa alguna de gloria? Fabio empezaba á dudar de la legitimidad, de la dignidad, ya que no de la conveniencia práctica de sus gestiones. Se vió repentinamente convertido en simple corchete, en polizone sin diploma. Un espíritu tan noble y sereno como el suyo no podía considerar esta situación sin angustia. Se imaginó que, al

mezclarse en esa pesquisa, había obedecido á un *dilettantismo* pernicioso, contrario á las reglas de la sana moral. Cuando se sutilizan los raciocinios, cuando se escudriñan, hasta en sus mas recónditos recovecos, las razones de los actos humanos, se llega fatalmente á la confusión de los extremos: lo sublime toma las apariencias de lo ridículo, lo grande se empequeñece, lo bueno se malea. Fabio se asustó de su propia obra, no halló justificación posible á una tentativa que se asemejaba atrocemente á una venganza. De su misión, cumplida hasta ese instante con honradez y entereza, solo veía ahora los lados flacos, el aspecto feo. El *dilettantismo*, parásito de las modernas sociedades, podía ser inofensivo, aplicado á una especulación inocente. El había oído hablar de un médico famoso, que presumía de diestro cerrajero y se sentía más halagado de que se aplaudiesen sus malas chapas que no sus magníficas operaciones de cirugía; pero esta anodina propensión era tolerable, podía pasar por gracia. Mientras que él se hallaba comprometido en una aventura impropia de los deberes de su oficio, y cuyos resultados podían suscitar responsabilidades graves. De estas primeras excogitaciones infirió que se había colocado en una afflictiva coyuntura, y que le era preciso sincerarse ante sus propios ojos, de alguna manera. Era un conflicto moral que no podía dejar sin resolver. Como espíritu cuerdo y lógico creyó que debía proceder

de lo conocido á lo desconocido, de los hechos á las racionales deducciones. Para discurrir metódicamente, necesitaba recapitular todas las incidencias de su participación en el proceso Arnaldo, dilucidar hasta qué punto era responsable de ella su deliberada voluntad. Un día, ó una noche, se comete en Santiago un homicidio. La casualidad lo conduce al teatro del crimen; inconscientemente se asocia á las indagaciones preliminares de la justicia. Más adelante, el Consejo de una sociedad, de que es miembro, le confía su representación en el juicio que aquel delito origina. En su carácter de apoderado legal, cumple con su deber, contribuyendo á la formación del sumario. La justicia sobresee temporalmente: él continúa la pesquisa por su cuenta, con un interés vivísimo, un entusiasmo inexplicable: ¿qué papel había desempeñado su libre albedrío en estas distintas situaciones? Su ingerencia en el proceso había tenido tres grados bien diferentes: su intervención casual, inevitable, por decirlo así, de los primeros momentos; la que había ejercido en nombre de la sociedad de artesanos, inevitable también, por ser obligatoria; y la que continuaba ejercitando en nombre propio, ya enteramente facultativa, libre de todo estímulo externo, de toda extraña coacción. En los dos primeros grados, es decir, hasta el día del sobreseimiento, él reconocía que su conducta había sido irreprochable; si algún vituperio podía caer sobre ella,

debía simplemente atribuirse á la fatalidad ó al acaso. Pero, en el tercer grado de intervención, sus viajes en busca de Malva, su gasto de dinero y de tiempo á fin de descubrirla, ¿no habían sido actos ajenos á la misión concreta que se le había señalado? Si hubiese omitido su ejecución, ¿quién habría podido dirigirle por ello una censura? Nadie. Luego, esas acciones habían dependido exclusivamente de su buena gana, de su fantasía ó su capricho, de algo que salía de él, de que era responsable él sólo. Sin embargo, en lo íntimo de su ser una voz rebelde se alzaba para decirle, con vehemencia persuasiva, que la responsabilidad de su libre albedrío no era sino aparente, que, de todo lo que ocasionaba su congoja, su voluntad no tenía la más leve culpa. Y en ese ardiente deseo de salir triunfante en su propósito, él vislumbró una causa psíquica que lo impulsaba á pesar suyo, una fuerza incontrastable que no podía ni comprender ni definir; algo como una sentencia oscura, escrita para él, expresamente, en el misterioso libro del Destino. ¡El Destino! ¡Ley ignorada y suprema de todas las resoluciones de los hombres! ¡Es decir que cuanto había de suceder en este mundo sublunar, estaba, allá arriba, consignado en un fallo inapelable, eterno, ineludible, emanación de la voluntad increada, de la potencia única, motriz y transformadora del universo, árbitro de la vida y de la muerte! El fatalismo sería entonces la verdadera expresión de la hu-

mana sabiduría, y el libre albedrío, del alma noble atributo, una palabra hueca, uncida á un concepto filosófico sin realidad ni vigor! . . . Pero, él no podía aceptar este razonamiento lamentable. Negar la independencia del espíritu era suprimir la responsabilidad de sus decisiones, era hacer desempeñar á las leyes positivas un papel tiránico y monstruoso ¿Con qué derecho iba á castigar la justicia al asesino de José Arnaldo, si el brazo del matador no había hecho más que acatar una influencia ignota, un imperioso decreto lanzado desde inaccesible altura? . . . Mas, contra esta misma consoladora conclusión, se le ocurría un argumento formidable. Ese derecho, que la sociedad se arrogaba, de castigar á los conculcadores de sus leyes ¿era legítimo ó usurpado, absoluto ó convencional? Desde luego, al herir á los perturbadores de su quietud, la sociedad se hacía á la vez parte, juez y verdugo, vulnerando así los principios en que ella misma había fundado sus instituciones políticas y civiles. Y, ¡todavía mayor inconsecuencia! ella, que criaba, instruía, educaba á sus individuos, los formaba á su imagen y semejanza, se atribuía la facultad de calificar intenciones, de crear responsabilidades, de fallar, en último recurso, acerca de la culpabilidad ó la inocencia, de absolver ó de condenar. Porque, al fin ¿qué era el hombre civilizado, el hombre sometido á la sanción de las leyes dictadas por sus iguales? Era un producto artificial, la resultante

de un cúmulo de influencias exteriores, extrañas, á veces antagónicas á su naturaleza íntima. El hecho mismo de nacer, era independiente de su libre consentimiento. La educación de los primeros años, que tanto influjo ejercía en el posterior desarrollo de su personalidad física y moral, esa educación la recibía desde afuera. Más tarde le inculcaban, en colegios que él no había contribuído á establecer, nociones científicas cuya verdad no le era lícito poner en duda, y ello en nombre de su propia, impecable razón. El, Fabio, por ejemplo, había profundizado las matemáticas, la más perfecta de las ciencias; había aprendido á admirar la precisión de sus axiomas, la exquisita exactitud de sus demostraciones y deducciones. Con todo, esa ciencia, tan racional y prolija, descansaba en fundamentos que no resistían al más ligero análisis: no había uno sólo que no fuera una petición de principios. La geometría tenía por base el punto, y el punto era una "figura" sin longitud, ni amplitud, ni espesor, una "cantidad" sin dimensiones. ¿Podía concebir la mente humana algo que, al mismo tiempo, existe y no existe? Sin embargo, del punto, de esa expresión geométrica de la nada, salía la línea, "una sucesión de puntos yuxtapuestos." Y la línea, "figura larga, sin profundidad ni anchura", deslindaba la superficie, y la superficie el volumen: ¡edificio de ficciones levantado sobre cimientos de ficción! El concepto de lo infinito era incomprensible; la ciencia admitía la

noción de tiempo y la de espacio, medidas de lo inconmensurable. La relación numérica del diámetro á la circunferencia de su círculo, era una ecuación irresoluble, y, á pesar de eso, la geometría convertía líneas rectas en circunferencias, círculos y esferas. El álgebra era todavía más valiente, más audaz: había encontrado para el infinito una expresión satisfactoria, un ocho tendido. I ese ocho tendido era un comodín, capaz de apadrinar los absurdos mayores. Con él se podía demostrar que uno era ciento, y mil tanto como un millón. La mecánica había descubierto lindezas peregrinas: el movimiento solidario del reposo. Un disco, en ciertas condiciones, podía girar con rapidez vertiginosa; mientras conservase el mismo centro de rotación, este centro permanecía inmovil. Ideas relativas, lemas acomodaticios, abstracciones de pura conveniencia, ¡he ahí el modesto pedestal en que descansaba el monumento del mundano saber! Y era preciso aceptarlos, como se aceptaba la moda en el vestido, como se aceptaban las costumbres del núcleo social en que uno nacía, y á cuya institución no había cooperado ni con su voto ni con su voz. Sí, el hombre estaba obligado á respetar la ciencia, las costumbres, las leyes positivas, que, indudablemente, restringían su libertad de acción. Pero en un orden de ideas más sublime, en el orden moral ¿á qué coerción estaba sujeto? . . . Y aquí Fabio bajó á un abismo que nunca había sondeado,

al abismo de la controversia entre las religiones y los sistemas filosóficos. El hombre no era libre, dentro del dominio de la moral; lo encadenaban la Religión y la Filosofía. La primera le decía: Cree en Dios, y en sus preceptos revelados. Y esos preceptos eran límpidos, cristalinos como agua de la roca. Eran también absolutos, intransigentes. La segunda le decía: Cree en la razón y en sus indefectibles enseñanzas, Dios es una hipótesis de que la ciencia no ha menester . . . Sin duda, la geometría, para desenvolver sus teoremas, no necesitaba de Dios; bastábale el punto. Ni el álgebra tampoco; tenía su ocho tendido. La mecánica no conocía más deidad que la fuerza. La química, sin el auxilio de Dios, podía buscar las propiedades del hidrógeno, y devanarse los sesos para descubrir por qué el ácido cianhídrico era un veneno, y el formiato de amoníaco, de idéntica composición, una sustancia inofensiva. Sin la ayuda de la Divinidad, la medicina curaba y mataba enfermos, y hacía una mueca de desdén cuando le preguntaba la física cómo enderezaba el cerebro las imágenes, invertidas en la retina del ojo. Mas, la ciencia era inconsecuente, en cierto sentido: desechaba la idea de Dios, y la buscaba, sin embargo, con obstinado empeño. ¿No era el fin de la sabiduría llegar al conocimiento de la causa primera? Y la causa original, ¿no era el Supremo Ser? ¿No reconocía la razón, ese incorruptible consejero de la ciencia, que todos los fenómenos

del mundo material y metafísico eran simples efectos? Una vez dueño de los arcanos de la naturaleza, poseedor del secreto del átomo irreducible, ¿habría llegado el hombre á conocer la causa única que no es efecto de otra causa? ¿Ó, como la línea asíntota, que se acerca indefinidamente á la curva sin llegar jamás á tocarla, el espíritu de los mortales recorrería el sendero de la ciencia estrechando cada vez más el dominio de la verdad absoluta, sin esperanzas de resolver el problema de su propio origen y destino, de despejar la perenne, misteriosa incógnita de donde procede lo creado? Esta suposición parecía más sensata, sin duda. Y entonces, ¿dónde estaba el antagonismo entre la razón y el Evangelio? La razón buscaba la causa final en el átomo indivisible, la fe descubría al Creador en la magnificencia del Gran Todo. Para ella, el hombre era el átomo de la humanidad. Empero, había una escuela, había varias escuelas filosóficas que negaban categóricamente la existencia de Dios, de la causa primitiva, del impenetrable más allá. El alma era la fuerza vital, el pensamiento una digestión del cerebro, simplemente. Todas las facultades del hombre estaban localizadas en la masa cerebral. En esta circunvolución de la píamater, tenía su foco la memoria; en aquella, residía el intelecto; en otras, la percepción de las sensaciones físicas. Las pasiones estaban ubicadas perfectamente, debajo del cráneo. Aquí el amor, ahí

el egoísmo, la lujuria, la pereza, la envidia; más lejos, la ambición, la crueldad, la locura, la innumerable serie de los vicios. Había, también, cualidades, en su célula respectiva: la modestia, el valor, la generosidad, la bondad, el talento, la perspicacia. Era el gran argumento de la filosofía materialista. Fabio pensó que los materialistas eran unos farsantes. El raciocinio de ellos consistía en sostener que vemos con los ojos, oímos con los oídos, hablamos con la boca, gustamos con la lengua y el paladar. Y ¿qué se sacaba de eso? Que, para cada manifestación de su actividad psicológica, como para cada manifestación de su actividad sensual, el hombre poseía una herramienta adecuada. De que el cerebro piense y la mano palpe, no se infería que el pensamiento fuese un pedazo de materia blanda; ni el tacto, un conjunto de huesos, revestido de carne y piel. La visión no era el ojo; ni el tímpano, el sonido. De modo que, por probar demasiado, el materialismo nada probaba. Y, cuando el más ignorante y miserable de los seres humanos hubiese llegado á saber que su cerebro digería ideas, que, por ejemplo, en su tercera circunvolución frontal, residía el apetito que le daba ganas de comer alcachofas, ¿habríamos adelantado un paso en el conocimiento de nuestra individualidad intrínseca, un solo paso en la investigación de la verdad? . . . Francamente, esa era la filosofía de los infusorios de que habla el poeta, perdidos

en la gota de agua, su universo. Según ella, el hombre tenía en sí los medios de cumplir su misión, cualquiera que fuese, en este mundo, el sólo incontrovertible. Cual Minerva, de la cabeza de Júpiter, el ser humano salía de la madre tierra provisto de todas armas, para emprender el combate de la vida. *Nosce te ipsum*, ¡máxima admirable y vacía, de un filósofo que había pasado su existencia en medio de domésticas riñas, estudiando á sus semejantes sin comprenderlos! Otro decía: Nada está en el intelecto, que no haya llegado ahí por el conducto de los sentidos. Salvo el mismo intelecto, le había observado un tercero ¿Y por qué no había añadido un cuarto: Salvo, también, la noción del bien y del mal? Porque esa noción, bajo el punto de vista mundano, era esencialmente relativa; cambiaba con las épocas, los climas, las razas, por una infinidad de circunstancias. Matar á un enemigo en la guerra era acto glorioso; inmolarlo en la paz, horrible atentado. La idea de honor era tan variable, como la inmensa variedad de los tiempos y de los pueblos. En algunos de éstos, muy cultos, el código del honor estaba en pugna con el código de la ley civil. Luego, en el orden moral práctico, todas las reglas venían de afuera, eran puramente convencionales. No, objetaba el primer filósofo, hay la conciencia. Pongámosla en un conflicto, replicaba el segundo, ¿quién resuelve? Fabio pensaba que era esta, precisamente, su situación. ¿Quién re-

suelve? Pues, la conciencia misma. ¿El acusado, entonces, hacía de juez en su propia causa? Era el espejo, reflejando directamente su propia luna? Si el alma, ó lo que por ella se entendiera, llevaba en sí la noción innata de la justicia, si no necesitaba de leyes preexistentes para conocer su rumbo, cualquier rumbo tenía que ser bueno. Y Fabio llegaba, de esta manera, á la confirmación absoluta del libre albedrío. Pero, dentro de este concepto ¿para qué servía el Evangelio, para qué servían los códigos de moral? No, caviló el joven, los filósofos que habían declarado la independencia absoluta de la voluntad humana, la suficiencia ingénita de la razón para dirigir la conducta, habían sido sabios de gabinete, no hombres de acción. El hombre que luchaba por la vida era un ser esencialmente subordinado á leyes, á acontecimientos superiores á su libre arbitrio, y ¿quién sabe si la sabiduría perfecta no consistía en seguir la corriente, al hilo del agua, obedeciendo siempre, sin murmurar! Los actos indiferentes cabían, sin duda, dentro del estrecho sendero de la libertad concedida al hombre; pero esos actos se escapaban á la sanción del aplauso ó de la censura. En todo lo demás, él estaba obligado á obrar según la ley. Y la ley que regía la conciencia no era la conciencia misma, sino algo anterior y superior á ella. La anterioridad de la ley al acto que caía bajo su imperio, era tan necesaria en el orden moral, como en el orden social. Era falso,

ridículamente falso, que el hombre se bastase á sí mismo, que llevase dentro de su cerebro la norma de sus acciones. Segun su propio lenguaje, la filosofía no había hecho más que reemplazar una superstición por otra, los extravíos de la fe por los extravíos de la razón. ¿Y por qué había de ser más cierta, más satisfactoria, más humana la filosofía racionalista que el Evangelio? ¿No era muchísimo más cuerdo nadar cerca de la playa, con un cinturón de corcho, que correr, sin ese auxilio, el riesgo de ahogarse en un mar de conjeturas? Porque todo en la filosofía era conjetura, vacilación é incertidumbre. Inconsecuencia, también. Tú sabes lo que es bueno y lo que es malo, decía, á su semejante, el filósofo. Y, á continuación, agregaba: Es malo matar al prójimo, bueno ayudarlo. Si la noción del bien y del mal estaba radicada en la conciencia, ¿á que se metía ese filósofo á dar consejos? ¡Ah! porque él harto sabía que el hombre, en su estado natural, era un salvaje, animado de perversos instintos; porque él bien sabía que no se nace bondadoso, caritativo, servicial, abnegado, sino bárbaro, egoísta, cruel. La educación, la instrucción, la suavidad de las costumbres que se le inculcaban desde su infancia: he ahí lo que hacía de él una entidad útil y sociable, he ahí de donde sacaba las nociones relativas del bien y del mal. Irremediablemente, la filosofía descansaba en conjeturas é incertidumbres, lo mismo que el arte, que las cien-

cias, que todo edificio de razonamiento construído por los hombres. La idea de relatividad era inseparable de la idea de conocer y saber. Y, si la ciencia se conformaba con reposar sobre tan frágiles cimientos; si la geometría confesaba humildemente que el punto era el límite postrero de su poder de abstracción, por cuanto esta verdad, convencional y discutible, satisfacía á la solidez de sus demostraciones y corolarios, ¿por qué no se aceptaban los axiomas de la doctrina cristiana, que resolvían todos los conflictos de la conciencia, satisfacían todas las necesidades de la individualidad moral? La verdad absoluta era la piedra filosofal del espíritu, el mundo tenía que abandonar la esperanza de arrebatarse á esa esfinge su velo impenetrable. Sólo el Evangelio tenía, para el mortal, promesas resplandecientes que calmaban su sed de justicia, de ciencia y de felicidad. Ahí donde empieza para tí el misterio y la duda, le decía detente. Y le daba cita, para resolver esos arcanos, en una existencia imperecedera, al otro lado del sepulcro. ¡Síntomas de sobrenatural sabiduría, prueba evidente de sagacidad soberana, era ese mandato del Evangelio que imponía el dogma sin explicarlo. Desde que todo había de ser discutible para la vanidad de los hombres, era hacerles un beneficio precioso el darles reglas seguras, para que á ellas ajustaran sus actos. Y ese beneficio había sido pagado con ingratitud manifiesta: se había controvertido la ley, negado el milagro. Con

todo, ninguna enseñanza filosófica había podido reemplazar las ocho líneas del Padre Nuestro, ninguna especie de consuelo humano, prevalecer sobre las promesas del Sermón en la Montaña. ¡No había milagros! ¿Y las profecías de Jesús: la ruina de Jerusalén, la dispersión del pueblo hebreo, la asombrosa propagación del dogma cristiano? ¿No se había cumplido el vaticinio de futuro esplendor, hecho al humilde pescador de Galilea? ¿no cubría una iglesia omnipotente, con un velo de gloria, la desnudez de los primeros apóstoles? Y, si todo eso se negaba y desconocía, ¿cuáles eran, pues, los signos irrefragables para conocer la verdad? No había ninguno. ¿La sanción social? Un principio de mera conveniencia; la sociedad castigaba al que estorbaba sus planes, el orden de cosas que ella misma había creado. Sus leyes no tenían más base moral que el miedo y la fuerza. Por miedo al hombre, el hombre se armaba contra el hombre, y, una vez armado, pactaba con él una tregua indefinida: Si no me tocas, yo no te tocaré; si respetas mi hacienda y mi vida, yo respetaré tu vida y tu hacienda. No había hecho ese pacto con el buey, con el caballo ó con el perro, por que él no temía á esos seres inferiores; los llevaba atado á su carro triunfal. Luego, el utilitarismo era la gran doctrina de los pueblos. En el pacto tácito entre la comunidad y sus individuos, no tenía aquella más derechos que los que estos le otorgaban. Y, sobre ese arbitrario sistema de concesiones recíprocas, descansaba la

paz pública, la estabilidad de las naciones. Las leyes positivas no eran, pues, sentencias de moral; eran cláusulas de un contrato entre partes. Y así, no era dudoso, que él, Fabio, estuviese desempeñando una misión llena de civismo, al auxiliar á la justicia en una investigación de policía. Eso estaba en el convenio. Correspondía á todos los ciudadanos, sin distinción, hacer respetar las leyes. Pero, de ahí, á que fuera genuinamente moral su intervención en la pesquisa, había una gran distancia. Acababa de verlo, la filosofía no arrojaba ninguna luz sobre el problema... Se puso en el caso de haber encontrado al culpable, de haberlo entregado para su juzgamiento. Se trataba de un hombre ventajosamente conocido, miembro de una familia que rendía culto al honor. La afrenta caía sobre todos sus deudos, sobre muchos seres honrados y respetados. ¡Y él, vástago indigno de una descendencia de héroes, él, último eslabón de una larga cadena de paladines ilustres, él se prestaría á servir como instrumento de la ignominia de tantas inocentes criaturas! Esta solución parecía odiosa á su alma de caballero, á sus creencias de cristiano. Ella podía ser ineludible y fatal á los ojos de la filosofía, el divino precepto era explícito y claro: "Ama á tu prójimo, perdona al que te ofenda, devuelve el bien por el mal." Palabras de benevolencia y mansedumbre, harto contrarias, por cierto, al interés que él sentía en la persecución de un delincuente. Todavía más: ¿obraba él,

en esta coyuntura, con ánimo bien sereno, bien imparcial, bien justo? ¿No había en su corazón cierta animosidad contra el presunto culpable? Al suponerlo poderoso ¿no aspiraba, por lo mismo, y en nombre de la igualdad, á doblegarlo? No había empeñado una parte de su orgullo en la realización de su deseo? Y, si de esto, algo existía, ¿no se empañaba la pureza de sus cívicas intenciones? Ya se le había ocurrido que ejercitaba, tal vez, una venganza, y este concepto volvía á agitarle el corazón. ¡Inextricable dilema! Como ciudadano, auxiliando á la justicia en la indagación de un delito, cumplía con un deber santo y bueno. Como individuo de una institución particular, cooperaba á sus aspiraciones: santo y bueno, igualmente. ¡Como discípulo de Jesucristo, perseguía á un hermano! ¿Dónde estaban, en este caso, la santidad y la bondad? ¡Luego, podían presentarse al hombre deberes contradictorios, obligaciones incompatibles, conflictos de conciencia, irresolubles!... El, Fabio, no podía reconocerlo. Debía de existir una resultante común, entre fuerzas morales contrapuestas. Él había observado, de continuo, una conducta pura, sin tacha, y ahora no buscaba la satisfacción de aspiraciones propias, la honra ó el provecho personal: sólo anhelaba el triunfo de la justicia. No lo movía ningún dañado propósito, ningún malévolo sentimiento. Desempeñaba, lisa y llanamente, un papel social. Pero, ese papel social era voluntario, ¿quién lo había

revestido de autoridad bastante para ejercer el ministerio de la vindicta pública? ... En ese momento, el joven hubiese querido ser un simple *paco*, para estar en paz con su conciencia y el Evangelio ... ¡Bah! pensó: él, que achacaba á la filosofía la sutileza de sus raciocinios, estaba hilando más delgado que una araña. Sus intenciones eran limpias, no había en su corazón ningún dañino fermento. Si aparecía el delincuente, lo juzgarían los tribunales de la ley, lo castigarían si era culpable. ¿Y si nó? ... En medio de su prolongado soliloquio, esta idea había ido tomando consistencia en su cerebro. Y era que ella tenía también su punto de partida, un argumento lógico, y un argumento material. El joven sacó de su bolsillo un pequeño objeto brillante, de metal plateado, un botón que llevaba en el exergo, en letras de relieve, el nombre de una de las principales sastrerías. Había encontrado ese botón aferrado entre los dedos del occiso. Se le antojaba, ahora, que había sido en él incalificable ligereza, no entregar, acto continuo, al juez, ese principio de prueba. Le asaltó el escrúpulo de no haber procedido, en tal evento, con su acostumbrada corrección. Ahí existía, más que en cualquiera argumentación especiosa, el motivo eficiente de su participación en la pesquisa, ahí el origen del deber que lo condenaba á proseguirla. Era bien singular que el presidente Solís, tan honrado y circunspecto, no le hubiese dirigido

observación la que menor, sobre ese acto de moralidad incierta. Y él, Sancta-Cœli, se veía ahora ligado á la investigación del crimen, por un vínculo que no dependía de su voluntad romper. Parecía claro que la fatalidad lo había hecho todo... Por otra parte, la lógica, el sentido común inflexible, le susurraban que el dueño de ese botón plateado no era un asesino vulgar. Y siendo así, la probabilidad de inocencia era robusta, porque la gente educada no violaba, de ordinario, la ley de tan brutal manera... Pues bien, de esta presunción ¿qué se deducía? Que el acusado sería absuelto. Y él, Fabio Albemar de Sancta-Cœli se alegraría mucho de que esto fuera... Otra duda: Clara ¿qué pensaría, entonces? Lo que quisiese. Esa muchacha llenaba demasiado su pensamiento; al fin, él no era un niño. Recordaba que ella le había dicho; usted hace eso de puro Quijote. Era quizá la verdad, que, de puro Quijote, se hubiese embarcado en esa aventura. La enemistad de la niña le preocupaba, sin embargo. Y la enemistad de la familia del matador, de su círculo de relaciones, ¿no tenía también cierto peso? Por uno ú otro lado, estaba escrito que había de concitarse odios y maldiciones. ¡Cómo el más insignificante de los actos humanos estaba indisolublemente unido al destino de la humanidad entera!... El Destino, no había más que eso. Él vislumbraba un combate, allá, tras el horizonte sombrío del porvenir. ¡Vaya por el combate, y, si había riesgos que

correr, tanto mejor! Era hermoso pelear por la justicia; su padre, Massimo di Sancta-Cœli, sus ínclitos abuelos, todos habían sufrido por ella, y él, retoño de tan noble estirpe, ¡villano sería si no imitase tan grandioso ejemplo!... Y el joven experimentó, en ese solemne minuto de su vida, la voluptuosidad del sacrificio, que habían sentido, en otro tiempo, los prohombres de su raza, y que los había hecho grandes ante la historia. Le bastaba que hubiese inmolación de la propia personalidad, para cohonestar el empeño que demostraba en esa ingloriosa aventura.

El tren se detenía en la estación de Curicó. Un empleado de la sección de equipajes había reconocido al joven, cuando éste se apeaba en el andén. El pueblo posee una memoria feliz para las fisonomías; la de Fabio era de aquellas que no se olvidaban fácilmente.

—¿Usted es el caballero que buscaba, cuanto há, á una niña perdida? le preguntó el empleado de los equipajes.

—Yo mismo, replicó el arquitecto: tengo de ella excelentes noticias.

—¡Qué lástima! exclamó el otro. Yo le iba á escribir á usted, para darle las señas; ayer no más, me dijeron de que vivía en Linares.

—Ya me han escrito, amigo mío; de todos modos, reciba mis agradecimientos.

Fabio se encaminó hacia la ciudad; dejó su maletín en una fonda vecina á la estación y, sin

demora, tomó el rumbo de la casa de don Anacleto Quintaverde.

Era éste un viejecico de rostro de pergamino, que vivía en una modesta casucha de arrabal, con una sobrina, guapa mujer, que hizo á Fabio un recibimiento muy galante.

El vejete disgustó al joven, desde las primeras frases.

—¿Usted es el señor que busca á una muchacha extraviada, interrogó don Anacleto, con voz gangosa.

Fabio probó su identidad, exhibiendo la carta que llevaba en el bolsillo.

—Bueno, prosiguió Quintaverde, yo no he visto á la chicuela. Unas revendedoras de Linares me refirieron que ahí residía; he tomado lenguas, y parece que es exacta la cosa.

El joven estaba confundido; ese viejo era un petardista, á todas luces.

—Disculpe usted, objetó, contrariado: en su carta, usted consigna señas indefectibles.

—Yo no sé más, repuso el vejete, displicente.

—Bien poco es, observó el joven, tomando su sombrero para marcharse.

—Es que, aguarde usted, se han hecho algunos gastos, protestó, con viveza, don Anacleto.

Fabio comprendió que el viejo gangoso reclamaba la prometida recompensa; pero, resuelto á no dejarse explotar preguntó secamente:

—Diga usted ¿á cuánto ascienden sus desembolsos?

—Serán unos ... veinte pesos.

La sobrina se había sonrojado; la conducta de su tío no le parecía correcta. Quiso demostrar á su huésped que ella gastaba modales finos, y, con dulce sonrisa, ofreció á Fabio una copita de licor casero.

El joven dió las gracias, sacó del bolsillo un billete, dijo á Quintaverde:

—Tome usted, con eso quedan pagadas sus molestias.

Y salió.

Un coche iba pasando.

—¡Á la estación, á todo escape! gritó al cochero, metiéndose en la destartalada berlina.

Esperaba volver á encontrar al empleado de equipajes. Le dijeron que se había marchado á Linares, en el expreso.

Un tren de carga se ponía en camino para el sur; Fabio consiguió que le permitieran viajar en él, hasta aquel punto.

Bastante maltratado llegó el joven á su destino. Se consoló de sus fatigas, viendo que el empleado de la estación de Curicó se le acercaba diciéndole:

—¿Qué hubo patrón, qué se le ofrece?

—¡Qué ha de haber hombre: que me han engañado, ni más ni menos!

—Vea, señor, si quiere esperar hasta la noche,

yo lo acompañaré á la casa de doña Rita; ahí vive esa que usted busca.

En fin, esto era positivo, concreto, cierto. Fabio se fué á comer, tranquilamente; después, se puso á esperar á su cicerone en la puerta de la fonda. Á eso de las ocho se apareció el empleado, feliz de verse libre de sus pesadas tareas.

Ambos recorrieron algunas cuadras, hasta acercarse á los deslindes de la población. El cicerone se detuvo, por fin, é indicando un edificio próximo:

—Esa es la casa, afirmó. Pregunte usted por doña Rita Brito, es la dueña. Para qué le digo más; usted, que es letrado, sabrá explicarse.

Y se retiró lentamente.

—Vaya á verme mañana temprano, le gritó el arquitecto.

Una luz tenue filtraba por la rendija de la puerta. Fabio dió dos ó tres golpes. Una mujer salió á abrirle, y le preguntó qué quería.

—¿La señora Rita Brito?

—Yo soy, señor; sírvase entrar.

El joven penetró en una habitación medio sumergida en las tinieblas. Los objetos que la poblaban perdían sus contornos, parecían disolverse en un ambiente espeso, color de hollín. La luz, que, por el contraste con la oscuridad de la calle, se veía clara desde afuera, tenía su foco en una lámpara humosa, cuyo tubo ennegrecido describía un círculo amarillento en el cielo del cuar-

to. Formaban coro á la hediondez de la parafina, los efluvios de miseria rancia que impregnaban la atmósfera del recinto.

Doña Rita quiso cerrar la puerta, Fabio le suplicó que desistiese de tal empeño: él padecía jaquecas, y hacía ahí muchísimo calor. La dueña de casa le ofreció asiento en una sombra de silla, colocada en la vecindad del respiradero del tabuco. El joven empezó pronto á distinguir, además de la sombra de mesa que sostenía la lámpara, una sombra de catre en el rincón más lóbrego del aposento, y sombras de los heterogéneos trastos que constituyen el inevitable ajuar de un hogar pobre.

—¿Qué se le ofrecía, señor, volvió á preguntar la dueña de casa, advirtiéndole que su huésped permanecía silencioso.

Y, en verdad, Sancta-Cœli experimentaba, en ese instante, sensaciones confusas, una vaga inquietud que daba á sus esperanzas cierto tinte de desengaño.

No contestó directamente, sino que observó á doña Rita que su lámpara iba á estallar, si no despabilaba la mecha. La señora Brito arregló, como pudo, el chisme, que sudaba petróleo por todos los poros; cesó la humareda, y así acicalada, la luz prestó mejores servicios. No era exactamente una iluminación *a giorno*; pero bastaba á disipar las líneas difusas de los objetos, y permitía ver el semblante de las personas.

Fabio divisó un bulto, tendido sobre el lecho del rincón.

—Veo que usted posee una compañera, dijo á la señora Brito, de repente.

—Hija mía, señor, repuso doña Rita con vivacidad, con demasiada vivacidad, tal vez.

—¡Ah! Me habían asegurado que usted no tenía descendencia. En fin, ¿cómo se llama esa hija suya?

—Antonia.

—Temo que usted se equivoque, señora, objetó, con severidad, el arquitecto.

Doña Rita parecía dispuesta a enfadarse.

—¿Y quién es usted? pues, interrogó, impertinente.

—Soy... un mensajero de la justicia, replicó Fabio.

—Yo nada tengo que ver con ella, protestó la señora Brito, temblando, á su pesar.

—¡Cómo! prorrumpió Sancta-Cœli, dando mucha solemnidad á sus palabras, aun cuando lo animaban benévolos sentimientos: ¡cómo! ¡No tiene usted nada que ver con la justicia, y oculta á una criatura á quien la justicia persigue desde hace tantos meses! ¿Sabe usted, señora, que se expone á las severidades de la ley, por el delito de secuestración de menores? ¡Esa niña no es hija de usted, ni se llama Antonia, sino Malva Logrosán!

—¡Ay, señor, ay, señor! sollozó la señora Brito

cuya cólera amainaba, ante la vehemencia de su contrincante. Yo no he cometido ninguna falta, señor. He recogido a esa infeliz chiquilla en un estado deplorable; la perseguían para meterla presa, á la pobrecita, una inocente que no tiene culpa ni pecado. Pobre angelito, y tan enferma que ha estado; ha perdido el habla, completamente, señor... y la memoria. No se acuerda de nada, ¡ni siquiera de su propio nombre!

—Antes no ha perecido, señora, en esta cueva insalubre, ¡por Dios, cómo pueden ustedes vivir aquí!

Entretanto Malva—ese bulto que poco antes había llamado la atención de Fabio—Malva se había incorporado, se había bajado del lecho, se había sentado en la orilla del vasto mueble.

El joven, con voz afectuosa, invitó á la niña á aproximarse. Ella no hizo el menor movimiento. Él, entonces, se le acercó, se puso á examinarla con interés. Sin duda, era la muchacha del retrato, la heroina del drama de la calle de San Diego; pero, con ser ella, ¡cuán distinta aparecía ahora! Desteñidas por la anemia, las mejillas habían perdido sus graciosos, delicados perfiles; en medio de las facciones estragadas, solamente los ojos conservaban el brillo vital, un fulgor de fiebre, en sus cuencas profundas. Y el modesto atavío que la cubría, traicionaba ángulos bruscos, el íntimo contacto de los huesos y la piel.

Sancta-Coeli, con el corazón oprimido, seguía contemplando esa ruina humana.

—¡Qué golpes tan terribles, pensó, ha debido descargar el infortunio sobre esta cabeza inocente!

Para él la inocencia de Malva era notoria.

Mientras la miraba, conmovido, ella advirtió la curiosidad de que era blanco. Por ese instinto del pudor, que es el último que en la mujer sobrevive, se ajustó la entreabierta chaquetilla, que le dejaba la garganta desnuda, sin protección una parte del seno.

—No es posible que Malva permanezca un día más aquí, observó Fabio á doña Rita: sería condenarla á una muerte certera.

—Yo carezco de recursos, señor, contestó la señora Brito, dando á las palabras del joven la única interpretación que ella podía concebir.

—No se trata de eso, replicó Sancta-Coeli: la señorita Logrosán se irá conmigo á Santiago.

—¡Á Santiago! murmuró doña Rita, estupefacta... ¿Se la lleva usted á Santiago?

Y, vuelta en sí de su inmensa sorpresa, se puso á invocar á todos los santos del Martirologio, á impetrar su ayuda colectiva para salir del trance.

—¡Ay! señor, concluyó: ¡tenga piedad de esa infeliz, no la arrebate de mis brazos!

—Por lo mismo que la compadezco, es necesario que la separe de usted. ¿Ó prefiere usted

que vengan á quitársela unos cuantos alguaciles groseros, que la maltratarán en el camino? Piense usted que Malva estará segura bajo mi amparo. Yo la cuidaré, restableceré su salud comprometida, la pondré en estado de dar su testimonio en el grave proceso que le afecta, y que usted conoce...

— ¡Fue una gran desgracia! interpoló doña Rita. Pero ella no ha hecho ningun mal, ¿se lo juro!

— Repito á usted que su declaración es lo único que importa. Sin embargo, si la policía la descubre, irán ustedes dos á la cárcel. Ella, con su existencia en peligro, usted privada de su libertad, ¡confiese que esa situación posible no tiene nada de halagüeño!

Doña Rita no encontraba razones que oponer á las de Fabio.

— Pero, si usted se la lleva, ¿podré acompañarla? preguntó.

— Inútil; al contrario, usted estorbaría. Mañana, pues, saldremos para la capital, Malva y yo. En cuanto á usted, se queda aquí muy quieta, sin temor de que la incomoden por motivo alguno. Me parece equitativo, por otra parte, reconocer la solicitud que ha gastado usted con la señorita Logrosán; á su tiempo sabré recompensarla.

La señora Brito se inclinó, doblegada, deslumbrada por el varonil acento, por los ademanes caballerosos de su huésped.

Fabio quiso saber las circunstancias en que ella se había hecho cargo de la joven. La señora Brito se las refirió con grande acopio de pormenores. En resumen, la niña había llegado á su casa inopinadamente, con el cerebro trastornado, y bastante enferma ya. Al principio, Malva le había podido dar cuenta, pero sin ninguna precisión, del peligro que la amenazaba: dos hombres que corrían en pos de ella, para darle muerte. Su dolencia se había agravado con el tiempo, y ella, Rita Brito, no había tenido valor para echarla á la calle, en ese estado. Además, muy pronto había cobrado verdadero afecto á la desamparada criatura, y, por medio de una vigilancia constante, había logrado sustraerla á las pesquisas de la policía. Verdad que ésta no existía, propiamente, en Linares; el intendente se había puesto de punta con la Municipalidad, y no había fondos con que costear los servicios públicos.

— ¡Dios le pagará tan buena obra! exclamó Sancta-Cœli, al escuchar la conclusión del relato: ¡si esta niña recobra la salud, á usted le deberá la vida!

— ¿No cree usted que el viaje le perjudique? preguntó doña Rita: está muy débil y quebrantada.

— El aire puro, la distracción, el cambio de existencia, un tratamiento prudente le devolverán las fuerzas del espíritu y del cuerpo, pierda usted toda inquietud, señora.

É interpellando á la joven, que seguía extática en el mismo sitio, le habló con exquisita dulzura.

—Soy uno de sus buenos amigos, hija mía, un amigo que la quiere bien. Yo no vengo á hacerle daño, sino á protegerla, á salvarla. . .

La niña continuaba impasible.

—Más vale así, caviló Sancta-Cœli: dueña de su razón, tal vez no me seguiría. Apostrofando después á la señora Brito: mañana vendré por ella á la hora del tren, aquí tiene usted algún dinero para proporcionarle un traje conveniente. Sobre todo, señora, mucha discreción y cordura; recuerde usted que Malva es una brasa en sus manos, que cualquiera tentativa para burlar mis designios, produciría consecuencias funestas.

Doña Rita lagrimeó su poco, dijo que esa repentina separación le partía el alma; pero que, como cristiana fiel, admitía, sin protesta, los decretos del cielo.

—Esta mujer es fatalista, pensó Fabio, y su fatalismo afianza su lealtad.

Dieciocho horas más tarde, Sancta-Cœli regresaba á Santiago, con Malva. Poco antes de salir, en la estación, había visto asomarse por la ventanilla de un wagón de segunda, una cabeza de tacho, para él, muy conocida.

—¡Hola, señor Castañeda!

—Sin novedad, para servirle, había replicado el guaso.

—Pues yo, con una muy grande: ¡he descubierto el hilo del ovillo!





CAPÍTULO IX

Almas afines

Malva se restableció. La convalecencia, con todo, había sido paulatina, pertinaz, trabajosa; había durado semanas y exigido constantes desvelos.

Al principio, Fabio se había desesperado; temió que la niña no sanase nunca radicalmente. Un facultativo famoso, llamado sin dilación, se había expresado en términos desalentadores: era un naufragio completo de la vitalidad intelectual, un caso extraordinario de amnesia y de atonía. El encéfalo había sufrido perturbaciones profundas; se habían producido alteraciones químicas, en las células de la materia gris. Todas las facultades mentales se hallaban paralizadas, con la extin-

ción de la memoria, y su restauración se hacía difícil, si no imposible. Sin embargo, los órganos esenciales funcionaban regularmente, y la vida animal no corría peligro, si se la estimulaba con acierto. Bajo este punto de vista, Sancta-Coeli estaba libre de inquietudes; Malva no se había de morir por falta de cuidados. No era todo, empero, mantener el funcionamiento normal de organismo; era necesario despertar la inteligencia de su modorra. Más necesario todavía, pensaba el joven. El había sacado á Malva de Linares con un propósito especial; confiaba, entonces, en los recursos del arte, en la eficacia de un régimen propicio, para devolverle la salud por entero. La medicina, ahora, con su inapelable *non possumus*, venía á desengañarlo, á disipar sus esperanzas, á hacer infecunda su porfiada labor. Si el resultado no había de corresponder al empeño, más habría valido dejar á Malva en su tugurio insalubre en poder de la anemia, que la iba consumiendo fatalmente, vertiginosamente. Él empezaba lamentarse del esfuerzo estéril, del entusiasmo malgastado. Esa infeliz, despojada de sus facultades más nobles, le representaba una tutela perpetua, una carga echada sobre sus hombros.

Al llegar con ella á Santiago, su primer impulso había sido participar á Góngora la noticia de su descubrimiento. Había desistido, en seguida, obedeciendo á una instigación de su amor propio: quería presentar al juez un testigo sin tacha,

cuyas declaraciones constituyesen prueba. La fatalidad se había burlado de sus deseos, le había creado nuevas dificultades. Y, para salir de esos conflictos, él había vuelto á su primera intención, entregar la joven á la justicia. Mas, no pudo resolverse á adoptar un extremo tan doloroso. Pensó, con espanto, que enviarían á Malva al hospital, enferma y prisionera, que ahí la atenderían como á una entre muchas, sin interés ni afecto, y que ella correría cien probabilidades de muerte, por una de salvación.

—¡Sería asesinarla! había exclamado, maldiciendo esa inspiración egoísta, que había estado á punto de hacerle cometer un acto innoble.

Para hacer penitencia, rodeó á su pupila del más solícito interés.

Un día, observó que era muy bonita. Fué para él una grata sorpresa. Como rendía culto á la superstición—moderno estilo—creyó que el cielo recompensaba su conducta, realizando un milagro. Al igual del peregrino que desdeña la magnificencia del paisaje para interrogar con avidez el horizonte, él había estado atisbando la resurrección espiritual de su protegida, sin reparar en su floreciente hermosura, en la intensidad de su mirada, en el cálido matiz de su carrillo, en los contornos suaves de su cuerpo esbelto y ondulado.

Él la contemplaba con entusiasmo infantil. Después la apostrofó con trémulo acento:

—Malva, querida niña, ¿me conoce Ud.? sabe Ud. quién soy?

Le había tomado la mano, le pareció adivinar una sonrisa, en los labios mudos.

Desde entonces, las emociones se sucedieron, vehementes, rápidas, sin interrupción. La robusta juventud de Malva iba recobrando su imperio; había inequívocas señales de que el espíritu quería volver á su morada.

—¡Si el médico hubiese errado el diagnóstico, el pronóstico! cavilaba Fabio; ¡si todavía me fuese permitido esperar!

¿Y por qué no? ¡La medicina era ciencia tan oscura! En los casos difíciles, había, por lo menos, tantos pareceres como doctores. ¡Ah! si el tremendo fallo pudiera revocarse, anularse!

Él se aferraba á esta duda, la retorció hasta cambiarla en certidumbre. Era inadmisibile que, en un cuerpo vigoroso y lozano, la inteligencia permaneciese inerte.

Una discusión científica, publicada en el diario de Sicorta, le había dado á conocer el nombre de un médico que trataba las enfermedades mentales por un sistema novísimo, invención suya que había provocado el anatema de la Facultad. Fabio leyó el artículo varias veces, y convino en que el doctor Lorena se había hecho reo de desacato hacia sus superiores, curando á los locos según procedimientos condenados por aquella respetable institución; pero, por otra parte, el nuevo

sistema realizaba maravillas y su inventor no merecía, cual era de algunos el deseo, que lo quemaran en la plaza pública como hereje y renegado.

Fabio se preguntó á sí mismo:

—Vamos á ver, ¿el doctor Lorena sana á los enfermos, ó no los sana? Es lo único que importa.

No había más que un medio de someter su habilidad á prueba: confiarle la curación de Malva.

Sancta-Cœli lo llamó; se hizo explicar el tratamiento. Éste no ofrecía peligro; el doctor respondía de sus resultados. Entonces se le permitió que examinase á la paciente.

—Hay una grave lesión en el cerebro, afirmó el especialista; por fortuna la médula espinal está intacta, y la lesión sanará.

—Y revivirán todas las facultades del espíritu, exclamó Fabio, cual si soñase: ¡revivirán la inteligencia y la memoria, la imaginación y el sentimiento!

—Eliminada la causa, el efecto cesa, repuso el doctor, con voz tranquila.

—¡Si fuera posible semejante prodigio! advirtió Sancta-Cœli.

Y hacía esfuerzos para tener fe.

—He obtenido curaciones más serias, replicó el doctor; con la ayuda de Dios, también triunfaremos en este caso.

—¡Usted es creyente, por lo visto! observó Fabio, sorprendido de encontrar á un médico ortodoxo.

—Si no lo fuese, no le daría á usted ninguna esperanza; la fe es el quicio de la ciencia.

Sancta-Cœli hubiese querido conocer más íntimamente ese espíritu original y, sin duda alguna, de muy elevada categoría; pero el doctor Lorena no le dió tiempo de hacer nuevas observaciones.

—Mañana empezaremos el tratamiento, dijo; en mi casa, se entiende.

—¿Por qué no aquí mismo? objetó Fabio, contrariado.

El médico respondió que era muy engorrosa la movilizacion de sus elementos operatorios, y que trabajaba con más serenidad y confianza en su propio domicilio.

Dejó sus señas y se despidió.

Desde aquel momento, Fabio distrajo diariamente un par de horas de sus ocupaciones profesionales, para acompañar á su pupila á casa del doctor Lorena. Hacían el trayecto en coche; él envolvía á Malva en un grueso pañolón, le apoyaba la cabeza en el respaldo del vehículo, la disimulaba eficazmente á las indiscreciones de la calle.

Después, presenciaba la operación, con curiosidad cada vez más viva; veía aplicar los aparatos electro-magnéticos, cómo Malva, de una manera insensible, iba cerrando los ojos, perdiendo la vitalidad externa, convirtiéndose en un cuasi-cadáver.

El primer experimento le había producido sen-

saciones agudas. La niña, sentada en amplio sillón, se había dormido, con la boca entreabierta; detrás del labio superior brillaba una hilera de dientes pequeños, parejos, muy blancos; la mejilla conservaba un tierno tinte de rosa, que sombreaban los párpados juntos, con sus largas pestañas cual negras estrías. La respiración parecía haber cesado, así como todo movimiento perceptible; y el espectáculo tenía algo de magia.

El doctor dijo:

—Esta joven duerme; se la podría hacer pedazos, sin que experimentase el más ligero dolor.

—¡Curioso! muy curioso! murmuró Sancta-Cœil.

No lo creía tanto, sin embargo; el cloroformo y la morfina producían efectos similares. Sin duda, le aguardaban otras sorpresas.

—Pues bien, prosiguió el facultativo, con su misma uniforme gravedad y calma: ¡no hay potencia en el mundo capaz de devolver á esta criatura lo que yo acabo de quitarle, la sensibilidad y la movilidad.

—Pero usted sí, doctor, repuso Fabio, vivamente, con cierta angustia, á pesar de que la observación era obvia.

Lorena se sonrió:

—Mire usted.

Y volvió á aplicar los electrodos de la máquina eléctrica á la nuca de la niña dormida.

Á los cuarenta segundos, Malva resucitaba de su muerte aparente, se ponía de pie.

—¡Estupendo! murmuró Fabio; ¡estupendo y admirable!

Después se acostumbró á esos singulares fenómenos de magnetismo. El doctor Lorena le había explicado su procedimiento, con entera confianza; se había establecido entre ellos un vínculo de simpatía.

Transcurrieren dos semanas, sin que el estado de la joven se modificase ostensiblemente.

El arquitecto se atrevió á preguntar á Lorena si aun confiaba en el éxito definitivo.

—Todo depende de la voluntad de Dios, había contestado el especialista: él hace las leyes que gobiernan el universo.

—¿Cree, usted, científicamente, en la existencia de un Supremo Legislador de todas las cosas? le dijo entonces Sancta-Cœli, movido por el deseo, que no lo abandonaba, de conocer más de cerca esa fisonomía moral.

El doctor meditó un poco, y repuso:

—Dios es necesario, científicamente, no cabe duda; sin él, la ciencia no existiría... Vea usted, prosiguió, de esa causa original yo no he formado un concepto bien definido. Ignoro su esencia, la ignoraremos siempre; pero su obra es digna de las meditaciones del sabio, y él recompensa á los que la estudian. Para mí, el Supremo Ser es un prestidigitador portentoso, que asombra á la humanidad en su infancia, con la multiplicidad de los fenómenos físicos. El trueno asusta al hombre

primitivo, el rayo lo aterra. Después, el Gran Mago revela su secreto: ahí está la causa secundaria del trueno, del rayo. Ruedan los siglos, la humanidad llega á la adolescencia: Dios se ha dejado arrebatarse una parte, oh, muy pequeña, de su infinita sabiduría. Algún mortal, demasiado orgulloso, exclama: Todo lo sé, Dios no existe, ¡he descubierto la clave de los llamados misterios! Y Dios lo confunde. Por eso vemos que, teorías aceptadas, ayer, como soberanas verdades, provocan la desdeñosa sonrisa de los hombres de hoy. En la ciencia médica ¡cuánto no se ha inventado, celebrado, destruído! La droga milagrosa que, en otro tiempo, fué panacea infalible, no se encuentra ya ni en el desván de las boticas. ¡Y los sistemas, las fórmulas del arte, las doctrinas sancionadas por el consentimiento universal! En los desvanes de la ciencia, también, arrumados, cubiertos de polvo. ¿Qué será mañana de lo que hoy admitimos como cierto? ¡La diversión de los muchachos de escuela! Mis trabajos mismos, esas leyes que me imagino haber descubierto, como espectador sentado, más cerca que otros, del escenario donde el Sublime Artista hace sus pruebas, ¿qué serán? Veinte, treinta curaciones felices, me habrían permitido declamar, como aquel orgulloso: ¡Todo lo sé, tengo la clave del misterio! Prefiero atribuir mi pobre ciencia á una manifestación de la bondad divina, y por eso digo: ¡El triunfo depende de Dios solo!

Fabio admiraba ese claro ingenio, cuyas ideas parecían vibrar unísonas con las suyas propias.

—Usted triunfará, doctor, dijo, lleno de fe: Dios responde á los que, humildes, lo invocan.

Y había de ser así, pues, una tarde, Malva articuló dos ó tres sílabas. Y hubo regocijo en toda la casa, por este acontecimiento. El médico lo festejó también, como una victoria, aunque el resultado siempre le pareció inevitable.

Doña Dolores creyó en un prodigio de la intercesión del Cielo.

—Dentro de dos meses, afirmó el doctor Lorena, la señorita Malva hablará.

Fabio no sabía como demostrarle su gratitud. Estaba visto, era una curación milagrosa, que no podía pagarse únicamente con dinero.

—Si mi amistad tuviese para usted alguna importancia, doctor, ¡con cuánto placer se la brindaría!

Y le tendió la mano.

Era una mano leal, caballeresca, abnegada. Lorena, al apretarla, conmovido, sintió que era la de un hombre superior.

Ambos habían nacido para estimarse y comprenderse, fenómeno raro, que la naturaleza no prodiga.

Una mañana, el doctor Lorena tuvo un disgusto: el estado de Malva Logrosán acusaba un ligero retroceso.

¿No se había cometido alguna imprudencia? preguntó, intranquilo.

Sancta-Cœli confesó haber interrogado á Malva sobre ciertos incidentes graves de su vida, que él deseaba aclarar; eso había motivado un síncope.

—Mal hecho, amigo mío; de esa manera progresaremos al revés.

El arquitecto sintió la justicia del reproche, quiso vindicarse. Realmente, deseaba conservar la estima del doctor, desvanecer en su ánimo toda suposición desventajosa.

—Si imprudencia ha habido, replicó, ella tiene su disculpa.

Y reveló al médico el secreto de Malva, seguro de que, en un corazón tan noble, permanecería inviolable.

—He visto muchas miserias, dijo Lorena, cuando su interlocutor hubo terminado: las he visto en grandes alturas, como en muy bajos niveles, y he podido comprobar que, en todas partes, la humanidad se parece siempre á sí misma. En el palacio y en la choza, resuenan, con igual acento, los gemidos del dolor. Y el médico ve y calla, porque la discreción es un deber de su oficio; y sufre, también, á veces, ¡cuando no lleva un guijarro, aquí, en el pecho!... Hace usted muy bien en revelarme la situación... delicada que la señorita Logrosán ocupa al lado suyo; esto me permite dar á usted un consejo útil. No evoque usted en ella recuerdos penosos, que le produzcan un desequilibrio moral; advierta que está atravesan-

do un período de renacimiento, que es preciso educarla, por decir así, de nuevo. Usted debe sondear su pasado, diestramente, con la prudencia del piloto que desea evitar las rocas submarinas, los escollos y arrecifes. Sin duda, ella tiene aficiones, conserva reminiscencias de su infancia; se las irá revelando á usted, sin esfuerzo, por poco que usted la ayude. De esta suerte, usted un día se considerará orgulloso de su obra y — añadió el doctor, sonriendo — puede que, en la obra misma, encuentre usted el galardón de sus sacrificios, ¡la completa satisfacción de sus esperanzas!

Fabio interpretó esta frase ambigua, en su sentido más lato. Por cierto que sería para él un glorioso triunfo, el coronamiento de la obra de resurrección que había emprendido.

Entre tanto, se puso á aplicar el consejo del doctor Lorena.

Había notado, más de una vez, que Malva poseía una educación excelente, modales discretos, sentimientos é inclinaciones nada comunes.

Un día, ella le observó que le gustaba la lectura, la música. Él le alquiló un piano, le procuró libros amenos. Desde ese instante, se esmeró en complacer todos sus gustos, y la felicidad de la joven repercutía en el corazón de él, con vibraciones deliciosas. Mediante el auxilio de la música, Malva reconstituyó algunos episodios de su pasada existencia. Había un trozo, especialmente, de fácil mecanismo, de género anticuado, senti-

mental y soñoliento, que ella ejecutaba con patética inspiración.

—¿Cómo llama usted eso? le preguntó Fabio una noche.

La niña cesó de tocar, se volvió á medias en su asiento, y dijo:

—Es una melodía italiana, *Tempi felici*...

Fabio se acercó.

—Diga *felichi*; la *c* italiana, delante de *e* ó *i* se pronuncia *ché*, *chí*: *se-li-chi*.

—*Felichi*, repitió Malva.

—Se me ocurre que usted ha aprendido esa pieza cuando era chiquilla, retozona, juguetona, alegre.

Ella se quedó un momento meditabunda.

Luego replicó:

—También he llorado.

—Esa es la vida, Malva, ¡un amisijo de risa y llanto!

La joven se pasó la mano por la frente.

—La mía ha sido un sueño, repuso; no sé, de veras, si lo que guardo, aquí, en la memoria, ha sucedido ó no.

—¿No conserva usted ningún recuerdo de sus padres?

—Hay dos épocas en una existencia, contestó la niña: la una clara y hermosa, la otra oscura y triste.

—Hablamos de la primera, insinuó Fabio: usted era feliz, entónces.

—Tenía á mis padres ¡qué mayor felicidad!

—Y cierta holganza, quizá cierto lujo.

—Es indudable que fuimos ricos; había una casa muy bien puesta, y muchos caballeros, muchas señoras nos visitaban. Después...

—Después... se presentaron días nebulosos.

—Y desertaron las visitas.

—Como siempre... Cuando la pobreza entra por la puerta, la amistad huye por la ventana... Me han dicho que el padre de usted, don Pedro, tenía un giro de especulaciones muy vasto.

—¿Le han dicho? interrogó Malva, sorprendida. ¿Y quién?

—Un señor que la conoce á usted bastante: don Fernando Merluza.

La niña se estremeció. Ese nombre describía un gran retazo del velo que ocultaba su pasado. Y los recuerdos acudían á su mente, en tropel. Como un paisaje lleno de sol, se le aparecía el cuadro risueño de su pretérita ventura; luego la ruina, súbita, implacable, la ocupación subalterna que su padre había debido aceptar en casa de los Merluzas, para asegurar á su familia el pan cotidiano, la ración de miseria de los infelices. Era toda una historia, de grandeza de alma y de egoísmo, de resignación y crueldad. Historia antigua como el mundo, la de los que vencen por el esfuerzo ajeno, la de los que luchan para que otros venzan.

Fabio escuchaba, suplicaba con la mirada ab-

sorta, ávido de saber. La narración era interesante, la narradora, gentil; ella no decía eso de un aliento, sino por períodos entrecortados, perdiendo á cada rato, y volviendo á encontrar la ilación de su discurso. En estas alternativas, la ansiedad de Sancta-Cœli rayaba en dolor físico; él bebía, literalmente, las palabras de la joven.

En los primeros tiempos, los señores Merluza y Compañía se habían mostrado, con el padre de ella, muy comedidos, muy cariñosos, muy pródigos de promesas halagadoras. Le habían prometido una plaza en la administración general, después de un año de noviciado en las bodegas. No había más que ver, jentrar á esa casa era tropezar con la fortuna! Eso le decían los patrones; los de afuera, algo distinto, que los Merluzas tenían el labio verboso y el bolsillo mudo. Él esperaba siempre, esperó ocho años mortales, viviendo catorce horas diarias en las bodegas sombrías, respirando polvo y gorgojo. Como era inteligente y activo, todo prosperaba en torno suyo, menos su propia condición. En su empeño por servir á sus jefes, solía cometer injusticias, exageraba la tara del trigo, eso hacía llorar á los pobres guasos; pero el rendimiento era fenomenal. Ella esperaba que Dios le habría perdonado tales abusos, inspirados por un celo y una abnegación increíbles.

Un día su padre cayó enfermo, para no levantarse. Había dejado en las bodegas toda la vida

de sus pulmones. Y hubo que soportar la miseria negra; el pan que comían era prestado. Los Merluzas parecían conducirse decentemente; su padre seguía recibiendo sueldo, y le habían anticipado recursos. La enfermedad fué larga; en el intervalo había muerto su madre, de privaciones, de vigiliass.

—¡Cuánta desolación! exclamó Fabio, enternecido.

—Fué una catástrofe. Para mayor desdicha, los Merluzas mandaron cobrar su crédito, los cuatrocientos pesos del anticipo, y el pago de la pequeña renta cesó de repente.

—¡Esos Merluzas eran unos bellacos! interpoló el arquitecto, sin poder reprimir un grito de indignación: ¡recogían con la mano izquierda lo que había dado la derecha!

—Lo mismo me figuré yó al principio. Más tarde supe que éramos objeto de una caridad anónima: ¡era el contador de la casa quien, de su propio bolsillo, servía el sueldo de mi padre!

—¡Hermoso rasgo de humanidad! prorrumpió Sancta-Cœli.

—Va á ver usted en qué dolorosas circunstancias llegué á saberlo. La muerte de mi madre había sido, para mi padre, un golpe terrible. Su estado se agravó, y yo perdí toda esperanza. Yo necesitaba dinero, el dinero me representaba la salvación de aquel ser querido. Como se pide limosna en la calle pública, me puse á mendigar

las cantidades que se nos debían desde los tiempos de nuestro esplendor. Algo conseguí; pero mi buena suerte coincidió con la repentina exigencia de los señores Merluzas. Era una noche á mediados de invierno. Mi padre estaba muy abatido; yo, como usted comprende, desesperada. Golpean en la puerta, era un empleado de aquella casa. Mi padre se incorporó á medias, preguntó: ¿Quién es? El empleado dijo que venía á cumplir una misión bien triste, á cobrar una suma.

— ¡Horrible cosa! murmuró Fabio.

— Á cobrarnos, señor, ¡á matar á mi padre!

— ¡Era una atroz crueldad, mortificar á un moribundo!

— El mensajero de los Merluzas estaba tan perplejo, como yo atónita y conturbada. Se escudó tras de su deber, era un simple instrumento, lamentaba lo que ocurría, lo lamentaba inmensamente, podían creerlo, de veras. Y me refirió que el contador había sido despedido ¡por resistirse á cumplir una orden tan dura! Agregó: que sus patrones estaban indignados con la ingratitud de sus subalternos, á quienes prodigaban sus favores; de la ingratitud de ese Logrosán, sobre todo, el niño engreído de la casa, destinado á encontrar ahí un porvenir seguro! ¡Qué escarnio, señor, ¡qué escarnio y qué vergüenza! Y hablaban de falta de honradez, ¡que no era decente ser tan ingrato!... El empleado se disculpaba de no poder seguir el ejemplo de su predecesor, de no poder auxiliar-

nos con una parte de su renta. ¡Fué entonces cuando, de boca de él, supe que el antiguo contador nos protegía!... Yo no podía tolerar que se pudiese en tela de juicio la honradez de mi padre. Herida en lo más sagrado de mi culto, en su probidad jamás puesta en duda, corrí á buscar mis penosos ahorros, y, poniéndolos en manos del emisario de los señores Merluzas, le dije, para justificar lo que me decía el corazón que era una imprudencia: Tome usted, llévese usted ese dinero, ¡no se diga que mi padre se lo ha robado! Después me he arrepentido de ese arranque de orgullo, y me ha quedado un remordimiento, ¡aquí!

Malva se había puesto de pie, se apoyaba en el piano, y de sus ojos salían gruesas lágrimas.

—Un remordimiento ¿por qué? interrogó Fabio, todo trastornado, en presencia de esa congoja retrospectiva.

La niña repuso:

—Yo no debí proceder de esa manera: ¡la vida de mi padre valía más que una suposición injusta, despreciable!... Dígame usted ¿no es verdad que debí conservar mi dinero, para salvarlo?

Fabio la miró fijamente, sin dar respuesta. Esa muchacha empezaba á ocupar en su corazón un sitio privilegiado. La miraba con dulce simpatía, como á un ser digno de protección y de afecto, como á una hermana.

Ella repitió su pregunta, y añadió:

—¿Qué habría hecho usted, en mi lugar?

Él protestó con viveza:

—¡Otro tanto, no le quepa á usted duda!

Hubo un momento de silencio, y Malva prosiguió:

—Mi padre murió, á los pocos días; lo enterraron en la fosa común. Yo caí enferma de gravedad, ¡nadie resiste á tales padecimientos! Apenas restablecida—no se cómo no me morí—mi primera idea fué alejarme de aquel pueblo, donde me consideré en peligro, no sé por qué causa. Durante mi convalecencia, don Fernando Merluza me había mandado ofrecer sus servicios, una pensión para vivir. Ese rasgo de generosidad póstuma me afligió, en vez de consolarme. En la mejor de las conjeturas, dicho ofrecimiento era una limosna, y la desgracia no había doblegado mi altivez lo bastante, para hacerme aceptar el pan de manos de mi verdugo... Quizá me guiaba el instinto. Siempre me faltó la experiencia, á pesar de mis desdichas. Á veces me encuentro demasiado severa, al juzgar á esos comerciantes. Mi padre era su deudor, y al cobrarle ejercitaban un derecho lícito.

—¡El ejercicio de un derecho puede ser un crimen!..... prorrumpió Fabio, con una exaltación que hizo temblar á la joven.

Ella se había puesto muy pálida, meneaba la cabeza, protestaba por medio de un ademán silencioso.

Luego, cual si se iluminase, de repente, un rincón oscuro de su pensamiento, balbuceó:

—¿De veras?... ¿De veras? En tal caso, añadió, con voz debilitada, en tal caso hubo delito, fué un gran delito el de aquella noche. . .

Y calló, volvió á pasarse la mano por la frente. Con mucha lentitud, continuó:

—Es raro, muy raro; parece que hubiera en mi existencia un vacío,... salvo que fuese una pesadilla.

—No es pesadilla, Malva, observó Fabio, con dulzura; lo que atormenta su imaginación es un suceso efectivo, un incidente fatal y tenebroso. Haga un esfuerzo de memoria, coordine sus ideas, ¡no sabe usted cuánta importancia tiene, para mí, la revelación que de usted espero!

Ella no pudo hablar, un dolor punzante le taladraba el cráneo. Pronto se sintió desfallecer, presa del síncope que le producía un trabajo excesivo de sus facultades mentales.

Fabio llamó á doña Dolores, quien acudió con un frasco de agua de toronjil y un terrón de azúcar.

Malva volvió á abrir los ojos, tuvo una mirada de dulce gratitud para esos dos buenos amigos que la Providencia le enviaba.

—¿Se siente mejor? le preguntó Sancta-Coeli.

—Gracias, mucho mejor.

Sin embargo, experimentaba una fatiga en todo el cuerpo.

Doña Dolores la acompañó á su cuarto, la ayudó á acostarse; en seguida, le sirvió una taza de té, bien caliente. Se había acostumbrado á tratarla con maternal cariño, y la joven era sensible á tanta ternura, aunque ignorase, de esta, los secretos resortes.

En el salón, solo, entretanto, Sancta-Coeli se había puesto á descifrar las últimas palabras de Malva, un verdadero enigma. ¿Se había referido ella al crimen de la calle de San Diego, ó simplemente al acto de crueldad de que había sido víctima su padre moribundo? Según todas las apariencias, al primero, á ese vacío que ella notaba en su propia memoria. Pero ¿qué analogía podía existir entre uno y otro?

Sobre la mesa, colocada en el centro de la sala, Fabio divisó un papel doblado. Era una invitación para asistir á la junta que celebraba el Consejo de la «Unión Fraternal» esa misma noche. Él la había olvidado, completamente.

— Aun tengo tiempo de ir, pensó, consultando la hora. Acababan de dar las nueve y media.

En la calle, reanudó el hilo de sus reflexiones.

Sí, ¿en qué se fundaba esa analogía? Una idea revoloteaba en su cerebro: el matador de José Arnaldo era inocente, relativamente inocente. Se había defendido, con demasiado alarde de fuerza quizás; pero, también, era difícil calcular la que basta á repeler una agresión repentina. Y el presunto culpable ¿dónde estaba? ¿Escondido, ex-

patriado, acosado por el medroso temor de ser descubierto? Era urgente activar la pesquisa. Se figuró que su misión era sagrada, doblemente. Ya no le atormentaban escrúpulos; la dificultad moral estaba resuelta.

—Mañana veré á don Amaranto, y, unidos, descubriremos á la Dorotea Lince: es preciso moverse cuando se aspira á vencer.

No se había movido mucho, en efecto, desde su regreso á Santiago; se había consagrado, casi exclusivamente, á restablecer la salud de Malva. El afecto que había ido cobrando á la niña, le había hecho olvidar el principal objetivo de sus afanes... y muchas otras cosas. Había pensado poco en su Mercedes, muy poco en Clara. Volvía á acordarse de ellas, con una sonrisa. Había tres mujeres alrededor de su existencia, como tres satélites girando alrededor de un sol, en órbitas desiguales. Pero su principal preocupación, ahora era continuar el proceso, hasta verlo terminado.

Renacía, en su ánimo, un interés impetuoso por esta causa.

Un moralista moderno habría criticado su conducta, no la habría estimado caballeresca, sino ridícula. Y á fe que es hoy un anacronismo, la caballería andante. El manco ilustre la exterminó con su *Quijote*, más de tres siglos há. Si volviera al mundo, ¡cuánto no deploraría haber compuesto esa obra! ¡Cuánto no sentiría su grande alma, viendo la triste posteridad de su ingenioso

hidalgo: unos pocos soñadores hambrientos, de escuálida catadura! Fabio de Santa-Coeli era una excepción, talvez; pero ¿los demás? ... La descendencia de Sancho Panza, en cambio, ¡cuán ufana y altiva! Llevaba un adoquín dentro del pecho, y el vientre de soberbia henchido, poblada la cabeza de ignorancia, y desdeñoso y petulante el labio. Ella, así y todo, era la soberana del mundo, usufructuaria exclusiva de sus riquezas, de sus goces y placeres. ¡Para ella las maravillas del arte, los tesoros de la ciencia, el ímprobo trabajo del vulgo vil! En verdad, si el ilustre manco volviese al mundo, ¡cuánto no deploraría haber compuesto su *Quijote*!.....

Fabio-*Quijote* llegaba á la calle de Nataniel, muy indiferente, por cierto, á lo que pensaran, de su conducta, los moralistas de hoy en día.

—Aquí viene nuestro tesorero, exclamó el presidente Solís.

—No se ha extraviado, entonces, agregó don Pablo de la Tordoya: ¡figúrese usted que íbamos á dar parte á la autoridad!

Él se excusó, alegó sus numerosas ocupaciones, trabajos que concluir, abandonados, durante dos meses de ausencia.

El presidente abrió la sesión:

—Los he convocado á ustedes, señores, con el objeto de examinar el estado de la caja, y acordar la inauguración de las fiestas de invierno

Fabio desechó un temor que le venía torturando: el de que se aludiese al proceso criminal.

Presentó sus cuentas; Solís propuso que se aprobasen, sin discusión.

Uno de los consejeros pidió la palabra; le ofrecían duda ciertas partidas.

—¿Qué significa esta imputación de treinta pesos mensuales á «doña Dolores Arnaldo?» Entiendo que el juicio está pendiente...

—Se ha mandado sobreseer, repuso Fabio, inquieto, á pesar suyo.

—Pero no de un modo definitivo, objetó el preopinante. Yo exijo que se elimine la partida, hasta que el Consejo resuelva.

—Si el Consejo no ratifica la inversión, yo respondo de la cantidad que representa, replicó Sancta-Cœli, altanero. Lo sacaba de quicio, el que se controvirtiese la escrupulosidad con que manejaba los fondos sociales.— Por lo demás, añadió, he desempeñado, con éxito feliz, el encargo que la Sociedad se sirvió conferirme, y espero que la sentencia de término vendrá pronto. Á mi turno, solicito que se aplaze la cuestión.

Solís apoyó el aplazamiento, que fué aprobado, salvo el voto adverso del consejero interpelante, el cual insistía en una resolución inmediata. Se le oyó murmurar que Fabio ejercía una verdadera dictadura, sobre el Directorio.

—En la primera ocasión, este señor será mi enemigo, pensó el arquitecto.

Y era verdad, en cierto sentido, que el joven gozaba de un influjo misterioso, en medio de sus colegas. Pero no se le podían atribuir mezquinos amaños. Los mismos consejeros le habían otorgado, con su ilimitada confianza, esa aureola de prestigio. Y la influencia de Fabio era como una emanación de su propia virtud, que se reflejaba en el corazón de sus compañeros, y volvía á él, robustecida por la libre adhesión de numerosas voluntades. Si eso era una dictadura, también la ejercitaba Solís, en igual ó mayor grado, pues el presidente de la Unión Fraternal era de aquellos caracteres cuya supremacía se acepta, no se discute.

Después de la sesión, Fabio y Ruperto del Carmen se vieron solos, un momento.

—¿Qué novedad? preguntó el segundo.

—Una novedad enorme, contestó Sancta-Cœli: he descubierto al principal testigo, y, dentro de un mes, tendremos algún desenlace. Entretanto, prudencia y discreción!

—Comprendo, comprendo muy bien, dijo el presidente. Le haré á usted una visita, me referirá los pormenores.

—Convenido...

La entrada de Sicorta, el gacetillero de *Los Ecos*, puso fin á este breve diálogo.

—Caballeros, muy buenas noches... ¿Y? ¿Para cuándo será la primera tertulia?

—Si no se presentan inconvenientes, para el quince del próximo mes, respondió Solís.

El periodista había sacado un libro de notas, apuntaba los datos.

Sin despegar la vista del mamotreto:

—Habrà baile, prosiguió, y concierto, como de costumbre... Ya estará acordado el programa...

—Tendremos, en el número dramático, una comedia original de nuestro consocio Pantoja, observó el presidente.

—¡Ah, ah! exclamó el de *Los Ecos* ¿Y qué nombre lleva ese fruto del parnaso indígena?

Solís no recordaba el título. El secretario de la "Unión", que recogía los papeles, esparcidos sobre la mesa, respondió por él:

—*Delicias del Matrimonio*, bufonada social, en tres actos y en prosa.

—No conocía el género, advirtió el periodista: de todas maneras, el título es malicioso é incitante. Y, á propósito de matrimonio y de las delicias del ídem, ¿saben ustedes que se divisa uno piramidal, en lontananza?

—¿Y quiénes son las víctimas? interrogó Solís, que había comprendido la idea de Sicorta, apesar de su disfraz carnavalesco.

—La novia es hija de don Misael, su buen amigo.

—¿Vanderpint?

—Exacto, la Merceditas Vanderpint.

Sancta-Coeli sintió en el corazón una punzada.

Desde que había una Merceditas de por medio, bien podía ser la suya. Era absurdo, pero

posible ¿No había dicho un padre de la Iglesia *Credo quia absurdum?*

Para él no había más que una Merceditas, en la redondez del planeta; una curiosidad invencible le dominó.

—Creo conocer á esa señorita, dijo: una joven alta, gordifloncilla, de encendidos colores, muy rubia...

—El revés de todo eso, rectificó Sicorta: porte mediano, tez mate, ojos pardos, pelo castaño oscuro, morena, delgada como una sílfide. Cojea del pie izquierdo, imperceptiblemente; una ilusión de cojera que, antes le añade, que no le quita gracia.

—Es la mía, dedujo Fabio.

La había reconocido en ese defecto físico, que él observaba por primera vez, con los ojos del pensamiento. Nunca lo había notado; creía que era un modo de andar y una gracia más de la joven, como lo había declarado Sicorta.

La idea de que ella iba á casarse lo hizo sufrir: era una traición. Recordaba que esa Mercedes había estimulado su ternura, con manifestaciones sutiles que, ahora, á él se le antojaban elocuentes. Y el desenlace previsto, vulgar, prosaico, de su poema de amor sin palabras, lo llenaba de confusión y de vergüenza. Se encolerizó consigo mismo, contra su estúpida timidez. ¡Vive Dios que había sido pusilámne y necio en esa aventura! Sus antepasados acostumbraban desafiar á los cielos y

la tierra, cuando salían á libertar á sus queridas de las garras de indómitos dragones, y él ¿qué había hecho? Extraviarse en una investigación judicial de poca monta, ¡sublime empresa, á fe de caballero! ¿Se podía ser más extravagante, más insensato?

—Si, señores, continuaba Sicorta, la Merceditas se casa con Hernán Dorilea, el hijo del *leader* conservador: es una alianza entre Capuletos y Montegos.

—Entre Güelfos y Gibelinos, más propiamente, insinuó Solís.

—Así es, afirmó el periodista: el diablo de la política los divide, y el dios del himeneo los reune.

Fabio se retiró, trabajado por un remordimiento de conciencia.

Llegó á su casa, se tendió en su lecho, vestido como estaba.

Extravagante, insensato, estúpido, toda injuriosa calificación le convenía.

Fabio Máximo Quinto, el invicto abuelo, clavaba en él una mirada severa, casi adusta. Él lo interpeló irónicamente, incorporándose, irritado.

—¿Qué me tienes tú que decir, egregio prócer? ¿Que soy un perfecto imbécil? Gracias, lo sabía. Eso no debería provocar tu enojo, sin embargo. ¿Qué hacías tú, en tu tiempo? Contemporizar con ese badulaque de Aníbal Barca, ¡en vez de salirle al frente, con tu corazón romano y tus legiones! ¿Quieres que te diga la verdad? Tú eres menos

que Flaminio, como yo soy menos que ese alcornoque, el novio de Merceditas. Y el alcornoque ha triunfado, ya lo ves, mientras que yo, ¡ni siquiera cuento con una derrota honorable! Y habría sido glorioso para mí, ¿entiendes tú, abuelo? habría sido glorioso para mí, renovar á Cannas, renovar a Trasimena. . .!

Y el joven permaneció largo rato, pensativo, maldiciendo su cortedad y cobardía, increpando también, á la suerte, sus golpes ciegos, y preguntándose por último, si el hombre, en su vanidad incorregible, no sería la miserable hoja seca que cae del árbol, se arrastra, sube, remolinea, impotente para trazarse un rumbo, dócil esclava de los caprichos del viento.

Fabio se acostó por fin, con el espíritu cansado de tanto raciocinar inútilmente. Se durmió, pensando en esa imagen de las hojas secas, que remolineaban, á impulso del vendabal. Luego, se vió en el centro del torbellino, cual un astro inmóvil; y las hojas secas tenían caras humanas, caras de mujer, bien conocidas. Y esas hojas, con sus rostros gentiles, graves ó risueños, gravitaban, sujetas á una irresistible atracción, al rededor del astro inmóvil, . . . como satélites, . . . en órbitas desiguales . .





CAPÍTULO X

Fabio vacila y Malva juzga

La "casa del crimen" permanecía desierta, y, por este motivo, don Amaranto Chupinza, su dueño, vivía en un estado de irritación constante. Después del lúgubre suceso que había dado al inmueble su triste notoriedad, el abacero y la modista que ocupaban las dos tiendas del piso bajo, habían trasladado su negocio á otra parte. Y la familia porteña que debía ocupar una habitación en el primer piso, había desistido, sin expresar razones, aun resignándose á perder el mes de arriendo, pagado anticipadamente.

La "casa del crimen", pues, permanecía desierta. El vecindario la contemplaba con horror, ahuyentaba á los inquilinos, refería cuentos de apariciones y fantasmas. En otra época, el sober-

bio edificio había causado envidia, había despertado una emulación casi malévola entre los demás propietarios del arrabal. Y su humillación era tanto más grande, ahora. Chupinza había modificado el frontispicio, suprimido las pilastras, cambiado el color chocolate por un matiz verdoso muy claro. Había alterado, también, el número de orden, poniendo el de la casa inmediata, con una letra mayúscula, para evitar toda confusión. Empero, la ominosa fama del inmueble parecía sobreponerse á las transformaciones; el claro matiz verdoso no había conseguido borrar el chocolate de otro tiempo, y la imaginación de los vecinos veía siempre las blancas columnas estriadas, que, antes, rompían la uniformidad de la muralla lisa.

Don Amaranto pensó que algo del desprestigio de la casa había salpicado al propietario, y resolvió modificar su propio aspecto. Derribó, con mano implacable, la augusta pera, el principal adorno de su fisonomía, y reemplazó el gabán grasiento, que usaba desde la Circuncisión hasta el día de San Silvestre, por un sobretodo de gutapercha, artística imitación de una prenda igual de paño fino. ¡Inútiles argucias de ingenio, que no lograban atraer arrendatarios: la «casa del crimen» crujía bajo el peso de su tétrica celebridad!

En medio de sus tribulaciones, Chupinza se había acordado de Dorotea Lince, la había buscado, inútilmente. Había concluído por deman-

darla ante el juzgado civil. La demanda tenía por base un contrato impreso, en treinta y dos artículos, todos favorables al propietario, como de costumbre. No faltaba ni aun esa cláusula ilegal é ignominiosa, que, haciendo del arrendatario un presunto pillo, lo obliga á ceder al arrendador la prima del seguro, en caso de accidente. ¡Condición deshonesta, que podría retorcerse contra el que la impone, pues la presunción de infamia, lo mismo que las demás estipulaciones de un contrato, debería ser, para ambas partes, equivalente y recíproca!

Don Amaranto había confiado su proceso á un procurador muy astuto, que conocía las artimañas judiciales al dedillo y poseía numerosas relaciones en todos los barrios de la capital. El procurador había pedido quince días de plazo, para encontrar á la Dorotea, y ese plazo estaba á punto de vencer, cuando, una mañana, Chupinza recibió la visita de Fabio de Sancta-Cœli.

El propietario se quedó mirando al arquitecto, unos pocos segundos. ¿Quién era ese señor?

—¿Usted venía por la casa? le preguntó, al fin, invitándolo á sentarse.

Era una idea fija, todo desconocido que se le presentaba le parecía un arrendatario en ciernes.

—¿No se acuerda usted de mí? dijo el joven.

—Aguarde usted, repuso Chupinza. . . . Sí, me acuerdo perfectamente don Santos don San . . .

—Sancta-Cœli.

—¡E..... so es! Y... ¿en qué puedo servirle, amigo mío?

—Le traigo una buena nueva, que acaso le interese...

—¡Alguien quiere arrendar! prorrumpió el propietario, con alegría. Y se echó á hablar, á torrentes, de las comodidades que ofrecía el edificio transformado, un verdadero palacio, digno de figurar en la calle de los Huérfanos, no en ese barrio inmundo. Había estado ocho meses con cartel de arriendo, y era una compasión todo ese dinero perdido. Sin embargo, él, su dueño, esperaba resarcirse de tanta pérdida injusta, había entablado demanda ejecutiva, por cánones deven-gados y lucro cesante...

—¿Contra quién? interrogó Sancta-Cœli.

—Contra élla, pues... la Dorotea Lince, la que me alquilaba la casa cuando cometieron ahí el homicidio.

—¿Ha visto usted á esa mujer, desde entonces?

—Nó, no la he visto, ni siquiera sé donde se oculta. Pero mi procurador se ha comprometido á encontrarla.

—Pues, señor, ¡yo he venido expresamente á avisarle donde vive la Dorotea!

Don Amaranto hizo un jesto de asombro.

—Sí, continuó el arquitecto, sé donde tiene su domicilio, y como usted me había manifestado el propósito de perseguirla ante la justicia...

—Posee usted muy buena memoria.

—...pensé que mi información podría serle útil.

—Mucho, y se la agradezco, de veras. ¡Le habrá costado algún trabajo rastrear la liebre!

Fabio le explicó que la había descubierto merced á los buenos oficios de una criada, á quien había ofrecido una propina.

—Aprovechemos la ocasión, don Amaranto, vamos á ver á la Dorotea, sin demora.

—No es preciso, replicó Chupinza: deme usted las señales y yo la haré notificar por un ministro de fé.

Fabio protestó; él necesitaba identificar á la Dorotea, don Amaranto la conocía, irían juntos á ver á esa persona.

El propietario hizo algunas objeciones; luego accedió, convino en acompañar á Sancta-Cœli en su diligencia.

—Á las dos de la tarde vengo por usted, dijo Fabio, al despedirse.

No habían transcurrido cinco minutos, y Chupinza vió entrar á su procurador. El agente judicial parecía muy satisfecho de los demás y de sí mismo. Sobre todo de sí mismo. Empezó diciendo que no había en los tribunales hombre más listo y avisado que él.

—Sí, señor, yo, donde pongo el ojo, pongo la bala. Le prometí que, en quince días, iba á desenterrar á la Dorotea. *Sicut dixi*, ya la tenemos, y

ahora va usted á ver cuanta habilidad he desplegado...

Chupinza lo interrumpió, con un gesto desdeñoso:

—¿La Dorotea? ¡Qué me dice usted! Hace ocho días que la he descubierto, ¡ya vé usted que no era una hazaña!

El procurador se incomodó, habían usurpado sus atribuciones. Desde que él se había encargado del pleito, no había para qué atropellar su mandato. Por eso, siempre salían mal los juicios, porque se embrollaban los procedimientos, porque se metían á dirigirlos personas inexperimentadas, ajenas á la "magistratura"...

—¿Me conceptúa usted incapaz de defenderme sólo? intercaló Chupinza, picado.

—De ninguna manera, señor; observe usted, con todo, la conveniencia de mantener la unidad del proceso.

--Justamente; y, por la razón que usted aduce, principio por revocarle el poder. El pleito acaba de tomar nuevo giro, ¡estoy en arreglo amistoso con la deudora!

Don Amaranto hablaba — mentía es la voz propia — de un modo tan solemne, que el procurador se inclinó. Sin embargo, no se privó de observar que era lástima abandonar ese juicio, una cuestión litigiosa preñada de tan interesantes peripecias.

—¡Ca! exclamó don Amaranto, ensoberbecido: yo me basto y me sobro para sacarla con bien!

A la hora convenida, se presentó Fabio, en coche.

Después, el carruaje rodó unos veinte minutos, y se paró frente á una casa antigua, de construcción española. El ancho portal abierto dejaba penetrar la vista hasta un patio empedrado de guijarros, en cuyos intersticios crecía, abundante, la yerba.

Fabio se apeó, hizo preguntas. Dorotea Lince no vivía ahí, sino en un cuarto vecino, con puerta á la calle, la primera hacia la izquierda. Esa puerta estaba entornada, el arquitecto la empujó suavemente. De la mujer á quien iba á buscar ahí, él se había formado un concepto antojadizo, el de una jamona rolliza, en el ocaso de su segunda juventud, de mirada vivaracha, muy ligera de piernas. Y se había imaginado que ella vivía en una habitación más ó menos decente, que poseía un ejemplar de esos salones presuntuosos y marchitos, donde, en los días de fiesta, repercute, chillona y discordante, la cháchara del medio pelo.

La realidad era otra, un mezquino cuarto enladrillado, y, en el centro, un brasero, con su tetera encima. Junto al brasero, la dueña de casa, una vieja canosa y paralítica, estaba tomando mate, devotamente. No se inmutó, al ver entrar á un desconocido. Fabio advirtió cierta limpieza en ese interior más que modesto; no había ahí nada que ofendiese al olfato, la aromática bebida había saturado la atmósfera con su perfume.

La vieja permanecía impertérrita; Fabio la interpeló, un tanto confuso:

— Señora, disculpe usted mi atrevimiento. . .

Ella lo interrumpió, entre dos chupetadas de mate:

—¿Porqué no se sienta? . . .

Había un sofá en la estancia, un triste mueble con una pata menos y las tripas afuera. Fabio lo contempló, receloso, y repuso:

—Es usted muy amable; prefiero estar de pie.

—Como usted guste. ¿Le sirvo?

Era lo que faltaba, ¡un *duetto* de mates entre don Fabio de Sancta-Cœli y doña Dorotea Lince! La situación era estúpida, en grado supino. Felizmente Chupinza llegaba, preguntando *si era ahí*.

El arquitecto afirmó con la cabeza, el propietario entró.

La vieja seguía chupando, impasible, y, á cada chupada, se le ahuecaban las mejillas, horriblemente. Por último el mate dió dos ó tres ronquidos, quejumbrosos, desesperados, fúnebres. Chupinza rompió el silencio:

—¿No está en casa la señora Dorotea?

—Soy yo, Dorotea Lince.

—Usted se equivoca, señora, observó cándidamente el propietario.

—¡Cómo! exclamó la vieja, encolerizada: ¿viene usted á decirme que yo... no soy yo? Y, dirigién-

dose á Fabio:—¿De dónde sale este tío? añadió, con desprecio.

No era una fisonomía vulgar, había cierta nobleza en sus facciones ajadas.

—Cálmese usted, señora, repuso Sancta-Cœli, en tono afable: es evidente que padecemos error, y no es usted la persona á quien buscamos; tal vez sea alguna parienta suya.

—¡Yo no tengo parientas de ninguna layal protestó la señora Lince.

—Zafémonos de aquí, don Santos, dijo Chupinza, estamos perdiendo el tiempo.

Pero Fabio tenía su idea.

—¿Conoce usted, señora, á doña Pancha Peralillo? preguntó.

—Ahora comprendo, rugió la mujer del mate: ¡cuando menos son ustedes receptores, y doña Pancha me los envía!

—Nó, nó, nó, interpuso Sancta-Cœli, no enredemos las cosas. . .

Ella continuaba, sin parar mientes en las objeciones del joven.

¡Vaya si la conocía, á la Peralillo, una perra ingrata, sinvergüenza, cochina! Ya se explicaba el engaño, esa intrigante le usurpaba el nombre para hacer de las suyas. . .

Don Amaranto no entendía jota de todo eso; más, para Fabio, cada palabra de la señora Lince era un rayo de luz.

—Estoy tullida, caballero, tullida, impotente

prosiguió doña Dorotea, yo había confiado á esa mujer la administración de mis caudales, y ha abusado de mi firma, me ha explotado de un modo escandaloso. ¡Y bonito oficio el que ejerce!

—¡Ah! murmuró el arquitecto, doña Pancha desempeña un oficio...

—Lucrativo y honrado, replicó la vieja, con ironía: ¡proveedora de carne fresca, de los libertinos de la alta sociedad!... Ha mancillado el nombre de nuestra familia, caballero, una familia respetable y respetada! Aquí donde me ven ustedes, soy prima, en grado próximo, de don Lucindo Argandoña, el senador...

—¡Bah! interpoló Chupinza, yo también soy pariente de tres diputados y un ministro; y ¿qué sacamos de ello?

Fabio se sonrió. Más de una vez había notado ese prurito de las personas de modesta fortuna, esa manía de invocar una encumbrada parentela. Y, por lo común, no se jactaban en vano; las veleidades de la suerte habían dispersado en opuestos sentidos, de la manera más estrafalaria y caprichosa, las ramas de un mismo tronco.

—Son muy legítimas sus quejas, señora, observó Fabio, y si doña Pancha Peralillo ha abusado del nombre de usted, en una grave cuestión que con ella tenemos pendiente, esté usted segura de que las pagará todas por junto... Podemos retirarnos, Chupinza... Señora, disimule usted la molestia.

—No hay de qué, caballeros... Y si topan con la pícara infame, ¡duro en ella!.....

—¿Á dónde nos dirigimos? preguntaba, momentos después, Chupinza á su compañero, instalados los dos en el coche.

—Va usted á saberlo muy pronto, fué la respuesta.

—¿Querría usted explicarme...?

Fabio soltó la risa; don Amaranto tenía el entendimiento bien obtuso.

—¿No vislumbra usted que voy á ponerlo cara á cara con doña Pancha Peralillo, con esa deliciosa mujer que firma *Dorotea Lince*, cuando se propone engatusar á ciertos propietarios... complacientes?

Don Amaranto abrió la boca, empezaba á ver claro en el enredo.

El carruaje se detuvo, Chupinza dió un vistazo á la casa; era un pequeño edificio, muy bajo, pintado, al temple, de azul chillón.

—*Misiá* Pancha anda en el comercio, contestó la criada, á la pregunta de Fabio.

El joven repuso, con impaciencia:

—Dí á tu patrona que, si se niega á recibirnos, volveremos con la policía.

—Me gusta su audacia, don Santos, insinuó Chupinza.

—¡Ay, amigo! replicó Sancta-Coeli ¡es preciso aullar para entenderse con los lobos!

Entretanto, la dueña de casa había dado orden

de introducir á esos señores, que se hacían anunciar con tal estruendo.

Doña Pancha se presentó; era una mujer entre dos edades, coloradota y no mal parecida, la jamona rolliza, vivaracha y ligera de piernas, que Sancta-Cœli había soñado. Y el saloncito, con su ornamentación desabrida y trivial, correspondía, aproximadamente, al barrunto del arquitecto.

La señora Peralillo saludó con afectación, tendió la mano á Chupinza: cómo estaba, tanto tiempo que no había tenido el placer de verlo.

—Presumo que usted vendrá á ajustar cuentas conmigo, añadió, con soltura; por ahí debió usted empezar, en vez de acudir á la justicia, de entablar ese ridículo pleito.

—Señora... señora, balbuceó don Amaranto, confundido, revolviendo el trasero en su sillón, hasta hacer rechinar los gastados resortes... señora, yo la he conocido á usted co... como Dorotea Lince; ¿querría usted... explicarme por qué se... llama usted ahora Pancha Pe... era... Peralillo?

El propietario era tímido, cualquiera emoción lo volvía tartamudo. La actitud de su interlocutora lo había acoquinado un poco.

Ella soltó la risa, francamente, bulliciosamente.

¡En lo que se iba á fijar el bueno de don Amaranto! Pues, si, bien podía ser que ella hubiese suscrito el convenio bajo aquel nombre, era el de una de sus tías, cuyos bienes administraba; estaba

tan hecha á firmar así, que hasta omitía la fórmula de costumbre, *por poder...*

—Es esencial, sin embargo, protestó Chupinza: esencial para precaver dificultades.

—Requisito supérfluo, sin importancia, objetó la señora Peralillo, fingiendo desdén; jamás he burlado las obligaciones contraídas bajo mi rúbrica.

Y de nuevo se echó á reir, con esa risa estrepitosa, impertinente, que atolondraba á don Amaranto Chupinza, y ponía á Fabio nervioso.

Ella continuó:

—Vamos á ver, señor mío, ¿cuánto le estoy debiendo? Si no le he pagado antes, no me eche la culpa; he ido á su casa en repetidas ocasiones, y no lo he encontrado.

—Es verdad, andaba ausente, afirmó Chupinza. Y, para su capote, seguro de recuperar el dinero perdido:—Esta señora es muy discreta, la vieja de allá la ha calumniado, no me cabe duda.

—Convénzase usted de que su demanda ha sido un proceder inútil, prosiguió misiá Pancha, ¡inútil y nada caballeresco!

Don Amaranto se disculpó, habló de los procuradores judiciales, que se abalanzaban sobre los procesos, como perros de presa. Esos ministriles, con tal de sacar piltrafa, eran capaces de armar camorra al mismísimo Padre Eterno...

Ella lo interrumpió, satisfecha; quería ser indulgente y perdonaba; veía que era posible arreglar las cosas como buenos amigos.

Chupinza estaba acorralado, completamente. El arquitecto, que presenciaba la escena, impasible, opinó *in pectore* que su compañero era un bodoque.

— Son nueve meses de arriendo, dijo el propietario, el mes de desahucio inclusive.

— Siete, rectificó misiá Pancha, y por haberme usted demandado, no le pagaré desahucio; toda falta debe recibir su castigo.

Y, como ella seguía riendo, don Amaranto se amostazó: si no se colmaban sus exigencias llevaría adelante el proceso, no había más que hablar.

— Transijamos en ocho meses, propuso la señora Peralillo, ya vé usted que soy generosa.

Don Amaranto accedió, de mala gana; lo hacía tan sólo para evitarse *trajines*, confiando en que se le abonarían perjuicios.

— ¿Qué perjuicios? exclamó ella, poniéndose muy formal: diga usted, ¿cuáles son esos perjuicios?

Sancta-Cœli veía á su compañero volverse chiquito, chiquito, disminuir de tamaño hasta convertirse en vil insecto, que *misiá* Pancha podía aplastar con el tacón de su bota.

— Pero hombre, hable usted, ¡diga usted qué perjuicios son esos!

— El daño emergente... la... la mala reputación de la casa... con motivo... de... de ese... crimen, susurró el propietario, sin atreverse á alzar la vista.

— ¿Y qué tengo yo que ver con la mala repu-

tación de su casa? gritó la señora Peralillo, irguiendo la cabeza: ¿querría usted hacerme responsable del suicidio que ahí se cometió?

Luego, cual si le pareciese una enormidad la nueva pretensión de Chupinza, se dirigió á Fabio, con voz candorosa:

—Yo he lamentado más que nadie esa desgracia;... tal vez usted sepa...

—Lo que todo el mundo, señora, respondió Sancta-Coeli. Por cierto que fué una desgracia muy sensible.

—Pero... también... ¡qué ocurrencia! Suicidarse por los lindos ojos de una costurerilla! Ya no se ven proezas semejantes... Y ¿qué habrá sido de esa infeliz? Era mi protegida ¿sabe usted? La descubrí vagando por las calles, sin Dios ni hogar, le encargué algunos trabajos de aguja, me refirió su historia. Era una señorita, hija de familia arruinada. Ya empezaba á crearse una posición independiente, cuando ¡zás! llega don Juan Tenorio y se mata por ella! ¿Dónde estará la pobre niña? ¡me gustaría volverla á ver!

—Usted habla de un suicidio, advirtió Fabio: falta probar que no hubo muerte violenta, causada por manos extrañas.

—El punto está resuelto; conozco mucho al secretario del juzgado del crimen, y, según él, hay suicidio evidente.

Hubo un prolongado silencio; Sancta Coeli dijo á Chupinza:

—Desearía estar á solas con la señora Peralillo... Si usted fuese tan amable... Puede disponer del coche...

Don Amaranto vacilaba: ¿qué secretos podía tener don Santos con esa mujer? ¿Y los cánones devengados... el lucro cesante... el daño emergente?... ¡Mil demonios, él no había venido á hacer una visita de cortesía!

Fabio insistió; no había nada que temer respecto del pago de los arriendos; la señora Peralillo había dado su palabra.

—Está bien, refunfuñó el propietario, usted me responde...

—Con mis bienes habidos y por haber, se lo prometo.

Al salir, don Amaranto dijo á *misiá* Pancha, con voz cómicamente severa.

—Si dentro de tercero día no ha cumplido usted su compromiso, la ejecutoria seguirá su curso; conquie ¡abur!

—¡Traza de tinterillo! murmuró *misiá* Pancha, haciendo una mueca de desprecio.

Fabio cerró la puerta, le echó llave.

—Así nadie vendrá á molestarnos, señora.

Ella dió un grito de angustia.

—¿Qué hace usted señor, quién le ha dado esa libertad?

Y se puso muy pálida.

El arquitecto prosiguió, socarronamente:

—No se asuste usted, señora mía, la precau-

ción que adopto es indispensable; se trata, entre usted y yo, de un negocio delicadísimo.

—Caballero, comete usted un abuso, un atentado contra mi debilidad. ¡Si se atreve usted á tocarme, pido socorro!

—Y usted señora, si no se está quieta en su asiento, exclamó el joven, irá derechamente á la cárcel, ¡como cómplice en el asesinato de José Arnaldo!

La señora Peralillo se tornó lívida.

—Es un pretexto, balbuceó, usted quiere violentarme; pero me defenderé. Y, volviendo á asumir su actitud burlesca:— Si usted ha venido á mi casa á buscar una aventura, sepa usted, caballero, que se extravía.

—¡Usted se extravía, usted no sabe lo que piensa! prorrumpió Fabio, indignado: ¡yo no vengo á decir chicleos á una rufiana, sino á pedir explicaciones á una mujer comprometida en un nefando crimen!

Presas del miedo, *misia* Pancha se había acurrucado en un rincón del sofá, y murmuraba entre dientes:

—Este hombre está loco, ¡la Virgen me ampare!

—¡La Virgen no ampara á los asesinos, replicó Sancta-Cœli, y usted lo ha sido doblemente: José Arnaldo y Malva Logrosán son sus víctimas! Arnaldo ha muerto; pero Malva, ¿qué ha hecho usted de ella?

—Esa niña desapareció, usted bien lo sabe... Ignoro que suerte haya corrido, ¡se lo juro!

—¿Lo ignora? Pues va á salir muy pronto de su ignorancia: la señorita Logrosán vive á mi lado, junto con la madre del bondadoso obrero, á quien usted bárbaramente sacrificó.

—¡Mentira! bramó la señora Peralillo, alzándose como una fiera.

—¿Por qué se enoja usted? ¿por qué se exalta? dijo Fabio, con irónica tranquilidad: ¿no me manifestaba usted, hace poco, el deseo de volverla á ver?

—Sin duda... pero es falso que usted haya encontrado á esa niña.

—¡Ah! comprendo, suspicaz señora: mi palabra no basta, usted necesita prueba. Aquí está la prueba, ¿la juzga usted suficiente?

Y el joven mostró á *misidá* Pancha un retrato que parecía recién salido del taller del fotógrafo.

Ella disimuló toda sorpresa y repuso:

—Me alegro infinito que Malva tenga tan buenos protectores, y francamente, la veré con el mayor agrado. Pero esa no es razón para que usted me arme una querrela injusta. Usted sufre un deplorable engaño si me cree cómplice de la muerte de ese obrero... La supe dos días después, ¡y fué profundo mi pesar, se lo aseguro!

—Aun cuando así fuese, replicó el arquitecto, con calma: la culpabilidad de usted no es menos efectiva, hay testigos que pueden establecerla.

—¿Testigos?

—Sí, la verdadera Dorotea Lince, por ejemplo.

—¡Una vieja demente!

—Eso... lo apreciará la justicia.

—Pero señor... ¿qué exige usted de mí? ¿cuáles son sus propósitos?

Sancta Cœli reflexionó un momento. Esa mujer, al cabo, podía decir la verdad; no existía la plena certidumbre de su participación en el delito. Que ella conocía al principal culpable, era cosa suficientemente probada; Fabio excogitaba el medio más cuerdo de extorcarle una confesión.

Ella, entretanto, miraba al joven, con el rostro contraído por la angustia; comprendía que se hallaba en un peligro inmediato y real. Las cavilaciones de su interlocutor le parecieron de buen augurio; ella aprovechó esa especie de armisticio para alegar su inocencia. Se defendió de las murmuraciones que menguaban su crédito, habló de las malas lenguas que interpretaban desfavorablemente sus actos generosos. Hasta para hacer el bien era preciso tomar precauciones, por cuanto la envidia y la mala fe adulteraban los designios más sanos...

—Quizá, habría un modo, observó Fabio, interrumpiéndola: un modo de atenuar su culpa...

—¡Diga usted, caballero! suplicó *misidá* Pancha, sumisa: resuelta estoy á servirlo, en aquello que más le agrade.

—Ya que la animan tan excelentes disposicio-

nes, vamos á celebrar un convenio ... Señora, ¿usted conoce al asesino de Arnaldo!

—Nó, señor, nó; ¡se lo juro, de la manera más solemne y sagrada!

—Déjese usted de estériles protestas, señora, exclamó el arquitecto, abandonando el tono benévolo que había asumido: para usted no hay nada sagrado, y sus juramentos carecen de valor. Yo le propongo á usted un pacto, simplemente, un pacto del cual la propia seguridad de usted es garantía. He venido aquí á saber el nombre y la residencia del asesino, y le prometo que no saldré de este salón, antes que haya usted llenado mi deseo. En cambio, me obligaré, personalmente, á no molestarla.

Ella negó, con exclamaciones y aspavientos; no podía confesar lo que no sabía; hasta entonces había vivido en la convicción de que se trataba de un suicidio.

Sancta-Cœli juzgó inútil hacer mayor gasto de civilidad.

—¡Es usted una infame embustera! prorrumpió, fuera de sí: una embustera infame, y créame, no se lo digo por adularla! ¡Usted conoce al asesino, más aun, es amigo suyo, y se llama Federico Villuca!

Ella se quedó atónita, un instante; luego repuso, calmosamente:

—Y si lo sabía ¿con qué objeto me atormenta?

—¡Ah! rugió Sancta-Cœli, exasperado: ¡conque

era él, conque no fué suicidio, conque se fragua un oprobioso complot contra la memoria de un desdichado y se pretende despojar á su santa madre del pan de cada día, sólo para salvar el pellejo del dignísimo señorito Villuca! ¡Confiese usted, señora, que don Federico y Moscoso forman con usted una admirable asociación de galeotes!

La señora Peralillo estaba anonadada.

—Yo haré lo que usted mande, dijo, en tono apenas perceptible, inclinando la frente.

—Le he dado á conocer mis exigencias, replicó el arquitecto, quiero saber dónde encontraré al asesino...

Ella le dió un número de la calle de la Compañía; y, como notase en la mirada de Fabio cierta expresión de incredulidad, insistió con vehemencia, se ofreció para acompañarlo, si tal era su deseo.

—Mil gracias, señora, prefiero ir sólo. Ahora, si usted no quiere complicar su situación, no dirá una palabra de nuestra entrevista á Moscoso, ni á nadie. Es muy posible que deba usted comparecer al juzgado, en calidad de testigo; pero nada tiene que temer, si es inocente.

—¡Del todo inocente, caballero!

—Hasta más ver, señora, terminó Sancta-Cœli, y no olvide las cuentas de don Amaranto Chupinza. Ese hombre puede hacer á usted mucho daño, si usted no atiende á su petición...

Era indispensable sorprender á Villuca, incontinente. La sinceridad de *misidá* Pancha infundía á Fabio recelos; esa mujer era muy capaz de dar al otro oportuno aviso, para que se pusiera á salvo.

El joven, acto seguido, se trasladó á la calle de la Compañía. En el trayecto, había ido preparando un discurso, un modo de entrar en materia, insinuante y baladí; enseguida el golpe, de grande efecto, que debía encontrar al otro desprevenido, que había de llenarlo de turbación y remordimiento, obligarlo á confesar su crimen, inevitablemente

El número señalado por *misidá* Pancha, correspondía á un edificio monumental y suntuoso. Sancta-Cœli se puso á contemplarlo, con ojo de perito; era evidente que ahí no vivía un Federico Villuca. La fachada, de orden corintio, ostentaba una exornación exuberante; en todos los claros, cariátides y altos-relieves, y en cada columna, del ábaco del capitel de acanto hasta la base del fuste, se enroscaba, cual serpiente, una guirnalda de flores, hecha de estuco. La misma profusión de adornos supérfluos, en el frontón y el arquitrabe; la misma falta de armonía y de estética en todas las partes de la pesada mole. Sea como fuere, esa construcción chabacana había importado mucho dinero, y... ahí no podía vivir un Federico Villuca. Toda la inspiración de Sancta-Cœli, el insinuante exordio, la peroración irresistible que debía ful-

minar al asesino, obligarlo á confesarse, contrito — todo eso se diluía, ahora, en un sentimiento confuso, de estupor y de desengaño, la creencia amarga de que la señora Peralillo se había querido mofar de su candidez. Veía claramente la estratagema; dando una falsa dirección, ella ganaba tiempo, disponía del necesario para prevenir al delincuente. Y á él no se le había ocurrido esa zancadilla, bien natural, sin embargo. Era uno de sus defectos, proceder con demasiada precipitación, en toda circunstancia importante. Se hallaba en la opuesta acera, y tenía la vista fija en un adminículo del monumento, en una diosa de turgente seno que soportaba una cornisa, á la entrada del portal. Sí, él era demasiado precipitado en sus decisiones; en adelante sería más precavido. Desde que Villuca no residía en esa casa, era inútil preguntar, ahí, por él. Resolvió marcharse; pronto cambió el giro de sus ideas. ¿En qué se fundaba para juzgar que la señora Peralillo lo había engañado? En el aspecto de un edificio; pero ese edificio decía, con elocuente precisión, la índole de sus moradores, burgueses enriquecidos, á todas luces. El matador de Arnaldo era burgués, también; esa idea trotaba en su cerebro. ¿Por qué le había dado *misía* Pancha tales señas, no otras? Sentía deseos de golpear, de interrogar, resueltamente. Nada podía perder, dando ese paso. Ya veía salir, á recibirlo, al dueño de la casa, lo oía preguntarle, con la arrogancia vulgar

del burgués opulento: ¿Qué quería? ¿qué buscaba? Y él, contestando, algo chafado, balbuceando su frase: ¡Á... un tal Villuca... asesino!... Y era una situación estúpida, soberanamente grotesca. Aunque Villuca fuera de la casa, perteneciera á la familia, ¿le irían á decir, con toda ingenuidad: Sí, señor, es aquí, siéntese usted un momento, vamos á llamarlo...? Claro estaba que lo ocultarían, fruncirían el ceño, replicarían, por fin, mostrándole la puerta: Usted se equivoca, señor, no conocemos á ese Villuca... á ningún otro Villuca...

Con todo, ese era el único medio de comprobar que *misiá* Pancha mentía: golpear á la puerta del palacio, pedir informes.

Llamó. En esa morada, no había Villucas, de ninguna especie. La sirvienta que había acudido agregó que era "recien venida", y que bien pudo haber, antes que ella, algun mozo, algun mayordomo de ese nombre.

—Eso es, repuso Fabio, con presteza—un concepto nuevo se presentada á su mente—eso es, indague si alguno de los empleados de la casa...

La criada se alejó, volvió á los pocos minutos. Sí, un tal Federico Villuca había estado ahí, de cochero; hacía una semana, próximamente, lo habían despedido por borracho. Era un sujeto de malas costumbres, que había tenido cuestiones con la justicia.

—Es mi hombre, pensó Fabio... Y, en voz alta, á la sirvienta:—¿No podría usted decirme dónde se ha refugiado ese truhán?

Como si aguardase la respuesta, ella replicó vivamente:

—Ha salido de Santiago; dicen que con dirección al Perú.

Era una contingencia imprevista. Al cabo, él se alegraba del contratiempo; así, su misión terminaría más pronto.

Dió unos cuantos pasos en la calle; de repente se le atravesó un escrúpulo, había omitido pedir el nombre de los dueños de la régia mansión. Era un dato necesario, desde que habría que tomar ahí algunas declaraciones.

Le incomodaba, con todo, tener que llamar, por segunda vez, á esa puerta.

Un muchachito que salía de la casa vecina le ahorró ese disgusto. Instintivamente, él lo interpelló:

—Mira, chico, ¿sabes tú qué familia vive al lado?

—Ey vive on Horacio Vandespines, señor. . .

—¿Vanderpint?

—Esué.

—Si será algún pariente de Merceditas, calculó el joven, desazonado, inquieto casi. Y, prosiguiendo su interrogatorio:—¿Don Horacio es hermano de don Misaël, sin duda?

—Hijo. . .

¡Extraña coincidencia: había venido á buscar al delincuente, á la propia casa del hermano de su Dulcinea!

Se quedó absorto, mientras el rapaz lo miraba, cariacontecido. Después añadió:

—¿Cómo se llama el cochero de don Horacio?

—Tito Meca.

—El más reciente. . . pero, ¿el anterior?

—No hay ninguno anterior; er qui hay es viejazo.

—De modo que el antiguo cochero no se llamaba Federico Villuca.

—Dende que yo nací, er cochelo se yama, ey, Tito Meca.

Los pensamientos de Sancta-Cœli se extraviaban; maquinalmente, él sacó una moneda:

—Toma, chiquitín, le dijo, toma, para. . . cigarros.

Y se echó á andar hacia arriba, con el espíritu en completo desorden.

Una colisión con un transeunte lo hizo despertar de su inconsciencia:

—¡Fíjese usted donde pisa, caballero!

—Di. . . disculpe usted, señor. . .

Y ayudó al otro á recoger los paquetes que habían rodado por tierra. Siguió andando, con más serenidad, ¿por qué le habían dicho ese embuste, en el grandioso palacio? Ahí había un misterio, indudablemente; ahí estaba el asesino oculto. Sus excogitaciones lo conducían muy lejos, á una altura inmensa. ¿Quién podía ser el criminal?

¿Qué vínculos de parentesco lo unían á la graciosa niña, á quién él, Fabio, amaba? ¡Quizá era el mismo hermano! No, tal hipótesis le parecía extravagante. Horacio Vanderpint era diputado al Congreso, persona de empinada situación política. . . Rememoraba el ruin aspecto de Villuca, de aquel pobre diablo que se paseaba una vez con Moscoso, en la Alameda. Pero... las más orgullosas familias tenían parientes desvalidos; y algunas se sacrificaban, por el honor del nombre. Por otra parte, no era admisible que *misiá* Pancha reclutara amistades en el gremio de los cocheros. . . Era su perplexidad tan intensa, que resolvió abandonar la pesquisa, en el acto, en ese mismo instante; no era justo exigir de él mayores sacrificios. . . En su imaginación, sin embargo, una idea loca adquiriría consistencia. ¡Si Horacio Vanderpint fuese el autor de aquel crimen! . . . Esta insensatez se volvía obsesión, en su cerebro perturbado. . . Horacio Vanderpint, asesino ¡a-se-si-no! . . . Y articulaba, silabeaba la voz fatídica, para convencerse de que la aproximación de esos dos conceptos era una cosa horrible, intolerable. La coincidencia, con todo, le ocasionaba espanto. Tener que perseguir al hermano de Merceditas, atraerse el odio de la adorada criatura, su maldición y su desprecio, ¡oh, toda la justicia del mundo no podía obligarlo á inmolarse hasta ese extremo! . . . Pero ¿quién le decía que tal suposición era cierta? Se golpeó la frente, de un modo brusco:

—Tengo un medio de saber la verdad, exclamó para sí: tengo aun dos medios, eficaces, indefectibles.

Sin embargo, el empleo de ellos ofrecía peligros. Si Horacio Vanderpint era el criminal, habría que entregarlo á la justicia. Á Fabio le significarían muy poco el alto puesto, la inviolabilidad parlamentaria, la situación de fortuna del delincuente. La única consideración que podía oprimirle el pecho, sería la honda pena que iba á causar á la gentil Merceditas. Mientras hubiera duda, él podía lavarse las manos, dejar que la justicia obrase por su cuenta. Establecida la identidad del reo, él necesitaba ir hasta el fin, aunque el cumplimiento de su deber le hiciera pedazos el corazón. Esa era la nueva fórmula del compromiso, que él había contraído con su dignidad, con su amor propio de hombre justo.

Era, en él, otro gran defecto, la irresolucion. Á veces no veía bien clara la línea recta de su conducta. El aspiraba á seguirla, siémpre, aunque hubiera de levantar montañas; pero, con frecuencia, perdía el rastro moral, caminaba á tientas. Experimentaba, ahora, un invencible deseo de saber, persuadirse de que Horacio Vanderpint no era culpable. En su cabeza, un acento insidioso repercutía: ¡Ese es el criminal! ¡ese es! Pero el corazón se le sublevaba, y él, entonces, trataba de probar lo contrario, por medio de inducciones y silogismos; se hacía el defensor del presunto reo.

Fabio no advertía que su defensa era ya una acusación, en toda forma. Veía al diputado Vanderpint, de pie delante de sus jueces, y él, convertido en abogado suyo: Ilustrísimo tribunal, la acusación del ministerio público es absurda... no necesito demostrar que es absurda... la alta investidura política del acusado, su categoría social, su carácter...

Empezaba á reconocerse dotes de orador, de jurisperito. El simple raciocinio no era nada, empero, comparado con las pruebas de hecho. Y de esas tenía dos, «eficaces, indefectibles.»

Apuraba el paso, no veía el momento de obtener esa convicción, que Horacio Vanderpint era inocente. Cuál fuera el verdadero culpable, poco importaba, por ahora. Lo único atendible era establecer una inocencia discutida: la del hermano de ella, del ídolo.

Había llegado á la plaza de Armas. En la esquina hay una fotografía. Fabio entró en el establecimiento; pidió unos retratos que le habían prometido. Días antes, había hecho sacar á Malva; le habían enviado una prueba, la víspera, y el anuncio de que podía pasar por otros dos ó tres ejemplares. En el momento de salir, dijo al dependiente:

—No diviso, en su «Galería Política», á un joven congresal que está haciendo papel, en la actual contienda.

—¿Herrera Córdova?

—No: Horacio Vanderpint.

—Aquí lo tiene usted, replicó el empleado.

Sancta-Coeli tomó la fotografía, se la echó al bolsillo, después de haber pagado su importe.

—Es para mostrarla á una señora, que ha conocido, en otro tiempo, al joven representante.

—El día menos pensado lo veremos de ministro, observó el fotógrafo; su discurso de ayer fué magistral...

De ahí, Fabio se dirigió á la Gran Sastrería Moscovita, situada á pocos pasos, en la misma acera. Le dieron la contestación que él esperaba: Horacio Vanderpint no se vestía en ese taller. No podía ser otra. El se reía interiormente de su puerilidad; ¡cómo si fuese posible identificar á un hombre por medio de un botón! En ese instante, se oyó una voz, desde adentro, una voz gutural que decía, en la lengua de Víctor Hugo:

—*Mais oui, Monsieur Laccroc, c'est bien notre client... cherchez à la page deux-cent-vingt du registre... dans le repertoire, là...*

Fabio comprendía el francés; su corazón latió con violencia. Pronto, un sudor frío le inundó las sienes: ¡el botón había hablado! ¡había declarado en contra del supuesto reo!

—¡Es absurdo! pensó el joven: ¡una nueva coincidencia y nada más! Eso se ha visto muchas veces, y hasta ha habido errores judiciales, famosos, por la igualdad de los indicios...

Tenía miedo, sin embargo, el miedo de los va-

lientes que husmean el peligro, pero no lo ven, é ignoran de qué lado vendrá, si de frente ó por la espalda, si de arriba ó del suelo que pisan.

Volvía á acordarse de Góngora, como de un refugio. Aun era tiempo de lavarse las manos, de entregar la investigación al juez competente. Pero él se sentía presa del vértigo de esa aventura, como si fuese un abismo. Y el acento insidioso seguía repercutiendo en su cabeza: Ese es el criminal, ese es. El temblaba, por ella, por el ídolo... no había más alternativa que inmolarlo,... inmolarse al ídolo ó ser cobarde. Fabio de Sancta-Cœli no podía ser cobarde...

La defensa de su corazón era más débil, ahora:

—¡Qué ridiculez, qué presunción más descabellada! Horacio Vanderpint no ha soñado con ese crimen...

El testimonio de su pupila iba á ser decisivo:

—Malva, ¿ha visto usted jamás á este caballero?

Ella examinaría el retrato, detenidamente, y después, su respuesta, un nó, categórico, rotundo.

Podría decir: Sí, me parece... Pero, en los retratos, era común confundir á una persona con otra.

Así, él apercibía argumentos, para las hipótesis más desfavorables.

Ni siquiera se atrevió á expresar la pregunta, en aquella forma directa, franca.

Colocó la fotografía en el álbum, y llamó á la niña:

—Elija un sitio, para usted, el que más le guste... Aquí, por ejemplo, junto á este buen mozo.

—¡Oh! exclamó Malva, ¿quién es mi compañero?

Y se inclinaba, para ver más de cerca.

—Un hombre público,... un célebre diputado,... repuso Fabio, anhelante.

Ella, irguiéndose, volviéndose á inclinar, á erigir:

— Yo he visto esa cara, prorrumpió, ¡estoy cierta de haberla visto!...

Sancta-Cœli, inquieto, repuso:

—Sí... sí, en la calle; aquí uno tropieza todos los días con las mismas caras... no es raro... absolutamente.

—Amigo mío, replicó la niña, con una expresión singular en los ojos:... yo he visto á esta persona en... mi casa!

Esta vez la prueba era certera, irrecusable.

Sin embargo, él todavía dudó; podía haber ahí un conjunto de circunstancias fortuitas, una casualidad, meramente.

Tomó á Malva de la mano, la condujo al sofá; se sentó al lado suyo, con una rodilla doblada que casi tocaba el suelo:

—Malva, ese retrato evoca en usted el recuerdo de aquella noche terrible, cuénteme usted... por favor!

Y la magnetizaba con sus ojos sedientos, le arrancaba, por fuerza, girones de frases, ideas in-

coherentes, contradictorias, y con ellas reconstruía el pasado, desenmarañaba la verdad.

La joven había llegado á Santiago sin recursos. Una amiga de su familia, esposa de un fundidor de metales, le había prestado ayuda; poco después ella conocía á José Arnaldo, que ejercía un oficio en la misma fundición. Era un mozo modesto, formal, laborioso. Tenía buena presencia, y sus sentimientos revelaban elevación de carácter y cultura. Ella no sabía cómo habían pasado las cosas; el hecho fué que, un día, el joven mecánico le declaró su cariño, le ofreció el hogar de su madre. La proposición era lisonjera, ella la había aceptado condicionalmente, había pedido plazo para madurar el proyecto. En el intervalo había muerto su protectora, y ella se había trasladado á un "conventillo", donde había alquilado una pequeña habitación. José iba á verla, casi todos los días, y no dejaba de insistir en su ofrecimiento, cada vez; ella contemporalizaba con sus deseos, quería juntar algunos ahorros. No abrigaba preocupaciones de ningún linaje; veía á un protector en ese artesano honrado; el matrimonio significaba la vida segura y tranquila.

En esto, se le había aparecido la Providencia, personificada en doña Dorotea Lince, una mujer de alta situación social, según le habían afirmado, que invertía su fortuna en fines caritativos. Se ocupaba especialmente en auxiliar á las doncellas honestas, á quienes una inmerecida desgracia

sumergía en la penuria y el abandono. La señora Lince le había proporcionado una habitación decente, ciertas comodidades. Ella había acogido, agradecida, el inesperado ofrecimiento, feliz de verse libre y sola, por cuanto, en la colmena que antes habitaba, era víctima de persecuciones, de insultos. Ella cosía, bordaba ropa de niños, para un gran taller, y cuando iba á dejar ó buscar trabajo, la seguían los mozos, algunos muy elegantes, que tenían traza de caballeros, y no lo eran. Ese... el del retrato, se distinguía por su insistencia; también, era más moderado, más discreto que los demás. En su nuevo domicilio, ella había gozado de una seguridad relativa. Era en altos, se subía ahí por una larga escalera. La puerta de calle permanecía cerrada; ella poseía una llave, y José otra. Una familia debía ocupar pronto un departamento del mismo piso, y ella la aguardaba impaciente; le producía zozobras, verse tan aislada, y esa era buena compañía.

Una noche había sentido pasos, en la escalera. Como de costumbre, creyó que era su novio. Se engañaba: era el joven del retrato. Había querido dar un grito, la emoción le había ahogado la voz en la garganta. Se había repuesto, empero, inmediatamente. El intruso no podía infundirle pavor, no tenía el aspecto de un malvado. Con toda entereza, ella le había suplicado que se retirase, y él, entretanto, declamaba requiebros, ofrecía su corazón, con una mímica elocuente. Todo ese

sentimentalismo la encontraba impasible; respondía, con frialdad, que no era dueña de su afecto, que se marchase, que no era propio de la hidalguía de un caballero, hallarse ahí á esas horas. . . . Había estado temiendo que viniese Arnaldo, que se encontrasen los dos hombres, se suscitase una querella. Fué lo que ocurrió. Su novio subía, lentamente. "Señor", había dicho ella al intruso, des-pavorida, "ocúltese usted, ¡no vaya á suceder una desgracia!" Él se resistía, fué un conflicto de unos pocos segundos. José penetraba en el pasadizo que precedía al cuarto. "Señor", volvía ella á ro-gar, "cierre usted la puerta, le diré que estoy en cama, que no entre!" . . . Era tarde, ¡Arnaldo se aparecía en el umbral! . . . Hubo, entonces, un in-tervalo de silencio angustioso. Ella tenía el cuer-po helado, helada la sangre; se había quedado inerte, creía que el cielo se iba á desplomar sobre su cabeza. Había balbuceado algunas palabras . . . "No conozco á este hombre. . . ." Estaba segura de haber intercedido por él, observando la mirada torva, preñada de ira, de su novio: "Déjalo que se marche, no me ha hecho daño alguno. . . es un caballero respetuoso, que venía á. . . ." Ella había querido inventar un pretexto plausible . . . Arnal-do la había interrumpido, gritando, lleno de fu-ror: "¡Es un canalla, un gran canalla, no saldrá de aquí sin el castigo que se merece!" Se produjo una riña tremenda; José iba embriagándose con su propio rencor, se había abalanzado sobre el

otro, movido por una exaltación inconcebible, lo golpeaba, lo zamarreaba furiosamente, despiadadamente. Las fuerzas eran desiguales: José, alto, robusto, fornido, centuplicado su vigor por espantoso coraje, y su rival, enjuto, enclenque, flexible y frágil, como una caña; valiente, sin embargo, pues se defendía con destreza, lograba desasirse, por momentos. En uno de ellos, sacó una arma de su bolsillo, dijo, desesperado: «¡Si me tocas, dispararé, suceda lo que suceda!» Ella, entonces, se había interpuesto, se había colgado del cuello de su novio; de un sacudón él se desprendía, volvía á embestir, con nueva furia. El otro vociferaba: «Señorita, usted es testigo, no pretendo ultimarlo, sino repeler el brutal ataque!» Ella, en sus esfuerzos por contener á su novio, llevado al paroxismo de la ferocidad, había caído jadeante, exhausta, medio muerta. En la inminencia del peligro, en la necesidad de evitar un asesinato, ella había encontrado aliento para precipitarse hacia afuera, á pedir socorro... Al poner el pie en el primer tramo de la escalera, había oído un disparo... había perdido el equilibrio; después... el aturdimiento del espantoso golpe... Despuntaba el día, ella se hallaba en un campo, extraviada, loca, probablemente. Una carreta la condujo al pueblo vecino... En seguida, había viajado en ferrocarril, ya empezaba á sentirse muy enferma, con fiebre... un delirio de verse acosada por hombres de ceño siniestro, que la querían matar...

—...Y, como por obra de encanto, concluyó la niña, me veo al lado suyo, en esta hermosa casa, ¡generoso amigo!

—¿Nunca le habló el pobre José de su buena madre? interrogó el arquitecto.

—Á menudo; yo debía visitarla por aquella época... Y agregé: ¡Desdichada mujer, cuánto no habrá penado, si no se ha muerto de dolor! ¡Me estremezco el pensar que yo, yo sola, he tenido la culpa de su infortunio!

—Malva, exclamó Fabio, la madre de José no ha muerto, está aquí, ¡mírela!

Doña Dolores había entrado, discretamente, poco antes, y lloraba en silencio.

—Usted... ¡usted! murmuró Malva, enternecida... Ahora me explico el intenso afecto que usted me ha inspirado! ¡Ah, señora, cuán culpable me considera usted, sin duda!

La señora Arnaldo la acariciaba, le decía entre sollozos:

—Nó, hija, nó, usted es un angel, todo ha sido obra de la suerte, ¡Dios lo ha querido así...!

— José estaba en su derecho, repuso Malva, al cabo de un rato; él creía que ese intruso pretendía atentar contra mi persona y mi dignidad... Pero el otro, señora mía, el otro no había premeditado su crimen, y está preso, tal vez, condenado á cárcel perpetua; y eso sería una injusticia horrible. Lo atacaban, se defendió, como pudo, porque era el más débil. Estoy segura de que no intenta-

ba matar á nuestro José, sino herirlo levemente; ahora que se despejan mis ideas, veo la escena con perfecta claridad y precisión. El otro amenazaba, quizá en la lucha salió la bala traidora...

Doña Dolores movía la cabeza... le habían muerto al hijo, violentamente; Dios lo había dispuesto en esa forma; pero ella, respetando la voluntad divina, no podía consolarse...

—Sea usted misericordiosa, rogó la señorita Logrosán, juntando las manos: Dios le ha quitado un hijo... le devuelve una hija... Yo seré la suya... ¡madre!

—Perdono... tiempo hace que he perdonado, repuso doña Dolores... pero ¡yo no puedo torcer el brazo de la justicia!

—¡La Justicia! La justicia! prorrumpió Malva consternada... ¡La justicia se ha cumplido!

Fabio no sabía qué decir; no se daba cuenta de lo que pasaba.

—Está preso, prosiguió la niña, preso y encausado, ¡condenado quizá!

Sancta-Cæli hizo una señal negativa.

Ella replicó:

—Sin embargo, lo cogerán, lo meterán á la cárcel, todas las apariencias lo acusan... Es preciso salvarlo, señor; ó á lo menos, que se le disminuya la pena... ¡Ya habrá purgado su falta con acerbos remordimientos!

Fabio estaba aturdido; no juzgaba al mundo ni mejor ni peor que lo que realmente es; pero esa

abnegación le parecía sublime hasta la demencia; esa criatura se le presentaba como un espíritu extraordinario y sobrenatural.

El habló, por último, pausadamente.

—He dicho á usted, amiga mía, que ese joven es un hombre público, un diputado...

—¡Ah! sí, en efecto, usted me lo afirmaba, hace poco. Razón de más para no perseguirlo... Si es necesario, declararé en su favor... ¡Basta ya de desdichas por culpa mía!

Él meditó breves instantes; el designio de Malva lo ponía en un espinoso dilema.

—¡Prométame usted que contribuirá á salvarlo! insistió la joven, viendo á su interlocutor indeciso.

Entonces, Fabio de Sancta-Cœli se levantó cuán grande era, y sin énfasis, solemnemente, tristemente, repuso:

—Lo salvaré, Malva, puesto que usted me lo pide...

Y desarrollando su pensamiento en su foro interno:

—Lo salvo... ¡pero yo me sacrifico!





CAPÍTULO XI

Perfil de filántropo

La *burguesa*, hija de la Revolución y de Sancho Panza, ha marcado al siglo décimonono con el sello de su vulgaridad.

El siglo de las luces—del gas y de la lámpara eléctrica—habrá sido un siglo burgués.

¿Qué será el siglo veinte? Anárquico tal vez, ó socialista, si la democracia no toma, á tiempo, las riendas del gobierno del mundo.

Aun cuando cada país posee su burguesía, ésta no constituye nación en parte alguna. El fenómeno se concibe: la burguesía es colectividad, pero no es casta; no forma, como la democracia ó el patriciado, una entidad homogénea, creada por vía de selección, y dotada de cualidades típi-

cas. No existe, en la burguesía, comunión de ideales; solamente hay, ahí, singularidad de ambiciones, solamente defectos comunes. Á semejanza de los lobos, los burgueses obran de acuerdo en la conquista de una presa; se comen unos á otros, cuando llega el momento del reparto.

La burguesía es cosmopolita; más, no en todas las latitudes desempeña idéntico papel.

Según Flaubert, Balzac y Emilio Zola, la burguesía francesa es un personaje bufo, con sus ribetes de cinismo, de fatuidad y de astucia.

La burguesía inglesa, si no mienten Dickens, Tháckeray y Nataniel Háwthorne, hace las veces de una mojigata bonachona, que oculta sus extravíos morales, bajo una máscara de *respectability* y de *cant*.

Sin embargo, en esas dos insignes naciones, la burguesía es algo más que el histrión grotesco é hipócrita, que sirve de pasto á la mordacidad del ingenio. Avara consigo misma, servil en presencia del grande, presuntuosa y cruel frente á los humildes, la burguesía del Sena—ó la del Támesis—con motivo, quizá, de su posición subordinada é insegura, tiene que buscarse la vida en el trabajo, y hacer ahorros para la edad provecta. Y, en esa lucha por la existencia propia, contribuye, si no al desarrollo intelectual y moral, siquiera al progreso material de su país.

Desdeñada por la aristocracia de la sangre, por la del corazón y del talento; hostilizada por la

democracia, que la combate como á una peste, la burguesía del viejo continente ocupa, en su nativo hogar, la situación de un leproso rico, y necesita hacer desesperados esfuerzos de músculos y de puños, para mantener su predominio social. Pero, si la burguesía de Europa sufre persecución y menosprecio, en cambio, en el mundo de Colón, yergue la cabeza, con toda la estúpida altanería de su vanidad é ignorancia. El burgués, he ahí el caballero andante de la América igualitaria y liberal.

Aristócrata sin antepasados ni tradiciones, tiene, amén de sus característicos vicios, la pluralidad de los de su congénere europeo. De ordinario, éste no presume de prosapia antigua; se contenta con adular al amo, en sus barbas, explotarlo por detrás y maldecirlo *in pectore*. El burgués ultramarino—que diría un español—apenas ve repleta su bolsa, reivindica una procedencia ilustre, y se alza, soberbio y gigante, sobre la muchedumbre de sus hermanos menos favorecidos por la suerte.

Los espíritus verdaderamente nobles son sencillos, y, en su trato con los infelices, disimulan toda superioridad, todo orgullo. Espíritu vulgar y complejo, el burgués mira con arrogancia al pobre; ave de mala ralea, emporca y abandona el nido donde se abrieron, á la luz, sus ojos.

La burguesía que florece en las márgenes del Potómac, ha sido magistralmente descrita por Marc Twain. Menos ridículo que el burgués de la América Meridional, cuyos abuelos estuvieron

en Numancia y Sagunto, el *yankee* juzga su presunción satisfecha cuando, por unos pocos *dollars*, un genealogista lo hace descender de los peregrinos de la "Mayflower", ó cuando, á fuerza de millones, consigue, para una de sus hijas, algún representante marchito, de tronado, exótico blasón.

Ningún Marc Twain chileno ha reproducido las facciones de nuestra burguesía. Tal ó cual criticastro extranjero ha venido á asomarse á nuestras ventanas: el fruto de sus apreciaciones sobre nuestras costumbres, fatalmente ha resultado aborto.

Un país que se respeta, no admite que su modo de ser sea sometido á extraña jurisdicción.

En Chile, por desgracia, carecemos de crítica social; un Marc Twain de la burguesía chilena tendría que vencer muchos obstáculos, destruir preocupaciones porfiadas, enmendar graves errores.

Y sería una obra curiosa, la que nos permitiera seguir á nuestro burgués paso á paso, desde su nacimiento hasta su edad mayor; ver con qué contingente infinitesimal de virtudes, de energía y de sacrificios, ha contribuído á nuestra gloria y cultura, con qué indiscernible influjo ha ayudado á nuestro engrandecimiento material.

No poseemos esa obra; podemos presumir lo que ella sería, en sustancia:

"La burguesía ha reinado en Chile tres cuartos de siglo, sin interrupción ni contrapeso. Ascendió al poder el mismo día en que nuestros mayores

—los valientes anónimos, los héroes ignorados— abrieron, con la punta de sus bayonetas, hondo surco en el suelo propicio, y ahí sembraron, con sus manos callosas, la semilla fecunda de la Libertad. Ascendió al poder, al despuntar el alba de nuestra emancipación política, y dispuso, desde el primer instante, de cuantos elementos objetivos son necesarios para realizar la dicha y la prosperidad de un noble pueblo.

"Dispuso de una tierra vasta y fértil, abundante en aquellos tesoros que sabe multiplicar el trabajo; dispuso de una raza robusta, inteligente y dócil—la raza de donde ella misma había salido—y esa raza ha podido ser, en sus manos, irresistible instrumento de grandeza y de felicidad.

"Si á tan favorables circunstancias la burguesía hubiese añadido algo propio, una chispa de genio, un átomo de cordura, un escrúpulo de abnegación y de civismo, ella habría logrado, fácilmente, hacer de Chile una democrática Helvecia, una industriosa Inglaterra, una Francia genial y caballerisca, defensora del derecho y de la justicia.

"¿Cómo ha cumplido nuestra burguesía su misión? Los antecedentes nos faltan: no existe de su labor más testigo que la literatura oficial. Y esa literatura, la única que poseemos, voluminosa é inútil, insípida é indigesta, no ofrece una sola información fidedigna, capaz de servir de fundamento á una crítica serena y franca. Por cierto,

ahí, en una serie de hiperbólicos ditirambos, la burguesía se atribuye la suma de nuestras adquisiciones, en el orden físico, intelectual y moral. Obra suya es todo lo que somos, obra suya todo lo que valemos. No dice que el sol, la luna y las estrellas son fruto de su creadora iniciativa; pero es muy posible que lo piense; á lo menos así lo da á entender.

«La burguesía, dueña en este país de todas las trompetas de la fama: cátedra, prensa y tribuna—dueña, no porque las sirve con sus luces, sino porque las sostiene con su dinero—ha proclamado *urbi et orbi* sus propias alabanzas, quemado incienso ante sus propios altares. Vamos á investigar, con ánimo tranquilo, hasta qué extremo son justos los aplausos que á sí misma se prodiga.

«Sin duda, nuestros anales militares son un poema de victorias, como, tal vez, no ha escrito igual, ningún otro pueblo de la tierra. Pero ese glorioso canto no es obra de la burguesía. La pusilanimidad burguesa mal se aviene con la magnanimidad de nuestro soldado. ¿Qué deben, entonces, á la burguesía, nuestra marina de guerra y nuestro ejército? Responda todo el escalafón, de capitán á paje, de recamado general á mal vestido recluta.

«En nuestras ciudades, hay unos pocos monumentos, palacios, estatuas y jardines; caminos de hierro cruzan nuestros campos, numerosos bajel-les nuestros mares. De nada de eso tiene la culpa

el burgués. Lo estableció, violentando la tenaz rutina burguesa, la inspiración de algún Presidente patriota, unida á la inteligencia extranjera, unida al brazo del artesano nacional.

"Hombres de bien han alargado mano caritativa al necesitado y al doliente—no eran burgueses, ni fueron gobierno; no han hecho el papel de aristócratas, ni mostrado vanidad ó ambición. Han llevado una vida oscura, han practicado la misericordia en silencio. Rothschild, en Francia, no ha sido nunca ministro; y, cuando da un millón á los pobres, nadie lo sabe. Nuestro burgués, cuando da cinco pesos, lo anuncia en sus periódicos. La caridad anónima es la única verdadera.

"La beneficencia particular es planta que todas las aristocracias cultivan; las artes, las ciencias y las letras, son honrosas especulaciones que todas las aristocracias estimulan. Así contribuyen éstas, con su individual influjo, al gobierno de su propio país, á morigerarlo en sus costumbres, á aumentar su ventura, su prestigio y su gloria. Nuestra burguesía no ha mostrado esas generosas propensiones—lo cual prueba la clase de aristocracia á que pretende.

"Por contagio de nuestros amos, todos los chilenos tenemos algo de burgués; y, por espíritu de imitación, hemos introducido, de Inglaterra, el individualismo, la *respectability* y el *cant*. Estas dos últimas voces son intraducibles á nuestro idioma—*respectability* no es respetabilidad, ni *cant*

modestia—pero las dos máscaras de virtud que ellas designan, tienen equivalentes en nuestros hábitos sociales. Nuestro individualismo, con todo, le lleva puntos de ventaja al individualismo del inglés. Hasta mediados de la presente centuria, la *respectability* y el *cant* habían mantenido á la Inglaterra en la ilusión de la moralidad de sus hijos. Más, en ese país, donde el patriotismo se practica bajo todas sus formas, hubo ciudadanos abnegados y audaces que acometieron la empresa de desengañar á la opinión pública. Talbot, Thwaite, los doctores Ryan y Bush, la filantrópica Miss Nightingale, después de prolijas investigaciones personales, y de estudios *in anima vili*, mostraron las llagas de la alta y baja sociedad, en toda su repugnante desnudez. Cayó la máscara, y la *respectability* y el *cant* doblegaron la humillada frente. Entonces empezó una campaña regeneradora, que unió á los grandes corazones en el propósito de combatir la miseria y el vicio. Se formaron infinitas sociedades particulares que se impusieron la humanitaria tarea de purificar las costumbres; el resultado ha sido tan hermoso, que ha sobrepujado á las más risueñas esperanzas. Si los árbitros y conductores de nuestra vida civil quisiesen acercarse al pueblo que gobiernan, imponerse de su inmerecido abandono, palpar la ruin existencia material y moral en que se pudre, quizá tendrían ocasión de contemplar, en Chile, lo que vió Thwaite en las zahurdas del Wápping, lo que

vió Tálbot en los lupanares de Lambéth. Pero, ¿qué se atreva alguno á señalar nuestros vicios, á afirmar que somos un pueblo desgraciado, inconscientemente desgraciado! "¡Calle el mentecato sin patriotismo!" el burgués exclama, "calle y no ofenda á nuestra culta sociedad!" Como si no hubiese, en Chile, más sociedad culta que la suya, la del burgués. Á veces se muestra irónico, y dice, al pobre amigo de la verdad, que denuncia los males de la patria con valentía: "¡Váyase el hombre puro, á un país donde no haya oligarcas, aristócratas ni agiotistas, no sea que se contamine con nuestro indiferentismo y nuestra corrupción!" El burgués ignora ese más alto concepto del amor patrio, que consiste en denunciar las llagas del pueblo, para que se conozcan y se curen. ¡Ignora esa más alta expresión de la humana virtud que consiste en confesar toda la verdad, aunque sea dura, y en enseñar á hacer el bien, para que la verdad sea decente y no se sonroje!

"Si nuestra burguesía, en la esfera de acción individual, no ha hecho nada, ¿qué ha realizado en la esfera de acción gubernativa? ¿Ha fomentado el trabajo en sus manifestaciones múltiples, estimulado la industria, abierto nuevos horizontes á la viabilidad marítima y terrestre, protegido la iniciativa del artesano ó del artista, robustecido los emprendedores impulsos del genio laborioso y entusiasta? Contesten los centenares de ciuda-

danos que han querido dotar á su país de talleres y manufacturas; contesten y digan la incontrastable barrera que ha opuesto la burguesía á la realización de esos ensueños.

"¿Ha aplicado, acaso, á nuestro organismo económico, sanas y benéficas doctrinas para que, en la distribución de la riqueza, reinase la equidad soberana?

"Lo contrario es lo que consta. Consta que, para cohonestar el curso forzoso de la moneda fiduciaria, la burguesía ha sustentado teorías económicas perturbadoras y funestas, ha declarado que un pueblo no puede consumir más de lo que produce, á pesar de que Chile, desde hace largos años, viene siguiendo ese camino tenebroso. La burguesía librecambista, para no gravar el lujo que ella consume, ha sido rehacia al proteccionismo industrial, que habría hecho de nuestra patria una nación grande. Con el curso forzoso, patente signo de nuestro exagerado despilfarro, la burguesía ha girado letras sobre el porvenir, descontándolas á vil precio, al precio del billete inconvertible. Mediante engañosos artificios ha dilatado la hora de la liquidación definitiva; y será un día fúnebre aquel en que el porvenir cobre sus créditos, por la totalidad de su valor.

"En ochenta años, la burguesía ha recibido del contribuyente chileno, cerca de ochocientos millones: valdría la pena saber en qué les ha invertido. ¿En atender la higiene pública, en

disminuir las causas de muerte, en propagar los medios de conservación de la salud? Bajo la fe del juramento, nadie sería bastante audaz para afirmarlo.

"¿Qué ha estado haciendo, entonces, la burguesía en el poder?

"No se puede gobernar á hombres libres, sin vivir con ellos en íntimo consorcio. Por una extraña inconsecuencia, nuestra burguesía administrativa, originaria del pueblo, ha abierto entre ella y él un abismo, ha perdido de vista el origen y el objeto de su elevación. No ha conservado más memoria que la de la escala por donde subió á tanta altura, la escala del dinero. Un burgués cualquiera, tan pronto como ha juntado unos cuantos pesos en el tráfico de valores ficticios—su especulación favorita—al punto aspira á los honores oficiales, cual si el gobierno de un país fuese un juego de bolsa. ¿Por qué, dice, no habría de ser él apto para manejar la hacienda común, cuando tan acertadamente ha sabido dirigir su propia fortuna? ¿Por qué no habría de ser una cartera de cheques, lo mismo que una cartera ministerial?

"La manía del poder no es tan sólo inherente al burgués chileno. Un personaje de comedia extranjera, mercader enriquecido en el comercio de trapos, urde una intriga de la que espera salir convertido en par de Francia. Confía á un amigo sus expectativas y sus dudas, y aquél res-

ponde: "Paréceme muy natural, compadre, muy
" natural y muy justo; tanto has medido quimo-
" nes, bayetas i mezclillas, que, á estas horas, de-
" bes de tocar primorosamente el violín."

"Como el burgués de Francia, el chileno algo
tiene también... de Paganini. En realidad, nada
ha inventado, á no ser el dilettantismo político,
y el feudalismo del sombrero de copa. Y, toda-
vía, es muy dudoso que tales inventos sean su-
yos, originales.

"La burguesía ha escalado el poder, con el fin
de disfrutar de las grandezas de éste, y ha deja-
do al pueblo que se morigere y custodie por sí
solo. Para no imponer gravamen á su iniciativa
ó su bolsillo, nuestro burgués ha instituído el so-
cialismo de Estado, en la enseñanza y en la in-
dustria, en la beneficencia, las letras y las artes.
Ha descubierto así el mejor modo de practicar
las obras de misericordia sin sacrificio: valiéndose
del dinero de los demás.

"Suele algún escritor patriota, de los pocos que
vegetan, pobres criaturas desdeñadas, en medio
del materialismo que nos corroe, suele algún es-
critor patriota romper tímida lanza en defensa
de nosotros, pueblo infeliz. En el acto, la voz ai-
rada de la prensa burguesa, ruge amenazadora
y formidable: "¿El pueblo? ¡Niño mimado y hol-
" gacán, que gana un salario enorme, vive en ple-
" tórica abundancia, y posee dinero sobrante con
" que alimentar todos sus vicios!" Pero... señor.

los... los vi... vicios lo ani... lo aniquilan, balbucea nuestro paladín. Y el burgués, con voz estentórea, responde, preguntando: "¿Por qué no imita el pueblo el ejemplo de moralidad, de educación, de virtud austera, que le damos *las clases ilustradas?*" "(¿Desde dónde, Dios nuestro, desde dónde?)... Y sigue el diálogo: "¿Que es ignorante? ¿Por qué no aprende; no tiene escuelas gratuitas? ¿Que se enferma? ¡Pues, diríjase á los hospitales que ha fundado *nuestra filantropía!*"

"Cierto, en Chile la educación es gratuita... para el burgués que la aprovecha, no para el pueblo que la costea. Cierto, la beneficencia es gratuita; pero, como no hay más beneficencia que la pública, he ahí otro servicio burgués, que el pueblo paga de su peculio.

"Si nuestra burguesía, así como ha copiado, de la Inglaterra, la *respectability* y el *cant*, hubiese prohijado, al mismo tiempo, su patriotismo práctico, quizá, en vez de lapidar al paladín del pueblo, habría ido á visitar á este último, en sus pocilgas; habría formado esas valientes sociedades, protectoras del obrero, de la mujer y de la infancia; habría difundido discretamente el bien, y discretamente cosechado sus exquisitos frutos. Pero no: la miseria y sus tétricos colores no son espectáculo digno de la *respectability* y el *cant* de nuestra burguesía. La reina de Inglaterra puede leer las horripiladoras estadísticas del doctor Ryan, conmoverse y acudir á la cabecera del pro-

letario desvalido, llevarle socorros y consolarle con la lectura del Evangelio; la burguesía chilena es demasiado aristocrática y pudorosa para descender á tan ruín oficio. Y sin embargo, el extranjero—grande ó pequeño—que ama á nuestro país, y nos desprecia—á todos, por lo que tenemos de burgués—nos reprocha el lujo de nuestras mujeres, y la precocidad de nuestra juventud. Nuestras doncellas, observan, se visten como señoronas casadas, y pasan su tiempo en frívolas ocupaciones. No sabemos qué contestarles, cuando nos preguntan dónde están, entre nosotros, esos años de gracias juveniles, que forman larga era de transición entre la niñez y la mayor edad. Nuestro elemento femenino pasa de los catorce años á los treinta, de golpe. Y nuestros adolescentes no hacen nada útil. He ahí lo que piensa el extranjero, que nos ama por caridad, y nos desprecia por lo burgueses. No escribe su opinión, impedido por la cortesía; pero la expresa en los círculos de confianza. Por otra parte, los padres de familia enseñan á su progenitura que todo se puede hacer, que sólo hay cosas que no se pueden decir. Y el niño no aprende á confesar la verdad, sino á disfrazarla; no aprende á defender la justicia, sino á escarnecerla. Mientras no imitemos á la Francia en la hidalga confesión que hace de sus pecados, prevalecerán entre nosotros el disimulo y la mentira. Pero hablesele, al burgués chileno, de la Francia: "¡Qué país tan corrompi-

do!" Para nuestro burgués, la Francia no es sino la patria de la *cocotte* y del *can-can*. Ignoran que ahí el vicio sólo está en la epidermis de la cara; la virtud, en cambio, en el cerebro y en el corazón. Es natural que ahí la virtud se esconda; de otra manera dejaría de serlo. Y es natural también que el vicio se denuncie; es la manera de empezar á corregirlo...

.....

"Si la burguesía chilena nada ha hecho, ni individual ni administrativamente, si no ha tenido ni siquiera la iniciativa de la asimilación de extraña cultura, ¿cuál ha sido su influencia en el desarrollo de nuestra sociabilidad? En un sentido benéfico, ninguna, dirán nuestros soldados y nuestros industriales, nuestros hombres de letras y nuestros artistas; ninguna, dirán todos aquellos que, en este país, combaten por la democracia, contra ridículas preocupaciones. Todo lo que la burguesía ha hecho, lo ha hecho mal; y el bien que ha dejado de hacer, ó no ha dejado hacer, es inmenso. No ha probado, en su larga y fácil carrera, que nuestro pueblo independiente haya alcanzado mayor dicha, que la que habría podido lograr, permaneciendo bajo la tutela de la madre España. No ha probado que Chile sea tanto ó más feliz, tanto ó más culto que la colonia de Cuba..."

.....

.....

Y el Marc Twain chileno terminaría su estudio, sentando los siguientes axiomas:

"La burguesía, en Chile, no ha inventado nada, *ni siquiera* el dilettantismo político, que ella ejerce como profesión.

"Ha imitado al extranjero, no en sus virtudes, sino en sus puerilidades y extravíos.

"Ha tergiversado las ideas, adulterado la significación de las palabras más augustas de nuestro idioma. Ha transformado al hombre, que es fin en medio; y al dinero, que es medio, en fin. Ha hecho perder su fuerza intrínseca á vocablos que eran carne y sangre del pensamiento y de la dignidad humana: verdad, patriotismo, justicia, educación, ciencia, valor, mérito, virtud, son aquí voces huecas, que nadie entiende, monedas *febles*, que ya nadie recibe sin descuento.

"La burguesía puede tener buenas prendas individuales, cualidades domésticas que no se le disputan; pero ha demostrado, en su larga experiencia, que carece del isoterismo intelectual y moral, necesario para regir los destinos de un gran pueblo."

.
Don Misael Vanderpint es, sin duda alguna, uno de los prohombres de nuestra aristocracia burguesa. No es tipo de burgués—en la burguesía no los hay—pero es individuo eminente, filantrópico, ilustre; así, á lo menos, lo afirma su biógrafo, en el *Diccionario de chilenos célebres* (pá-

gina 1685 del tomo segundo de la duodécima edición.)

Dice el referido Plutarco:

"VANDERPINT (*Esdras, Otoniel, Misael*).— Filántropo y estadista. Miembro de una notable familia neerlandesa, y descendiente, según es fama, del esclarecido almirante Van Tromp, nació en Santiago de Chile, el 24 de octubre de 1828. Es hijo del pundonoroso caballero don Joel Ananías, y de la respetable matrona doña Candelaria Oropeste. Se educó en el Instituto Nacional, donde adquirió conocimientos sólidos. Su padre quiso dedicarlo al comercio, mas él, desde los albores de la adolescencia, se sintió atraído por la carrera pública. Á los treinta años era diputado al Congreso, por uno de los departamentos del Sur. Dotado, indudablemente, de no comunes prendas oratorias, es sensible que sólo en raras ocasiones haya dejado oír su autorizada voz en el seno del Cuerpo Legislativo. Ha sido uno de los promotores de la implatación, en nuestro país, del sistema métrico decimal. Como respuesta famosa, ha quedado en nuestros anales parlamentarios, la que dió á uno de sus colegas, que consideraba aquella reforma inútil, "pues todo buen ciudadano debía tener la *cuarta* legítima y el *pie* reconocido por las leyes." "Invito al honorable preopinante", replicó entonces, don Misael, con mucha chispa, "á legar á la Nación sus guantes y sus zapatos, para conservarlos como medidas

clásicas"... Perteneció varios períodos á la rama joven del Congreso; era senador cuando se discutió, en noche memorable, la ley de inconvertibilidad de los billetes del Estado. Cuentan que algunos senadores se oponían al proyecto; Vanderpint, movido por un arrebató de inspiración patriótica, que arrastró á los recalcitrantes é indecisos: "¡En estos solemnes momentos", exclamó, con irresistible elocuencia, "el derecho de decidir la suerte de la patria corresponde á los que tienen algo que perder; junto con el proyecto votaré mi propia ruina, si mi propia ruina es necesaria para salvar á la Nación!"... Circunstancias, que nuestra calidad de imparcial biógrafo nos impide consignar en esta reseña, han privado á don Misael Vanderpint de su mandato, en la reciente renovación del Parlamento; con todo, si éste ha perdido una de sus más firmes columnas, el país, los pobres principalmente, deben consolarse de la derrota de su servidor y amigo, que hoy consagra el tiempo que le dejan libre sus dilatadas empresas, á la caridad y á las buenas obras..."

Á pesar de esta biografía—ó quizás con motivo de ella—circulaban, en el público, opiniones contradictorias, acerca de la procedencia y el carácter del acaudalado "filántropo y estadista."

Se sostenía, por ejemplo, que su verdadero apellido era Bandas Oropeste, y el de su señor padre, Bandas Pinto; que de la fusión ó corrupción de estas dos voces había salido "Vander-

pint», fingida denominación extranjera; que la familia Vanderpint no descendía del almirante holandés Van Tromp, sino del almirante araucano Van Farsa, y que los humanitarios instintos de don Esdras, Otoniel, Misael, eran tan sospechosos como sus cuarteles de nobleza. Por último, se presumía—cosa más grave—que su grito de salvación de la patria, proferido en el Senado aquella «memorable noche»—la noche lúgubre, decían algunos—le había producido una ganancia líquida de millón y medio de pesos, y había cuadruplicado su fortuna.

No es posible deducir un concepto justo de tan encontrados pareceres. Las reputaciones exclusivamente políticas, presentan esa desventaja; no hay manera de comprobar su pureza y su legitimidad. Con todo, existía la certidumbre de que el padre de don Misael, se había llamado primitivamente Bandas Pinto. La transformación de este doble nombre en «Vanderpint» se explica por diversas causas. En otro tiempo, en tierra chilena, hubo el fetiquismo de los apellidos forasteros. Se les atribuía la virtud de imprimir hidalguía y buen tono; y, sea por vanidad, ó por captarse el aprecio de los advenedizos de lejanas playas, que desembarcaban en las nuestras como en país conquistado, no pocos de nuestros compatriotas adoptaron nombres europeos, ó alteraron, con arreglo á la moda, la estructura gráfica del suyo. Cuando don Joel

Ananías, padre de don Misael, quiso seguir la corriente, la metamórfosis se verificó sin tropiezo. Puede decirse que ya estaba hecha, merced á tres faltas ortográficas y á una escritura indescifrable. La firma de don Joel Ananías era un intrincado geroglífico, en el cual aparecían una *v* corta y una *p* minúscula, y estaba suprimida la *o* final del nombre materno. Su propietario no tuvo necesidad de cambiarla; ella decía, hasta donde es posible que un geroglífico sea claro: J. A. Vanderpint.

Menos fácil es determinar si don Misael desciende, ó no desciende, del egregio almirante Van Tromp. Sin duda, no podría tratarse, en este caso, de la descendencia directa, sino de alguna rama lateral, quizá femenina. Pero, estas delicadas cuestiones de parentesco únicamente atañen á los interesados; en ellas las personas extrañas no tienen para qué inmiscuirse. La más elemental noción de buena crianza ordena que se deje á cada prójimo la libre elección de sus abuelos, entre los héroes más conspicuos de la historia. Cualquiera sietemesino piojoso puede llamarse nieto de Salomón; mientras no cuente la crítica con medios de confundir su impostura, no tiene ella sino una cosa que hacer: cerrar el pico.

En cuanto al millón y medio de provecho que el "filántropo y estadista" obtuviera de la ley de inconvertibilidad, no hay constancia de que fuese, comercialmente hablando, el fruto de una especulación fraudulenta. Para honra de la verdad,

de la justicia, de nuestra pobre humanidad tan calumniada, es preciso confesar que don Misael no pronunció nunca, en el Congreso, el enfático discurso que su biógrafo le pone en los labios. Aprobó la ley de inconvertibilidad, sin defenderla, porque le dijeron que ella envolvía la salvación de su país. Él no tenía culpa alguna de que la salvación de su país coincidiera con el incremento de su fortuna personal.

Vanderpint había fundado una especie de caja de ahorros y de seguros sobre la vida, con la denominación de "El Pan del Viejo Obrero." Dicha institución, destinada á fomentar la economía entre las familias modestas, recibía pequeños depósitos, por los cuales pagaba un interés subido, el siete ó el ocho por ciento. Autorizado legalmente para emitir billetes al portador, "El Pan del Viejo Obrero", ó sea don Misael Vanderpint, había invertido los depósitos en bonos de la Deuda Pública de Francia, del tres por ciento, que él consiguió comprar, después de la guerra franco-prusiana, al sesenta y cinco por ciento de su valor nominal. Cuando se impuso á Chile la esclavitud del curso forzoso, los bonos franceses del tres por ciento estaban al noventa y cuatro. Don Misael, cuyo capital fiduciario, invertido en fructíferas operaciones mineras, bastaba á satisfacer intereses, gastos y dividendos, vendió aquellos valores reales con más de cuarenta por ciento de beneficio, lo cual le permitió liquidar el "Pan

del Viejo Obrero», pagando los depósitos y los billetes, en oro, á razón de setenta y cinco centavos por peso. Un Quijote cualquiera—un Fabio de Sancta-Coeli, verbi-gracia—habría pagado esas deudas íntegramente; don Misael no era un Quijote cualquiera, sino un burgués muy caracterizado, un hombre de negocios habilísimo, quien, por otra parte, habría dado prueba de poca educación y escaso buen gusto, conduciéndose con más honradez que el mismo Congreso, y mayor escrupulosidad que la pública Administración. Además, los parroquianos de don Misael quedaron muy agradecidos de su desprendimiento y largueza, i nunca omitían referirse al pago de setenta y cinco centavos por peso, como á una grande hazaña, heróica y nunca vista. Y, á fe, el pagar con setenta y cinco centavos una deuda que, á la sombra del derecho escrito, puede redimirse con cincuenta, equivale á realizar una hazaña digna de la mayor ponderación.

Para la turba multa que no vive en constante comercio con los diceses, y no tiene de ellos mas noticias que las que estampan los diccionarios de notabilidades, don Misael Vanderpint era el capitalista retirado de los negocios, el hombre público alejado de la política militante, el filántropo entregado al ejercicio de la caridad. Esto era la apariencia; la realidad, distinta. Don Misael traficaba en una multitud de cosas, con el frenesí de sus mejores tiempos, y seguía desempeñando

su oficio de hombre de Estado, disimuladamente, en obsequio de los amigos; había muchos de éstos, en el Parlamento, que obedecían á sus instigaciones.

Don Joel Ananías Bandas Pinto, había empezado á edificar fortuna en una modesta tienda, extramuros, uniendo á la abacería que regentaba personalmente, una retahila de menudos negocios, de la índole más variada. Y, por un fenómeno de atavismo natural, aunque raro, su hijo Misael, después de pasar por los esplendores del "alto comercio" y de la "alta banca", después de haber ascendido, en fin, á tanta "altura", descendía, en el ocaso de su carrera, á la práctica de esas inclinaciones de ínfimo mercachifle, que habían, en verdad, construído los cimientos de su opulencia de hoy .Porque, para su burdo sentido positivista, toda especulación era buena con tal de que trajese utilidad pecuniaria. Sus máximas de conducta habrían dado á conocer su carácter, mejor que cualquier diccionario de "ilustraciones". Como precepto mercantil, nada había para él más sublime que el consejo que daba á su hijo el comerciante inglés, moribundo: "Gana dinero, honradamente...si puedes; pero...gana dinero." Y admiraba también la profundidad filosófica del aforismo del burgués parisiense: "No hay oficio malo; sólo hay gentes necias."... Sin embargo, era hombre íntegro, un buen término medio de hombre íntegro. Experimentaba verdadero deleite

cuando obtenía una ganancia sin perjudicar... mucho al prójimo. Y nadie como él sabía hallar patéticos acentos para deplorar la suerte del infeliz que se le atravesaba en el camino, y que era preciso sacrificar á toda costa. Gozaba de reputación como sujeto sencillo, servicial, sin preocupaciones. Desde la liquidación del «Pan del Viejo Obrero», había quedado adherido á su nombre, cierto barniz de filantropía, que lo escudaba contra los pinchazos de la maledicencia. Y, cuando alguien murmuraba detrás de él: Ha sumido á tal familia en el infortunio, ha despojado á un pobre de su patrimonio, es avaro, mezquino, rapaz, codicioso, no le faltaban defensores que recordasen la hazaña de los setenta y cinco centavos por peso, la grande hazaña, heroica, nunca vista. Y se achacaban las murmuraciones á la envidia impotente. Sus iguales en la sociedad solían hacerle advertencias maliciosas; ¡Cómo diablos tenía ese Vanderpint cabeza para manejar tantas especulaciones á un tiempo! Él replicaba con algún sarcasmo: No hablemos, amigo, no hablemos; ¡todos tenemos tejado de vidrio, y el mío no es el más frágil! Se sentía invulnerable dentro de la ponderada austeridad de sus costumbres; en cambio, podía hablar largo sobre las de ciertos figurones. Una vez, uno de éstos, tan vano como obtuso de ingenio, lo apostrofó con sorna:—¿Qué hay, don Misael, como le va con su nueva panadería, se hace negocio?— Así, así, don Narciso, había contestado él, soca-

rronamente, sonriendo...Y ¿sabe usted? pienso instalar mesón de licores...al lado del suyo... ¡para hacerle competencia!

No fué amenaza inútil: al lado del "Café del Sol", propiedad de don Narciso, había habilitado el "de la Esperanza", establecimiento *montado á la yankee*.

Don Misael administraba personalmente sus grandes capitales; en sus negocios de menor cuantía era simple comanditario; tenía numerosos agentes que le rendían cuenta del respectivo giro, el primer lunes de cada mes. Los recibía en su propia casa, y era para él un día de entretenimiento, el que le permitía presenciar, en la sala de su despacho, elegante y lujosa, el desfile de todos esos pequeños industriales á quienes él jactanciosamente "favorecía con su protección".

Era en el mes de abril, un lunes por la mañana. Sentado frente á su bufete, en una silla giratoria, don Misael aguardaba, sin impaciencia, echado hacia atrás, las manos puestas sobre las rodillas. Era la suya una fisonomía vulgar, pero simpática. Su torso corpulento, coronado por una cabeza pequeña, poblada de barba, sus mejillas tersas, sanas, sonrosadas, anunciaban salud, satisfacción íntima. Tenía el pelo entrecano, y parecía más joven que su edad real.

El despacho era una salón espacioso, precedido de una antesala que daba al portal del edificio. En ésta se reunían los agentes; Vanderpint los iba llamando, uno por uno.

Serían las siete y media. Don Misael anunció que la audiencia empezaba. Delante del bufete, había un biombo, destinado á amortiguar las voces. Cada agente que entraba, cerraba la puerta; era aquello una especie de tribunal, se observaban ritos solemnes.

Primero había entrado el administrador general de los bienes raíces, un hombre seco, flacucho, canoso, puerco, mal vestido. Traía el producto de los alquileres de dieciocho casas con tienda, y de varias propiedades rústicas, algunos miles. Ganaba, por toda remuneración de sus servicios, del ciento el uno, sobre las cobranzas; pero tenía que hacer, de su bolsillo, los gastos de movilización, y había meses en que salía perdiendo. Por eso andaba sucio y mal vestido; la renta no le alcanzaba. Diez años había estado esperando una gratificación de fidelidad y honradez; jamás faltaba un centavo en la cuenta. Tenía diez hijos, plantaba uno al año—la humanidad brota y cunde en la pobreza—don Misael adelantaba los fondos con que pagar á la partera; el administrador general no había podido juntar nunca el dinero suficiente para rescatar esos adelantos. Lo perseguía, sin embargo, como se persigue á la propia sombra, desesperadamente y sin éxito. Y la deuda, como la familia, crecía, crecía, crecía. Se esmeraba en su trabajo, se desvivía en beneficio del patrón, confiando en que éste le condonaría los préstamos, justa recompensa de tan abnegados desvelos.

Sólo el ricacho empedernido encuentra servidores de esa laya. Don Misael no era un ricacho empedernido, ¡ah, nó! prometía siempre, prometía mucho, y sus promesas hacían reverdecer esperanzas marchitas. Sus agentes temían su severidad catoniana; en los negocios era inflexible, exigía de los demás virtudes casi divinas, y una regularidad, una puntualidad, una exactitud cronométricas. No admitía la excepción de caso fortuito; el menor contratiempo promovía discusiones, hacía estallar recriminaciones amargas.

Era hombre bondadoso, de bondad intrínseca; mas, para evitar abusos—peticiones de dinero—cuando la cuenta estaba exacta y cabal, despedía al agente con un "está bien" contundente y árido, que repercutía como un cuasi-reproche.

Esta vez, hubo controversia. El administrador reproducía, tímidamente, las quejas de los inquilinos y arrendatarios. Los *conventillos* estaban inmundos, apenas había en ellos agua para beber, cara y detestable. Daba pena, realmente, ver á los infelices moradores, viviendo como marranos, en un lodazal...

—¡Y quiere usted que yo vaya á limpiarles el...! interpoló Vanderpint, furibundo.

Su interlocutor no se inmutó, sin embargo; prosiguió con calma, parecía resuelto á decirlo todo. El alza en los alquileres, notificada el mes pasado, había originado protestas. Era una inhumanidad, observaban los infelices, aumentar-

les el canon de su pobre tabuco; la existencia era dura, los alimentos y el vestido habían doblado de precio. Los comerciantes también chillaban fuerte, las ventas disminuían, el alza del arriendo no podía ser más extemporánea ni más inicua. Él les había significado la orden implacable: Ó someterse, ó desalojar...

En fin, se habían sometido, se avenían á pagar el aumento y las nuevas contribuciones, á fin de que el propietario, según práctica justa, quedase exento de gabelas...

—¿Y... le parece á usted mal? observó don Misael, en voz recia.

Creyó haber notado una sombra de malicia, en las palabras del agente.

¡Que le había de parecer mal! Todo lo contrario. Ellos, los comerciantes, habían "prestigiado la situación," en el "centro del comercio," y era mucha desvergüenza quejarse de los frutos de su propia obra.

—Desvergüenza y... estupidez, amplificó el "estadista y filántropo". Es evidente que, si no quisieran vivir amontonados, acorralados en las seis ú ocho manzanas centrales, gastarían en arriendos la mitad ó tercera parte de lo que hoy... Y Ruiz Quevedo ¿se decide?

Ruiz Quevedo era el dueño de una diminuta finca, de ciento y tantas cuadras cuadradas, último girón de una vasta propiedad histórica, que había pertenecido á su ascendencia, desde la

época de la conquista. El retazo estaba injertado en una hacienda de don Misael, la partía en dos; el capitalista deseaba ardientemente adquirir ese terreno, dolorosa espina ensartada en el corazón de su propiedad. Ruiz Quevedo, viejo, encorvado, lleno de achaques, quería á su finca con amor senil, con testarudez rabiosa, como á sus entrañas, como á sus ojos.

El administrador se confesó vencido; había agotado todos los medios, la súplica, la persuasión, la amenaza; el viejo prefería la muerte.

—Pero en fin, exclamó el "filántropo", á la vez con asombro y disgusto: pero en fin, ¿por qué no vende, qué razón tiene el guaso trompeta para no vender esa porquería? ¿No se le da su legítimo precio, más del legítimo precio?

El administrador se atrevió á insinuar una idea. Anexada á la hacienda, la finca valdría el doble, el triple quizás...

Vanderpint le echó una mirada impertinente-mente severa. ¿Quién le pedía su opinión? Él también daría el doble, el triple, cuanto fuese preciso. Si Ruiz Quevedo seguía resistiéndose, con esa terquedad absurda, habría que emplear los grandes recursos, la violencia, ¡qué demonios! Extremo lamentable ¿quién podía negarlo? Pero ¿qué hacer, cuando se tropezaba con entes parecidos?

Y terminó, haciendo un noble gesto:

—Consultaré á Horacio; veremos si hay manera de reducir á ese salvaje.

El administrador se retiró, y entró el gerente de la casa de préstamos sobre prendas "La Confianza", un portugués, que respondía al armonioso nombre de don Paolo Ciroulas.

Don Paolo llegaba sombrío, con cara de entierro. Era feo, superlativamente; chico, bisco, amarillo, macilento, con unas piernas de garabato.

—¿Qué hay de nuevo, Ciroulas?

El gerente de "La Confianza" se sentó en un sofá turco, colocado entre el bufete y el biombo, tosió, escupió en la alfombra, sin miramientos; sacó lentamente unos papeles.

—Es el último balance, empezó; un mal balance...

Don Misael recorrió los papeles con la vista.

—¡Caramba! prorrumpió, haciendo un ademán complejo, con el brazo, la cabeza y el busto; caramba, mil pesos de pérdida... ¡en un mes! Imposible, Ciroulas, ¡im-po-si-ble!

Y se puso á sumar, á restar, rápidamente.

Don Paolo se explicaba. Era una satánica historia, un caballero...nó, no podía ser caballero... un hombre...nó, tampoco era hombre...en fin, un sujeto muy bien puesto—prendedor de piedras finas, bastón de oro y ébano, guantes *Derby*—muy bien puesto, sí...traía un brillante enorme, como la uña del pulgar, una joya de tres mil pesos; le había prestado mil quinientos—la mitad; era la regla...

—Prosiga, prosiga... ordenaba don Misael, de trecho en trecho, sin dejar de sumar vertiginosamente: ocho y cuatro son doce, y nueve veintiuno, y cinco veintiséis...

Don Paolo proseguía, en un lenguaje raro, no pronunciaba ningún período completo.

—...Después vino el joyero con la policía... ¡el brillante era robado!

El «filántropo» dió un brinco:

—¡Ah, Ciroulas, Ciroulas... usted es más ciego de espíritu que tuerto de vista... ¿No ha comprendido usted que se habían puesto de acuerdo el joyero y el dandy?... ¿no comprende usted que se la han pegado?

El gerente de la casa de préstamos sobre prendas «La Confianza» creyó que debía manifestar resentimiento, por esa ofensa injusta.

¡Voto á tal, él conocía el oficio, se había visto en conflictos mayores, y... no se la habían pegado! ¡Y no era poco hacer, recuperar quinientos pesos, cuando podía perderlos, é ir á la cárcel por añadidura!

Don Misael se sonrió, á pesar del disgusto que le ocasionaba el mal negocio. Ciroulas no se reía, nunca se había reído, era una alma estoica, impávida, imperturbable, una alma grande y fuerte, en cierto concepto.

Don Misael se había sonreído, á pesar de la mala nueva. Y había dicho á don Paolo:

—No se aflija, mi querido Ciroulas; para otra

vez, abra más los ojos... el ojo, el bueno... Puede llamar á Sambasto.

El portugués se retiraba.

—Ah, una ligera recomendación, concluyó Vanderpint: no me gusta que la policía incomode á mis protegidos. Cuando se ofrezca, avíseme, le daré una cartita para el comandante del cuerpo.

Salió Ciroulas, y entró Sambasto, el habilitado de la "Cigarrería Matritense". Á continuación se presentaron un empresario de carruajes públicos, un farmacéutico de la Cañadilla y un carbonero de la calle de Duarte. Todos estos "protegidos" rindieron cuentas satisfactorias, las ganancias colmaban el déficit de don Paolo.

El mesonero del "Café de la Esperanza" volvió á desequilibrar los balances, con su cara compungida y sus noticias desastrosas. Malos vientos soplaban al café "montado á la yankee". Nadie bebía, y los que bebían no pagaban. El mes anterior, el mesonero había venido con el mismo estribillo, la escasez de bebedores honrados. Y ahora, no los había ni honrados ni de otra suerte. La bancarrota asomaba su cabeza fatídica, y eso que se habían introducido reformas en la explotación.

—¿Reformas? ¿Qué reformas? preguntó don Misael.

Sabía que el mesonero era hombre de buena voluntad, mas no abrigaba igual certidumbre acerca de su inteligencia.

El interpelado explicó las reformas. En primer lugar, había disminuído el calibre de las copitas ...

—Excelente idea, aprobó Vanderpint.

Había reemplazado los licores de mucho precio por otros, de calidad inferior. Así el "Fine Champagne" de cinco estrellas, se había convertido en un "retuerce tripas" de cinco estrellas también—la marca era la misma—pero infinitamente más barato. Y el falso "Jerez de la Frontera" había cedido el puesto á un jerecito de mala muerte... de la frontera...

—Ya, ya, de la frontera... araucana, intercaló don Misael.

Exacto. Lo fabricaban en Angol, y salía á tres pesos cincuenta la arroba. Dámaso Machuca, el corredor de comercio, una autoridad como cata-dor de licores, lo encontraba mejor que el otro ...

—¡Machuca! exclamó el capitalista, sorprendido: entiendo que tal sujeto es un tramposo; con parroquianos de su calaña no hay empresa que prospere.

El mesonero contestó, algo confuso. Iba á hacer una confesión... Él lo había establecido en beneficio del negocio, era una de las reformas; todos los mesones rivales lo tenían...

—¿Lo tenían? ¿Qué tenían? ¡Hombre, hablará usted claro!

La cosa era ésta: Todos los mesones rivales tenían un enganchador de bebedores; él se había fijado en Machuca, el del "Café del Sol"... ¡Ah,

no había nadie como don Dámaso para fascinar á la humanidad sedienta! Usaba unas expresiones, unos ademanes irresistibles: "Chico, he descubierto un *Ojen*, que ni la Emperatriz de las Indias..." ¡Y ese modo insinuante, artístico, de juntar los cinco dedos de la diestra, aproximarlos á la boca y besarlos, prolongadamente, en las extremidades...!

—¿Y el resultado? interrogó don Misael... Sepamos el resultado.

—Vea usted, señor, Machuca posee virtudes, eso nadie se lo quita; pero, adolece de defectos —¿y quién no?— es un jugador desgraciado, los cubiletes, de continuo, le son fatales. Usted no ignora que las copitas se juegan. Don Dámaso, providencialmente, pierde, á todo tiro. Y, de esa manera, hace el agosto de los parroquianos...

—Cuando está ahí para hacer el nuestro. Es preciso despedir á Machuca; que se vuelva á su "Café del Sol"...

—Nos hará mala atmósfera...

—Peor será que nos arruine; prefiero que arruine al vecino.

—Pues, señor, he ahí los caprichos de la suerte. En el "Café del Sol", Machuca da unos sablazos soberbios; lejos de arruinar al vecino, contribuye poderosamente á su prosperidad.

—¿Y qué quiere usted que hagamos? ¿Qué remedio propone? prorrumpió Vanderpint, con displi-

cencia. ¿Ninguno? Pues retiro mis fondos, y asunto concluído.

—Liquidaremos...

—El mes que viene, si las cosas no se enmendan. Usted conoce mis principios: negociación que no rinde, se clausura. No me falta, gracias á Dios, donde colocar mis capitales ventajosamente.

Después del mesonero, se apareció un fabricante de escobas, y en pos de éste, desfilaron cinco ó seis industriales más.

Don Misael los despachó, á toda prisa. Traían cuentas bien ajustadas, y había beneficio. Cuando, al retirarse, el último de ellos hubo cerrado la puerta, Vanderpint se restregó las manos; el mes no había sido peor que los anteriores.

Un mozo vino á decirle que estaba servido su almuerzo; era cerca de la una.

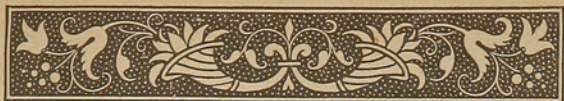
— Que me esperen, contestó el amo.

Era su costumbre hacerse aguardar, en esos días de actividad mercantil.

Transcurrieron diez minutos.

—¡Qué no vendrá hoy! dijo, para sí, el capitalista.

Y empezó á impacientarse.



CAPÍTULO XII

El Gineceo

Don Esdras Otoniel Misael Vanderpint había empezado á impacientarse; pero, antes que su impaciencia llegara al paroxismo, una persona entró, sin golpear. Era una mujer pequeña, gruesa, de facciones toscas, abultadas. Lo mismo representaba cincuenta años que setenta; un ligero bozo ceniciento le subrayaba la nariz maciza. Sin embargo, el pelo era negro y reluciente, postizo quizá. Vestía un traje de gró muy oscuro, y llevaba alhajas en las orejas, en el pecho, en las muñecas y en las manos, por encima de los guantes. Su andar era pausado, maquinal, solemne, el grave andar de augusta señorona. Parecía mujer de

mundo, sus movimientos eran majestuosos, tranquilos. Había entrado abanicándose á compás, con un abanico de varillas de nácar y país de blondas; un sudor copioso surcaba sus mejillas, pintarrajeadas atrozmente. De su cuerpo emanaba un olor cáustico, repulsivo, un olor de cosmético rancio y de perfumes ordinarios. Había saludado apenas, con una leve inclinación de cabeza, y se había sentado en el borde del sofá turco, entre el biombo y el bufete. En el opuesto rincón del despacho, frente al sofá, sobre una consola de bronce y mármol, había una estatuita de Mefistófeles; el rostro del romántico personaje hacía, á la recién llegada, un gesto horrible. Ella era digna de ese gesto.

—¿Y qué me cuenta, Niobé? preguntó Vanderpint, cariñoso.

—¡Ay, amigo mío, esta vida es un tormento! repuso Niobé, suspirando: ¿qué le he de contar sino mis amarguras y calamidades?

—De eso nadie está libre; pero la filosofía nos enseña á soportar resignadamente el infortunio.

—¿Sí? Pues métase usted á filosofar con los polizontes y saldrá lucido; janoche han estado en casa!

—La policía en casa de usted, exclamó don Misael, con desagrado... Van dos veces...

—Nó, rectificó Niobé, es la primera.

—Me refiero á otro asunto. Será menester que hable con la autoridad; su policía empieza á in-

comodarme. Y ¿qué fué á hacer la policía al Ginoceo?

Ella narró el incidente. Por ser domingo, había habido mucha concurrencia, la víspera. Dos mozos habían trabado disputa, se habían ido á las manos, habían sacado revólver. En medio de la chamusquina, se aparecieron los vigilantes, mandados por un oficial, que amenazó con hacer cerrar el establecimiento, si continuabá siendo un foco de reyertas y bullicio.

—¿Comprende usted, Misa, qué insulto? Un foco de reyertas y bullicio, ¡la casa más respetable de todo el barrio!

—¿Presumo que usted mandaría presos á los promotores del desorden?

—En el acto.

—Y entonces ¿dónde está el motivo de ese disgusto?

—¡Y mi honorabilidad, Misael! protestó ella, en tono de reconvención.

—Usted tiene la culpa, amiga mía; usted no debiera admitir sino jóvenes decentes en el Ginoceo.

Niobé encogió los hombros, hizo una mueca desdeñosa. ¡Jóvenes decentes! ¡La idea era peregrina! ¡Como si los hubiera en estos tiempos! Los de mejor nombre y traza, eran, en el fondo, los de peor índole, los más mal educados. Y había muy pocas excepciones que hacer: Joaco Bernis, Lucho Ibarrondo, Hernán Dorilea...

—¡Hernán! murmuró don Misael, penosamente asombrado, haciendo un fugaz movimiento de cabeza.

Sí, Hernán, y dos ó tres más, que imitaban sus finos modales. Los otros, ¡Jesús, qué inmundicia! Ella solía encontrarlos en calles y paseos, haciendo la corte á las pollas, chinchosos y amanerados. Y entre gallos y media noche se aparecían en el Gineceo, beodos, embrutecidos: por encima de sus elegantes vestiduras salían chorreando sus instintos perversos... ¡Jóvenes decentes! ¡Las ocurrencias de Misa! Estaba visto que su reloj social se había parado el año sesenta...

—¿Y dice usted que Dorilea? ... insistió Vanderpint, meditabundo.

Pocos días antes, desde los balcones del "Respetable Club", había visto pasar á Hernán, en una procesión. El joven llevaba en la mano un cirio encendido, y en el pecho un escapulario de descomunal formato. Iba rezando en voz alta fervorosamente: *Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis*. . . Y él, su futuro suegro, liberal y come-frailes, había pensado, entonces, que era inestimable ventaja dar sus hijas á gente devota...

¡Hernán, en el Gineceo! Había cosas que uno, no se figuraba, que era inverosímil figurarse. Nio-bé repitió que estaba ahí Hernán, comedido, discreto, caballeresco, según su costumbre. Por más señas, le había anunciado su matrimonio próxi-

mo, circunstancia que haría más raras, si no cesar del todo sus visitas al establecimiento.

Esta observación molestó á don Misael. Por más escéptico que uno se considere, hay ideas que no puede asociar sin repugnancia.

—A lo menos, dijo, Hernán no tomó parte en la disputa. . .

¡Ah, nó! Era demasiado cumplido. Al contrario, había tratado de calmar á los combatientes, de despertar en su ánimo la noción del deber. Pero la gran masa era una horda de desalmados. Y el Gineceo iba decayendo en su prestigio, en su categoría de institución de primer orden. Ella había cambiado ya tres veces la alfombra del salón principal, nueva, flamante, inhumanamente manchada en la parte más visible, por muchachos que presumían de graciosos, y no eran más que groseros.

—¿Es posible, Niobé, interrumpió Vanderpint, es posible? ¿Usted no exagera?

—Todo lo que se diga es poco, repuso Niobé: no se tiene idea de cómo, entre la juventud que se disipa, está la moralidad relajada. ¡Imagínese que jovencitos de lo más granado me roban las copas, después de vaciar las botellas y no pagar su contenido!

—¡Cáspita con los mocitos! prorrumpió el capitalista, alegremente.

Sin saber por qué, esa idea de las copas robadas le había dado risa.

Ella se rió también, por contagio; pero recobró pronto su formalidad; la cosa, al fin, no tenía chiste. Había noches que desaparecían las copas por docenas. Los tunos se las echaban á los bolsillos del sobretodo, y al marcharse iban dejando, como rastro revelador, un retintín de cristales maltratados. . .

Don Misael soltó la carcajada. La verdad... encontraba divertido el rapto de las copas—haciendo caso omiso de la incorrección, naturalmente—de veras, le hacía gracia eso del *retintín revelador*.

—¡Se ríe usted! protestó Niobé, enojada. ¡Cómo se conoce que usted recibe la cosecha, sin pasar por los sinsabores de la siembra y del cultivo! Misa, es preciso que le confiese una cosa: Estoy aburrida con el Gineceo; la vida pública ha dejado de convenirme, y pienso seriamente en retirarme á la vida privada.

El "filántropo" le hizo objeciones. ¡Una mujer como ella, entregarse á la inactividad en pleno vigor de sus facultades! Era desertar el campo de batalla en medio de la pelea, era comprometer el porvenir, tentar á la suerte!

Y, allá en sus adentros, calculó que la del Gineceo estaba representando el papel de Jeremías para obtener más concesiones, una rebaja en la deuda pendiente. Ya en otra ocasión—no lo olvidaba—ella le había insinuado algo parecido, y desde entonces, él venía temiendo una petición formal.

Niobé no abrigaba esa intención; era una mujer prudente, llena de desinterés, y cuando afirmaba estar aburrida con el Gineceo, decía la verdad sincera.

Él creyó descubrir un argumento: ¡quién sabe si su amiga no tenía ya una fortuna, en lugar seguro! Pero ella rechazó ese concepto, había trabajado para él, nada más que para él; ni un centavo de ahorro en veinte años de honrados sacrificios.

Don Misael le dirigió una mirada incrédula, manifestó que había una especie de reproche en las palabras de su interlocutora. Ese Gineceo, que él le había organizado, en prenda de gratitud, se tornaba para ella en un mal negocio, no le daba ni un centavo de economía, la cosa no era admisible.

Niobé suspiró; siempre suspiraba, cuando él se ponía á evocar el pasado. Ella, entonces, se echaba á rastrear recuerdos sentimentales, reminiscencias de ocho lustros muertos, perdidos en la eterna confusión de lo que fué. Lo había conocido hacía cuarenta años, una noche de verbena, una noche de Pascua; él andaba con cincuenta centavos en el bolsillo, le había dicho, como Fausto á Margarita: *Sono studente e povero*, y la había invitado á tomar sorbetes, en un mesón instalado al aire libre. Desde ese momento fueron amigos. Papá Bandas no era dadivoso, cuatro reales los días de fiesta, para dulces, y pare usted de con-

tar. Y el joven Misael debía dar cuenta *circunstanciada* de la inversión de ese Pactolo. Ella, en cambio, ganaba dinero, bordando chalecos y almohadones, divinamente. Costeaba al estudiante cigarrillos, le hacía regalos que lo comprometían, á veces, en el hogar paterno. Ella había sido una querida perfecta, en el generoso abandono de todo lo que era, de todo lo que poseía. Y cuando Misa—ella había ideado este diminutivo, en el comienzo de sus relaciones—cuando Misa fué *grande*—á los treinta años—y se emancipó y pudo disponer de su caudal, no la había olvidado.

En esa época, se habían trocado las situaciones respectivas. Los chalecos bordados no se usaban ya, ella ganaba poco, apenas lo indispensable. Mientras tanto, él echaba la red en cualquier río re vuelto, y pescaba decenas de miles.

Niobé no le pidió jamás un servicio; él se consideraba obligado para con ella, le ofrecía pequeñas sumas, discretamente; ella rehusaba siempre, él no insistía.

Años transcurrieron. Misa era don Misael Vanderpint, diputado; empezaba á ser estadista, y por ende, ilustre. La había ido á ver—como lo hacía de tarde en tarde—á su habitación modesta, y le llevaba ahora, á guisa de regalo, una inspiración sublime, la creación de un Gineceo, con ella de jefe. Había leído, en ratos de ocio, algo sobre cuestiones sociales, no mucho, lo suficiente para saber que, en Inglaterra, la autoridad regla-

mentaba estrictamente las casas de tolerancia, y como nobilísimos duques, y lores de inmemoriales pergaminos, habían fundado "establecimientos" sometidos á los principios de la higiene, con fines filantrópicos. Esos personajes sacaban pingües rentas de su filantropía. Para un hombre como Vanderpint, no podía existir ideal más grandioso; le parecía el esfuerzo sumo de la inteligencia humana, el llegar á explotar la caridad, como se explota una mina. ¿Por qué no habría de hacer él, lo que un duque cualquiera? Su designio era éste: crear un Gineceo, y poner á Niobé en la dirección. Según fuese el resultado rentístico de la empresa, crearía otros y otros más, permaneciendo su antigua querida en la supervigilancia de todos ellos. Y á fe que sería la realización de un gran pensamiento mercantil, social y público, una institución de ramificaciones múltiples, á la altura de las más famosas del Viejo Mundo.

Había explayado á Niobé su plan; era sencillo y claro. Él ponía los fondos, á título de préstamo, y á un interés razonable. Ella se encargaba de utilizarlos de la manera más conveniente, buscar casa, amueblarla, reclutar el personal femenino, mantener el régimen y la disciplina en su "convento".

Niobé había escuchado á su amigo, maravillada. Aquel designio le producía una fascinación. Nunca había puesto en duda la largueza de Misa;

pero, ahora, la recompensa sobrepujaba sus más fantásticos ensueños, sus más locas esperanzas.

Él encarecía la trascendencia del proyecto, ponderaba, con ampulosos ademanes, su gigantesca irradiación.

—¡Piense usted, Niobé, piense en el magnífico papel social que le está reservado, piense—la cosa vale la pena—en la brillante holgura que ha de dulcificar sus viejos días!

Como ella vacilase, lagrimeando enternecida, diciendo que él se conducía como príncipe, como rey, Vanderpint la deslumbró completamente: compraría la casa, la dotaría del ajuar necesario, y la colocaría ahí, á ella, cual soberana, en su trono.

Vuelta en sí de su arrobamiento—Misa le había hecho perder, con esos esplendores, el sentimiento de la realidad--Niobé se expresó en un lenguaje lleno de cordura. No le era lícito aceptar la regia donación; acogía, sí, la idea del préstamo: ella quería pagarlo todo, capital é intereses. Hubo choque, entre el desprendimiento de ella, y la liberalidad de él. Por fin, se había fundado el Gineceo, bajo las condiciones que ella había querido admitir. Vanderpint le prometió hacer votar por el Congreso una ley reglamentaria, cuyas prescripciones severas, á la vez que harían de aquella institución un modelo en su especie, darían un golpe de muerte á los "establecimientos," rivales mal organizados.

Desgraciadamente, los "sempiternos enemigos de la civilización y de la luz"—como designaba don Misael á los curas — habían emprendido campaña contra la reforma social del "filántropo", la habían sofocado en embrión.

Pero el Gineceo surgía, se daba á conocer, ganaba prestigio. En virtud de un contrato regular, Niobé era la única dueña; Vanderpint, acreedor hipotecario. La casa y las instalaciones habían importado cuarenta mil pesos. Ella se obligaba á pagar anualmente una amortización de mil pesos, y el doce por ciento sobre el capital primitivo, hasta completa extinción de la deuda. Esta cláusula la había sorprendido un poco; pero don Misael la convenció de que él hacía un sacrificio enorme fijando un interés tan discreto. Sus capitales le producían, mal que mal, el treinta y hasta el cuarenta por ciento, de suerte que, además de la hermosa posición que le creaba, le hacía un verdadero regalo de seis á siete mil pesos anuales. Y le había sacado la cuenta, matemáticamente, las cifras no mentían.

El "establecimiento" prosperaba; con todo, había habido años mezquinos, en que no se habían hecho amortizaciones. Éstas andaban algo atrasadas; ahora mismo, Niobé estaba debiendo la mitad del valor de la casa.

—Sí, dijo ella, estoy resuelta á vender el Gineceo; la dificultad está en hallar un comprador.

Él hizo mentalmente un cálculo, tenía exce-

lente cabeza para los números. La casa valía hoy el doble, por lo menos. Como Niobé había pagado la mitad, el aumento le correspondía á cada uno, á prorrata. La resolución del negocio, empero, ofrecía inconvenientes. Él podía comprar, sin duda, devolviendo á Niobé las cantidades pagadas; y ¿qué iba á hacer con el edificio? No había en Santiago quién no lo conociese, no podía servir para otros fines...

—Si se presentase un comprador, dijo, por último, haríamos, quizá, un buen negocio.

—Yo le pagaría los veinte mil del saldo, y me retiraría con una módica renta.

—¡Bah, exclamó don Misael, la renta de veinticinco ó treinta mil pesos, una vida de privaciones!

—¿Cómo, cómo? observó Niobé, ¿cree usted que la propiedad no vale hoy día sus setenta ú ochenta mil pesos, mal pagados?

—Diga usted sesenta mil. Una vez cancelada mi escritura, quedarían cuarenta mil, á lo sumo, veinte para usted, y los veinte restantes á medias...

Niobé tenía los ojos muy grandes; los abrió más aún, parecían querer salir de sus órbitas.

— ¡Á medias! balbuceó. ¿Y por qué?

Vanderpint abrió un cajón del bufete, sacó un legajo.

— "Artículo 5.º, leyó: Mientras no haya sido pagado el valor total del inmueble, el vendedor

se reserva el derecho de reivindicación, devolviendo los abonos verificados... »

Ella no se había fijado en esa cláusula.

Él prosiguió:

—Usted reconocerá, Niobé, la exquisita corrección de mi procedimiento, desde que le cedo la mitad del mayor valor de la casa.

La situación legal no era ambigua, no había protesta que hacer.

Pero Niobé tuvo una idea. Cualquier banco le prestaría veinte mil pesos sobre segunda hipoteca, pagaría á Vanderpint, y ¡á ver cuál de los dos era más astuto!

—Bien pensada la cosa, replicó, prefiero no llevar adelante mis intenciones. Aguardaré; puede que el negocio se componga.

—¡Evidente! prorrumpió don Misaél, haciendo con el brazo un amplio ademán. Y añadió: Sea usted más estricta en la elección de su *clientela*, reciba poco, pero bueno; que la calidad compense el número.

Ella meneó la cabeza, en señal de duda. Era bien difícil mostrarse exigente. La juventud de ahora no era la de antaño; la edad de oro del amor libre había pasado, para no volver; hoy privaban el libertinaje y el desenfreno, se había perdido la costumbre de las buenas maneras.

—Quizás tenga usted razón, advirtió Vanderpint. Antaño, la juventud era liviana de sangre, alegre, generosa, honrada y caballeresca hasta

en sus descarríos; hoy ¡ni siquiera sabe divertirse!

Hubo un momento de silencio. Don Misael dijo:

—¡Ah, Niobé, qué hermosa época fué aquella en que nuestras edades reunidas, apenas sumaban cuarenta años!

Ella lo miraba, abriendo de par en par sus ojos enormes; lo miraba con el semblante plácido, imponente, casi augusto, que hacía de esa rufiana de oficio, una gran señora por el aspecto.

—¿Se acuerda, Niobé? continuó el "filántropo".

—De todo, Misa; ¿quién va á olvidar las escenas de que fué testigo en su mocedad?

Y, para probar que no la traicionaba su memoria, refirió anécdotas juveniles, algunas muy subidas de color, siempre con esa gravedad imperturbable, adquirida en el ejercicio de lo que ella consideraba un elevado magisterio.

Misa escuchaba; á veces reía como un niño, esas aventuras lo remozaban, le tonificaban la sangre, cual si bebiese vino añejo, le quitaban veinte inviernos, otros tantos veranos de encima de los hombros. ¡Vive Dios! el corazón no se enfriaba ni envejecía, la menor chispa lo hacía encenderse como estopa. ¡Y vaya que tenían chispa los cuentos de Niobé! Eran para escritos, sobre todo uno, en que figuraba el frasco de *solimán* de doña Chepa de Eylaguren, amiga que fué de ambos. Doña Chepa conservaba el frasco de so-

limán colgado de la perilla de su catre; y se lo habían... En fin, la gracia les había procurado muchos buenos ratos, de esos que no se olvidan nunca. ¡Y aquel paseo al campo, cuando en medio del río, se habían roto los cabestros del yugo, los bueyes se habían ido á la otra ribera, y la carreta, parando el timón, había vaciado su cargamento de mancebos y muchachas, todo revuelto en la corriente! ¡Qué *ensalada* aquella!

Don Misael se había reído; después se puso serio; miró á Niobé fijamente. Quería descubrir alguna huella de los hechizos que, en esa mujer, le habían cautivado, joven, el corazón. El tiempo los había borrado, sin dejar de ellos una sola reliquia. Y él se hacía la pregunta que se hace cualquier hombre en igual situación: ¿Cómo había podido amar á ese espantajo?

El despacho comunicaba con una habitación interior, por medio de una puerta de cristales. Don Misael notó que una de las cortinillas de esa puerta, se había movido... ¿Quién podía ser? Las señoras estaban almorzando... Tal vez el viento. Se levantó, fué á ver, creyó oír pasos precipitados, ligerísimos, que iban desvaneciéndose en la larga crujía. Sin duda, era el viento. No había imprudentes en la casa, capaces de atisbar conversaciones ajenas.

Volvió á sentarse. El reloj del bufete marcaba las dos.

—Sí, amiga mía, nos vamos poniendo viejos,

formales, pesados como plomo. Á veces uno daría un quintal de su gravedad de ahora, por media onza del buen humor de aquellos días...

Y, modificando bruscamente el rumbo de sus pensamientos:

—¿Me trae usted algo, este mes? interrogó.

Niobé abrió un saquito de cuero que pendía de su muñeca derecha, mediante una argolla de plata. Lo abrió y sacó dos rollos de billetes, envueltos en papel de seda.

—La amortización, dijo, pasando á don Misael uno de los rollos: son ochenta y tres pesos y treinta y tres centavos. Los intereses, añadió, alargándole el otro rollo: son doscientos pesos.

El capitalista contó prolijamente las dos cantidades; se puso de pie, la audiencia había terminado. Sin embargo, Niobé permaneció en su sitio, en el borde del sofá turco, inmóvil.

—¡Ah, la charla! exclamó él, sonriéndose: la dejaremos para otro día, salvo que hubiera novedades de mucho interés...

Cada vez que venía, después de ajustadas las cuentas, á manera de postres, ella le divulgaba los misterios del Gineceo: hombres casados, de gran posición, que se metían ahí, furtivamente, entraban rasmillando las murallas, agazapándose, levantado el cuello del gabán, bajada sobre el rostro el ala del sombrero, gastando infinitas precauciones, inútiles por cierto, desde que los mozos diablos les conocían hasta la sombra, los

olían llegar, desde el salón, donde vibraban carcajadas.

Y el conocimiento de estas pequeñeces de amigos suyos, que la echaban de austeros, de incorruptibles, le daba sobre ellos una verdadera supremacía moral. Á veces, en aristocráticos recintos, él los oía fulminar, con indignada elocuencia, la corrupción de este fin de siglo, la audacia de la literatura, la hipocresía de los caracteres. Claro, eso lo hacía gozar inmensamente; había observado que los que gastaban más calor en sus virtuosas imprecaciones, eran los más constantes en sus visitas al Gineceo... observación, por lo demás, que, generalizada, era tan vieja como el vicio mismo. Nunca alma pura ni corazón hidalgo, emplearon la declamación del tribuno para censurar ajenas debilidades. Y es signo inequívoco de gazmoñería, de mal gusto estético y de torpes aficiones, declamar enfáticamente contra los que describen, al desnudo, la miseria humana.

¡Ah, la charla! Pues, sí, ella tenía algo que decirle, algo insólito y grave.

—La escucho, Niobé, puede hablar con entera confianza.

La recomendación era ociosa; para él, Niobé no tenía secretos. Ella vaciló, sin embargo; la revelación que iba á hacerle, salía de lo ordinario y común.

—Vea usted, empezó, desearía que no le diese usted importancia al asunto..

—Hable no más, amiga mía, ya sabe usted que no me atemorizo fácilmente.

—El caso es que anoche, después de la trifulca, quedaban, en el salón, Hernán Dorilea (el negociante hizo un gesto), Tomasito Barcín, Gomersindo Bohordes y el gringo Sáunderson. Estos caballeros se echaron á hablar de un crimen, cometido el año último en la calle de San Diego—Tomasito Barcín—usted tal vez lo conoce—es una gaceta, sabe la vida y los milagros de todo bicho, y no lleva, como vulgarmente se dice, pelos en la lengua. Tomasito Barcín, pues, insinuó que, si no se había encontrado al asesino, era porque la justicia usaba balanza chinesca... No sé si deba continuar...

—Continúe, repuso Vanderpint con calma.

—Barcín agregó que el culpable era un joven muy conocido... un diputado...

Don Misael se estremeció, imperceptiblemente; se dejó caer en su asiento.

—... y que él podía citar su nombre. Dorilea, siempre cortés y caballeroso, protestó que eso sería una infamia. —¿Por qué? replicó Barcín, con impertinencia: la infamia es del criminal.—Dorilea le advirtió que si era caballero, no se atrevería á citar el nombre. Pero el otro, completamente chispo, amenazó con gritarlo á toda voz.—¡Se lo prohibo! exclamó Hernán, ¿entiende usted? se lo prohibo de la manera más perentoria! Tomasito, aguijoneado por sus otros compañeros, quiso

salir con su porfía. Miró á Hernán, como desafiándolo y... soltó el nombre...

—El nombre, balbucó don Misael, amedrentado, á pesar suyo.

Niobé habló en tono más bajo.

—No sé si me atreva...

—Diga no más, Niobé, le repito que nada me asusta.

—El nombre... ¡de Horacio Vanderpint!

El «filántropo» se puso lívido, se irguió, dió un puñetazo feroz en el bufete.

—¡Ah miserable, ah vil canalla!

Le temblaban los labios, esa iniquidad le desequilibraba las facultades.

—Tomasito Barcín... ¡Barcín! prosiguió, con voz ruda: un perdido, un crapuloso!... ¡Y el nombre de mi hijo en boca de esa víbora!... ¡Bah! exclamó, haciendo un esfuerzo para dominar su rabia: ese malvado escupe al cielo, la envidia lo mueve, las más ruines pasiones lo agitan. Ya no hay honor, Niobé, no hay dignidad, no hay nada. Usted lo ha dicho, los mozos de estos tiempos son unos corrompidos, ¡todos, todos, sin excepción!... Vea usted, á su padre, al de ese energúmeno, lo he sacado generosamente de la situación más aflictiva... Y no me extraña la conducta del hijo... no, no me extraña...

Y, dando rienda suelta á su justo resentimiento: Eso le valía ser tan magnánimo, eso le valía sembrar beneficios, una cosecha de ingratitudes...

(La indignación le hacía ver las cosas dobles, unos pocos pesos prestados, devueltos con intereses penales, adquirirían las proporciones de una munificencia). No era todo azul y rosa en la vida de los hombres acaudalados. ¡Mil demonios! había que disimular su fortuna, como si fuera una avilantez poseerla, como si fuera pecado ser tan rico. Cada cual podía serlo, trabajando honradamente: ¿por qué no hacían lo que él, trabajar, sin molestar al prójimo? ¡Ah! ese Tomasito Barcín, ¡con qué gusto le pondría la punta de su bota en alguna parte! Le importaba muy poco que los Barcines se creyeran la nobleza más antigua de Chile; al fin eran unos pobres mendigos, vestidos con manto de falsa púrpura. Y había muchos así; mirada de cerca, la sociedad era un estercolero, donde sólo reinaban la vanidad y el engaño. Era justo, por consiguiente, que los hombres de caudal fuesen los dueños del mundo...

Niobé trataba de calmar esa exaltación frenética, nunca lo había visto tan exasperado.

—Sí, prosiguió don Misael, gaste usted su cerebro y sus pulmones en conquistarse un puesto á la luz del sol, acuda en auxilio del indigente y del enfermo, forme una familia respetable, y créese una reputación sin tacha—la envidia destruirá todo eso, ¡hará desmoronarse en un minuto, la obra de cincuenta años de paciente laboriosidad!

—He sido imprudente, interrumpió Niobé; no

debí revelarle lo que, quizá, no pasa de ser una habladuría infundada y malévola. Pero me había parecido propio prevenirlo, antes que le llegaran esos rumores por otro conducto. Disculpe el mal-estar que le he causado.

—Ha hecho usted bien, amiga mía; yo soy quien debe pedir á usted perdón, por esa falta de entereza. Á mi edad, es preciso ser impávido y sereno, despreciar las vanas murmuraciones.

—Nó, nó, repuso Niobé, nada más natural que excitarse por tales cosas. Sólo que, pasada la impresión del primer momento, conviene recuperar la sangre fría y no hacer caso.

La cortinilla de la puerta cercana volvió á moverse; mas, ninguno de los dos interlocutores lo advirtió.

—Olvide usted, Misa, olvide esta contrariedad. Si hay malos sujetos, hay también personas apreciables, que lo estiman á usted y lo respetan. Usted tiene razón cuando dice que es menester un poco de filosofía para vivir en medio de los vivos. De otra manera, este mundo sería una perpetua batalla.

Así logró apaciguarlo, y al retirarse lo dejó tranquilo, repuesto, en apariencia, de la terrible conmoción.

Apenas hubo salido Niobé, se abrió la puerta misteriosa, y una señora de edad madura, de rostro ameno y gentil bajo una cofia de encajes y de cintas, entró en el aposento, se acercó á don Misael.

—Estabas ahí, Emiliana, ¿has oído? Dime, ¿estabas sola?

—Sola.

—¡Ah! me alegro; pero me da pena que te hayas enterado...

—De nada, replicó ella; vengo del comedor en este instante, y alcancé á oír el ruido de una disputa. Esa persona que acaba de salir ¿te ha causado algún disgusto?

Él se sonrió, su mujer no se había enterado de nada, efectivamente.

—Figúrate, hija... es una nimiedad, una bagatela... mas, tú sabes en cuánto estimo mi decoro, mi buen nombre. Parece que en casa de Niobé, esa señora que has visto, nuestra arrendataria, la dueña de la fonda, pues...

—Sí, la he reconocido.

—Niobé... quiero decir, en casa de Niobé... anoche...

Trataba de coordinar una narración verosímil, para no herir á la madre de Horacio con aquella revelación penosa.

—... anoche, te iba diciendo, un mozo que comía en ese lugar, y otro mozo... dos mozos se pusieron á hablar del casamiento... de Merceditas, precisamente. Uno observó que se trataba de un matrimonio mercantil... ¿comprendes, Emiliana? ¡mercantil!... fué ese el término empleado... y que Dorilea andaba en busca de fondos para pagar deudas de juego, una fuerte cantidad

perdida en el "Respetable Club" ... algo ignominioso, en una palabra. Me exalté, es claro, ¡quién no habría hecho lo mismo!

La esposa escuchaba; se leía la duda en la expresión de su semblante.

—¿No me crees? Voy á mandar llamar á Niobé; ella confirmará lo que te refiero.

—No es eso, repuso la señora, con suavidad — tenía hermoso aspecto, noble y digno — otra cosa me atormenta. Te confesaré que oí algo de la conversación, y me asalta una inquietud horrible.

—¿Y el motivo? preguntó Vanderpint, desazonado nuevamente.

—Ayer, en casa de las Tormaches, estaba de visita la Gertrudis...

—La Gertrudis Proboste...

—Esa, que nos mira tan mal, desde la historia de los mil pesos.

—Que le rehusé... Continúa.

—Se hablaba de las modas de invierno, de unas telas magníficas que habían recibido las tiendas de lujo, unos *brochés* de terciopelo sobre damasco de Lyon, de precio extravagante. La Gertrudis opinó que, á pesar del precio, todas las mujeres comprarían esas telas; las más pobres se considerarían deprimidas en su dignidad, si no imitasen el ejemplo de las millonarias.

—La observación es obvia, interpoló don Misaël.

—Sí; pero, en seguida, mirándome de un modo

ambiguo, añadió: Eso está bien para las mujeres ricas; nadie ignora como ganan sus maridos el dinero.

—¡Mala pécora!

—Las circunstantes soltaron una risita irónica, y á mí, no sé por qué, se me oprimió el corazón... Ahora, dime con toda franqueza, ¿qué significa esa "fonda" de tu arrendataria?

—En primer lugar, contestó el capitalista, no quiero que vuelvas á pisar las alfombras de tus amigas Tormaches. Una dueña de casa que no sabe mantener, entre sus visitas, la igualdad y el respeto mutuo, no es digna de poseer amistades. En cuanto al negocio de Niobé, de veras, no sabría instruirte... entiendo que es una especie de *restaurant*, con algunas habitaciones para alojados... Niobé paga religiosamente los cánones; á mí, es lo único que me interesa.

—¡Misaél, protestó doña Emiliana, ruborizándose un poco... tú no me dices la verdad... toda la verdad! De numerosas observaciones aisladas, oídas en una ú otra parte, de incidentes como el de ayer en casa de las Tormaches, y el de hoy en tu despacho, de la aproximación de muchas circunstancias, en fin, se ha formado en mi espíritu la sospecha de que esa fonda es un lugar... ¿cómo diré?... ¡clandestino!

—Clandes... ¡no, hija, qué idea la tuya! protestó Vanderpint, echando la cosa á broma.

Doña Emiliana no se dió por satisfecha.

—¡Ah, amigo mío! repuso, ¡si fuera cierto lo que se insinúa por ahí! Yo te pediría que rescindieras el contrato... Sé algo de leyes... por justa causa, se puede rescindir el arrendamiento.

El marido se puso bruscamente serio, frunció las cejas. Idolatraba á su esposa, á sus hijos, se complacía en cumplir todos sus deseos; pero les negaba, del modo más expreso, cualquiera intromisión en los negocios que él hacía.

—Deja, Emiliana, replicó, en tono á la vez suplicante y severo, deja que la maledicencia aülle, y recibe sus calumnias con desdén. Sabes cuán robusto es mi afecto por ti y por nuestros hijos; sabes que yo quisiera, en la vida, cargar con todas las amarguras, las de ustedes y las mías, y dejarles sólo goces y bienestar... Yo soy un hombre delicado, escrupuloso, añadió, después de breve pausa, conmovido: nunca he ocasionado á nadie el menor perjuicio ó descrédito... y he practicado el bien, en la medida de lo racional y prudente. Todo lo que tenemos es nuestro, legítimamente nuestro, y las comodidades de que gozas son tuyas... tuyas... Mira, hay mujeres que gastan lo ajeno, hay más de lo que tú te imaginas... Pero tú, alza la frente, porque á nadie debes favores...

Ella comprendió que él quería eludir una respuesta decisiva; en vez de conformarse, insistió, porfiada, curiosa de saber. Él no la reñía nunca, era extremoso en su indulgencia; esa

obstinación le lastimaba, como una especie de ingratitude.

—No porfies, hija, no te preocupes, yo sé lo que hago...

Luego tuvo que decirle: "No seas majadera." Y por último, acosado, hostilizado casi, cuando se despejó la incógnita, cuando toda negativa fué inútil, cuando ella se cubrió el rostro con las manos y exclamó, humillada: "¡Qué vergüenza, Misael!" entonces el "filántropo" recuperó su energía de negociante, el duro acento que le era peculiar en su trato con los extraños, y que abandonaba en la intimidad doméstica.

—¿Quién te ha metido, prorrumpió, ¿quién te ha metido esos escrúpulos en el meollo? Y contestando su propia pregunta: ¡Los frailes, claro está, los eternos partidarios de la moral en palabras y del vicio en acción! Pues mira, ¡muchas de esas... instituciones, pertenecen á... comunidades religiosas!

—¡Misael, no blasfemes! interpuso doña Emilianita, horrorizada... ¡no nos castigue Dios por tan sacrílega contumelia! Tú no ignoras que los santos reclusos no administran sus bienes, y ¡si supiesen! Pero es imposible... los masones propagan esos cuentos, para desacreditar á la religión y á sus ministros... Misael, retira tus palabras, te lo ruego... retíralas.

Él comprendió su angustia, su preocupación de devota, vulnerada en las fibras más sutiles del

sentimiento... realmente había dicho una barbaridad, y se arrepentía ahora.

—Yo no afirmo, Emiliana, que los frailes, á sabiendas, destinen sus propiedades á esos fines... Aludo simplemente á hechos concretos.

Ella quiso aprovecharse de la ventaja que le proporcionaba la retractación, á medias, de su esposo.

—Misael, te suplico que rescindas; ¡te lo agradeceré tanto! No te figuras lo que me duele el alma, al pensar que el traje que llevo... ¡Oh! amigo mío, hazlo por mí, hazlo, ¡rescinde!...

—No reparas, hija mía, en una cosa: yo no puedo deshacer un contrato de venta.

—¿De venta? Y ¿qué significan los cánones que te paga Niobé?... Tú me engañas, Misael, tengo el presentimiento de que me engañas.

—Aquí está la escritura... ¿Te convences? La propiedad no es mía, no puedo reivindicarla, sin cometer una usurpación.

—Sí, sí, por uso ilícito, eso debe de estar en el contrato...

—Un arrendamiento puede terminar por ese motivo, replicó él, con una sonrisa; pero una venta no, salvo estipulación contraria; este no es el caso.

Ella persistió, supo encontrar otras razones; su esposo se admiraba de oírla discurrir tan verbosamente. Y volvía al argumento principal, á la causa justa, al objeto ilícito; sabía de leyes, Horacio le había dado lecciones prácticas...

Él la refutó, cariñosamente primero, gastando eufemismos corteses, una entonación discreta; y, exasperado al fin, agotado su caudal de expresiones afectuosas, apeló á su retórica de comerciante sin entrañas.

—Hija, concluyamos, no es posible reivindicar esa propiedad; no, no es posible, yo se la he vendido á Niobé *para eso*, ¿entiendes?

Fué una grosería inútil; él lo sintió después, amargamente. La educación de mero aparato, que había recibido, no había aniquilado, en la raíz, sus defectos de raza; y, en ciertas ocasiones, el nieto de los guerrilleros de Michimalonco aparecía bajo la cultura fofa del descendiente del almirante Van Tromp.

Él sintió la crueldad de su respuesta; pero tenía su orgullo, un orgullo de zambo, y ya había hecho á su mujer demasiadas concesiones. Terminó, tranquilamente:

—Yo he conquistado la opulencia, vigilando mis propios asuntos, sin meterme jamás en los ajenos... La responsabilidad individual no conocería límites, si tuviéramos la obligación de saber lo que hace nuestro vecino, y de dirigir su conducta... ¿Está ahí Horacio? Díle que venga, necesito hablarle.

Doña Emiliana se retiraba, llena de confusión, de remordimientos de conciencia, cual si hubiese sido de ella el gran pecado. Era virtuosa mujer, un tanto timorata, pero de buen criterio; en ese

trance, la única resolución cristiana era acatar la voluntad del esposo, ya que no podía persuadirlo.

Al poco rato se presentó ante su padre, Horacio Vanderpint. Venía, los primeros lunes del mes, á acompañar á su madre en el almuerzo, para que no estuviese sola, hallándose don Misael ausente, absorbido por los negocios.

Padre é hijo se dieron los buenos días, y don Misael Vanderpint empezó:

--Sabes, Horacio, cuánto es el cariño que te profeso...

—Cariño bien correspondido, padre.

—Reconocerás que en mi vida te he dirigido una palabra más recia que otra.

—Lo reconozco, lleno de profundo agradecimiento... Y ¿á qué viene...?

—Voy á someter á prueba la confianza y el amor que te inspiro.

—Son ilimitados.

—Entonces, contéstame, con ingenuidad, con heroísmo: ¿Has hecho tú, deliberadamente, algo, que no sólo tu conciencia vitupere, sino que también tu dignidad se resista á revelarme?

El joven extendió el brazo, y con voz entera:

—Nada, padre; deliberadamente, nunca he hecho nada digno de vituperio.

—Gracias, muchacho, gracias... Ahora voy á refocilarme el estómago, que está, de fijo, menos contento que mi corazón.

—¿Qué diablos le pasa al caballero? dijo Horacio para sí, cuando su padre hubo salido.

Luego, dándose una palmada en la frente:

—¡Ah! exclamó, ahora me explico la pregunta: pero... ¿quién habrá desempeñado, en esta ocasión, el papel de Iscariote?





CAPÍTULO XIII

Memorias de un mayordomo

(Fragmentos)

"..... La víspera de la boda, don Misael Vanderpint me llamó á su despacho, y me interpelló de esta suerte:

"—Jacinto, amigo mío, seis años hace que usted me sirve con fidelidad; ahora que mi hijo Horacio se casa, quiero que usted lo acompañe en su nuevo estado, le sirva, le atienda abnegadamente.

"Me incliné y repuse:

"—Sus deseos, señor, son órdenes para mí; seguiré á don Horacio á donde quiera que vaya.

"—No se va, se queda aquí: nosotros, mi mujer, Merceditas y yo nos vamos.

"Abrí los ojos, como quien se asombra y murmuré:

"—¿Es posible?

"Yo sabía eso, y mucho más; me pareció prudente fingir ignorancia.

"—Como usted oye, Jacinto, prosiguió don Misael. Dejo á los novios edificio, ajuar y servidumbre, una cesión en debida forma.

"Y añadió con hipocresía: Es una nonada, que me he dado el gusto de poner en el canastillo de mi nuera.

"— ¡Imperial regalo! exclamé enfáticamente; ¡sólo don Misael Vanderpint es capaz de magnificencia tanta!

"Después me dijeron que don Misael, al colocar la *nonada* en el canastillo de *su nuera*, había extraído de él parte de la dote, una hermosa propiedad rústica, á título de compensación.

"Mi amo cesante se irguió, se hinchó, se sonrió, atusó el bigote, metió la mano al bolsillo interior de la levita, sacó un libro de notas.

"—Vea usted, me dijo, lo que apunto: *Para mi buen servidor Jacinto, un bono de mil pesos de la Deuda Hipotecaria del seis por ciento: ¿qué tal?*

"— ¡Señor, usted me confunde!

"Hace un año que sirvo *abnegadamente* á don Horacio Vanderpint y á su digna esposa; el prometido *bono* todavía no ha llegado á mis manos.

"—Señor, dije al caballero Misael, la semana

pasada—no sin malicia, lo confieso—señor, aún no he recibido los intereses del titulillo de renta que usted tuvo á bien obsequiarme, tiempo há.

"—¿De qué titulillo?

"—Aquel bono del seis.... si usted quisiera consultar su libro de apuntes.

"—¡Caramba! replicó, apesadado, ¡qué mala suerte la suya! Figúrese que el mismo día en que yo pensaba mandarle el bono, leí que había sido amortizado en el último sorteo.... Pero, no se apure, buscaremos otra cosa.

"—No busque, señor, le respondí, no se moleste. La buena intención existía, y se la agradezco.

"¡Se figurará el gran tacaño que Jacinto es idiota!

"Antes de servir á los Vanderpint, estuve cuatro años de *mozo para todo servicio* en casa de don Alejandro Delaroche, profesor de hidráulica contratado por el gobierno. Ahí empecé las anotaciones de mi cotidiana existencia, que ahora, después de siete años de interrupción, continúo. La verdad sea dicha, en estos momentos soy, á pesar de mi posición humilde, una de las treinta ó cuarenta cabezas inteligentes que administran en Chile los negocios de Estado. Pero no anticipemos el desarrollo natural de los sucesos.

"Dispongo de algunos ratos de ocio; me parece obra útil consagrarlos á la prosecución de *Mis Memorias*.

"No, *Memorias* no es denominación adecuada á la índole de mi modesto trabajo. *Documentos vivos*, sería más filosófico y más propio.

"Yo no aspiro á la gloria de escritor, ni verá mi literatura la luz de la publicidad: de esa manera evitaré el aguijón de la crítica violenta y apasionada.

"Con toda sinceridad lo declaro: no soy artífice de la pluma, carezco de inventiva, de imaginación, de estilo; ignoro el arte de trasladar las ideas al papel, clara, correcta, elegante y ordenadamente. Póseo, en cambio, algunas dotes de novelista — bien puedo hacer esta reflexión, ya que nadie me escucha. Soy observador minucioso, nada se me escapa. Si pudiera reproducir *in litteris* todo lo que mis sentidos se asimilan, no me hallaría hoy vegetando en una ocupación ingrata y subalterna.

"Destino estos recuerdos á mis hijos, si me los da Dios algún día; presumo que no permaneceré siempre en mi actual situación precaria, y que al fin me casaré. Mis hijos se aprovecharán de mi experiencia, y aprenderán en este cuaderno algo de las costumbres de mi generación. . .

"Soy mayordomo de oficio, por mandato de la ley del hambre, y bachiller en leyes, por obra y gracia de la Universidad.

"Abandoné las aulas, para caer, sin transición favorable, en el estado de servilismo en que hoy

me encuentro. Á no mediar circunstancias que daré á conocer muy pronto, y que alientan mis expectativas de ventura, maldeciría *con toda la fuerza de mis convicciones*,—como dice don Horacio,—la enseñanza gratuita y oficial.

"Por de pronto, gano al mes setenta pesos nominales.

"Á su tiempo explicaré este calificativo.

"Si yo hubiese estudiado para carpintero, zapatero ó sastre, como otros miembros de mi familia á quienes el trabajo independiente ha procurado una vida feliz y holgada, mi posición social sería muy diversa. Pero quise aprender leyes, dedicarme á las letras, ¡y heme aquí reducido á ignominiosa esclavitud...!

"¡Ea, Jacinto, valor y constancia, no te dejes abatir por inmerecido infortunio, ya estás en la senda que conduce al dinero, á *los honores* y al poder!

"Sin más exordio, entro en materia.

"Hace un año, pues, que sirvo en esta casa, y todavía no he logrado descubrir qué rumbo sigue. Se me antoja nave sin timón, sin piloto, sin capitán. Incidentes singulares, aislados, me permiten inferir que, en nuestra mansión pomposa, todo obedece á la ley de la casualidad. No discierno regla fija; miento, hay una, la regla de las excepciones. Sin duda, el giro doméstico es brillante, no falta sino regimen, orden, disciplina.

"La servidumbre es considerable y famosa.

Los criados de ambos sexos, grandes y chicos, llegan á diez: Extremaunción Picarte, cocinera, Mingo y Rucio Churrasca, pinches—aquí los llaman *marmitones*; prefiero decir *pinches*, aunque no sea el término tan castizo—Rita Mellado, doncella de la señora; Gavina Ortúzar, doncella del comedor—vulgo *sirvienta de mano*—Leocadia Pérez, criada de patios; Tito Meca, auriga y palafrenero; Urcisinio Alpiste y Rosendo Cloro, lacayitos—más castellano: *grooms*—*don* Pío, de familia anónima, limpiabotas; y YO, mayordomo, superintendente general de toda esa tizna.

«Rita Mellado es nueva, ha venido á reemplazar á otra doncella de cámara, Clitemnestra Rospini. La Rospini era una real moza, blanca y rubia como una inglesa, á pesar de su apellido italiano y su nombre heroicamente griego. Se marchó de casa por culpa mía, lo cual me inhabilita para decir todo lo malo que de ella pienso. La cosa pasó así: estaba Clitemnestra en la cocina, dando tajos y reveses en la reputación de los patrones; le observé que su proceder era incorrecto, que yo no podía tolerarlo. Ella se enfureció: yo no era su padre para censurar su conducta.—«Puedo hacer que te despidan», repliqué. Ella, entonces, me lanzó uno de esos insultos que ni los más mansos soportan. Sin embargo, me limité á decirle, desde la cúspide de mi autoridad:—«Puedes arreglar tus maletas, mañana mismo te marchas».

"Confieso que no era mi intención causarle daño; quiso Lucifer que, al día siguiente, la señora la regañase por no sé cuál motivo. Clitemnestra se imaginó que yo había llevado á efecto mi denuncia, y llegó á la cocina voceando como una loca: yo era un miserable *alcahuete*, y ella no se quedaría un momento más en esa cueva donde *á una le sellaban los labios*. Para dejar un recuerdo de su garrulidad, habló hasta aturdirnos."

"Una observación, de paso: los criados de casa grande son insolentes, soberbios y vanidosos, como verdaderos canacas.

"La Rospini seguía vomitando injurias, sin reparar en pelillos. ¿El caballero? Un tuno incorregible; se había comido la dote de su mujer—cien mil pesos y cuatro casas—con varios amigos, en el tapete verde de un garito de tono; el matrimonio vivía de una renta de dos mil y tantos pesos mensuales, que papá Misael le servía de mala gana. Y la *señorita*, con el primo Caprines ¡vaya una indecencia! ¡Era preciso tener estómago para aguantar á ese pavo bruto...!

"Cada vez que, en la cocina, se alude al primo Lucio Caprines, los circunstantes sueltan la carcajada. Don Lucio es una cuasi-imitación de *simili*-don Juan, que, efectivamente, gira como pavo, al rededor de la señora. No necesito agregar que, por más que se hincha, se estire y puje, ningún resultado alcanza. La páfida insinuación de la Rospini es una de tantas pequeñas murmu-

raciones como circulan entre las damas del estropajo.

"En el discurso de mis *Memorias* ó *Documentos Vivos*, citaré con frecuencia al primo Lucio Caprines; será el protagonista de más de uno de mis capítulos....

"Misiá Cecilia, la patrona, me echa en cara diariamente la salida de su antigua doncella, á quien estimaba mucho. Entretanto, yo me esmero en llevar la economía y el buen régimen á todos los pormenores del servicio. Sería mi mayor gloria lograr introducir en esta casa el admirable sistema doméstico que regía en la de mis primeros patrones, don Alejandro Delaroché y su esposa, misiá Adela. En aquel hogar severo y tranquilo, el trabajo interior se hacía discretamente, sin bulla. Componían la servidumbre dos personas: la vieja Tránsito y yo. Pero la ama de la casa ponía la vista y la mano en todos los rodajes de su gobierno, y á fe que realizaba el prototipo de la mujer nacida para mandar. Poseía el nobilísimo tacto de enseñar con el ejemplo, de hacerse obedecer sin el auxilio de voces destempladas ó gestos exagerados y vulgares. Cuando una cacerola no estaba limpia, reluciente, ella sin proferir palabra, la cogía, la fregaba hasta dejarla como el oro, y después, benévolamente, firmemente, decía á la Tránsito:—"Cuando tenga mucho que hacer, aviseme, yo le ayudaré á fregar las ca-

cerolas; no olvide usted que lo esencial es que estén fregadas." Era la virtud del orden y de la limpieza, llevada hasta los lindes de la exageración. ¡Cuántas veces no me llamó misiá Adela, distrayéndome de alguna ocupación importante, para que yo la viese recoger un palillo de fósforo que afeaba, con su presencia, la pulcritud del pasadizo! Por cierto, allá había más trabajo serio que aquí. Lavar con jabón y tres aguas los pisos de baldosas, asear las habitaciones desde el cielo raso hasta el plinto, barrer las alfombras, limpiar los muebles hasta en sus ínfimos recovecos, no con esos plumeros absurdos que arrancan el polvo de un sofá para depositarlo en el piano, y del piano, en seguida, para devolverlo al sofá, sino con unos trapos de algodón especialmente destinados á ese uso. ¡Y la lavadura de los cristales de puertas y ventanas, que se hacía todos los sábados y ocupaba el día entero!... ¡Ah, la limpieza, no hay más que ver, es la madre, la soberana de todas las virtudes familiares!

"La primera vez que misiá Cecilia puso en mis manos un plumero para asear los salones y dormitorios, le respondí categóricamente—yo soy muy categórico—que no conocía el empleo de ese mueble. La señora se rió, más adelante se enfadó, y me dijo, en tono desapacible:

"—Y entonces, ¿para qué sirves tú?

"Esa es otra: aquí tutean a los sirvientes, cos-

tumbre impropia, que engendra la familiaridad, y perturba y concluye por destruir la disciplina.

"Yo repliqué:

"—He visto usar en otras partes, para ese objeto, unos paños de algodón, frizados, esponjosos, que limpian sin levantar polvareda.

"—¿Y dónde has visto esas maravillas?

"—En casa de don Alejandro Delaroche, el ingeniero....

"—¡Pues aquí estás en *mi* casa, y harás lo que yo te ordene y como te lo ordene!

"Dicho lo cual, me volvió las espaldas, con un respingo.

"¡Qué orgullosa es esta gente! Casi tanto como sus criados inferiores!

"El verano se aproxima; he preguntado á la señora cuándo sacábamos las alfombras de las piezas.

"—¿Sacar las alfombras? ¡Qué ocurrencia, no sería poco el *trajín*; además, para respirar polvo durante dos días!

"Le observé que eso era muy conveniente.

"—En casa de mis antiguos patrones, se cubrían los *parquets* con alfombras, en invierno, y al acercarse la estación cálida, se dejaban los *parquets* pelados.

"Sin duda, la señora me entendió mal: que se colocaban alfombras en los *parques*, y se rió; naturalmente: Le dije lo que era un *parquet*: un piso

de maderas finas de distintos matices—nogal, cedro blanco, ébano, roble francés—hecho de trocitos que formaban dibujos jeométricos: en otros términos, un *mosaico*. Se barnizaba con una solución tibia de jabón negro, potasa cáustica y cera virgen; veinticuatro horas después se frotaba el piso con un cepillo pesado, y quedaba como espejo.

“Misiá Cecilia me escuchaba atentamente; por último, hizo una mueca desdeñosa y se alejó murmurando:

“—Estos lacayos se parecen todos: hablan siempre de las preciosidades de sus antiguos patrones, con el propósito, tal vez, de inspirar envidia á los nuevos.

“Me ha herido profundamente la apasionada reflexión de la señora. En primer lugar, no soy un lacayo, jamás lo he sido; soy un empleado civil, quiero que mis hijos lo sepan. En segundo lugar, no aduzco el ejemplo de mis antiguos patrones por ser de ellos, sino por ser bueno y digno de ser imitado. No pretendo criticar las torcidas prácticas de mi gente de hoy, sino con el santo designio de enderezarlas y enmendarlas. Sufre equivocación la señora si juzga que mis observaciones la humillan.

“Los malos actos propios, no las malas palabras ajenas, son origen de humillación y de vergüenza.

«Como el caballero es hombre público, no pára en casa, sino á las horas de comer y de dormir. Supongo que pasa su tiempo en el Congreso, ó en alguna reunión *del partido*, ó en el «Respetable». Voy con regularidad, los días de trabajo, á arreglarle el bufete; pero rara es la vez que ahí se le encuentra. Sospecho que el patrón es abogado sin causas. ¡Bah! si él y su esposa supiesen distribuir atinadamente los treinta mil duros anuales que, rezongando, les propina el *viejo*—hay familias que se lucen con una renta menor—llevarían una existencia de príncipes.

«Ignoro cómo se las componen; el hecho es que, aquí, todo revela penuria, ó por lo menos atraso, estrechez. Acudé la lavandera á cobrar su mesada: no hay *con qué*, vuelva otro día. En cambio, y so pena de dura amonestación, se le exige una puntualidad británica en la entrega de la ropa. No afirmo que los amos sean tramposos, no tienen por qué serlo; pero la regla para pagar es *tarde, mal y nunca*. Hemos despedido á tres panaderos que nos molestaban con sus impertinentes cobranzas.

«¡Qué distantes estamos del escrupuloso, del matemático presupuesto de misiá Adela Delaroché! Todos los gastos figuraban ahí en partidas explícitas: tal suma para el pan, tal otra para la carne, la leche, las legumbres. Había un asiento para limosnas, uno para imprevistos (que se in-

vertía rara vez, por cuanto hasta el consumo de pajuelas estaba rigurosamente calculado.)

Misiá Adela se ceñía á su presupuesto de un modo estricto, jamás se salía de él, jamás solicitaba *suplementos*. Su sagacidad era asombrosa. —Este mes ahorraré tanto, decía. Y su previsión se verificaba con la mayor exactitud.

“Durante un viaje de don Alejandro á los baños termales, su esposa hizo cambiar los pisos comunes de las habitaciones por esos *parquets*, ó mosaicos á que me he referido.—¡Qué locura! exclamó el patrón á su regreso. Y misiá Adela le contestó:— ¡He realizado esa obra con los ahorros que me deja el puchero!

“Allá no se mandaba decir á los proveedores que presentaban sus cuentas:—“Vengan mañana”—ó el día del juicio, que es lo mismo—mientras que, aquí, no pasan cuarenta y ocho horas sin que se aparezcan los ingleses, risueño el semblante, respirando esperanza, y luego se retiran carilargos y echando chispas.

“Don Horacio ha dispuesto que se le cobren sus cuentas personales—sastre, zapatero, y demás—en su oficina, es decir, donde nunca asoma las narices.

“La costurera de la señora, la *mejor modista de Santiago*, ha venido, hace poco, á probarle unas vestiduras.

"Mientras yo arreglaba el aposento del patrón, un museo que encierra veintidós pares de botas, cuarenta y nueve bastones, la mar de corbatas con sus sendos alfileres —la ropa de paño llena seis perchas, de ocho ganchos cada una, en la vecina alcoba—misiá Cecilia dialogaba, en un cuarto contiguo, con *Madama d'Antourville*—es el nombre estampado en las tarjetas de la célebre costurera.—Era un coloquio violento, acalorado, esencialmente femenino.

"Creo que la modista, después de probar los trajes, hizo unas tímidas insinuaciones, de índole utilitaria, que no fueron del agrado de su interlocutora. Se trataba de una cuenta pendiente, de novecientos y tantos pesos, saldo de una factura anterior.

"La señora se encolerizó, cual corresponde á una persona distinguida, á quien se cobra lo debido. Madama podía entenderse con Horacio, ella no estaba *podrida en oro* para pagar cuentas á presentación.

"—He mandado cobrar tres veces, tartamudeó la modista. Y, después de un suspiro: ¡Oh, qué profesión tan desagradable! añadió, ¡nadie... nadie paga!

"—¿No ve, no ve? exclamó alegremente misiá Cecilia; pagar ya no se usa, no *está en moda*, como sus trajes, madama d'Antourville.

"—Sin embargo, la señorita. . .

"—La señorita pagará, pierda usted cuidado,

madama; deje siquiera que el dinero se junte y haga cría. Si le precisa mucho, hablaré á mi esposo, aunque la cosa tiene sus bemoles.

"—Oh, el caballero es muy rico, y en tratándose de la señorita....

"—Se equivoca, madama, interpoló la patrona: aquí no amarramos los perros con collares de perlas....

"—¡Pero se gasta lujo en los vestidos! agregó la modista, socarronamente.

"Misiá Cecilia protestó, juró que le levantaban un falso testimonio; hizo un inventario verbal de su guardarropa. La verdad era que la *manejaban* casi desnuda, ó á medio vestir; no sería su lujo personal causa de ruina para su marido....

"Y, sobre la marcha, ordenó á la costurera que se diese prisa en la hechura de los catorce trajes *de diario*, y los cinco de gran ceremonia, y el de *pañó león* para ir á misa, y el de gasa con flores bordadas que debía ponerse en el cumpleaños de Horacio, y el otro, y el otro, y todavía el otro más.

"Invariablemente, la señora regala cada mes un traje suyo, intacto, *flamante*, á alguna de las muchachas del servicio, é invariablemente también, la beneficiada lo va á empeñar en seis ú ocho pesos.

"Como he visto que misiá Cecilia acoge mal mis excelentes advertencias, y hasta se permite

ofender mi dignidad de empleado respetuoso de los demás y de sí mismo, llamándome *intruso*, *metete-en-todo*, *jeringa*,—una vez se propasó diciéndome: "Cierre el pico la librea", segunda vez que me califica de lacayo; á la tercera disparo de aquí sin decir ¡agua va! —como noto, pues, que mis deferentes y sanas insinuaciones son recibidas con disgusto, he resuelto no hacerlas sino en casos muy caracterizados, y aun entonces, de una manera indirecta y solapada. En esa forma le inculqué la idea de vender sus *desechos*, en vez de arrojarlos á la calle.

"He aquí cómo se presentó la oportunidad para ello.

"Tito Meca vino lloriqueando á anunciar que el *Príncipe de Gales* se había puesto triste—el *Príncipe de Gales* es uno de los trotones del landó. La señora experimentó un sobresalto, y me dijo que la acompañara á ver al *enfermo*.

"La indisposición no era grave; se propinó á la bestia un poco de jerez con azúcar, y al punto recuperó su acostumbrada alegría.

"Después me preguntó la patrona:

"—¿Eran así, tan bonitos, los caballos de *tu* misiá Adela?

"—No eran ni bonitos ni feos, ni de ninguna laya, contesté. *Mi* misiá Adela no gastaba más *rodado* que los tranvías y los carruajes públicos.

"—Sería muy elegante.

"—Elegante, mas no lujosa: dos trajecitos para las cuatro estaciones; pasado el año los vendía.

"—¡Qué curioso!

"—No era, por cierto, como *su merced*, tan desprendida—le quise decir tan *manirrota*, pero me contuve.

"—¡Vender sus trapos viejos! exclamó ella, sonriéndose: ¡jamás se me había ocurrido cosa semejante!

"—Los vestidos usados se compran y venden muy bien; hay mujeres que ejercen esa industria.

"—¿Conoces tú á alguna de ellas? interrogó misiá Cecilia, después de un momento de meditación... No es para mí, añadió vivamente, algo avergonzada: es para recomendarla á unas amigas. ... *pobretonas*.

"Le indiqué el domicilio de Pepa Benítez, una *ropavejera* más popular que la peste.

"Días más tarde, topé con la Benítez en el zaguán.

"—¿También espigando por estos trigos, doña Pepa?

"—En eso andamos, caballero. . . .

"Voy á presentar á las generaciones futuras la interesante persona del *primo* Lucio Caprines. El primo es una de las cariátides de la tertulia particular de la dueña de casa. Es el único macho de una reunión donde sólo brillan especímenes

del sexo vidrioso. Su historia es breve é insustancial como la de todos los estultos. Pretendió á misiá Cecilia antes del matrimonio de ésta con don Horacio, y sigue cortejándola como si tal cosa. El infeliz no es Marte para esa Vénus. La cualidad que le caracteriza es ajena: usa vestimenta fina y la cambia á menudo. Lo cual de ninguna manera quiere decir que vista bien. Es feo, superlativamente, con su nariz *pico de gaviota*, y sus ojos de paloma torcaz. Su conversación carece de gracia y su risa es un suplicio para los que la escuchan. Causa admiración que, con tan pobre armamento, venga de caza en nuestras tierras.

"No se crea que, por el hecho de enamorar á la patrona, sea precisamente un paladar delicado. Á modo de distracción—como quien dice entre dos platos—se insinúa á las hembras del servicio, á la Gavina, que es tuerta, y á la Extremaunción, que no tiene diente sano. Suele largar tales sandeces, que lo dejan á uno absorto. Se cuenta de él que en un baile—no falta á ninguno de los que da la sociedad opulenta—viendo que á una joven le arrastraba, por lo bajo, una cinta blanca, se puso á gritar en pleno salón:—"Señorita Inés, señorita Inés, se le están cayendo los pantalones!"

"Este rasgo lo pinta de cuerpo entero.

"Misiá Cecilia le dispensa una hospitalidad afable, lo distingue entre sus demás amigos. So capa de un propincuo parentesco, lo tutea enfáticamente, lo trata con familiaridad, lo engríe. Se

imagina tal vez que es un bicho inofensivo: en su lugar, yo le señalaría la puerta. Cúmpleme advertir que es hijo de un mascarón de gobierno, y que la estima que se le miente va enderezada á su señor padre, por carambola.

"Don Lucio es dueño de un *gran nombre*.

"—Yo soy Caprines y Montesinos, me dijo un día, sin pregunta previa: es un gran nombre.

"—Y una gran ventaja, le respondí irónicamente: doy á usted mis parabienes sinceros.

"—Tú, ¿como te firmas?

"—Zumalacárregui, repuse, irguiéndome: también es un apellido largo y famoso.

"Añadí, para mi capote:—Mi apellido es tan bueno como el tuyo, Barrabás.

"Entablamos una conversación insulsa; antes del punto final, Caprines y Montesinos, rascándose el occipucio, me pidió cinco pesos prestados: rehusé. Desde entonces me mira de reojo.

"Aquí se come mucho y mal, principio contrario á mi cartilla gastronómica. Tómese razón de que soy santiaguino neto: á los ocho meses engullí mi primera empanada, un año después apachugaba con cualquier sandía.

"Cuando uno no es animal del todo, progresa y se perfecciona. En el servicio de los Delaroche, aprendí á comer inteligentemente, lo cual es un arte. En aquel tiempo, reñí para *vitam æternam*

con el mate y el mote, las guatas y las cebollas cochifritas, las algas marinas, el sebo (grasa común) y el ají. Abonimo el charqui bajo cualquier disfraz, y en cuanto á mariscos, sólo tolero la langosta; los demás crustáceos, ni cocidos, ni crudos, ni sancochados.

«Sin duda alguna, el alimento influye en el espíritu del hombre: á un paladar fino corresponde, casi siempre, un ingenio sutil. No en vano se ha llamado *buen gusto*, la intuición de lo bello en la naturaleza y en el arte. Una criatura que fríe sus patatas en ese ingrediente que sirve de base á la fábrica de velas y jabón, es, en mi concepto, incapaz de distinguir, *grosso modo* siquiera, un buen cuadro, de uno mediano; incapaz de comprender las afinidades misteriosas que existen entre la palabra, la forma, el colorido y la música. Las amistades de misiá Cecilia se quedan extáticas ante los muebles de nuestros salones—son horribles, y costaron treinta mil pesos.

«Cincuenta gastamos al día, nada más que en comer: es una desproporción, inevitablemente. Muchas circunstancias de nuestro régimen alimenticio, merecerían pasar á la historia. Para no dar pasto á sugerencias malévolas, injustas, dejo la mayor parte en el tintero. Días hay que, en la cocina, nos quedamos todos en ayunas. Otras veces disponemos de copiosos platos, en los cuales fraternizan, confundidos y revueltos, pescado, pollo, salsas, legumbres tapones de botella (*obturamen-*

ta, en latín), cáscaras de queso y migas de pan. Gavina, la repostera, para ahorrarse trabajo, mete en una sola fuente lo que sobra. Por la misma razón enjuga los cristales y la vajilla con las servilletas de la mesa; la he pillado sacudiendo los aparadores con el propio mantel.

"Dentro de los posibles límites y de lo humanamente hacedero, me afano por evitar tales perjuicios; pero, como lo observa un pensador profundo, el hombre no tiene sino dos ojos, y le hace falta el don de ubicuidad.

"Al principio el caballero, la señora, me trazaron las grandes líneas de mis obligaciones domésticas. Dejé constancia de la distribución de mi tiempo, en un cuadro sinóptico—ahí está, colgado, en la pared de mi cuarto, como un reloj.

"El quinto ó sexto día, mi reloj oficial se descompuso.

"La señora, que me había afirmado, en voz de tiple: *Jacinto, yo tengo costumbre de levantarme á las siete*, tomó esa vez la vertical dos horas más tarde.

"Y el amo (en godo, el señorito), que había tosidido mucho para convencerme de su índole madrugadora, salió de entre sábanas á eso de las once.

"Desde esa fecha, mi horario no se ha vuelto á componer.

DIALOGO MATUTINO (LAS DIEZ Y MEDIA ANTES
DEL MERIDIANO)

"ÉL (*desde su habitación*).—Jacinto!

"ELLA. (*desde la suya, al lado opuesto*).—Jacinto!

"YO.—Presente. Presente... ¿qué se necesita?

"ÉL.—Llama á don Pío.

"ELLA.—Llama á don Pío.

"YO.—¿Señorita?

"ELLA.—Tengo antojo de castañas; díle que me compre *un diez*.

"YO.—¡Zape! hay moros en la costa, ¡ya era tiempo!

"ÉL.—¡Cara... coles! ¿te has puesto sordo? ¿Dónde está don Pío?

"YO.—Va á comprar castañas para la señorita.

"ÉL.—Sin lustrarme las botas ¡habrá tuno!

"YO.—Su merced las dejó adentro.

"ÉL.—Y tú, no tienes lengua para pedir las, ¡animal!

"YO (*resentido*).—Pedí las botas oportunamente; su merced me contestó que estaba durmiendo.

"ÉL.—Esta mañana, en lo mejor del sueño matutino, ¿á quién se le ocurre?

"YO.—También las pedí anoche, y su merced me respondió: ¡Véte al diablo!

"ELLA.—¿Fué don Pío á las castañas? (*En el cuarto del patrón resuena una risa estrepitosa.*)

"YO.— Pronto irá, señorita.

"ELLA.— ¿De qué se ríe Horacio?

"YO.— De gusto... por la buena nueva, de puro gusto, señorita.

"ELLA (*cándidamente*).— ¿Por la buena nueva? ¿qué buena nueva?

"YO.— La que anuncian las castañas...

"ELLA.— Las quiero asadas, al horno, dílo así á Extremaunción.

"YO.— Está bien, señorita.

(Intervalo de dos minutos)

"ÉL.— ¿No ha llegado don Pío?

"YO.— Va saliendo, señor.

"ÉL.— Ca... (*Las demás sílabas se pierden en un ruido de loza rota. El patrón ha hecho trizas el jarro y la aljofaina.*)

"ELLA.— ¡Jacinto!

"YO.— ¿Señorita?

"ELLA.— Las prefiero cocidas, con una narigada de sal y dos ó tres hojas de laurel.

"YO.— Con sal y laurel, perfectamente, señorita.

.

Cae el telón

"Así son estos patrones, no tiene uno por qué cabo ó qué rabo asirlos. Y entiéndase que don Horacio es hombre de pelo en pecho, persona

avisada y muy leída, y legislador por añadidura. Si contribuye á gobernar el país como gobierna su casa, buen derrotero lleva el país!

«Vamos, Jacinto, tú no estás á tu gusto en esta casa. Nos dices que se come mal, que los patrones son majaderos, que la servidumbre es insolente, que unos y otros te rehusan la consideración debida á tus relevantes cualidades. Entonces ¿por qué te quedas?

«Yo repito ¿por qué me quedo?

«Debo ser franco. Las promesas de don Misael y de su hijo, ejercieron sobre mí una fascinación irresistible. Mientras más hábil y despierto se juzga un hombre á sí propio, más cerca está de convertirse en juguete de sus semejantes. Me tentaron, en primer lugar, los setenta pesos de mesada; la esperanza de mejorar de fortuna me inspiró, en seguida, el heroísmo de los sacrificios épicos ¡Quién sabe! pensé, al servicio de estos prohombres de la administración pública, suele uno pescar alguna canongía que le permita terminar en *dolce far niente* su carrera. Cuántas veces, tendido boca arriba sobre mi cama, no he dirigido éstas, ó análogas reflexiones, al estúpido cielo de mi cuarto: — Jacinto Zumalacárregui ¿qué te parece una mayordomía en la Moneda? Ó una plaza de receptor de primera clase? Andando el tiempo, ¿por qué no podrías aspirar á la gobernación de algún departamento secundario? . . .

¡Qué animal tan extravagante es el hombre! A medida que el árbol de sus ilusiones se deshoja (¡por vida de...! sospecho que acabo de escribir *una figura!*) se aferra más y más al áncora de la esperanza!

"Discúlpeleme este arranque lírico, y continúo, en romance vulgar.

"Setenta pesos al mes no dejan de constituir una bonita renta, para un mayordomo que disfruta, además, de casa y comida. Pero cuando ese mayordomo acostumbra ciertas comodidades que la casa no proporciona, por ejemplo, el chocolate con tostadas, al levantarse; coche y tranvía, para las diligencias del servicio; el vinillo, de regular cuerpo y gusto, para la comida y el almuerzo; pan y azúcar blanca, á discreción y á toda hora —juzgo inútil seguir enumerando los pequeños goces que mi inolvidable patrona, misiá Adela, suministraba á sus sirvientes;—cuando uno, pues, está avezado á ese género de vida, setenta pesos al mes le representan un sueldo nominal y relativo, amén de la desestimación formidable que, por sí sola, sufre nuestra moneda *fiduciaria*.

"Misiá Cecilia me da, á veces, si no se olvida, y está *en fondos*—circunstancias que no se juntan con la apetecible frecuencia—lo preciso para el desayuno semanal de mis paniaguados:—Azúcar prieta, Jacinto, una cucharadita *rayada* por persona; té simple, Jacinto, sin leche, entiendes, ¡sin leche! Y la patrona concluye por entregarme cua-

renta centavos, *para la semana*. Haré notar que estas *semanas* son dobles: duran quince días.

"Creo que la cualidad que más dignifica á los que viven en situación humilde y en un estado de subordinación respecto de otros, es, subentendidas una honradez acrisolada y una veracidad incontrastable, la *fidelidad*. Yo legaré á mis hijos el ejemplo de esta virtud, puesta en práctica en todas las ocasiones de mi existencia.

"El mayordomo Jacinto y el autor de estas *Memorias*, son dos entidades morales diferentes, en un solo cuerpo mortal.

"La servidumbre de esta casa, como la de todas aquellas donde no hay una dirección racional, enérgica y benévola á la vez, adolece de los mismos defectos, incurre en idénticos descarríos.

"Es propio de los sirvientes mal educados censurar *públicamente* en sus patrones, los vicios que ellos mismos ejercen con diploma de maestros.

"Y es observación corroborada por una larga experiencia, la de que, en nuestro suelo, por tan notorias razones bendecido, la clase social más alta y la más baja padecen de las mismas dolencias espirituales. Se diría que aquélla y ésta proceden del mismo manantial etnográfico, y que la insensata fortuna ha conducido una parte de la raza original por estériles páramos de miseria y ruína, y otra parte de ella por los verdes, frescos

risueños campos de la prosperidad. Pero el sello primitivo está en ambas impreso, obvio, indeleble. Los miserables nada han olvidado en su peregrinación dolorosa; los felices, nada aprendido en su carrera triunfal. Si se raspa el oropel del lujo y superficial refinamiento, que da á los unos cierta apariencia de cultura, se da, sin transición insensible, brusca, cruelmente en los otros.

"De un modo indirecto, por una asociación de ideas, me sugiere estas cavilaciones el recuerdo de una conversación que sostuve, há tiempo, con la señora de Puigvelez, dama de empinadísimo coturno. Es de nuestras amigas, visita á los patrones. Ocurrióme tener que llevarle á su casa un quitasol, que se había dejado en la nuestra. Después de recibir de mis manos el objeto, me preguntó:

"—¿Estás contento en el servicio de los Vandespines? (Los criados, también, dicen *Vandespines*.)

"—No me asiste motivo de queja, contesté.

"—Sé sincero: *esa gente* es muy parsimoniosa; es raro que los criados les duren.

"—Á mí se me trata perfectamente, señorita, y estoy de ello muy agradecido.

"—Pero te gustaría cambiar de casa ¿eh?

"Me hice el tonto, aunque sondeé todo su pensamiento y repuse:

"—Mi destino, señorita, consiste en servir por dinero, por la mayor cantidad posible de dinero...

"—¿Querías venirte conmigo? interrumpió ella, atolondradamente.

"—Rehusó, repliqué, en tono seco.

"—¿Con tanta precipitación?

"—Con tantísimo entusiasmo, señora.

"¡La excelente y leal amiga de mis amos se figuraba, tal vez, que yo le pediría tiempo para examinar su oferta!

"La señora de Puigvelez me saluda con mucho cariño:—¿Cómo te va, Jacintito? ¿estás bueno?

"Y yo interpreto ese saludo:

"—No digas nada de nuestra conversación, Jacinto, ¡te lo suplico!

"No diré nada: soy discreto como un poste telegráfico. Por otra parte, no tengo seguridad de permanecer en esta casa hasta mi muerte; en caso de conflicto, el hogar de la señora de Puigvelez me espera.

"Con todo, mientras yo sirva á don Horacio Vanderpint y á su amable esposa, la dignidad de ellos es solidaria con la mía. Seré leal, seré fiel... hasta la acera de enfrente.





CAPÍTULO XIV

Memorias de un mayordomo (continuación)

"... En las últimas dos semanas, han ocurrido aquí algunos incidentes dignos de nota. Don Horacio, que antes no paraba en su domicilio, ahora sale poco. Después de comer, trabaja en su despacho hasta muy tarde. Ha descubierto que tengo regular letra y no mala ortografía; me ha hecho su secretario, y en esta situación le ayudo á escribir artículos para los periódicos gobiernistas, cartas para los conmlitones del partido. Por más singular que ello parezca, es lo cierto que don Horacio y su señor padre, campean en distintos bandos de opinión: el primero es ministerial intransigente; el segundo opositor de circunstancias. El ama es de filiación conservadora, lo que im-

prime á esta casa una fisonomía de caravanserrallo. El patrón, aun cuando permanezca más tiempo en su hogar, no lo pierde acompañando á misiá Cecilia, quien, para eso, tiene al primo Caprines, conservador como ella. El señor Vanderpint *junior* prefiere divertirse, redactando sus arengas parlamentarias, mientras yo consulto diccionarios y autores ilustres, en busca de citas convenientes.

«No es raro que el caballero deje á la señorita comer sola, por no perder el hilo de algún razonamiento trascendental.

«Desde que lo trato más de cerca, he podido estudiar al patrón detenidamente. En lo físico, uno de tantos: nada en él cautiva la mirada. Su entidad psicológica es bastante compleja. Distráido y versátil, posee una memoria poderosa cuando concentra su espíritu en algún raciocinio concreto. Entonces discurre con precisión, y erudición abundante: nombres, fechas, acontecimientos, citas, aforismos, se suceden como las abigarradas imágenes en el objetivo de un kaleidoscopio. Sus amigos lo aprecian como orador. Presumo que todas sus facultades intelectuales están absorbidas por la política, y que no le sobra ni un escrúpulo de reflexión y común sentido para especulaciones más modestas, pero no menos necesarias.

«Una mañana, al salir, me dijo:

«—Sobre un sillón de mi pieza hay unos pan-

talones manchados con tinta: los llevarás á la tintorería para que los desmanchen.

"En la misma tarde se acordó de los pantalones, y me preguntó si yo había cumplido su encargo.

"Contesté negativamente; no había visto la prenda.

"—No abrirías los ojos, exclamó él con severidad.

"—Eso sería, repuse; pero ahora los abro y veo que su merced lleva puestos... esos benditos pantalones.

"Abro un paréntesis. Aunque no destino estos apuntes á la publicidad, no es tampoco mi designio dejarlos eternamente inéditos. Quiero que algo aprendan de la vida, en ellos, los que un día heredarán mi nombre. Pero estéril sería mi tarea, si no manifestase la firme resolución de ser y de parecer verídico.

"No todo lo que aquí estampo es fruto de mi experiencia personal; me sería imposible estar en todas partes, siguiendo los pasos de los unos y de los otros á cada momento. He debido, pues, buscar y apropiarme ciertas fuentes de información y adoptar reglas de lógica que me permitan ver la verdad desnuda.

"Fuera de mi personal inspección, del testimonio de mis sentidos, que acepto con prudentes reservas, debo descansar mucho en lo que oigo y leo, y en mis facultades inductivas, que son,

hasta donde es lícito juzgar en causa propia, felices y prepotentes.

"Para la política, poseo el testimonio de la prensa. Si leyera un solo diario, me formaría de las cosas un criterio imperfecto; los recorro todos, siquiera uno de cada color político. Así, por más desfigurada que se presente la verdad á través del prisma de los pequeños intereses individuales ó de círculo, nada me cuesta descubrirla bajo sus distintas apariencias.

"La fe de la servidumbre es falaz; los criados tienen fama de mentirosos: la merecen. Sin embargo, con un poco de paciencia y ejercicio no es difícil penetrar hasta el fondo de su pensamiento.

"Dadas estas explicaciones, habrá de reconocerse que mis *Memorias*, ó *Documentos Vivos*, constituyen una recopilación de hechos históricos perfectamente aquilatados y comprobados. Así, pues, los futuros historiadores y novelistas pueden beber en esta fuente, sin recelo ni desconfianza.

.
"En los momentos en que escribo, el gobierno es víctima de una oposición fenomenal, que le enrostra la pobreza de los ciudadanos y el mal estado de los negocios, los excesivos gastos públicos y la deuda interna y extranjera. Si hubiésemos de dar crédito á lo que se pregona y declama, el país estaría al borde de un abismo.

"Desde que tengo uso de razón, he oído chillar á los descontentos, quejarse de que se violan

las leyes, de que se atropella á los ciudadanos en su libertad. Pero hay épocas en que la crítica, llámese oposición, opinión pública ó prensa, hace la vista gorda, se abstiene de denunciar los abusos; otras veces se muestra exageradamente sutil y estricta; cualquiera irregularidad se le figura atentado. Mi antiguo patrón, el señor Delaroche, refiriéndose á los gobiernos de las repúblicas de América, solía decir: "Son oligarquías compuestas
" de elementos demagógicos, y por ende, indisciplinadas y egoístas." Comprueban esta opinión los discursos de don Horacio, discursos de cacique, en los cuales el pueblo desempeña el papel de contribuyente, y nada más que de contribuyente.

.
"—Es preciso que salvemos al gobierno, me ha dicho don Horacio, con energía.

"Desde ese instante, vivimos consagrados á la salvación del gobierno: trabajamos seis horas diarias en consultar los tratadistas más insignes, borrajemos resmas de papel. Las hojas escritas vuelan á un lado y otro; es una fiebre, un delirio, un vértigo.

"El patrón prepara un discurso *monumental* para una de las próximas sesiones de la Cámara.

"—¡Voy á triturarlos, Jacinto, á pulverizarlos, á aventarlos, á esos majaderos! Tienen ganas de gobernar, ¡que se queden con las ganas; ya se sabe para qué anhelan el poder!

"—Supongo, me atreví á insinuarle—supongo

que para lo mismo que su merced y sus partidarios.

"—Cabal; por eso no conviene que lo obtengan.

"Y don Horacio añadió, cándidamente:

"—Si el país ha de ser comido, mejor es que lo sea para que engordemos nosotros, y no ellos.

"¡Singular filosofía de administración pública; la sola, según aseveran, que en este continente se practica!

"Ahora comprendo por qué tantos individuos tiran miles de pesos á la calle con el fin de alcanzar puestos que la nación no paga, y que, bien desempeñados, deben de ser un enorme sacrificio.

"En esa misma oportunidad, dije al amo:

"—Es muy justa la fama de orador de que usted goza.

"—Muy justa, repitió él, modestamente; pero mi bueno me cuesta.

"—Me imaginaba que sería una disposición natural...

"—Sí... y nó... Más claro, uno nace con el genio de la elocuencia; pero sólo el estudio, el esfuerzo perseverante, infatigable, lo elevan á uno á las grandes alturas.

"Y pasando á otro orden de ideas:

"—La gran cuestión, prosiguió, está en decidir si nuestro sistema de gobierno es *representativo* ó *parlamentario*: he ahí el grave problema de *actualidad*.

"Aventuré:

"—¿Qué mandan nuestras leyes, nuestra Constitución? La resolución de la incógnita no me parece difícil, si se consultan los textos.

"—¿Los textos? La Carta es contundente: gobierno representativo, popular...

"—¿Dónde está, pues, el conflicto?

"—En el Parlamento: sabes que es uno de los tres poderes. Hay un Parlamento, el Parlamento contribuye á la administración nacional, *ergo*, el gobierno del país es *parlamentario*.

"—¿Y representativo?

"—La Constitución lo establece.

"—En tal caso, la fórmula es elemental: gobierno *representativo-parlamentario*, ó gobierno *mixto*.

"—¡Qué idea! exclamó don Horacio, ¡qué idea tan sublime y luminosa! Has hecho un verdadero descubrimiento, Jacinto. Sistema *mixto*, no hay más que hablar, es la fórmula exacta. ¿Cómo diablos se le escapó á Aristóteles? Te prometo defender esa tesis en mi primer discurso; con semejante episodio, los mato, ¿entiendes? ¡los *ma... to!*

"El patrón estaba contentísimo; para abrir un cauce á su entusiasmo, me hizo algunas confidencias:

"—Un hombre público, amigo mío, es un comediante; debe aprender su papel, tener siempre el pensamiento fijo en las miradas de la galería. El país, he ahí la galería del estadista. Conozco

bastante á los de mi oficio, para afirmar que ninguno de ellos es sincero: todos son actores, todos representan un personaje enteramente extraño á su entidad natural y moral. Cada cual va en pos de producir efecto, de impresionar profundamente á su auditorio. Los medios, ¡ah! los medios poco importan; producir efecto, producir ilusión, he ahí lo importante.

"Si don Horacio ha querido pintarse á sí propio, lo ha hecho de una manera magistral.

"Dos ó tres veces lo he visto, por la rendija de la puerta, accionar como un cómico, frente al espejo, en el salón de gala: hacer gestos y visajes, heroicos, majestuosos, interrogar á los sillones, apostrofar á los sofás, agitarse en fin, cual diablillo en una pila de agua bendita.

"Mis nuevas tareas me han alejado un poco de la patrona, misía Cecilia. Ella sale todos los días á las tiendas, el coche vuelve atestado de paquetes; no sé á dónde va á parar todo eso.

"Estábamos—don Horacio y yo—preparando materiales para el famoso discurso, y se aparece una doncella:

"—La señorita manda llamar al caballero.

"Respuesta:

"—Estoy muy ocupado, iré más tarde.

"—Ha de ser pronto.

"Don Horacio se levantó, fué á ver. Estuvo ausente media hora. Mientras me distraía leyendo *El Espíritu de las Leyes*, de Montesquieu, el pa-

trón *celebraba* con su cara mitad una entrevista borrascosa. Rita Mellado nos lo refirió todo esa noche, en la cocina.

"He aquí la escena, tal como la he podido reconstruir:

"Don Horacio penetró en el gabinete de la señora; ésta le presentó una cuenta de la costurera.

"El marido contestó, irritado: lo habían ido á incomodar por asuntos bien fútiles. Hizo un movimiento para retirarse; misió Cecilia lo sujetó. Necesitaba dinero para sus gastos privados; era ignominioso despedir á los proveedores, pagándoles con buenas palabras. Como él nunca daba la cara á los ingleses, ignoraba hasta qué punto la tenían hosca y repulsiva. Ella se llevaba todo el fastidio de sus recriminaciones, estaba de aburrimiento *hasta aquí*.

"La cólera de él salió de madre. Le parecía escandaloso tanto derroche. Cincuenta pesos al día, para mantener el horno caliente, era un exceso, un abuso. Y quinientos pesos mensuales para alfileres, ¡cara... coles, ni aun cuando fueran de oro macizo, con cabeza de brillantes!

"—¡Hay que tener método, señora! No es usted dueña de casa para estarse perpétuamente contemplando la luna!

"Misió Cecilia repetía, con obstinación:

"—No me basta, no puedo hacer más, no me basta....

"— ¡Es preciso ahorrar!

"Ella se atrevió á revelarse impertinente:

"— ¡Siquiera me diese usted los réditos de mi dote... ahorraría!

"Don Horacio encojió los hombros, prorrumpió en tono de sarcasmo:

"— Su dote... ¡su dote! ... ¡su... dote!

"— Cuando nos casamos, dijo ella, quedó convenido que yo dispondría libremente de seis mil pesos anuales.

"— Sí, sí... replicó él, irónico y risueño: esas cosas se conciertan en el furor amoroso de los primeros días; después viene la cruda realidad y apaga esos entusiasmos.

"Ella se lamentó; él la abandonaba por la política y sus horrores. El marido tenía la réplica en los labios: antes que esposo era patriota; quería sacar al gobierno de apuros.

"No sé por qué causa entró en baile el primo Caprines. Don Horacio lo detesta cordialmente, por lo conservador, y por lo primo; en especial por lo primo.

"La señora pretendió tocar la cuerda del sentimiento; pero estos hombres de Estado no dan en semejante locura.

.

"Poco antes de comer, la señorita me llamó:

"— Es menester que vayas tú al mercado, Jacinto; la cocinera me saltea.

"— Me sería muy grato, repuse, complacerá

la patrona; sólo que el caballero me ocupa en el servicio de la cosa pública, lo cual exige mi atención preferente.

"—Horacio encuentra que gasto mucho; no quisiera yo más que poner orden en la economía de la casa.

"—¡Santo deseo! Yo, respetuosamente, me permito observar que no existe sino un medio de hacer enonomías en el servicio de boca.

"—Sepamos qué medio.

"—Que su merced vaya al mercado *en cuerpo y alma*.

"—¡Quieres reírte, Jacinto!

"—Ni el Santo Padre habla más seriamente.

"—Es que no se estila, entre señoras como yo...

"—Sí, se estila, ¡vaya que se estila!... Misiá Ade... quiero decir, muchas damas elegantes y principales no desdeñan ir por sí mismas á comprar sus provisiones; con ello denotan que, á pesar de su empingorotada categoría social, son nobles de inteligencia y de corazón.

"—Nó, Jacinto, no sería decoroso: ¡qué dirían mis amigas! Piensa que soy persona de calidad; ¡Soy Caprines y Caprines, mujer de un diputado!....

"—No veo qué pito viene á tocar el decoro en este asunto. La dignidad genuina es bastante sólida para quebrantar preocupaciones miserables; la falsa dignidad, frágil armadura, se hace trizas en ellas. Si su merced va al mercado y escoge

sus comestibles á su gusto, ni dejará la tierra de girar, ni el sol de alumbrar, ni la república de existir; en cambio comeremos más barato y mejor.

"—Eres un filósofo, Jacinto, un iluso, no me convences....

"—Un leal servidor, señorita, un servidor humilde que le desea salud, dicha y prosperidad...

"Yo creo que misiá Cecilia me aprecia un poco; me trata con toda clase de consideraciones.

"La señora de Puigvelez sin duda se ha expresado muy bien respecto de mí, pues, días pasados, misiá Cecilia me dijo:

"—Las personas que vienen á casa te concep-túan un modelo de mayordomos... y yo me felicito de tal opinión.

"Entretanto, no me remuerde la conciencia de haber pasado por intruso y dador de consejos; en realidad he contribuído eficazmente al bienestar de mis patrones y de sus amigos.

"Ya la doncella del comedor no frota los muebles ni el suelo con las servilletas finas, ni se rompen la loza y los cristales en la desastrosa proporción que anteriormente, ni van á dar las piezas de vajilla al albañal, por puro descuido.

"El orden es la base de la economía.

.....
"La patrona es parroquiana ferviente de Pepa Benítez, la *ropavejera*. Aun cuando hace sus pequeños negocios con una discreción conmovedora, yo los malicio y me alegro. Era un estúpido des-

pilfarro, una inhumanidad, regalar esos ricos trajes á las criadas.

"El otro día, ví salir á la Pepa del gabinetito del primer patio. Al notar mi presencia, la patrona creyó deberme excusas.

"—¡Qué pesada es esta mujer! Desde que le va bien con mis amigas, desea, á toda costa, que yo le venda mis despojos.

"—¿Y qué daño habría en ello?

"—¡Me parece tan raro!

"—No es raro, sino conveniente y justo; sin duda alguna, quien vende lo inservible, ahorra.

"Ella objetó, con desfachatez:

"—¡Si yo procediera así, creería cometer un acto vituperable!

"Misiá Cecilia ha cometido, en repetidas ocasiones, aquel *acto vituperable*, y no ha llovido fuego... por eso.

"El cumpleaños de la patrona ha coincidido con los primeros chubascos.

"El obligatorio banquete se encomendó al "Restaurant Cosmopolita". La cocinera no ha tenido nada que hacer; aprovechó la oportunidad de echar una cana al aire, y se quedó tres días fuera de casa.

"Serví en el comedor, de frac. Presumo que tenía mejor aspecto que algunos de los comensales. De fijo mejor que el tío Anatolio, sol-

terón, campesino y ricacho, á quien llaman «el mayorazgo Caprines.»

«Entiendo que los patrones le habían hecho formal promesa de irlo á ver á *la hacienda*; le oí reprocharles su falta de palabra.

«—Si me desatienden, me caso, dijo el buen hombre, que, de veras, no está ya para tales aventuras.

«—Y ¿por qué no, tío? observó candorosamente misiá Cecilia: usted está todavía joven; otros, á su edad, han tenido descendencia.

«—Hem, hem, tosió el mayorazgo Caprines, mirándola de un modo picaresco: si la mujer es *guaina* y gachona no digo de que nó: ¿verdad, sobrinazo?

«—Con ayuda de vecino, ¡evidente, evidente! afirmó el primo Caprines, dirigiendo á la señorita una mirada de ciervo moribundo.

«La indirecta no fué muy feliz; al contrario, importuna é insolente. Hace un año, apenas, que misiá Cecilia es casada, y bien puede esperar frutos de bendición *sin ayuda de vecino*.

«En verdad, las observaciones soeces del primo Lucio me descomponen la bilis. Una convicción indestructible me acompaña, y es que mi querida patrona no dará un traspie con ese tipo—ni con ningún otro—¡particularmente con ese, no será!

«El mayorazgo ha hecho reir á la concurrencia. Es un sujeto algo rústico; pero se sabe á cuanto asciende su caudal, y esta idea sirve de aliño á sus chistes.

"Repetidas veces ha exclamado:

"—¡Qué buena moza es mi sobrina!

"Nuestra dueña de casa no es lo que se llama una buena moza. Más bien delgada que gruesa, lleva un apéndice nasal muy pronunciado, irrefragable signo de esotérica estirpe. Sus ojos son diminutos, verde-oscuros; su pelo es castaño; su fisonomía, expresiva, delicada, serena. Gasta mucha dulzura en sus palabras, mucha circunspección en sus modales.

"No sé á qué propósito me dijo la Extremaunción que misía Cecilia era *noble*.

"—Como todas mis compaisanas, le repliqué galantemente.

"—No me explico: es noble por familia, nieta de un general...

"Tengo para mí que, del millón y medio de chilenitas que acusa el censo, un millón cuatrocientas noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve y tres cuartos, son nietas de general—he ahí el motivo por qué respondí á la cocinera:

"—Ese general, sin duda, era noble...

"—Claro está, el general Caprines.

"—¿Y era noble el general Caprines?

"La Extremaunción permaneció boquiabierta; le extrañaba mi pregunta.

"Caviló un rato y repuso:

"—¡Era general!

"—¡Ah! general quiere decir noble... Pues tómeme usted el peso á mi ignorancia: yo presumía

que ese era un grado en el escalafón del ejército!

"—El general Caprines perteneció á una buena familia...

"—¡De modo, interrumpí, de modo que hay generales de mala familia!

"—Usted quiere *bulrarse*, don Jacinto...

"— Absolutamente: quiero instruirme, doña Extremaunción.

"En seguida, me dijo que don Horacio no era de *tan buena familia* como su esposa: dos generaciones hacia atrás, los *Vandespines* eran buhoneros; se habían enriquecido después, sabía Dios cómo.

"—Los buhoneros, le observé, ¿son necesariamente de mala familia?

"—No pueden compararse con la familia de un general.

"—Vamos, doña Extremaunción, concluí: usted quiere darme á entender que las familias militares son de mejor pasta que las civiles...

"—Con usted no se puede *descutir*, don Jacinto.

"La señorita ha recibido algunos aguinaldos: de su esposo, unos zarcillos de diamantes; de su madre, un servicio de plata maciza, para té; del primo Lucio, un abanico de plumas. El tío Anatolio también trajo su obsequio: un brazalete esmaltado, con las palabras *Recuerdo á mi sobrina*, hechas de perlas.

"Poco entiendo de joyas; creo que el tío entiende todavía menos.

"El mayorazgo Caprines no es hombre: es vientre.

"Mirado de perfil, su abdomen describe una curva audaz, de la barba á la rodilla. Sus breves piernas, muy separadas, visibles desde la rodilla abajo, parecen tarsos de ánade, y terminan en unos pies microscópicos, que hacen aún más grotescas las desproporciones del conjunto.

"La cabeza es pequeña, comparada con la barriga; comparada con la de otro prójimo, es de *regular* tamaño.

"Don Anatolio vestía, en aquella ocasión, un largo gabán *caca de mosca*, unas bragas *café con leche*, y un chaleco *claro de luna*—quiero significar *de estos colores*.

"Anda el personaje en inviernos sesenta y pico; fué primojénito y es único retoño viviente del hijo mayor del general Caprines, prócer de la Independencia.

"Si no engaña la tradición, este perínclito militar no fué tan patriota como lo pretende su sobrino biznieto don Lucio. Para abreviar su biografía, diré que en Cancha Rayada fué realista, y republicano en Chacabuco, habiéndose pasado diez veces al enemigo, y ganado, en cada alternativa, un galón.

"El vínculo de San Ildefonso, convertido en baronía por el rey Fernando VII, para recompen-

sar la lealtad del coronel Caprines, quedó en manos del general Caprines, sin perder su carácter solariego: de ahí que la progenitura del prócer cometa la inconsecuencia extravagante de invocar, á la vez, los servicios prestados por su abuelo á nuestra emancipación política, y los títulos que éste obtuvo del monarca por haber luchado contra la misma Revolución.

“El general tuvo dos hijos varones, don Anatolio—padre del hombre-panza, y don Lacticinio, muerto á los seis ó siete años; además, varias hijas. Casadas éstas con los hijos de parientes del general, han dado origen á esa innumerable familia de los Caprines y Montesinos, que se ramifica en Caprines y Caprines, Montesinos y Montesinos, Montesinos y Caprines y viceversa; familia que, salvo raras excepciones, no se cruza con ninguna otra, y en la cual, según confesión de uno de sus miembros, todos los varones son rayos de inteligencia, y todas las mujeres, espejos de virtud. Por ahora, los tres representantes principales de la noble casa son: don Anatolio, el padre de don Lucio y la madre de misiá Cecilia.

“El patrón disputa á don Lucio el mayorazgo, para después de la muerte del barrigudo infanzón; el conflicto permanece indeciso. El joven Caprines echa en cara, de cuando en cuando, á su parienta, su casamiento con el plebeyo Vanderpint.

“—Si conmigo te huvieras casado, le observa á

veces, la herencia no sería hoy objeto de discusión.

"El mayorazgo es un buen *quidam*, liviano de sangre, bondadoso, ameno, sencillo. Si no presumo de Adonis, ni de émulo de Jorge Brummel, brilla, en cambio, por la amabilidad, la ingenuidad y la franqueza.

• • • • •
"Después de comer, estaba yo en la repostería, cuando se me aparece el tío Anatolio, y extrayendo de su bolsillo una botella, me apostrofa:

"—Jacinto, la patrona te manda esto, para que te lo bebas á su salud.

"Más tarde me encontré con la señorita, le dí las gracias por la botella.

"—¿Qué botella?

"—La que, en nombre de usted, me trajo el caballero Anatolio.

"—Ah, sí... no hay de qué, Jacinto.

"De todo lo cual deduje que la señorita nada sabía del obsequio, y que el tío Anatolio era un buen tío.

"Varias veces se han presentado á casa personas de ambos sexos, muy á mal traer, de patibularios semblantes. Eran parientes de los patrones y venían á solicitar algún auxilio.

"Un mozo me inspiró lástima. No era feo; pero vestía unos girones sucios que le daban el más desfavorable aspecto. Se declaró primo de don

Horacio, en grado próximo, por parte de madre. Le habían dado el destino de portero en una de las secciones de la Moneda; no había podido ocupar el puesto, con motivo de su sórdida traza. Pedía poca cosa: un *terno* usado, y camisa.

«Misiá Cecilia buscó, en la guardarropa de su esposo—no había ternos usados ni camisas viejas. Esta circunstancia me extrañó; luego rememoré que Pepa Benítez nos había visitado, la víspera.

«La patrona dirigió una alocución al pordiosero. Aun cuando sólo ejercía la caridad con sus pobres titulares—entre paréntesis, yo no los conozco—el parentesco evocado por el solicitante la obligaba á infringir su costumbre, porque, en fin, le dolía el infortunio ajeno, y ¡quién sabe! la fortuna ciega solía tener sus caprichos, y ella quería encontrar corazones afectuosos en caso de desgracia...

«Después del patético discurso, que el otro escuchó con la paciencia del que mucho espera, misiá Cecilia le regaló veinte centavos.

«Sustraído que se hubo la señora al insincero «Dios se lo pague», el infeliz se puso á referirme sus miserias.

«Era de buena familia, pobre, *pero* honrada—siempre dicen lo mismo, como si la honradez fuera exclusivo patrimonio de los millonarios; yo estoy por la proposición inversa, y para pensar así me asisten sólidas razones. Era, pues, persona de-

cente—no así su traje, que llevaba cerote en todas las costuras. Una rama de la familia había prosperado ¡qué gracia! usurpando todo el acervo de la común herencia: una pillería ¿está usted? Y él ¡de portero!

"El pobre diablo me enterneció; le dí un par de pantalones, munificencia reciente de don Horacio, prenda milagrosamente salvada de las uñas de la Pepa Benítez.

"Me prodigó sus agradecimientos; me prometió que, en su empleo de conserje, y más tarde, en el de oficinista—pues pensaba ascender, tenía vientos propios y proporciones para eso, sin necesidad de implorar la misericordia de sus parientes—él no sería orgulloso conmigo; me daría la mano en cualquier momento, como á un verdadero bienhechor. . . .

"...Anoche hubo aquí *una de balazos*: algo grave ocurre, ¿qué será?... Misterio... Y más misterio... Don Horacio... Misiá Cecilia... El primo... Dios mío ¿qué será?... Tengo tan conturbada la mente, tan tiritón el pulso, que la pluma se me desliza de los dedos... ¿qué será?... ¿qué no será?





CAPÍTULO XV

El primo Caprines

Esa noche, en la galería semicircular, con lóbrego aspecto de catacumba, que media entre el salón de sesiones de la Cámara y el pórtico del edificio, Horacio Vanderpint discutía en voz baja, con un grupo de sus colegas del bando ministerial.

—Entonces, acordado, concluyó Gaztambide, el diputadito-pep de allende el Ñuble: tú tomas la palabra para contestar á Rocamarte; no es posible irnos á acostar con el peso de su diatriba en la conciencia.

Vanderpint permanecía indeciso. Una penosa enfermedad, de dos semanas, le había debilitado el cuerpo y la mente; para defender al gobierno, en el debate incidental promovido por los conservadores, y que había dado origen á esa intempe-

tiva sesión nocturna, el comité hubiera podido designar á un orador más bien dispuesto.

—¡Pero, hijo, ya que estás aquí! insistía Gaztambide, ¡ya que tienes escrito tu discurso, nada te costará leerlo!

—Yo no leo discursos, protestó, agraviado, el joven: además, el mío es pertinente al fondo de la controversia; no serviría como contestación á Rocamarte, quien, según propia confesión de ustedes, ha estado constantemente fuera de la cuestión.

—No ha hecho más que insultar al ministerio y sus partidarios, declaró Tristán Latorre, otro del grupo; la lira oratoria de Rocamarte no tiene sino esa sola cuerda, la injuria.

—Por lo mismo, volvió á porfiar Gaztambide, por lo mismo conviene que responda Horacio; probemos á la Cámara y al país que, si nuestros enemigos descienden á la arena de la invectiva y del insulto, nosotros nos mantenemos impávidos, en la serena región de la política pura, patriótica, impersonal.

Vanderpint encogió los hombros, se sonrió imperceptiblemente. El diputadito-pezu de allende el Nuble jamás abría la boca frente á la presidencia; pero se daba unos humos de polemista, en los corrillos de confianza, con los lugares comunes recogidos en todas las escupideras del salón de sesiones.

—¿Qué hay, hablarás, ó no hablarás? exclamó Gaztambide, impaciente.

—¿Y por qué no hablas tú? replicó Horacio con calma.

Los del grupo soltaron la risa.

—El amigo Manuel tiene sus momentos de elocuencia, advirtió Tristán Latorre.

Y otro añadió:

—Si... cuando vota.

—Lo cierto, prosiguió Latorre, lo cierto es que ahora todos pensamos como Gaztambide. Horacio debe pedir la palabra cuando la deje Rocamarte; creo que el diputado conservador terminará en diez ó quince minutos.

—Ya que el comité así lo manda, y ustedes tanto se empeñan, me sacrificaré, repuso Horacio; conste que adopto esta resolución bajo la exclusiva responsabilidad de ustedes.

—¡Bravo, bravísimo! prorrumpió Gaztambide.

—¡Mui bien! aprobaron los demás.

Empezaba á disolverse el grupo, cuando se presentó en un extremo de la galería, Ernesto Rocamarte, el diputado conservador.

—¡Salud, señores! exclamó en tono amistoso: no los interrumpo; hago lo que ordenaba á Dante, Virgilio: *miro y paso*.

Reconoció á Vanderpint, le preguntó:

—¿Cómo sigues? ¿te has restablecido completamente?

El jóven no dió respuesta directa, sino que tomó á Rocamarte del brazo, diciéndole:

—¡Ven!

Y ambos se alejaron del corro.

—¿Qué se te ofrece? interrogó Rocamarte.

—Me vas á prestar un servicio...

—El que me pidas.

—He estado bastante enfermo...

—Sólo ayer lo supe; ya comprenderás por qué no he ido á verte.

—Gracias... Pues bien, todavía me siento indispuerto; al salir esta noche he cometido una imprudencia.

—Sin duda. ¿Por qué no te recoges á su casa?

—He prometido á los amigos tomar la palabra, cuando tú termines.

—¿Y...?

—Podrías ahorrarme esa molestia.

—¿En qué forma?

—Hablando durante toda la sesión.

—¡Caramba con el servicio! exclamó Ernesto Rocamarte, jovial. Y añadió: Nó, amigo mío, no es posible; estoy sumamente cansado, ronco, casi, y he prometido concluir dentro de un cuarto de hora.

—Está bien, replicó Horacio; veo que de tí nada debo esperar.

Y, recíprocamente, se volvieron la espalda.

Habían sido, muchachos, condiscípulos en el Colegio de los Sagrados Corazones; juntos habían estudiado leyes en la Universidad, y en tiempos normales se querían como hermanos. Pero, en la tremenda campaña política, iniciada hacía

poco, habían debido ocupar un puesto en contrarias filas: Rocamarte, clerical de corazón y de espíritu, en la hueste opositora; Horacio Vanderpint, liberal de gobierno, en la facción adicta al gabinete.

Inteligencias entusiastas, los dos, obrando de consuno en obsequio de la civilización republicana, hubieran logrado para su país días de gloria y ventura; divididos, no tanto por el antagonismo ilusorio de sus ideas generales, como por cuestiones del momento, por interpretaciones contradictorias, de las leyes y la Constitución de la República, perdían de vista el ideal supremo de los comunes intereses, y convertían en lucha de encrucijadas y guerrillas la gran batalla de la existencia nacional.

Horacio Vanderpint volvió á reunirse á sus amigos; les reprodujo su conversación con Rocamarte.

—¡No hay que pedir nada á esos ca..! rugió Tristán Latorre, ¡es preciso hacerles guerra sin cuartel!

—¡Sin cuartel! repitió una voz, desde lejos. Era la de José Francisco Medina, diputado radical, afiliado en la alianza opositora.

Medina se aproximaba al grupo gobiernista.

—¡Buenas noches, caballeros! saludó: ¿no han visto ustedes á Rocamarte?

—Nó, señor, repuso Gaztambide con audacia: los liberales de doctrina y de lealtad, ni ven ni conocen á sus eternos enemigos.

— Hoy no existen liberales, ni conservadores, ni radicales, protestó Medina, amostazado. Ni tampoco existen enemigos políticos: ¡sólo hay enemigos de la ley y defensores de ella!

—¡Radicales y ultramontanos en híbrido consorcio! murmuró Gaztambide, haciendo un movimiento de desdén.

Medina no se detuvo á recoger el guante; se le vió desaparecer, tras de la puerta de la galería.

Si hubieran presenciado estos incidentes Fabio de Sancta-Cœli y Ruperto del Carmen Solís, á no dudarlo, habría hecho notar el primero al segundo la exactitud de aquella comparación histórica, expresada en otro tiempo en los salones de la Unión Fraternal, y que determinaba el verdadero concepto de los partidos militantes de Chile.

—En José Francisco Medina, habría dicho Fabio al presidente de la "Unión", vea usted al radical irreligioso que las circunstancias han transformado en güelfo; ¡en Rocamarte, contemple al conservador papista, que, por un interés individual cualquiera, se tornará mañana gibelino!

Horacio Vanderpint se sacrificaba realmente; sacrificaba su salud, acudiendo, esa noche húmeda y fría, á la Cámara, á contestar á Rocamarte. Lo habían ido á arrancar por fuerza de su sillón de convaleciente, del lado de su esposa y del inseparable primo Caprines, mientras departían los tres alrededor de un amoroso fuego de chimenea.

Para decidir su voluntad vacilante, le habían ponderado la importancia del papel que le correspondería desempeñar en el torneo parlamentario: la defección de los más eminentes oradores del liberalismo gubernativo, le hacía pasar á él al primer puesto, entre los defensores de la administración y del gabinete.

La vanidad característica del joven diputado, se había sentido halagada por ese capricho del destino, que, de simple recluta, lo promovía al mando de general.

Una bronquitis peligrosa lo había postrado en cama, quince días; su mismo padre le había llevado la noticia de haberse votado, en la Cámara joven, la proposición de Superunda, que aplazaba indefinidamente la recolección de los impuestos. Y él, que se había reído de la reprobación con que recibiera el Senado el programa de los nuevos ministros; él, que había tributado su aplauso á la desdeñosa réplica del jefe del gobierno, comparándola con la altiva actitud de Mirabeau frente al comisionado de la reyecía agonizante,— *Señor, estamos aquí por la voluntad del pueblo, y no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas*;—él había experimentado un sentimiento de indignación y de angustia, cuando su padre le anunció fríamente:

—¡La Cámara se ha resistido á votar las contribuciones fiscales!

Político de la escuela individualista y utilitaria,

como la inmensa mayoría de sus congéneres, no quiso ver en la sanción moral de los Senadores sino un mero apremio anodino, insuficiente para amedrentar corazones robustos, apenas propio para abrir discusión sobre la índole política abstracta del sistema chileno de gobierno. Ese sistema ¿era parlamentario? ¿era representativo? ¿era, á la vez, lo uno y lo otro?

Él estaba apercebido para terciar en esa lucha de ideales; esperaba salir airoso y triunfador con su monumental discurso; salir consagrado tribuno y jefe de la raleada falange ministerial.

Pero, ahora, la Cámara de Diputados, en vez de imitar el ejemplo de su hermana mayor, ratificando la censura, se resolvía por el ataque á fondo: en pos del formulado reto, asestar la estocada.

Horacio comprendía que la posición del Ministerio era insostenible.

Acostumbrados los estadistas á no considerar como Nación sino á los poderes constituídos, á los deudos de la oligarquía reinante, y á aquella mínima porción de la Comunidad que subsiste á expensas del tesoro público, se estimaba, por uno y otro de los partidos en pugna, que la suspensión del pago de los impuestos equivalía á la paralización de la vida orgánica del país.

En las escaramuzas oratorias, subsiguientes al voto de la indicación de Superunda, el gabinete no hizo más que prodigar ese mismo argumento:

el grave perjuicio que la indicación irrogaba á millares de infelices familias, á toda la colectividad de los ciudadanos.

—El pueblo gime, declamaban los turiferarios del gobierno: gime porque carece de seguridad y de pan.

—¡Error! rectificaba la oposición, con vehemencia; ¡el pueblo sufre porque no se respeta la ley!

En realidad, el pueblo no sufría, no gemía ni más ni menos que en épocas ordinarias.

Sin duda, en Santiago había más animación que de costumbre, más gritería; pero la una y la otra se debían á los politiqueros y ociosos, á los que iban á las tribunas del Congreso como quien va á la Comedia, á aplaudir á los buenos actores y silbar á los malos.

Se exageraban un poco los sufrimientos del país. La falta de policía no aumentaba el número de los crímenes: no se robaba menos ni se asesinaba más. En reducido núcleo de habitantes, la escasez asomaba su fatídico rostro: era el de los pobres empleados públicos, amenazados de ejecución, si no pagaban sus arriendos; de hambre y miseria, si se les cortaban los recursos. En cambio, se decía que riquísimos mercaderes usufructuaban la situación, con maña y con éxito lisonjero; habían conseguido introducir sus productos sin soportar gabelas; parte de los millones que el país perdía, iba á parar á sus bolsillos

Los grandes funcionarios de Estado obtenían también alguna ventaja, podían excusar el pago de sus deudas, despedir, por justa razón, á los ingleses: ¡el Fisco no nos da dinero, señores!

El mes anterior no habían tenido ese pretexto.

Habían tenido otro.

En los Tribunales de Justicia, los litigantes seguían aporreando á sus contendores, con la misma fruición de siempre; los tinterillos multiplicaban los escritos, ahora que á la carestía del papel sellado sucedía la baratura del papel común. Como antes, se estampaba en dichos escritos que el contrario era el *gandul* más pícaro del mundo, argumento *ad hominem* que provocaba idéntica sonrisa en los labios enigmáticos del señor juez.

Abogados hábiles, en cumplimiento del voto profesional, continuaban impertérritos defendiendo juicios inicuos, cobrando honorarios á cuenta, y contemporizando con la docilidad de sus *clientes*...

Nó, nó, la situación podía tener al gobierno afligido, al Parlamento amenazado de borrascas; ella no atañía de lejos ni de cerca á los esclavos del trabajo. Impasibles, indiferentes, estoicos, el industrial, el artesano, el *peón* humilde, seguían rindiendo su tributo á la cotidiana, inalterable rutina. Y si alguna vez se preocupaban de esa contienda ciclópea, que tenía su campo más allá de

las nubes, era para encoger los hombros y exclamar cada uno, con frío escepticismo:

—¿Qué me importa?

Él no había formado ese gobierno; ni era esa oposición, tampoco, obra suya: ¿qué tenía entonces su existencia de común con ésta ó aquél?

La discordia política le representaba, simplemente, una disputa entre muchachos golosos, que riñen por un confite.

Los hombres más ilustrados y sensatos solían tener reflexiones lúgubres.

Con la mitad de esa elocuencia y la centésima parte de ese fuego, aplicadas al bienestar colectivo, los ciudadanos todos vivirían tranquilos y felices.

¡Bien podían los ciudadanos sin vela en la procesión, irse buscando la felicidad en otros andurriales!

—¡Que se hunda el país! tronaba un orador: ¡que una catástrofe horrenda lo sepulte en el seno de las olas; pero que se salve el prestigio de las instituciones y la integridad de las leyes!

Y estallaban aplausos.

—¡El pueblo es el soberano, y su libertad para elegir á sus representantes, sacrosanta! rugía otro, que había comprado á sus electores anónimos, á razón de cinco pesos por cabeza.

Nó, nó, esa tempestad en las altas regiones no afectaba, de ninguna suerte, al pueblo industrial y productor. Él continuaba su lenta, grave

marcha de buey sumiso, uncido al arado que abre honda y recta, la estría en la gleba dura; él seguía su peregrinación terrenal, sublime y paciente, en medio de su plácida resignación de bruto.

El pueblo no tenía cátedra, ni prensa, ni derecho de expresar su opinión. En verdad, nadie se acordaba de él. Á veces, sí, para compadecerlo de lo que no sufría.

— ¡Pobre pueblo! estampaba algún diario aristócrata, aquejado de sentimentalismo repentino: ¡pobre pueblo! ¡cómo se conculcan las leyes, cómo se violentan las instituciones que te hacían libre y grande!

Ó

— ¡Pueblo infeliz, cómo atentan contra tus sagrados derechos, tu tranquilidad y tu ventura, camarillas de ambiciosos y de tiranos!

Maldito lo que le interesaban al *pobre pueblo infeliz*, la violación de sus sagrados derechos, las *camarillas*, los atentados de tiranos y ambiciosos. Ni siquiera lo movían á sonreír esos arranques de prepóstera compasión.

Los sagrados derechos, las camarillas, que el gobierno fuera representativo ó parlamentario, eso era lo de menos: —lo que le importaba mucho era que le pagasen su jornal; que el patrón no le diera de palos, ó lo metiera á la cárcel, por causas pueriles; que, al primer requerimiento del gazzate, estuviese listo el trago de aguardiente. Su mayor inquietud consistía en hallar los tres pesos del

alquiler de su hediondo tabuco, en evitar el embargo de sus harapos miserables.

¿No había policía? Tanto mejor; la policía no tenía más objeto que conducirlo á presidio, á él, pueblo soberano. Cuando lo atacaban, él sabía defenderse; no necesitaba de la fuerza pública para velar por su seguridad; no la necesitaba para proteger sus bienes,—no los tenía.

Los partidos adversos se atribuían espontáneamente su adhesión: él no estaba con ninguno. Solía apasionarse por uno ú otro de los campeones más conocidos, como se apasionaba por una riña de gallos, con sentimientos de artista ó de *dilettante*.

Terminada la contienda, bebía á la salud del triunfador, y volvía á su trabajo hasta la más próxima feria de votos.

Él bien sabía que, al día siguiente de la comedia electoral, las oposiciones se desvanecían como por obra de brujos, al calor del nuevo sol que se levantaba.

Y él bien sabía ¡qué diablos! que sus directores natos iban á merodear, por puro divertimento, en las encrucijadas de la oposición, y que no demoraban en recogerse al aprisco gubernativo, á gozar de la fresca y salutífera sombra de los vergeles del poder.

Pero ahora la función se prolongaba; no era de las comunes; parecía ópera de Wagner ó representación chinesca.

Algunos padecían, con todo: eran los mamones del presupuesto. Empezaban á llamar cruel á la facción opositora, testarudo al gabinete.

—¡Que ceda la oposición, que ceda el gobierno; pero que nos dejen en paz! decían.

No veían claro en las profundidades de ese conflicto; sólo encontraban que duraba mucho.

Un diputado gobiernista, en medio de un arrebato de desesperación, había interrumpido á un orador de la fila contraria, y olvidando el tratamiento oficial, había exclamado:

—¡Señores, ustedes nos abruman con la fuerza de su número y el prestigio de su elocuencia!

Los partidarios del orador se rieron, y esa risa, como emanación de un líquido efervescente, subió hasta las galerías superiores, saturó la atmósfera del recinto: era como una lluvia de ironía que se descargaba sobre los bancos ministeriales.

Los Senadores habían censurado al gabinete; los Diputados, prohibido la recaudación de los impuestos; la deliberación parlamentaria tenía ahora por tema la persona misma del Ministro del Interior, presunto candidato oficial para la Presidencia de la República. Ernesto Rocamarte había pedido á la Cámara que suspendiese sus sesiones, y no votara ninguna ley, mientras el jefe del Ministerio no abandonase su cartera. Con este motivo, otro diputado conservador propuso una sesión especial para la misma noche, y que se declarara urgente la proposición de Rocamarte.

La mayoría votó las dos indicaciones previas, y los amigos del gobierno, cansados de luchar sin fruto, acordaron hacer una tentativa desesperada.

Habían conseguido juntar todos sus débiles elementos de defensa: ahí estaba Horacio Vanderpint armado de su famoso discurso. No sin esfuerzo habían obtenido de él que ocurriese á la Cámara y que hablase. Por último, penetrado de la gravedad de la emergencia, obedeciendo á la voz de la abnegación y del patriotismo, el joven había dado la contestación afirmativa, había dicho á sus colegas, enérgicamente:

—Iré.

No estaba cierto de poder tomar la palabra; pero iba dispuesto á pedirla. El mayordomo Jacinto y el primo Lucio, le ayudaron á trasladar al palacio legislativo los diez volúmenes de diversos autores, cuya opinión él pensaba invocar en el curso del debate.

De buena gana el joven Caprines y Montesinos se hubiera quedado en su muelle asiento, junto á la chimenea de su prima; Horacio le suplicó que lo acompañase, y él hubo de ceder, apesarado. Profesaba al marido de Cecilia un respeto medroso, un respeto y un temor de delincuente. En su fatuidad inconmensurable, alentaba la presunción de que Horacio conocía sus recónditos designios: esa aspiración absurda de constituir en el hogar de su parienta, lo que lla-

man los tratadistas un *matrimonio en terceto*. En realidad, para el diputado, el señor Caprines y Montesinos no pasaba de ser un mueble inútil,— algo como la quinta rueda del coche, un estorbo. Nunca se le ocurrió ver en él una amenaza contra su honor ó su quietud doméstica. Por otra parte, el primo atribuía los malos modos con que diariamente lo trataba Horacio, al irresistible impulso de los celos; esa misma insistencia para obligarlo á ir á la Cámara á escuchar su discurso, le denotaba el secreto deseo de Vanderpint, de no dejarlo á solas con la prima Cecilia...

Se abrió la sesión, y el presidente ofreció la palabra á Rocamarte, que había *quedado con ella*.

Se oyeron murmullos en las galerías: el presidente declaró que haría expulsar á los espectadores si no se estaban quietos.

Á pesar de esta advertencia, Rocamarte fué aplaudido repetidas veces. El entusiasmo popular subió de tono, cuando el diputado conservador, dirigiéndose al ministro y señalándolo con el dedo, exclamó, iracundo:

— Señor ministro, hay en las declaraciones de su señoría, palabras que tenemos derecho de no considerar sinceras: ¡un hombre que honradamente desiste de ser candidato á la más alta magistratura, no se lo dice al país desde el último escalón de la gradería que conduce al trono presidencial!

En las tribunas reservadas, al frente, Horacio

veía al primo Caprines; y, cerca de él, en el contiguo asiento, á Nicolás Requena, *el marido más feliz de todo Santiago*. Excelente muchacho, buen término medio de esposo, Requena era el inconsciente hazmerreir de sus relaciones masculinas, por las múltiples infidelidades de su mujer. En ese momento sostenía con Caprines una conversación animada.

—Qué estará diciendo Nicolás al primo, pensaba Horacio.

Y se hacía, á sí propio, las reflexiones más jocosas, mientras el diputado Rocamarte disparaba bombas y metralla sobre la cabeza visible de la administración.

—Parece mentira, seguía cavilando Vanderpint, que un sujeto tan inteligente y listo como Requena sea ciego hasta el punto de no sospechar los deslices de su esposa. ¡Quién sabe si el pobre diablo no disimula su ignominia, para no hacerse partícipe del ridículo que gravita sobre él!

En más de una ocasión, Horacio, acordándose de Requena, había hecho esfuerzos de raciocinio para explicarse ese misterio. Por un lado era público y notorio que la mujer de Nicolás tenía numerosos amantes, y que uno de ellos, el favorito, no sólo costeaba el lujo de la desleal esposa, sino también subvenía á las necesidades de su despena. Era fama, en la *alta sociedad*, que la mesa de la señora de Requena figuraba entre las tres ó cua-

tro, de toda la metrópoli, donde verdaderamente se podía comer.

Por otra parte, el marido burlado aparentaba una ignorancia absoluta de su deshonor, y era preciso convenir en que, ó llevaba el arte del fingimiento á un grado inverosímil de perfección, ó lo aquejaba una ceguera moral inconcebible, nunca observada en un cerebro humano.

Para rechazar la primera de estas suposiciones, Horacio Vanderpint había acumulado argumentos casi irrefutables.

Cada vez que Requena y sus amigos se reunían en algún punto del barrio comercial, no faltaba uno del conciliábulo que empezase á echar indirectas, alusivas á la situación del desdichado esposo;—si la alusión era chistosa, todos reían, la víctima inclusive.

En ese mismo instante, en plena Cámara, hallándose en tela de juicio, no únicamente la estabilidad del ministerio, sino, y sobre todo, su dignidad y su honor, los recuerdos que despertaba en la mente de Horacio la presencia de Nicolás en las tribunas, hacían asomar una sonrisa á los labios del joven diputado.

Tristán Latorre, sentado junto á él, lo interpelló en voz queda:

—Te ríes de las vociferaciones de Rocamarte; yo también...

—Nó, repuso Vanderpint, en el mismo tono: es-

taba mirando á Requena, allá en la tribuna de enfrente...

—Al gran cor...

—¡Chist!... no hables tan recio, el orador puede imaginarse que es mofa.

—¿Crees tú, murmuró Latorre, después de un rato de silencio, ¿crees tú que Nicolás ignora su desgracia?

—Lo creo, contestó, sin vacilar, Horacio.

—¿En qué te fundas?

—Requena habla muy poco de su esposa; pero siempre con manifestaciones de profundo respeto. Una vez nos hizo una observación extraordinaria. Le preguntábamos por qué mantenía una querida, poseyendo una mujer como la suya. Él repuso:—La querida es un juguete; la mujer, un altar. Es de los que más celebran los cuentecillos conyugales—tiene de ellos un variadísimo repertorio.

La prueba no es concluyente, objetó Latorre.

—Ésta es decisiva: un hombre tan bondadoso y franco como Requena, se pegaría un tiro, antes que vivir del precio de su deshonra.

—¿Se figura, entonces, que todo cuanto él y su mujer consumen, visten y aparentan, sale íntegro de sus doscientos pesos de sueldo?

—Voy á explicarte. En otra época se me ocurrió esa misma pregunta, y para salir de incertidumbres, resolví hacer en su presencia un expe-

rimento atrevido. La oportunidad no demoró en ofrecerse. Alguien advertía que era injusto despreciar á los maridos engañados, pues que ello agravaba el pesar del abandono, con la pena del deshonor. Repliqué, despreocupadamente, citando el aforismo de Dumas: — «¡Bah! no es tan terrible la cosa como la pintan; los cuernos, lo mismo que los dientes, duelen al salir; después, sirven... para comer.» Y clavé en Nicolás una mirada escudriñadora. Él no hizo un gesto dudoso; antes, al contrario, celebró la agudeza con una jovialidad de buena ley. La actitud de ese pobre muchacho fué tan ingenua y sencilla, que desde entonces tengo mi opinión formada: él nada sabe.

—Convengamos, en fin, dijo Latorre, en que esa ceguera incomprensible es una gracia especial otorgada por Dios, ó el diablo, á los maridos...

Tristán era soltero; podía referirse á tan delicado asunto, con entera libertad de expresiones.

No así Horacio; él pertenecía al gremio peli-groso, y era, por consiguiente, de los dotados con la *gracia especial*. La insinuación de Latorre lo había dejado pensativo, y, como volviese á fijar la vista en Requena, advirtió que ya el primo Caprines no se hallaba á su lado. Unos pocos minutos transcurrieron; Rocamarte concluyó su discurso en medio de un coro de ovaciones; el presidente ofreció la palabra al honorable Vanderpint, *que la había pedido*.

El primo Lucio no había vuelto á ocupar su silla en la tribuna.

—¿Qué se ha hecho? pensaba Horacio: ¿se habrá marchado á su casa?

Ese incidente tan nimio, tan fácilmente justificable, la desaparición del primo Caprines, le nublabla el corazon con una sombra de inquietud.

Se puso á compaginar sus papeles, á ordenar sus documentos, fija, entretanto, la mente, en una infinidad de cosas vagas.

—¿Quieres que se suspenda la sesión? le dijo Latorre, notándolo perplejo, en medio de ese cúmulo de hojas impresas ó manuscritas.

—Hazme el servicio, replicó Vanderpint.

—Se suspende la sesión por un cuarto de hora, pronunció el presidente, cuando Tristán Latorre hubo manifestado los deseos de su colega.

—Es singular, dijo de repente Horacio: estaba seguro de haber traído la letra P de mi Diccionario Enciclopédico, y ahora resulta que es la B.

Y salió en busca del primo Caprines, para mandarlo á traer el olvidado tomo.

El primo no estaba en ninguna parte, ni en el comedor ni en la secretaría.

—Para ganar tiempo iré yo mismo, pensó el joven, no sin disgusto.

Temió coger una pulmonía, cuando, camino de su casa, empezó á respirar el vientecillo helado de la calle. Una llovizna impalpable, que

había puesto resbaladizas las aceras, seguía cayendo sobre los hombros del joven diputado.

—Si no me lleva Satanás en esta ocasión, se pasa de complaciente, decía Horacio para sí, estremeciéndose de escalofríos.

Experimentó una sensación física deliciosa, al penetrar en el cómodo saloncito donde su mujer pasaba la velada. Un cariñoso fuego de sarmientos se consumía, chisporroteando alegremente, en el hogar de la chimenea, y en el radio de protección de la fogata, una mesita de té despedía gratos olores. Pero Horacio Vanderpint frunció el ceño, y se detuvo en actitud agresiva, cuando vio á un lado de la pequeña mesa á su esposa, y al otro lado á don Lucio Caprines y Montesinos, mueble inútil, estorbo de la casa.

—¿Qué haces aquí? dijo á Caprines, con intención malévola.

Y, del mismo modo, á Cecilia:

—Sabes que estoy enfermo; que me expongo á reventar, andando afuera con esta horrible temperatura, ¡y permites que tu primo me abandone, que venga yo á buscar los documentos que me faltan!

—Vine á tomar té, observó estúpidamente Caprines.

—¡Té... té! exclamó el diputado, en tono sarcástico: también hay té en la Cámara, y eso tú lo sabes. Vé á mi estudio, saca del estante la letra P de la *Enciclopedia*, y llévame el libro al Congreso sin demora.

No habló más, salió á la calle, tomó un coche, y cinco minutos después se hallaba en el salón de sesiones. Tenía fiebre; su espíritu empezaba á delirar. Se acordó que andaba con revólver en el bolsillo—nunca salía de noche sin ese *vade mecum* del verdadero diputado—y le parecía que una tormenta se estaba formando en la atmósfera.

—¡Qué alterado estás! le dijo Gaztambide, solícitamente.

—De veras, repuso él: me siento nervioso, molesto, intranquilo; toda la sangre de mis venas debe de haberseme subido á la cara. No puedo hablar en tan tristes condiciones...

Se formó un coro de voluntades fuertes: ¡que hable! no hay excusa! la Cámara está atenta! el ministerio impaciente, la oposición en jaque; sería burlar las expectativas del país y del partido!

—¡Está bien, señores, está bien! decía Horacio con acento de súplica: un hombre público se debe á sus conciudadanos, y yo me sacrifico por su bienestar. Y añadió, festivamente:

—¡Quedan ustedes invitados para asistir á mi entierro!

Se reanudó el debate y Horacio empezó su exordio. Su voz, débil al principio, fué recuperando animación y energía; sus ademanes fueron rememorando, poco á poco, las lecciones tantas veces aprendidas frente al espejo. Al fin de cada período, el orador alzaba la vista, dirigía una mi-

rada rápida á la tribuna donde estaban Nicolás Requena y Lucio Caprines. Á modo de aprobación, el marido más feliz de Santiago hacía, con la cabeza, movimientos isócronos é intermitentes, y en los pasajes de mucho efecto, sus manos se agitaban, se juntaban, movidas por una comezón de palmotear. Menos entusiasta por la retórica de su primo político, Lucio Caprines se desarticulaba las mandíbulas bostezando; y, á los pocos minutos, creyendo tal vez á Horacio profundamente embebido en sus silogismos, se eclipsó de una manera silenciosa y discreta, sin despedirse siquiera de su compañero, Nicolás. Cuando Vanderpint, después de una frase que había suscitado lisonjeros murmullos, advirtió la ausencia del primo en las galerías, se verificó en su cerebro un fenómeno extraño, ese fenómeno de paralelismo de ideas inconexas, que algunos filósofos han declarado imposible y que, sin embargo, existe. Horacio hablaba sobre los diversos sistemas de gobierno del mundo, y su argumentación era perfectamente lógica, ordenada, y aun brillante. La excitación febril, nerviosa, de que era presa su cuerpo, se comunicaba á su estilo oratorio, le imprimía originalidad y vigor. Simultáneamente, en el espíritu del joven, se desarrollaba un raciocinio muy diverso, cuyo punto de partida era la curiosa observación de Tristán Latorre, tocante á la ceguera de los maridos engañados. Á tiempo que el joven orador mantenía, pendiente de sus labios,

el interés de la Cámara entera, haciéndola viajar por países desconocidos y climas remotos, su propia alma, endilgada por otro rumbo, recorría los inextricables senderos del sentimiento, en busca, no ya de la salvación de un gabinete político, cuestión pequeña y relativa, sino de la paz del corazón y de conciencia, cuestión grande y absoluta.

Así, pues, ¿era humano y posible que un marido viviese inconsciente de su deshonor, siendo ésta conocida, de un extremo á otro de la ciudad, por propios y extraños! Aun más, esa inconsciencia, recibida del cielo ó del infierno como un don, era propiedad inherente á todo hombre en posesión de esposa; no había maridos privilegiados; ¡en la testera del banquete conyugal, estaba siempre la espada de Damócles suspendida!

El aforismo de Latorre, el de la *gracia especial*, tenía en efecto,—ahora, por primera vez lo reconocía—tenía, en efecto, un punto de apoyo indestructible. No había marido que no se considerase á cubierto de semejante accidente; eso sucedía á los demás, nunca á uno mismo. Y, curiosa observación, aquellos que descollaban por su índole burlesca, por su iniciación profunda en los misterios de ajenas alcobas, eran los que tenían más goteras en sus tejados de vidrio, ¡y no las sospechaban!...

Y el tejado de él, de Horacio Vanderpint, del

orador que, en esos momentos, era la columna más firme del ministerio vacilante, ¿tenía goteras?

Un sudor copioso le humedeció el cabello en sus raíces, al evocar él la idea de una desdicha de esa clase. ¿Su esposa, una criatura libre de mancha, la honestidad hecha mujer? ¡Insensato desvarío! ¡no podía ser, tan incalificable absurdo!

¡Sí! Pero todos los maridos decían igual cosa: eso sucedía á los demás, no á uno mismo... Lo esencial era que *¡eso sucedía!*

¿Con quién podía engañarlo Cecilia, vamos á ver?...

Horacio pasó revista á todas sus amistades del sexo feo... Ninguna tenía trazas de culpable, de traidor... ¡Ah, el primo Caprines!... ¡Imposible, esa era la mayor de las extravagancias! Sin duda, el primo era con las mujeres—con Cecilia sobre todo—emprendedor, galante, pertinaz; pero las mismas libertades que se le otorgaban, por estimársele inocentón é inofensivo, eran una garantía de que el límite de sus franquicias estaba definitivamente trazado y deslindado... Cecilia era demasiado tolerante con el primo, no había riesgo... ¡Pues bien, sí, lo había, y esa excesiva tolerancia lo hacía más amenazador é inminente! La esposa podía resistir con heroísmo á incitaciones opuestas á sus deberes; pero ¿el otro? ¿el galán? ¿quién podía saber hasta qué extremos llegaría la imbecilidad de ese tunante? Y ¿no sería él, el marido, responsable de las consecuencias, por ha-

ber expuesto la esposa á los horrores de una tentativa temeraria? . . . ¿qué pensaría la servidumbre, qué la sociedad, qué el mundo? . . .

Estas cavilaciones de Horacio habían ido entrelazándose con los argumentos de su discurso hablado, como se entremezclan los hilos finísimos de los dos metales, en un trabajo de filigrana, de plata y oro. Sólo que la filigrana de oro de su raciocinio sentimental iba invadiendo hasta cubrirla totalmente, la filigrana de plata de su defensa política; de suerte que, en un momento dado, el joven oyó, como quien despierta de un sueño, resonar en los bancos vecinos al suyo, voces de ¡muy bien, muy bien! con las cuales se aplaudía uno de sus arrebatos de elocuencia. . . ¿Qué había dicho? Había recitado, tal vez, alguna de esas frases aprendidas de memoria, que suelen encontrarse en las obras de los oradores famosos. Estimulado por esta manifestación inesperada, el joven terminó su oración triunfalmente; los ministros, sus amigos, se acercaron á darle los parabienes, y diez diputados de la fila opositora pidieron á un mismo tiempo la palabra, demostrando, con ese ahínco y esa precipitación para contestar al preopinante, que su esfuerzo oratorio no carecía de valor á los ojos mismos del enemigo.

Era más de las doce y media; fué preciso levantar la sesión, á causa de lo avanzado de la hora.

Horacio fué muy festejado por sus colegas ministeriales; muchos se ofrecieron para acompañarlo hasta su domicilio. Él se negó á imponerles tal molestia, los persuadió de su deseo de retirarse solo.

El aire fresco de la noche disipó en el ánimo del joven las incertidumbres que lo habían embargado durante el debate; se reía interiormente de sus pueriles temores; su mujer era una santa, y él un loco de atar. Sin embargo, introdujo con precaución infinita la pequeña llave en la cerradura de su puerta, como si pretendiese sorprender en su casa á algún malhechor; y, con el mismo sigilo instintivo, recorrió los tres patios, sin descubrir nada insólito ó anormal. Iba á volver á su aposento, con paso más franco, y ponía ya el pie en el primer pasadizo, cuando creyó oír chillar una puerta, á corta distancia. Este simple ruido le infundió un terror tan intenso, que maquinalmente metió la mano al bolsillo, sacó su revólver y lo armó con asombrosa ligereza.

— ¡Quién vive! exclamó, dirigiendo la puntería hacia el sitio probable del rumor.

No hubo respuesta.

— ¡Quién vive, ó disparo! repitió Vanderpint, más reciamente.

Un bulto parecía escabullirse en la sombra, á lo largo de las paredes, con dirección al fondo de la casa.

Horacio le soltó un tiro: el fugitivo se detuvo.

—¡Soy yo, bárbaro, no dispares más! rogó una voz quejumbrosa.

—¡Lucio! tú, tú, aquí! murmuró el diputado, creyendo apenas el testimonio de sus sentidos, que le habían dado á conocer esa voz.

Pero al espanto, y al asombro, y á la duda, sucedió, en su desequilibrado espíritu, un rabioso, enfermizo deseo de venganza, una sed de matar á ese primo insolente, ladron de honras, como se mata a un ladrón nocturno, sin piedad.

—¡Ah, canalla! rugió, exasperado, ah, canalla, ah, infame seductor de doncellas de cocina, yo te enseñaré á burlarte de la respetabilidad de mi casa! ... Toma, dijo, haciendo un nuevo disparo, toma, y ¡ojalá te lleve al otro mundo una legión de demonios!

—¡Asesino! asesino! gimió el primo Lucio, viendo modo de guarecerse contra los proyectiles del enfurecido Vanderpint. Logró esconderse tras de una gran tinaja, que servía para recoger agua de lluvia, y ahí, agazapado, con voz temblorosa que trataba de aparecer grave y solemne, como quien apela á un supremo recurso, contestó á los balazos de su primo político, diciendo:

—¡Quieres asesinarme, cobardemente, tú, que así, cobardemente, en una noche como esta, asesinaste á José Arnaldo!





CAPÍTULO XVI

La versión de Horacio

Al oír la exclamación de Caprines, Horacio había experimentado una sensación de terror loco. Más certero que sus propios disparos, el golpe moral asestado por el primo Lucio lo había herido en pleno corazón de su conciencia, había dispersado sus facultades, paralizado su voluntad. Pero el instinto, último atributo que, en los naufragios de la mente, sobrenada, el instinto no abandonó al joven en esos instantes de suprema angustia.

Maquinalmente, Horacio se precipitó sobre Caprines, diciendo con voz ronca:

—Calla, miserable, calla, ó te mato, como á un perro... ¡calla!

Lo había cogido del cuello, y se lo oprimía fuertemente.

—Déjame, suplicaba el primo, tartamudeando tratando de esquivarse, sin violencia, sin bulla. El concepto de su situación presente, crítica y vergonzosa, le inspiraba mayor inquietud que las amenazas del diputado.

—Déjame, Horacio, seguía gimiendo el primo Lucio: ¡déjame por favor!

Era más alto, mas corpulento que el otro; pero carecía de carácter y pujanza; en las situaciones escabrosas, aparecía apocado y cobarde.

Más sosegado ya, más dueño de sí, Horacio confirmó su sentencia, invocando las prescripciones del Código. Tenía derecho de matar, tenía derecho de ignorar quién fuese el forajido, que se introducía en su casa á altas horas...

—¡Oh! exclamó dolorosamente Caprines.

—¡Silencio! ordenó Vanderpint: ¡alguien viene!

Se oían rumores de puertas abiertas, de gente que acudía

—¡Silencio! repitió Horacio en tono imperioso: silencio y obedéceme. Más tarde ajustaremos cuentas; ahora, sólo nos corresponde evitar el escándalo, ¡ven!

Una luz de bujía iluminaba el patio próximo á la calle. Había ahí dos personas. La que llevaba la bujía dijo:

—Es el patrón, señorita.

—¡Horacio!

Y, distinguiendo en las tinieblas al primo, que venía en pos de su esposo, Cecilia agregó:

—Horacio... ¡y Lucio! Dios mío ¿qué sucede?

—Nada, hija, absolutamente nada, contestó Vanderpint, risueño: Lucio sintió ruido en el fondo, creyó que había ladrones, fuimos á ver. El ruido era cierto; como nadie respondiese al quién vive, solté algunos tiros... ¡los ladrones eran dos pobres gatos!

—Se habían trepado en la pared medianera, amplificó Caprines: parecían hombres, en la oscuridad.

Con esto, el primo se despidió; la criada le alumbró el camino hasta la puerta.

Horacio se preparaba á entrar en sus habitaciones, Cecilia lo detuvo:

—Escucha...

Y lo arrastró hacia su dormitorio. Horacio balbuceó:

—¿Qué quieres?

Ella respondió haciendo una pregunta:

—Dime, ¿Lucio ha vuelto de la Cámara ... contigo?

—Sí, replicó el esposo, con voz insegura.

—¿Cómo, entonces, se explica que, ha poco rato, viniese á buscar su bastón, y me afirmase que se iba á acostar?

Horacio se turbó, su embuste ofrecía un lado débil. Realmente, el primo Lucio era un cernícalo.

—Lo conoces, observó, no da dos pasos sin cambiar de idea. En vez de irse á acostar se fué á la Cámara, eso nada tiene de extraño.

Ella lo miró fijamente.

—Has entrado solo, dijo, ¡yo estaba despierta!

—Nó, refutó el joven; Lucio me seguía, te garantizo que esa es la verdad.

—Juras en falso, prorrumpió, airada, Cecilia: Lucio estaba aquí cuando tú llegaste, aquí, en una de las piezas interiores... ¡No es la primera vez que el pariente hace esa gracia!

—¿Sospecharías algo? interrogó Vanderpint fingiendo asombro.

—No es sospecha, es completa certidumbre. Mañana expulsaré á la criada que ha delinquido, y te prometo que Lucio no volverá á pasar mis umbrales.

Vanderpint se quedó extático, abierta la boca, rebelde la voz.

¡Una ruptura con el primo, tremendo dilema! Caprines era indiscreto y rencoroso, cándido, también, hasta el colmo de la imbecilidad.

—No, Cecilia, repuso el diputado, al fin, midiendo toda la extensión del peligro: no es posible inferir á Lucio tamaña ofensa...

—¡Y la que él nos hace! protestó ella, indignada.

—Cierto, no merece perdón... Pero, reflexiona, se trata de un deudo tan cercano... sería un proceder digno de censura... habría que inventar un

pretexto... dar explicaciones á la familia... ¡un escándalo!

—Que se arrepienta entonces, que pida excusas; ¡que preste solemne juramento de enmendarse!

—Ten por cierto que no volverá á reincidir, replicó alegremente Horacio, ¡le he hecho pasar un susto! Figúrate que...

—Sí, sí, intercaló Cecilia, no ha habido en este alboroto más gato ni ladrón que Lucio Caprines... y tú eres un embustero.

—Hija... mi propósito fué ahorrarte una impresión penosa. Estaba el pobre diablo tan contrito, que me inspiró lástima, de veras. "¿Qué va á pensar mi prima?" lloriqueó, varias veces. Me mostré severo... muy severo .. sabes que nunca transijo con ciertos deslices... por último, le prometí disimular su fea acción, únicamente para no despertar tu justo enojo...

—Está bien, declaró Cecilia; pero la sirvienta culpable será expulsada.

—No me opongo, dijo Horacio; mas, conviene proceder con cautela. Si es difícil señalar la puerta á un pariente, hay mil medios de despedir á las personas de la servidumbre - una respuesta descomedida, una fuente quebrada, cualquier deficiencia en el aseo...

—Ya es tarde, advirtió Cecilia. ... mañana acordaremos lo necesario; buenas noches.

—¿Y nada me preguntas de mi discurso? in-

terrogó Vanderpint, afectuoso: ¿estarías descontenta?

- Nó, repuso irónicamente la esposa; por el contrario, me asisten motivos para estar contentísima... Adiós.

Sin devolver el saludo, Vanderpint se dirigió á su cuarto.

Él tampoco estaba contento. Trabajada su imaginación por una infinidad de ideas tristes, pensó que, si se ponía á recapacitar los incidentes de esa jornada nefasta, era capaz de perder el juicio.

Se desnudó rápidamente, tirando, según su costumbre, las prendas de vestir á un lado y otro, donde cayeran; cogió, después, de encima del velador, un libro de amena lectura, comenzado hacía meses.

Á la tercera página, Horacio roncaba.

Desde ese día, quince transcurrieron.

Entretanto, Vanderpint había escrito al primo Lucio dos billetes.

El primero decía: "Mi mujer lo sabe todo; no vengas hasta que yo te avise; defendiendo tu causa."

Y el segundo: "Cecilia te perdona; esmérate en reconquistar su aprecio; te aguardo."

El diputado recibió á Caprines con extremas demostraciones de cariño; no así Cecilia, quien le dispensó una acogida glacial.

Comprendió el primo, al punto, con la sagacidad característica de los de su raza, todo el provecho que podía sacar de sus nuevas relaciones

con Horacio. Inhábil para gastar sutilezas, aun en la realización de sus propósitos más audaces, el señor Caprines y Montesinos empezó, ex-abrupto, pidiendo al esposo de Cecilia dinero prestado. Impuso, después, una contribución de amistad á la colección de bastones, á las corbatas y camisas de su pariente. Si no hubiera estado vigilante la energía del mayordomo Jacinto, don Lucio habría dejado á su primo político en cueros.

Zumalacárregui excogitaba:

— ¿Qué misterio es este?

Y se rascaba el cráneo con frenesí.

La tolerancia del patrón lo confundía, no tenía para él explicación satisfactoria.

Desde la noche de los balazos, la vida familiar andaba toda fuera de quicio. ¿Quién sabe si el aborrecible primo no era dueño de algún secreto ominoso que, en interés del amo, convenía mantener oculto?

Una tarde, Vanderpint estaba en su bufete, corrigiendo las pruebas de un discurso pronunciado la víspera, en sesión de la Cámara. Era una composición oratoria de amplio vuelo, que involucraba un cuadro histórico de las pasadas discordias, una sinopsis clara y concisa de la situación presente, y una especie de profesión de fe para discusiones venideras. Porque, en las regiones gubernativas dominaban ya otros hombres y otros ideales; al gabinete presidencial había sucedido un ministerio mixto, conciliador y moderado, res-

petuoso de los fueros del Parlamento, y decidido á administrar la República conforme a la Constitución y la ley.

La solución de la contienda parlamentaria satisfacía á los espíritus más pesimistas, y los politiqueros de profesión podían exclamar, como Gloucester en el drama de Shakspeare:

Now is the winter of our discontent
Made glorious summer by this sun of York;
And all the clouds that lower'd upon our house,
In the deep bosom of the Ocean buried.

Había majaderos empeñados en propalar que ese "brillante estío" sería efímero, que el "sol de York" era astro caprichoso, y que las "nubes preñadas de borrasca" no estaban todas "en el seno de la mar sepultas "

Pero, salvo estas despreciables excepciones, el regocijo era sincero y colectivo.

Los diarios de todos los matices entonaban *Hosanna in Excelsis*; y uno de ellos, que, poco antes, había tildado á Horacio Vanderpint de "inaguantable trонера", juzgaba su reciente oración política como una obra maestra de retórica.

El diputado revisaba su obra maestra con esmero exquisito; á fuerza de corregir, la había transformado por completo.

Acababa de consultar á Jacinto sobre un período de dudosa elegancia, cuando la campanilla

del teléfono colocado en un rincón de la pieza, sonó prolongadamente.

—Ve quién es, mandó Vanderpint á su secretario.

Éste obedeció.

Hubo en el aparato un breve diálogo, y Jacinto dijo:

—Es una voz femenina; no da su nombre, quiere hablar á su merced con mucha urgencia.

—Déjame solo, un momento...

Jacinto salió, cavilando si no tendría este incidente algo de común con el secreto del primo Lucio.

Llamado por el patrón, minutos más tarde, el mayordomo lo encontró paseándose por el cuarto, agitado, nervioso, febril.

—¿Cuál es el nombre de la criada nueva? preguntó á Jacinto, sin detenerse.

—Rodríguez... Lucía Rodríguez.

—Pues bien, dentro de poco han de venir á casa, á saber de un tal Federico Villuca... que fué cochero de la familia de mi esposa... un detestable sujeto, reo de no sé qué delito. Dí á Lucía que conteste que Villuca se ha marchado al Perú. Después te explicaré... Anda.

En el momento en que la criada acudía, repercutieron en la puerta de calle tres golpes consecutivos.

El mayordomo dijo á la doncella, de prisa, por lo que pudiera ocurrir:

—Si vienen por un señor Villuca, responde que nada sabes. . . y vuelve en seguida.

En efecto, alguien venía á esa casa, á buscar á Federico Villuca; y ese alguien era Fabio Máximo Quinto Albemar de Sancta-Cœli.

Fabio había invertido cerca de media hora en trasladarse de la calle del Carmen á la calle de la Compañía. Ese transcurso de tiempo había sido suficiente para que *misia* Pancha Peralillo, una vez sola, reflexionase, adoptase una resolución y la pusiese en práctica.

Demasiado suspicaz y aguda para no reportar provecho de la paralogización de Sancta-Cœli, tocante á la persona del matador de José Arnaldo, juzgó, de un solo golpe de vista, que de su actividad é inteligencia dependían la momentánea salvación de Horacio Vanderpint y la suya propia.

Ya decidida á llevar á efecto su programa, corrió á la vecina casa de un doctor, amigo suyo, que poseía teléfono en su gabinete. Autorizada para emplear el aparato, sólo al fin de veinte minutos de desesperación é impaciencia, pudo ponerse al habla con el diputado y comunicarle sus instrucciones.

Aunque en el espíritu superficial de Vanderpint, los acontecimientos más trascendentes no dejaban sino impresiones fugitivas, el recuerdo de la escena nocturna con el primo Lucio, estaba todavía demasiado fresco en su memoria, para

que las advertencias de Francisca Peralillo no le produjesen zozobra y estupor.

La Peralillo había sido explícita y contundente. Existía en Santiago un hombre resuelto á descubrir al asesino de Arnaldo, el mismo que primitivamente se había hecho parte en la causa. En ese hombre debía ver Horacio un enemigo temible, enérgico, inexorable. El plan ideado por ella, no pasaba de ser un expediente dilatorio; era preciso asumir, cuanto antes, una actitud eficazmente defensiva.

Estas revelaciones colocaban á Horacio en una situación de indefinible angustia, del todo análoga al estado de ánimo en que doce meses atrás salía homicida, de un lugar, adonde había penetrado, intruso.

Entonces, si bien tranquilo acerca de su responsabilidad legal, había sufrido uno de esos dolores morales que desequilibran, que destrozan el corazón y el cerebro, penas horribles, que sólo el que, sin premeditación ni malicia ha suprimido violentamente una existencia, es capaz de sentir y de comprender.

El tiempo, infalible bálsamo de las heridas del alma, había amortiguado esas punzantes emociones, y disminuyendo su intensidad, les había impuesto un carácter nuevo.

A los pocos días, un tanto aliviado de su perplexidad profunda, Horacio no cuidó sino de una cosa: eludir la acción de la justicia, para no ver

comprometidos, en una causa de índole tan desgraciada, su reputación y su nombre. Á encubrir las apariencias consagró toda su actividad y su influjo. Amigo de Moscoso, el secretario del juzgado del crimen, logró convencerlo de que era inocente, invocó su ayuda, no le escatimó promesas fascinadoras.

Expedido el auto de sobreseimiento temporal, Horacio se creyó libre de toda ulterior sorpresa; las preocupaciones políticas borrarón las últimas débiles huellas de sus pasados temores. Si alguna congoja asaltaba, de tarde en tarde, su corazón, al fin bondadoso y nada injusto, era la de no poder auxiliar, sin riesgo propio, á la infortunada madre de su víctima.

Pero esta conmiseración intermitente no alteraba la plácida serenidad de su vida doméstica, no perturbaba sus ensueños de hombre público.

Arrullado por una tranquilidad de espíritu engañosa, en su conciencia debía producir la más honda alarma el grito revelador de Lucio Caprines. ¿El primo tenía, pues, noticia de la funesta tragedia? ¿Dónde la había recogido? En boca de otros, sin duda, en boca de indiferentes; ó en el aire, porque en las poblaciones, humildes ó soberbias, también el aire es indiscreto, los muros tienen oídos, y, para levantar los tejados, abundan los Asmodeos.

Las explicaciones de Caprines habían devuelto á Horacio una especie de quietud indecisa. Ha-

llábase Lucio en una reunión de mozos alegres, *donde Niobé...* y uno había traído á colación el drama de la calle de San Diego. Otro, enteramente chispo, había divulgado el nombre del presunto culpable, barbaridad que había levantado unánime protesta.

Con el juramento del primo, de no propagar esa historia,—juramento que Lucio explotaba cínicamente,—se consideraba Horacio más ó menos á cubierto de la sanción social, para él la única temible desde el sobreseimiento de la causa ante la justicia. Pero, he ahí que la causa ante la justicia renacía, merced á la intervención de una mano vengadora; he ahí que la condición civil y social del joven diputado se retrotraía al momento en que el homicidio fué cometido. No había tiempo que perder, era necesario apercibir la defensa, tomar precauciones, burlar la persecución del implacable antagonista.

Estas excogitaciones ocupaban el raciocinio de Vanderpint, después de su conversación con Francisca Peralillo. Se paseaba en su despacho, furioso, cejijunto, como león prisionero. No eran los barrotes de su jaula, las cuatro paredes de esa reducida estancia: la verdadera cárcel de su espíritu atribulado era el círculo de hierro en que lo acorralaba una voluntad superior, rígida, indomable, la voluntad á que obedecía aquella mano vengadora.

En ese estado de desesperante ansiedad lo

encontró Jacinto, al regresar al bufete. Y la extraña manera de despedir al joven que había venido á preguntar por Villuca, hacía para el mayordomo aun más lóbregas las profundidades del misterio.

—¿Continuamos el trabajo? interrogó, movido por el generoso impulso de calmar esa angustia, de distraer esos mortificantes pensamientos.

—Nó, repuso el diputado, después de una pausa: mañana seguiremos. Me veo en la precisión de salir, por un par de horas.

Vibraba la voz de Horacio con modulaciones tan sutilmente melancólicas, que en el pecho de su interlocutor hubo un estallido de simpatía.

—Señor, murmuró, en todo lo que yo pueda servirlo, cuente con mi perfecta lealtad...

—Lo sé, replicó Vanderpint, en tono afable: lo sé y lo tengo muy presente, gracias.

El plan que combinó el joven para su defensa era sencillo: captarse amistades en el tribunal que debía juzgarlo. Por Moscoso, supo que Góngora era candidato á un puesto en la Corte de Apelaciones.

—Conviene, había agregado el 'secretario, conviene allanar al viejo juez el camino de su promoción, y contribuir á que ocupe la vacante un... amigo.

El amigo á que aludía Moscoso era... Moscoso.

Horacio comprendió la indirecta, más no se dió por notificado. Prometió un juzgado de letras

en el sur, pagadero el día del sobreseimiento definitivo. Las circunstancias políticas fueron favorables á Vanderpint. Góngora consiguió su curul de Ministro de Corte, y Moscoso quedó señalado para la administración judicial de un departamento cualquiera. Con todo, no fué posible poner en la vacante de Góngora á un amigo sin tacha. Entonces, Moscoso dió á Vanderpint un consejo: ¿Por qué no arriesgaba una tentativa audaz, por qué no veía á su adversario Sancta-Cœli, para persuadirlo, seducirlo, reducirlo á la impotencia? Sancta-Cœli, mancebo educado, entusiasta, de indiscutible talento, era necesariamente ambicioso; sus aspiraciones debían de ser grandes como su inteligencia y su sabiduría.

Á Horacio no le había parecido mal el consejo; sólo que, para llevarlo á ejecución, la oportunidad no era adecuada. Desde que el juicio estaba en suspenso, y nadie todavía se presentaba á agitarlo, más valía precaverse y aguardar. Sancta-Cœli había ido ya una vez á su casa, en busca del supuesto delincuente; era muy posible que renovara la misma diligencia, antes de recurrir á la justicia.

Esta creencia, motivo para Vanderpint de temor y de esperanza, debía realizarse en un plazo muy corto. No pasaron tres días, y el joven recibió una tarjeta de Sancta-Cœli, con dos ó tres renglones escritos. Fabio solicitaba una entrevista, á fin de tratar de asuntos de importancia. El dipu-

tado respondió afirmativamente, é indicó el más próximo viernes, á las tres de la tarde.

Sancta-Cœli había prometido á Malva Logrosán, que libraría á Vanderpint de la vindicta pública, y esta promesa, equivalente á un enorme sacrificio, había desconcertado un poco las claras facultades del arquitecto. Puesto en la dura alternativa de traicionar, aun cuando más no fuera, en grado leve, la confianza de sus consocios de la "Unión", ó de llevar inmerecido escándalo, vergüenza y duelo al corazón mismo de una familia honorable, no divisaba él una tangente honrosa, que le permitiera conciliar su conciencia de hombre justo con sus caballerescos instintos. Se sentía incapaz de dirimir, sin ayuda, esa controversia de sentimientos incompatibles, y se acordó de Solís, hombre de criterio recto y sano. Al efecto, fué á hacerle una visita.

El presidente lo sorprendió con singulares novedades. El Consejo de la "Unión Fraternal" se había reunido, había expresado sus quejas respecto de la lentitud con que se tramitaba la causa Arnaldo. Se sabía la naturaleza del delito, un homicidio por imprudencia, y el nombre del reo, una persona de posición notoria.

—Lo más sensible, continuó Ruperto del Carmen, lo más sensible es que la sociedad está dividida en dos bandos con tendencias políticas, el uno adverso al gobierno, el otro, enemigo de la oposición. El primero, encabezado por Silvela,

tiene mayoría en el Directorio... No necesito decirle cuál de las dos facciones está con usted...

—Y cuál en contra... Lo presumo, replicó Fabio. Pero ¿qué decisión concreta se ha adoptado tocante al juicio?

—El Consejo opina por una solución inmediata; los pareceres tan sólo discrepan en cuanto á la forma de dicha solución. Piensan los unos que debe exigirse al reo una indemnización pecuniaria, y darse la mayor publicidad á las actuaciones; los otros están por la indemnización, sin la publicidad...

—Aquéllos son los pillos, declaró Fabio; éstos, la gente honrada y circunspecta. Pero los adversarios políticos de Horacio Vanderpint se equivocan, si esperan explotar el proceso para dañarle... ¡él tiene buenos defensores!

—¡Ah! prorrumpió Solís, atónito: ¿y quiénes son esos defensores?

—Malva Logrosán y yo... ¡incorruptibles testigos!

El presidente meditó unos pocos segundos, y meneando la cabeza, observó:

—No me corresponde, amigo mío, dictar á usted reglas de conducta; le advierto sí, que la partida que usted juega es peligrosa. En el seno de la "Unión" están los espíritus agitados, y usted se expone á que lo desautoricen públicamente. . . quizás sería preferible que usted renunciara á su representación en el juicio...

—¡Nunca! exclamó Fabio. Por el hecho mismo de ser hoy la situación del acusado más delicada y grave, yo, penetrado de su inocencia, debo volver por los fueros de la justicia.

—¿Y qué piensa hacer? interrogó el presidente.

—Á eso venía, á consultar su opinión sobre este punto. Mi ánimo era acercarme á Vanderpint, imponerle condiciones, en cambio de su seguridad. No soy contrario á una reparación pecuniaria, antes bien, la conceptúo equitativa; pero me opondré á toda coerción villana y calumniosa.

—Yo soy su amigo, Fabio, dijo Solís, en tono de reproche: desgraciadamente, no todos lo son...

—Eso no me amedrenta; al revés, me infunde nuevos bríos.

—En fin, ¿cuáles son sus intenciones? insistió Ruperto del Carmen.

—Ya lo he dicho, ver á don Horacio Vanderpint, exigirle la reparación que ha acordado el Consejo, y poner remate á la causa.

—No es suficiente, objetó Solís: la mayoría del Consejo reclama sentencia condenatoria, sentencia pública.

—El Consejo no sabe lo que quiere, respondió Fabio, altivamente: en mis manos están todos los hilos de la pesquisa, y no se moverá uno solo contra mi voluntad.

—Bueno, repuso el presidente, viendo en las palabras de Fabio una especie de desafío—bueno,

proceda usted como le plazca. Y ¿cuándo irá usted á ver á ese joven?

--A su tiempo se lo comunicaré. Entretanto separémonos amigos leales... Créame, yo abrigo la ciega certidumbre de la corrección de mi conducta.

—¡Ojalá no se equivoque usted, Sancta-Coeli! suspiró Solís, ¡ojalá logre usted salvar á don Horacio, hijo, al fin, de una persona á quien aprecio!

Y la conversación terminó como empezara, de un modo indeciso y ambiguo.

Llegó el día de la entrevista de Vanderpint con Sancta-Coeli.

Como cada cual había estudiado concienzudamente su papel, el diputado recibió al arquitecto con manifestaciones protectoras, y el arquitecto observó, frente al diputado, una actitud enigmática. Ninguno de los dos estaba en su cuerda natural y propia; malos actores líricos, empezaban cantando en falsete.

—Tome usted asiento, señor, insinuó Horacio, en tono entre altanero y cortés.

Á su turno, sentóse en la silla articulada del bufete, se echó hacia atrás, apoyó la barba en ambas manos juntas, convertidas en bola, y agregó, mirando á su contrincante de soslayo:

—¿En qué puedo ser á usted útil, caballero?

Sancta-Coeli recitó la respuesta que traía preparada, para esa interrogación ineludible.

—Soy yo, caballero, quien acude á prestar á

usted servicio. Un golpe rudo acosa su incipiente y ya envidiable reputación política: vengo á ayudarle á desviar ese golpe.

—Moscoso tenía razón, calculó Horacio: mi contendor es ambicioso, estoy salvado.

Y, á Sancta-Cœli:

—Es usted, repuso, persona muy amable, y le doy las gracias; pero estimo que sus buenos oficios son superfluos, no me intimidan las asechanzas de que pueda ser blanco.

—Usted, probablemente, ignora la índole de de tales asechanzas.

—No me interesa conocerlas.

—¡Quién sabe! exclamó Fabio, con severidad, ¡quién sabe si no son más serias de lo que usted presume!

—Entiendo, dijo irónicamente Vanderpint: ha visto usted una conspiración urdida en desdoro de mi buen nombre, y ocurre usted aquí, á darme de ella oportuno aviso. Una vez más, es usted muy comedido... Y, dígame, la cooperación que usted viene á proponerme ¿es... gratuita?

Sancta-Cœli dió un salto:

—¡Es evidente, protestó, evidente que usted no sospecha con quién trata!

El diálogo tomaba un sesgo peliagudo. Comprendió Vanderpint que, si no moderaba sus ímpetus, todo lo iba á echar á perder, y respondió, con mucha urbanidad.

—Supongo que es usted un caballero, á todas luces.

—Me precio de tal, señor mío, replicó, irguiéndose, Sancta-Coeli: y voy á probárselo á usted dentro de poco. Pesa sobre usted una acusación de esas que conducen á presidio.

Una sonrisa indefinible acudió á los labios de Horacio. Sin embargo, su corazón palpitaba violentamente.

—Hablemos poco y bien, prosiguió Sancta-Coeli, en tono decidido. Algunos meses ha, un hombre fué ultimado en la calle de San Diego. Después de estériles indagaciones, la justicia mandó sobreseer; pero pesquisas recientes han permitido reasumir la instrucción del sumario. Está calificado el delito, establecida la identidad del culpable: la espada de la ley caerá sobre su cabeza...

—Cuestión que en nada me atañe, exclamó Vanderpint, fingiendo desdén.

—No le atañe que al rededor de su apellido sin mancha, se forme una atmósfera de ludibrio y contumelia; que la prensa hostil á sus ideas de gobierno, se desencadene en ignominiosos comentarios; que sus respetables padres sufran inmerecido castigo, cuando, si sólo supiesen lo que ocurre, sería de temer que murieran de dolor!

Al oir estas expresiones, Horacio sintió en medio del pecho horrible punzada. ¡Si supiese su

padre ese conflicto! Quizá lo sabía, quizá tenía de él vaga sospecha! ¿No le había preguntado una vez su padre si estaba libre de remordimientos? ¿No había contestado él con una negativa formal? Él creía, en esa ocasión, que se hablaba de un negocio de poca monta, en cuyo arreglo, efectivamente, había vulnerado un tanto los intereses de su padre, por respeto á los de la honradez y la justicia. Creía también que algún Iscariote había llevado al viejo caballero un denuncia; pero no se imaginaba que tal denuncia pudiera referirse á aquella otra acción, hartamente vituperable y comprometiente.

—Señor, dijo por último á Fabio, con forzada impertinencia: yo no temo los rigores de la ley, porque ninguna falta he cometido. Mi fuero, por otra parte, me escuda contra cualquiera inculpación.

—¡El fuero! repuso Sancta-Coeli, en voz compasiva: el fuero lo protegerá contra las leyes civiles, no así contra la severidad y malicia de la opinión. Piense usted que la reconciliación de los partidos es una tregua, que la lucha por el poder renacerá, muy pronto, con crudeza inaudita; entonces los enemigos políticos de don Horacio Vanderpint serán capaces de publicar una relación de la tragedia en que él se halla envuelto, con todos sus picantes episodios...

—¿Y quién le afirma, interrumpió el diputado, que yo tenga poco ó mucho que ver en esa tragedia?

—Pero, señor, protestó Fabio con acrimonia, usted es incorregible, no quiere convencerse de la misión que aquí me trae. Vengo á salvarlo de una situación afrentosa, y usted me responde luciendo una astucia de muy mal gusto. No olvide que el honor de usted y de su familia está en mi mano, y que si llego á apretar esta mano hidalga, aquel honor quedará hecho trizas!

—Usted no me inspira confianza, replicó Vanderpint, valientemente, juzgando inútil todo disimulo. En este juicio, usted ha sido siempre mi adversario...

—Mientras lo consideré culpable; una vez adquiridas las pruebas de que sólo había sido usted imprudente y desdichado, resolví protegerlo.

—Si hay pruebas de mi inocencia, ¿dónde estaría el peligro, dónde la abnegación de que usted se jacta?

—¡Cómo! ¡En lugar de agradecerme, usted me discute! No existen de su inocencia más testimonios que los que yo poseo; hay, en cambio, poderosos influjos que trabajan por su perdición. Y para salvar á usted, debo contrarrestar esos influjos, aun á riesgo de dejar en la demanda algunos girones de mi dignidad.

—¡Es mucho heroísmo! Mas, ¿que prenda me ofrece usted, para que yo pueda confiar en su generosa ayuda?

—Una prenda viva, la declaración de Malva Logrosán.

— ¡Malva no ha muerto! prorrumpió Vanderpint, estupefacto: tal anuncio me regocija extraordinariamente... ¿Y dice usted que Malva me favorece en vez de acusarme?

—Es una criatura excepcional, contestó Fabio: una alma espartana. Sí, señor, lo defiende á usted, no lo acusa, á pesar del prolongado martirio que ha sido su existencia desde la noche de aquel infausto suceso ¡Confiese usted que todas las circunstancias lo acriminan...! Subrepticamente, usted se introduce en el hogar de una muchacha honesta, y...

—Juro á usted, amigo Sancta-Cœli, que no era mi intención violentar su persona...

—Supongo que no es usted un villano; no es menos cierto que usted incurría en una violación de domicilio.

—La fatalidad ha tenido la culpa, suspiró Vanderpint: habría dado cuanto poseo por evitar tanta desgracia. Quitar la vida á un hombre, aun en caso de legítima defensa, es algo que aterra; ¡es preciso haber vivido ese tormento para comprender su despiadada crueldad!...

—Todavía puede haber para usted satisfacción y consuelo, dijo Fabio, si usted confía en mi prudencia y en mi deseo ardiente de sacarlo de este mal paso.

El diputado creía soñar. Acostumbrado al positivismo de la vida práctica, desdeñoso de los hombres, ajeno á toda manifestación de senti-

mientos puros, la candidez de ese joven desconocido le colmaba de sorpresa, no se atrevía á prestar fe á sus propios oídos ni á sus ojos. No era romántico, muy lejos de ello. Había hecho escuela en la batalla del mundo. Recordaba las palabras de su padre, el austero capitalista: "La sociedad es un campo de explotación para las inteligencias despiertas, para las voluntades robustas; con el dinero se llega al poder, con el poder, se hace fuctificar el dinero; la moral es el interés bien comprendido; religión, virtud, escrúpulos de conciencia: bagaje engorroso, plomo en los pies, que impide cruzar sin tropiezo el valle de la vida.

La abnegación de Fabio le pareció absurda; ese joven tenía, en servirlo, algún interés oculto.

—Señor, le dijo, soy escéptico; mi experiencia no me permite creer en la generosidad de mis semejantes. Quisiera adquirir la persuasión de que ningún móvil utilitario le induce á usted á exponer su fama, con el objeto de salvar la mía.

—Todas las humanas acciones, observó Sancta-Cœli, indudablemente se inspiran en móviles, impervios ú ostensibles; el error está en creer que siempre esos móviles son vedados é impuros; también los hay legítimos, de deslumbradora excelstitud... Imagine usted que, al acudir en auxilio suyo, obedeciese yo á un interés secreto, y que tratase de armonizar una buena acción con mis propias aspiraciones de ventura: ¿quién sería bastante atrevido para arrojarme la primera piedra?

Esta observación inesperada aumentó la sorpresa de Vanderpint.

—¡Qué lástima, pensó, qué lástima que este joven no curse la carrera política! Se podría hacer de él un estadista óptimo.

Y á Fábio:

—En fin, dijo, ¿qué medidas convendría adoptar para la resolución de este enojoso asunto?

—Me parece que debe usted presentar el juzgado un escrito, con una relación fiel y franca de lo ocurrido, y una petición para que se fije término de prueba.

—Quisiera evitar que saliera á luz mi nombre...

—Puede solicitarse una tramitación á puertas cerradas, con arreglo á los procedimientos legales, pero sin que nada trasmine.

—¿Y si esa prerrogativa no se obtiene?

—No diviso otro recurso...

—¿Por qué no presentaría usted, oficiosamente, la declaración de Malva? insinuó Horacio, convencido de que ese era un admirable proceder.

Afligióle á Fabio tanta aridez de corazón, tanto egoísmo. Lo que importaba al diputado, sobre todas las cosas, era salir de apuros, sin una rasmi-lladura en su pellejo de hombre importante, para poder alzar, inmaculada, su augusta frente de mascarón social.

—He pensado en ese camino, respondió Sancta-Cœli; mas empleándolo, me expongo á perder un tesoro que aprecio tanto como á mi vida misma.

—¡Oh! yo le indemnizaré con largueza! exclamó ingenuamente Vanderpint.

Para él no existía más tesoro que el dinero y las satisfacciones que procura.

—No es una recompensa material la que necesito, objetó el arquitecto. Ha de saber usted que, por serle útil, corro el albur de perder la confianza, la estimación y el cariño de que gozo entre mis amistades. Á usted le consta que José Arnaldo era miembro de una institución de la cual yo también soy adepto. Dicha institución tuvo á bien designarme como su apoderado, en el juicio que nos ocupa, y hasta aquí he cumplido mis obligaciones de tal, correctamente. Ella sabe que, en la muerte de Arnaldo, no ha habido culpabilidad sino temeraria imprudencia; exige, con todo, que el juicio se sustancie en debida forma, y que el tribunal decrete una resolución definitiva. Si mis compañeros vislumbraran que yo he tratado de libertar á usted á todo trance, tendrían derecho para gritar ¡traición!

—Y eso, á usted ¿qué le significa? ¿No obra conforme á los dictados de su conciencia?

—Siempre fué mi costumbre...

—Las apariencias nada valen, afirmó Horacio.

Su interlocutor tuvo una sonrisa triste. Precisamente estaban buscando el medio de salvar las apariencias, y era el acusado quien despreciaba la faz moral de ese espinoso compromiso, era él quien se ponía á predicar la doctrina ortodoja.

—Lo que usted me propone es inaceptable, confesó Fabio, pensativo: hay otras exigencias que contemplar, y que yo olvidaba. La Sociedad que represento pide también...

Un golpecito en el cristal de la puerta cortó bruscamente la frase del joven.

—Buenos días, Horacio, dijo una voz desde afuera, una voz dulce.

El diputado se levantó.

—Con permiso de usted, amigo mío.

Y fué á saludar á su madre y á su hermana, que venían llegando.

Presa de repentina desazón, el arquitecto se sintió débil como un niño, inquieto como un malhechor cogido infraganti.

Cuando Vanderpint quiso reanudar el interrumpido coloquio, Fabio no pudo encontrar el hilo de sus ideas, ni halló su lengua indócil, términos con que traducirlas.

Toda esa virtud romana, legado egregio de sus mayores, que hacía de él un digno heredero de Fabius Verrucosus, se desvaneció tras de súbito eclipse; y en su lugar apareció el alma frágil, tímida, enclenque, del hombre de este fin de siglo, holocausto expiatorio de una civilización de hojarasca.

—¿Decía usted? interrogó Vanderpint, atento.

Las ideas de Sancta-Cœli habían tomado otro rumbo.

—Acabo de hacer algunas reflexiones, respon-

dió, y se podría arbitrar un procedimiento que ahorrase á usted cualquier disgusto. Me expongo, sin duda, á crueles represalias; pero, al menos, ¡no se dirá que, por culpa mía, ha zozobrado la reputación de una familia ilustre!

Declamador de oficio, no reparó Vanderpint en la nota falsa de esa declamación pomposa, y repuso:

—¡Admirable, amigo, admirable! No obligará usted á un ingrato: yo lo encumbraré á los más altos destinos, yo le abriré todas las puertas. Usted alimenta ambiciones; nada más obvio, ni más justo. ¡Nunca olvidaremos, yo y los míos, que usted fué un día el paladín de nuestro honor!

Fabio se sentía avergonzado de su flaqueza. Nada había que vituperar en su conducta, y con todo, ¡misteriosa contradicción! se habría considerado más satisfecho si hubiera procedido de otra suerte.

—*Alea jacta est*, dijo para sí.

Y al diputado:

—Voy á preparar su defensa, redactando la declaración de Malva. Y ahora, cuénteme cómo sucedió el lance.

—No quisiera evocar tan tenebrosos recuerdos, repuso Horacio; ya que usted me lo pide, le referiré imparcialmente la historia de ese drama. Empezaré por declararle que, á haber yo conocido en Malva Logrosán, el modelo de mujer que

usted me pinta, nunca la habría hecho objeto de mis persecuciones...

—Toda mujer debe presumirse virtuosa, interrumpió Fabio, mientras no haya prueba que contradiga esa opinión.

—¡Bonito precepto! La verdad es que respetamos poco á las muchachas de condición humilde... cuestión de gusto.

—De mal gusto.

—Qué quiere usted, los juveniles ardores, la oportunidad, la certidumbre del éxito... Yo ignoraba que José Arnaldo pretendiese á la niña, con propósitos más... recomendables que los míos. Sólo ví en él á un competidor poco temible...

—Premisa falsa que trajo falsas deducciones, ¡cuando habría sido tan cómodo seguir la línea recta!

—La línea recta de la moralidad... No se figura usted hasta qué extremo la política le falsea á uno ese sentido. Mentalmente, anhelaba para usted, hace poco, un espléndido porvenir político; ahora, de viva voz, le aconsejo que jamás se meta usted en tales honduras. La política, señor de Sancta-Cœli, es la gran Babilonia del Apocalipsis, el elemento más perturbador de la felicidad doméstica, el parásito más contrario al cultivo de los sentimientos nobles...

—Bueno, bueno, exclamó Fabio, entre risas —

estoy convencido de que fué usted un atroz calavera... y que la gran Babilonia lo indujo á seducir á una muchacha honrada.

—Vivía ella en un zaquizamí, al lado de mujerzuelas de costumbres dudosas, y de individuos de terrorífica vecindad. So capa de un acto bondadoso, conseguí aislarla en una habitación decente. No viene al caso analizar los medios de que me valí para lograr esos fines: yo esperaba doblegar la indiferencia de la joven, aplicando las reglas usuales del Código del Amor... Por lastimoso que juzgue usted mi comportamiento,—como yo lo juzgo, y la prueba está en que me he enmendado para siempre,—mi aventura era de lo más común y vulgar; en Santiago, parecidas ocurren á cada paso, sin que necesariamente se resuelvan en dramas espeluznantes. Aquella noche, pues, subí al cuarto de Malva, sirviéndome de la llave que me había reservado,—á ella le había entregado otras dos, lo cual fué deplorable yerro; si le hubiese dado sólo una, la desgracia, claro está, no habría acontecido. Mi presencia alarmó inmensamente á la señorita Logrosán. Me parece oír, todavía, sus tiernas súplicas, su quejumbroso, cándido acento. Un demonio se hubiera enternecido: yo era hombre público. Una postrera observación de la joven me obligó á reflexionar un poco: "Voy á casarme, dijo: no es caballero quien no respeta á una novia."—Preguntábale yo por el nombre del feliz mortal, cuando, á un tiempo,

sentimos pasos en la escalera. Eran los del novio. En tan crítica coyuntura, Malva me indicó con gestos desesperados que me ocultase, que echara llave á la puerta, que apagara la luz, mil consejos incoherentes que no hacían sino aumentar mi indecisión. Esa indecisión, condenándome á la inercia, costó la vida al infeliz Arnaldo. Era, usted lo sabe, un mancebo de proporciones hercúleas; no se me ocurrió tentar al destino, aceptando un combate desigual. Arnaldo se presentó; la cólera le paralizaba los movimientos, la voz, la inteligencia; yo, con más tranquilidad de espíritu, habría podido, entonces, escabullirme fácilmente. Cuando pensé en este recurso, era tarde; el novio de Malva me dirigía la palabra: una espumosa catarata de improperios, una lluvia de lodo, espesa y nauseabunda. "Señor, tranquilícese usted", le respondí, impertérrito, sin parar mientes en su rudo lenguaje,—el lenguaje, por lo demás, que usamos todos, cuando llega el caso. Mis moderadas expresiones fueron viento que no hizo sino avivar aquella hoguera de rabia. Lo interpele con mayor energía: "¡Señor, usted está loco, usted ofende la honestidad de esta señora!" Inútil empeño, la voz de Arnaldo hacía temblar los muebles: preferí quedarme quieto y aguardar. "No saldrás vivo de aquí, hijo de.....," bramó, exasperado; y se echó sobre mí como embravecida fiera. La gravedad de la emergencia me devolvió cierta dosis de sangre fría. Saqué mi revólver, y

dije á Malva: "¡Señorita, contenga usted la furia de este salvaje, porque no respondo de lo que pueda suceder!" Hice los puntos, con mi arma, á Arnaldo, y le manifesté rotundamente que estaba resuelto á salir á toda costa, aun pasando por encima de su cadáver. Malva, á su turno, pretendió inutilizarle los brazos; pero él, de una sacudida, la echó á rodar por el suelo... Yo, entretanto, describía un semicírculo, cuyo centro era él, manteniendo siempre la puntería de mi revólver. Hubo un momento en que creí la situación salvada: la fiera se calmó, cruzó los brazos, me miró con unos ojos que parecían lanzar saetas de fuego. Bajé el arma, y dí un brinco hacia la puerta. Pero él, más veloz que el rayo, interceptó mi salida, y asesándome dos puñetazos feroces, me tendió de espaldas en medio del aposento. ¿Qué extraño síno perseguía á ese pobre artesano, que lo obligó á embestir con insensata ceguera, contra el peligroso antagonista que era yo para él en ese instante? Se ha hablado mucho de un suicidio: en realidad, no puede darse otro nombre á aquella acción descabellada. Yo tenía entre mis dedos el revólver armado: estoy seguro de que el novio de la señorita Logrosán oprimió el gatillo. Un segundo de reflexión, un rayo de luz en la lobreguez de ese cerebro, y José Arnaldo viviría, sería hoy feliz junto á una digna esposa. No hubo luz, no hubo reflexión, sino ofuscamiento, furor de alma hambrienta, incurable locura...

—¡Y todo porque un caballero de posición social, se creyó con derecho á los encantos de una pobre niña desamparada!

—Sea... sea, repuso Vanderpint; pero usted convendrá conmigo en que la fatalidad tuvo la culpa...

—¿La fatalidad? Nó... la fatalidad no existe: todos los actos humanos están unidos entre sí, por un misterioso vínculo indestructible; todos, por insignificantes que fueren, repercuten más allá de la persona, de la familia, en la sociedad entera.

—Tal vez tenga usted razón, pero... prosigo. En ese minuto de extremada angustia, tuve la suficiente presencia de ánimo para gritar á Malva: "¡Señorita, este hombre está loco, se va á matar sin que yo pueda impedirlo!" Declaro á usted solemnemente, que nunca tuve el propósito de ultimar á ese mozo, de herirlo siquiera. Estoy cierto de que el tiro mortal salió por obra suya, que él fué el autor de su propia muerte... Cuando Arnaldo cayó para no levantarse más, mi primer pensamiento, en el desbarajuste de mis sentidos, fué huir á toda prisa del teatro de mi espantosa hazaña. La prudencia, con todo, me inspiró ciertas precauciones, absurdas, en su mayor parte, como ese billete que escribí en una hoja arrancada de mi mamotreto, disimulando la letra. Más tarde, en mi casa, al meditar sobre los incidentes de la lucha, reconocí que debí dejar el

revólver al lado del occiso, para hacer verosímil la aseveración del billete; observé también que faltaba un pedazo á la pretina de mis pantalones, y me vino el vago recuerdo de que, entre los dedos de mi víctima, había un girón de tela negra... Antes de abandonar el cuarto de Malva, yo había extinguido la luz. La niña había desaparecido; creí que habría ido á buscar policía, y bajé la escalera, apresuradamente. En el último peldaño tropecé con un bulto... Abrevio, era el cuerpo de Malva. Me convencí de que la joven sólo estaba aturdida; no era el momento de mostrarse serenamente humanitario, la dejé encomendada á la bondad de Dios...

—Pero, interrumpió Sancta-Cœli, ¿por qué no pidió usted socorro? le habría sido fácil explicar el accidente.

—¡Y el escándalo! exclamó Vanderpint, en son de protesta.

—Ah, sí, ¡el escándalo, las apariencias, la opinión pública! La vida de una inocente muchacha está en peligro, y usted no piensa sino en su respetable nombre... ¡qué extraña complexión moral!

—¡Ya quisiera yo ver á usted en tamaños aprietos! replicó Horacio, con sorna... En tales casos, no hay más consigna que la de salvarse. Usted sabe lo que sobrevino, un breve sumario, y el sobreseimiento temporal que me devolvió la tranquilidad perdida... Y ahora, júzgueme usted en la rectitud de su conciencia.

—Dios me libre, contestó Fabió, Dios me libre de censurar defectos ajenos; tengo los míos y hartos me pesan. Desde el fondo de mi alma, con todo, le digo á usted que ha obrado mal, que no merece el sublime perdón de dos nobles mujeres, que por usted han padecido.

—¿La madre de Arnaldo y Malva Logrosán?

—Ellas perdonan... porque son cristianas.

—Yo no lo soy mucho; .. sin embargo, pediré para ellas todas las bendiciones del cielo.

—Esto de ser cristiano, observó Sancta-Cœli, tiene también su utilidad. Imagínese usted á esas dos mujeres, herejes, incrédulas, ateas... inverecundas cual usted... estaba usted irremisiblemente perdido...

—Es de lamentar que la religión y la política no se hermanen, opinó Horacio. Pero ¡vaya usted á aconsejar á un hombre público que ame á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismo! Nosotros nos amamos á nosotros mismos sobre todas las cosas, y al prójimo como... á los *bisteques*, ¡para comérnoslo!

La entrevista había terminado, Vanderpint se levantó:

—Seamos amigos, señor de Sancta-Cœli.

Fabio vaciló, por espacio de unos pocos segundos. El problema de su propia felicidad estaba envuelto en la respuesta que habría de dar al diputado. ¡Seamos amigos! Era la voz de la tentación que señalaba al joven una nueva aurora en

su existencia, el pálido anuncio de una jornada de ventura y de inefables alegrías.

Él ya había ¡arrojado los dados en el tapete de la suerte: *¡Alea jacta!*

—¡Amigos somos! contestó á su turno, con resolución, con vehemencia, expresando esa sencilla frase cual si fuera un reto, lanzado á la faz hipócrita del Destino.

Se retiró con el corazón henchido de alborozo. Había plantado la bandera de victoria en las almenas del torreón de su dama; ya podía preguntar á la muda imagen del abuelo:

—Estás contento de mí, Fabius Cunctator?

Al acercarse á su casa le acometió una inquietud: ¿á qué precio iba á pagar tanta dicha? En la embriaguez del triunfo, no había parado mientes en los destrozos del combate. Pirro, en la antigüedad, también ganó batallas; ¿sería él acaso un nuevo Pirro?

Su hogar estaba silencioso, oprimido por una tranquilidad de tumba. Él sintió que se extinguía su entusiasmo. ¿Por qué no estaban ahí Malva y doña Dolores? Habían salido, tal vez.

En el fondo de un cuarto oyó sollozos sofocados.

—¡Dolores! gritó Sancta-Coeli, en un arranque de instintivo pavor.

No hubo respuesta; los sollozos se convirtieron en desgarradores gemidos.

—Por amor de Dios, señora, ¿qué le pasa? interrogó Fabio nuevamente.

—¡Malva!... Malva! balbuceó la madre de Arnaldo.

Sí, Malva... ¿qué es de ella?

—En... en la... ¡cárcel!

La pobre mujer no dijo más; un hipo histérico le paralizaba la voz, hacía estremecerse todas las fibras de su cuerpo adolorido.

—¡En la cárcel! repitió Fabio, aterrado, lelo, estúpido. Le parecía que, en sus venas, toda la sangre se había congelado de repente, que su corazón no palpitaba, que él iba á quedarse muerto en ese sitio.

Sacudió los brazos, para convencerse de que su voluntad aún conservaba alguna energía, y murmuró:

—Refiérame, Dolores, cómo se ha perpetrado este abuso...

—Hay un papel... sobre la mesa, replicó la anciana, á costa de un terrible esfuerzo.

Efectivamente, sobre una mesa, había un pliego de grandes dimensiones. Sancta-Coeli lo tomó, exhaló un ¡ah! quejumbroso, y permaneció largo rato meditabundo...

En una esquina del pliego había un membrete, concebido así: SECRETARÍA DE "LA UNIÓN FRATERNAL".





CAPÍTULO XVII

Clara

Los Tordoyas poseían una casita de campo en Cartagena. Ahí había pasado Clara la precedente estación de los calores.

La invasión burguesa de la metrópoli aún no había convertido ese delicioso pedazo de costa en lo que debía ser más tarde, una vulgarísima sucursal de la Plaza de Armas. Era un sitio encantador, á la vez marítimo y agreste, no mancillado por mundanal bullicio, virgen de la sacrílega huella de los que piden á las maravillas de la creación, no la purificación y santidad de los sentimientos del alma, sino la hartura de los apetitos del cuerpo.

Sin embargo, á la sazón empezaban á aparecer

síntomas desconsoladores de una inminente irrupción de santiaguinos. Clara se había estremecido de indignado despecho, cuando don Pablo, repitiendo lo que por ahí se susurraba, le había anunciado la probable, próxima instalación de un *hotel*. Ella se había acostumbrado á considerar aquellos dominios, la tierra, el cielo y el mar, como cosa suya; se imaginaba ser heredera de aquel Robinsón solitario que se declaraba rey de cuanto abarcaba su vista. Un *hotel*, una hostería! No podía Dios permitir semejante profanación!

Al emprender viaje á Cartagena, alentaba á Clara la esperanza de que en ese lugar poético y desierto, en íntima comunión con los esplendores de la naturaleza inmaculada, ella lograría olvidar á Fabio para siempre. Después de su última entrevista con el joven arquitecto, en uno de esos cuartos de hora de frío raciocinio que suelen tener las cabezas más ardientes, Clara había resuelto hacer honradas tentativas para expulsar de su pecho la adorada imagen del ingrato.

Y había acelerado el instante de su viaje á la costa.

Los primeros días, respirando una atmósfera sana y pura, entregada á los higiénicos placeres que absorbían la mayor parte de su tiempo, casi pudo jactarse de haber conseguido sobre sí misma la anhelada victoria. Lejos del ambiente opresor de la ciudad, su espíritu se fortalecía, en presencia de las bellezas naturales de su apartado

retiro, oyendo esas voces mudas que inmaterializan lo creado, y cuyo sentido misterioso y profundo hace estremecerse el corazón. En sus correrías al través de los campos floridos, en sus visitas á las cabañas de los labradores, amigos suyos que la veían llegar como una aparición celeste, se adormecía en su alma toda sensación que no fuera de arrobamiento y exquisita felicidad. Temprano por la mañana empezaba sus excursiones campestres, á caballo, sola. Verdaderamente era una hija de Robinsón, que visitaba el territorio de su imperio. Los capataces á quienes encontraba en su camino, veían pasar, llenos de admiración, su arrogante apostura, y en esas muestras de admirativo respeto, el alma de ella bebía infinito deleite.

Así, se esforzaba por sofocar toda resurrección de sus pasados amores, en un recrudescimiento de entusiasmo por su existencia nueva.

Pero la soledad es compañera traidora. Demasiada distancia separaba su bien cultivado intelecto, del trivial sentido práctico de sus mayores, para que hallase en el comercio espiritual de ellos algún halago. He ahí porqué prefería andar constantemente sola.

Una tarde, después de un día de bienhechoras fatigas, se había sentado al lado afuera de la casa de campo, á contemplar la apoteosis del sol poniente. Próximo á hundirse en la opuesta orilla del mar, el enorme disco del astro parecía dila-

tarse, diluirse en el horizonte, en medio de un coro de nubecillas cárdenas, inflamadas á su amoroso contacto. Y luego la pura línea del horizonte se desvanecía también, consumida en la inmensa hoguera. Era un colosal incendio de oro y sangre, que amenazaba á todo el universo con una conflagración pavorosa y magnífica. Electrizada, aturdida por la indescriptible esplendidez del espectáculo, Clara había perdido la noción de su propio existir: ella también, transformada en nubecilla de fuego con ribetes de oro, había acudido á formar en el séquito rutilante del astro rey.... Lentamente, los incomparables arreboles fueron palideciendo, el corazón de las nubes se tornó plomizo, más y más oscuro, y sólo el fino ribete de oro brillaba en sus bordes, última despedida del sol agonizante.

La brisa empezaba á ponerse fresca, y tan ferrosamente repercutió en el pecho de la joven ese cambio de escena, que ella experimentó ansias de ser la lejana, encumbrada nube, que podía acompañar al sol más allá del alcance del ojo humano, hasta verlo perderse en las sombras cenicientas del crepúsculo.

Entonces, como cuerpo vacío de sangre, el espacio, vacío de luz, asumió un tinte lívido, tétrico, mortal, que imprimió en el corazón de Clara un intenso matiz de melancolía. Y el recuerdo de Sancta-Coeli acudió á su memoria con tiránica fiereza, hostil, indestructible, como la hidra de

la fábula. ¿No era otra vez Albemar ese sol resplandeciente que huía veloz hacia otros mundos, abandonándola á su negra, espantosa soledad?

—¡Es imposible... imposible que yo olvide á ese hombre, exclamó la niña: sería preciso arrancarme los ojos, el entendimiento y el corazón!

Desde ese momento, las voces mudas del mar y de los campos, esas voces misteriosas que hablan al alma con insinuante cariño y dulzura, no entonaban á oídos de ella sino el himno eterno de amor. Las olas, la playa, los arbustos, las cigarras escondidas en los amarillentos trigales, las rústicas avecillas, formaban una sinfonía fantástica, cantada en loor de Fabio. Era una canción á la vez sublime y majadera, que alimentaba la desesperación de la joven, azuzando la lucha entre su amor y su despecho. En vano lanzaba ella su caballo en carreras locas, al través de breñas y matorrales; en vano buscaba conversación á los campesinos, interrogándolos sobre sus faenas, sobre su vida útil, benéfica, ignorada. La dicha inconsciente de esas pobres criaturas, no era ya comunicativa como antes; al contrario, ella la consideraba ahora estúpida y brutal.

Una mañana, al bañarse, la niña se sumergió en el agua totalmente, y permaneció ahí hasta que no pudieron más sus pulmones. Y al volver á respirar el aire húmedo y fresco, se hizo á sí misma esta singular pregunta: ¿Sufriría mucho si me ahogase?

Otra vez tuvo un antojo: quiso ir de pesca, en la barca de uno de los pescadores que, al caer la tarde, aparejaban sus embarcaciones y sus redes. Don Pablo, á pesar de la gritería de su esposa, siempre solícito á las exigencias de su hija Clara, se opuso, con todo, á aquella peregrina tentación. Pero, como cualquiera resistencia no hacía sino enardecer la imperiosa voluntad de la joven, su indulgente padre se resolvió á acompañarla.

Ella y don Pablo salieron á tender redes, con los pescadores.

La mar estaba crespá, como cabellera de africano, á pesar de que no era impetuosa la brisa. La áspera superficie arañaba el vientre de la embarcación, la cual, distante ya de la playa, empezaba á balancearse rudamente, á impulsos de una marejada invisible. Don Pablo, que en opinión del jefe del bote, no tenía *pie marino*, murmuraba de un modo tan cómico que Clara se reía á carcajadas, estimulando así la impaciencia de su tímido progenitor. De nuevo tuvo ella el extraño pensamiento: ¿Si me ahogara, sufriría mucho? Y dijo á su padre:

—¿Quiere que me eche al agua, papá? Usted, que náda divinamente, me pesca, en seguida. . . .

—¿Estás loca? prorrumpió don Pablo, en tono brusco.

Y ordenó al barquero que pusiera la proa á tierra.

Pero ella se opuso: quería pasar ahí la noche, hasta el alba, para ver rastrear las redes.

—¿Y tu madre, hija mía? observó don Pablo con ternura.

Cierto, pensó Clara; no era justo causar á su madre tanta inquietud.

Y accedió á las súplicas de su padre.

Pero, apenas empezaba á despuntar el día, la joven, que no había pegado los párpados, abandonaba su aposento, se dirigía á la ribera y obligaba á un pescador que ponía á flote su chinchorro, á llevarla consigo. . .

Estas distracciones no proporcionaban á su corazón sino un alivio pasajero. Tan pronto como se veía á solas consigo misma, el recuerdo de Fabio acudía implacable á su mente, la envolvía en una bruma espesa, que ella hacía inútiles esfuerzos por disipar.

El otoño despojaba á la campiña de sus brillantes ropajes; los árboles medio desnudos empezaban á tiritar de frío. Clara dijo á don Pablo:

—Ya es hora de regresar á casa, papá.

Mujer enérgica y resuelta, había imaginado un plan de conducta para eludir las torturas que sufría. ¡Á Santiago, sí, al campo de batalla!

Una vez frente á su espejo, al levantarse, había formulado solemne voto, de combatir por su ventura, de morir ó de vencer.

—Me desdeña, me desprecia, había exclamado: con todo, ¡me conceptúo digna de su estimación y de su afecto! . . . Y había añadido, haciendo un ademán trágico: ¡Lucharé! . . . ¡Venceré!

Había ideado un pequeño plan de persecuciones, no solamente contra el ser idolatrado, sino contra todo el mundo. Iba á volverse tosca, intransigente, intratable; iba á hacer pesar sobre propios y extraños las consecuencias de su legítimo furor.

Ahora no buscaba pretexto alguno para olvidar á Fabio de Sancta-Cœli. ¿No estaba convencida de la absoluta ineficacia de todos los pretextos posibles?

Se echó á pensar en el arquitecto, con vehemencia rabiosa. Su vida tenía ya un objetivo preciso: acercarse á Fabio más y más, atraérselo, conquistarlo, aun cuando ella hubiera de levantar montañas.

De regreso á su casa de la capital, se había puesto á bordar en estameña un retrato suyo, para ofrecérselo á Sancta-Cœli el día del santo de éste. Ignoraba cuándo sería ese día; no le faltaría la manera de averiguarlo.

Un socio de la "Unión Fraternal", bastante aventajado colorista, trazó en la tela un bosquejo de la imagen, para servir de guía á la labor de aguja. Clara pasaba muchas horas diarias en esta interminable tarea. Los puntos eran tan chiquitos, que el bordado parecía obra de infusorios.

Estaría el retrato á medio hacer, cuando Castorín Silvela acudió á dar cuenta á la joven, del programa de la próxima tertulia de la Unión.

Ella escuchó atentamente, y, luego que Castorín hubo concluído, le contestó:

—He resuelto no tomar participación alguna en esa fiesta.

Silvela, que conocía la obstinación de Clara, frunció el ceño, y advirtió que la fiesta no estaría muy lucida. Trató de disuadir á la joven de su abstención inexplicable; pero ella no quiso ceder: era inútil molestarla para arrancarle un consentimiento que no daría.

Cuarenta y ocho horas después se presentó Pantoja, tembloroso, azorado. ¡Cómo, la señorita Clara eludía su imprescindible cooperación! ¡qué calamidad, qué contratiempo! ¡Y él, que había escrito expresamente para ella su juguete bufo, *Las Delicias del Matrimonio*; él, que había puesto sus cinco sentidos en la composición del papel de la dama, adaptándolo, en la medida de lo posible, al carácter de la linda actriz que lo debía desempeñar!

—Señorita Clara, tenga usted piedad de mí... ¡Si usted no acepta, soy hombre perdido!... La crítica se ha apoderado de mi futura comedia; note usted que están en juego mi reputación... y mi gloria!

Ella rehusó, porfiadamente. ¿El señor Pantoja iba á padecer mucho, verdad, con el fracaso de su producción dramática? Pues, sería un infortunio pasajero... ¡Ella, en cambio, tenía penas mayores, penas inconmensurables, infinitas, al lado de

las cuales las del señor Pantoja eran dignas de burla y desprecio!

El infeliz autor rogó, lloró, se arrodilló, desesperado. Ella, á cada insistencia, respondía: Nó... nó... y nó, en implacable *crescendo*.

—Pero, señorita Clara, una razón siquiera, ¿una sola!

—¿La razón? Porque no quiero, y ya está!

Pantoja se vió en la situación de un condor, que perdiera, de un golpe, ambas alas, mientras se cerniese orgulloso en los espacios. De tan inmensa altura cayó, y tan de repente, que ni sintió el dolor de la caída: ¡se había desvanecido en el trayecto!

Desvanecido, atontado, anonadado, se retiró sin despedirse... y sin sombrero. Clara, que no había apartado la vista de su labor, ni dejado de mover la aguja, advirtió la distracción de Pantoja cuando éste serpenteaba por la acera, á media cuadra de la puerta de calle. Y ella misma salió á llevarle el sombrero.

—Usted me mata, señorita Clara, dijo el atribulado dramaturgo: ¡Usted me... asesina!

La escena, con ligerísimas variantes, se repitió cuando vino el director de la orquesta, que había compuesto una barcarola: *Chiara Luna, dedicata alla signoritta Chiara della Tordoggia*.

Clara agradeció el obsequio, mas no cantaría la romanza, con motivo de no poseer el italiano.

—El título está en italiano, contestó, con des-

fachatez, el artista; pero la letra está en español excelente. Escuche usted:

Las auras fecundas, que besan, sutiles,
Los llanos cerúleos, preñadas de amor...

—Basta, basta, señor Rosapelli, exclamó, riéndose, la niña: ¡eso ya no es español, sino griego para mí!

El señor Rosapelli, que había aprendido la lengua de Dante, desde el gallinero del Teatro Municipal, cogió su abollada, antiquísima chistera, y se marchó profiriendo imprecaciones.

La signoritta della Tordoggia estaba incognoscible, toda cambiada, toda trastornada: ¡era otra persona enteramente!

No fué más feliz el profesor de baile. Había inventado una nueva figura de *cotillón*, un prodigio de ingenio y de elegancia.

—Va á ver usted, señorita...

—Tenga usted presente, don Flori—el profesor se llamaba Floripondio—tenga usted presente, intercaló la hija de don Pablo, que yo no iré á los bailes, este invierno.

—¿Y quién dirige el cotillón? prorrumpió don Flori, abriendo tamaños ojos, con el acento enfático de un general que pregunta á sus batallones indecisos: ¿Y quién, entonces, salvará el honor de la patria?

¿El cotillón? repitió la niña: Pues, Arabela de la Angostura.

Esa Arabela no había aprendido jamás, ni siquiera á zapatear la *polka*, y si bien la adornaban recomendables virtudes, don Flori la tenía en poca estima por aquella futilísima causa.

—Es que usted no sabe la figura, insistió el profesor.

Y de un envoltorio que había depositado sobre una silla, extrajo dos objetos que hicieron proferrir á Clara:

—¡Que lindo, don Flori, qué maravilloso!

—¡Ya... ya... ya le va gustando! repuso el profesor jovialmente.

Y, estimulada su vanidad de maestro, sacó de su faltriquera un papel, se ajustó las antiparras, y empezó á leer así:

LOS POSTILLONES

Gran figura de cotillón.

«Se necesitan, como accesorios, dos enormes dados de cartón, de seis caras, forrados con raso de seis colores distintos, verde, carmesí, amarillo, azul, morado y blanco,—un color por cara,—aquí los tiene usted, señorita. Las pintas,—como usted lo nota,—están figuradas con rodela de papel dorado. Además se requieren treinta cintas de seda, de aquellos dos colores apareados, cada una;—usted sabrá que seis colores dan treinta combinaciones, de dos en dos.—Las treinta cintas lle-

van, cada cual, doce cascabeles, y se destinan á los caballeros. Hay también otras treinta cintas, iguales á las primeras, pero sin cascabeles, destinadas á las señoras. La que dirige el cotillón,—usted digamos,—se coloca en la testera de la sala y distribuye las cintas sin cascabeles. En seguida se acercan á ella los caballeros uno á uno, y en su presencia voltean los dados: según los colores que aparezcan en la cara superior, se entrega la cinta adecuada, y el que la recibe sale en busca de su compañera, que ha de ser la señora provista de la cinta igual. Cuando los dos dados muestran un mismo color, ó una combinación ya conocida, la operación se repite... Los caballeros se atan la cinta en el brazo izquierdo; las damas, la suya en el derecho, y empieza el baile. El número de pintas que arrojen los dados, significa el número de vueltas del salón. En cuanto á música, durante los preparativos, el *ballet* de *Roberto el Diablo*; para la danza, vales de Strauss y de Waldteuffel. En fin, el movimiento cadencioso de todas las parejas juntas producirá la ilusión que justifica el nombre de la figura: *Los Postillones*. . . .

—Muy lindo, don Flori, requetelindo, aplaudió Clara: pero yo... este año, no bailaré... Conque, vaya usted á golpear á otra puerta con sus dados... y sus cascabeles.

Don Flori, gracioso por instinto y por oficio, se puso á mirar debajo de las sillas, de los muebles...

—¿Qué busca, don Flori? interrogó Clara, sonriéndolo.

—La persona que acaba de contestarme, repuso con seriedad el profesor: no es usted, ¡no puede ser usted!

Clara habló formalmente: no bailaríase ese invierno; era una decisión suya irrevocable.

Y don Flori, irritado al fin, recogió sus dados, los envolvió, y salió tartamudeando:

—¡Esta muchacha ha perdido el seso!

La negativa de Clara, de tomar parte en las fiestas de la Unión, adquirió luego las proporciones de una catástrofe. Solís, notificado de esa recalcitración absurda, se encargó de hacer entrar en vereda á la rebelde artista descarriada.

Dió á su fisonomía toda la dureza de que ella era susceptible, y fué á decir á la joven, que lo escuchaba, atónita:

—He sabido que te niegas á contribuir con tu talento al brillo de la próxima velada de la Unión; perfectamente. Mas te prevengo que tu actitud va á causarte grave perjuicio en el concepto de los que, junto con admirarte, te quieren y te estiman. ¿Á qué se atribuirá tu resistencia? ¡Al despecho amoroso!... Clara, tú te mueres por Fabio, y eso lo sabe todo el mundo...

—¡No me lo nombre! profirió la niña, haciendo un gesto teatral: ¡no me lo recuerde!

Algo le quedaba de la mímica escénica, en su trato de la vida diaria, y eran uno de sus ele-

mentos de predominio, esos ademanes que el estudio había incrustado, por decirlo así, en su modo de ser habitual.

—Fabio es un excelente sujeto, insinuó Solís.

—¡Pero no me quiere, y con todas sus cualidades, lo abomino!

—¡Bah! jóvenes hay en la sociedad que tanto valen!

—Esos... me son indiferentes.

—¿Y con tu despejada inteligencia, arguyó Ruperto del Carmen, no se te alcanza el mal que haces y el ridículo papel que representas? Alborotar á toda la Sociedad, porque existe en el globo terráqueo un hombre que no se rinde á tus hechizos... ¡francamente!...

—¡Pues mire usted, interrumpió Clara, yo por Fabio no sólo alborotaría á la Sociedad, sino á la ciudad, á la comunidad, y á toda la humanidad! Mi furor no conoce límites, no hay quien pueda ponerle freno, ¡y hago responsable de él á todo bicho viviente!

—Clarita... Clarita, tú vas á pasar á la casa de Orates, uno de estos días.

—Nó, señor, mi cabeza está sana y firme; lo que está enfermo es el corazón.

—Tus amigas se burlarán de tí...

—Que se burlen.

—Vas á perder tu soberanía...

—Que se pierda.

—En la primera reunión, te hago una jugada.

Te denunciaré públicamente como víctima de un amor mal correspondido. Sé de muchas que se divertirán con la historia.

—¿Quiénes se divertirán? prorrumpió Clara: los marimachos, las envidiosas... Pero, añadió, haciendo un gesto soberbio, ¡no se reirán de mí las que saben lo que es amar!

—¿Por qué no te casarías conmigo, chiquilla? advirtió en tono de chanza, Ruperto del Carmen.

—Viejo... indecente, repuso ella, con un movimiento de labios, desdeñoso.

—No hay más que ver, declaró Solís, meneando la cabeza: el día menos pensado te conducen á la calle de los Olivos... Pero, hablemos seriamente.

—Eso es, aprobó Clara, hablemos seriamente... hablemos de Albemar.

—Tu Albemar está dando bastante que hacer al Directorio.

—¿De veras, papá? exclamó la joven, que solía dar al presidente ese título afectuoso: refiérame la cosa, todo lo que concierne á Fabio me interesa muchísimo.

—No, hija, ya te he dicho demasiado; esos no son asuntos de muchachas como tú.

—¡Pa... pá, suplicó Clara: usted sabe que soy la discreción hecha mujer!

—¡No podía elegir la discreción un disfraz más acertado! repuso el presidente, en tono afable. Y agregó: No se trata, por cierto, de actos que deshonren á Sancta-Cœli, ¡ah, nó! Tú debes de co-

nocer el éxito de sus pesquisas, en ese maldito proceso...

—Mi padre me ha dicho, justamente...

—Pues bien, Sancta-Cœli, que es un dechado de caballería andante, abriga ahora sus escrúpulos para acelerar la solución de la causa.

—¡Escrúpulos! replicó la joven, mientras chispeaban de curiosidad sus ojos.

—Sí... La persona comprometida en aquel desgraciado... accidente,—ya que no puede llamársele delito,—es miembro de una respetabilísima familia, y nuestro amigo sostiene que sería una infamia hacerlo abiertamente responsable de su imprudencia.

—¡Ah! dijo la niña, con estupefacción tan profunda, que sus mejillas palidecieron.

Medió un breve rato de silencio, y Clara añadió:

—Esa mujer que Albemar ha encontrado, esa testigo ¿por qué no declara ante la justicia?

—No sé, respondió Solís, pensativo... Sancta-Cœli me ha dado á comprender que la declaración de Malva era de todo punto favorable al acusado...

—Y ustedes, protestó la joven con energía, ustedes, los del Directorio, sabedores de lo que ocurre, no han dado aviso al juez del crimen, á fin de que la Logrosán sea reducida á prisión!... ¡Mientras viva bajo la tutela de Fabio, ella declarará lo que á él se le antoje... ¿Y ustedes no

han visto eso?... ¡Cuánta negligencia! ¡cuán im-
perdonable descuido!

—Fabio representa á la Sociedad, objetó Ru-
perto del Carmen, arrepentido, aunque en hora
tardía, de haber hablado tanto.

—Esa representación puede cesar, debe cesar,
observó Clara, con vehemencia insólita: sólo un
Consejo de topos, cual es el que usted preside, ha
podido desconocer el amargo conflicto en que
Albemar se encuentra. Es tan abnegado, tan cir-
cunspecto, que no se ha atrevido á renunciar á
una misión que lo abruma, que no es para su ca-
rácter caballeroso i altivo... Pues, mire usted, yo
había previsto lo que hoy pasa, y al mismo Fabio
le advertí en otro tiempo: "¡Cuando usted descu-
bra al culpable, lo salvará!"... Oh, Solís, usted
que considera á Sancta-Cœli un espejo de an-
dante caballería, ¿cómo pudo paralogizarse hasta
ese grado?

Ruperto del Carmen carecía de la penetración
suficiente para medir la sinceridad de las pala-
bras de Clara; tan sólo le sorprendió su irresisti-
ble lógica, y repuso:

—He tenido esa misma idea; no la he pro-
puesto al Consejo por no agraviar a Fabio...

—Al revés, protestó Clara vivamente: le harán
ustedes un verdadero favor. Es preciso aliviar á
Fabio de esa pesada carga, sin demora. Yo insi-
nuaré la medida á mi padre, á Silvela, á mis
amigos del Consejo, hoy mismo, si es posible.

—Yo también la defenderé, contestó Solís. Clara se sonrió misteriosamente.

—¿Sabe usted, dijo, en voz baja, sabe usted quién sería el mejor sustituto de Albemar?

—¿Quién?

—Silvela.

—Tu presunto novio.

—Lo aborrezco, y no me disgustaría verlo encajado en ese lío.

—¡Qué mala eres! exclamó Solís, ¡qué mala! Quieres vengarte de un pobre mancebo, cuya sola culpa es la de estar perdidamente enamorado de tu bonita máscara. Pero... ¡te vas á lucir si Castorín rehusa!

—Pierda usted cuidado, no rehusará.

—¿Sabes que eres un diplomático de primer orden...?

—Nada de lisonjas... Está convenido que Castorín reemplaza á Fabio. Usted propone la idea como cosa suya.

—¡No faltaba más que la propusiese como tuya! Dirían que el presidente de la Unión tiene una ninfa Ejeria que lo induce á hacer lo que á ella le da la gana! Y á fe que son famosas tus ocurrencias, chiquilla. Bien dicen que la verdad sale á menudo de boca de los... inocentes.

Solís cogió su sombrero.

—¿Cuándo lo veré, papá? preguntó Clara, cariñosamente. Y sin esperar respuesta: El Directorio, agregó, se reúne mañana por la noche; vén-

gase usted á comer con nosotros pasado mañana, y nos referirá lo que hay de nuevo.

—Justo... hasta pasado mañana. Naturalmente, en pago de mi complacencia, tú irás al concierto de la Unión, como de costumbre... ¡Si era una niñería indigna de tí!

—Veremos... veremos, contestó Clara. Entretanto, si se topa con Silvela, anúnciele que está igualmente invitado... pero que venga á verme antes.

—Te echaré también á Rosapelli, á don Floripondio y á Pantoja... debes una reparación á esos dignos artistas.

—Como usted guste.

El presidente salió. Clara cerró la puerta de su saloncito y dijo para sí:

—¡Los hombres son todos unos necios!

Solís se retiraba con la conciencia satisfecha. Creía haber conseguido una victoria: Clara no negaría ya su cooperación á las fiestas de la Unión Fraternal, era lo importante. Ahora, ¿á qué precio había obtenido esa victoria? Sacrificando el amor propio de Fabio. Pero al mismo tiempo lo salvaba de un doloroso compromiso; las observaciones de Clara á este respecto eran la serena voz de la cordura. ¡Cuanto más perjudicial no habría sido enajenarse la adhesión de la joven, cuyo influjo en la Sociedad era inmenso, no tan sólo por sus dotes intrínsecas, sino por la notoria situación social de sus padres y de sus numerosos amigos!

Si el presidente hubiese examinado más de cerca esta argumentación acomodaticia, habría deducido claramente que lo que le instigaba á sacrificar el amor propio de Fabio, era el instintivo deseo de dejar á salvo el suyo. ¿No había prometido á los organizadores de las fiestas arrancar á Clara su consentimiento, á toda costa?

Clara convenció á Silvela, sin esfuerzo, de que debía aceptar el cargo quitado á Sancta-Cœli. Era un favor personal, que ella le pedía, y Castorín, que, por satisfacer un capricho cualquiera de la joven, hubiera recorrido el mundo á pie y sin zapatos, se puso á su disposición incondicionalmente. Dos días después recibía Clara una esquelita, por la cual, en términos galantes, Silvela le anunciaba que el juzgado había recibido sus poderes, y que Malva Logrosán estaba presa.

Clara se asustó de su rápido, inesperado triunfo; pensó con tristeza en Albemar, y se sobrecogió su corazón ante la duda de si su intriga no habría causado á aquél un daño irreparable. Ella no podía desconocer que los celos habían sido móvil muy principal de sus recientes acciones; sabía que Malva era guapa moza, y ella, Clara, le envidiaba la dicha de vivir junto á Fabio, de comer en su mesa, de respirar la misma atmósfera que él.

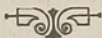
Leída la esquila de Castorín, exclamó:

— ¡Qué importa! ¡Está empeñado el combate; ya no hay manera de volver atrás!

Como en otro tiempo en la playa de Cartagena, con el mismo vehemente gesto dramático, declamó, frente al espejo que adornaba una de las paredes de la estancia:

—¡Lucharé!... ¡Venceré!

Y el cristal, por toda respuesta, reprodujo el esplendor de su hermosura luminosa y triunfante.





CAPÍTULO XVIII

La mano del Destino

Solís escuchaba á Fabio con atención contrita. El joven arquitecto le pintaba vigorosamente sus angustias, sus noches de insomnio, sus días de fiebre y desasosiego, desde aquel en que recibiera, aterrado, la noticia de la prisión de Malva, hasta aquel otro que viera triunfar su abnegación, constancia y valentía, con Malva libre, y Horacio Vanderpint redimido. Ese acuerdo de los Directores de la "Unión Fraternal", que lo privaba de su mandato en el proceso, había traído inútiles complicaciones, consecuencias torpes y crueles. ¿Cómo se había atrevido Solís á estampar su firma en aquella nota injusta, de sentido profundo y de vasto alcance, á pesar de la aparente cortesía y moderación de su texto? ¿Acaso se dignificaba

una institución democrática, enamorada de nobles ideales, con procedimientos que eran la negación de su espíritu, de sus doctrinas, de su normal conducta? El hecho mismo de haberse designado como sustituto á Silvela, de sus enemigos el más hipócrita y porfiado, ¿no era ya un acto manifiesto de hostilidad y desconfianza? ¿Á que venían, entonces, con agradecimientos engañosos? Él no los aceptaba, los desconocía, los rechazaba como gratuita, inmerecida ofensa. Pero la misma ineptitud, cómicamente audaz del sustituto, le había servido á él, Fabio, como aliada y como amiga. Silvela se había mostrado extravagante é irrespetuoso con el juez de la causa, se había arrogado atribuciones ajenas, había formulado ridículas pretensiones: que se le tomara preso á él, Sancta-Cœli, en calidad de cómplice; que se enviara á Malva á la Corrección, sin oírla. Extraviado un momento, el tribunal por poco no accede á tan estrafularias exigencias. Había sido precisa la intervención de Horacio Vanderpint y sus poderosas relaciones, para enderezar el proceso por la vía de la legalidad. Y, una vez decretado por la Corte el sobreseimiento definitivo, esa publicación anónima en la cual, artificiosamente, se designaba al matador de Arnaldo, sin dar su nombre, y que él había debido contestar bajo su firma, ¿quién la había autorizado? ¿Había sido estampada en *El Noticioso* con el asentimiento de los consejeros de la Unión, ó era sólo una de las pruebas de excesivo celo con

que se había distinguido Castorín constantemente?... Por fin, habían prevalecido la razón y la ley; pero, en el intervalo, ¡qué de zozobras, qué de incertidumbres y temores! Él había debido ir á golpear á muchas puertas, para abrir las de la prisión de Malva, implorar á Góngora, acudir al Ministro de Justicia, humillarse ante el propio Moscoso. Tanto suplicio, impuesto á seres inocentes, no podía olvidarse, ni permanecer sin represalias...

—¡Ah, Solís, terminó Fabio con amargura: mi pesar más grande, en medio de tan grandes pesares, ha sido el verlo á usted de auxiliar, inconsciente tal vez, ó involuntario, en la perpetración de semejantes abusos!

El presidente callaba, presa de un malestar indefinido; las protestas de Sancta-Cœli, le iban derechamente al corazón. Entretanto buscaba una respuesta, un argumento para sincerarse, nada se le ocurría, racional ó prudente, nada que algo valiera como explicación ó como excusa; y no había interrumpido una sola vez á Fabio, le había dejado soltar todas sus imprecaciones, de un tirón. Sin embargo, era preciso defenderse, para no otorgar, callando.

Al verlo silencioso y mohíno, Sancta-Cœli continuó:

—¿Qué me dice usted de todo esto? ¡Respóndame, siquiera, que no ha querido usted perjudi-

carme, que no he perdido la estimación y el cariño que siempre me ha demostrado!

—¡Oh, nó! repuso Ruperto del Carmen con vehemencia; yo me imaginé simplemente que contribuía á aliviarlo de un compromiso molesto; que su situación, después, sería más favorable. Y, en realidad, eliminando los justos motivos de queja que le asisten, creo que su situación frente á la Sociedad se ha despejado mucho...

—¿Cómo lo entiende usted? interrumpió, sorprendido, Sancta-Cœli.

—Usted, dijo el presidente, ya repuesto de su desazón; usted tenía un interés, que no discuto, en salvar la fama de don Horacio Vanderpint. Por otra parte, no podía su alma generosa traicionar la confianza depositada en usted por sus colegas; no podía usted honradamente defender al reo, y ser al mismo tiempo su principal, su único y legítimo acusador. Libre ahora de responsabilidades en aquel proceso, la conciencia de usted puede seguir el rumbo á que más se incline.

—No diga usted eso, protestó Fabio, en tono duro: usted se figura que mi sentido moral, solicitado por opuestas corrientes, podía permanecer indeciso; pues se equivoca: mi conciencia no sabe obedecer sino á las sugerencias del honor y de la justicia. Si Horacio Vanderpint fuese culpable, ningún interés humano—el joven acentuó esta

palabra—ningún interés humano sería capaz de retorcer mis sentimientos.

—Yo soy un hombre sencillo y sin doblez, observó Ruperto del Carmen, modestamente: no poseo la educación de usted, ni su alta filosofía; hablo tan sólo bajo el punto de vista práctico, y en este sentido le aseguro que la posición de usted en nuestro círculo, es hoy más ventajosa que ayer.

Estremecióse Fabio al oír esta declaración ingenua, y repuso:

— Con todo, gravísimas razones me inducen á separarme de la "Unión Fraternal"; á renunciar á los títulos, á las prerrogativas que tanto aprecio, de miembro de ella.

— ¡Se retira usted! exclamó, con profundo asombro, el presidente... Nó, amigo Fabio, añadió, no hará usted eso. No lo hará, porque, si bien nuestro humilde centro social nada añade á los merecimientos de usted ni á su gloria, usted es indispensable á la gloria, al progreso de nuestra Sociedad... Sería una deserción injustificable, una verdadera ingratitud, casi una cobardía... Cierto es que ahí tiene usted enemigos, en otra ocasión se lo he afirmado; pero sus amigos, en cambio, son los más y los mejores, lo puedo decir sin jactancia, pues me complazco en contarme en el número de ellos.

— Los más, los mejores... no los más fuertes objetó Fabio.

—Estas distinciones, arguyó Solís, son momentáneas. Cuando pase la epidemia política que aqueja al país, y, desgraciadamente, por contagio, á nuestra pacífica grey, ella volverá á ser indivisible y robusta, no para luchar contra sus propios hermanos, sino para combatir con ellos y por ellos.

—De aquí á entonces ¿en qué predicamento permanezco yo? dijo Fabio. Sé que los Tordoyas, entre otros, me persiguen, sobre todo mi amiga Clara...

—¡Clara! prorrumpió Ruperto del Carmen, con una estupefacción admirablemente fingida. Y agregó: Clara no sabe nada...

—Pero aplaudirá lo hecho, cuando deje de ignorarlo, insinuó Santa-Cœli. Recuerdo que há más de un año, departíamos ella y yo sobre la muerte de nuestro infeliz compañero y la misión que, con motivo de esta desgracia, se me impuso. Clara me amenazó con vengarse de mí si no cumplía mi deber, buscando al delincuente y procurando su castigo. Yo he cumplido mi deber, defendiendo á la justicia; y, si Clara tiene un corazón leal y recto, no puedo sino estar satisfecha de mi conducta.

Solís sospechaba lo contrario; mas, temeroso de que Sancta-Cœli insistiese en su anunciada determinación, replicó al punto:

—Sin duda... completamente satisfecha.

—¿Cree usted que Clara es mi amiga? dijo Fabio, después de un rato de silencio.

—Ella y sus padres, contestó Solís, tienen de usted un concepto muy elevado. El padre de Clara siempre espera que usted se decida. No há mucho, exclamaba, en mi presencia: ¡Cuánto se demora Sancta-Cœli en formular su petición!

Este recuerdo hizo sonreír al joven. Su interlocutor se puso á mirarlo de hito en hito; algo se le ocurría, algo fenomenal, estupendo. Sancta-Cœli era un excelente mozo; Clara de la Tor-doya, una maravillosa criatura; ¿por qué no haría él, Solís, una tentativa para aproximar uno á otro, esos dos séres? ¡Qué fuerza no resultaría para la "Unión", qué prestigio para su presidente, si tal proyecto llegara á realizarse! Clara no tendría nada que rehusar al artífice de su ventura, y Fabio sería feliz, existiendo tantas personas interesadas en que lo fuese mucho.

Ruperto del Carmen poseía una alma grande y buena; sin ser una perfección moral, precisamente, era él de la noble raza de los que gozan más con la ajena dicha que con la propia. El cumplimiento, empero, de su magnánima aspiración, exigía una iniciativa inmediata. Él sabía que Sancta-Cœli, atraído por las seducciones de la aparatosa sociedad, en cuyos umbrales ya había puesto el pie, habría de conquistarse, en ella, un puesto digno de sus virtudes, de su educación y claro talento. Las muchachas se disputarían sus favores; él podría aspirar á las alianzas más ventajosas y honorables. Necesariamente, en tal con-

jetura, la "Unión Fraternal" habría de pasar al segundo plano, quizá dejar de existir del todo para el corazón del joven... ¡Ah, nó, eso no debía ser, mientras el presidente de la "Unión" estuviese ahí para evitarlo!

Solís empuñó toda su energía, y alentado por la grandiosidad de la obra que proyectaba, dijo al arquitecto:

—Es usted muy ingrato, amigo mío, ingrato con Clara, y con los Tordoyas: ¿por qué no los ha ido á ver? Sensible sería que lo creyesen á usted enfadado con ellos...

—No habría razón alguna, repuso el joven.

—¡Quién sabe!... Porque, á más de ingrato, es usted increíblemente topo: ¿cómo no ha visto que Clara delira por usted? No me corresponde inmiscuirme en estos asuntos del corazón de los demás; pero me parece equitativo que usted conozca de cerca á esa doncella incomparable. Sin vanidad ni amor propio, ni animadversión alguna para con los elementos sociales más exclusivistas, declaro á usted que hay en éstos muy pocas mujeres del valor intrínseco de Clara, no sólo por las dotes del espíritu, sino también por lo que más vale y se aprecia, las dotes del corazón...

—¿De manera, intercaló Sancta-Cœli—de manera que usted vería complacido, mi matrimonio con esa gentil señorita?

—¡Qué gloria para mi presidencia! prorrumpió

Solís, entusiasmado: ¡sería uno de los más hermosos días de mi vida, amigo mío!

Hubo en la conversación una larga pausa; Solís permanecía anhelante, Fabio meditabundo é indeciso.

—Pues bien, dijo al cabo Sancta-Cœli; voy á hacer á usted una confesión y una promesa. Yo quiero entrañablemente á una niña que es, en lo físico, y sin duda ha de ser, en lo moral, la esposa que para mí he soñado. Si la suerte pusiera en mi camino estorbos invencibles para llegar hasta ella, no digo á usted, desde luego, que pediría á Clara su mano, eso no; pero pensaría en ella, y trataría de acostumbrarme á la idea de ser su marido. Por cierto, este es un secreto entre usted y yo. Si Clara llegase á vislumbrar mis intenciones, tendría razón para creerme presuntuoso y fatuo.

—Vaya á verla, insistió Solís, mostrando una sonrisa bonachona: vaya y trátela con la afectuosa cortesía que en usted es habitual. No lo digo únicamente por usted y ella; también sacaré provecho de la buena inteligencia que exista entre los dos.

—¿Cómo así? preguntó Fabio.

—Clara se resiste á cooperar en nuestras fiestas, y su abstención trae desesperados á nuestros artistas. Me parece que una palabra amistosa de usted vencerá tan mal empleada porfía.

—No tengo inconveniente, replicó el arquitecto,

toda vez que Clara sea benévola conmigo; desde la amenaza que le refería á usted hace poco, siento dudas acerca de la amistad que esa joven me profesa.

—Desengáñese usted, protestó Solís vivamente, resuelto á disimular la verdad antes que perder el terreno ganado: Clara no es enemiga de usted; lo será, sí, de todo aquel que pretenda hacer á usted la menor injuria.

—La iré á ver, Solís, aun cuando más no sea, para dar á usted gusto.

—Deme usted un gusto completo: su palabra de que no se retirará de nuestro círculo.

—Veremos... veremos. Todo dependerá de la situación exacta que se haya creado en el seno de la "Unión", y que voy á conocer muy pronto...

Minutos más tarde, camino de su casa, Solís acercaba mentalmente sus últimas entrevistas con Clara y Fabio. Ambas habían concluído de una manera, hasta cierto punto, indecisa, pero inclinada más bien hacia una solución satisfactoria. Clara, firme al principio, en su voluntad de no contribuir al brillo de las fiestas, había hecho concebir esperanzas diciendo: ¡Veremos! Y Fabio, resentido con la "Unión Fraternal" á consecuencia de los disgustos soportados por obra de ella, dispuesto á abandonarla incontinenti, se dejaba también persuadir y decia: ¡Veremos! Y todavía, con él, Ruperto del Carmen había conseguido

más: una declaración de capital importancia; la promesa de pensar en Clara de la Tordoya, si resultaban fallidos sus anhelos del momento presente.

—Los dos son hábiles diplomáticos, pensaba en medio de sus cavilaciones, Solís: ¡pero yo no les voy en zaga, á fe mía!

Horacio Vanderpint había cobrado á Sancta-Cœli un cariño de hermano. Le debía su absolución, la paz del espíritu, la tranquilidad de todos los suyos, inconscientes de las dolencias morales que le atormentaran. Pero no era la gratitud el único, ni el más fuerte móvil del fraternal afecto que por Fabio sentía. Él, que admiraba muy pocas cosas en el mundo, admiraba á Fabio ingenua, sinceramente. Todo en su nuevo amigo le seducía la imaginación y el sentimiento: la nobleza de las facciones, la dignidad del talante, la fina educación que ocultaba, bajo apariencias de dulce mansedumbre, un corazón entero y valeroso. El escepticismo un tanto convencional del diputado no admitía la existencia de seres superiores; sin embargo, hubo de reconocer por fuerza que Sancta-Cœli era uno de ellos.

Cuando éste le participó, con alegría de niño feliz, la noticia del sobreseimiento acordado por la Corte de Apelaciones, Horacio, penetrado de gratitud, halló en su corazón palabras discretas y caballerosas para demostrarle cuán reconocido le estaba.

—De hoy en adelante, es usted de los nuestros, Sancta-Coeli, de los más íntimos y queridos. La decisiva ayuda que usted nos ha prestado es tan sólo una manifestación de sus bellas cualidades de corazón é inteligencia; aun sin aquella circunstancia, yo me felicitaría de haber conocido á un hombre como usted, tan hidalgo y tan culto.

Lo había comprometido á comer con él, siquie-
ra una vez por semana; quería preparar la oca-
sión de presentarlo á toda su familia. Poco antes
de la reciente entrevista del arquitecto con Solís,
Horacio había invitado al primero á una comida
sin ceremonia, con dos ó tres amigos de la mayor
intimidad. Le había prometido presentarlo al
novio de su hermana, Hernán Dorilea, un mozo
de gran posición y valía, quien, por cierto, sería
uno de los más sinceros admiradores de él, de
Fabio. Entonces Fabio se había reído cordial-
mente; tenía en su estrella una hermosa confianza,
y ya veía á Dorilea convertido, de admirador, en
rival suyo.

No quiso Sancta-Coeli, con todo, acudir á la
invitación del diputado, sin haber hablado pre-
viamente con Clara de la Tordoya. Le pareció
un acto de lealtad hacerle una visita; se sentía
atraído por esa joven, no tanto por sus hechizos
externos como por su extraordinario carácter y
su valor moral. No habría querido tenerla por
enemiga; en su pecho existía un temor vago,
remoto, de que en manos de Clara estaba su

suerte, que de ella dependería su felicidad ó desgracia. En sus generosas utopías de fusión social, de nivelación del trabajo y la fortuna, llegaba hasta pensar también que, en las altas esferas, bien podría él descubrir para Clara algún mancebo de grande alma republicana, que aspirase á ser dueño de esa divinidad hecha mujer.

Clara lo recibió con su encantadora, irresistible sonrisa; él la encontró más bella, más seductora que el recuerdo que de ella guardaba. Pensó que el poseedor de tan regio tesoro, sería al fin un mortal por más de una causa envidiable y dichoso, y pensó, al mismo tiempo, que él podía ser ese mortal, en cualquier instante que así lo dispusiera su fantasía.

Fabio le narró francamente los pormenores del fenecido proceso, sin disimularle, sin ocultarle nada. No omitió ni su entrevista con Ruperto del Carmen, ni su amistoso compromiso con Horacio Vanderpint.

Ella, trabajada por sensaciones confusas, lo interrumpía de cuando en cuando, mediante exclamaciones de admiración ó asentimiento, de protesta ó extrañeza. Como Fabio le expresase sus dudas sobre la intervención que ella hubiera podido ejercer en las últimas resoluciones del Consejo, relativas al proceso Arnaldo; como le recordase aquella escena de un año atrás, en el vestíbulo del salón de baile, cuando ella, oculta entre dos enormes macetas, hacía crujir, agitada y ner-

viosa, las varillas de nácar de su abanico, Clara se incorporó bruscamente, y con su ingénita vivacidad de palabras y ademanes rechazó las suposiciones del arquitecto. ¿Cómo podía él imaginarse que, siéndole ella tan leal, tan fiel y tan adicta, hubiese contribuído á ocasionarle inmotivados disgustos? Al contrario, toda injuria que á él se le irrogara, tenía que repercutir en el corazón de ella, como hecha á ella misma.

Fabio la interrumpió, convencido; prestaba plena fe á sus declaraciones. Desgraciadamente, á la inmerecida adhesión que ella le tributaba, sólo podía corresponder con una amistad indestructible; en cambio, la elevadísima noción que él poseía de su hermoso carácter, era absoluta é incondicional.

Ella replicó, llena de tristeza. Sabía que en la «Unión Fraternal» había personas empeñadas en ahondar el abismo entre ella y él; esas eran las que le hacían creer que ella lo hostilizaba y perseguía, ¡cuando, en verdad, sólo aspiraba á una cosa, á verlo siempre feliz, contento y satisfecho!

La cálida voz de la joven despertaba en el corazón de Fabio una simpatía insidiosa. Mentalmente discurría: ¿Por qué la otra, y no ésta? Y se contestaba á sí mismo: Porque ésta era una criatura exuberante, adornada con pródigo exceso de todos los atributos de la mujer. Cualquiera niña, de la más encumbrada estirpe, de la más espectable categoría social, se habría enorgulle-

cido con sólo poseer esos hermosos ojos, inspirados y elocuentes, ó esa tez de azucena, matizada de delicadísimo carmín, ó esa imperial cabellera roja, cuyo único defecto era parecer mentira, en su profusión inverosímil, ó ese perfil de la faz, de puro corte griego, ó ese perfecto equilibrio en las proporciones de un cuerpo de diosa antigua.

Y, pasando de lo material á lo moral, ¿qué muchacha inteligente, pensó, no habría envidiado esa valentía de carácter que doblegaba ajenas voluntades, ese espíritu tan pulcro, y á la vez tan luminoso y tan vasto, ó ese pecho ardiente, verdadero templo de amor, capaz de encerrar todas las grandezas, y también todas las miserias que amor engendra ó inspira?

Mientras Sancta-Coeli cavilaba sobre estas cosas, ella seguía defendiéndose, con ardor. No debía él dar crédito á murmuraciones en que ella figurase como enemiga suya. Era verdad que unos cuantos envidiosos trataban de herirlo en su buena fama, de conspirar en contra de él; pero ella los conocía, les haría cruda guerra.

—Siempre que me sea usted propicia, los conspiradores no me asustan, dijo Fabio.

Una llama fugaz resplandeció en los ojos de la joven. Convenientemente prevenida por Ruperto del Carmen, ella pisaba un terreno firme, consolidaba cada vez más sus posiciones. Sancta-Coeli, al contrario, se entregaba cándidamente; no

sospechaba que la voz de la hermosa niña era el canto de la sirena.

—Sí, afirmó Clara, se conspira contra usted, porque no ha sabido vengar la muerte de Arnaldo; es lo que se susurra, y lo que me parece á la vez inicuo y absurdo. Mas yo poseo un remedio poderoso para devolver la razón á esas cabezas... locas...

—Gracias, Clarita.

—Aunque, para ser justa, debería yo imponer á usted una penitencia. ¿No me acaba usted de anunciar su entrada en la sociedad de las gentes *de tono*? Eso significa que nos abandona, que se pasa con armas y equipajes al campo de los burgueses... de los güelfos y gibelinos, como usted los denomina.

—No tal, protestó Sancta-Cœli, yo no reconozco á los burgueses de Chile la calidad de casta privilegiada, distinta de nosotros. Es un error que debilita nuestra fuerza de pueblo soberano, la insensata creencia de que hay, en este país, algo moralmente superior al hombre que gana el diario sustento con su honrada, individual energía.

—Tiene usted razón, repuso Clara; mis palabras son una queja, más no un reproche. Busque usted á sus amigos donde crea encontrarlos dignos de usted.

Fabio, que había cogido su sombrero para retirarse, exclamó:

—Olvidaba una cosa: tengo para usted un en-

cargo de nuestro presidente. El pobre Solís deplora más que nadie en la "Unión" la falta del concurso de usted en las próximas fiestas...

—¡Es el medio, interrumpió Clara con malicia, el medio de que dispongo para domesticar á mis... á nuestros adversarios!

—Y, ¡coincidencia curiosa! prosiguió Sancta-Coeli, se me ha pedido, á mí, que haga valer el irresistible influjo que sobre usted se me atribuye, á fin de disuadirla de su intento. Satisfago mi promesa, suplicándole... en nombre de nuestra amistad, que desista.

—Es que son muy graves los motivos que rigen mi conducta, replicó la joven, con estudiada lentitud y seriedad, entretanto le inundaba el pecho una alegría inmensa.

—No quiero conocerlos, declaró Fabio: tendría que refutarlos uno á uno, con razones buenas ó malas; mientras que así sólo es mi antagonista su voluntad, siendo mis aliados su espíritu y su corazón.

Ella repuso:

—Su exigencia me obliga, no por buenas ó malas razones, sino por la profunda pena que yo sentiría en no complacerlo. Pero, añadió, mostrando una animación extraordinaria, si le obedezco á usted, quiero que toda la Sociedad lo sepa, quiero que nadie ignore que contribuiré á las festividades de la "Unión Fraternal" sólo porque usted me lo pide.

—Queda usted autorizada para declararlo así.

—¿Y quién va á creermé?

—Á lo menos se dará crédito á un escrito con mi firma, dijo atolóndradamente Fabio.

—Le cobro en el acto el ofrecimiento, exclamó ella, deseosa de coronar su triunfo de un modo magistral.

Estaban los dos jóvenes en un pequeño gabinete que á la vez participaba de la índole de un cuarto de costura, de una biblioteca y de un saloncito reservado á los amigos de confianza. Clara se levantó, fué á buscar recado de escribir, acercó á Fabio una pequeña mesa portátil, y le dijo, mirándolo con unos ojos fascinadores:

—Ahí tiene usted.

Él no sabía cómo empezar; ella acudió en su ayuda.

—Ponga usted: *Señorita Clara de la Tordoya, querida amiga...*

—*Estimada amiga* me parece mejor, replicó Fabio: este papel va á pasar por muchos ojos.

—Nó, objetó la joven, *estimada* no sirve, ponga *querida amiga*.

—Ya está puesto... ó más bien *querida Clara*.

—Da lo mismo...

Así, entre los dos, auxiliándose mutuamente redactaron la esquila. Fabio había trazado las palabras; pero el espíritu del escrito era de Clara: las frases respiraban intimidad y ardiente afecto.

Vuelto á su casa, Fabio se arrepintió de haber

firmado ese papel, se acordó de la prudente advertencia de los antiguos: *Scripta manent*, y pensó que había sido muy incauto. Pero ¿cómo resistir á esa criatura? Su sola presencia embriagaba cual generoso vino añejo; su voz y su mirar producían un encanto invencible.

Mas pronto se desvanecieron sus inquietudes; Clara era demasiado bondadosa y altiva para abusar de la cándida complacencia de él. Con todo, esa muchacha le inspiraba un vago recelo: si ella lo supiera, ¿no sería capaz de convertirlo en juguete suyo?

Al día siguiente, por la tarde, de regreso de sus tareas, Fabio experimentó nuevas angustias. Doña Dolores tenía algo serio que anunciarle. Después de mucha vacilación, la buena señora le dijo que había estado de visita la presidenta de la Caja de Viudas de la "Unión Fraternal".

— ¿Y á qué ha venido esa matrona respetable? preguntó Fabio, presumiendo alguna mala noticia.

— Disculpe usted á mis canas, balbuceó doña Dolores; lo que voy á comunicarle es muy duro.

— Hable usted con franqueza, ordenó Fabio, imperativamente.

Ella obedeció. La presidenta de la Caja de Viudas había venido á decirle que las socias de la institución miraban con mal ojo que Malva y ella viviesen bajo ese techo.

El joven, ante esta imprevista revelación, se

quedó estupefacto. Jamás habían penetrado en su conciencia tan peregrinos escrúpulos. La nueva le causaba hondo desagrado; ella equivalía á la negación de su hospitalaria y caritativa conducta. Á pesar de su enojo, replicó á Doña Dolores, con voz serena:

—¿Y qué objeto tienen los reparos de esas dignas señoras á nuestra existencia en común?

La madre de José Arnaldo se echó á llorar. Se había puesto llorona en los últimos tiempos. Sin explicarse por qué, no se sentía feliz ni tranquila; solía experimentar remordimientos de mujer timorata.

--Su llanto no es respuesta, Dolores, dijo Santa-Celi, en tono de reproche.

Y ella, moviendo la cabeza, sin alzar la vista:

—Es preciso separarnos, Fabio, respondió.

—¡Separarnos! exclamó él, reciamente: jeso no puede ser, de ningún modo!

—Sí, sí, insistió la anciana, la separación es inevitable.

Y dió las razones que exigían ese sacrificio imperioso. Fabio no le había oído nunca acentos más solemnes. En el seno de la «Unión», particularmente en el gremio femenino, se murmuraba de él, de Malva, de ella, cuya respetabilidad servía de pantalla á ilícitas relaciones. Oh, bien sabía ella que eso era una infame calumnia, maligna invención entregada á los comentarios de la parte menos seria y discreta, pero también más temi-

ble de la Sociedad. Desgraciadamente, esas cosas no se podían discutir; lo más cuerdo era suprimir las apariencias que se prestaban á erróneos barruntos.

Fabio escuchaba, consternado. No se sentía con fuerzas para desafiar á la opinión anónima.

¡Quién sabe si esos malévolos rumores no habían llegado ya á oídos de Clara! Y en este caso ¡qué vergüenza para él! Pero ¿quién había sido el primero en lanzar la cínica especie? Castorín Silvela, quizá, su enemigo declarado.

—Eso no es posible, Dolores, exclamó lleno de coraje; yo desprecio la infamia y la mentira, y cuando se encarnan en el cuerpo de un hombre, las aplasto, las destruyo con él!

—No se puede imponer castigo á la opinión pública, Fabio, y vale más someterse á ella que desafiarla. Le digo esto, porque existe, para nuestra separación, una razón decisiva: ¿no ha notado usted últimamente la tristeza de Malva Logrosán?

—Sí, pero no me asombra; esa niña ha sufrido mucho.

—Sin embargo, la causa de su abatimiento es distinta de la que usted se imagina... Malva lo quiere á usted extraordinariamente...

—Lo concibo.

—... y ese cariño, en vez de infundirle aliento y gozo, la contrista y atormenta.

—¡De suerte que ella también quiere abando-

nar esta casa! dijo Fabio, haciendo un esfuerzo para sobreponerse á repentina congoja.

—Ambas dejamos el corazón aquí, suspiró doña Dolores, aquí en esta casa; pero nuestra dignidad ya no está en ella.

Una aflicción se apoderó de Fabio; no se atrevía á dar crédito á lo que oía.

—Interrogue usted á Malva, insinuó doña Dolores, viéndolo tan preocupado y perplejo.

Se llamó á la joven, y Sancta-Cœli la apostrofó con el acento conmovido que acompaña á las grandes crisis de la existencia:

—¿Es cierto, Malva que usted desea separarse de mí?

Ella afirmó con la cabeza, varias veces; después se echó á llorar, en silencio.

Era obvio que aquella separación los hería á los tres, con la misma punzante intensidad. Sin más discusión ni protestas, cada uno comprendió que el sacrificio era irremediable. Eran los tres, seres libres, dueños absolutos de su albedrío; ninguna presión externa prepotente los obligaba á retorcer sus corazones; en esos corazones, sin embargo, la virtud recuperaba sus derechos, y había una noble espontaneidad en la resolución suprema que adoptaban. Fabio contempló con ánimo tranquilo la implacable disyuntiva: ó alejar á Malva, ó comprometer su reputación de doncella honesta.

—Tienen ustedes razón, dijo, por último; es preciso separarnos.

Sin tardar, les buscó casa, la arregló personalmente, lo mejor que pudo, dentro de sus limitadas facultades. En seguida fijó un ceremonial estricto para sus ulteriores relaciones. No convenía que se viesen con una frecuencia sospechosa; una vez al mes, él iría á visitarlas, en hora oportuna; iría á pedirles asiento en su mesa, para tener un rato de desahogo, y conocer los incidentes de su vida que pudieran interesarle.

En el intervalo de estas diligencias domésticas, llegó para Sancta-Cœli el día en que debía ocurrir á la cita de su nuevo amigo, el diputado. Tenía el espíritu tan inquieto, que prefirió abstenerse y enviar excusa motivada, lo cual indujo á Horacio á renovar su invitación para una fecha próxima.

Instaladas Malva y doña Dolores en su domicilio propio, Fabio les dió sus postreras instrucciones. En adelante, la vida de ellas se iba á deslizar entre el monótono vaivén de los cotidianos quehaceres y las accidentales asechanzas de la malevolencia callejera. Había que evitar las intimidades imprudentes: pocos conocidos, y muy probados y muy buenos. Si eran jóvenes, habría que sondear sus propósitos, y si algún partido se presentaba para Malva, no decidirse sin previa reflexión y consulta...

—No hay cuidado, interrumpió la niña, ¡yo permaneceré siempre soltera!

Él observó:

—¿Cómo un homenaje á la memoria del muerto?

—¡Y del vivo! murmuró Malva, inclinando la ruborosa frente.

El día del convite, Horacio fué á buscar al arquitecto; era más seguro, para evitar una nueva disculpa.

—Vé á vestirte, le dijo, tuteándolo como amigo íntimo y viejo; vé, mientras yo doy un vistazo á tus libros y curiosidades.

Fabio lo dejó en el salón, solo.

Era casi de noche. Sancta-Cœli encendió luz en su aposento, preparó su ropa de gala. En sus idas y venidas se cruzaron sus ojos con la mirada austera del histórico abuelo, inmóvil, impasible en su dorado marco. Entonces, él se detuvo, miró el cuadro fijamente. Y se echó á remover recuerdos, escombros de sensaciones derribadas. ¡Ah, por qué no tenía voz ese retrato! Con cuánto gusto no lo interrogaría él sobre tantas ideas como en ese instante se agolpaban en su mente! Era un extraño fenómeno el que se desarrollaba ahora en su foro interno. Todo ese largo proceso criminal, con sus múltiples incidencias y alternativas, sus varias emociones de contrariedad y entusiasmo, de esperanza y de zozobra, de satisfacción y desaliento, ¡toda esa numerosa labor de *dilettante* ejecutada con extraordinario frenesí por espacio de quince meses, se reducía ahora, en su ima-

ginación, á las proporciones de una despreciable calaverada! En ella había perdido su tiempo, malgastado la actividad de su inteligencia y de sus músculos. ¡Cuánto no habría ganado con aplicar esa fuerza creadora á especulaciones de más positivo provecho!

Por otra parte, su inminente presentación á la adorada Merceditas Vanderpint, adquiriría la magnitud de un acontecimiento transcendental en su existencia. ¡Qué tortuosos vericuetos y sendas extraviadas había debido seguir, para llegar hasta el templo del ídolo! El procesc Arnaldo había sido el medio casual, inconsciente, misterioso, de que la Providencia se valiera para acercarlo á la realización de sus aspiraciones. Pero ¿no había, más bien, contribuído ese medio á dilatarla? ¿No pudo cualquier amigo, en cualquier instante, conducirlo hasta las puertas del templo? ¡Entretanto, un rival se había levantado, un rival temible, tal vez á estas horas feliz y victorioso!

Le atormentaba esta idea: ¿cómo suplantar al afortunado pretendiente? ¿qué títulos lo recomendaban á él, pobre arquitecto, á la preferencia de los padres, de la familia toda? No era vano ni petulante; sin falsa modestia, creía valer lo que un mozo educado cualquiera. ¡Pero había en favor suyo el gran servicio! Y en prenda de gratitud, Horacio trabajaría por él. El proceso había aca-rrado esa ventaja. Presentado por un amigo, en

la trivial, acostumbrada forma, él habría sido el pordiosero que pide, por amor de Dios, que le alarguen la mano. Solicitado, bendecido como un salvador, por un miembro de la familia, cuya opinión, en ella, debía de pesar considerablemente, llegaba ahí acompañado de muchas probabilidades de victoria, con la cuasi-certidumbre de triunfar. No le correspondía pues, siendo consecuente, renegar del fastidioso proceso, ni estimarlo, como lo había estimado en otra época, incompatible con la verificación de sus esperanzas. En esta ocasión, el Destino propicio le había tendido mano tutelar y bienhechora. ¡Y él había calumniado al Destino; en cierto momento, había puesto en duda su poder, su misma existencia! ¿Qué mejor prueba de lo uno y de lo otro, que esa aberración de la causa y el efecto, de la cual recogía él, Fabio, tan peregrino fruto? Se engolfa en la investigación de un homicidio alevoso, resuelto á descubrir y castigar al culpable, y, para que no queden frustradas sus expectativas de ventura, ¡el Destino trueca el asesinato en simple accidente, el criminal resulta hombre de bien, y ese hombre de bien es el hermano de la mujer idolatrada! ¡Ah, qué famosa teoría, la del *encadenamiento lógico de los humanos sucesos*! En aquellos sucesos ¿qué lógica había, qué racional correlación, qué congruencia? ¡No había más que ver: el Destino era, incuestionablemente, el gran motor del universo moral...!

Unos pocos golpecitos tímidos resonaron en la puerta de la alcoba.

—¡Horacio! gritó Sancta-Cœli, como quien despierta asustado.

—Yo mismo, contestó Vanderpint: vengo á decirte que son las seis.

—Gracias, dentro de cinco minutos estoy listo.

Y empezó á vestirse, sin perder la ilación de sus silogismos mentales.

Eso era lógico: Horacio lo aguardaba, y, al fin, impaciente, había venido á recordarle la hora. ¿Cómo había dado con el cuarto? Y él, cómo había adivinado, al punto, quién golpeaba? Había acaso, entre dos seres que simpatizan, un medio de comunicación inmaterial, un vínculo de afinidad, invisible, que reemplazaba á los sentidos impotentes? ¿Por qué no? . . . ¿Por qué no?

Tal hipótesis hirió el espíritu del joven, como el rayo. Aquella mañana de invierno, cuando en la fúnebre estancia, él contemplaba el cuerpo inerte del occiso, ¿no existía ya, latente, activa, incontrastable, esa fuerza de afinidad misteriosa, entre él, Arnaldo, Horacio Vanderpint y su hermana Mercedes? ¿No estaban entonces, completos y remachados, los eslabones de la cadena de sucesos que debían conducirlo, al través de las peripecias de un drama trágico, hasta los lindes mismos de su ideal?

—¡Evidente, indudable! prorrumpió el joven,

como si acabara de resolver un gran problema metafísico.

Y á fe, rememoraba que, paralelamente á la pesquisa material que iba persiguiendo, su espíritu corría en pos de un fin intangible, difusamente vislumbrado, apenas sentido, y desconocido en absoluto; parecía que su entidad psíquica se desdoblaba en dos entidades independientes, de las cuales la una se movía en busca de un objetivo inmediato y concreto, la otra en demanda de una satisfacción incierta, pero anhelada más ardorosamente: era Colón buscando un nuevo camino de las Indias, y llevando en la mente la indecisa esperanza de descubrir un mundo ignoto.

—¡Indudable!... ¡Evidente! repitió Fabio, convencido: mi error nace de esa doble entidad psicológica que todo hombre lleva en sí: la una sujeta á los accidentes externos que provoca el acaso; la otra sometida á una órbita de acción de límites ciertos, pero, dentro de ella consciente, libre y soberana!





CAPÍTULO XIX

Una Julieta modernísima

En el tardío florecimiento de sus veinte octubres, Mercedes Vanderpint era una mujercita de mediana estatura y cuerpo enjuto; pero los delicados contornos de su fino talle producían una ilusión de equilibrio esbelto y gracioso, que compensaba sus deficiencias físicas y aun disimulaba su cojera, indeleble recuerdo de un accidente de su infancia. Sin ser bonita, ni poseer rasgos característicos de hermosura, su fisonomía despertaba un interés afectuoso; tenía el mirar dulce y franco, y una voz melodiosa que era por sí sola una caricia. Extraño á toda afectación, su ingenio vivo y alegre no conocía en sus expansiones otra valla que la educación adquirida por la costumbre. Su instrucción era insustancial é in-

completa; apenas suficiente para el ínfimo papel que le correspondía desempeñar en el mundo. Sabía leer, escribir y los rudimentos de lo que se aprende en las escuelas inferiores; había oído hablar de París como de una ciudad ocupada especialmente en inventar modas y trabajar ricas telas para el atavío de las niñas, y estaba segura de que la Italia había sido puesta en el globo terrestre con el principal objeto de producir *primadonnas* y tenores. Había nacido para ser mimada y servida, y si bien su instinto era humanitario y generoso, no cobijaba su imaginación el más remoto concepto de los primordiales fines de la existencia y de sus deberes intrínsecos. La abnegación, la caridad no eran para ella obligaciones imperiosas, sino virtudes elegantes, de buen tono, que se podían ejercer sin gran molestia en la tierra, y que aseguraban en el paraíso un asiento privilegiado, junto al trono de Dios. Circunscrita su actividad moral al formalismo de las prácticas religiosas, así daba una limosna como se probaba un vestido nuevo, ó tomaba en el templo agua bendita, o movía las teclas del piano, en el maquinal monótono giro de su vida estéril y sin norte.

Su padre, que la amaba con fanatismo, la había mantenido alejada de la vida social, hasta cumplir ella sus dieciséis primaveras. Sólo entonces, y á instigación de su esposa, don Misael se había resuelto á abrir á la flor de la juventud

masculina, las puertas de sus estrados, que antes no conocían sino las momias calvas de unos cuantos compinches políticos, y el atiplado voceó de otras tantas comadres de toda edad. Á pesar de aquella determinación, que le había sido arrancada por fuerza, y que él había adoptado, no con el objeto de dar gusto, sino á fin de no aparecer ridículo y majadero, el viejo Vanderpint se propuso aplazar indefinidamente la hora del matrimonio de su chiquilla, defendiendo, entre tanto, la mano de ella, con todo su cariño y toda su autoridad de padre. Meses transcurrieron, y años aún, sin que los admiradores de Merceditas se atrevieran á dar, para conquistarla, el paso decisivo. Tan luego como uno se adelantaba más de lo tolerable y preciso, el cerbero del corazón de la niña enseñaba los dientes y obligaba al intrépido candidato á desistir de la empresa.

Un joven médico, cargado de honoríficas distinciones, había andado más feliz que sus rivales: había conseguido, con la adhesión de Merceditas, la ostensible ayuda de doña Emiliana.

Vanderpint, solicitado por su esposa, para otorgar su aquiescencia, preguntó á cuánto ascendía el peculio del pretendiente.

—Consiste en sus bellas prendas, contestó la señora: en el noble arte que ejerce con tanto brillo.

—Mucha moralidad, ¿eh? mucha sabiduría y mucha prosa, exclamó entonces don Misael: ¡y

ni un mal cuarto donde caerse muerto! Vamos, un galán de novela, añadió, desdeñoso: ¡más le valiera tener medio millón de pesos en el bolsillo, que no tanta metafísica bajo el casco!

Él no desestimaba la virtud, antes bien, la consideraba el hermoso complemento de una bolsa repleta; pero no creía en la virtud de los hombres, y la *metafísica* sin dinero se le antojaba un diamante bruto en la oscuridad.

Ante el veredicto del padre, el joven médico se retiró cortésmente, doña Emiliana se puso triste y Merceditas se alimentó quince días de caldo puro y de suspiros. Después la rutina doméstica recuperó su imperio, y aquella desagradable historia fué olvidada.

Pasó el tiempo, y un día Vanderpint se acordó que era deber suyo contemplar la dicha y el porvenir de su Mercedes. Precisamente había en la liga de aspirantes un joven provisto de todas las apetecibles condiciones, parentela excelente, respetabilidad y caudal. En él había clavado Vanderpint sus ojos sagaces, y á fe que Hernán Dorilea, primogénito de uno de los jefes y prohombres del partido conservador, reunía la pluralidad de requisitos que hubiera podido exigir el padre más extremoso.

Vanderpint y el prohombre conservador cambiaron las visitas de estilo; el capitalista se quedó pasmado ante la corrección y el desprendimiento del padre de Hernán, un hidalgo á la antigua

usanza, que se ofreció para hacer de su propio bolsillo todas las expensas de los esponsales y la boda.

—No es la costumbre, había observado el hidalgo: pero tolere usted que me imponga este levísimo sacrificio en obsequio de la encantadora Merceditas.

Don Misael, naturalmente, se opuso á tan excesiva manifestación de largueza. La costumbre ordenaba que los gastos de un matrimonio se imputasen á la familia de la novia, y habiendo, en el caso presente, equilibrio entre las respectivas fortunas, lo más justo, para no irrogar á nadie agravio, era respetar los usos establecidos.

El hidalgo no insistió, temeroso de aparecer impertinente; pretendió, sin embargo, que corriese por su cuenta la ceremonia religiosa.

Pero don Misael, picado en la parte más sensible de su orgullo, protestó contra semejante designio. No valía la pena, francamente, disputarse por tan poca cosa; él tomaría á su cargo todo el gasto, y no había más que hablar.

Quedó convenido así, y también que la boda se efectuaría á mediados del próximo Octubre, en plena primavera.

Faltaban dos meses para ese fausto suceso, cuando Fabio de Sancta-Cœli fué introducido á la familia Vanderpint. Don Misael no tenía ya motivos para mostrarse hostil á la juventud del sexo feo; desde los esponsales de Merceditas se

habían relajado un poco las condiciones de entrada á la casa; en los saraos y banquetes era ya más numerosa la asistencia, y la etiqueta, en cambio, quedaba reducida á sus estrictos límites.

Vanderpint se regocijó infinitamente de recibir como amigo al caballero Fabio, gran diploma de honor del Instituto de Ingenieros de Génova, individuo de varias sapientísimas corporaciones, y persona de circunstancias muy sobresalientes y atendibles. Como á don Misael eso no le importaba ya ni poco ni mucho, bien podía el ilustrado neófito poseer impunemente todas las cualidades de un Bayardo, y toda la erudición de un Blas Pascal.

Horacio, que había descubierto los títulos de Sancta-Cœli, revolviendo papeles en el estudio de su nuevo amigo, lo presentó á Merceditas y á Hernán sin omitir ninguna de aquellas recomendaciones pomposas.

—Hace tiempo que lo conozco á usted de vista, observó la joven á Fabio, en tono amable: sólo que estaba en la creencia de que su apellido era Martínez.

—Sancta-Cœli, señorita, repuso Fabio, inclinandose, risueño.

—Ella prosiguió:

—¿No es verdad, Hernán, que el señor tiene cara de Martínez?

Dorilea no pudo disimular un gesto ambiguo;

le parecía inoportuna la curiosa advertencia de su novia. Pero, como no habría sido propio contradecirla, contestó, indiferente:

—En efecto, hay algo de Martínez en la fisonomía del señor... Los Martínez, añadió, son amigos míos que la señorita Mercedes conoce poco, de ahí su extrañeza.

—Extrañeza muy natural, replicó Fabio: las fisonomías originales son escasas; las demás se repiten según cierto reducido número de modelos. Yo tenía el placer, igualmente, de conocer de vista á la señorita Mercedes, y era una de mis aspiraciones llegar á tratarla de un modo más inmediato...

Se anunció la comida: Sancta-Cœli ofreció el brazo á la joven, mientras que Hernán iba á prestar el apoyo del suyo á una de las señoras que, en el contiguo salón, conversaban con doña Emiliana y sus demás convidados. Se organizaron otras parejas de damas y caballeros, y la comitiva se encaminó hacia el comedor, atravesando un amplio vestíbulo, iluminado profusamente.

Merceditas y Fabio, separados de las otras personas por una distancia sensible, cruzaron unas cuantas palabras sin consecuencia. Luego Merceditas dijo:

—¿Conque me conocía usted?

—Mucho, respondió Sancta-Cœli.

—¿De nombre?

—Sí, en estos últimos tiempos.

—Y yo ¡qué idea más rara! creyendo que usted era Martínez...

—Señorita, exclamó Fabio, después de un momento de silencio: yo nunca he sido ambicioso, y sin embargo ¡era una grande ambición mía ser amigo de usted!

—Su grande ambición está colmada, replicó, riéndose, Merceditas. Mi hermano Horacio parece profesar á usted mucho aprecio, repetidas veces nos ha hecho de usted un entusiasta elogio...

—¡Exceso de indulgencia!

—No se lo imagine; Horacio no prodiga su amistad ni sus alabanzas, y es más propenso á la censura que al aplauso...

La niña calló un instante; volviendo después á medias la cabeza y mirando á su compañero fijamente:—¿Me creerá usted, le dijo, ¡yo estaba segura de que usted, tarde ó temprano, vendría á mi casa!

—¿Sí? prorrumpió, enternecido, el joven, sintiendo repercutir en su pecho el interés amistoso con que parecía haberlo mirado siempre esa niña, aun antes de conocer su nombre y de saber quién era. Un pesar, con todo, nubló esa impresión deliciosa; con voz trémula, Fabio añadió:—La profecía de usted se ha realizado, aunque muy tarde, ¡demasiado tarde!

—¿Por qué? interrogó ella, ingenuamente.

—Porque... No, Merceditas, repuso él, dándole sin esfuerzo esa denominación cariñosa: iba

á dar á usted una respuesta temeraria, ¡discúlpeme!

—Dígame ese por qué y lo disculpo, insistió la niña en voz baja. Y en tono aun más quedo:— Hernán no puede oírnos, agregó.

Con estas palabras Sancta-Coeli recibió en el corazón un rudo golpe, que lo dejó mudo y perplejo. De esa adorada muchacha ¿cuál era la complexión moral? ¿Era acaso un demonio de malicia, ó un ángel de pureza y de candor? Él calculó que, en ciertas coyunturas, era posible hermanar la audacia con la cortesía; alentado, además, por la sencilla franqueza de su interlocutora, contestó resueltamente:

—Llego tarde... ¡porque, cuando yo llego, usted se va!

¿No comprendió Merceditas la alusión? Ó, comprendiéndola, ¿quiso no atribuirle importancia? Sin meditar su réplica, repuso, en tono tranquilo:

—¿Se refiere usted á mi casamiento con Hernán Dorilea? Hernán es un perfecto caballero, y no me prohibirá cultivar las amistades que me plazcan.

Sancta-Coeli balbuceó dos ó tres palabras, casi avergonzado. Ella se quedó pensativa, no despegó los labios hasta llegar á la mesa.

El comedor se llenaba de gente, Horacio se acercó á su hermana, y le dijo:

—Tú, como de costumbre, á la derecha de Hernán; Sancta-Coeli á tu otro lado.

—Está bien, contestó Merceditas. Y como acudiese Dorilea, lo interpeló: — Hernán, este es su asiento, y el de Fabio, aquí.

Dorilea, que al oír la voz de su novia, bosquejaba una sonrisa amable, se puso de repente serio como un obispo; le molestó la familiaridad prematura con que trataba la niña á Sancta-Cœli.

Se sirvió lasopa. Un asiento permanecía vacante.

—¿Para quién es ese cubierto? preguntó á Merceditas, Dorilea, indicando el sitio vacío.

—Para Jacobo, el sempiterno atrasado...

Un cuarto de hora después, un nuevo personaje entró bulliciosamente; Fabio volvió la cabeza hacia la puerta, y reconoció al punto, en el tardío huésped, á Jacobito Malrasca. Jacobito se sentó; él y Fabio quedaban casi frente á frente. Se miraron los dos durante algunos segundos; Horacio dijo al primero:

—¿No conoces á Fabio, Jacobito?

Atónito, el muñeco balbuceó:

—Sí... sí... es decir, no... sólo de vista: nos encontramos há tiempo... en...

—En circunstancias que honran mucho á don Jacobo, interrumpió Sancta Cœli. Se trataba de auxiliar á un pobre artesano, víctima de un accidente fatal; el señor... se condujo en aquel conflicto como lo hace una alma bien nacida.

—¡Quién lo creyera! murmuró la señora de Puigvélez, sentada al lado de Malrasca, mirándolo con curiosidad.

Otras personas clavarón la vista en Jacobito. Él disimuló el bochorno que le causaba tal impertinencia, diciendo al criado que se le acercaba con un plato de sopa:

—No tomaré, Custodio, muchas gracias, no tomaré. . .

En seguida, la conversación se desmenuzó en diálogos aislados, que ora alternaban, ora se confundían con los rumores del servicio. Rodaban los coloquios sobre los más diversos temas, la temperatura, la moda, el teatro; alguien habló del cambio, y una señora muy fea observó que era escandaloso que el gobierno lo mantuviera á veintitrés peniques, á la cual Jacobito Malrasca repuso:

—¡Día llegará en que lo veremos á dieciséis!

—¿Y por qué no á doce? exclamó, en tono de burla, Horacio.

Este incidente dió pasto á unos pocos momentos de risa, y los coloquios singulares volvieron á reanudarse.

Fabio escuchaba, observaba, silencioso. Observaba las sutiles manifestaciones de intimidad que recíprocamente se hacían Hernán y Merceditas, y colegía que, á pesar de hallarse él tan próximo á la señorita Vanderpint, el abismo entre él y ella era tan profundo, como estrecho era el lazo que parecía unir á la niña y su futuro esposo.

Sin embargo, Merceditas lo interpelaba de tarde en tarde, sobre asuntos baladíes, con cordiali-

dad y confianza, y él advertía que eso incomodaba á Hernán.

Hacia el término del banquete, la conversación se generalizó entre todos los comensales. Alguien echó á rodar un chisme político, que al pasar de boca en boca, aumentado con nuevos rumores y comentarios, fué cobrando cada vez mayor bulto y consistencia, como bola de nieve.

Jacobito Malrasca, petulante y novedoso, afirmó que el Presidente de la República pensaba despedir al ministerio fusionista, y llamar al poder á otro más de su gusto.

—¿De dónde sacas tú esas historias? interrogó don Misael, severo.

—Papá lo ha dicho, replicó el muñeco, con viveza: ayer no más, hablando á Ernesto Rocamarte.

—He estado hace dos horas con Rocamarte insinuó Hernán, y nada me ha dicho. Horacio debe de tener mejores noticias.

El diputado contestó:

—Es cierto que han surgido algunas desavenencias en la Moneda; mas yo no estimo inevitable la crisis. Me consta que el Presidente, y habilidad para ello le sobra, tratará de evitar una descompaginación...

—No será tan hábil, protestó Jacobito, cuando no ha logrado su intento; ya está resuelta la organización del nuevo gabinete, y su jefe designado.

—¿Quién? interrogó Dorilea, en tono de amenaza.

—Villagrán, respondió el muñeco: el perínclito don Tiberio Villagrán.

—¡Meras conjeturas! objetó despreciativamente el diputado: el Presidente no modificará su política mientras pueda evitarlo.

Pero Jacobito prosiguió, con ridícula arrogancia:

—Es que sé todavía más: ¡tan pronto como don Tiberio suba al poder, cerrará las puertas del Congreso y se echará las llaves al bolsillo!

—¡Sería un golpe de Estado! profirió con énfasis Dorilea.

—Indudablemente, aprobó don Misael.

—Yo no entiendo las cosas de ese modo, arguyó el hermano de Merceditas: el Presidente puede hacer y deshacer ministros como le dé la gana...

Los espíritus se iban exaltando; Dorilea, apunhalado por don Misael y Jacobito, se expresaba con inusitado calor, hablaba de los liberales en el tono más hiriente. Una de sus observaciones picó el amor propio de Horacio, quien repuso con vivacidad:

—¡Usted no sabe lo que dice, Dorilea!

Reinaba entre los dos jóvenes una hostilidad latente, que sólo buscaba cualquiera ocasión propicia para dar un estallido.

Merceditas recogió el concepto de su hermano, y dirigiéndole á éste una mirada adusta:

—¡Prudencia, Horacio, exclamó, prudencia, te lo suplico!

Y añadió unas pocas frases, para invitar á los contendores á variar de asunto.

Malrasca, henchido de satisfacción por haber provocado el debate, pretendió atizarlo con nuevas, satíricas reflexiones. Mientras declamaba, moviendo desesperadamente los brazos, dió un golpe violento y brusco en el tenedor de la ensaladera que le presentaba el mozo, y el utensilio, haciendo las veces de palanca, disparó en todos sentidos una granizada de hojas verdes.

Hubo breves instantes de confusión y gritería; algunos trajes habían sido manchados, y sus dueños procuraban hacer desaparecer las señas del accidente. Fabio había recibido una hoja de lechuga en el hombro de su frac; pero no lo había notado, mirando como estaba á un caballero canoso, que ostentaba dos ó tres de esas mismas hojas en la pechera de la camisa. El caballero canoso, presumiendo tal vez que nadie lo veía, cogió delicadamente las lechugas y se las comió. Fabio realizaba prodigios de voluntad para sofocar la risa, y sus esfuerzos eran tanto más meritorios cuanto que Merceditas reía también á su lado, alegre y confusa.

Doña Emiliana se había sonrojado ligeramente; don Misael hizo un gesto de impaciencia, y se le oyó murmurar que Malrasca era un muchacho loco é incorregible.

Hernán, entretanto, se mordía los labios, atormentado por el carácter grotesco de la escena. Y entre todos había un vago sentimiento de recelo, la sospecha de que había ocurrido una cosa fea y de mal gusto.

—¡Qué le parece! dijo en voz baja Merceditas á Fabio: ¿ha visto usted un muchacho más torpe?

Pero Sancta-Cœli, notando la frialdad que, una vez restablecido el orden, reinaba en la mesa, repuso, con delicada intención y franco acento:

—¿No sabe usted que estos pequeños incidentes se consideran como favorables augurios de salud y de felicidad? Un italiano pensaría morirse, si en el festín donde ha comido, no se hubiese roto un cristal, ó desparramado una botella.

La oportuna observación del joven ingeniero suscitó la curiosidad de algunos de los circunstantes. Se habló de las supersticiones en los diferentes países, y la charla asumió un giro más ameno.

Después de la comida, Hernán aprovechó una oportunidad de estar solo con su novia, y le dijo:

—No me parece bien que usted gaste tanta confianza con ese joven... Sancta-Cœli.

—¿Qué entiende usted por *tanta confianza*? protestó Merceditas.

—No es correcto, replicó Hernán, designar á un amigo de etiqueta por su nombre de pila. Usted ha nombrado á ese caballero así, repetidas veces, y ello no me gusta.

—¿Cómo debo llamarlo entonces?

—Como se asostumbra entre personas de respeto: don Fabio, ó señor de Sancta-Coeli, ó señor, simplemente.

—Ya estoy enterada, replicó ella, con ironía: en la primera ocasión lo llamaré ño Fabio, y usted no tendrá reparo alguno que hacerme.

Le volvió las espaldas, resentida; la advertencia de su novio era importuna é injusta.

Hernán la interpeló, suplicante:

—No tome usted á mal mis amonestaciones, Merceditas, ¡son hijas del cariño que le tributo!

—Diga más bien que el *gran diploma de honor* le infunde celos, ¡lo cual me parece una extravagancia, indigna de usted y de mí!

Solían tener sus querellas de enamorados; una memorable había acontecido en el comienzo de sus relaciones. Hernán era muy aficionado á los perfumes fuertes; no se metía un pañuelo en el bolsillo sin haberlo previamente empapado en alguna esencia empalagosa. En sus primeras entrevistas con él, Merceditas padecía vértigos y jaquecas, salía literalmente mareada á respirar con ansias el aire del último patio, que trascendía á gallinero. Las habitaciones de recibo quedaban durante tres días impregnadas de intolerables olores, una verdadera hediondez. Un día Merceditas, á raíz de una ligera disputa habida entre los dos, dijo rotundamente á Hernán:

—Por favor no vuelva á casa con esas fragancias insufribles; ¡le aseguro que esto queda que apesta!

Tres semanas se demoró Dorilea en digerir tan justa censura. Al fin volvió, sin los malditos olores.

En el salón de fumar, donde se habían refugiado los caballeros, Hernán conversaba con Jacobito Malrasca.

Este decía:

—¿Dónde habrá ido Horacio á pescar ese pije?

—Lo ignoro, había contestado Dorilea: es la primera vez que lo oigo nombrar.

—¿Te gusta ese muchacho?

—Nó, francamente, no me gusta.

—Tampoco á mí; á pesar de sus modales artificiosos, hay en él resabios de persona de baja extracción.

—Son bastantes peregrinas las teorías sociales que ha insinuado, ingenuamente, lo confieso, en la mesa. Un colectivista, en este país, ¡háse visto un fenómeno más raro!

—No lo es; Sancta-Cœli pertenece á una de esas sociedades obreras que hoy se levantan, y se dan humos de círculos democráticos que aspiran á gobernar. Ahí Fabio es una especie de pontífice. Tú comprendes que eso del gran diploma de honor es pura broma; Sancta-Cœli no pasa de ser un simple constructor de edificios, vamos, un maestro carpintero.

—¡Y esos son los amigos que Horacio nos recomienda! exclamó Hernán, escandalizado.

—Esos, replicó Jacobito, enfáticamente.

Se separaron. Dorilea había prometido á Malrasca que investigaría la posición social de Sancta-Coeli, y trataría de enmendar lo que *prima facie* parecía un grave yerro.

Mientras se confabulaban Jacobito y Hernán contra Fabio, Merceditas y toda su familia prodigaban á éste sus atenciones, lo comprometían para que, una vez por semana, comiera en casa de don Misael, y otra vez en casa de Horacio.

Sancta-Coeli y Malrasca se retiraron á un tiempo. Ambos llevaban el mismo rumbo; pero el muñeco estimó depresivo para su dignidad andar por las calles en compañía de un constructor de edificios, y prefirió separarse de él en la puerta de salida.

—Señor Malrasca, una palabrita, le dijo Fabio en ese instante.

Y Jacobito, altanero:

—¿Qué quiere usted? preguntó.

—Decirle, señor mío, repuso Fabio, que si usted vuelve á aludir á las circunstancias en que tuvimos el mutuo honor de conocernos, ¡le aplico á usted la diestra en pleno rostro! Conque ¡muy buenas noches, señor Mal... rasca!

Jacobito sintió en los cachetes un escozor anticipado; pensó que Sancta-Coeli era muy capaz de cumplir su amenaza, y sólo cuando vió á su enemigo bastante lejos, se atrevió á exclamar, con voz sorda:

—¡Qué bruto!

En medio de las múltiples razones que tenía Fabio para bendecir á la suerte y juzgarse a sí mismo afortunado y dichoso, le torturaba la idea de haber llegado tarde á la intimidad de Merceditas. Sea cual fuere en lo futuro el grado de confianza á que él ascendiese en la amistad de aquella familia, no le era lícito, á fuer de caballero, hacer tentativa alguna para desbaratar el matrimonio de Mercedes Vanderpint con Hernán Dorilea. Suceso era éste definitivamente previsto, preparado, inevitable; él se verificaría, salvo que contingencias insólitas lo impidieran. Sin duda, tales obstáculos podían levantarse, la boda todavía no era un hecho, y Fabio estaba convencido de que Horacio Vanderpint, entre él y Dorilea, no habría vacilado un segundo. Estaba visto que el diputado no quería al novio de su hermana; lo toleraba, y nada más. Esto, al fin, era para Fabio una esperanza y un consuelo. Por otra parte ¿hasta qué punto pertenecía el corazón de Mercedes á su futuro esposo? Bien podía Fabio dirigirse á sí mismo esta pregunta; bien podía él buscar la respuesta donde más probabilidades tuviera de encontrarla.

Hernán lo había tratado con una urbanidad altiva, y él le había pagado ese trato con una moneda igual. Desde el principio de su amistad eran, pues, rivales ¿por qué causa?

Fabio recordó su teoría de las afinidades misteriosas: era, en esta ocasión, perfectamente apli-

cable. Más aún, se podía enunciar con precisión matemática el problema psicológico que tenía por cantidades ciertas dos corazones, con sus simpatías y sus odios, y cuya incógnita era un tercer corazón, con sus odios también y sus simpatías. El joven se imaginó un triángulo, en cuyos vértices estaban Dorilea, Merceditas y él. La corriente simpática iba de Hernán á Merceditas, de él á Merceditas; la corriente antipática, de Dorilea á él, de él á Dorilea. Y las corrientes de afecto y desafecto que partían del corazón de la niña, ¿qué direcciones tomaban? Él estaba cierto de no ser para la señorita Vanderpint un amigo cualquiera. Ella lo había distinguido aun antes de haberle dirigido la palabra, cuando lo consideraba un extraño; lo distinguía ahora, siendo él huésped de los padres de ella. Luego, había una corriente de simpatía entre ella y él. ¿Cuál sería la intensidad de esa corriente? No le estaba prohibido investigarlo; no le estaba prohibido investigar la naturaleza del vínculo sentimental que mediaba entre ella y Dorilea.

En esos días, la señora de Puigvélez daba un baile; la familia Vanderpint era de las invitadas en primer término. Horacio manifestó á Merceditas que él pensaba conducir á esa fiesta á Sancta-Cœli.

—¿Antes de ser presentado? observó la joven, con natural asombro.

—Será una oportunidad para cumplir con ese requisito, repuso Horacio.

—Ese caballero te preocupa mucho. . .

—Considerablemente; nunca he visto hermanadas en un mancebo de sus años, tanta dignidad, ilustración y modestia.

Ella no había oído á su hermano expresarse en tales términos, acerca de otras personas; sabía, también, que él abrigaba de Hernán un concepto mezquino, y por esta razón le dolió la alabanza que de Sancta-Coeli se hacía.

—Me parece más propio anunciar esa presentación, dijo ella á Horacio: más propio de nosotros y más conveniente para Fabio mismo.

—Y te figuras tú que lo llevaría yo á esa casa, si él no estuviera ahí anunciado y aceptado?

—Es otra cosa, replicó Merceditas, en tono displicente.

Desde la primera visita de Fabio, su corazón era presa de inexplicables sensaciones; no podía ella pensar en su novio sin que el recuerdo del joven ingeniero se interpusiese como una sombra, frente á la evocada imagen de Hernán.

Una obsesión empezaba á atormentarla, una obsesión semejante á la que produce el fastidio; comprendía, sentía más bien, sin comprenderlo, que el apacible tenor de su existencia, acababa de sufrir un quebranto, y que su espíritu, que hasta entonces seguía un luminoso sendero, empezaba á extraviarse en las tinieblas de la duda. . .

La señora de Puigvélez, viuda de un ilustre es-

tadista y madre de una de las muchachas más donosas de Santiago, abría con mucha liberalidad sus salones á la aristocracia del talento: hombres públicos, artistas y literatos se congregaban los días jueves en aquel ameno, hospitalario recinto.

Horacio había ideado un proyecto, lo había considerado bajo todas sus faces, y, como Dios cuando hizo el mundo, había dicho para su capote: —Mi proyecto es un buen proyecto. La Elenita Puigvélez había tenido su última decisiva disputa con Florián Navarra, el más reciente de sus innumerables caprichos. Sabedor de la noticia, Horacio pensó:—He ahí un corazoncito vacante que convendría mucho á mi amigo Sancta-Coeli.

Fué el origen de su proyecto, un matrimonio entre Elenita y Fabio.

La noche del baile, la señora de Puigvélez dijo al nuevo amigo que Horacio le presentaba:

—Vanderpint me ha hablado mucho de usted, y con tanta elocuencia, que yo aguardaba impaciente su primera visita.

—Grande honor para mí, señora, respondió Fabio: aun conociendo las virtudes que á usted la adornan, no me había atrevido á presumir esta acogida tan lisonjera.

La dueña de casa llamó á su hija, y después de presentarla á Sancta-Coeli, añadió:

—Es el famoso ingeniero que nos ha recomendado Vanderpint.

—Oh señora, protestó Fabio, confundido: disculpe mi audacia, pero *famoso* está de más.

—Chitón, repuso ella, con un gesto exquisito: no olvide usted que su envidiable reputación es lo que le ha abierto las puertas de mi casa; faltaría usted al pacto haciéndola desmerecer.

Deslumbrado por esa amabilidad y ese ingenio, deslumbrado por la donosura de la señorita Puigvélez, Fabio no encontró respuesta adecuada, se sonrojó un poco, y tuvo Horacio que acudir en su auxilio, observando:

—Mi amigo posee talento para dar y prestar; pero su cualidad sobresaliente es la modestia.

Fabio bailó tres ó cuatro veces con Elenita, y en ese intervalo se conocieron los dos recíproca y ventajosamente. La niña, despierta y sagaz, supo descubrir en su compañero de baile hermosas prendas de espíritu y una educación refinada de la que conocía raros ejemplos. Fabio admiró las perfecciones de su linda pareja y se olvidó un poco de la adorada Merceditas. Ésta le hizo reproches, momentos después, cuando él fué á pedirle unas cuadrillas que preludiaba la orquesta.

—Viene usted cuando todos mis bailes están comprometidos, le observó, mostrándole una tarjetita de marfil cubierta de nombres.

—Señorita, lo deploro, balbuceó el joven: habría sido para mí un placer sin igual...

Y ella, bruscamente:

—¿Cómo encuentra á la Elenita Puigvélez?

preguntó: lo he visto atenderla con interés notorio.

—Antes de conocerla á usted, señorita, repuso Fabio, habría afirmado que esa joven era una preciosa criatura.

—Afirmelo no más, exclamó, con afectada indiferencia, Merceditas: yo estoy, como vulgarmente se dice, fuera de combate, en el torneo de la galantería.

—He cometido un desliz, caviló Sancta-Coeli: no es cuerdo ponderar la hermosura de una doncella, á las barbas de otra doncella que también presume de hermosa.

Y, para atenuar el mal efecto de su intempestivo entusiasmo:

—Si la hija no carece de gracia, observó, la madre es positivamente encantadora.

—¿Tanto como la mía, verdad? dijo la hermana de Horacio, con malicia esta vez, con el deliberado empeño de chafar á su contrincante.

Fabio se incomodó:

—Usted quiere atormentarme, señorita; le aseguro á usted que no lo merezco.

—Es que descubro, entre las muchas virtudes de usted, un defectillo, Fabio: tiene mala memoria, olvida á los amigos viejos por los nuevos.

¡Los amigos viejos, dichosa idea! Ella, su vieja amiga, ¡la que ocho días ántes se imaginaba que el apellido de él era Martínez!

—¡Usted se engaña, Mercedes, contestó ajitado, y sólo engañándose puede juzgarme mal!

Se apartó de ella, pensativo, casi triste ¿Á dónde iría á rematar todo eso?

Las palabras de Fabio, lejos de tranquilizar á la niña, la habían irritado profundamente. Ese dechado de cualidades viriles se le antojaba una absurda mezcla de indiscreción y timidez: circunspecto cuando era oportuno ser franco; audaz cuando la reserva se imponía.

Hernán pasaba cerca de ella, lo llamó:

—¿Qué le parece? Fabio no me ha pedido un solo baile.

—Lo he visto con usted hace poco, contestó Dorilea: creí que venía á invitarla.

—¡Á estas horas, prorrumpió Merceditas, cuando todos mis compromisos están completos!

—Es raro, murmuró Hernán: el señor de Sancta-Cœli es todo un caballero, ha sido introducido por ustedes en estos salones, y no se explica tal negligencia. . .

—Será menos caballero de lo que presumen, advirtió la niña, en tono desapacible.

Una inquietud repentina se apoderó de Hernán. Era forzoso admitir que había sido imprudencia rodear á ese advenedizo de una atmósfera tan brillante. ¿Si tendría el intruso la temeraria intención de arrebatarse, también, su prometida?

—Es un joven educado, respondió, con fingida calma; pero, al través de esa cultura superficial, se divisan los instintos groseros de la gente de baja estofa. ¿Sabemos acaso á qué familia pertenece?

—¿Se imagina usted que no es persona de nuestra clase? prorrumpió Merceditas, airada, dispuesta á seguir á su novio en el terreno de las suposiciones malignas.

Hernán encogió los hombros.

—¡Quién sabe! balbuceó.

En el corazón de la joven se sublevaron los sentimientos generosos:

—Nó, no puede ser, dijo, con una volubilidad nerviosa: Sancta-Cœli es miembro de una noble casa extranjera, Horacio lo garantiza, los deudos de Fabio ocupan en Roma una elevada situación social...

Y satisfecha de haber dado esta explicación en homenaje del ausente, añadió sonriendo:

—¿No se ha fijado usted en las atenciones que tributa á Elenita?... Eso lo justifica todo.

—Está en su derecho, repuso Dorilea, y no hay razón plausible para vituperarlo: ¡que la suerte lo acompañe!

Esa noche, Fabio quedó comprometido á acudir semanalmente á la tertulia de la señora de Puigvélez. Otra egregia dama lo convidó á su té de los martes, y diversas familias, además, le arrancaron la promesa de una visita.

—¡Bien marcha la cosa! decía Horacio á su hermana, en días posteriores: Fabio ha entrado triunfalmente en la calle de las Agustinas, y ha dejado en el espíritu de Elena y de su madre una impresión soberbia.

En la primera oportunidad, Merceditas felicitó á Sancta-Cœli por sus progresos sociales.

—Es usted un conquistador, le observó: adonde quiera que vaya, lo reciben con los brazos abiertos. Un consejo de amiga, agregó: la Elena Puigvélez es muy coqueta, ha despedido ya á seis ó siete pretendientes; conquie, ¡cuidado!

—No tema usted por mí, declaró el joven, sereno: yo no soy el *número ocho*.

—¡Cómo disimula! pensó la niña.

Y en voz alta:

—¡Sabe que me gusta su protesta! exclamó: ¡se me ocurre que Elenita no es indigna del cariño de usted, caballero!

—¡Oh señorita, el indigno sería yo, llegado el caso!

—Suponga usted que Elenita lo quiere, que se lo prueba con inequívocas demostraciones...

—Rehusaría... humildemente, respondió Fabio.

—Con todo, usted se ha impuesto la obligación de ir á sus jueves.

—*Eso...* nada tiene que ver con... *lo otro*.

—¿Con *lo otro*? Veamos si es usted sincero. El próximo jueves cae mi cumpleaños; usted vendrá á saludarme, por cierto.

—Será un grato deber.

—Un gusto obligatorio, convenido. Pero... entonces, usted no podrá acudir á la velada de las Puigvélez...

—Otro deber, que no excluye al primero.

—¿El día de mi cumpleaños no comerá usted en mi casa? profirió Merceditas, aparentando el mayor asombro.

—¿Por qué nó? Enviaré á las Puigvélez tarjeta de excusa por la comida, é iré á verlas en la noche.

—¡Magnífico, amigo mío: usted toma la sopa con nosotros, y á los postres pide su sombrero para dirigirse á otra fiesta!.. ¡Eso *no se hace*, señor de Sancta-Cœli!

—Ya que eso no se hace, y usted lo exige... no lo haré.

—¿Qué le he exigido? protestó Merceditas. Nada, absolutamente. Le he dado á entender tan sólo, que usted debe elegir entre las Puigvélez y nosotros.

—Más claro, entre Elenita y usted.

—Justo, entre Elenita y yo.

—La elección no es dudosa: enviaré tarjeta de excusa por la comida y también por la velada.

Ella lo miró, con una mirada de gratitud, elocuente y dulce, expresión deliciosa del regocijo que le inundaba el pecho.

No trató de explicarse por qué su corazón reía, por qué experimentaba un malévolo placer, ante la idea de que, la semana inmediata, Fabio no iría á la tertulia de las Puigvélez. Rehacia á todo análisis de sentimientos, le satisfacía la certidumbre de haberse dado un gusto; lo demás, en el fondo de su alma inculta, era bien lóbrego é inextricable...

—¡Una mala nota para el amigo Fabio! exclamó la señora de Puigvélez, cuando, el jueves siguiente, el joven hizo su visita.

—¿Por qué no vino? ¿estaba enfermo? añadió Elenita, con voz severa.

—Lo esperamos hasta el último momento, prosiguió la señora. Es una lástima que no haya venido, se habría encontrado en casa con viejas amistades: ¿se acuerda usted de Jorge Pátrickson?

—Pátrickson... Pá... trick... son, repitió Sancta-Coeli... Tengo un recuerdo vago... sí, ya estoy, un señor corpulento, de patillas rubias y ojos azules...

—El mismo. Se ofreció hablar de usted en la mesa—eranatural, desde que lo aguardábamos—y Jorge observó que lo conocía á usted mucho, que había conocido á su señor padre, un ilustre patricio...

—Más que eso, señora, interrumpió Fabio con orgullo: ¡un héroe y mártir!

La señora de Puigvélez aprobó al joven con una sonrisa, y repuso:

—Pátrickson nos refirió su muerte trágica—¡le afirmo á usted que su relato me enterneció hasta hacerme llorar!

—¡Y á mí, y á mí! dijo Elenita.

—Señora, señorita, balbuceó Fabio, con lágrimas en la voz, ¡qué hermosos corazones son los de ustedes!

—También supimos por Jorge, que usted pertenecía á una noble familia romana...

—Mi familia es honorable, señora, replicó Fabio, con grave acento: se puede ser menos, sin duda, pero... no más.

—Todo eso no justifica su ausencia, intercaló Elenita, impaciente.

—Un compromiso, contestó Fabio: don Misael Vanderpint y su amable esposa me habían favorecido con una invitación especial, para ese mismo día, cumpleaños de su hija Mercedes...

—Y entre ellos y nosotros, no vaciló usted un instante, insinuó Elenita.

Mediaba entre las dos casas una rivalidad inmanente que daba á sus mutuas relaciones un carácter de hipócrita y risueña tolerancia, más bien que de amistad leal y sincera. Las dos familias fingían estimarse mucho; mas era fácil advertir que su recíproco afecto era de mero aparato; en el fondo, lleno de reservas, quisquilloso y espantadizo.

Aunque Fabio ignoraba estas circunstancias, la actitud de Elenita Puigvélez le permitió pre-presumirlas lo bastante, para mantenerse sobre aviso.

—¡Vamos, confiese su culpa! insistió la joven, con más cariño en el tono que dureza en las palabras.

Él respondió:

—Pues bien, señorita, colocado el humilde servidor de ustedes en aquella alternativa nefasta, vaciló mucho, antes de ponerse consigo mismo

de acuerdo. ¿Sabe usted qué razón decidió mi conducta?

—¿Cuál? dijeron á un tiempo las dos señoras.

—¡La certidumbre de hallar, para ser perdonado, más indulgencia aquí... que allá!

—Usted arregla muy bien las cosas, arguyó Elenita: usted tiene respuesta para todo.

—Otra vez, advirtió la señora de Puigvélez con finura, confíe en la indulgencia de sus demás amigos... pero no en la nuestra.

—Esta mujer es la personificación de la gracia, dijo para sí Sancta-Coeli.

Y juró no volver á faltar á la obligatoria visita.

Entonces empezó para Fabio una existencia agradablemente agitada y variada. Él nunca se imaginó ser dueño de tan felices aptitudes para desempeñar en la sociedad un importante y lucido papel. Lo cierto es que, en todos los salones, descollaba, en medio de la juventud de ambos sexos, su noble y simpática figura; por donde quiera que pasase, acudían á él las adhesiones y la amistad. Á fin de no desatender, por falta de tiempo, á sus numerosos conocidos, resolvió ser muy parco en disponer de su persona, y hubo de rehusar, no sin pesadumbre, ofrecimientos muy halagadores para su amor propio.

Dos mujeres se quejaban, en su foro íntimo, de la prodigiosa fortuna de Fabio: Elena Puigvélez y Mercedes Vanderpint.

La primera se había enamorado del joven in-

geniero, brusca, desesperadamente. Con esa suspicacia peculiar á la mujer que una gran pasión domina y absorbe, Elena presumía que también Mercedes amaba á Fabio, con loco afán. Ese amor de su rival presunta le parecía monstruoso; una traición horrenda, hecha al futuro marido, tan infame y culpable como si ya estuviera ella con él, ante Dios y ante los hombres, casada. Merceditas, por su parte, era víctima de ese horrible torcedor, la duda, la duda de los que han perdido la esperanza y la fe. Martirizada por misteriosas sugerencias, incapaz de disimular su cariño creciente hacia un hombre que no era el novio elegido, el depositario de inviolable juramento, no conocía en la vida más consuelo que el de hablar siempre del perturbador de su reposo, seguir sus pasos con los ojos del cuerpo y los del espíritu, soñar con él, durmiendo, y pensar en él, despierta.

La familia, salvo el padre, advirtió con silencioso espanto ese gravísimo trastorno moral; nadie se atrevía á dar la voz de alarma, ni á buscar para la dolencia un remedio. Las apariencias se mantenían las mismas: bailes, banquetes y diarias reuniones se verificaban en medio de la acostumbrada alegría y cordialidad. Pero en ese medio el noviazgo de Merceditas con Dorilea era un fantasma cuyos vaporosos contornos se iban desvaneciendo lenta y fatalmente. Sólo don Misaël nada advertía; vivía ajeno á todo cuidado,

en la beatífica certidumbre de que el matrimonio de su hija Mercedes con Hernán Dorilea, era un negocio ajustado y definitivamente terminado.

Gracias á ese sentimiento de seguridad absoluta, no se tomaba la molestia de ocultar la admiración que le inspiraba Fabio. En las discusiones era siempre de su opinión, y sólo cuando el joven ingeniero desarrollaba sus teorías democráticas que hacían gozar á Horacio, y exasperarse á Dorilea, el viejo caballero aventuraba tímidas objeciones, que Fabio combatía victoriosamente, alentado por los aplausos de doña Emiliana y Merceditas. Y á fe, el lenguaje pulcro y discreto del joven demócrata le permitía pregonar, sin dar lugar á protesta, los dogmas de su catecismo humanitario y social. Sobre todo cuando atacaba al peor enemigo del bienestar humano, al individualismo egoísta, que él sentía personificado en su amigo don Misael Vanderpint, hacía gala de una elocuencia persuasiva é insinuante, que cautivaba á su auditorio y que Horacio mismo le envidiaba.

—Ese mozo profesa doctrinas peligrosas, decía á veces á don Misael, Dorilea, muy seriamente.

—Es un utopista, contestaba, riéndose, el futuro suegro de Hernán: ¿qué peligro puede haber en lo impracticable?

Pero Hernán, más entendido que su futuro suegro, en política y sociología, replicaba, refunfuñando:

—Y si en lugar de un hombre así, hubiera en Chile diez, ciento, millares, ¿qué sería de nosotros?

Don Misael encogía los hombros, y Hernán iba á concluir la controversia con su novia.

Sancta-Cœli, le decía, llenaba la casa con su sola presencia, no había más que él; y empezaba á parecer ridícula esa adoración permanente hacia un sujeto que estaba muy distante de ser un prodigio.

Merceditas escuchaba, indolente y pasiva; las quejas de su futuro la importunaban, sin conmovérle; era un extraño tedio del espíritu que no le permitía contestar siquiera, para rogar al otro que la dejase en paz. En cambio, los menores movimientos de Sancta-Cœli, sus palabras, el sonido de su voz la atraían, la seducían con irresistible fuerza; ella se dejaba dominar por la fascinación poderosa que irradiaba Fabio alrededor suyo, y en su alma la pasión de los celos la mortificaba sin tregua, obligándola á vivir en un estado de persistente inquietud. Le era intolerable que Fabio aludiese á la Elenita Puigvélez, y en dos ó tres ocasiones había hallado un maligno placer en obligarlo á faltar á sus compromisos con ella.

Otros acontecimientos vinieron á complicar la crisis en que su espíritu se revolcaba impotente. Las predicciones políticas de Jacobito se habían cumplido al pie de la letra. Ciertas discusiones

entre los Ministros de Estado, habían traído su renuncia colectiva; el Presidente había formado un gabinete de su exclusiva elección, y había clausurado las sesiones del Congreso. De ahí nuevas alarmas, fomentadas en el país por obra de politiqueros más ó menos sinceramente asustadizos.

Dorilea, que acababa de recibir noticia de aquel trastorno ministerial, había llegado á la casa de su novia en una situación de ánimo execrable, y, como Horacio estuviese presente, trabó con él una ruidosa querella, poblada de expresiones duras.

Hernán invocó el apoyo moral de Merceditas; pero parecía que una montaña de hielo se había levantado entre los dos novios. Merceditas reputó que la política no era cosa de mujeres, y que, en su opinión, era una verdadera niñada que hombres cuerdos se insultasen por tan fútiles motivos.

Los incidentes de esta índole se repitieron á menudo, algunos de ellos en presencia de Fabio. Pero Sancta-Cœli, invitado á pronunciarse, jamás terciaba en dichas controversias. Tenía sus ideas propias, tan distintas de las de Hernán como de las que Horacio defendía.

Una noche que Merceditas y Hernán se hallaban solos, ella dijo á éste:

—¿No ha notado que Sancta-Cœli se prodiga mucho en otras partes, y á nosotros nos visita lo menos posible? Pasa semanas enteras sin venir á

casa, y me consta que acude puntualmente á los lunes de las Cangallos y á los jueves de las Puigvélez...

Hernán frunció el entrecejo, y no respondió.

—Ese joven es muy ingrato, prosiguió ella: parece olvidar que nos debe todas sus buenas relaciones.

Dorilea repuso con pausado acento:

—Es natural que Sancta-Cœli prefiera las casas donde hay mujeres bonitas; aquí no encuentran campo las expansiones de su corazón...

—¿Lo cree usted así? interrogó Merceditas.

—¿Y por qué nó? Comprendo que si usted fuera libre...

—¡Me parece que lo soy, para tener amigos! exclamó ella, con energía.

Hernán vaciló unos pocos segundos, y, sin abandonar su cachaza:

—Usted se preocupa demasiado de ese caballero, Mercedes, observó: á veces me es muy sensible el papel opaco á que se me reduce.

—¿Se figura usted que mis sentimientos han cambiado? protestó Merceditas, en un tono tal, que era la mejor respuesta á su propia pregunta.

—Si eso me imaginase, yô no estaría aquí, dijo Hernán suavemente. Lo único que advierto es que usted también se deja arrastrar por los impulsos de simpatía que Santa-Cœli en todas partes provoca; mas no haré á usted la injuria de suponerla infiel á la fe jurada.

—Se expresa usted muy razonablemente, amigo mío; no tendría usted en qué fundarse para sospechar semejante cosa...

Se separaron casi felices, después de esta entrevista; á la vuelta de pocos días Hernán trajo á la casa una nueva importante.

—Gran suceso, Mercedes, dijo al saludarla: ¡el ilustrísimo y reverendísimo Arzobispo se dignará bendecir nuestra unión, y acudirá á la ceremonia todo el cuerpo diplomático!

La novedad no produjo el deseado efecto.

—¿Qué no da lo mismo, preguntó Merceditas, casarse ante un cura cualquiera?

Doña Emiliana la reconvinó dulcemente. Á los ojos de Dios era igual casarse ante un cura cualquiera; pero á los ojos de la sociedad tenía mayor mérito una ceremonia solemne, y de todos modos debían agradecerse á Hernán las molestias que se imponía para dar á la boda el brillo necesario.

Merceditas tendió la mano á su novio, le pidió que perdonase su impertinencia. Se sentía mala de salud desde algún tiempo, un vago malestar le desequilibraba todo el organismo, y á ese malestar debía atribuirse su humor desigual.

Jacobito Malrasca quería vengarse de Fabio: eso se le había metido entre ceja y ceja. ¿Por qué? Porque la Elenita Puigvélez le había dado con las puertas de su corazón en las narices, y en seguida se las había abierto á Fabio de par en par.

Pero era menester andar con mucho tino. Jacobito sentía á Fabio capaz de aventarlo de un papirote.

El muñeco pensó en Dorilea. Ambos profesaban á Sancta-Cœli la misma cordial antipatía; lo detestaban, entre otras razones, por su puritanismo y su intransigente rectitud. Todas las tentativas de Hernán y de Malrasca para conducir al joven ingeniero á lugares dudosos, se habían estrellado en una resistencia tranquila é incontrastable.

Una noche, después de haber comido los tres en casa de los padres de Mercedes, Hernán dijo:

—Hoy estamos convidados, Jacobo y yo, á una fiestecilla en casa de la Finojosa...

—¡Sólo para hombres! interrumpió Jacobito.

—Sancta-Cœli, prosiguió Dorilea: usted no puede rehusarnos su compañía.

—¿De qué se trata? interrogó Fabio.

—De una cena entre jóvenes, repuso Jacobito. Hernán quiere despedirse de las juveniles locuras, antes de entrar á ejercer el sacerdocio de marido.

—Yo soy un triste huésped en esas amenas reuniones, contestó Fabio: en vez de contribuir al común regocijo, estorbaría.

—Vaya no más, Sancta Cœli, insinuó doña Emiliana. Usted comprende que no se trata de nada positivamente censurable.

—¡Hem! tosió Merceditas, yo no abrigo mucha confianza respecto de la Finojosa y sus célebres

valdivianos. ¿Por qué dice Jacobo: sólo para hombres? ¿Por qué no nos han explicado nunca en qué consisten esas fiestas?... ¡No vaya, Fabio, no vaya!

—Iré, Merceditas, exclamó Sancta-Cœli, y le prometo una descripción de lo que haya visto.

—Precisamente, aprobó doña Emiliana, sonriéndose.

Los tres jóvenes se despidieron. Merceditas dijo en voz baja á Fabio:

—¡Usted me ha prometido contármelo todo!

—¡Y cumpliré mi promesa, señorita!

Ella tenía curiosidad de saber lo que significaban esas fiestas *para hombres solos*, y confiaba en la lealtad de Fabio, á fin de salir de dudas.

Pero Fabio, interrogado por ella posteriormente, eludió la contestación prometida. Merceditas insistió, cobró la palabra empeñada, concluyó suplicándole que le dijese la verdad.

Fabio había resistido generosamente á estas solicitudes, por no perjudicar á Malrasca, y sobre todo á Dorilea. Luego pensó que era inútil el disimulo, desde que Merceditas podía imaginarse cosas horribles, y confundirlos á los tres en la severidad de su censura.

Una palabra de la niña inclinó la voluntad de él, vacilante:

—Dígame la verdad, Fabio, ¡y á mi turno le divulgaré un secreto!

Se golpeaba las pequeñas manos, una con otra,

impaciente; su fino cuerpo se estremecía, como si la curiosidad estuviese hirviendo en él.

Fabio empezó:

—Imagínese usted que es un amigo, y no pare mientes en la crudeza de mis expresiones. Yo no sé hablar en perífrasis y circunloquios; al pan lo llamo pan y al vino, vino.

—Eso es, aplaudió ella, picarescamente: pan, pan; vino, vino.

Fabio empezó:

—Al salir de aquí, un coche nos condujo á una calle distante. Nos detuvimos frente á una casa de altos, de hermoso aspecto, según lo pude comprobar a la luz de un farol cercano. Dorilea llamó.

—Quién es, dijo una voz desde adentro.—Yo.—¿Dorilea?—Sí, abra... Entramos en fila, Hernán primero, en seguida Malrasca, yo último. Era un zaguán lóbrego, después un patio lóbrego también; otro pasadizo, á la derecha, y luego un patio más grande, inundado de claridad. Salía la luz de una habitación del lado izquierdo, por una ancha ventana, y la despedía una lámpara de cobre puesta sobre una mesa central, cargada, además, de innumerables botellas. Me había quedado en la penumbra, observando ese interior para mí del todo imprevisto. Había cuadros en los muros; yo veía dos y la esquina del marco de un tercero. Erán malas oleografías, que representaban mujeres... cualesquiera, menos el traje

—¡Un atavío fantástico!

—Como el de la madre Eva...

—¡Qué horror! exclamó la niña.

—Feo simplemente, dijo Fabio, calmoso: y como acostumbro apartar de mi vida todo lo que me parece feo y me repugna, distraje la vista de aquel espectáculo, y me preparaba á sustraer mis narices al perverso olor á cerveza y á humanidad sucia, que despedía aquel recinto, cuando me llamó la atención la voz de Dorilea:—¿Dónde está Niobé?... Alguien, oculto para mí, exclamó:—¡Chit! Pancho Escalina va á hacer una prueba de equilibrio: á la una, á las dos, á las... Yo estaba observando los muebles ajados y vulgares, en el momento en que un individuo ponía sobre la consabida mesa ambas manos, echaba los pies al aire, y lograba ponerse recto como una flecha, en la posición invertida de todo su cuerpo...

—Yo he visto eso en los circos, observó Merceditas.

—Fué una ilusión de dos segundos, continuó Fabio: el improvisado saltimbanqui perdió su centro de gravedad súbitamente, y cayó sobre la lámpara, produciendo una batahola y una confusión indescriptibles, pues la estancia quedó sumergida en completa oscuridad.

—¡Pobre joven! murmuró Merceditas.

—La misma reflexión hice yo; pero un estallido de carcajadas y de exclamaciones chocarreras me convencieron de que mi conmiseración era tan

importuna como mi presencia en ese sitio, y sin decir agua va, me retiré tranquilamente.

—¿Y el valdiviano? preguntó la niña, con voz infantil.

Sancta-Coeli soltó la risa:

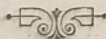
—No ve usted que se han querido burlar de mí Malrasca y Dorilea, replicó, echando la cosa á broma. Pero, pierda usted cuidado, algún día me la pagarán cumplidamente.

La risa de Fabio había irritado la sensibilidad de Merceditas. Se puso seria y dijo:

—Porque es usted bueno y generoso, trata de echar á broma el indigno abuso de que ha sido víctima; ¡pero yo no perdonaré jamás á Hernán lo que con usted se ha permitido!

—¡Oh, Merceditas, suplicó Fabio, yo deploraría mi complacencia si usted quisiese sacar de mi cuento desfavorables deducciones! ¡Ha sido una broma y como tal debe considerarse!

—¡Nó! prorrumpió ella, exaltada, poniéndose de pie: ¡basta ya de mentiras y de fingimientos! Le he prometido á usted una revelación, aquí la tiene: ¡Yo no quiero, yo no he querido nunca á Hernán Dorilea!





CAPÍTULO XX

¡Maldito Fabio!

Después de haber firmado una escritura en la notaría de Meléndez, don Pablo de la Tordoya se dirigía á su casa á toda prisa. La certidumbre de haber realizado un buen negocio le estimulaba el apetito; se sentía liviano de cuerpo y contento de corazón. Caminaba precipitadamente, distraídamente, rumiando alegres ideas; de trecho en trecho, se restregaba las manos, lanzaba interjecciones de regocijo que hacían volver la cabeza á los transeuntes. Alguien, que llevaba opuesta dirección, lo saludó al pasar:

—¡Don Pablo, muy buenos días!

El industrial se detuvo, alzó la vista, y, reconociendo á Castorín Silvela:

—¡Hola, chico! replicó, buenos días; supongo que no habrás almorzado.

—Á eso voy, dijo Silvela; á eso, precisamente.

—Pues, lo mismo se almuerza en mi casa que en la tuya; acompáñame.

—Es que... balbuceó Castorín, indeciso.

—Es que... ¿qué? prorrumpió, con autoridad, el padre de Clara.

—Iba á consultar, de paso, á nuestro presidente.

—Á Ruperto del Carmen... ¿Sobre qué asunto? Salvo que haya indiscreción.

—Ninguna: se trata de unos bastidores nuevos que solicita Pantoja para su comedia; no sé si el Consejo desee autorizar el desembolso.

—Si es lo único que te impide almorzar conmigo, la dificultad se salva invitando también á Solís: entre dos platos, resolveremos la cuestión de los bastidores... Ó, más bien, añadió el padre de Clara, cambiando de idea, yo iré á buscar al presidente, mientras tú te marchas á casa, á avisar que nos esperen...

—Como usted guste, don Pablo, repuso Castorín.

Ruperto del Carmen se sentaba á la mesa cuando don Pablo de la Tordoya se presentó á preguntar por él.

—¿Qué me lo trae por acá, querido colega? exclamó, en tono amistoso, el presidente.

Don Pablo dió explicaciones. Tenían que con-

versar sobre asuntos de la mayor importancia, los unos concernientes á la Sociedad, los otros de carácter reservado: ¿querría el amigo Solís acompañarlo á almorzar?

Ruperto del Carmen alegó lo intempestivo del convite; no podía, sin causa justa, hacer un desaire á las chuletas de su Maritornes. Pero ¿qué inconveniente había para que don Pablo participara de su modesto almuerzo?

El industrial replicó refiriéndose á su compromiso con Silvela; él tampoco podía ofender á este buen amigo.

—Lo aguardo esta noche, entonces, concluyó: charlaremos reposadamente alrededor de una mala taza de té... Conqué, ¡no me falte! Necesito de sus luces para resolver un negocio que me viene mortificando desde há tiempo, y que hoy mismo he empezado á poner en práctica.

—¿De veras? interrogó Solís, y ¿qué negocio es ese?

Nunca había visto á don Pablo con el semblante más risueño.

El otro repuso:

—Es un secreto que le revelaré en hora oportuna, esta noche, vamos, como está convenido...

Ruperto del Carmen tuvo una curiosidad.

—Escuche, don Pablo, profirió: si su negocio no es una broma, iré esta noche á su casa, pues tengo en otra parte ocupaciones que solicitan mi atención preferente.

Don Pablo, ya con un pie en el umbral, dió media vuelta:

—¿Bróma, dice usted, compañero? Pues, se engaña mucho. ¿Se acuerda usted de aquel edificio, objeto de mi codicia...?

—Merced, esquina de San Antonio...

—Ya es mío; por un precio insolente, eso sí; estoy por figurarme que ese Barrabás de vendedor había adivinado mis intenciones, y me ha cobrado por el inmueble lo que le ha dado la gana.

Solís comenzaba á comprender. Don Pablo era para la "Unión Fraternal," un cuerno de abundancia; tratándose de ella no le dolían sacrificios, y el presidente, en repetidas ocasiones, le había oído decir que la Sociedad debía tener casa propia en un lugar más céntrico y más vasto.

—No haya cometido usted una locura, colega, le observó.

—¡Locura! ¿Llama usted locura la cosa más cuerda que puede ejecutar un padre? Vamos, amigo mío, no quiero abusar de su paciencia, ni exasperar su legítima indiscreción... el grandioso proyecto que constituye mi exclusivo afán del momento presente es... ¡casar á mi hija!

—¡Con Silvela! prorrumpió Solís, movido por un estremecimiento de asombro.

Y don Pablo, haciendo oscilar el índice de la diestra:

—No amigazo, no es ese el dichoso novio... Propiamente, no hay novio todavía, no hay más que

la novia. Pero ¡qué novia, Ruperto! ¡qué lindura! ¡qué proporción! ¡Con casa, Ruperto!... porque de ella es la casa, está inscrita á su nombre, en el Conservador de Bienes Raíces; y además... además, tres mil patacones anuales... ¡para alfileres!

Solís se había quedado pensativo.

Luego advirtió:

—Clara, sin duda alguna, es, en esas condiciones, un premio gordo de lotería.

—Sí, colega, prosiguió don Pablo, irguiéndose ufano y satisfecho: la chica, la casa y el dinero están á la órden del afortunado aspirante... Y ahora, amigo mío, por poco que usted me ayude...

Solís dió nn salto.

—¡Caracoles, Tordoya! prorrumpió: ¡usted olvida los cincuenta i pico que llevo sobre mis hombros!

Don Pablo soltó una carcajada bulliciosa. ¡No dejaba de ser peregrina la presunción del presidente! ¡Sus cincuenta y pico! El pico, sobre todo, le hacía muchísima gracia... Hubo de sentarse, porque la explosión de risa le hacía perder el equilibrio; y una vez sentado siguió riéndose hasta desencajarse las mandíbulas, mientras el presidente lo miraba atónito.

Cuando don Pablo hubo recuperado su seriedad, Solís le dijo formalmente:

—Entendámonos, apreciable colega: usted viene á solicitar mi concurso; en toda circunstancia

ha estado á su disposición; dígame tan sólo, en qué puedo servirlo. . .

— Eso es, respondió don Pablo: hablemos como personas sesudas, que deliberan sobre un negocio grave. . . Usted conoce á Fabio Albemar de Sancta-Cœli, conoce las expectativas de Clara tocante á ese distinguido mancebo. . . Yo, como padre y como amigo, le pregunto á usted en tono solemne: ese joven ¿se decide. . . ó no se decide?

—¿Á qué, amigo mio? interrogó plácidamente Solís.

—Colega, continuó el padre de Clara: sea usted franco. Sancta-Cœli vale mucho para mí, lo confieso; pero si rehusa, ¿qué le hemos de hacer? buscaremos otra cosa. . . Respóndame sin vacilar: ¿está Fabio dispuesto á casarse. . . ó nó?

El presidente, que había escuchado á su interlocutor con una sonrisita burlesca, se echó a reír, á su vez, estrepitosamente, diciendo, entre hipos de risa:

— Se casa. . . sí. . . estimado Tordoya. . . se casa, pero. . . ¡no con esa!

De repente se heló la risa en sus labios: el industrial acababa de ponerse lívido, dejaba caer la cabeza, víctima de un síncope.

Ruperto del Carmen se precipitó á favorecerlo.

—¿Qué tiene? ¿qué le pasa? ¿Si estará usted todavía en ayunas?

Don Pablo hizo una señal afirmativa.

—¡Qué imprudencia! exclamó Solís, ofreciéndole una copita de *cognac*.

Él la rechazó suavemente; se había repuesto del ataque, un vértigo repentino, sin gravedad ni importancia.

—Es muy malo reirse en ayunas, observó Solís, en tono sentencioso: la risa es veneno para un estómago vacío.

—No, colega, replicó don Pablo, humildemente: no disimule. Usted demasiado concibe que esa inesperada noticia ha sido para mí un tremendo golpe... ¡Quién se lo había de figurar! ¡Un sujeto que parecía tan decente! Traicionarnos de esa manera ignominiosa! Y Clara, la pobrecita ¡qué va á decir! ¡Ella, que se había convertido en defensora del ingrato; que había puesto pecho valiente á las acusaciones justas... justísimas que contra él se dirigían!

—Es un malhadado contratiempo, murmuró Ruperto del Carmen, compungido.

Le habría gustado consolar esa angustia, y no hallaba en su corazón y en su mente sino expresiones de un sentimentalismo trivial.

Don Pablo continuaba lamentándose. ¡Ah, si el colega Solís hubiese mostrado algun empeño, si hubiese sabido persuadir á Fabio! ¡Clara confiaba en la amistad de los dos, para arreglar satisfactoriamente las cosas!

El presidente protestó que había hecho lo posible; le había halagado tanto ese proyecto, que

celebrada su realización con anticipado gozo, como un triunfo suyo, personal...

Don Pablo lo interrumpió, enardecido por instantánea furia. Era falso que el colega hubiese tentado lo posible; la verdad, que no se había preocupado ni poco ni mucho de la suerte de la infeliz chiquilla. Estaba visto: había desechado la oportunidad más brillante para manifestar sus benévolos sentimientos; había sido remiso i negligente; había escatimado su influencia, como si se tratase de ahorrar dinero... ¡Y los había mantenido, á su hija y á él, en engañosas ilusiones, alimentándolos con ridículas esperanzas!

Solís trataba de apaciguar esa cólera ciega. Sabía que don Pablo era un niño grande: los acontecimientos adversos ó propicios le impresionaban fuertemente; las oscilaciones de la fortuna lo hacían pasar, con pueril lijereza, del llanto á la risa y de la risa al llanto...

El padre de Clara había cogido su sombrero; Solís lo detuvo:

—No se irá usted así, querido colega, suplicó; tranquilícese un poco...

Pero él lanzó un rugido:

—¡Déjeme usted en paz! ¡yo no soy colega ni amigo suyo!

Salió, y echó á andar por la calle como hombre ebrio; á cada paso se acrecentaba la ira que hervía en su pecho á borbotones. Apretaba los dientes, y, en la completa dispersión de sus fa-

cultades de raciocinio, sólo encontraba palabras para jurar y maldecir: ¡Maldita casa!.. ¡maldito Fabio!.. ¡Solís maldito!

Al llegar á su vivienda, espantó á los suyos con la terrorífica expresión de su rostro inyectado de bilis. Silvela, que media hora antes lo había dejado alegre como un jilguero, no acertaba á columbrar el motivo de ese súbito y radical trastorno. Clara y su madre se hacían mudas interrogaciones; don Pablo no daba más razón de su formidable enojo, que esas exclamaciones malederas:

— ¡Maldito Solís! ¡maldito Fabio! ¡maldita casa!

Por último, Clara, que desempeñaba en la familia el magisterio de autoridad suprema, interpelló á su padre con acento imperioso:

— Señor, ¿qué hace usted? ¿ha perdido el juicio? ¡Díganos pronto lo que ocurre! ¡Sáquenos de esta inquietud que nos atormenta!

— ¡Maldito Solís! bramó nuevamente don Pablo.

— ¡Eso nada explica! protestó la joven con dureza: ¡díganos qué sucede, qué disgusto le ha causado Solís, que justifique ese terrible enojo!

Dominado por la actitud de Clara, el industrial repuso mansamente:

— Solís nos traiciona, chiquilla; es un mal amigo, un execrable amigo, el peor de todos... ¡maldito Solís!

— Pero, esa traición ¿en qué consiste? preguntó Clara con ansiedad.

—Él tiene toda la culpa, prosiguió don Pablo: si tu felicidad le hubiera inspirado el menor interés, habría sabido impedir ese matrimonio, y hoy... ¡no se casaría con otra!

—¿Es posible? prorrumpió Silvela: ¡nuestro digno presidente se casa, y nada sabíamos!

—Eres un bobo, Castorín, replicó don Pablo con severidad, ¿quién te habla del presidente?

—Yo no soy un bobo, protestó, agraviado, el tapicero: usted nos acaba de anunciar que Solís se casa con otra, y que eso es una traición. Lo que autoriza la sospecha de que antes de la *otra* hubo la *una*, y que esa *una* es víctima de la traición del presidente. ¿No interpretan ustedes así, señoras, la noticia que don Pablo nos trae?

—Repito que eres un bobo, acentuó el padre de Clara: el que se casa con otra no es Solís, sino Fabio de Sancta-Cœli... Si, hija mía, otra te birla el novio, he ahí la verdad, ¡la triste verdad!..

Clara palideció. En vano su padre, con la más sana intención, sin duda, había empleado esos circunloquios á fin de atenuar el efecto de la aterradora noticia: el golpe repercutió en el corazón de la joven como estocada aleve, que la hubiese vulnerado en las fuentes mismas de la vida. Clara palideció; mas luego, mediante una reacción violenta y rápida, se sonrojaron sus carrillos y se humedecieron sus ojos; y finalmente, por sobre toda esa convulsión fisiológica, prevaleció su fuerza de voluntad incontrastable; se sosegaron sus ner-

vios, y su faz recobró su sereno aspecto normal. Su turbación había durado unos pocos segundos; no había dejado en su fisonomía la menor huella.

A las últimas palabras de don Pablo había sucedido un prolongado silencio. Clara lo interrumpió, diciendo, risueña casi, y del todo tranquilizada:

—¿De dónde, papá, saca usted que Fabio ha sido mi novio? Le aseguro que nunca he pretendido...

Don Pablo abrió tamaña boca; la estupefacción lo dejó extático.

—¿Y ese es todo el origen de su disgusto? añadió la niña con ingenuidad y soltura. Yo me había imaginado un accidente, una ofensa grave, y ahora... ¿qué resulta? ¡una tempestad en un vaso de agua!

— De todas maneras, objetó don Pablo, ese demonio de Solís me ha hecho pasar un malísimo cuarto de hora. Mientras lo invito á almorzar con nosotros, él, sin ninguna especie de preámbulo, me dispara de sopetón la noticia, como quien pega un tiro por la espalda. Yo, que vivía en la creencia de que Sancta-Cœli aspiraba á tu mano, me puse mayormente furioso. Ahora mismo, después de tus explicaciones, sigo creyendo que ese muchacho ha cometido con nosotros una avilantez...

Más adelante, en la mesa, Clara y Castorín tra-

taron de dar á la charla nuevos rumbos; pero don Pablo volvía mañosamente á aludir á la imperdonable defección de Sancta-Cœli, como si este acontecimiento le ocasionase agudo pesar. Meneaba la cabeza, agobiado, al parecer, por una pesadumbre indecisa, y murmuraba contra la suerte, que no había permitido que se produjera entre Clara y Fabio un acuerdo irrevocable.

Castorín juzgó oportuno aventurar opinión sobre tan delicado tema. Clara, á su juicio, había procedido con admirable cordura no dejándose fascinar por las seductoras apariencias de ese intruso orgulloso. Porque ella pertenecía, de hecho y de derecho, al gremio de los artesanos, formaba parte indivisible de la "Unión Fraternal"; mientras que Fabio, en ese círculo, era un ingerto, una rama postiza, que convenía podar sin dilación.

Ese pelafustán, con sus embolismos, había sembrado entre los socios la cizaña de la discordia, á fin de saciar sus ambiciones voraces. Para nadie era un misterio que Fabio capitaneaba un grupo de disidentes, los cuales pretendían burlar los estatutos fundamentales de la "Unión" mezclándose en los conflictos políticos. Bien merecía el improvisado cacique ser calificado de traidor, como que ejercía en la Sociedad una influencia maléfica y corruptora; ¡y era incomprensiblemente extraño que aquélla aún lo tolerase en su seno!

—¡Hablas como un libro, Castorín! exclamó

don Pablo, deslumbrado por la florida retórica de su huésped. Y es tan positivo y cierto lo que dices, que Sancta-Cœli nos ha amenazado en diversas ocasiones con su renuncia, y otras tantas veces ha sido disuadido por Solís.

—La verdadera amenaza es que se quede, advirtió Silvela. Esos amagos de renuncia son argucias del mozo, que, en caso de apuro, quiere tener pronta una escapatoria honorable.

La conversación continuó sobre la misma pauta. Predispuestos los ánimos á cometer cualquiera injusticia, se convino en que Sancta-Cœli era el perturbador de la disciplina y armonía social, el espíritu tenebroso, que todo lo contaminaba y corrompía.

Clara trataba de defenderlo, alegando la abnegación con que él siempre había servido á la Sociedad, y cuánta gracia era en él preferir el comercio del pobre pueblo á las relaciones brillantes que podía cultivar entre las jentes de gran tono. Lo único que perjudicaba á Fabio era la superioridad intelectual y moral que de sus consocios le distinguía, superioridad ingénita, de que no era posible despojarlo, que no podía permanecer oculta, ni aun para su propia modestia.

—Tú lo defiendes porque eres bondadosa, observó don Pablo: acaso le tributes más cariño del que te atreves á confesar.

—Nó, absolutamente, repuso Clara, y la prueba está en que yo sería la primera en aconsejarle

su renuncia. Cada oveja con su pareja, hé ahí la ley de sabiduría que viene al caso.

Don Pablo protestó que Clara exageraba mucho; era demasiado optimista. En vez de aconsejar á Fabio que insistiese en su renuncia, parecía más categórico, más propio, más digno, señalarle la puerta; la «Unión Fraternal», institución respetable, no debía dejarse burlar por ninguna persona, por grande que fuese. Y ya que se invocaban las reglas de la sabiduría, era muy adecuada y oportuna aquella que ordenaba cortar por lo más sano, cuando en un cuerpo se introducía la gangrena.

—Ya proveeremos, Castorín, concluyó, en tono autoritario, el industrial: en la primera junta del Consejo, se dilucidará el conflicto decisiva y acertadamente.

—¡Justo! aprobó Silvela: acertada y decisivamente; ¡es preciso resolver, una vez por todas, si somos... ó no somos!

Mientras estuvo en presencia de testigos, Clara disimuló eficazmente su quebranto. Sola después, en su blanca, virginal estancia, se deshizo en lágrimas, desesperada. Pero, como era el suyo un corazón valeroso y fuerte, la desesperación no aniquiló su energía; al contrario, desahogado su pecho de la opresión que lo abrumaba, se serenó su espíritu y la fría reflexión recobró su imperio. Reconoció que había combatido animosamente; que la victoria, hasta el último instante,

le había prodigado sus favores. No era Fabio, era ella, quien había convulsionado la "Unión Fraternidad"; no era la suerte, inconsciente, imbécil, era ella quien había perseguido á Fabio con crudelísima saña. Su padre era injusto con Solís; el presidente había sido de ella simple instrumento, como Silvela, como su padre mismo. Ante su voluntad se habían inclinado todas las frentes, dóciles, doblegadas... Y ahora, en los linderos de la tierra de promisión, ¡ella sucumbía! Sucumbía cuando empezaba á sonreírle la esperanza de la final victoria! Solís le había dicho, lleno de persuasión y de confianza:—"¡Espera, chiquilla, espera, Fabio vendrá, aunque no lo llares... Espera, Fabio vendrá!..." Y ella se había acostumbrado á ver lo cierto, lo indefectible, en ese espejismo de ventura. Muchas veces, en su inocente sueño, veía llegar á Fabio con la mano extendida, iluminada la faz por amoroso frenesí. El joven se arrodillaba á sus plantas, le prometía una adoración eterna. Y en el mórbido delirio de su imaginación, ella experimentaba el vago, anticipado deleite de las supremas caricias. Y ahora todo ese edificio de esperanzas, levantado con heroico esfuerzo, se derrumbaba estruendosamente, y la aplastaba, la trituraba entre sus escombros... ¡Qué castigo para su elación! ¡qué humillación para su impavidez! ¡qué prueba más elocuente de lo poco que ella era en este mundo, de lo poco que, en él, ella valía!

La certidumbre de su impotencia moral le in-

fundió amargo desaliento. Con todo, su espíritu, ávido de luz, de pureza, de libertad, no quiso estancarse en ese fondo cenagoso de infortunio. Una indignación se apoderó de ella: la indignación que provoca una injusticia en las almas grandes. Ella no era de esas mujeres veleidosas, que fácilmente se consuelan de sus amorosos descalabros, embarcándose con distinto derrotero en demanda de nuevas aventuras. No era coqueta; tenía el corazón demasiado noble para rendir culto á lo pequeño.

Una disyuntiva fatal se presentaba á su imaginación atribulada: ó dejar á Fabio disfrutar tranquilos goces en los brazos de otra mujer, ó arriesgar una tentativa postrera para atraerlo á los suyos, jaunque en la empresa hubiera de encontrar la derrota, la ignominia ó la muerte!

Lo primero era lo más cristiano y sublime, y ella tenía la certeza absoluta de poderlo cumplir. Sin embargo, á lo segundo la impulsaban su corazón ardoroso y valiente, su índole batalladora, enamorada de los combates de la vida, propensa á vencer lo invencible y á domar lo indomable. Por sus venas corría esa sangre extremeña, cuyo vigoroso empuje había conquistado imperios, realizando inverosímiles hazañas. Fabio no se había unido, aún, á la rival, por lazos que no se rompen; entre el proyecto y el hecho, había campo bastante para una batalla definitiva. Estaba segura de que el joven la quería, la apreciaba y

la consideraba. Entre ella y la otra mediaba una cuestión de preferencia, simplemente; una cuestión de más ó menos... La otra... ¿quién era *la otra*? Muy pronto lo iba á saber. ¿No era Castorín la herramienta activa y dócil de sus más extravagantes caprichos? Bastaba que ella insinuase un antojo para que él pusiese, en satisfacerlo, la energía de sus cinco sentidos. Silvela, pues, le daría á conocer la novia de Fabio. Empero, á ella no le convenía aparentar un interés extremo por esa información insignificante; tenía que observarse mucho, afectar indiferencia y desenfado, evitar que las agitaciones de su alma se transparentasen en su rostro impasible.

Castorín creyó que se coronaban sus fervidas expectativas, cuando Clara le reveló que ella había sido, en un momento fugaz de su existencia, bastante loca, para ofrecer el tesoro de su afecto á Fabio Albemar de Sancta-Cœli. Ese joven, dueño de innegables cualidades, carecía, al fin, de sinceridad y de constancia, y le sobraban ambiciones de esas que, de ordinario, no se anidan en generosos pechos. Le parecía evidente que Fabio corría en busca de una fortuna positiva, y como si lo estuviera viendo, su novia sería alguna muchacha acaudalada.

—¿La conoce usted, preguntó á Silvela, al terminar sus observaciones.

—No, repuso Castorín; pero es fácil averiguarlo.

—¡Qué nos importa! exclamó la joven: no vale la pena molestarse con ese objeto.

Pero Silvela comprendió que Clara le ofrecía una nueva coyuntura para que él se mostrase comedido, y que la curiosidad de la niña debía ser cuanto antes satisfecha.

En efecto, veinticuatro horas no habían transcurrido, y ya Clara sabía que Sancta-Cœli se casaba con Merceditas Vanderpint.

—La hija del usurero Vanderpint, había dicho Silvela: una cojita insustancial y flacucha, que lleva al matrimonio la bicoca de medio millón.

Clara repuso:

—Dicen que es una joven atestada de virtudes, caritativa y modesta; no se puede desconocer que Albemar tiene mucha suerte.

—Como todos los traidores, amplificó Castorín. La muchacha y el capital son el premio de su felonía: ¡Sancta-Cœli se ha vendido!

—No entiendo, objetó Clara, inquieta.

—No hay más que ver: ¡la Merceditas es hermana del matador de José Arnaldo!

Clara sufrió una conmoción dolorosa.

—No hablemos de eso, suplicó. Está reconocido por la justicia que Arnaldo sucumbió de resultas de un accidente. Pretender lo contrario, equivaldría á difamar á una familia honorable.

Y exaltándose un poco:—Ya sabe usted, Castorín, que me fastidian las murmuraciones, agregó; Fabio pertenece á nuestra Sociedad, ¡y no es

prudente calumniar á uno de nuestros compañeros!

—¡Cómo! prorrumpió Castorín ¿ignora usted que Sancta-Cœli ha sido expulsado de la "Unión"? Aquí está el anuncio; lea.

Clara, temblorosa, anhelante, cogió el papel impreso que el otro le tendía, y leyó: "En esta fecha, don Fabio Albemar de Sancta-Cœli ha dejado de ser tesorero de la "Unión Fraternal" y socio de la misma Institución. Firmado: El director de turno, *Pablo de la Tordoya*."

—¡Qué iniquidad! profirió la niña, arrojando el periódico al suelo, violentamente, con grande asombro de Silvela.

Clara vió que había estado á punto de revelar sus íntimos sentimientos, y, para disimular su angustia, quiso tomar parte en una conversación que se desarrollaba entre otras personas, al otro extremo del salón. Ahí se acriminaba á Fabio sin controversia; no había términos bastante duros con que calificar su conducta.

La niña se aproximó. Uno decía en ese instante:

—Sí, señores, Sancta-Cœli es un gran pillo.

—¿Sancta-Cœli, dice usted? observó Clara, frunciendo el ceño: ¡Sancta-Cœli es un caballero irreprochable!

—Un caballero de industria, afirmó otra voz. Clara repuso irónicamente:

—¡Si la envidia tiña fuera, cuántos tiñosos no hubiera!

— ¡Lo defiende usted! murmuró á su oído Castorín.

— Si á usted lo atacaran á traición y por la espalda, también lo defendería, replicó la hija de don Pablo, con entereza.

Silvela susurró, en tono apenas perceptible:

— ¡Usted es un ángel del cielo, y su alma es tan hermosa como divina su faz!

Ella contestó mentalmente:

— ¡El ángel del cielo se convertirá en demonio, y el alma cándida se volverá cruel y vengativa...!

Más tarde en su alcoba, cuando se hubieron retirado los amigos, la niña se entregó á profundas meditaciones.

Estaba resuelta. Era inútil vacilar más tiempo. Ella no podía condenarse á sí propia, resignarse á hacer de su existencia un perpetuo martirio. Para devolver al alma mutilada, intranquila, su integridad y su quietud, era preciso una venganza inteligente y certera. Los manes de José Arnaldo pedían un sacrificio expiatorio; ¡qué sacrificio más grato, más dulce, más hermoso, que una frente pura coronada de azahar!.. ¡Mercedes Vanderpint, la rival predestinada, sería la mística ofrenda propiciatoria, llamada á aplacar el justo enojo de la sangre inocente! La venganza, por ese lado, era segura, ineludible, cierta. Mercedes adoraba á Fabio, enloquecía por él: eso era positivo, de evidencia inconcusa. ¿No lo adoraba ella, Clara de la Tordoya? ¿No habría dado ella

mil vidas por conservar la de él? Lo mismo Mercedes. Luego, herir á Mercedes en Fabio, era herirla en el corazón, medio á medio, de parte á parte. El amor de Mercedes era tiránico, inclemente, absurdo; era de esos amores que inspiran celos á Dios mismo. Esto, Clara lo sabía, lo veía, lo sentía, lo palpaba. Sabía, veía, sentía, palpaba que en el pecho de la rival no había sino una fibra sensible: el amor á Fabio. Todas las demás cuerdas del sentimiento, filial ternura, religiosidad, patriotismo, todas estaban embotadas, silenciosas, inertes. Ella entonces, Clara, instituída por propia voluntad sacerdotisa de Némesis, no tenía para qué destruir reputaciones, ni vanidades, ni dioses falsos, distintos nombres de una misma mentira: ella debía herir en lo único cierto, en lo único vivo, en lo único poderoso, eterno, inmutable, ¡en el corazón! Mercedes tenía una sola razón de existir, esa razón era Fabio. Por consiguiente, la vida de su rival presentaba un punto vulnerable, una brecha indefensa, Fabio. No necesitaba Clara ser sagaz; le bastaba ponerse en lugar de la otra, de la amante preferida. Ponerse en su lugar, y pensar que la muerte le arrebatase el ídolo... ¡Lo iría á buscar al otro lado de la tumba!

—¡Es preciso, exclamó la niña: es preciso!

Y, en ese instante, se sintió con fuerzas para levantar un mundo.

Estaba esplendorosa, así, frente al inmenso

espejo, con la cabellera suelta, vestida de blanca túnica, á solas con sus pensamientos, en la paz sepulcral de la media noche. El espejo descansaba sobre una mesa de mármol, y sobre esa mesa había recado de escribir. La niña cogió la pluma y un cuadernillo de papel, reflexionó breves instantes, y en seguida empezó á trazar gruesos rasgos. La pluma crugía en la vitela, rápida, vertiginosa; los conceptos que traducía gráficamente, dejaban en el semblante de la joven una impresión sombría. Así, doblegando los impulsos de la carne rebelde, debió de estar el visionario de Patmos, cuando escribía su cabalístico poema. La inspiración de la joven no buscaba frases, ni gramaticales concordancias; las ideas se amontonaban en tropel, incoherentes y sin orden lógico; pero cada una de ellas, aislada, era un dardo de fuego... "El hombre que se casa con su hija es indigno, ha sido expulsado de nuestra Sociedad, por desleal y traidor... Es ambicioso, no tanto de dinero, como de gloria; pero tiene talento, y sabe que á la gloria se va por el camino del dinero.... Yo le juro á usted que esa boda no se hará; armaré el gran escándalo, diré á quien quiera oírme—y de esos habrá muchos—que Sancta-Cœli es un amparador de asesinos; que, para llegar hasta la hija de usted, ha debido estrechar manos teñidas con sangre inocente... con la sangre de José Arnaldo. Mi silencio no se compra; si Sancta-Cœli no renuncia á ese matri-

monio, hablaré. Soy rica, dueña incontestable de mi albedrío; nada temo, una poderosa sociedad guarda mis espaldas. Conozco verdades que pueden poner la honorabilidad de usted en peligro; soy para usted una enemiga invencible; inatacable también, porque si usted se atreviese á tocar uno solo de mis cabellos, el honor de usted rodaría por el lodo. ¿Me creerá usted? Le escribo esta carta para prestarle un servicio: ¡ay de usted y de los suyos, si usted desdeña mis advertencias generosas!... La carta inclusa, de puño y letra de Sancta-Cœli, le probará á usted que él y yo nos conocemos desde antiguo. Saque de ella las conclusiones que le plazcan, la exactitud de lo que estoy escribiendo no perderá un ápice de su fuerza... Habría podido dirigirme á usted bajo la repulsiva máscara del anónimo, y usted habría sufrido, en silencio, el más horrible de los martirios morales, la duda... Pero tengo el corazón bien puesto, tengo el valor de confesar lo que hago y de firmar lo que afirmo... y el anónimo me parece una infamia sin excusa, que no hay consideración humana que atenúe... Me llamo Clara de la Tordoya, he aquí mis señas...»

Cuando hubo borrajado numerosas cuartillas, la joven revisó lo escrito, tarjó lo superfluo, corrigió lo esencial, y lo sacó en limpio. Le alentaba la conciencia de ser verídico lo que en esa carta había estampado; y tanto confiaba en la eficacia de su amenaza, que sintió en el corazón repentino

consueto, como si ya estuviese presenciando la realización de su terrible desquite.

Al día siguiente, entregó la carta á Silvela, diciéndole:

—Será el último favor que le pido: lleve este papel á casa de don Misael Vanderpint, y entrégueselo en sus propias manos... ¡Júreme usted que cumplirá fielmente mi deseo!

Lo juro, contestó Silvela.

Y ella, agradecida:

—No cuento sino con un amigo sincero, y justamente, Castorin, es ese amigo.....

Cuando Hernán Dorilea, convencido, por inequívocos indicios, de que Merceditas no lo podía ya aguantar, fué á quejarse á su futuro suegro de la inexplicable aversión de que era blanco, el capitalista le respondió, encogiendo los hombros:

—Lo siento mucho, Dorilea; lo siento verdaderamente.

Hernán recibió como una ironía esta contestación lacónica y replicó, excitado:

—Era deber de usted, caballero, velar por la conducta de su hija, y saber quienes son los que á su casa se introducen.

—¿Amonestaciones, señorito? protestó Vanderpint con displicencia... gracias, no las acepto. Al dar á usted la mano de mi Mercedes, creí que era usted capaz de defender y conservar ese tesoro... Si me he engañado, la culpa, ¡mía no es!

—¡Será, entonces, de los piratas y filibusteros sociales, á quienes usted ha dejado entrar en su casa libremente!

¿Querría usted explicarme todo su pensamiento? interrogó don Misael, con sorna.

Hernán, en son de amenaza:

—¡Merceditas, exclamó, Merceditas me abandona por ese advenedizo de Sancta-Coeli, quien le ha trastornado el seso!

—¡Miente usted! rugió Vanderpint, cuya paciencia se iba agotando.

Hernán repuso, con dignidad:

—No me lo dirá usted dos veces; no sé lo que en esta casa ocurre; pero sí lo que á mi decoro corresponde.

Y se retiró.

La ruptura fué definitiva y completa. El padre de Hernán hizo á don Misael otra visita de estilo, y, con la misma corrección de otro tiempo, se resolvió el contrato, y cada cual recogió la palabra empeñada.

Merceditas devolvió á su ex-novio la sortija de compromiso, y un regalo que él le había hecho, acompañando esa devolución con una esquelita muy cortés y discreta, que expresaba, en sustancia: "Más vale así, ¡conmigo habría sido usted muy desgraciado!"

—¡Más vale así..!

Esta exclamación la repitió la niña con frecuencia, en los días subsiguientes al rompimiento.

Se había regocijado de un desenlace que venía á componer las cosas según su capricho. Hernán, agregaba, se iba poniendo majadero, lúgubre, insufrible; cada vez que entraba, parecía que se nublaba el cielo y que quería llover.

—Ese mozo, respondía don Misael con indiferencia, ese mozo era recomendable, al principio; últimamente, se había transformado en una calamidad.

Merceditas no tardó en poner en conocimiento de su madre, que ella y Sancta-Coeli se querían.

Doña Emiliana tartamudeó algunas objeciones de mera fórmula: no necesitaba ser adivina para saber á qué atenerse. Pero, como la situación era grave, convenía meditar sobre ella; así es que, en los primeros momentos, la buena señora no se pronunció ni en pro ni en contra. Prometió simplemente que consultaría la opinión de su esposo, y que ambos procederían de común acuerdo.

Por de pronto, doña Emiliana no se atrevió á informar á su marido de lo que ocurría. Prefirió someter el conflicto al imparcial criterio de una amiga sincera. La señora de Puigvélez se recomendaba, por diferentes razones, para una consulta de esa índole.

La madre de Merceditas fué á verla, y con noble ingenuidad la interrogó ex-abrupto:

—Díme sin vacilación, ¿darías tu Elenita á Fabio de Sancta-Coeli?

La señora de Puigvélez, de quien era extraordinaria la viveza de ingenio, replicó:

—¿Él mismo te ha confiado esta diligencia?

Doña Emiliana respondió negativamente.

—Pues entonces, la respuesta es sencilla, prosiguió la señora de Puigvélez: imagínate que Fabio te pide la mano de tu Mercedes.

—Eso me daría que reflexionar.

—Tú lo has dicho: habría que reflexionar...

No bien se había despedido la señora de Vanderpint, la de Puigvélez llamó á su hija y le habló de esta manera:

—La Emiliana ha estado aquí, á preguntarme si me parecía bien un matrimonio entre su Mercedes y Fabio...

Elenita, poniéndose como una guinda, prorumpió:

—Y á eso, ¿qué contestó usted, mamá?

—Que era asunto digno de examinarse... Yo me figuraba que Sancta-Cœli te había hecho manifestaciones explícitas.

—¡Oh, mamá! repuso Elenita, con amargura: Fabio quiere á Mercedes; ¡bien claro he visto su perseverante empeño por destronar á Dorilea!

—Yo me imaginaba, te repito, que Fabio te preferiría entre todas...

—No hay tal, prefiere á Mercedes; bien estudiado lo tengo.

—Entonces, concluyó la madre, ya sé lo que debo aconsejar á nuestra estimada amiga...

Sancta-Cœli, casi exclusivamente consagrado al culto de Merceditas Vanderpint, había relajado un poco sus demás obligaciones sociales; cierto pudor caballeresco lo inducía, no obstante, á ser fiel á las tertulias de la señora de Puigvélez.

En la primera ocasión, Elenita, después de haberlo acogido con afectada frialdad, lo apostrofó en tono lleno, á la vez, de malicia y aspereza.

—¿Conque Merceditas ha dado calabazas á Hernán?... ¿por usted?... Lo felicito cordialmente, señor don Fabio. Esa joven es una preciosa conquista: belleza, educación, fortuna... sobre todo fortuna, que es lo que de ordinario se echa de menos...

—Esa fortuna es para mí un gravísimo inconveniente, señorita, protestó Fabio: la riqueza de Mercedes me coloca en una situación de inferioridad que, á pesar de lo mucho que la quiero y estimo, me acobarda y me humilla.

—Ya... ya irá acostumbrándose usted á la opulencia, señor de Sancta-Cœli; usted nació para ser rico, y su destino se cumple...

Disponíase Fabio á rechazar en severos términos esta suposición injusta, cuando Elenita lo interrumpió para decirle:

—Hablemos de otra cosa. Doña Emiliana ha venido á pedir á mamá su opinión sobre ese proyecto. Naturalmente, la respuesta de mamá fué para usted una serie de alabanzas: era usted un

joven digno de cualquiera niña de nuestra sociedad, aunque fuese heredera presunta de muchos millones...

—¡Si yo pudiera ser avaluado en dinero, repuso Fabio, por grande que fuera la cifra, muy poco valdría!

Elenita, gozándose de su confusión, volvió á la carga:

—No disimule usted; el dinero ejerce siempre su influjo, aun en las más nobles corazones.

—No en el mío, exclamó Fabio, bosquejando un nuevo ademán de protesta.

Ella prosiguió, entre risas:

—¿Qué tiene eso de vituperable? ¿Le he dicho yo que es de usted toda la gloria? De ella también, de ella especialmente. Porque, en fin, hombres cumplidos como usted se cuentan en los dedos de una mano; mientras que Merceditas como su futura, las hay por docenas...

—Qué exa....

—Nada, no me interrumpa... Hay otras muchas, y Hernán, que pudo elegir entre esas muchas, se inclinó á Merceditas, que tiene, vamos, sus defectillos—no los señalo, por no faltar á la caridad. Y sería pura hipocresía negar que el dinero, en ese caso, fué la razón concluyente... Dorilea, pues, se rindió á la gentil Merceditas, y desbancó á otro candidato, un portento, un fenómeno de perfecciones. Más adelante se aparece usted en son de guerra, y pudiendo ele-

gire entre numerosos corazoncitos bien dispuestos á dejarse conquistar —lo digo sin envidia, créame usted —sigue las aguas de Dorilea, lo estrecha, lo alcanza, lo acomete, y... ¡zas! lo echa á pique... ¡Quiera Dios que un cuarto paladín no surja, aficionado á ese peligroso juego del *cobre allá*, y arremetiendo contra usted á su turno, lo desaloje, también, y lo desfonde!... Pero nó, no es posible; lo que estoy hablando es mera broma... Después de usted, ¡el diluvio!... ¡Una vez más, mis parabienes, Fabio!

— Señorita, señorita, balbuceó el joven en tono lastimero: tienen sus palabras un colorido de censura, que me apena... No merezco sus reproches; tiempo há que la señorita Vanderpint es dueña de todo mi afecto; yo la quería aun antes de saber si era rica ó pobre, ó qué nombre llevaba. El que yo la siga queriendo, ahora que conozco su posición, no es sino una prueba de mi constancia... No es exacto que yo haya podido elegir... Ah, si eso hubiera estado en mi poder... quién sabe, ¡quién sabe si tantos hechizos, tantas virtudes como á usted la adornan...!

—¿Qué se imagina usted? prorrumpió Elenita furibunda... ¡Yo no he solicitado sus favores, y tenga por cierto que, á habérmelos usted ofrecido, habría rehusado tanto honor!... ¡Creo que usted se propasa, señor de Sancta-Cœli!

Fabio abrió la boca para justificarse; su interlocutora estaba ya lejos. Se había levantado, con

nn altivo ademán de reina ofendida, y cual muda manifestación de desprecio, había dejado á su huésped solo, confuso, aturdido.

Repuesto de su estupefacción, Fabio buscó una coyuntura para escurrirse sigilosamente.

—Con tal de que no se le antoje vengarse, caviló, mientras salvaba por última vez el umbral de esa casa.

Entre él y las Puigvélez, un abismo acababa de abrirse.

Al día siguiente, la madre de Elenita se hallaba en el salón particular de la señora de Vanderpint. Había ido á suplicar á su amiga que intercediese con Horacio para conseguir una pequeña holganza administrativa á Damián Pinoco, hijo de un conocido pobre. Alcanzada la promesa, y estando ya de pie para marcharse, la señora de Puigvélez se volvió á sentar, y, fingiendo un asombro excesivo:

—¿Qué te parece, hijita, dijo, qué te parece lo que ha hecho ayer Fabio en casa?

Doña Emiliana puso oído atento.

La otra continuó:

—Ese joven se va poniendo insoportable. Fíjurate que anoche, sin emplear esas fórmulas y ese tino que la buena educación prescribe, Sancta-Cœli se le declaró a Elenita, audazmente, ¡á quema ropa! Mi pobre muchacha se atortoló tanto, que no supo qué contestar; y el pícaro, en vez de redimir su desliz con alguna excusa plausible, se

zafa puertas afuera, como seguido de perros, como si hubiese estado en una fonda. . . Habría preferido callarte este incidente bochornoso; pero me acordé de tu consulta, y temí que Fabio, después de la lección que le ha dado Elena, tuviese la osadía de aspirar á tu Mercedes... Ahora tú sabrás lo que haces...

Y la digna señora, que no había ido á incomodar á su amiga sino con el preconcebido objeto de murmurar de Sancta-Cœli, terminó recomendando nuevamente al hijo del conocido pobre.

Esta entrevista puso á doña Emiliana en una confusión inmensa. No podía dudar de la sinceridad de propósitos con que la señora de Puigvélez había aludido á la conducta de Fabio. Era un deber de amistad, entre las damas de la sociedad elegante, transmitirse, por espontáneo impulso, sus recíprocas impresiones acerca de los pretendientes de sus hijas. Comprendió la señora de Vanderpint que era su deber desengañar pronto á la suya, respecto de un mozo totalmente desprovisto de buenas maneras, como aparecía Fabio de Sancta-Cœli, contemplado bajo una nueva luz.

Merceditas, más que su madre, perspicaz y aguda, se echó á reir de buena gana al escuchar aquella necia historia. Era una torpe intriga que se urdía contra Fabio; el testimonio de la señora de Puigvélez procedía de parte interesada. Si no hubiera existido un interés de por medio, ¿habría venido ella especialmente á repetir el cuento?

—Vino á otra cosa, observó doña Emiliana: vino á pedirme recomendaciones para Horacio, en favor de un jovencito...

—No diga más, intercaló Merceditas: ese jovencito se llama Damian Pinoco...

—Pinoco es su nombre.

—Pues bien, el pretexto era fútil y nada brillante: la señora de Puigvélez tiene la palabra de Horacio, para colocar á ese Pinoco en una oficina fiscal... Ya ve usted, mamá, que esa señora ha venido solamente á desacreditar á Fabio! ¡Dígame usted, que bien lo conoce, si lo cree capaz de haberse declarado á Elenita!... ¿No? ... ¡Ya ve usted que eso es imposible!

—Tienes razón, replicó doña Emiliana: hoy mismo hablaré á tu padre.

—¿De veras?

—Te lo aseguro.

Esa noche, en efecto, la señora de Vanderpint habló á su esposo, de Merceditas y de Fabio. Don Misael ni siquiera se dignó asombrarse. Contestó con una negativa perentoria, seca, rotunda. Su mujer se atrevió á contradecirlo, ponderó las incomparables dotes del aspirante, sus títulos, su educación, su talento. Él se mantuvo en su actitud enérgica y severa. Era inútil pretender arrullarlo con brujerías. Y, para terminar el coloquio, añadió, haciendo un gesto olímpico:

—No me conviene, ¿estamos?

Doña Emiliana arriesgó, temblando, sus argu-

mentos mejores. Él no podía dejar de apreciar debidamente las virtudes de Fabio, joven de rara valía, el único que hubiese despertado en el corazón de Mercedes un amor serio y duradero.

Don Misael moderó un poco su intransigencia; su esposa vislumbró un rayo de esperanza.

—Sí, repuso Vanderpint con voz tranquila: Fabio, sin duda, es un caballero muy apreciable; mas no posee una peseta, feo vicio, en los tiempos que corren.

—Carece de fortuna, observó la esposa; pero le sobran los medios de conquistarla en breve plazo: es inteligente y laborioso.

—¡Hum! dijo don Misael, recobrando cierta dosis de buen humor: mientras le llega la fortuna, habrá que mantenerlo, alimentarlo, vestirlo desde la cabeza hasta los pies. Fumará vegueros de á peso, querrá ser del Club, gastar coche y caballos de raza... Además, no es del todo evidente que, una vez casado, se dedique á trabajar; lo probable es que, viéndose como pez en el agua, se convierta en devoto de la diosa Pereza... Estos pretendientes sin un cristo son demasiado novelescos, y ya sabes tú que lo novelesco me abruma... Amén de que el chico tiene también sus malas costumbres, va á misa, y ¡voto á tal! creo que hasta se confiesa...

—¡Vaya si eres exajerado, Misael! exclamó la madre de Mercedes; Fabio no hace ostentación alguna de sus prácticas religiosas.

—Lleva un nombre que huele á sacristía...

—¿Y qué culpa le cabe? Él no ha hecho su nombre, io ha heredado.

—Francamente, hija, porfió el marido, de un modo terco: francamente, estoy harto de traficar con monaguillos... Acuérdate de Hernán: comulgaba dos veces al mes, y no salía de... En fin, eso tú no lo ignoras.

—¡Fabio es muy distinto! protestó, desde el fondo de su corazón, doña Emiliana.

—Todos son iguales, mujer; los mas mojigatos son los peores...

—Piénsalo bien, amigo mío, gimió doña Emiliana exasperada, viendo que su esposo permanecía inflexible: la felicidad de nuestra hija está en juego, y si presumes de buen padre, debes saber lo que te corresponde en este caso.

Don Misael pensó, por de pronto, que su hija no tenía ningún apuro de marido. Sin duda, esta no era razón satisfactoria para desechar lisa y llanamente á Fabio, hombre cuyo carácter le infundía estimación y respeto. En verdad, no había descubierto en él, para repudiar sus aspiraciones, sino una vulgarísima ocurrencia; pero esta ocurrencia le pareció á Vanderpint tan ingeniosa, que no quiso privarse del placer de repetirla en la primera oportunidad.

Entonces dijo á Sancta-Coeli, con una impertinencia que en él pasaba por gracia:

—¿Sabe usted que su apellido es muy curioso?
¡Huele á sacristía!

—¿Si querrá este buen señor buscarme camorra? calculó el joven, sorprendido.

Don Misael continuó:

—Por último ¿es usted chileno ó italiano?

—Chileno, señor, y eso es un motivo de orgullo para mí.

—De origen italiano, ¿eh?

—Romano.

—Italiano, romano, *e tuti li mismi*...

—Papá, prorrumpio Merceditas, que se hallaba presente: ¡qué italiano más extravagante es el que usted emplea! Lo mismo se dice *lo stesso*, ¿no es verdad, Fabio?

—Sí, Merceditas.

—Y ¿quién te ha enseñado ese idioma con tanta perfección? dijo Vanderpint.

—Fabio, replicó la niña.

Don Misael frunció el ceño:

—El señor, declaró, no necesita molestarse; hay profesores pagados para la enseñanza de las lenguas modernas.

No se equivocaba Sancta-Cœli; el viejo Vanderpint estaba ese día de humor pendenciero. El joven se retiró esa vez más temprano que de costumbre; él no se sentía inclinado á sostener disputas. Al darle las buenas noches, Merceditas lo miró con unos ojos tan tristes, que el justo resentimiento de

él se disolvió en la inmensidad de cariño que esa mirada traducía.

Cuando Merceditas supo la respuesta de su padre, experimentó un profundo pesar. Y como encrudecía su congoja, á medida que se deslizaba el tiempo, se atrevió, por fin, á interpelar á su padre resueltamente. Ella quería á Fabio, no había querido á nadie antes que á él, ni querría á nadie, después.

Vanderpint la reprendió, lleno de ternura. Desvaríos, eran esos, de muchacha inexperta; á ella, en su situación, le convenía ser prudente y juiciosa. Siempre acarreaban resultados funestos los matrimonios desiguales, y las consecuencias eran todavía más sensibles, si la desigualdad consistía en la fortuna. ¿Era rica la mujer? Fatalmente el marido se volvía un tunante, maltrataba á su esposa, le daba de palos. Y la separación final era inevitable.

En apoyo de su tesis, adujo casos ilustrativos, anécdotas sacadas de la crónica escandalosa de las grandes familias.

Merceditas lo dejó hablar; en seguida repuso con desparpajo:

—Si usted desea mi desgracia, mi muerte, rechace á Fabio; si me lo da, yo no chillaré, aunque él se transforme en un calavera, un pícaro, un verdugo, y me apalee dos veces al día, mañana y tarde, ... ¡con tal de que lo vea siempre, lo oiga siempre, y sepa que es mía la parte mejor de su existencia!

Don Misael se sonrió enternecido, casi doblegado. Se sonrió al ver la actitud dramática de su Mercedes; comprendió que ése capricho ofrecía toda la apariencia externa de una gran pasión, y que era crueldad no satisfacerlo, siquiera temporalmente. ¡Ahí tomaría él sus precauciones para que la candidatura de Fabio corriese la misma suerte que la de Hernán!

A la vuelta de algunos días, Vanderpint llamó á su esposa, á su hija, les manifestó que aceptaba á Fabio como yerno presunto. Su juicio se había modificado un poco; para desechar á Sancta-Cœli no había encontrado ninguna causa atendible.

Merceditas anunció la nueva á Fabio con infantil alegría:

—Papá consiente, papá ha dicho que sí; vaya usted á darle las gracias; ¡es tan bueno!

Fabio expresó á don Misael su gratitud en un patético discurso. Vanderpint lo interrumpió á medio camino para decirle, socarronamente:

—No me lo agradezca usted con tanta elocuencia; he tratado, hasta el último momento, de disuadir á mi chiquilla. Pero ella ha contemplado la cosa por su lado trágico y ¡qué diantres! prefiero dársela á un buen sujeto como usted, que no verla cometer cualquier locura...

Fabio se inclinó.

Don Misael completó su pensamiento:

—Naturalmente, usted dispone de recursos congruos para la manutención de su esposa, se

la llevará á su casa—yo no contribuyo con un solo centavo más allá de lo preciso...

—¡Oh señor! protestó, sonrojándose, Sancta-Cœli: sin ser yo un Creso, mi profesión nos permitirá vivir en relativa abundancia.

—Yo no pido nada, declaró Merceditas con energía. Fabio ganará lo bastante para los dos. No quiero serle un estorbo sino una ayuda...

Don Misael se hizo esta reflexión: que Fabio de Sancta-Cœli era un hombre extraordinariamente feliz.

Después de la comida, hallándose solos en el comedor él y Fabio, Vanderpint preguntó á éste:

—¿Qué mágica virtud posee usted para fascinar de esa manera á las mujeres, y hacer que pierdan el seso? Á su edad, yo gozaba de merecida reputación como Tenorio afortunado; pero usted me habría dado puntos de ventaja...

—Cuestión de astrología, repuso el joven, por decir cualquier cosa: tal vez nací bajo una buena estrella.

Don Misael había reflexionado mucho, antes de decidirse. Había pedido informes, sondeado la opinión de sus amigos de confianza. Le chocó la hipócrita reserva con que algunas familias recibieron el matrimonio de Fabio y Mercedes. Sin duda, le afirmaban, Sancta-Cœli era un caballero sin tacha, un ingeniero de luminoso porvenir... Con todo... con todo... Y en esas dos palabras había un mundo de restricciones implícitas.

Doña Emiliana hizo notar á su marido la singular actitud de las personas que con más entusiasmo y deferencia habían acogido á Sancta-Coeli, y además la reveladora circunstancia de ser las madres de hijas casaderas, las más hostiles al matrimonio en proyecto.

Estas observaciones, de una índole exclusivamente moral, influyeron no poco en el ánimo de Vanderpint; pero su resolución definitiva fué obra del influjo de Horacio. Nadie como éste había aplaudido la retirada de Hernán; nadie como él secundaba con tanto empeño las aspiraciones de Fabio. El había contribuído, cual ninguno, á formar al joven ingeniero una atmósfera propicia. Á poco de haberse acordado el casamiento, la Elenita Puigvélez echó en cara al diputado la doblez de su conducta con ella. El repuso, sin inmutarse:

—La caridad bien comprendida, señorita, empieza de continuo por casa.

Don Misael se había propuesto no dar dote á su hija; así lo había declarado abiertamente. Pero Merceditas sorprendió una conversación entre sus padres, de la cual sacó en limpio que ella recibiría trescientos mil pesos al contado. La novedad era de bastante bulto, para que la joven se apresurase en comunicarla á su novio. Sin vacilación, Fabio declaró que rehusaría. Como Merceditas insistiese, riñeron los dos por primera vez. La niña advirtió que él nada tenía que ver con ese

arreglo, que sin el asentimiento de ella, él no podía rechazar la dote. La discusión se enardecía; Mercedes tenía lágrimas en los ojos. Fabio sintió haberla contrariado inútilmente, prometió aceptar bajo determinadas condiciones. Desde tiempo atrás, venía dando forma á un designio que tenía que ser el grande ideal de su existencia: la fundación de un barrio obrero en las inmediaciones de Santiago, un plan colosal llamado á regenerar completamente las costumbres de las familias de artesanos. Su pensamiento era invertir dos millones en la edificación de casas especiales para un millar de familias, crear así una ciudad industrial, provista de todos los adelantos de la civilización y de la higiene. Había acariciado ese soberbio intento desde su llegada á Chile, después de imponerse, por su propia inspección, de la podredumbre en que fermentaban las clases trabajadoras. Ese ideal no presentaba ningún inconveniente, y aún considerándolo bajo el más vulgar de sus aspectos, como negocio pecuniario, era el más fructífero y seguro que podía emprender un capitalista inteligente y ambicioso. Según sus cálculos, al interés del seis por ciento, bastarían diez años para redimir el capital. Con todo, su idea magna, su idea madre, era la institución del obrero propietario, del obrero dueño de una parte material del territorio nativo, que él contribuía, con el sudor de su frente, á enriquecer y á embellecer.

—¡Ah! Merceditas, terminó el joven, inspirado: ¡si quisiera usted acompañarme en la realización de ese propósito!

Con el alma en los labios, Merceditas repuso:

—Yo no deseo otra cosa, amigo mío...

Así empezaba él su educación de mujer útil al bienestar del prójimo, descorriéndole el velo de las grandes bellezas morales.

Calmosamente, ella añadió:

—¡Qué sentimientos tan hermosos son los suyos, Fabio! Con vergüenza confieso que no tenía, sobre esas importantes cuestiones, ni la más remota idea... Estoy segura de que papá querrá asociarse á usted en la verificación de su proyecto.

El joven prometió traer sus planos, para someterlos á la apreciación del señor Vanderpint. El padre de Merceditas, perito en especulaciones de todo género, declaró sublime la empresa por Santa-Cœli proyectada, la interpretó segun su propio juicio, y hasta insinuó algunas reformas, un aumento en la cuota de amortización y en la tasa del interés, que permitía duplicar el capital en el plazo fijado para su redención.

Fabio se opuso á que se desnaturalizara su pensamiento, observando que él no era de ganancia sino de caridad y humanidad.

—Si el ciento por ciento, dijo, es una perspectiva que seduce, también es lucrativo negocio el hacer el bien por puro gusto, y el recibir día á día las bendiciones de millares de seres, herma-

nos nuestros, arrancados á la inmundicia y á la muerte, entregados á una vida racional, feliz y provechosa...

—Sobre todo, amplificó el capitalista, que jamás abandonaba el sesgo utilitario de sus opiniones: sobre todo, imagínese usted la enorme potencia electoral que así se irá formando.

—Sin duda, replicó Sancta-Cœli. Las escuelas que en el barrio obrero se establezcan enseñarán al artesano sus deberes cívicos, le harán palpar el baldón de infamia que recae sobre el que vende su voto; le harán sentir que el que cambia por dinero ese retazo de la soberanía de la patria, escarnece á ésta en su gloria y en su libertad.

Vanderpint aventuró algunas objeciones contra ese novísimo concepto del valor del voto; pero como la especulación era buena *prima facie*, prometió meditarla, y ver modo de constituir una sociedad anónima á fin de darle impulso.

Sancta-Cœli no insistió, por entonces, en sus teorías electorales, dominado como estaba por el regocijo de haber logrado, para la consecución de su proyecto, una poderosa ayuda. Él bien sabía que la educación le entra al pueblo por los ojos, y que, así como el filósofo antiguo probaba el movimiento andando, así debían probarse al proletario las ventajas del orden, la pulcritud, la economía y la actividad honrada, procurándole los medios prácticos de disfrutar esos beneficios. Era absurdo hablar de casa limpia al que carecía

de agua suficiente para lavarse la cara; predicar el ahorro al que no ganaba con qué comer.

Orgullosa del éxito que empezaba á coronar sus afanes, Fabio había querido anunciar á Solís, sin más demora, no solamente la noticia de su casamiento, sino también la próxima iniciación de su proyecto de ciudad obrera. En el umbral de la casa del presidente, había mudado de parecer, resolviéndose á comunicar á su amigo simplemente la nueva de su matrimonio, y dejar para más tarde la revelación del segundo, trascendental suceso.—Será mi regalo de boda á los colegas de la "Unión Fraternal", pensó.

Ruperto del Carmen, hondamente conmovido, abrazó á Fabio al darle sus parabienes. Le comunicó, además, que había tenido el gusto de dar sobre él lisonjero informe al señor Vanderpint, y de manifestarle las unisonas simpatías de que, entre los hombres de trabajo, gozaba su futuro yerno.

Extrañóle un poco á Fabio la suspicacia del padre de su novia; y aunque agradeció á Solís sus amistosos conceptos, no le pudo ocultar que, en su opinión, don Misaél daba pruebas de una desconfianza excesiva... Pues bien, él á su turno tenía derecho de investigar con qué clase de jente iba á pactar una alianza indisoluble, así es que comenzaba preguntando á su amigo Ruperto del Carmen cuál era la procedencia de la fortuna de los Vanderpint.

—Los Vanderpint, contestó el presidente, pertenecen á lo más granado de la sociedad santiaguina, y su fortuna está á la sombra de cualquier sospecha.

—Precisamente esa fortuna es lo que me atemoriza y confunde, observó Fabio. Concibo un millonario en los Estados Unidos, donde ha alcanzado la industria una prosperidad que espanta; no me lo explico en Chile, país casi despoblado, sin manufacturas, ni artes industriales, donde sólo el pechero trabaja y produce, mientras el patricio, á fin de no morir de tedio, alterna sus ratos de ocio entre la política, la bolsa y el bacará...

—Cuando circulaba el oro, dijo Solís, las más fuertes rentas particulares, salvo contadas excepciones, no subían á diez mil pesos al año. Pero, desde el régimen de la inconvertibilidad, se ha perturbado de tal suerte el equilibrio entre la producción y el consumo, que no es raro que especuladores activos y audaces, como don Misael Vanderpint, hayan conseguido acumular una hacienda fabulosa.

—La hacienda que se adquiere al precio de una desgracia pública, es una hacienda usurpada é innoble, exclamó Fabio.

—Usted ignora, objetó Solís, que, siendo don Misael individuo del Senado, opuso heroica resistencia á la ley de inconvertibilidad.

—Disculpe mi majadería, suplicó el joven: to-

dos, cual más, cual menos, rendimos culto á alguna superstición; la mía es la honradez.

— Pues entonces, concluyó el presidente, tenga usted por cierto é indiscutible que don Misael Vanderpint es un hombre honrado...

En ese instante, Fabio se creyó plenamente dichoso; se creyó tan feliz, que *in pectore* formuló el deseo de que esa felicidad, amasada de jenerosas convicciones, de esperanzas risueñas, de puros ideales, prolongase su encanto hasta la última hora de su vida...





CAPÍTULO XXI

El rompimiento

Al invierno nebuloso, la primavera sucedía, con sus tibios efluvios, sus risueños colores, su metamorfosis mágica. Bajo el cielo azul, el tierno sol de Septiembre acariciaba á la madre tierra, hacía palpitar sus entrañas fecundas; y la vida brotaba, cubierta de espléndido atavío, de esmeralda y rosa, exuberante. Un estremecimiento amoroso agitaba la atmósfera, despertaba en los corazones deseos inciertos, una ansia de espacio, de claridad y de placer. Los santiaguinos, tanto tiempo prisioneros en sus habitaciones húmedas, en sus calles angostas, alegremente saludaban la vuelta de la estación florida; los dichosos, dueños de *fundos* y de casas de campo, empezaban á organizar giras elegantes fuera de los muros de

la metrópoli; los modestos y los pobres se conformaban con admirar, en la Alameda de las Delicias, los penachos verdes que empezaban á asomarse, tímidos, en los olmos y fresnos, por encima de las copas parduzcas.

Las Cangallos, riquísima familia, habían iniciado los paseos campestres con una excursión á la Granja de Valle Hermoso, propiedad de ellas situada en las inmediaciones de Tilttil. La prensa dedicaba graciosamente largas columnas á la celebración de aquel suceso: hablaba de trescientas invitaciones distribuídas entre la *aristocracia*, llevaba la indiscreción hasta revelar,—lo que, sin duda, se le había confiado en estricto secreto,—que la fiesta importaría una docena de miles. El empírico frenesí de los cronistas había agotado el cajón de los ripios bombásticos; aquello iba á ser principesco, monumental y nunca visto.

Los Vanderpint, invitados, habían debido excusarse: Merceditas había declarado que no iría al paseo.

Notificada de esta negativa, Elenita Puigvélez, convidada también, se puso furiosa.

—Si Merceditas no va, tampoco irá Fabio, calculó.

De ahí su despecho, su cólera impotente.

Ella esperaba encontrar al joven en la cita, para darse el gusto de enderezarle unas cuantas impertinencias, tomar su desquite de fingidos, imaginarios agravios.

Poco antes de la fiesta, un domingo, al salir de misa, Elena y Mercedes se juntaron en el pórtico del templo. Las dos jóvenes se saludaron con cariño, como si ninguna sombra de enemistad mediase entre ellas. Elenita preguntó:

—¿Es posible que no vayas á ese paseo...?

—Es efectivo, repuso la señorita Vanderpint.

—Muy graves deben de ser tus razones, sobre todo cuando ahí estará una persona... cuya compañía te es particularmente grata.

—Fabio.

—*Tu* Fabio...

—Lo dudo mucho.

—¿Te imaginas que porque no vas tú...?

—Por eso.

—¿Y si te engañaras? insinuó Elenita Puigvélez con cruel malicia: ¿si te asegurase yo que lo han elegido para dirigir la parte musical de la fiesta... y que *él* ha aceptado?

—Te respondería que eres tú quien se equivoca, y te repetiría: Fabio no irá porque yo no voy.

—¡Temes que te lo quiten! exclamó Elena vivamente.

La señorita Vanderpint, poniéndose muy seria, con cierta dulzura, sin embargo:

—Eres injusta, protestó; Fabio es mi novio, y dueño de toda mi confianza.

—En los buenos tiempos de Dorilea, arguyó Elenita Puigvélez, implacable, tu noviazgo no te

impedía acudir á todas las tertulias; es natural que me parezca extraña tu conducta de ahora.

—¿Qué he de contestarte? replicó Merceditas: estudiando se aprende, y lo que antes juzgué discreto y sencillo, hoy se me figura imprudente é impropio.

—¡*Tu* Fabio es un gran profesor! observó Elena.

Irritada por el tono satírico de su amiga, Merceditas dijo:

—Para mí, lo más admirable es su bondad, ¡una bondad de corazón y de ingenio, de que carecen muchas personas que yo conozco!

Elenita se mordió los labios. En el fondo de su malicia buscó una salida hiriente; pero su madre la llamó en ese mismo momento, y preciso fué separarse.

Merceditas tenía el rostro desencajado.

—¿Qué te ocurre? le preguntó doña Emiliana con interés.

—Nada, mamá, respondió la diña, sonriendo; unas tonterías de Elena, que no merecen repetirse.

Con todo, esas *tonterías* le habían clavado en el pecho un aguijón: le atormentaba la idea de que su novio fuese á aquel paseo. ¿Por qué le había dicho el joven lo contrario?

El resto del día se le hizo interminable, abrumador, mortal. Cuando llegó Fabio, por la noche, ella lo interrogó, quejumbrosa:

—¡Dígame que no va á esa fiesta, que no ha prometido dirigir la parte musical...!

Él soltó la risa, á la vez alegre y enternecido. No por cierto, ni lo uno ni lo otro; desde el primer momento había dado las gracias y presentado sus excusas. Y las Cangallos estaban por ello digustadísimas, lo mismo que las Puigvélez.

—¡Las Puigvélez! profirió la señorita Vanderpint.

—Sí, agregó Fabio; no he podido explicarme el empeño de Elena sobre todo, por vernos en esa reunión.

—Yo me lo explico muy bien, prorrumpió la niña exaltada: ¡la Elena Puigvélez es una hipócrita!

Y en ese instante la aborreció con toda su alma.

Desde que adoraba á Fabio, aborrecía todo lo que no era á su amor propicio; cuando el joven, por ineludibles causas, no podía asistir á la acostumbrada reunión de todas las noches, Merceditas se ponía en un estado de excitación nerviosa incontinente: lloraba, gemía, cometía desaguisados y locuras. Y al presentarse Fabio después, lo trataba mal, lo injuriaba casi, concluía pidiéndole perdón, suplicándole que no la abandonara, que sufría un martirio con su ausencia.

Ese joven de veintiocho años, de gallarda y viril apostura, cuya insinuante bondad infundía cariño, admiración y respeto, realizaba en la men-

te de ella el ideal no soñado, el príncipe hermoso de los románticos desvaríos, el pensamiento avasallador que flota sobre las agitaciones de la mente, lleno de poesía y de misterio.

En sus ratos de reflexión serena y fría, ella solía medir la distancia que separaba á Fabio de los demás jóvenes que habían sido sus amigos; se preguntaba á sí misma cómo había podido, siquiera momentáneamente, entregar su afecto á Hernán Dorilea, en cuyo modo de ser todo era afectación y artificio, desde la manera de vestirse, hasta la manera de andar, de mirar y de hablar. Ahora contemplaba las cosas con ojo distinto, parecía que en el alma de ella Fabio había impreso el sello de su propia alma. Cada conversación con el joven dilatava su horizonte intelectual, perfeccionaba sus instintos y sus gustos. Aficionada, como había sido, á la ostentación y al lujo externo, se sorprendía de sus nuevas propensiones hacia una elegante, estética sencillez. En realidad, todo su ser moral se iba fundiendo en el ser moral de Fabio, y aun antes que el mundo los viese convertidos en esposo y esposa, sus dos almas se habían refundido en una alma única, hecha á imagen y semejanza del alma de Sancta-Cœli.

Esa vehemencia en el afecto de Merceditas solía espantar á Fabio. Sin quererlo, el joven se acordaba de Clara, establecía comparaciones entre las dos mujeres, y se le ocurría que la de

complexión frágil, delicada y dulce, sería la esposa tiránica, dominadora é intransigente, y que la otra, la rozagante y escultural doncella, habría sido la esclava dócil, suave y sumisa.

Y en esos mismos momentos, Clara pensaba en Fabio, en Merceditas sobre todo. Adivinaba de ésta la idólatra pasión, el frenesí rabioso y turbulento. Pensaba que en el corazón de esa criatura, su inconsciente rival, no había sino una cuerda sensible, de profundas y sonoras vibraciones: Fabio. Y eso era lo cierto. Había calculado que en el pecho de Mercedes el principio vital era Fabio. Eso también era lo cierto. Había profetizado: Si le quitan á Fabio, ella morirá...

Cosa, al parecer, difícil. La niña defendía heroicamente su tesoro; sus celos eran como cadenas de bronce, su voluntad había adquirido un vigor prodigioso y extraño. Fabio se sentía subyugado, aplastado por la enormidad de ese cariño egoísta, y cavilando á veces, decía para sí: Ella será mi dueña; yo seré su humilde siervo... Trataba de acostumbrar su altivez á esa perspectiva de subordinación doméstica, y se conformaba diciendo: ¡La quiero tanto!

Sin embargo, contra esos dos seres felices, hechos el uno para el otro, una vasta conspiración se urdía. Don Misael tenía sus ratos de impaciencia, que alarmaban a Merceditas y á Fabio. Sobre el espíritu del viejo caballero, Sancta-Cœli ejercía un ascendiente poderoso; Merceditas se sobre-

cogía de terror, viendo que las palabras de su amigo perdían su eficacia, no lograban desarrugar la frente sombría del padre.

—¿Qué tiene papá? preguntaba ella extreme-ciéndose.

Y su novio respondía:

—Si usted, que vive á su lado, lo ignora, ¿qué sabré yo?

Él también experimentaba cierta angustia, se imaginaba que una obra subterránea se estaba haciendo para destruir su felicidad. Entonces se erguía, altanero y valeroso, dispuesto á desafiar al Destino.

Entretanto, la conjuración tomaba cuerpo y consistencia. Conspiraban las Puigvélez, conspiraban Dorilea, Malrasca y Lucio Caprines. Y eran innumerables los cómplices.

Un viejo figurón político, intrigante y respetable, que tenía por primogénito á un famoso cazador de dotes, había observado á don Misael, en cierta ocasión:

—Con que se casa tu hija con un señor Sancta-Coeli... ¿Quién es ese pájaro?

Vanderpint, imperturbable, había respondido:

—¿Ese pájaro? Un águila, ¡comparado con ciertos avechuchos!

Y el personaje había insistido:

—¡Hum! No me gusta meterme en lo que no me importa... pero, yo que tú... velaría por mi reputación...!

El padre de Mercedes había permanecido absorto. No se le había ocurrido que pudiese peligrar su fama por el hecho de dar su hija á Sancta-Cœli.

Ese día estuvo fúnebre.

Por otros conductos le llegaban equívocas apreciaciones acerca de su futuro yerno. ¿Cuál era la *posición social* de ese mozo? ¿Quién era su familia? ¿*Tenta*, acaso una familia?

Y don Misael empezaba á sentir que, francamente, no había reflexionado, meditado lo bastante, para otorgar su aquiescencia. En su ánimo se formaba una vaga inclinación hacia el arrepentimiento, que lo desazonaba y ponía nervioso.

—¿Usted es miembro de la "Unión Fraternal"? preguntó una noche á Fabio.

Sorprendióle esta observación al joven, quien repuso:

—Todavía tengo el honor de serlo, si bien he presentado mi renuncia: ignoro si ella ha sido ó nó aceptada. Yo creía que Ruperto del Carmen Solís le había impuesto á usted de mi situación en aquel círculo...

—Efectivamente, replicó don Misael, meditando: Solís me habló de la grande influencia de que gozaba usted en el gremio de los artesanos—me imaginé que eso sería con motivo de su profesión—y yo entendí que usted era socio de la "Unión Fraternal" á título honorífico.

—Un socio activo, señor, como que he desempeñado ahí el cargo de tesorero.

Vanderpint hizo un mal gesto, diciendo:

—La cosa me toma de improviso....

Meditó un momento y añadió:—Me alegro de su renuncia; ¡un sujeto con sus aptitudes, su educación y su carácter, no debe militar en una sociedad de rotos, sino en el Estado Mayor que gobierna al país!

—Mis amigos de la «Unión Fraternal» no andan rotos sino muy bien ataviados, protestó el joven... Por lo demás, disculpe mi ignorancia, no entiendo lo del Estado Mayor.

—¡Un chileno instruído que ignora la constitución de su patria! exclamó Vanderpint en tono de desdén.

—No soy perito en derecho público, respondió el joven modestamente.

—Pues ha de saber usted, prosiguió Vanderpint, entre bromas y veras, que en nuestra Carta Fundamental se estatuye: «El pueblo chileno es esencialmente obediente, los ciudadanos no pueden deliberar.»

—Eso no tiene sentido común, advirtió Fabio encogiendo los hombros.

—Al contrario, objetó don Misael: es la prescripción más cuerda del mundo. El mismo código añade: «La dirección de la cosa pública está confiada á un Estado Mayor compuesto de personas elegidas.»

—Elegidas... por el pueblo.

—¡Ah, usted se refiere á la letra de la ley! Su espíritu es lo importante, lo esencialmente diferente. Sin duda, la ley ha querido dar al pueblo una ingerencia platónica en la administración de sus intereses colectivos; pero ¿cómo puede ocultarse á la sensatez de usted que lo que se llama sufragio popular es una mera patraña, una pata-rata, una fantasmagoría?

—Pero entonces, observó Sancta-Cœli, ¿de qué manera se constituyen los poderes políticos?

—El Estado Mayor lo hace todo.

-- Y á él ¿quién lo hace?

—No se hace... *nace*, por generación espontánea.

—¡Como las setas!

—Ni más ni menos.

—Sin embargo, los hongos mismos tienen un origen orgánico.

—Nuestro Estado Mayor también lo tiene. Eso sí que es preciso establecer distinciones. El Estado Mayor consta originariamente de dos grandes cuerpos, que se equilibran: el ministerialismo y la oposición. El cuerpo ministerial se crea mediante la intervención del gobierno en las elecciones; la oposición es hija del omnipotente Dios dinero.

—¡El cohecho y la fuerza, exclamó, indignado, el joven demócrata, he ahí las dos columnas de Hércules del poder público de Chile!

—Exacto; pero se notan consoladoras tendencias entre los hombres de principios, hay un vehemente anhelo por suprimir la intromisión gubernativa en asuntos electorales.

—Y á la vez la intromisión del oro que corrompe.

Vanderpint soltó una risotada.

—Sin oro no hay elecciones posibles, prorrumpió: sin oro, nadie votaría. Y esto es verdadero, no solamente para la oposición, sino también para el cuerpo ministerial. Porque, ha de tener usted por indiscutible que el gobierno desembolsa sus reales en esa farsa.

—Es decir los individuos que lo componen, de su particular peculio...

—Nó señor, del presupuesto... Eso, de ordinario, se imputa á la partida de caminos.

—¡Así están los caminos! profirió Fabio, riéndose á su vez.

Don Misael dijo:

—¡Bah! cada cual hace el suyo, como puede.

—Su camino político; pero los caminos nacionales no progresan; de ellos algún conocimiento poseo, los mejores están intransitables los dos tercios del año ¡es una barbaridad!

Hubo un intervalo de silencio.

Fabio prosiguió:

—Presumo que el Estado Mayor, ese Estado Mayor esporádico que usted pondera, se busca en medio de los hombres mas idóneos y competentes.

—El ejercicio del poder no requiere una competencia especial, repuso Vanderpint, en tono sincero: la comun y corriente de los negocios basta.

—Se solicita entonces, para ese oficio, á los espíritus más elevados, más cultos.

—Existiría una rivalidad atroz; en Chile no hay hombre que no se considere más culto que su vecino de la derecha ó de la izquierda.

—Ya estoy: se elije á la honradez, al mérito intrínseco.

—El mérito... la honradez... ¡querido Fabio, todo el mundo se creería con derecho preferente para gobernar!

—Ea... son los nombres de ilustre procedencia... y me lo explicaría, en un país joven, de población escasa.

—¡Qué ha de ser! exclamó el "filántropo" jovialmente: los nombres ilustres, los rarísimos que existen, andan por ahí esparcidos como almas en pena; los hay en los presidios, en los hospitales, en la casa de locos ¡Ernesto, mi portero, desciende del Cid Campeador, en línea recta!

Fabio se puso formal. El señor Vanderpint llevaba la chanza demasiado lejos. El joven, con ser demócrata y colectivista, más bien dicho, por esas mismas razones, profesaba el culto del pasado, la tradición le parecía cosa muy respetable. Con alguna arrogancia replicó:

—En el país de mis abuelos, se ha visto á una duquesa auténtica mendigar por las calles—*jeso*

no era un honor para la humanidad!... Yo, seriamente, le pregunto: Si en Chile no gobiernan la ciencia, la educación, el talento, la honradez, la tradición, la virtud ¿quién lo hace?

—El dinero, amigo mío, contestó don Misael, orgulloso: el dinero, la gran palanca.

—¡Qué vulgaridad! prorrumpió Fabio despreciativamente.

Sin inmutarse, el "filántropo" añadió:

—Usted conoce el profundo aforismo de la moderna filosofía: La virtud sin dinero es un mueble que estorba.

Y Fabio, exasperado, repuso:

—¡Más que principio de moral, eso parece una blasfemia de carretero!

Había notado, en los últimos tiempos, el prurito de don Misael, de herirlo en sus opiniones más arraigadas y queridas. Igualmente sentía debilitarse poco á poco, no atinando á comprender por qué causa, el imperio que había logrado poseer sobre la voluntad del padre de su Mercedes. Se figuraba que, probablemente, don Misael Vanderpint estaría cansado de una sujeción que había soportado hasta entonces con desmedro de su carácter y decoro, y desearía volver por la indomable independencia de su criterio y albedrío. Con todo, no alcanzaba su irritada suspicacia al extremo de presumir que don Misael estuviese en disposición de arrepentirse de haberlo aceptado como aspirante á yerno suyo.

Los conspiradores, decididos á desbaratar el casamiento de Mercedes y Fabio, no dejaban transcurrir veinticuatro horas sin hacer llegar á oídos del viejo "estadista" alguna información adecuada á la consecución de aquél propósito.

Vanderpint parecía poner pecho firme á tan insidiosas revelaciones; pero sus ratos de mal humor eran más frecuentes cada vez; solía pasarse todo el almuerzo, toda la comida, y aun la velada, sin hablar.

En una de esas crisis, Merceditas se atrevió á preguntarle:

—¿Sufre usted, papá? está usted descontento?

Á lo cual repuso el padre, con una interrogación intempestiva:

—¿Crees tú que Fabio de Sancta-Cœli te hará feliz?

—¡Cómo creo en Dios, papá! dijo ella enfáticamente.

Y él, persiguiendo ideas lúgubres que, cual negras mariposas revoloteaban en su imaginación:

—¡Ay, hija mía, temiendo estoy que tu felicidad nos cueste demasiado caro!

Y eso lo murmuraba instintivamente, pues, todavía, ninguna amenaza sería habría venido á perturbar su quietud.

Don Misael Vanderpint recibía numerosas cartas: sólo se dignaba leer aquéllas cuya filiación conocía antes de romper la cubierta. Le inspiraban

un santo horror las letras anónimas, esos sobres borronados con pulso trémulo que trasudaban miserias lívidas, miserias doradas también, de las que arrastran coche y pasean la última moda por los lugares públicos. Él tenía sus costumbres, jamás respondía á peticiones de socorro, ó si lo hacía, era su respuesta un "Nó" rotundo sin comentario atenuante, ese "Nó" seco y glacial, que le había proporcionado una fama sorda de hombre malo y mezquino.

En su despacho, una mañana, mientras sacaba cuentas, había recibido la carta de Clara. El sobre se quedó encima del bufete, varios días, intacto. En un momento de ocio, le llamó á Vanderpint la atención ese papel, exornado, por el lado del cierre, con un monograma de oro y colores vivos. Un sentimiento de curiosidad le impidió arrojarlo á la cesta de papeles inútiles. Cogió una plegadera, rasgó cuidadosamente la orilla superior del sobre, y estrajo las dos esquelas contenidas en él. Clara había incluido en su carta el billete escrito por Fabio á ruego suyo. Don Misaël recorrió con la vista la carta y el billete; á cada renglón se acrecentaba su asombro. Concluída la singular lectura, permaneció algunos momentos estupefacto, indeciso. ¿Qué significaba ese ataque á su dignidad, anónimo y asqueroso? Porque Sancta-Cœli no había escrito lo que aparecía con su firma, ni era letra de mujer la del adjunto pliego. Indudablemente, la temeridad de

los enemigos de Fabio salvaba los últimos límites de la decencia.

Don Misael estrujó ámbas cartas, las hizo bola, y, con ademán nervioso, las arrojó al canasto de desperdicios.

Luego pensó:

—¡Qué imprudencia! ¡Si fuesen á caer en manos de algún sirviente!

Las recogió, las aplanchó con los dedos, quiso reducirlas á menudas partículas.

Ni por un instante se detuvo su juicio en la gravedad de las afirmaciones de Clara. Sólo observó la similitud del papel de las dos esquelas, y de ello dedujo que se trataba simplemente de una burda superchería. Pero ¿quién había tenido la audacia...? Esta pregunta *in pectore* le movió á modificar otra vez su intento. Guardaría esas pruebas, y en hora oportuna, las lanzaría al rostro del delincuente infame. ¿Había, por lo visto, envidiosos, llenos de obstinación y de malicia, armados en guerra contra el matrimonio de Fabio y de Mercedes? ¡Pues bien, esa boda se haría, aún cuando para impedirlo se confabulase Santiago entero!

Sancta-Coeli notó en la conducta de don Misael un favorable trastorno. El padre de Mercedes se mostraba con él condescendiente y benévolo, casi humilde; era siempre de su opinión: Fabio creyó haberlo reconquistado por completo.

En casa de las Puigvélez, Lucio Caprines había declarado, de una manera socarrona:

—¡Si yo quisiera hablar, Sancta-Cœli no se casaría con Merceditas!

Caprines había reñido con Horacio Vanderpint; el diputado había tenido la desfachatez de negarle un ligero favor, un préstamo de mucha urgencia. Y el primo repetía:

—¡Si yo quisiese hablar...!

Delante de Elenita Puigvélez, Jacobito Malrasca dijo á Caprines:

—¿Por qué no abres la boca? Ese constructor de edificios es una pesadilla para todos nosotros: ¡gloria y honor á quien nos libre de él!

Jacobito aspiraba á ese honor y á esa gloria; se agitaba como un hurón para alcanzarlos. Cuando, por los periódicos, supo que Fabio de Sancta-Cœli había sido despedido de la «Union Fraternal», el muñeco exhaló un suspiro de satisfacción y de esperanza. Los enemigos de Fabio se habían valido de sus relaciones con la clase obrera para conceptuarlo indigno de introducirse en la familia Vanderpint.

—Hay que seguir una táctica distinta, caviló Jacobo: es indudable que Misael estima á ese pije porque lo cree una gran potencia electoral. Ahora que los artesanos le han despedido con viento fresco, no tendrá á sus ojos valor alguno, y es claro que le hará correr la misma suerte en su casa... Lo interesante y difícil es averiguar

por qué razones Fabio ha sido expulsado de la «Union»... ¡Ah, ya sé: Sicorta es el truchimán que necesito para esta delicada pesquisa!...

Y restregándose las manos, con anticipado contentamiento: ¡C...! terminó, ¡se me antoja que en esta pequeña comedia, va á haber risa para todo el mundo!

Sicorta se negó redondamente á desempeñar en la *pequeña comedia*, el papel que le había designado Jacobito.

—¡Si no acepta usted lo que le propongo, declaró el muñeco, papá lo pondrá á usted de patas en el asfalto!

El pobre periodista, provinciano mendicante, á quien la cotidiana gacetilla daba apenas para comer y estudiar leyes, se asustó de esa conminación tremenda, y prometió su incondicional concurso al glorioso designio de Malrasca.

En la «Unión Fraternal» un consejero, hostil á Fabio, dió á Sicorta malísimos informes. Comprendió el periodista que había en ellos mucho de apasionado é injusto, y, en su ánimo generoso, combinó una respuesta que alejándose de la verdad lo menos posible, satisficiese á Jacobito y á la vez dejase incólumne la reputación de Sancta-Cœli.

—Sancta-Cœli, dijo á Malrasca, ha salido de la «Unión» por acto voluntario; se trata de una renuncia, y no de una expulsión violenta.

—¿Y el anuncio? ¿Cómo explica usted el anuncio?

—Ese joven, replicó Sicorta, era tesorero de la «Unión Fraternal», nada más conveniente y oportuno que participar á los socios su retirada.

—¡Se habrá alzado con el santo y la limosna!

—¡Oh! repuso, indignado, el periodista: ¡cómo se atreve usted á abrigar tales pensamientos!

La casa de las Puigvélez era el cuartel general de los conspiradores. Ahí llevó Jacobito la noticia fresca. Sancta-Cœli había sido echado de la «Unión Fraternal» por ciertos deslices en el manejo de los fondos sociales... ¡Vaya un hipócrita! ¡Vaya un zopenco! Á ver si Vanderpint abría los ojos, ¡á ver si salía de su testaruda obcecación!

—La cuestión está en saber quién cuelga al gato los cascabeles, observó alegóricamente Caprines y Montesinos.

Con una fatuidad que ya no le cabía en el pecho, Malrasca replicó:

—Yo, señores, yo colgaré al gato esos terribles cascabeles, que espantan á los espíritus pusilánimes... Y lo haré con tanto mayor valentía, cuanto que es notorio que en casa de Misael Vanderpint se finge no dar importancia á lo que de mis labios brota... Es un loco, dicen... ¡Y se engañan, porque soy más cuerdo que ellos todos!

Jacobito estaba homérico, en ese instante.

Don Misael se quedó sorprendido, cuando Malrasca le insinuó que tenía que hablarle con la mayor reserva. Después:

—Vamos á mi gabinete, contestó, sonriendo. Jacobito comenzó, algo conturbado:

—Misael— así llamaba al padre de Merceditas: Misael, á secas—Misael, lo que le voy á comunicar es muy duro... pero el cariño que le profeso, me... impone...

—¿Y además? interrumpió Vanderpint.

—Á usted le consta que no me gusta murmurar de nadie.

—Sí, amigo mío... me consta... me consta.

—Sólo que... *actualmente*...

—Actualmente.

—...mente, el hecho es tan palmario.

—Me molestas, chico.

—Hé aquí la coyuntura...: usted ha acordado casar á Merceditas con... *ese* señor.

Don Misael hizo un movimiento brusco:

—¡Y á tí qué te importa!

—Es que... *ese* señor ha cometido faltas... imperdonables en un hombre de bien... Y por tal motivo lo han... eliminado de la sociedad á que pertenecía.

—¡Ah pícaro! ¡ah bribonzuelo! ¡ah canalla! ¡Con que eras tú el de esas fechorías! ¡Vas á ver como te tiro las orejas... como te las arranco de un tirón!

Mientras hablaba con inconcebible furia, había sacado del bolsillo las consabidas esquelas, y colocádaslas abiertas sobre el bufete. Había ido, enseguida, á coger de una oreja á Jacobito, que ya

se meaba de susto, y lo había obligado á acercarse á examinar las cartas.

—¡Misa... el... Misa... el... déjeme por piedad... me hace... me hace muchísimo daño!

Vanderpint lo soltó. El muñeco tenía los carrillos encendidos, de dolor y vergüenza.

—¡Tú has escrito esto! rugió, iracundo, el padre de Merceditas.

Malrasca contemplaba los papeles, desconcertado, tiritando de terror.

Don Misael continuó con más calma:

—Confiesa que eres tú, vamos... y te perdono... aunque no lo mereces... ¡Habíase visto infamia como la tuya..!

Esta acusación antojadiza hizo que la vanidad del muñeco despertase, se sublevase ruidosamente.

—¡Nó señor! dijo con audacia desesperada, ¡yo no puedo confesar lo que no es cierto!... Otras veces he mentido, sin duda, eso le ocurre á cualquiera... Pero ahora... ¡juro por mi honor que la letra que estoy viendo pertenece á Fabio de Sancta-Coeli!

Vagamente inquieto, Vanderpint balbuceó:

—¿Y la otra?

El muñeco se puso á leer con ojo tranquilo. Empezaba á vislumbrar el desquite de la ofensa sufrida, y por vez primera, esa esperanza le infundía valor.

—Bastante, bastante, exclamaba don Misael, atolondrado, perdiendo la serenidad que iba ga-

nando el otro... Ya has leído bastante; lo que me interesa es la firma.

— Cla-ra de la Tor-do-ya, descifró Jacobito.

— ¿La conoces?

Malrasca miró á su interlocutor de soslayo, y se echó á reir con risa loca, cínica, cruel, triunfante, diciendo entre erupciones de satisfacción:

— ¿Si la conozco? Vaya ¡bien entendido está! ¡Esa... *esa* es la... querida del caba... caba .. caballero Sancta-Cœli!

Al oír estas palabras, Vanderpint se irguió amenazador y tremebundo, apretando las manos nerviosamente, cual si con ellas pretendiese la destrucción de ese vil insecto hecho hombre.

Presa de un pánico repentino, el muñeco se puso á la defensiva; su temeridad empezaba á pesarle como una grave culpa, su jactancia como un mundo puesto sobre sus débiles hombros.

Había dado un brinco hacia atrás, dispuesto á desdecirse, á implorar misericordia y perdón. La suerte le ahorró esa nueva ignominia. Sin dar fe al testimonio de sus ojos, Jacobito vió que don Misael mudaba de semblante, caía inerte en un sillón inmediato.

La airada pupila había apagado sus fulgores; se fijaba ahora, mortecina y triste, en un objetivo incierto. Y el brazo destructor, el puño amenazante colgaban, lacios y sin furzas, hasta tocar el suelo de la estancia.

Subyugado por misteriosa, irresistible energía,

deslumbrado por súbita, reveladora claridad, el padre de Merceditas se había dado cuenta, en un segundo, de la situación y sus peligros efectivos. La autenticidad de esas cartas era incuestionable, esplendente; las advertencias, que él venía recibiendo desde hacía tiempo, eran sabias y sinceras. ¿Cómo no se le había ocurrido á su penetración ver en esos escritos el sello de la veracidad?

Avergonzado de la flaqueza que había manifestado ante ese niño, halló, en su fondo de su confusión y angustia, dignidad suficiente para poner término á la conversación, de una manera decorosa.

—Me informaré, concluyó, con voz segura y altanero continente: y si se trata de una intriga execrable, no habrá para tí, para tus torpes amigos, ni conmiseración ni clemencia! ¡Véte!

Jacobito salió radiante; al atravesar el vestíbulo, se miró en un espejo, para ver si no circundaba su frente una aureola de luz. Había dado una magistral campanada; en la calle se reía solo del inesperado coronamiento de su complot. Iba á contar todo eso, adornándolo con las plumas de pavo real de su fantasía, atribuyendo el resultado á su sagacidad, á su diplomacia, á su descoco imponderable.

Don Misael comprendió que se hallaba en un extraño conflicto. No le cabía duda de que su reputación estaba comprometida seriamente. Era

preciso excogitar algún medio para salir del paso. Había muchos, á cual más doloroso: él se detuvo en el más rápido y certero. Diría á Fabio de Sancta-Cœli: — Señor, todo ha concluído — ¿Porqué? — Porque esa es mi voluntad.

Ni una explicación, ni un comentario.

No contaba con el orgullo de raza, con la hidalguía del joven ingeniero.

En la propia habitación que había sido testigo de la escena con el muñeco, Vanderpint decía á Fabio, en un solemne ex-abrupto:

— Señor de Sancta-Cœli, todo ha concluído entre nosotros.

Cogido á traición, Fabio perdió por algunos momentos el dominio de sí mismo; en su mente turbada, no halló una fórmula cualquiera de protesta.

Don Misael, creyendo ver en ese silencio una muestra de resignación ó de cobardía, prosiguió, con un ademán ufano:

— Sí, señor mío; por más que ello me aflija y contraríe, mi voluntad es esa.

Fabio abrió tamaños sus azules ojos profundos, y clavando en su interlocutor una mirada que éste no pudo soportar, replicó:

— *Señor mío*, usted tiene mala memoria, usted olvida que hay aquí dos voluntades, la suya ¡y la de Fabio de Sancta-Cœli!

Don Misael hizo un jesto de impaciencia; su decisión empezaba á flaquear. Sin embargo, qui-

so cumplir su propósito, manteniendo su autoritaria actitud, y repuso:

—Estoy en *mi* casa, caballero, y *yo* mando en ella.

—Padece usted un grave error, don Misael, exclamó el joven, irónicamente risueño: ¡los que en su casa mandan son los calumniadores que le han desvencijado á usted el recto juicio!

—El error es suyo y no mío, refutó el padre de Merceditas. Pertinentemente me consta que usted ha cometido acciones impropias de un hombre de bien, y lo menos que de usted decirse puede es que... tiene una querida.

—¡Su nombre! dijo Fabio, resuelto á no perder la calma, seguro de poderse sincerar de esas acusaciones estúpidas. Su nombre, repitió; le confieso á usted que lo ignoro.

—Una tal Clara de la Tordoya, replicó Vanderpint, atreviéndose á mirar al joven frente á frente.

Fabio se puso á observar á su contrincante como se contempla una cosa rara, un fenómeno, y plácidamente, firmemente repuso:

—Es una infame enormidad, y nada hai más inundo que oír una calumnia de boca de un hombre bueno... Porque usted, don Misael Vanderpint, usted, en medio de sus extravíos, es un hombre bueno... Sin sus millones ¡hasta sería un hombre honorable!

—¡Esos millones, prorrumpió el capitalista, esos

millones los buscaba usted, sin embargo, por más que ahora susciten su desdén!

—¡Oh señor! protestó Fabio, escandalizado: bien sabe usted, por habérmelo oído repetir muchas veces, que desprecio todo lo que me parece vulgar, y para mí, el dinero es una de las vulgaridades mayores. Yo no he *buscado* la fortuna de usted, que, para el objeto que le sirve, más provechosa fuese en otras manos... Y ya que la oportunidad se presenta, voy á expresar á usted francamente mi opinión. El dinero es un instrumento de cambio que no posee más valor real y moral que el de las cosas, buenas ó malas, en que se invierte. Al principio me había molestado un poco que usted, mi futuro suegro, fuera un hombre de tanto caudal. Para las personas de mi clase y mis ideas, es siempre un síntoma de inferioridad humana, el no valer sino por la riqueza de que se dispone. Á pesar del cariño y la estima que á usted le tributo, usted es, en mi concepto, una personalidad moral de ínfima categoría.

—¡Señor, usted se propasa!

—Voy á probar á usted lo que afirmo: El pueblo lo aborrece á usted de corazón.

—¡La canalla!

—He dicho el pueblo, insistió Fabio severamente: el pueblo, y nó la canalla, que está ó mucho más arriba ó mucho más abajo. Por otra parte, los iguales de usted lo aborrecen con idéntica cordialidad.

—Me envidian.

—Su dinero, no el uso que usted de él hace.

—Señor, protestó don Misael, impaciente: yo he ganado mi fortuna con toda honradez y conciencia.

—Lo admito, he tomado informes—como de mí usted—y sé que ha acumulado esa fortuna con integridad... relativa... mediante el sudor de ajenas frentes... Y ahora pregunto: ¿por qué pesa sobre usted el aborrecimiento de tantos corazones generosos? ¿por qué, en lugar de ser el primer hombre de su país, de ser universalmente amado y respetado, no cuenta con más adhesiones que las que paga á precio de oro? ¿Por qué lo detestan hasta los mismos individuos de su propia esfera social? ¿No ha discernido usted que todas esas calumnias, todas esas infamias, todas esas miserias con que se me pretende deprimir, van, por tortuoso camino, á usted únicamente dirigidas?

—Es cierto, dijo Vanderpint, con voz sorda. Se toma por pretexto el que yo haya dado á usted mi hija, para amenazárseme en mi reputación y dignidad. Me felicito de que usted, al fin, lo reconozca: por conservarlo á usted, me espongo á la pérdida de mis demás amigos.

—¡Bah! prorrumpió Fabio, amigos de esos se compran á tanto por cabeza... Mientras que yo, prosiguió el joven, exaltándose más y más: yo me he enajenado, por hacer á usted y á los suyos

un servicio—¡oh, no es un reproche!—me he enajenado la amistad de corazones que no se venden, sino que se conquistan con armas de lealtad y abnegación. No cabe, pues, comparación alguna entre los amigos que usted pierde y los que yo he perdido. Y vea usted la índole moral de los unos y los otros. Los unos, que consideran que se rebaja mi carácter porque busco una alianza en la familia de usted, se abstienen de calumniarlos, de acusarlos á usted y á su familia; los suyos, en cambio, esos que—¡imbéciles!—se figuran que don Misael Vanderpint se desmedra dando su hija á Fabio de Sancta-Coeli, ¡no vacilan en cometer una accion villana, á fin de satisfacer su necia fatuidad!... Dígnese usted, ahora, decir cuáles son los caballeros, las gentes de honor y de conciencia, ¿los amigos de usted, que lo amenazan, sin justicia, ó los míos que, censurándome con ella en el fondo de su alma, callan... y sufren?

— Sufren, quizá; pero no callan, exclamó Vanderpint, con agrio acento. Esos nobles y generosos corazones han hablado y han dicho: Fabio de Sancta-Coeli no pertenece ya á nuestra familia ¡qué vituperio mayor!

Encogió los hombros el joven, y contestó con cachaza:

— Usted alude á aquel aviso... Cualquier villano puede encontrar ahí un vituperio; un hombre justo sólo vería la constancia de un hecho de los más sencillos y comunes. Ahora ¿quiere usted

saber por qué me he separado de la "Unión Fraternal"?

—*Lo han separado...*

—Sea... Pues bien, por incompatibilidad de situaciones, simplemente: se ha creído que un abnegado servidor del gremio industrial, no puede ser yerno de un enemigo de él. El pueblo ve en usted á un enemigo. ¿Es absurdo? Sin duda: usted no es enemigo del pueblo... Ni amigo tampoco; es un indiferente. Si usted, en vez de permanecer en la tierra, se trasladara al planeta Marte, ni ganaría el pueblo ni perdería por esa sola causa. Cuando usted se muera, no lo llorará ningún ciudadano libre, y habrá indiferentes... como usted... que celebrarán ese suceso, ó su consecuencia: la división de una gran fortuna... Usted parece no tener conciencia exacta de esta fatalidad inevitable: que no se podrá llevar su dinero al otro mundo.

—¡No hay otro mundo! murmuró Vanderpint, como si estuviera soñando.

—Entonces, volvamos á este... Yo decía: el pueblo ve en usted á un enemigo; y agregaba: es absurdo. Pero dado el abismo que ha abierto la plutocracia nacional entre ella y el pueblo, aquél necio error tiene sus razones y su excusa... Imagínese usted—¡oh, sólo un breve instante!—que es el bienhechor del pueblo, el hermano, el igual del hombre de trabajo, el genio de caridad en que *yo* me hacía la ilusión de poder convertirlo...

Por obra de encantamiento la incompatibilidad de situaciones cesa: Fabio de Sancta-Coeli puede ser individuo de una sociedad de artesanos, y yerno de un millonario y prohombre de la República... Porque usted sería prohombre; se habría ajigantado en un abrir y cerrar de ojos. No tendría mas que hacer un jesto, y miles de corazones agradecidos lo elevarían á ideales alturas, le erigirían estatuas, ¡lo endiosarían en un altar! Y todas las voluntades estarían al alcance de su mano, nó por el oro, ¡por el amor!... Usted que es hombre de negocios, ¡dígame si hay negocio más espléndido, más lucrativo, más seguro, que el que le vengo señalando!

—¿Cree usted que no doy? dijo el capitalista, frunciendo las cejas.

Y enumeró algunas dádivas ridículas.

Después añadió:—¿Y qué he conseguido? ¡Ingratitud! El pueblo, mire usted, es un animal ingrato.

—Ésa sí que es la canalla, prorrumpió Sancta-Coeli... El pueblo... usted no lo conoce, no lo ha visto nunca... ¿Sabe usted cómo vive? ¿dónde vive? ¿qué hace? ¿qué piensa? ¿qué desea? Lo que usted llama pueblo es... *eso* que le vende á usted el voto, y en seguida entra á su casa á robar. El verdadero pueblo es muy distinto. Todo lo grande, lo hermoso, lo humano, lo que dignifica y embellece la vida, lo que ennoblece al hombre y lo exalta: virtud, genio, ciencias, artes, inventos...

todo eso viene del pueblo y pertenece al pueblo. Compare usted lo que por la dicha de la humanidad ha realizado el pueblo, y lo que en beneficio de ella ha ejecutado el oro: ¡la proporción resultará de ciento á cero!

—Su socialismo ideal es admirable, observó don Misael, con sorna; pero nuestro país no está preparado para él. Si se implantara en Chile, llegaríamos á la demagogia, á la anarquía.

—¡Socialismo, demagogia, anarquía, palabras huecas y sonoras que confunden los tontos y los malvados! ¿Quiere usted saber quiénes, en este país, son los demagogos y anarquistas? Estúdiese á sí mismo, contemple todo lo que en esta regia mansión lo circunda; nada hay aquí, desde el libro que ese estante soporta, hasta los muros macizos que protegen tantos tesoros, nada hay que usted pudiera hacer con sus propias manos, ó con su inteligencia inventar. ¿Qué sería usted sin su fortuna? Uno de esos espíritus impotentes que derriban por exceso de rabia, lo que no pueden edificar por falta de talento. Y, entonces ¿dónde está la diferencia entre usted y un anarquista? ¡Encerrada en una caja de fondos! Es cuestión de números, de fichas, de tiras de papel con mayor ó menor fuerza de cambio. Ponga usted á un dinamitero furioso, á la sombra de estos dorados frisos, déle usted sus millones: será respetable, será diputado, senador, ministro, será estadista eminente, ¡una *figura* nacional!... Sí, señor Van-

derpint, esos terribles destructores de propiedades y de vidas, son pacíficos burgueses á quienes negó la suerte un sombrero de copa. Y los burgueses como usted no son sino petroleros... que se han sacado la lotería. ¡He ahí la diferencia toda!...

—¡Usted está loco! balbuceó Vanderpint, avasallado, fascinado, reducido á una completa inercia de pensamiento, por esa palabra vehemente, por esa voz dulce y armoniosa, cuyas metálicas, musicales vibraciones, arrullaban como un canto.

—Señor, replicó Fabio con esa elegante soltura que era su gracia y su fuerza: cuando discuro sobre cuestiones controvertibles, me gusta probar las proposiciones que siento. He afirmado: Usted sería anarquista en determinadas circunstancias.

—¡Se ríe usted!

—Nunca he estado más serio y solemne. Al entrar yo en este aposento, usted ha dicho: Todo ha concluído entre nosotros, esa es mi voluntad. En seguida, usted se ha dignado exponerme sus razones: la reputación de usted está amenazada. Impotente la reputación de usted—frágil, por lo visto y vidriosa—para desdeñar amenazas y conjurar tormentas, desde el fondo de su egoísmo ha dicho usted: Sacrifiquemos ese noble corazón en aras de la opinión pública severa é implacable, ¡en aras de mi respetabilidad! Y reflexionando más, se ha persuadido de que Fabio de Sancta-

Cœli, una vez defensor de su buen nombre, no se negaría, en una segunda emergencia, á desempeñar ese caballeresco papel... En una palabra yo le estorbo, usted me destruye. Más aún, destruye la felicidad de su hija, y le confieso que es esto lo único que deploro. Porque, señor Vanderpint, usted me ha juzgado como yo merezco que se me juzgue; usted me ha creído á la altura de un noble sacrificio, y efectivamente estoy á esa altura. Pero ella, Merceditas, ¿puede usted, su padre, inmolarla?

Don Misael comprendió que Fabio mismo le señalaba la puerta de salvación.

—Merceditas, dijo, contestando vivamente la pregunta del joven: Merceditas no vacilará entre el honor de su padre y una dicha más ilusoria que real.

—Necesito oírlo de sus propios labios.

—¿Duda usted de mí? interrogó don Misael con resentimiento: yo no he dudado de usted un sólo instante, ¡y eso usted lo reconoce!

—No dudo, respondió Fabio: déme usted su palabra de honor de que Merceditas acepta esta transacción espantosa ¡y en el acto me retiro de aquí para no volver!... Pero antes, piense usted en esto: ¡Hay una Providencia, señor Vanderpint, una providencia, encargada de establecer las compensaciones justas; ella no repara en el caudal de los mortales para castigarlos y escarmentarlos!

Don Misael se estremeció involuntariamente.

¡La divina justicia! ¡La Providencia! Él no creía en la Providencia. Era de sus preocupaciones la más flaca. Niño aún, había dado al traste con la religión, y su purgatorio, su virgen, sus santos, las mil [p]atrañas aprendidas en el regazo materno. Había sido devoto, sin embargo: había ido al Instituto con un escapulario del Corazón de Jesús á raíz del pecho. En esa época daba malos exámenes, lo vapulaban los profesores, sus condiscípulos se reían de él, era un detestable alumno. En una ocasión, durante el recreo, un muchacho desalmado, á guisa de diablura, le había cogido el cordón del escapulario, y había tirado de él con violencia, desde atrás. El cordón era firme, Vanderpint cayó de espaldas, contra un poste, aturdido. Le había quedado en el cuello una ancha huella rojiza, y de una herida de su cabeza manaba, en espesos coágulos, sangre negruzca. Después había conseguido incorporarse, había acometido, ciego, al agresor, un gigantón que le llevaba más de un palmo de estatura. Lo había acorralado ya, lo derribaba, lo vencía; otro muchacho intervino, tiró del cordón del amuleto, que colgaba todo afuera; y Vanderpint cayó otra vez, pero sin hacerse daño. En ese trance, desesperado y furioso, arremetió con centuplicadas fuerzas contra el círculo hostil de colejiales que se había formado en torno de él. Había recogido una barra de hierro, y daba á diestra y siniestra furibundos mandobles... dispuesto á morir. Sus

antagonistas retrocedieron, temerosos de que resultara algo grave, y por último abandonaban su presa, satisfechos. El niño Vanderpint recogió entonces el pisoteado escapulario,—que en la marimorena había caído al suelo,—y lo besó devotamente. Ese año, sus resultados escolares fueron peores que de costumbre: tenía la cabeza dura, aunque tierno el corazón. Y los que habían sido sus verdugos salieron premiados, victoriosos. Él estaba grandecito, reflexionó; le hizo cavilar mucho el lema del amuleto que llevaba debajo de la camisa. Decía ese lema: ¡Detente, el Corazón de Jesús está conmigo! Él comprendió que eso era mentira. El escapulario no había detenido á los chacales, sus condiscípulos, ni conjurado sus golpes, ni evitado el sacrilegio. Estaba visto y reconocido que esos símbolos religiosos carecían de virtud protectora... Y, repentinamente, se volvió incrédulo, renegó de lo que antes había adorado. Posteriormente, había alcanzado brillantes triunfos; su corazón se había ido endureciendo, su cabeza despejando. En los últimos años de humanidades había aventajado á sus enemigos... Y ahora era opulento y poderoso, y se reía de la Providencia, del Destino, de la Suerte, de todos esos ridículos fantasmas...

—Mientras yo hojéo este magnífico in-folio, concluyó Fabio, medite usted y resuelva.

Don Misael permaneció buen rato pensativo: evocaba aquellas escenas de su infancia, y conve-

nía en que él había sabido, en la existencia, elegir la mejor parte. Y ahora, en los lindes de la vejez, ¡venir á sacrificar su reposo y las consideraciones sociales que se le habían dispensado siempre! ¡Nó, nó, nó, eso era imposible!

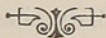
—Ha llegado el momento, observó Sancta-Cœli, conmovido, alzando la vista: ¿qué decide usted?

—Hombre, tartamudeó el "filántropo", lo siento mucho... pero... ¡mi respetabilidad!

—¡Está bien! exclamó Fabio con firmeza; á la divina justicia me encomiendo.

Y salió.

—¡La divina Justicia! repitió sarcásticamente Vanderpint: ¡qué paparrucha!





CAPÍTULO XXII

Mefistófeles moralista

Y, después, había permanecido inmóvil en su asiento, embotada la voluntad, las ideas revueltas y confusas, fija la vista en el vacío.

—La Justicia divina ¡qué paparrucha!

No, eso no podía mellar su alma fuerte: el polvo de medio siglo sepultaba en su memoria las preocupaciones que habían arrullado su niñez. De repente, sin embargo, una luz brilló en el fondo de su conciencia, en el tenebroso rincón donde el remordimiento se escondía. Al precio de una flagrante injusticia, había salvado su honorabilidad, su buena fama. Él lo creía así; faltaba saber si lo que *creía* era lo cierto.

Una especie de temor supersticioso se apoderó de su imaginación enferma. Se vió rodeado de

enemigos, una amenazadora falange, capitaneada por Fabio. Se incorporó maquinalmente, quiso correr en pos del joven, llamarlo, pedirle perdón. Fué una impresión fugitiva: su orgullo de moro le hizo exclamar:

—¡Qué flaqueza!

Y se volvió á sentar, dominado por una cólera salvaje. La voz de Merceditas le produjo un escalofrío en todo el cuerpo. La niña había golpeado, decía, desde afuera:

—¿Se puede? ¡Jesús, qué conversación tan larga!

—¡Adelante! respondió Vanderpint con voz ruda y firme... ¡Ah, chiquilla, eres tú! añadió en tono afectuoso.

Merceditas, atónita:

—¿Y Fabio? murmuró.

—Se ha ido... una indisposición repentina... me ha encargado que lo disculpe ante ustedes.

Ella, asustada, se apoyó en el respaldo del diván turco, dijo palideciendo:

--Por qué no nos llamó... lo habríamos atendido inmediatamente... sería, quizá, una dolencia pasajera.

—Sí, repuso don Misael, impacientándose: un accidente sin gravedad alguna... Pero, deja que te diga, una vez por todas... eres muy... exagerada en la manifestación de tus sentimientos hacia ese mozo... Con razón te critican, *nos* critican nuestras relaciones.

Ella no había oído nunca á su padre expresarse así. Su inquietud aumentaba, sentía deseos de llorar.

Don Misael comprendió que la había atormentado; lejos de compadecerla, se atrevió á reñirla, con irónica acritud.

—Vas á lagrimear porque á Fabio le duele el estómago ¡es ridículo, francamente!... Ese muchacho te ha convertido en juguete, en *cosa* suya, ¡te ha hecho olvidar las más elementales obligaciones de una doncella educada!

—¡Oh papá, sollozó Merceditas ¡qué severo es usted conmigo!

—Sí hija, sí, insistió él, aparentando una tristeza profunda: por él todo lo desdénas y abandonas... Si mañana tuvieses que elegir entre Fabio y el honor de tu padre, no vacilarías... ¡estoy seguro de que no vacilarías!

La niña enjugó sus lágrimas, disimuló su quebranto.

—Se equivoca usted, papá, declaró con entereza. Yo adoro á Fabio; pero, no digo el honor, la felicidad de usted me es aún más querida y estimable.

Don Misael se conmovió; su pecho se ablandaba, á pesar de sus esfuerzos para mantenerlo inflexible.

—¡Pobrecita! suspiró, ¡si supieras cuánto es mi cariño por tí!

—¿Lo ignoro acaso? replicó la joven tierna-

mente. Pero ¿qué ocurre? usted está intranquilo; ¿ha tenido alguna querella con Fabio?

—Te ruego, hijita, que no me interrogues. Es verdad, ha habido entre los dos una escena desagradable... momentánea... En seguida te lo referiré... cuando estés menos nerviosa...

—¿Por qué nó ahora mismo? No estoy nerviosa; tengo pena, sí, mucha pena.

—Nerviosa, apesurada... es igual. Mañana lo sabrás todo... ya es hora de acostarse... es preciso que tengas el ánimo bien sereno...

—¡Dios mío! exclamó la niña ¡qué debo yo pensar, entretanto!

El padre la miró, trató de sonreírse:

—¡Qué tonta eres! Te repito que mañana lo sabrás todo...

Merceditas no durmió esa noche.

Al día siguiente, se levantó muy temprano, descolorida y ojerosa.

—He reflexionado, dijo á su padre; me he puesto en la alternativa más dura para mi corazón, en la de tener que elegir entre... Fabio y usted... Me creo... con suficiente fuerza para optar... ¡por... usted!

Su padre se quedó largo rato en actitud contemplativa; viendo á su hija, al parecer resuelta y firme, le dijo por fin:

—Voy á someterte á una prueba quizá dolorosa.

—La aguardo, contestó ella con solemnidad.

—Me es muy duro contarte lo que pasa, continuó él, pensativo... De todos modos, vale más que lo sepas luego: ¡Sancta-Cœli renuncia... á tu mano!

La niña se cubrió el rostro con la diestra, y vacilando, en tono apenas perceptible:

—Papá, balbuceó.... papá... ¡yo me voy á morir!

El padre se precipitó á sostenerla: era tiempo, Merceditas caía en sus brazos, exánime.

Cuando el médico, llamado á toda prisa, hubo pronunciado su diagnóstico, don Misael se tranquilizó. No era nada, un desmayo sin complicaciones.

Vanderpint esperaba buenos efectos de esa crisis. No se engañó: la joven, atendida con solitud extremosa, se restableció á los tres ó cuatro días. Aparentemente, había olvidado á Fabio; á nadie quiso preguntar por él. Durante su convalecencia, empero, había meditado largas horas. Había visto desarrollarse frente á sí, hasta desvanecerse en un porvenir brumoso, una existencia de pesadumbre y martirio; había resuelto que el bienestar de su familia era incompatible con su ventura personal.

Su carácter se modificó de un modo extraño. Había perdido el gusto por todas las cosas bellas que antes halagaban su fantasía. No quiso salir á ninguna parte, miraba el mundo con apática indiferencia, hablaba lo menos posible. En el

fondo de la casa había un vasto jardín. Ella no se había preocupado nunca del cultivo de las flores; ahora pasaba una gran parte del día en medio de los ranúnculos, crisantemas y jacintos. Acompañábala en sus labores de jardinera gentil, el granuja Roquete, hijo de la cocinera, Petrona. Aconteció que el granuja cayó enfermo de la garganta: ella lo cuidó personalmente, como si hubiera sido hermano suyo. Petrona le decía, presa de una inquietud:

—Señorita, no se exponga, es un mal contagioso...

—Calla, respondía enfadándose la joven... Sobre todo, ¡ni una palabra á mamá!

Como la dolencia del chico tomase un sesgo peligroso, el doctor dió orden inmediata de trasladarlo al hospital.

—Es una inhumanidad, exclamó Merceditas...

El médico le observó que ella había sido muy imprudente: Santiago entero era á esas horas una vasta enfermería; el tifus, la peste, la difteria tenían postrada en cama á la mitad de la población. Y añadía, rabioso: Las gentes de gobierno parecían no advertir que se estaba muriendo medio Chile; no había ojos, ni oídos, ni actividad intelectual sino para las querellas políticas. Y mientras los automedontes del carro del Estado deliberaban sobre el mejor régimen gubernativo, ellos, los doctores, gritaban como en un desierto: ¡Hélo aquí el mejor régimen gubernativo: aseo, higiene,

vacuna obligatoria, instrucción primaria obligatoria, supresión de albañales, desinfección de las habitaciones de los pobres...!

Entretanto, á un chiquitin de la lavandera le había dado la *membrana*; su madre seguía trayendo la ropa, como de costumbre.

—Es menester adoptar algunas precauciones, dijo el doctor don Misael: evitar en lo posible el contacto con las personas que viven en barrios infectados.

Se tomaron las precauciones; era tarde, sin duda, porque Merceditas, un día, no se levantó. Le ardía la sangre, tenía los brazos cubiertos de granitos rojos.

El médico familiar dijo á doña Emiliana, en voz baja:

—Me parece que es la escarlatina, señora; en estos casos hay que temer que se afecten los riñones, la garganta; todo cuidado es poco.

Merceditas adivinó el pensamiento del médico, se imaginó que la desahuciaba irremediabilmente:

—Yo me voy á morir, murmuró... por más que se empeñen en salvarme, yo me voy á morir

—No digas eso, hijita, le suplicó su madre consternada; el doctor me asegura que sanarás...

—¡No tenga pena, mamá! repuso Merceditas arrepentida y triste: yo le prometo que sanaré... sí, mamá, sanaré.

La enfermedad se agravó en días posteriores.

El médico no abandonaba la cabecera de la paciente. La difteria se había declarado en el fondo de la laringe, invadía la lengua y el paladar con una secreción blanquecina. La fiebre era desconsoladora: cuarenta grados constantes. El médico perdía poco á poco la esperanza. Él mismo hacía las pulverizaciones de agua de cal, las embrocaciones de bórax y percloruro de hierro; con tenaz paciencia limpiaba la úlcera implacable, que, á los pocos minutos, volvía á aparecer, fatídica, y horrible.

—Es preciso convocar una junta, declaró, desesperado.

Pero los facultativos no tenían tiempo para asistir á juntas; cada uno atendía á un centenar de enfermos. Varios habían sucumbido, víctimas de su humanitaria misión. Costó trabajo conseguir la ayuda de un doctor famoso. Vanderpint, dominado por una cólera persistente, abrumaba al médico de la casa con apóstrofes injustos y violentos. Era un animal, un ignorante; no había sabido contrarrestar la afección en sus raíces...

El médico no escuchaba esas imprecaciones intempestivas.

Por último, llegó el doctor famoso. Examinada la doliente, declaró que el caso era de inusitada gravedad. En seguida exhaló sus quejas. No había sublimado, en el aposento demasiado lujoso. Esos cortinajes, esas alfombras, esos muebles eran superfluos, servían de nido á millones de

micro-organismos patógenos. ¿No había en la casa un cuarto enladrillado, blanqueado, virgen de todas esas dañinas fruslerías?

Leyó las recetas, se hizo explicar el tratamiento seguido.

—Está bien, concluyó: no se podía hacer otra cosa. Volveré mañana; no olvide el sublimado, doctor.

Se lavó los dedos cuidadosamente, en una solución desinfectante, ineficaz, á su juicio, y se retiró repitiendo:

—¡No olvide el sublimado... el sublimado!

Vanderpint amonestó al médico de cabecera. ¿Qué significaba eso del *sublimado*? ¿No estaba él al corriente de los progresos de la medicina? ¿Por qué no había administrado ese tópico desde un principio?

Con una vaga sonrisa, el médico repuso:

—Es una substancia antiséptica, que pide el colega para lavarse las manos...

Don Misael, cambiando de tono:

—Discúlpeme Fuenzalida, suplicó: tengo tan trastornada la cabeza que no sé lo que digo...

El médico comprendía ese desbarajuste mental: ese pobre padre debía de sufrir extraordinariamente.

Á pesar de una prohibición expresa y absoluta, la casa estaba llena de personas de distintas condiciones: parientes, amigos, mujeres del pueblo, de *buena familia*, algunas, de esas que jamás

habían recibido contestación á sus peticiones de auxilio pecuniario... Todas esas gentes acudían á ofrecer servicios. En el rostro de las más humildes, una consternación se transparentaba; ellas, que veían morir á sus pequeñuelos con una resignación imbécil, miraban, extáticas de espanto, á esa hija de poderosos, moribunda.

Una mañana don Misael interpelló á la lavandera. Nunca dirijía la palabra á la servidumbre. Ahora, humillado por el dolor, preguntaba á esa mujer por el chiquitín enfermo.

Ella le mostró el rapaz, un mocosillo hecho un puro esqueleto, amarillento, achaparrado, vestido de harapos indecentes. Gracias á Dios, había escapado, después de haber estado una semana entera suspendido entre este mundo y el otro. .

—¿Qué médico, dime qué médico? exclamó don Misael, en tono de ardiente súplica.

—Ninguno, señor, ha sanado sólo, *gracisadios*, á fuerza de *tilo*, á fuerza de sudores. Así también está el pobrecito, ¡como un fideo!...

Vanderpint le volvió las espaldas, con un brusco movimiento de cólera. ¡Había sentido la horrible injusticia de ese Dios, que la otra invocaba, agradecida; de ese Dios, que devolvía la salud al sordido, miserable muchacho, y se la negaba á la donosa, adorable doncella que era el adorno de un hogar opulento y feliz! ¿Acaso no eran iguales á sus ojos, todas sus creaturas? ¿acaso medía la suerte de ellas con distinta vara? ¿Por qué con-

servaba á una madre sus hijos, y arrebatava los suyos á otra madre?

En esa disposición de ánimo recibió la visita de un amigo político, que venía á consultarlo sobre la situación del país, grave y peligrosa en esos momentos. La Comisión Conservadora iba á reunirse, había alarma en todos los espíritus; nunca había orillado la nación una crisis más intensa.

Fuera de sí, don Misael dijo con voz entrecortada por las lágrimas:

—¡La nación!...¡Que se vaya al diablo!... ¡Mi hija se muere!... La nación, ¡qué me importa!

—Es preciso tener valor, Vanderpint, observó el importuno amigo; en estas terribles desdichas se aquilatan las armas superiores.

Don Misael replicó:

—Es una monstruosidad, quitar los hijos á sus padres, una alevosía, un crimen nefando. ¡La naturaleza absurda comete atrocidades que se escapan á la inteligencia del hombre! ¡Hay términos para designar todos los imaginables delitos; no hay voz en ningún idioma que exprese aquella espantosa iniquidad...!

Por la noche, en el aposento de Merceditas, hubo una escena que despedazó el corazón de sus testigos.

La niña deliraba. Mientras su madre preparaba una bebida en un extremo de la habitación, ella se había levantado, envuelta en las ropas que

la cubrían, tomaba á pasos lentos el camino de la puerta que daba al patio.

Y con voz quebrada y ronca decía:

—Ven, amigo mío, ven, sácame de aquí... este es un infierno...

Doña Emiliana, llena de terror y angustia, se precipitó sobre ella, quiso tomarla en sus brazos, devolverla al lecho vacío.

Merceditas la rechazó violentamente:

—Déjeme pasar, señora; ¡no me detenga!

—Soy yo, hijita, sollozaba doña Emiliana desfalleciendo casi: soy yo, tu madre... ten piedad de mí...

La joven, entretanto, proseguía:

—¡No me atropelle usted!... Fabio, ¡dí á esta mujer que no me atropelle!

Don Misael acudía con el médico y otras personas. Salvo el facultativo, los demás habían perdido la cabeza, no sabían qué hacerse en ese maremagnum de horror.

Vanderpint, embrutecido, insinuaba:

—Dénle tila, mucha tila, es soberano remedio...

Tenía los párpados hinchados por el insomnio; sus últimas fuerzas lo abandonaban.

—Véte á acostar un rato, Misael, le dijo su esposa, hallando un poco de serenidad en la inmensa pesadumbre que la oprimía.

Vanderpint se dirigió á la puerta, lentamente.

—Si usted lo cree necesario, dijo al oído de

doña Emiliana el médico, se podría llamar al confesor... Cada segundo que transcurre las probabilidades de salvación desaparecen.

Inconscientemente, la madre de Merceditas repitió:

—¡El confesor! ¡No hay esperanza!

Don Misael, que ya había puesto un pié en el vecino cuarto, alcanzó á oír la fúnebre exclamación de su esposa. Anonadado, se dejó caer en un asiento próximo.

¡El confesor! Él no conocía la especie; en medio de sus ocupaciones de hombre constantemente y porfiadamente feliz, no había pensado jamás en los preparativos que preceden al último, inevitable viaje. Y ahora la idea de ellos le producía la terrorífica sensación que debe de experimentar un condenado á muerte. En un estado de medroso aturdimiento y semi-somnolencia, permaneció unos cuantos minutos, hasta que un rumor de pasos y de extrañas voces lo hizo incorporarse, de un modo instintivo. Casi al mismo tiempo se presentaba á su vista un sacerdote, y tras del bulto sombrío del hombre de iglesia, él reconoció al facultativo famoso, que parecía dominado por una sorpresa colosal, viéndose en tan inesperada compañía.

Don Misael, conmovido hasta no poder despegar los labios, los introdujo, por medio de débiles ademanes, á la habitación donde agonizaba su querida chiquilla. El de la Facultad cumplió su

deber primeramente; examinó á la enferma, austero y silencioso.

—Doctor, suspiraba momentos después el torturado padre: doctor ¿no es verdad que todo no está perdido?

El médico famoso replicó:

—¿Cree usted en los milagros? Yo nó, desgraciadamente... ¡Y nada menos que eso se necesitaría para salvarla!

Una luz que parecía venir desde muy lejos, brilló en el nebuloso espíritu de Vanderpint. Esa palabra "milagro" hacía subir á la superficie de su memoria, impresiones infantiles que, marchitas y polvorientas, parecían cobrar de repente vigor y lozanía. ¡Un milagro! Sin duda, Dios era capaz de producirlo. ¿Quién había conseguido probar victoriosamente que lo sobrenatural especial era una quimera? Merceditas, en su infancia, había estado á las puertas del sepulcro; la ciencia había decretado que moriría. Entonces su madre le había puesto en el pecho aquel profanado escapulario, que la impiedad de algunos colegiales había convertido en milagrosa reliquia... ¡Y Merceditas había resucitado, á pesar del decreto de la ciencia!

Humillado ante Dios hasta besar el polvo, don Misael pidió que se hiciese uso del mágico amuleto; la fe le volvía, él creía en la posibilidad de una suspensión de las leyes naturales, merced á la intervención de la divina clemencia. Trajeron,

pues, el escapulario milagroso; pero era tarde para que su virtud tuviera eficacia. El sacerdote mismo se había mostrado incrédulo, acerca de la utilidad de ese desesperado recurso. Estaba visto, Dios había dispuesto otra cosa, y era menester inclinarse ante su soberana voluntad.

En la estancia iluminada débilmente, el eclesiástico permaneció algunos instantes solo con la enferma. La familia se había retirado á una de las habitaciones cercanas. ¿Qué pasó entre la moribunda apenas consciente, y el personero de la divina indulgencia? Algo quizás, á la vez dulce y terrible, más difícil de expresar que de concebir.

Desempeñada su caritativa misión, el sacerdote llevó á los padres de la niña lo que él creía una consoladora palabra:

—¡Me ha reconocido! ¡Ha sonreído! ¡Es un ángel, una verdadera santa!

Vanderpint, muy distante de hallar consuelo en la relación de este tierno incidente, comprendió, al contrario, toda la fatalidad, toda la profundidad de su infortunio. Merceditas sonreía ¡y no era él, sino un desconocido, un extraño, quien recibía de su hija la postrera manifestación de reconocimiento y ternura!

El ministro de Jesús seguía repitiendo:

—Sí, mi señora, un ángel de Dios, una santa... Pero no podrá tomar el viático... ¡su pobre boca es una llaga horrible!

Esa noche fué para toda la familia un suplicio. Á duras penas consiguió doña Emiliana que su esposo se acostase á descansar en el diván de su gabinete. Él quería acompañar á su hija hasta el último instante; el cansancio lo venció... Se dejó conducir como un niño hasta su despacho, y sin darse cuenta de lo que hacía se tendió en el diván turco, de golpe y pesadamente. No sabía si estaba durmiendo, ó despierto; solo conservaba en la cabeza la confusa noción de no poder cerrar los ojos. Tan luego como trataba de juntar los párpados, un escozor insoportable lo obligaba á volverlos á abrir; y en cada una de estas alternativas, las imágenes que herían su cerebro iban tomando una apariencia cada vez más ominosa y fantástica. Detrás del biombo que rodeaba la cabecera del diván, doña Emiliana había colocado una lamparilla, cuya luz débil y vacilante hacía bailar las sombras de los objetos arrimados á la pared. Enfrente de Vanderpint, sobre una consola, estaba el Mefistófeles de bronce, y un rayo oblícuo de la lamparilla iluminaba la faz torva del fabuloso personaje. Y en el muro próximo á la estatua, la silueta de ésta se alargaba, se encogía, se meneaba de un lado á otro, según las oscilaciones de la luz.

Y en el delirio del sueño, Vanderpint veía agrandarse la fatídica figura, hasta tocar el cielo del aposento. Pronto la fisonomía de Mefistófeles fué cambiando, tomando el aspecto de caras

familiares. Un momento, Vanderpint creyó que que Merceditas lo miraba desde lo alto de la consola. La niña le tendía los brazos, afectuosamente; ella se había restablecido del todo, y era él, el enfermo.—“Yo lo cuidaré mucho papá, decía Merceditas, lo cuidaré y usted sanará.” Después se desvanecía la tierna visión; Mefistófeles recobraba su habitual ceñudo rostro. Ahora la niña moribunda yacía á los pies de la estatua: el demonio la señalaba al padre, con el índice de la diestra.

—“¿Por qué me la quita usted? decía Vanderpint, con un gemido; ¿por qué no se lleva al otro, al perdulario rapaz?

Mefistófeles le mostraba los dientes, unos dientes agudos que arrojaban chispas... ¡y abría la boca para responder!... ¡El bronce iba á responder! Vanderpint puso oído atento: tenía curiosidad de saber cómo hablaba el diablo.

Hablaba bien, como persona decente.

—“Yo me la llevo, dijo, porque me la has dado tú...

—“¡Sálvela, suplicó el padre, sálvela, y le daré a usted montones de oro!

—“Ya no es tiempo; lo era ayer, y nada diste...

—“No, no, el oro conserva su virtud en cualquier instante... ¡Mi hija no debe morir, puesto que puedo comprar su salvación!

—“De esa manera debiste proceder cuando ella estaba sana, ¡cuando tantos pordioseros gemían alrededor de tu fortuna!

"—Pues bien, daré á los pobres todo cuanto poseo, si usted me la devuelve... ¡se lo juro!

Mefistófeles frunció todavía mas las cejas.

"—¡Imbécil, exclamó, pudiste proteger á tu hija y conservarla, cuando la tempestad estaba distante, cuando solo rugía para los infelices que carecen de pan y de hogar. Allá en los cuchitriles inmundos donde la misérrima humanidad fermenta y hierve, en esos antros de podredumbre y hediondez, donde reclutas á los esclavos que por tí trabajan, ¡allá estaba la salud de tu hija, su salvación y su conservación! Un día tuviste poder para hacer leyes, ¡jamás recordaste que la caridad era, entre todas, la ley ineludible y primordial! ¿Para qué te ha servido tu oro? Para alzar impenetrable barrera entre el pueblo i tu persona augusta. ¡Insensato designio! Con toda la riqueza del mundo, tú no podrías hacerte dueño del aire que respiras; del aire que penetra por todos los poros y resquicios de tu regia morada, ¡después de haber lamido la infección y la muerte en las pocilgas y zaquizamís donde el proletario se pudre! ¡Sí, hijo mío, el aire que aspiran tus pulmones, que satura tus alimentos, que inficiona tu casa, que envenena la sangre de tu hija, es el aire que tu desidia y mezquindad dejan corromperse, en los chiqueros donde vegetan tus hermanos! ¡Tus puertas macizas, de herméticas cerraduras, no detienen su marcha, porque él es sutil como el pensamiento, implacable

como la mano de la Fatalidad! Mira, en esos fé-
tidos *conventillos*, que tan buena renta te produ-
cen, ha instalado la muerte sus laboratorios. Ahí
se fabricó la ponzoña que hoy mata á uno de los
tuyos. Te precias de avisado negociante, y ja-
más se te ocurrió el gran negocio que era, el
mejorar las condiciones en que vive el pueblo.
Por ese pueblo, que todo te lo da y nada te pide
¿qué has hecho tú?... Vas á contestarme que, una
vez, siendo senador, pediste al Congreso, en nom-
bre de tus electores, una pequeña suma para un
hospital. Lo sé; también sé que te la negaron, y
muy cuerdamente. Tú eres de los que piensan que
la caridad, la más íntima, la más personal de las
conveniencias sociales, es un deber del presu-
puesto público... Tú eres de los que se imaginan
que el alivio de todas las miserias del pueblo, es
simplemente una cuestión de Estado. Ya ves lo
que de tus teorías resulta, ¡tu hija se muere!...
Vamos, filántropo ilustre ¿de qué te quejas? Apli-
cas el fuego á tu domicilio, ¡y quieres que no ar-
da!... Mientras se edificaba este palacio, murió
en él un albañil, de una caída. Jamás te pasó por
la mente que ese pobre hombre tenía esposa, y
media docena de pequeñuelos. . .

—Se engaña usted, señor Mefistófeles, inte-
rrumpió Vanderpint con desenfado: en esa oca-
sión envié á la familia cinco pesos, y una carta de
pésame. . . ¡No recibí ni las gracias!

—Ese rasgo te honra, amigo mío... replicó Mefistófeles con ironía. La verdad es que el pueblo se venga de tí inconscientemente, envenenando la atmósfera que te rodea, con las pútridas emanaciones de su cuerpo sucio. En vano levantas este torreón de mármol, para aislarte de la plebe vil: ella te atisba, te acosa, está en todos tus festines, en tus alegres saraos; introducida por ella, por la puerta que abres á la lujuria, entra la Parca... Este edificio y todo lo que contiene, es la obra del pueblo...

—Lo he pagado, interpoló Vanderpint.

—Con el dinero que has recibido de él.
... Porque te repito, él te lo da todo, y tú nada le devuelves—¡tú que no podrías plantar un clavo sin su ayuda!... Piensa, infeliz, que su suerte está ligada á tu suerte por una cadena inquebrantable... y, aun cuando le dejes llevar de ella todo el peso, ¡llega una hora en que la cadena lo aplasta, derribándote también!... ¡Hombre, hombre, francamente, eres muy ambicioso...! ¡Tienes el poder, la riqueza, la gloria, y quieres además el monopolio de la eterna salud! La ley pareja no es dura, amigo mío... ¿Por qué no te acercas al hermano tuyo, que labra para tí la tierra ingrata, que es el artífice de todas las comodidades de que gozas, que va al campo de batalla heroicamente, á defender tu hogar y tu fortuna? ¿Por qué no lo llamas y lo pones en una casa limpia

bien alimentado y ataviado? ¿Por qué no impides que su existencia miserable no sea para tí y los tuyos un perpetuo peligro...?

"—Está usted gracioso, señor Mefistófeles, observó Vanderpint, perdiendo la calma: no de otra manera discurría mi amigo Sancta-Cœli, cuando lo atormentaban sus sofismas sociológicos... Pero yo no creo en esas aberraciones de la sana razón, ni soy sensible á los sufrimientos de la plebe. Ella tiene á Dios como protector y amigo ¿qué más necesita? Entre paréntesis, señor Mefistófeles, ese buen Dios debe de ser un gran bellaco, puesto que mata á las señoritas decentes y conserva la vida á los granujas de las lavanderas...

Mefistófeles repuso, con una mirada de fuego;

"—Estás loco Vanderpint, loco de atar. Dios no se acuerda de tí para nada absolutamente, no se mezcla en tus asuntos, ni quita ni da la vida... Afligido como estás, tu blasfemadora impertinencia me confunde. Dios hizo la ley, tú debiste observarla y respetarla. Él creó las causas y sus correlativos efectos, la brasa que quema y la enfermedad que consume. No toques la brasa y tu mano no se quemará... ¡qué cosa más sabia ni más justa!

"—Y si yo siguiera sus consejos, señor demonio, murmuró Vanderpint, pensativo, ¿se comprometería usted á salvar á mi pobre Mercedes? Diga, ¿se comprometería usted á eso, Lucifer?

"—No, no, no, ya es tarde... Tu hija se muere, ¡tu hija ha muerto!

Vanderpint se incorporó, presa de un indecible espanto. En su horrenda pesadilla, acababa de ver sobre la consola, á Fabio de Sancta-Coeli... ¡Fabio, y no Mefistófeles, había pronunciado aquellas palabras, aquella horripiladora sentencia!

Don Misael, despierto ya, se restregó los ojos, los abrió tamaños, paseó la mirada en torno suyo, estúpidamente. Las aterradoras imágenes se habían desvanecido, ni el más leve rumor rompía el medroso silencio de la noche.

Vanderpint se puso en pié, dió algunos pasos; el sueño se le había disipado por completo. No sentía en el cuerpo ni abatimiento ni dolor; solamente su espíritu estaba embargado por ideas enmarañadas, indefinibles, jirones del singular coloquio que había sostenido con Mefistófeles mientras dormía. Poco á poco, su imaginación fué despejándose, y su conciencia adquiriendo una moción concreta de las cosas: toda esa fantasmagoría, contemplada en un estado de sopor febril, tenía indudablemente su origen real en las conversaciones de él y Fabio, en esas discusiones abstractas que la inspirada convicción del joven ingeniero imprimía con huellas imborrables en la memoria de él.

Después de meditar un rato, Vanderpint se encaminó hacia la habitación de su hija. La absoluta quietud que reinaba en la casa le pareció de buen augurio. ¡quién sabe si una reacción salvadora no se había producido en el estado de la

enferma! La idea de su muerte se le presentaba á él como una contingencia imposible. Si, por encima de las miserias del mundo, había un Sér soberanamente bueno y piadoso, ese Sér no podía fulminar á un padre en el santuario de sus más puros afectos, herirlo en la parte más sensible y más inmaculada de su alma!

¡Morirse Mercedes...! ¡Nó, nó, nó! ¡cualquier cosa, menos *eso*! Él daría á los pobres cuanto fuera necesario, cuidaría á los desvalidos personalmente, realizaría una infinidad de buenas obras; pero su hija tenía que vivir, ¡era la condición ineludible! ¿No la había salvado, una vez ya, de las garras de la muerte? ¿No había vigilado con tierno afán su desarrollo hasta la perfecta adolescencia? No era ni lógico, ni natural, ni justo que las dulces, gentiles creaturas desapareciesen de la tierra á los veinte años. Muy pequeña, Mercedes había atravesado una crisis, motivada por el trabajo de los primeros dientes. Estuvo muy grave, entonces. Él recordaba como, en aquel tiempo, había paseado en sus brazos á la niña inquieta, desde el crepúsculo hasta el nuevo sol, sin reposo; rendido á veces, creyendo que ella dormía, la depositaba suavemente en la cuna, valiéndose de ingeniosas precauciones... ¡Estéril gasto de talento y artificio! Apenas la niña, con sagaz instinto, notaba la inmovilidad del pequeño lecho, se echaba á gritar desahoradamente... ¡Y vamos, otra vez, á las interminables idas y veni-

das! La creatura se mejoró; hubo en la casa un regocijo loco. Pero ¡qué de congojas, entre tanto, qué de sobresaltos y temores! En ciertos días se presentaba á la puerta de calle una pordiosera, llevando á rastra cinco pequeñuelos. Los parvulillos formaban gradería: el mayorcito, grande como un bastón, el menor de un palmo de estatura, asquerosos todos, harapientos, semi-desnudos; iban royendo cáscaras de sandías, ó cebollas crudas... ¡y *eso* vivía, *eso* llegaba á hombre, y levantaba un quintal á brazo estendido, y era valiente como un león en la pelea!... ¿Cómo no se moría esa escoria humana, amontonada en tugurios sin ventilación y sin luz?

El «estadista y filántropo» no conocía la proporción de los que llegaban á la meta, y los que poblaban con sus cadáveres el camino... ¡Qué había de conocerla! ¡Vivían tan lejos de él los miserrables, y morían tan silenciosamente! Ellos no molestaban la quietud de los poderosos, con el rumor de marchas fúnebres ó de pomposas ceremonias; solitos se iban, por senderos desiertos, á la morada de la eterna igualdad...

Merceditas se restableció, atravesó los años de infancia sin accidente, á fuerza de específicos y de pertinaces cuidados. Y sus padres podían decir, con legítimo orgullo, que esa encantadora doncella era dos veces obra suya.

—Nó, nó, repetía Vanderpint, al evocar estos recuerdos: ¡mi idolatrada Merceditas no se muere!

¡La naturaleza tutelar no puede ser su madrastra!
¡Ella vivirá, si Dios existe, si Dios es bondadoso y grande!

Había llegado al cuarto de la moribunda.

Una enfermera velaba, recitando sus oraciones.

—¿Cómo sigue? interrogó don Misael con tenue aliento.

—Acaba de quedarse dormida, señor, susurró la enfermera: creo que pasará regularmente la noche.

—Alabado sea Dios que escucha tus plegarias, repuso él, agradecido: ¡ojalá pudiese yo rezar como tú!

El optimismo empírico de esa pobre mujer le infundió un simulacro de esperanza; se imaginó sinceramente que la salvación de Merceditas cabía dentro de las conjeturas verosímiles y posibles.

Apaciguado el ánimo por esta flaca expectativa, don Misael se retiró á su gabinete, y tendido en el sofá turco, disfrutó algunas horas de tranquilidad y reposo.....

Serían las diez de la mañana cuando una sirvienta se presentó á avisarle que los doctores estaban reunidos en junta, alrededor del lecho de la señorita Mercedes. Trabajado por una emoción punzante, que hacía oscilar su espíritu entre el temor y la incertidumbre, Vanderpint se trasladó sin demora al cuarto donde su hija espiraba.

El médico famoso—un materialista militante y convencido—acogió á don Misael con expresio-

nes de conmiseración elocuentes. Era preciso demostrar resignación y fortaleza; la humana sabiduría estaba exhausta, deponía las armas, confesaba humildemente su derrota.

—Valor, Vanderpint, longanimidad, estoicismo. En estos apurados trances, uno debe manifestar que es hombre y fuerte...

Y el galeno insigne continuaba invocando una cáfila de digestiones cerebrales: grandeza de alma, elevación de sentimientos, entereza moral, estoica virtud, filosofía, inteligencia clara y lúcida que debía comprender y aceptar lo irremediable...

Concluyó declarando que Merceditas dejaría de padecer en las primeras horas de la noche, y recomendando al médico de cabecera una desinfección prolija.

—¡Desahuciada! ¡Desahuciada!

Esta voz repercutió en todos los pechos, funeral y tremenda; salió á la calle y fué á golpear, como el eco de una catástrofe incomprensible, la puerta de muchos generosos corazones.....

.....
Y á la hora del crepúsculo, se oyó resonar en todos los ámbitos del palacio, un concierto estridente de gemidos.....





CAPÍTULO XXIII

El hijo pródigo

Sancta-Coeli se había retirado con paso firme, alta la frente, satisfecho su orgullo, su dignidad sin mancha. Se sentía invulnerable dentro de la justicia de su actitud y conducta, alentado por la conciencia de su superioridad moral. Sin duda su corazón sufría, herido en sus amorosas ilusiones; pero, á Dios gracias, su honor estaba intacto, lo había defendido con impávida fortaleza, cual correspondía á un gentilhombre como él.

Al penetrar en su domicilio desierto, una pesadumbre invadió su alma. Su situación era crítica extremadamente. Habría deseado discutirla, con alguna inteligencia afectuosa. Fabius Verrucosus, el abuelo ilustre, era un compañero mudo, impa-

sible. Interrogarlo, conversar con él, le parecía una niñada. Lo interpeló, con todo, le dijo:

—Aquí tienes, Cunctator, á tu émulo Flaminio, ¡después de Trasimena!

El cuadro se animó, Fabio creyó verlo arrugar la frente, responder:

—¡Venga ese desastre!

Acababa de ocurrírsele, al joven, esa idea de venganza. Pero ¿contra quién? Perseguido siempre por adversarios anónimos, no sabía en qué pecho hostil desahogar su furia. Además, no era cristiano vengarse, no era caballeroso proceder, formar escándalo, á fin de lavar indeterminadas afrentas.

La honra de Merceditas y la de él eran solidarias; no podía él entregar aquélla, sin desdoro, á la voracidad de la opinión.

Este raciocinio le infundió desaliento. El consejo del Cunctator era detestable. ¿Y las sugerencias de su propio orgullo? Detestables, igualmente. Él había abandonado á Merceditas, á la novia adorada; la había abandonado de la mas ruin manera: ¡por salvar su honor! ¡El honor de él, de Fabio, ese sentimiento acomodaticio y relativo, que cambiaba de faz á cada instante! ¡Sacrificar un corazón que le pertenecía todo entero, para poder decir á un padre obcecado: Señor mío, yo, Fabio de Sancta-Coeli, soy gentilhombre, mientras que usted, con su fortuna ó sin ella, es un miserable patán! Y habría sido tan sencillo emplazar á ese mercachifle para que justificase la calumnia: ¡Señor

mío, yo, Fabio de Sancta-Cœli, no me moveré de este sitio hasta que usted me dé las pruebas! Eso, *eso* habría sido caballeresco y lógico, caritativo, además, y humano. De su precipitada defección ¿qué iba á pensar Merceditas? Que era un ultraje, una ignominiosa crueldad...

—Volaré á su lado, exclamó el joven, de repente; le confesaré mi culpa, y obtendré su perdón...

Fué un hermoso designio, que le permitió dormir en paz toda esa noche. Al levantarse él, con el nuevo día, su imaginación se detuvo en ese mismo pensamiento. Lo difícil era ponerlo en práctica. No solamente lo difícil, lo imposible. Era una delicada empresa, la que se había propuesto acometer. En el éxito de ella si que estaba la dignidad de él comprometida, y ese buen resultado no era ni evidente ni seguro...

—Merceditas, pensó, encontrará algún medio de llamarme; á la primera señal acudiré.

Y creyó que el tiempo se encargaría, por sí sólo, de enmendar las cosas.

Días se deslizaron, y semanas, en sucesión monótona; Fabio no veía desenlace á la incertidumbre en que vivía. Entonces sufrió intermitencias de cólera y abatimiento. Á veces se levantaba irritado, animoso, fuerte, decidido á desafiar á todo el mundo, resuelto, sobre todo, á no dar un paso para acercarse á Merceditas. Y veinticuatro horas después amanecía otro hombre, desco-

razonado y débil, presa de un impetuoso deseo de correr en busca de la niña amada, y de hacerse perdonar, á costa de cualquiera humillación.

En una de estas alternativas, se presentó á verlo un amigo, uno de tantos como había conocido en casa de los Vanderpint. Él recibió la visita con un júbilo manifesto. El amigo le hablaba de Merceditas, de lo mucho que en la sociedad se había comentado la retirada de él, Sancta-Cœli. Se susurraban extrañas conjeturas; ciertas personas suspicaces husmeaban ahí un misterio.

—¿Por qué no vuelve á la casa? Lo recibirían como al hijo pródigo.

Fabio miró á su huésped con ojos asombrados. ¿Era, acaso, un mensajero de la familia, ó un simple curioso?... La comparación del hijo pródigo disgustó al joven profundamente.

—Si usted está al cabo de las causas de la ruptura, replicó, sabrá también que de mi parte están la razón y la justicia.

—No lo sé, repuso el otro; pero lo creo, y muchos piensan lo mismo. De todas maneras, es más humano que el ofendido perdone, y no aguarde que el ofensor acuda á reparar su falta.

—¿Y quién me garantiza, exclamó Sancta-Cœli, que no se tratará de humillarme otra vez?

—Eso no puede ocurrir, observó su interlocutor, convencido: usted ignora la índole de nuestra sociedad... Es cierto que ella suele cometer in-

justicias; pero nunca guarda rencor, y olvida pronto las ofensas... en una palabra, vale más que la fama que se le ha creado.

—¡Señor, protestó el joven, exaltándose: usted, por lo visto, no tiene la menor noticia de mi última, borrascosa conversación con don Misael Vanderpint! Ese caballero me dió á comprender que su honorabilidad y respetado nombre corrían peligro si yo me casaba con su hija, lo que no me pareció tanto una injuria como una insensata estupidez. Así se lo expresé en el momento mismo, y puede usted repetírselo cuando quiera: ¡Fabio de Sancta-Cœli no recibe, señor, favores, ni honores de nadie!

—Debe usted ser generoso, advirtió modestamente el interlocutor de Fabio: Merceditas no es responsable de las extravagancias de don Misael.

—Si Vanderpint quiere á su hija como yo la quiero, me buscará... ¡sabe donde vivo!

Algo picado, el otro repuso:

—En nuestra sociedad, por desgracia, hay personas orgullosas, pero no como usted, seguramente. Es decir, poniéndonos en un caso extremo, que usted dejaría á Merceditas morir, por un falso sentimiento de pundonor.

—¡La señorita Vanderpint ha estado enferma! prorrumpió Fabio, estremeciéndose: dígame usted ¿qué pasa? ¿qué ha ocurrido?

—¿Enferma? No, precisamente; abatida, sí, y desconsolada.

—Don Misael no tiene corazón de padre, dijo Fabio.

—Ni usted—disculpe mi franqueza—ni usted tiene corazón de hombre. Piense en lo que esa niña sufre, y reconocerá que no exagero...

Esta visita dejó á Fabio sumido en una perlegridad desesperante. Se había hecho á sí mismo la promesa de volver hacia Merceditas, á la primera señal. Un amigo se la daba en términos claros: Vaya usted, se le espera con los brazos abiertos. ¡Y él vacilaba todavía! No estaba satisfecho, con esa insinuación indirecta: quería un llamado franco, explícito, *oficial*. El llamado oficial le vino por conducto del periódico de Sicorta. Una mañana, Fabio leyó en *Los Ecos*:

"El hogar respetable y distinguido de don Misael Vanderpint, acaba de sufrir una pérdida dolorosa: la señorita Mercedes, hija del eminente hombre público, ha sucumbido anoche, víctima de la terrible epidemia que asuela á Santiago en estos momentos..."

Seguía un panegírico de la difunta, que, los ojos nublados de las lágrimas, Fabio no pudo leer, precipitado, como había sido por aquellas, primeras líneas, en un abismo de horror y de dolor.

En esa profundidad de espantosa, punzante casi inconsciente aflicción, permaneció el joven largas horas sumergido... Un vago remordimiento lúcido, sobrenadaba á ratos en la superficie de su

razón enloquecida: la idea de haber sido él causa directa de esa catástrofe irreparable... Como quien despierta de un sueño, se incorporó al fin, se puso de pié, cogió el periódico, leyó nuevamente el desgarrador aviso, dudando aun si debía creerlo, ó rechazarlo, por imposible. Pero no... ahí estaba, en fúnebres caracteres, la inevitable verdad ¡lo único imposible era que esa verdad no fuese inevitable!... ¡Merceditas había muerto! Del hecho brutal, la certidumbre era perfecta. Y en presencia de ese hecho, ocurrióse á Fabio que tenía para con la familia de la que fué su ídolo, un deber imperioso que cumplir. Se vistió de severo luto, y se encaminó rápidamente á la casa mortuoria.

Con sus puertas y ventanas cerradas, el edificio ofrecía un aspecto de casi humana tristeza. El joven no se atrevió á llamar, paralizado por una sensación de terror. Tuvo miedo de parecer atrozmente importuno, de ser recibido como el profeta de la desgracia, como cómplice de la fatalidad que la había originado. Este temor no carecía de fundamento. ¡Cuántas veces no había hecho él á Vanderpint y sus iguales, con indignada, ruda franqueza, las siguientes ó análogas acusaciones:

"— Por obra de los hombres como usted, Santiago, que debería ser un paraíso de salud, posee la atmósfera envenenada de un pantano de los trópicos" . . . O, refiriéndose á la administración local:

«El único servicio público que ustedes han organizado perfectamente, es el de la infección á domicilio.» Y á guisa de comentario:—¡«Ustedes no se acuerdan de los muladares en que vive el pueblo, sino cuando ven llegar la epidemia y la muerte hasta sus propios salones!»

Sin duda alguna, él había sido el profeta de la desgracia, y temía ahora ser acogido como tal. Hubiera querido en ese momento, hallarse en un campo de batalla, oír alegremente el fragor de los cañonazos, el silbar de los proyectiles, la heroica sinfonía de la pelea. Y sin embargo le faltaba corazón para penetrar en esa fúnebre morada.

Lentamente, deshizo el camino andado, sin volver la vista á la mansión opulenta, marcada con el estigma del infortunio...

—No estoy en casa para nadie, ¿entiendes? ¡para nadie! ordenó al mozo que hacía su servicio doméstico.

El mozo le entregó dos cartas. La una, de orla negra, era una invitación para asistir á los funerales de Merceditas.

En el fondo de su alma, el joven pensó:

—No iré á esa ceremonia; prefiero aparecer olvidadizo é ingrato.

Y en verdad, habría deseado irse lejos, muy lejos de ahí, huir de los demás y de sí mismo, de esa congoja cruel que lo consumía.

Temeroso, sin embargo, de que su aparente in-

diferencia acrecentase el dolor de la atribulada familia que lo hacía partícipe de su duelo, resolvió mandar por escrito, un testimonio de adhesión á él. Vació en unos pocos renglones toda la amargura de su pesadumbre, y con sencillez elocuente reivindicó el derecho de llorar á la idolatrada Merceditas como si ella hubiese sido su esposa, como al ser que, efectivamente, él había amado más en este mundo.

Satisfecha esta triste obligación, Fabio abrió la segunda carta. Era del gerente del Banco Nacional y decía: "Muy señor mío, sus planos y presupuestos para el edificio de la agencia del Banco, en Traiguén, han merecido la unánime aceptación del Consejo; sírvase pasar á mi oficina, á fin de que ajustemos el contrato correspondiente."

¡Así, pues, en medio de las torturas que su corazón padecía, el positivismo de la cotidiana existencia iba á buscarlo!... Se acordó de que estaba muy pobre; la vida social le había impuesto sacrificios superiores á sus ordinarios recursos. Era menester reparar las averías de su aportillada fortuna. Al fin, el trabajo era un lenitivo, el seguro remedio para los dolores del alma. Y el negocio que venía á proponerle el Banco le permitiría viajar, moverse, ejercitar sus facultades en una obra útil, olvidar sus penas, sobre todo eso: olvidar.

Fabio respondió al gerente, agradeciendo la preferencia que se le dispensaba.

Ocho días más tarde, se hallaba el joven en Traiguén, gastando una actividad sorprendente en la fábrica de la agencia del Banco. Había iniciado la obra con particular buena suerte y acierto, comprando de una vez todo el material de construcción, en condiciones más ventajosas que las previstas; lo cual le permitió escribir á su comitente que era posible realizar en el definitivo coste un ahorro de cinco mil pesos á lo menos. Acerca de este capítulo, se le contestó que todas las economías compatibles con las exigencias del contrato debían aprovechar al arquitecto y sus cooperadores.

Á la vuelta de un mes, Fabio experimentó un violento deseo de pasar algunos días en Santiago, á fin de visitar á sus viejos amigos, á los Vanderpint principalmente. Se trasladó, pues, á la capital, y la primera noticia que saludó su llegada fué la muerte de su tío, el viejo duque de Aspromonte. Un notario de Roma, signor Belaspetto, Ludovico, le anunciaba que el duque había designado á su sobrino Sancta-Cœli heredero universal de títulos y hacienda, bajo condición expresa de que éste tomara asiento en la sociedad romana adicta á la legítima dinastía.

—¡Pobre tío! exclamó Fabio, mientras vertían sus ojos lágrimas afectuosas de pesar.

Como el signor Belaspetto le exigiese una respuesta inmediata, él le escribió: Lo pensaré.

En seguida, se puso á considerar la convenien-

cia de su regreso al país de sus antepasados. Allá le esperaban la fortuna y la gloria, cuanto puede ambicionar un hombre en la tierra; en Chile, su patria, su querida patria, no había conocido sino las adversidades del Destino, y ¡quién sabe qué terribles desengaños le reservaba aún el porvenir! Le parecía una humillación, con todo, abandonar la arena del combate, su heroico uniforme de recluta del progreso, para volver al seno de una sociedad extraña, á vestir la librea de magnífica esclavitud. Pensó que no era propio de un gentil-hombre de su estirpe, de un corazón altivo como el suyo, descender de la inmensa altura de sus democráticos ideales, á confundirse en la muchedumbre descolorida y sin prestigio de ridículos oropeles y de preocupaciones necias. Y resolvió comunicar al signor Belaspetto, que él renunciaba, en forma indeclinable, á la sucesión de su tío, el duque de Aspromonte.

A pesar de la consigna dada al mozo, una tarde, el presidente Solís se coló en la casa. Más de una vez le había aquijoneado el deseo de ver á su amigo Fabio. Una especie de pudor, de vergüenza indecisa, le había impedido, hasta entonces, realizar ese propósito.

Después de la muerte de Merceditas Vanderpint, Ruperto del Carmen, sofocando sus incalificables celos, se atrevió á visitar al joven. Esta necesidad se presentó á sus ojos como un deber, al mismo tiempo, de caridad y cortesía. De justi-

cia, también: Solís tenía que dar satisfacción á Fabio, de diversos actos de ligereza cometidos por el consejo de la "Union".

Le dijeron que el señor de Sancta-Coeli andaba en el sur, ocupado en negocios de su oficio. Por último, forzando la consigna de no recibirse á nadie, el presidente habia conseguido ver á su antiguo colega. Lo encontró envejecido, entristecido, muy cambiado, casi otro hombre. Temía que Fabio lo recibiese con enojo; todo lo contrario sucedió...

—No olvida usted á sus amigos que sufren, le observó el joven cariñosamente.

Solís tuvo un arranque patético.

—Olvidarlo á usted, eso ¡nunca! Día á día he pensado en usted, y sólo el miedo de arrostrar sus reproches ha podido retraerme de venir á saludarlo,

—Reproches... ¿por qué causa?

—Esa imprudencia del consejo de la "Unión Fraternal" para con usted... Yo estaba ausente, entonces; de otro modo, ¡vive Dios! no habrían pasado así las cosas.

—Ah, ya recuerdo... Sin duda, aquello fué para mí muy duro.

—¡Atroz! exclamó Ruperto del Carmen.

—Pero justo... Porque... en fin... yo habia desertado las filas de la Sociedad, ¡y lo menos que se podía hacer, era borrarne del escalafón!

El semblante de Solís traducía el mayor asombro.

—Sí, prosiguió Fabio... Y en medio de mi felicidad de aquellos días, recibí la lección sin protesta, antes bien, lleno de gratitud por su moderación y discreción.

El presidente no daba crédito á sus oídos... ¡En lugar de quejarse, Fabio se acusaba, se confesaba el único culpable!

—Afortunadamente, replicó Solís con vehemencia, el verdadero espíritu de la "Unión" ha triunfado, y en la última renovación del Directorio, el voto unánime de los compañeros ha acordado la reincorporación de usted en nuestro círculo... ¡Más aún, pasando por encima de los estatutos, ese mismo voto de honrosa y democrática espontaneidad lo consagra á usted vicepresidente de la "Unión"!

—Es tarde, arguyó Fabio. Al desgraciado suceso que usted conoce, y que ha cubierto mi alma de luto, ha venido á juntarse una desdicha no menos sensible y dolorosa... El único pariente que me quedaba, un tío, el mejor de los hombres, ha dejado de existir en Italia, dos meses há.

—Créame que de todo corazón lo acompaño á usted en este duelo, Fabio, así como en aquel otro, lo acompañé sinceramente.

—Gracias, Solís... ¿Sabe usted en lo que estaba cavilando, cuando usted entró? En volver al país de mis progenitores... Aquí nada me sonríe, el presente y el porvenir me miran con un ceño lúgubre, que á veces me espanta. ¡Ni un amigo,

ni un pariente, ni una voz cariñosa que atenúe y dulcifique mis pesares!

—¡Voto á tal que es usted injusto, Sancta-Cœli! prorrumpió Solís con brusca entonación. Ahora que nuestra Sociedad lo aclama y lo festeja, ahora que le brinda á usted una reparación brillante, ahora que yo... No... yo no cuento, yo no soy su amigo... ¡Usted acaba de declarármelo!

—¡Querido presidente, repuso Fabio, yo jamás puse en duda la lealtad de usted! Pero convenga en que el Destino se encarniza en mi pobre persona, destruyendo mis proyectos, frustrando mis ambiciones, cerrando el paso á mis ideales! Ya ve usted que es mucho más cuerdo huir de una comunidad que no necesita de mis humildes servicios.

—¡Una locura! profirió Solís. ¡Esa sí que sería una imperdonable deserción! ¡Usted ignora el número de sus amigos, usted ignora que posee *una amiga* que vale un mundo!

Fabio se sonrió:

—Clara, dijo: ¡pobrecita!... Para qué añadir que aquellas amables ilusiones, aquella promesa que le hice á usted en otra ocasión, han pasado como las cosas que se lleva el viento. La pena de mi corazón será eterna, Solís.

—¡Ca! replicó el presidente en tono de chanza. La eternidad es un plazo bien largo...

Y aprovechándose de la alusión hecha por el joven á su compromiso con él, prosiguió en voz

más queda:— La rehabilitación de usted es obra *suya*. ¡Supiese usted cómo ha luchado! Una heroína, amigo mío, una heroína de los tiempos épicos, de esas que merecen despertar la admiración en un pecho caballeroso... Vea usted, mientras en sus campañas sociales le secundó á usted la buena fortuna, *ella* fué la más entusiasta en aplaudir sus victorias. Y cuando la señorita Mercedes sucumbió, *ella* lamentó ese infausto acontecimiento con lágrimas verdaderas y sinceras... Sí, señor, ¡como si la difunta hubiera sido hermana *suya*!... Se negó pertinazmente á prestar su concurso á nuestras festividades, que, sea dicho de paso, han carecido de animación y esplendor...

—Es una alma privilegiada, una nobilísima creatura, observó Sancta-Coeli.

—Ya reconoce usted que no necesita desdecirse, retirar su palabra de caballero.

Fabio meneaba la cabeza... Solís era un niño, nada sabía de las tormentas del corazón.

—Calcule usted, Ruperto del Carmen, dijo él con solemne acento: yo no podría ofrecer á Clara sino un corazón marchito, ¡una memoria siempre fija en el recuerdo de la dulce imagen que mis ojos no volverán á ver!

—Demos tiempo al tiempo, opinó el presidente. ¡Qué diablos! ella no tiene la culpa de que Merceditas se haya ido prematuramente á la gloria... Ni usted tampoco, ¡qué diablos!

—¡Quién sabe, Solís! Á veces un remordimiento

me atormenta, ¡si habrá esa pobre niña desaparecido de este mundo por mi culpa!

—Es la idea mortificante de todos los que pierden á algún sér querido, insinuó el presidente. Se imaginan que hubieran podido conservarlo, atendiéndolo mejor, haciendo sacrificios mayores. Y exclaman: ¡Yo lo maté! por culpa mía murió! persuadidos, á veces, de que esa es la verdad... En fin, caro colega, ya hemos hecho las paces, y, de hoy más, me será permitido venir á verlo frecuentemente. ¡Tenemos que realizar grandes cosas, señor de Sancta-Cœli! Tenemos que mantener la cohesión y la armonía, en el seno de la «Unión Fraternal». La situación política es vidriosa, güelfos y gibelinos están por irse á las manos; nosotros debemos evitar que la «Unión» se alborote. Esa riña entre compadres no le importa ni poco ni mucho. Si logramos nuestro deseo, ella contemplará las peripecias del conflicto desde el balcón, como se dice vulgarmente. Y solo en el caso de que los intereses del pueblo y las instituciones del país corran peligro, bajaremos á la arena de la lucha, con vigor, eso sí, con el heroico entusiasmo de verdaderos demócratas. Entre tanto, *desde el balcón*, como simples espectadores. ¡Quien sabe si no nos corresponderá á nosotros el importante papel de columnas del orden público amenazado!... Sí, señor, á nosotros, á quienes se llama, injusta é injuriosamente, anarquistas, petroleros, jacobinos

y no sé que otras lindezas más. Ya ve usted que su concurso nos es indispensable, y que usted no puede negárnoslo... Con que, hasta muy pronto, señor vice-presidente, hasta luego, querido colega.

—Adios, dijo Fabio: no olvido su promesa de venir á verme, de tarde en tarde.

—Y usted no olvide levantar la consigna, replicó, sonriendo, Solís.

Cuando se hubo retirado el presidente, Fabio permaneció algunos momentos inmóvil; cerró los ojos y creyó ver en el cielo sombrío de sus desventuras un claro y brillante retacito azul. Las palabras de Solís habían calmado sus inquietudes de la hora presente, habían vuelto á resucitar en su pecho la más excelsa de sus pasadas ambiciones: la de servir al prógimo, consagrándose por entero á su bienestar y felicidad. Y como el aislamiento en que vivía era contrario á la realización de tan nobles designios, empezó por revocar la orden dada á su sirviente de no dejar entrar á nadie á la casa.

—Si alguien pregunta por mí, le recomendó, que pase tarjeta.

El primero que *pasó tarjeta* fué Góngora, el antiguo juez del crimen, promovido á Ministro de la Corte de Apelaciones.

—Ninguna visita me podía parecer más grata, declaró el joven al magistrado.

Y éste repuso

— He venido á recordarle que en mí posee usted un buen amigo, sensible á sus alegrías como á sus desdichas.

Conversaron amistosamente.

Después de un intervalo de silencio, Fabio observó:

—Y usted, Góngora ¿se siente satisfecho y feliz en sus nuevas funciones?

El magistrado contestó, meneando la cabeza:

—Según y como... A veces miro hacia atrás, y me veo más contento en mi modesta curul de simple juez.

—Así es el hombre, observó Fabio: nunca se considera dichoso con su suerte actual. Obtenido el ideal que acariciaba, fija la vista en uno nuevo, de consecución más difícil, y por igual causa, más ardientemente anhelado. La realidad repugna al humano espíritu, y si no hubiese más prueba que esa de su carácter eterno é incorruptible, ella debería ser suficiente para convencer á nuestra pobre, vana razón.

—Cierto, cierto, apoyó Góngora.

—De todas maneras, prosiguió el joven, dentro de lo positivo, lo material, lo palpable, usted debe de estimarse venturoso en su sillón de ministro... He leído algunos votos especiales suyos, que—sin ser yo muy competente en la materia—me han parecido obras maestras de lógica, de cordura, y de justicia.

—Ha señalado usted uno de los motivos, para

mí, de frecuentes disgustos, contestó el magistrado: el no poder estar siempre de acuerdo con mis dignos colegas... Entonces miro hacia atrás, como le decía, y me veo más feliz en mi modesto asiento de juez de primera instancia...

—Y sin duda no se acuerda de los malos olores del pueblo, añadió Fabio con una sonrisa.

Góngora repuso, conservando su seriedad:

—¡Hay hediondes morales infinitamente peores que las físicas!

Y como se arrepintiese de este arrebatado de franqueza, quizá incompatible con la reserva propia de su estado, agregó:—Hablemos de otra cosa. ¿Ha visto usted á Moscoso, en estos últimos tiempos?

—¿El secretario?

—Se va de juez de letras á un pueblecillo del extremo sur.

—¡Ah! me alegro mucho. En otra época me formé de ese joven un detestable concepto; me equivocaba, indudablemente. Si supiese donde vive, iría á presentarle mis excusas y á felicitarlo por su promoción.

—Mañana ha de ir á casa á despedirse de mí; lo comprometeré á que venga á verlo, antes de emprender su viaje... Y usted, Fabio, tenga presente que en la calle de Santa Rosa cuenta usted con un sincero amigo.

Á pesar del anuncio de Góngora, Sancta-Cœli, no esperaba la visita de Moscoso. Pensó que el

antiguo secretario del juzgado del crimen no se tomaría esa molestia, dada la poca cordialidad de relaciones que entre los dos había existido. Con alguna sorpresa, por lo tanto, vió el joven aparecerse esa misma tarde al ilustre Moscoso, vestido de tiros largos, convertido en un caballero hecho y derecho.

Fabio lo recibió atentamente, le congratuló por su entrada á la magistratura judicial, y le pidió que olvidase los antiguos rencores habidos entre el uno y el otro.

—Eso está olvidado, repuso el flamante juez. Yo le he estimado á usted siempre como una persona dignísima, y de la mayor consecuencia.

Al despedirlo, Sancta-Cœli le habló en tono á la vez amable y sentencioso:

—Voy á ofrecerle una prenda de mi amistad, recordándole un precepto práctico: En ninguna circunstancia de su vida olvide usted, ni como magistrado ni como hombre, que una conciencia sin mancha centuplica la alegría de los momentos felices, y es el mayor, el único inefable consuelo en las horas de prueba.

—Pierda usted cuidado, amigo Sancta-Cœli; con la ayuda de Dios seré un juez como pocos.

—Como uno... como Góngora, y basta.

—Como Góngora, ¡se lo prometo!

Estos incidentes de la vida social vinieron á probar á Fabio que no estaba ni tan abandonado ni tan solo. Había corazones bondadosos que se

interesaban por él. Había una institución democrática que solicitaba su concurso. La vida, que un instante se le había presentado como una necesidad abrumadora y triste, empezaba á cobrar, ante sus ojos, una apariencia llena de seducciones. En su imaginación flotaba, dulcemente melancólico, el recuerdo de la pobre Merceditas; pero era algo como una visión del otro mundo, desligado de las materialidades de la tierra; y tan era así que Sancta-Cœli no pensaba ya en visitar á la familia de la que había sido su novia. Esta idea le inspiraba una repugnancia invencible; y la probabilidad de encontrarse con don Misael Vanderpint, cara á cara, en cualquier sitio, casi era para él un motivo de terror.

Sabía, sin haberlo preguntado, que la casa de los Vanderpint andaba toda desparpajada por cuestiones políticas, Horacio se había enemistado con su padre, y la tranquilidad doméstica del uno y del otro se había ido al mismo demonio.

La "Unión Fraternal" atraía á Fabio con la fascinación de un paraíso perdido. Una secreta voz parecía susurrarle que ahí, en esa sociedad de fuerzas vivas, sanas é impetuosas, estaban la dicha y el porvenir de él. Sin embargo, le acobardaba un recelo, la necesidad de reanudar relaciones con Clara de la Tordoya. Mientras más encumbrado era el juicio que se había ido formando de esa valiente niña, más difícil le parecía manifestarle su gratitud sin comprometer su corazón.

Fabio no había dejado de ver constantemente á Malva y á la señora Arnaldo. En el trato cariñoso de estas dos almas, el joven había hallado resignación y consuelo.

Una tarde de noviembre el mes tocaba á su fin—Fabio tropezó en casa de doña Dolores con una persona cuya fisonomía él había olvidado completamente.

—Es la Rita Brito, dijo Malva.

El joven tuvo mucha satisfacción de volverla á ver, y dispuso que se la agasajase como á una amiga. Llamó á Malva reservadamente y le anunció que le enviaría quinientos pesos, para hacer á la señora Brito algunos pequeños regalos.

— Irán con ella á las tiendas, concluyó, y le comprarán lo que más le guste: eso les servirá á ustedes de paseo y distraccion.

Las nubes ominosas que habían oscurecido la existencia del joven, se iban de esa manera disipando lentamente.

Solís lo veía amenudo, y en cada oportunidad:

—¿Cuando lo veremos presidir el directorio? le observaba.

Al mismo tiempo lo instigaba á visitar á los Tordoyas, sin más vacilación:—Será usted rey, en medio de esa familia, le decía; aunque por de pronto, no pasa usted de ser un ingrato empedernido.

Él creía merecer tan duro reproche. Debía á Clara una palabra de agradecimiento, un pensa-

miento afectuoso, y se resistía, con todo, á pagar su deuda. Ya que no á su amor, esa niña tenía derecho á su amistad. ¿Por qué había de temer él un conflicto? ¿No era Clara un grande y noble carácter? ¿No comprendería ella tácitamente el perdurable duelo que él llevaba en el alma? Era obligación de él ir á verla, obligación ineludible.

Por fin se decidió. Había recibido de Clara un primoroso obsequio, el retrato de ella, bordado por sus propias manos.

Él no pudo reprimir una exclamación de admirativo regocijo.

— ¡Qué linda es! ¡Qué bien sentaría una corona de princesa sobre esa hermosa cabellera de oro!

En un arranque de vanidad pueril, había invocado su presunto título de príncipe romano, y se lo ofrecía á Clara mentalmente. Fué un desvarío fugaz que relampagueó en su fantasía un sólo instante, sin dejar más rastro que un ligero rubor en el carrillo.

Aquella noche, al caminar el joven con dirección á la casa de Clara, le asaltó la inquietud de encontrar á la niña sola, y de tener que entablar con ella explicaciones demasiado sentimentales. Felizmente, su anunciada visita había llevado á casa de los Tordoyas una numerosa concurrencia de amigos. El joven se vió rodeado de las mas exquisitas atenciones. Don Pablo se había hecho presente en la mital de la velada, después de haber vacilado mucho acerca de si entra-

ría ó nó al salón. Clara había dicho á Sancta-Coeli:

— Papá tiene un miedo atroz de que usted lo reconveniga, por aquel malhadado acuerdo del consejo, de que usted fué víctima.

— Don Pablo cumplió con su deber, replicó Fabio; lejos de guardarle rencor, lo quiero y lo estimo sinceramente.

Y el padre de Clara había entrado, enseguida, profiriendo ruidosas exclamaciones, para ocultar la emoción que, momentos antes, le había metido un nudo en la garganta.

— ¡Loado sea Dios! gritaba el industrial, con grande acopio de jestos: ¡loado sea Dios, que nos devuelve, al fin, el hijo pródigo!

¡El hijo pródigo! En dos distintas ocasiones, Fabio se había oído calificar de esa manera. Y ese concepto que una vez ya, había rechazado como impertinente é injusto, le parecía ahora exacto y perfectamente aplicable.

— No diviso aquí á nuestro amigo Silvela, observó Fabio en medio de la conversación: ¿qué es de su vida?

Una sonrisa jeneral acogió esta pregunta.

Don Pablo contestó:

— El muy tunante se ha ido á Francia, acompañando á una gentil viudita y su fortuna.

— Y nos ha librado de un verdadero azote, amplió Clara, haciendo una desdeñosa mueca.

Fabio se quedó á tomar té, y se retiró muy sa-

tisfecho del giro tranquilo que asumían las cosas. Mientras se recogía á su hogar, pensó que había omitido agradecer á Clara su obsequio, y este recuerdo le obligó á concentrar su espíritu en la preciosa niña. Estaba más donosa que antes, más pálida, más delgada. Él creía haber notado en su alba frente tersa, una sombra de pesadumbre. Sin duda alguna, era una mujer adorable, en lo físico y en lo moral. Ella lo amaba á él locamente, eso no se adivinaba: se sentía, se veía. Y en su tenaz pasión, nunca había pensado en sí misma, sino en él, en la dicha, en la salud, en la completa satisfacción de él. De los dos, él había sido el corazón egoísta, el alma ciega y sorda; ella el espíritu desprendido y abnegado, la conciencia perspicaz y prudente. ¿Por qué no la amaba?... Ah... ¡porque la otra, la pobrecita difunta se había llevado al sepulcro todo el amor de que él era capaz! Pero, en tal caso, él iba á condenar á Clara al celibato perpetuo... ¡á castigarla con una obligación que, para él podía ser tolerable y dulce, y para ella significar un cruento sacrificio! ¿Y estaba él seguro de permanecer soltero hasta el fin de sus días?

—Es preciso que yo analice la situación de espíritu, de carácter y de corazón de esa joven, excojitó Fabio: es menester que yo sepa hasta qué punto es heroica el alma de ella.

En subsiguientes visitas empezó ese análisis moral.

Una vez le preguntó:

—¿Cuando se casa, Clarita? Me agradaría verla al lado de un esposo digno de usted.

—¡Bah! prorrumpió la joven, sin que revelara su semblante tristeza ó despecho: á mí nadie me quiere... ni querrá.

—¡Imposible!

—No... Como usted á *ella*, nadie me querrá.

En otra circunstancia:

—Pongámonos en un caso extremo, insinuó él. Yo, Fabio de Sancta-Coeli, pido á usted humildemente su mano.

Los ojos de la niña brillaron con extraño fulgor. Sin embargo, ella repuso en tono suave y modesto:

—Entre usted y yo, la memoria de *ella* estaría siempre viva, atormentadora.

—¿Y si yo *la* olvidase?

Clara le dirigió una mirada serena, profunda.

—Eso, murmuró después, bajando la vista: eso no es posible... ni yo me atrevería á exigirlo.

—Si esta muchacha me quiere como yo lo presumo, calculó Fabio, ó no sé lo que por magnanimidad se entiende, ó hé ahí un raro ejemplo de esa rarísima virtud.

Hubo de persuadirse de que la niña poseía, efectivamente, esa virtud extraordinaria; y entonces, en su lacerado corazón, empezó nueva lucha de opuestos sentimientos.

Entretanto, Clara caía enferma. Él se alarmó, acudió á pedir noticias de su salud.

La señora de la Tordoya, con lágrimas de angustia, le dijo:

—Es un ataque al corazón, una nueva reincidencia de varios otros que ha sufrido últimamente. Habrá que cuidarla mucho, distraerla, engreírla; la enfermedad está más en el ánimo que en el cuerpo.

La inquietud de Fabio aumentó:

— ¡Si será mi destino causar la desdicha y la muerte de todos los que me aman!

La niña se mejoró en breve tiempo. Él fué á verla, decidido á provocar un desenlace en sus recíprocas relaciones. Había testigos, no pudo expresarle sus sentimientos con la necesaria confianza.

—Volveré, le dijo, cuando usted esté sola; y entonces le revelaré lo que pienso y lo que deseo

Ella replicó:

—El jueves próximo, por la tarde, lo aguardaré en mi saloncito.

Ese día Clara lo esperaba, conforme á su promesa; había tomado sus precauciones á fin de que nadie lo viese entrar.

Al verla, Fabio hizo un ademán de asombro. Le sorprendió el tinte ceniciento de la joven, su expresión adolorida.

Clara advirtió el ademán y exclamó, tratando de parecer alegre:

—¿No es verdad que he cambiado mucho?

—Y con ventaja, repuso Sancta-Cœli. La con-

valecencia imprime á su fisonomía una dulzura sin igual.

—He estado grave, prosigió ella en tono sério: se teme que sea una hipertrofia del corazón. Una abuela mía murió de lo mismo.

—¡No hable usted así, murmuró Fabio; no atormente á los que tanto se interesan por usted! ¡Nunca la he visto más hermosa, más digna de ser amada!

Ella se estremeció, y sus ojos se humedecieron. Él le cogió ambas manos, y en voz queda y vehemente le dijo:

—Yo debo confesar á usted mis culpas, mostrarle mi corazón desnudo. ¡Jamás he dejado de quererla como á mi mejor amiga!

—¡Oh no! protestó dolorosamente Clara.

—Es la verdad, afirmó el joven: pongo á Dios de testigo que es la verdad. Usted iba á observar me que he dado mi preferencia á otra mujer. Cierto... Agregaré todavía que el recuerdo de esa mujer no se extinguirá en mi memoria.... Pero hoy no se trata de ella, sino de usted y de mí. Un recuerdo, por intenso que sea, no basta á alimentar la vida del alma, y esa vida del alma es la que en mí siento menguarse y perecer. Soy una débil, frágil creatura, amiga mía, y necesito que un corazón piadoso me sacrifique su existencia y sus afectos. Un día formulé una promesa, un solemne voto. Si por algún inconveniente, dije, Mercedes Vanderpint no puede ser mi es-

posa, apelaré al cariño de mi amiguita Clara... ¡Oh! bien comprendo que es la mía una audaz y horrible exigencia; pero asimismo me consta que la abnegación de usted no tiene límites, y eso sirve á mi temeridad de excusa. Usted ha caracterizado nuestra situación luminosamente: La imagen de ella se alzar  á cada instante entre los dos. Verdad... ¡inflexible verdad! ¡Yo no puedo, Clara, ofrecerle una alma virgen, sino desposos de un corazón ulcerado! Yo, que en otra época, tem  consagrar á usted todo mi cariño, intacto y puro entonces, me atrevo hoy   proponerle una transacción espantosa: ¡Ac ptelo así como está, hecho girones! Desde el fondo de mi conciencia le declaro que en aquella época no me alej  de usted un sentimiento de orgullo, sino una inspiración de inconcebible cobardía. ¡Cre  ver en usted un peligro, una amenaza para mí tranquilidad! El alma de usted me pareció compleja, inextricable; la consider  perversamente, ¡m   ngel malo! En seguida, he visto su constancia, su abnegación de todas las horas, su grandeza de espíritu que me confunde y ofusca. He adivinado sus sufrimientos, sus lágrimas vertidas en la soledad y el abandono... Y he llegado   estimarme indigno de usted. Porque mientras usted me abrumaba con su longaminidad y ternura, yo he sido cruel   ingrato. Ni aún he sabido defenderla, cuando pude y deb  hacerlo. En presencia mía, se ha levantado á usted un testimonio infa-

me, se ha pretendido lastimarla en la cristalina pureza de su honor... Y yo he permanecido impasible, imbécilmente impasible. Ya lo ve usted, le debo la reparación de tanto agravio, merezco el castigo de tanto yerro... Porque los sinsabores que han rodeado mis sienes de canas prematuras, no son pena bastante. Existe un convenio entre usted y yo, un convenio explícito, que la autoriza para imponerme una expiación. Dicte usted la sentencia; ¡y le juro que como salga de sus labios será obedecida y cumplida!

Y como la joven permaneciese extática y muda, mientras su cetrina faz se humedecía de lágrimas, él prosiguió con apasionado acento:— Clara, por favor, respóndame, y olvidaré lo que he sufrido: ¡dígame que aún puedo esperar de usted un poco de estimación y de simpatía!

Alzó la joven la mirada turbia y repuso:

—¡Usted bien sabe que lo mejor de mi ser le pertenece!

—¡De veras! prorrumpió Fabio, ¡de veras! ¡Sería usted mi esposa, sin vacilar, á pesar de todo lo ocurrido!

—¡Su esposa! murmuró Clara, después de un rato de silencio: ¡Imposible! Un día pudo esa idea hacerme feliz, ¡hoy me espanta...!

Fabio retrocedió bruscamente; una inmensa confusión embargaba sus sentidos.

- ¡Esa idea le espanta! balbuceó, creyendo haber oído mal. ¿Por qué le espanta? ¡Por *ella*! No

se tienen celos de los ángeles, amiga mía; *ella* nos protegerá, ¡rogará á Dios por nosotros!

—Imposible, Albemar, insistió la niña, animándose gradualmente: he reflexionado que eso es imposible...

—¡Vamos, Clara, suplicó Fabio, conmovido, no me permita usted dudar de su recto juicio, de su franqueza, de su noble y sincero corazón!

Ella replicó, violentamente:

—¡Qué no advierte usted cómo he cambiado, cómo padezco y me desespero! ¡Desde que esa pobre niña no existe, mi conciencia se revuelca en un charco de angustia y amargura...!

—Usted delira, Clara, interrumpió Sancta-Cæli.

—¡Déjeme hablar! escúcheme á su vez como yo le he escuchado! También yo quiero confesarle mis flaquezas, harto mayores, por cierto, que las de usted... Y si, oída mi confesión, usted aún me estima y me perdona, entonces ¡oh! entonces le prometo obedecerle ciegamente, ser su humilde esclava!... Mire usted, Albemar, cuando me hablaba usted de sus culpas, yo pensaba esto: que aquí no había sino un sér culpable, ¡yo!

Fabio bosquejó un gesto de incredulidad.

Clara prosiguió:

—Yo sola, sí... pero profunda y abominablemente... Le he dado á comprender á usted— ¡hasta en eso he sido hipócrita y malvada!—que mi negativa nace de los celos... de celos inspirados por la pobre inocente muerta... No es ver-

dad, nó. En un tiempo, sin duda, tuve celos de ella, *viva...* y le resultaron fatales...

—¡Oh! Clara, murmuró, desatentado y aturdido, Sancta-Cœli: ¿es posible qué usted haya hecho votos por la muerte de esa pobre niña?

— ¡Votos! ¡Votos! repitió la joven: ¡es justo que la que ama de veras desee el exterminio de sus rivales!... Pero yo he ido más lejos, mucho más allá del deseo, ¡yo he llegado hasta el crimen, Albemar!

-- Su razón se extravía, pensó Fabio.

É interpelándola cariñosamente:— Son escrúpulos de conciencia, querida Clara, inquietudes ilusorias que también he experimentado yo...

—¡Óigame usted, y no me interrumpa! exclamó ella en tono imperioso. He dicho que hasta el crimen, y eso, para desgracia mía, no es un escrúpulo de conciencia ni una vana inquietud. Y cuando me invitaba usted á ser su esposa, cuando le afirmaba yo que el recuerdo de ella se alzaría entre nosotros á cada instante, no eran los celos, amigo mio, los inspiradores de mis palabras... ¡el remordimiento me las sugería! Pensaba entonces que el fantasma de Merceditas Vanderpint se levantaría entre los dos, amenazador y terrible, porque, sépalo usted bien, ¡ella ha muerto por obra de mis manos!

—La prueba... ¡quiero la prueba! prorrumpió, fuera de sí, Sancta-Cœli.

—¿La prueba? replicó la niña, sin intimidarse: ¡la prueba está en que yo la maté de un modo

tan certero, como si le hubiese clavado un puñal en el corazón!

—¡Nó me basta! rugió el joven desesperadamente, volviendo á tomar las finas manos de su interlocutora, y oprimiéndoselas con agitación febril.

—Tenga usted serenidad, dijo Clara, dándole ejemplo con su actitud tranquila: tenga usted serenidad y escuche, la prueba vendrá por sí sola. Cuando supe que usted amaba á otra mujer, prometí vengarme de ella. Quiso la suerte que para ese horrible fin me sobrarian los medios, resolución, energía, constancia, y sobre todo instrumentos dóciles de mi rencor. De esa manera, envié á Malva Logrosán á la cárcel, para hostilizarlo á usted, primeramente. Libre esa joven, la separé del lado suyo, y no satisfecha con causar á usted tales perjuicios, le formé en el seno de la "Unión Fraternal" una atmósfera de animadversión y descrédito. Usted triunfaba, sin embargo; conseguía introducirse en los mas altos círculos sociales, y captarse las adhesiones más rebeldes. Yo entretanto, desesperada y vencida, recurrí á innobles estratagemas. Induje al Consejo de la "Unión" á expulsarlo á usted ignominiosamente, y cometí, por último, el grande, el tremendo delito... Escribí á don Misael Vanderpint una carta llena de amenazas pavorosas y verosímiles, que, no me cabe acerca de ello la menor incertidumbre, colocaron á ese señor en la disyuntiva de elegir entre su buena fama y la felicidad de su

hija... Don Misael no vaciló; bajo fútiles pretextos le señaló á usted la puerta...

—¿Quién le ha dicho? interrumpió Fabio, frunciendo el entrecejo.

—Es público y notorio: ¡ni las piedras de la calle lo ignoran...! Déjeme continuar. La niña abandonada ¡se suicidó!

—Falso, gritó el joven, cuya irritación iba creciendo. ¡Merceditas murió de una enfermedad que rara vez perdona!

—Hay muchos medios de suicidarse, continuó la niña calmamente. Ella se mató á fuerza de imprudentes descuidos; sin usted, la vida se le hizo pesada é insoportable. Estoy de ello tan cierta como si lo hubiese visto; como estoy cierta de que, sin mi fatal intervención, ella viviría. No le quepa á usted duda, Albemar: sin mi perturbadora carta, que provocó el rompimiento, *ella* viviría.

La niña soltó el llanto, contenido hasta entonces por la volubilidad de sus palabras, y concluyó diciendo entre sollozos:

—¡Y ahora, amigo mío, júzgueme usted imparcialmente, y dígame si puedo aceptar la dicha que me propone!

Fabio había escuchado á Clara, lleno á la vez de admiración y de vergüenza; le parecía un sueño lo que acababa de oír. Sentía, sin embargo, que la confesión de la joven era sincera y valiente, y condenando su conducta con el criterio de un

hombre justo, reconocía la heroicidad del crimen mismo, del crimen de amor.

— Usted ha sido culpable, Clara, declaró él tristemente: muy culpable y cruel. Mas, para apreciar la magnitud de su delito, debo conocer el móvil que la instigó á usted á perpetrarlo.

— ¡Me lo pregunta usted! profirió ella con asombro. ¡Me lo pregunta usted, á quien he querido hasta ese escandaloso extremo!

— Júreme usted sobre la santa memoria de *ella* que no ha sido otra la causa de su maldad.

— ¡Una y mil veces, se lo juro! ¡Le juro también que al tener yo noticia de la muerte de su novia, habría dado mi vida por rescatar la de *ella*, por verlos á los dos tranquilos y felices! Ya ve usted, Albemar, que no hay para mí en este mundo expectativa alguna de ventura, ¡puesto que me es dado reemplazarlo á *ella* en el corazón de usted!

Fabio se levantó de su asiento, y con entonación grave y lúgubre:

— De hoy más, Clara, murmuró, tendré doble motivo para ser desgraciado é inconsolable; de hoy más sufriré, al mismo tiempo, por usted y por mí...

— Yo quiero su perdón, dijo, trémula de ansiedad la niña: ¡no me abandone sin habérme'lo otorgado!

— ¡Dios la proteja, Clara, y la perdone como lo hago yo, con toda mi alma!... Pero es muy cuerda la observación que usted me hacía: ¡la

imagen de Merceditas Vanderpint se alzaría perpetuamente entre los dos....!

El joven se retiró á pasos lentos, sentía en el cuerpo y en el espíritu un inexplicable cansancio; y á la vez, como natural consecuencia, un ávido deseo de reposo.

Ya ponía la mano en el pestillo de la puerta, cuando un grito de Clara le obligó á detenerse, de un modo brusco.

—Albemar... yo me ahogo, ¡yo me muero!

Él volvió la vista y observó, aterrado, que la joven había caído al suelo, desfallecida.

Un sentimiento de piedad inmensa se apoderó del corazón de Fabio; todos sus instintos generosos despertaron á la vez, para decirle que en el caso presente, el mero perdón de palabras no era perdón, sino castigo; que abandonar esa niña á su desventura, aun perdonada y absuelta, equivalía, de hecho, á condenarla y á sacrificarla hasta la muerte. Y él pensó, entonces, que había atribuído quizá exasperadas proporciones á la culpabilidad de esa interesante creatura. Por un exceso de justicia, él había sido injusto, inhumano y presuntuoso. Vió á Clara moribunda, sacrificada por él, como la otra; y él que había invocado tantas veces la divina equidad, tuvo miedo de sus irrevocables fallos. Comprendió que el principio cristiano del amor al prójimo era inseparable de aquel otro precepto de Jesús que manda perdonar las ofensas; y creyó que el cielo le dis-

pensaba una ocasión propicia para ejecutar una acción hermosa y grande.

Hecho este raciocinio en el espacio de unos pocos segundos, Sancta-Cœli se precipitó á auxiliar á la niña desvanecida; la levantó en sus brazos, la depositó en un sofá. Clara exhaló un leve sollozo, y se llevó la mano izquierda al corazón. Al mismo tiempo, con la diestra, débilmente trataba de arrancarse la golilla del vestido. De un tirón violento, Fabio rasgó el corpiño desde el cuello hasta la cintura, y notó que merced á este desahogo, Clara respiraba con más regularidad y libertad. En seguida llamó, y personas de la familia acudieron. Entretanto, el joven se había arrodillado junto á Clara, le tomaba las manos, le hablaba con noble dulzura, y ella volvía en sí, se incorporaba á medias, reconocía á su amigo...

La señora de La-Tordoya entró voluminosamente, como desencadenado turbión. Y apostrofando á Sancta-Cœli, amenazante y ceñuda:

—¿Qué hace usted aquí, caballero? prorrumpió. ¿Á qué ha venido usted? ¿Á mortificar á mi hija? ¿Á matarla?

—Nó, señora, replicó Fabio solemnemente: ¡Á salvarla!

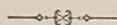
La niña abrió aún más los ojos, dirigió á Sancta-Cœli una mirada de tierna gratitud.

Y, al mismo tiempo, en su semblante pálido, resplandecía una sonrisa de victoria...





ÍNDICE DE LOS CAPÍTULO



	PÁGS.
CAPÍTULO PRIMERO.— Un juez del crimen.....	I
CAPÍTULO II.— La "Unión Fraternal".....	30
" III.—Simple charla.....	54
" IV.—El poder por el poder.....	80
" V.—Quién era ese pije.....	116
" VI.—Esperanzas y conflictos.....	147
" VII.—La mision de Fabio.....	170
" VIII.—El hilo del ovillo.....	193
" IX.—Almas afines.....	228
" X.—Fabio vacila y Malva juzga.....	257
" XI.—Perfil de filántropo.....	296
" XII.—El Gineceo.....	331
" XIII.—Memorias de un mayordomo.	361
" XIV.—Memorias de un mayordomo (continuación).....	389

	PÁGS.
CAPÍTULO XV.—El primo Caprines.....	410
" XVI.—La versión de Horacio.....	439
" XVII.—Clara.....	477
" XVIII.—La mano del Destino.....	499
" XIX.—Una Julieta modernísima...	527
" XX.—¡Maldito Fabio!.....	569
" XXI.—El rompimiento.....	615
" XXII.—Mefistófeles moralista.....	652
" XXIII.—El hijo pródigo.....	678



